This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5238.88.9

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

ALPHONSE PICARD & FILS
ÉDITEURS
82 RUE BONAPARTE
PARIS VIe ARRond^t

LIBRAIRIE ANCIENNE D'OCCASION
COMMISSION
LIVRES NEUFS FRANÇAIS & ÉTRANGERS

VIDA Y COSTUMBRES

EN EL PLATA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

BUENOS-AIRES. La Pampa et la Patagonie. — 4e édition. — Librairie Hachette et Cie. 1 vol. avec 24 gravures (épuisé, ne sera pas réédité)..... 4 fr.

Le droit international privé dans la République Argentine. — Librairie Cotillon..... 2 »

El Abogado de sí mismo. — Tratado de Derecho usual para la República Argentina. — Tercera edición. — 1 vol. in-8o de XVI y 850 páginas.— F. Lajouane, editor, Buenos Aires..... 5 pesos

La vie et les mœurs à La Plata. — Tome premier : *La Société des villes.* — Tome second : *Industrie et productions.* — 2 vol. avec deux cartes coloriées. — Librairie Hachette et Cie..... 15 fr.

SOUS PRESSE :

Trois mois de voyage à La Plata. — 1 vol avec 24 gravures. — Librairie Hachette. — Broché .... 4 »

Les Français à La Plata. — Collection Picard, 11, rue Soufflot. 1 vol. 2 fr. 50

EMILIO DAIREAUX

ABOGADO DE LA CORTE DE PARIS — DOCTOR EN LEYES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

VIDA Y COSTUMBRES

EN EL PLATA

TOMO SEGUNDO

INDUSTRIAS Y PRODUCTOS

INDUSTRIAS URBANAS. — CONDICIÓN SOCIAL Y LEGAL
DE LOS EXTRANJEROS. — OBREROS Y ARTESANOS. — INDUSTRIA PASTORIL.
GRANDES CULTIVOS. — COLONIZACIÓN.

Con dos mapas en color

BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
53, CALLE DEL PERÚ, 53

PARÍS
LIBRERÍA DE CH. BOURET
23, RUE VISCONTI, 23

1888

SA 5238.88.9

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Nov. 16, 1923

VIDA Y COSTUMBRES

EN EL PLATA

LIBRO SEXTO

LOS EXTRANJEROS

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CONDICIÓN SOCIAL DE LOS EXTRANJEROS.

Emigrantes : colonos y Robinsones. — Extranjeros en América. — Inmigrantes. — Ingleses, Franceses, Vascos, Irlandeses, Alemanes, Italianos, Españoles. — Proporción de ellos en la población. — Su influencia en la política, en la lengua y en la raza. — Nacionalidad y naturalización. — Profesiones, comercio é industrias por nacionalidades. — Usos nacionales y extranjeros. — Traje, alimentación y fisonomía en el campo y en las ciudades. — El recién llegado. — Lo que para el gaucho es la civilización. — El *gringo*. — La democracia. — La jerarquía. — Periódicos extranjeros. — Las fiestas de los extranjeros.— El 14 de Julio. — Las instituciones filantrópicas extranjeras. — Abogados, médicos é ingenieros extranjeros.

Emigrar no es resolver el problema de la vida, es plantearlo en una página en blanco. Entre las empresas humanas no hay una más complicada y más peligrosa, no la hay que haga pagar más caro lo que se cree que da; la emigra-

ción no concede sus éxitos más que á los resueltos, á los enérgicos y á los pacientes; sólo la leyenda le da sus aspectos seductores.

Transportar un hombre á un medio social nuevo, bajo un cielo y sobre un suelo nuevos para él, es empresa tan complicada por lo menos como el trasplante de un árbol; el campesino no sabe lo bastante para haber comprendido esto, el hombre de estudios parece ignorarlo como aquel. Que observen un árbol trasplantado en pleno vigor y en plena vegetación, ante su vista se presentará la imagen del espectáculo que darán en suelo extranjero el día en que intenten poner el pie en él. El árbol, aun el mejor cuidado, no tarda en perder su verdor, es necesario cortar sus más vigorosas ramas, suprimir su follaje, hacer caer los botones fructíferos que ya no alimenta la savia, esta apariencia de decrepitud, que se precisó darle, la conservará por largo tiempo para reverdecer más vigoroso y ofrecer nuevos frutos, cuando salvado de esta crisis y de todos los peligros que ha corrido pueda aguardar la estación benigna.

Aún transcurrirán muchos años antes que sea la América, para la generalidad del público, otra cosa que la tierra prometida de los Robinsones suizos: aparece á lo lejos inundada de sol, cubierta de lujuriantes bosques á los que prestan, su alegría el mono, su música y encanto los pájaros, la primavera eterna sus sabrosas frutas, sus flores que trasminan, que adormecen la voluntad y justifican todas las perezas. La imaginación del lector ha falseado la moral de las historias de Robinsones. Ya la comprenderá cuando siendo inmigrante se convenza que viviendo en las sociedades jóvenes es preciso, más aún que en las soledades, contar sólo consigo mismo, producirlo todo por sí mismo. Esto es colonizar. Esta es por consiguiente una empresa ruda pero de las que bien llevadas ponen más de relieve las cualidades del hombre y

más pronto le elevan sobre sí mismo y por encima de su condición. Esto es lo bastante para que por sí seduzca y para que nos esforcemos aquí en dar á conocer cuál será la condición social del que la intente en un país donde sus esfuerzos encontrarán ante él un inmenso campo de acción relativamente fácil de explotar.

I

No es necesario decir que el que desembarca en el puerto de Buenos Aires jamás es un turista. Quizás haya uno por cada cien mil y con él una docena de hombres estudiosos ó ricos, que, atraídos por el ruido que en Europa hace este país, vienen á observarlo. Ocupémonos de los otros, de los que valerosamente van á lejanas tierras á luchar por la vida, á pelear cuerpo á cuerpo con lo desconocido.

Llegan actualmente á más de cien mil por año. Vienen de Nápoles, de Génova, de Marsella, de Barcelona, de Burdeos, del Havre, de Líverpul, de Amberes, de Hamburgo. Damos el nombre de los puertos que los envían citándolos por el orden de su importancia. Este orden, por una singular coincidencia, es también el orden geográfico, partiendo del Sur y remontando hacia el Norte. Italia, la Saboya, el mediodía de Francia, la Irlanda, he aquí las fuentes que alimentan la emigración á la República Argentina.

Desde que su planta huella el suelo de América se pone al extranjero bajo la protección del principio americano que resumiremos en un axioma, en ninguna parte escrito. por nadie concertado : « En América nadie es extranjero ». La persona, los bienes, los derechos individuales y reales del extranjero están garantizados, á la par que los de los nacionales, por la Constitución y las leyes. Añadamos que si éstos

sólo tienen para defenderse las leyes y su propia energía aquellos se apoyan en algo más : el interés que tiene el país en ver crecer su número, que sea la inmigración cada día más numerosa, aclimatándose el capital extranjero, elemento de prosperidad de los países nacientes, bajo la forma de crédito y la de trabajo. Entre las preocupaciones de los hombres de estado siempre se halló en primera línea este pensamiento capital : crear, atraer, favorecer y retener la inmigración, reparando en la medida posible los desastrosos efectos de la teoría ruinosa que España practicó en tiempos de la colonia.

La ley de Indias, que cerraba las colonias al extranjero se aplicaba en el siglo XVIII aún y con tal rigor que los extranjeros no podían entrar en ellas sin haber demostrado previamente, en Cádiz, que habían habitado en España por lo menos durante cinco años ó se habían casado con Españolas. En dicha época el virrey del Plata, Vertiz, dando cuenta de los sucesos ocurridos durante su administración, decía al rey : « que en muchas ocasiones había tenido que rechazar las pretensiones de algunos oficiales de la marina fràncesa que, bajo el pretexto de reponerse de víveres, venían de la isla de Borbón hasta Buenos Aires y ofrecían, en cambio de las provisiones que solicitaban, mercancías de procedencia francesa ; que les obligó á retirarse con sus cargamentos no sin concederles se proveyeran de víveres conforme á la leyes de la humanidad y á los tratados existentes ».

Desde el 4 de Setiembre de 1812 el gobierno, constituído después de la declaración de la Independencia, proclamada en 25 de Mayo de 1810, hace un llamamiento á los extranjeros, les ofrece tierras, libertad de trabajo y de comercio, dándoles desde luego todos los derechos que más tarde se inscribirán en el artículo 20 de la Constitución, que desde 1860 rige el país.

Los Ingleses fueron los primeros en crear establecimientos.

En 1806 habían intentado arrebatar esta colonia á España. Rechazados por la energía de los colonos dirigidos por su gobernador el Conde Don Santiago de Liniers, oficial de la marina francesa antes de estar al servicio de España, retiraron sus tropas de ocupación; más no por eso quedaron menos dueños del comercio y sin concurrentes serios hasta 1830. Hasta esta época no se crearon algunas casas de comercio francesas y en 1865 la primeras italianas. Puede decirse que la lucha comercial está entre estas tres naciones. Ocupa el primer lugar Inglaterra por la importancia de sus capitales que principalmente proporciona á las empresas de transportes, á los bancos y á las obras públicas; Francia lo reclama como país de importación y exportación; es la que provee la mayor parte de los artículos de consumo, la que adquiere mayor cantidad de primeras materias indígenas, lanas, cueros, sebos, trigos, maíz y linos, Italia tiene por su parte el número, de allí vienen los brazos para todas las empresas, y los colonos que de allí salen se transforman en consumidores de productos italianos, lo que cada año contribuye á aumentar la importación de sus productos regionales á la vez que el número é importancia de las casas que los propagan.

La inmigración inglesa tenía, desde su origen, el carácter especial que en todo tiempo ha conservado y que siempre la ha distinguido de la de otras naciones. Era esta emigración espontánea, individual, formada por las clases comerciales de la Gran Bretaña, y sobre todo, ayudada de capitales. Es raro, hasta actualmente, encontrar entre los inmigrantes ingleses, fuera de algunos marineros extraviados, trabajadores y hombres del pueblo. Por contra Irlanda ha enviado, desde 1822, trabajadores en abundancia, criadas y pastores que después de haber ganado cada cual por su parte, los primeros pesos, han organizado uniones entre sí, se han estable-

cido y extendido, desde hace tiempo, en el campo y han creado allí fortunas considerables que son una sorpresa para la estadística.

Los primeros inmigrantes franceses fueron los Vascos, atraídos por el ejemplo de sus hermanos traspirenaicos aparecieron hacia 1825. La corriente, débil al principio, pronto se acreció y llegó á ser considerable el día en que la navegación por vapor les dió medios de transporte cómodos y baratos. Este gran movimiento se produjo de 1853 á 1870. Después ha perdido en intensidad; los Vascos franceses, que no han cesado de emigrar, se dirigen hoy en mayor número á Chile. Por lo demás allí encontrarán entre la población chilena el recuerdo de sus tradiciones de raza. En efecto el país vasco es el que durante los tres siglos de la era colonial ha servido los más vigorosos elementos de constitución á la raza chilena; á la infusión de la noble sangre éuscara debe esta raza su aire noble que la distingue, esa energía que le ha dado un puesto aparte entre sus congéneres, á la vez que como nación industriosa como nación guerrera : no solamente ha vencido y rechazado á los Araucanos que ni en nobleza ni energía le eran inferiores, sino que ha extraído de su rudo suelo los productos agrícolas y minerales que tan pronto la enriquecieron.

Si en Francia aún se considera que los Vascos son los únicos emigrantes que se dirigen al Plata no es más que por costumbre, la verdad es completamente otra. Todas la provincias concurren con su contingente, una sola quizás es la que envía un número más considerable, la Saboya. Hay en Buenos Aires suficiente número de Saboyanos para haber llegado á formar una sociedad especial de ayuda y protección para sus compatriotas, muchos están en buena posición y son propietarios; la especialidad á que más se dedican es la jardinería y el cultivo de la viña. Á la misma altura que la Saboya, figuran el Languedoc, Gascuña, Bearn y en general

todas las provincias que tienen fáciles relaciones con los puertos de Marsella y Burdeos.

Señalemos aún otro hecho que tiene su peculiar importancia. Desde que se exportaron, á Francia, en 1842, las primeras lanas del Plata determinaron, poco á poco, la creación, en el departemento de Tarn y en otros que le avecinan, de centros industriales y manufactureros que no viven de otra cosa que de la explotación de las lanas del Plata. Si se tiene en cuenta que Francia recibe anualmente por valor de cincuenta millones de francos en lanas y pieles de carnero se explicará la importancia que pueden tener estos centros industriales; su campo de acción lejos de reducirse, continuamente se extiende. Entre estos países y el productor existe un mútuo cambio que alimenta al mismo tiempo que las diarias relaciones, comerciales y financieras, una incesante emigración que los vapores de las «Mensagerías» toman en Burdeos y los «Transportes marítimos» en Marsella.

*
* *

Italia, que no tiene existencia nacional sino desde 1860, parece haber consagrado sus primeros esfuerzos á desenvolver su vitalidad por la emigración. Nos ha dado un gran ejemplo, obteniendo tal éxito en su empresa, la cual nuestros hombres de estado, en ese intervalo, condenaban sin haberla estudiado, que para Francia es hoy en el exterior uno de los concurrentes más temibles. Hace quince años apenas si se notaba el comercio italiano en el extranjero; á poco más hubiéramos negado la existencia de su industria y la posibilidad para el país de crearla. Italia ha desmentido estas previsiones y es necesario recordar que sus emigrantes son los que la han creado allí, y que su comercio, en otros tiempos poco activo, ha aprendido, por los beneficios de la exportación, á llegar á ser completamente invasor. No olvidemos

tampoco que el clima favorece su agricultura, que su aceites y sus vinos podrían fácilmente sustituir á los franceses, no porque sean preferibles sino porque el número siempre creciente de consumidores italianos enseña en el extranjero su existencia y porque el número cada vez mayor de pequeños comerciantes italianos, esparciéndose por el mundo, imponen su consumo. El emigrante y el comercio de Italia cuentan á más con la ventaja de que el Italiano es mucho más navegante que el Francés, que tiene la tendencia á desarrollar muy pronto su flota de vapores sin renunciar á los buques de vela allí donde aún se buscan los tonelajes reducidos.

*
* *

Desde hace algún tiempo toma Alemania más importancia en la América del Sud : todavía no importa ni capitales ni trabajadores; los inmigrantes que pueblan las colonias agrícolas no son Alemanes sino Suizos, y entre estos los de la Suiza romanda ocupan el lugar más importante, pero de día en día absorbe el comercio de tejidos que los Franceses abandonan. Ciertas casas alemanas establecidas en París han monopolizado poco á poco esta importación y sustituyen, en cuanto les es posible, los artículos franceses con mercancías belgas y alemanas.

*
* *

Los Rusos están representados por tres á cuatro mil agricultores venidos de Rusia, pero de origen alemán, de la secta de los Memnonitas. Desde la época de Catalina II se habían establecido en las estepas caucásicas bajo la garantía, concedida por un siglo, de la dispensa de todo servicio militar. Transcurrido el siglo ha pretendido el gobierno ruso aplicarles la ley común; entonces emigraron, unos al Brasil,

otros á Buenos Aires, en donde les vendieron á largo plazo tierras fértiles. El resultado ha sido tal, su trabajo tan productivo, que, al cabo de dos años, sus tierras estaban en producto, sus casas edificadas, y, alrededor de los pueblos que habían construído, sorpréndese el viajero al encontrar en los caminos sus carros de la forma de los del Jura, con soberbios tiros perfectamente cuidados que desfilan al trote largo. Todo este movimiento, este cultivo y este laborioso bienestar forman excepción en la pampa del sud y demuestran, por un ejemplo que estimula, lo que podrá producir y cosechar la población cuando sea más densa.

*
* *

Los Judíos, que de ningún país son pero de todas partes vienen, se cuentan en corto número. Poseen sin embargo desde hace algunos años una sinagoga en Buenos Aires, de muy buen grado disimulan su origen y son, como en todas partes, joyeros ó corredores de cambios. Una tentativa hecha por el departamento de inmigración para atraer á los Judíos expulsados de Oriente, Alemania y Rusia, fracasó, por fortuna, ante las observaciones de hombres que sabían lo que podía costar esta invasión á un país que sobre todo necesita trabajadores. No les era difícil acordarse de lo que ha ocurrido en el oriente de Europa, en los países de crianza, era fácil prever que, atraídos los judíos al Plata, pronto hubieran hecho por dominar el comercio de animales, explotando las escaseces de algunos propietarios y convirtiéndose en monopolizadores de la propiedad.

*
* *

Por último los Españoles que son los fundadores de esta gran colonia del Plata, elevada á virreinato en 1776, de

donde nacieron las Repúblicas independientes de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina, siguen considerando esta región como una de las más hospitalarias para ellos.

Ya pasó el tiempo en que el Congreso formado en 1810 para constituir la República, tomaba medidas generales de expulsión contra los Españoles, prohibía los matrimonios entre ellos y las criollas, en una palabra, los ponía fuera de la ley, los excluía de los beneficios de la muy liberal de 1812. Este estado de cosas cesó en 1825. En 1840 reconoció España los Estados independientes de este continente, cuando todo recuerdo de antipatía ya había desaparecido.

Siempre ha sido considerable el comercio con España, aún aprovecha la costumbre del consumo, que los privilegios de que gozaba en la época colonial habían impuesto á la colonia; los aceites, los vinos, las pasas, la cacharrería española se cifran en la importación por valores importantes; de retorno las fábricas de curtidos de España reciben numerosos cueros secos; comercio recíproco que data de tiempo y no ha perdido su importancia.

La colonia española, cuya expansión facilita la igualdad de idioma, sin ser la primera en número ni en influencia no por eso deja de ser muy considerable y muy rica; los grandes comerciantes, los banqueros, los médicos, los abogados y los ingenieros se cuentan en gran número.

*
* *

Sería bastante difícil determinar con precisión el número de extranjeros que pertenecen á cada nacionalidad; sin embargo sobre este punto poseemos numerosos informes.

La inmigración italiana desde 1863, época en que tomó alguna importancia y que subía en dicho año á siete mil doscientos uno, ha dado en total cuatrocientos treinta y tres mil individuos; la progresión ha sido continua. De la cifra del

año 1863 ha llegado á veinte y tres mil en 1870, sin pasar de este máximum anual hasta 1882; pero, en dicho año, se elevó á treinta y dos mil, en 1883 á treinta y siete mil, en 1884 á treinta y dos mil y en 1885, por un salto prodigioso, á cincuenta y siete mil quinientos ochenta; ha llegado hasta sesenta mil en 1886.

Durante el mismo período la inmigración francesa, en total, ha llegado á ciento cincuenta mil, pero no señala en los últimos años la progresión colosal que indica la estadística de llegadas de Italianos.

Tomando el término medio de la inmigración, se la descompone así : Italianos, 70 0/0; Españoles, 10 0/0; Franceses, 10 0/0; Alemanes y Suizos, 4 0/0; Ingleses é Irlandeses, 2 0/0; diversos, 4 0/0. La inmigración en el año 1886 ha pasado de ciento diez mil, llegando á 130,000 en 1887.

Un ejemplo reciente podrá dar la ley general de la expansión de la colonias extranjeras. Lo tomamos de un libro, publicado hace algunos meses por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, en el que, por todas sus fases, se examina el rápido desarrollo de la capital, de la que emprendió la construcción en 19 de Noviembre de 1882.

En esa ciudad, La Plata, cuya primera piedra se puso en ese día, una estadística muy bien hecha, en Noviembre de 1885 clasificaba los extranjeros, por nacionalidades, de la manera siguiente:

Anglo-americanos...	13	Belgas.....	10
Austriacos.....	306	Brasileros.....	29
Bolivianos.....	1	Daneses.....	9
Chilenos.....	13	Griegos.....	2
Españoles.....	2.246	Holandeses.....	117
Franceses.....	1.045	Mexicanos.....	1
Ingleses.....	106	Noruegos.....	3
Italianos.....	10.809	Portugueses.....	66
Uruguayos.....	719	Rusos.....	4
Paraguayos.....	58	Suecos.....	2
Peruanos.....	1	Suizos.....	207
Alemanes.....	77	Turcos.....	2

Puede decirse que el mundo entero contribuye á la creación de la nueva ciudad como á la de los más humildes pueblos de la República, en proporciones diferentes á medida que están más lejos del litoral.

*
* *

Esta colaboración de todas las razas del globo en la formación de la nación argentina es un elemento dominante en el porvenir étnico y social así como en las preocupaciones políticas de los gobernantes de este país.

El extranjero aquí no es un ave de paso, turista ó buscador de negocios llegado la víspera y dispuesto á dejar al día siguiente la habitación del hotel que apenas ocupó. Viene, por el contrario, para tomar posesión del suelo, especie de legión conquistadora, activa, laboriosa, económica, que aspira á contraer matrimonios, á crear capitales y á acumular economías; á cada paso multiplica los más graves problemas sociales.

Demos de ello una idea.

En los Estados Unidos la inmigración alcanza, término medio al año, la cifra de seiscientos cincuenta mil individuos. Siendo la población de sesenta millones, estos dos mil habitantes nuevos, que cada día llegan, han de mezclarse á la población en la proporción de un inmigrante por cada cien habitantes, y han de ocupar nuevos terrenos que se les ofrecen en abundancia, en donde pueden comprar á bajo precio un sitio al sol bajo condición de renunciar á su nacionalidad.

En la República Argentina, siendo la población de cuatro millones de habitantes y las llegadas anuales de ciento treinta mil, en 1887, los trescientos inmigrantes que cada día llegan han de mezclarse á la población en la proporción de uno por treinta habitantes próximamente; y todavía para que la reunión quedara en los límites que indicamos se necesita-

ría que la emigración se mezclara á la población en cantidades iguales por cada región. Nada de esto ocurre. El inmigrante se detiene por un tiempo más ó menos largo en los centros de población del litoral ó inmediatamente se dirige á los centros agrícolas formados exclusivamente por extranjeros.

Añadamos á esto que la emigración se compone de adultos.

Estas cifras y esta última cualidad de la emigración europea desde 1878 inquieta á los hombres de estado. Dicen ellos: se necesitan veinte años para aumentar con un adulto la población nacional; basta con la llegada de un vapor para lanzar un millar sobre la playa, dispuestos á producir, á procrear, á contrabalancear la influencia de los nacionales. Se hacen cálculos, se observa ya que la propiedad se distribuye en la ciudad por dos terceras partes entre los extranjeros, perteneciendo la tercera restante á los nacionales, y aun entre estos figuran en gran número criollos cuyos padres eran extranjeros.

Siéntese que la oleada sube, por todos lados se lanzan gritos de alarma. En la prensa los publicistas se ocupan del asunto; ya en 1882, en el Congreso, algunos senadores, y no de los menos ilustres, proponían proyectos de ley, pedían que se obligara á naturalizarse á los extranjeros que quisieran ocupar funciones públicas y hasta á que se multiplicasen los pretextos para la naturalización forzosa.

Estos extranjeros laboriosos, numerosos, encariñados con el suelo, agrupados á menudo en masas homogéneas alrededor de un campanario que han construído, son peligrosos, dicen los criollos, por lo mismo que no tienen derechos políticos. Esta población que entra en la nación por más de 3 0/0 al año formará en menos de diez una masa igual á la de los electores, superior en número á éstos en las ciudades, que no vota, para la que el triunfo de los partidos ninguna importancia directa tiene; y si es verdad que esta masa difunde al-

rededor de ella como un mal contagioso la indiferencia política que le está impuesta, sin embargo domina la marcha de los negocios públicos por su propia riqueza y porque se encuentra en situación de exigir el respeto de la propiedad que posee, la cual no ha llegado á sus manos por concesiones gratuitas, hechas bajo condición ó con restricciones, sino por una adquisición onerosa y libre, autorizada por la Constitución y regulada por el código civil. Para un estado es peligroso ver pasar la dirección de los negocios públicos á las manos de una oligarquía dueña del poder pero anulada en medio de extranjeros activos, diligentes, ricos, industriosos, y sin derechos de intervención ni de discusión.

Nada se opone, añaden los espíritus apocados, á que de un día á otro rechazados por las dificultades que ya les presenta la lucha por la vida en el territorio de los Estados Unidos, los emigrantes disponibles anualmente en Europa no exijan que los vapores que los esperan cambien de derrotero y les dirijan á la embocadura del Plata.

¿Qué ocurriría si quinientos mil emigrantes en lugar de ciento veinte mil como en 1885, en lugar de ciento treinta mil como en 1887, se presentaran en Buenos Aires para la solución del problema de la vida?

No les faltaría la tierra bajo los pies, pero la población indígena anegada por esta formidable oleada, bajo esta invasión de bárbaros armados de palas vería completamente en peligro su influencia política y directriz.

Los extranjeros, en efecto, no ven en la política, de la que se hallan excluídos, estando la dirección de ella y sus provechos en manos de la oligarquía que señalamos y explicamos, sino las estériles intrigas de que es ocasión y los fraudes que son sus medios habituales. Hasta la juzgan más severamente de lo que la juzgarían si se les admitiera á tomar parte en ella. En lugar de ser, como en todos los países, ponderadores de los intereses materiales, son críticos, á menudo hostiles á to-

dos los partidos, á todas las ambiciones, y, si la política se agita demasiado, los más liberales de entre ellos están dispuestos á aclamar un déspota al que combatirían si fueran electores.

La indiferencia de esta masa tiene otro inconveniente, favorece la elevación de nulidades ambiciosas en este elemento en el cual el elector tiene tanto menos fuerza é impone más su voluntad cuanto que tiene una importancia política más en desproporción con su importancia numérica.

El peligro consiste pues en esta yuxtaposición que no forma un pueblo, lo mismo que un puñado de arena no forma una piedra, mas declaremos que desde muchos puntos de vista el tal peligro es ilusorio y ha de ser pasajero necesariamente.

En efecto, la ley contiene un paliativo, sin influencia inmediata, pero cuyos resultados forzosamente se producirán en un día más ó menos lejano, según lo que tarde el número de nacimientos en sobrepujar á los nuevos inmigrantes. Este principio legal, que se deriva de una necesidad social de la mayor importancia, es el que impone al hijo de extranjero la nacionalidad argentina sin permitirle optar por otra; el que hace de él un ciudadano en el goce de todos los derechos y obligado á los deberes que implica este título, sea el que fuere su origen y la patria de su padre.

La ley, que no podría imponer al emigrante, ni aun al que acepta una función pública, la nacionalidad argentina, le declara que su hijo, nacido sobre este territorio, no pertenecerá á su patria, ya haya arribado á él casado con una extranjera, ya se haya casado en el país. Sin la rigorosa aplicación de esta ley previsora, la constitución y la homogeneidad de la nación argentina se aplazaría indefinidamente, quizá desaparecería en su principio; esto basta para suspender toda discusión.

Por nuestra parte tanta menos tendencia nos puede animar

para combatir esta teoría cuanto que educados bajo el régimen de la ley francesa la encontramos retrógrada, sin que por esto rehusemos el reconocerle cierta grandeza.

Una nacion muestra esa grandeza al seguir á los hijos de sus hijos, guardándoles un puesto en el hogar, donde les aguardan todos los derechos de ciudadano sea cual fuere el alejamiento en que hayan vivido. La raza francesa tiene cualidades de raza que ambiciona y tiene la misión de conservar; el verdadero medio de defenderlas es reunir á la patria los ciudadanos que de ella se alejan, conservando con ellos, á falta de otros, los lazos legales.

*
* *

Estas dos legislaciones contrarias por sus principios y por sus efectos son pues, desde ciertos puntos de vista, útiles á los países para los que se decretaron; pero ambas tienen el mayor defecto que puede reprocharse á leyes de un alcance internacional; este defecto es el de crear conflictos cuando el objeto de toda ley escrita es resolverlos.

Ambas se arrogan un derecho que ni una ni otra tendrán jamás, por poderosas que sean ó lleguen á ser, la posibilidad de hacerse respetar más allá de las fronteras. Ambas no consiguen otra cosa que entorpecer la acción del ciudadano y privarle en parte de su libertad.

El hijo de Francés nacido en la República Argentina es á la vez Francés y Argentino. Nace y vive bajo el imperio de dos leyes contrarias, á las que está obligado sin poder satisfacer á ambas. Á la vez es ciudadano de dos patrias, soldado de dos ejércitos.

La ley civil de la patria de su padre pretende no abandonarle, le conserva un domicilio legal en donde quizá no ha tenido ni pensado tener una residencia, pretende mantener bajo la ley de los padres la adquisición y la transmisión de

sus bienes y derechos; mientras que por su lado la ley argentina le impone la obediencia á las leyes de su domicilio.

La carga más pesada que una y otra de esas patrias exigen de sus hijos es el que la antigua expresión llama impuesto de sangre. Es, para todos, el más penoso de pagar, pero sobre todo para el que, habiendo nacido en el extranjero, ha olvidado ó no ha aprendido la lengua de su padre, ha creado en lejanas tierras intereses que para siempre y por sus propias manos ha de sacrificar si quiere llenar sus deberes para con la patria desconocida.

Así que busca toda especie de medios de eludirla no encontrando, por lo demás, ninguno que no tenga graves inconvenientes.

¡Cuántas veces en nuestra carrera de abogado en Buenos Aires hemos sido consultados por jóvenes ó por padres de familia que, deseosos de no eludir la ley y de conservar su nacionalidad, buscaban á la vez los medios de poner á salvo sus intereses, espantados ante la perspectiva de un viaje de tres mil leguas, de haber de sufrir la pérdida de tres años de su vida, de tener que separarse de su familia, de sus intereses, de sus costumbres! ¿Solución? no la hay; una sola: ir á servir.

Puede cualquiera haber nacido fuera de Francia, no hablar siquiera la lengua francesa, pero ser de padre francés, que se estableció en el extranjero con el deseo de volver á su patria, que casi siempre ha encontrado el bienestar, casi nunca la fortuna, que le nacieron hijos con los que cuenta para continuar su obra, para llevar á cabo la cual no basta una generación; este padre pensará en volver á su país natal, en donde hasta habrá conservado una casita que le es grata. El hijo, hijo de Francés, nada conoce de esto, pero el nombre de Francia se ha pronunciado con emoción á sus oídos infantiles, querrá saber lo que tiene que hacer para seguir siendo Francés y se informará de estas obligaciones lejanas y desconocidas Con sorpresa sabrá que si pasa la mar y quiere ver el país

lejano, la Francia, de la que su corazón se acuerda por filiación, encontrará sobre el muelle del primer puerto francés un gendarme que le echará mano y pondrá sobre su espalda un morral con esta nota en la libreta: Desertor. Después de tres ó cinco años podrá volver, mal soldado y á más detestable americano.

No hay ley más funesta para el comercio internacional de Francia que esta ley paternal y de protección, causa de estos males privados que tienen un carácter público.

Primer resultado: el Francés establecido en el extranjero que sabe estas cosas, muy patriota, yo lo admito, pero previsor, toma sus precauciones contra estas consecuencias de una ley que le inquieta, desde el día del nacimiento de su hijo. Sabe perfectamente que hay en el consulado de Francia un registro de nacimientos; convencido de que este registro no tiene otro objeto que el de denunciar, el día de mañana, los soldados exóticos al oficial de recluta, ninguna declaración hace al cónsul.

Esta omisión que cree prudente es simplemente inútil y no da más resultado que modificar el estado civil de su hijo, pero generalmente cree haber evitado todos los inconvenientes y está contento por tal superchería, que tiene más graves consecuencias de lo que cree.

Si ante la ley esta omisión no separa á este ciudadano de su patria de origen lo hace de hecho. Arrastrado por la fuerza de las cosas hacia la patria en que ha nacido, ni siquiera piensa en la otra, con la cual se suprimió este último lazo del acta de nacimiento redactada en francés. Más tarde, si estudia el derecho y reconoce que esta omisión nada ha remediado, sus afecciones están en otra parte.

Segundo resultado: se irrita en cierta manera contra esta patria que tiene para él exigencias, sin compensarlas con ningún servicio. Desde este día, y he aquí lo que perjudica gravemente á la industria francesa, si las necesidades de los asuntos

de su comercio, le imponen el escoger un corresponsal en Europa, casi siempre lo buscará por otra parte mejor que en Francia, temiendo que sus relaciones no le obliguen un día ú otro á ir allá y á exponerse á la dureza de una ley mala.

La solución de este conflicto de legislación es fácil inscribirla en un tratado, cuya necesidad se impone, cuya falta es tan perjudicial para los estados como para los particulares. Este tratado, para que contenga al mismo tiempo que una solución social y política una solución verdaderamente jurídica, debe rechazar igualmente el principio de la ley argentina y el de la ley francesa. Efectivamente estos principios siendo demasiado absolutos no son filosóficos.

Nosostros no admitimos que el nacimiento fortuito en cualquier sitio, sea para un niño motivo suficiente para unirlo de corazón á este sitio é imponerle *à priori* todos los sentimientos que la idea de patria resume por el país en donde ha nacido. No admitimos que una ó varias leyes puedan tener por consecuencia el hacer que los hijos de una familia viajera pertenezcan á varias nacionalidades.

Sea cualquiera el país en que nazcan escogerán por patria y amarán, no la región en que vieron la luz por vez primera, sino aquella en que comenzaron á pensar y á aprender á pensar, donde se crearon las primeras bases para el porvenir.

Prevemos la objección: todos los niños, nacidos en el extranjero, renunciarían pues á la patria de su padre ¿ porqué facilitarles los medios? Este peligro no podría detener al legislador, puesto que, por el contrario, tal hecho probaría hasta qué punto es necesario un cambio en la legislación; así se saldría de un estado anormal, perjudicial á todos los países á los que priva de ciudadanos deseosos de pertenecerles é impone una forzada ciudadanía á los que han escogido otra patria.

II

Lo que hemos dicho del número de extranjeros, de las leyes que los rigen, de la manera como los tratan el derecho público y el derecho privado, de su condición legal, hasta tal punto asimilada á la de los nacionales que los tratados son allí superfluos, deja prever que la vida de los extranjeros difiere poco de la de los nacionales y que deben mezclarse á la población general sin distinción de origen.

¿Podría ser de otra manera en este país en donde durante medio siglo los extranjeros han ejercido exclusivamente el profesorado y preparado la generación actual educando su inteligencia? ¿Donde sólo los capitales extranjeros y la presencia de éstos han podido determinar el desarrollo de la riqueza latente del país, en donde los extranjeros venden todo lo que el país consume y le compran todo lo que el país produce, donde ejercen libremente, al igual que los del país, todas las profesiones liberales, inclusa la de abogado, son admitidos á todos los cargos públicos, en el ejército, en la marina, no se les excluye como en Francia de la tutela ni de la curatela ni de ninguna administración de bienes legal ó judicial, pueden ser síndicos ó jueces comisarios, ocupar en el extranjero funciones consulares, interviniendo por consecuencia en todas las funciones vitales del país?

Puede ser que haya algún interés en encontrar aquí los rasgos de cada una de las colonias extranjeras que se agitan en este elemento conservando en él su propia individualidad.

*
* *

Á primera vista son difíciles de percibir las diferencias; se distinguen bastante mal los rasgos propios de la fisonomía

de cada raza, la asimilación y la fusión se hace á la vez por una y otra parte. Extranjeros y nacionales hacen entre sí un continuo cambio de costumbres, hasta entre las palabras de sus idiomas se realizan fusiones bastante frecuentes, para que las costumbres y el lenguaje general del país que así se forma, tengan un carácter cosmopolita acentuado.

Todos los pueblos tienen en mayor ó menor grado esa propensión, más acentuada entre los Franceses que en ninguna otra parte, de mezclar con sus frases palabras de lenguas extranjeras. De esta manera confeccionan en el país en donde son numerosos, como lo han hecho los soldados en las expediciones á Argelia, una especie de *sabir*, en que todas las palabras de la lengua local que designan objetos vulgares, quehaceres diarios ú oficios ocupan un lugar con desinencia francesa. Tienen sobre todo una marcada tendencia á desnaturalizar el sentido de palabras francesas, tomando en la lengua española palabras de sonido semejante pero de diferente significación. Podríamos citar mil ejemplos, pero será más sencillo para demostrar su manera de proceder, el reproducir por analogía, el recuerdo de una palabra que oimos, á las puertas de París, en una época dolorosamente histórica.

Era el 29 de Enero de 1871. El armisticio, que abría las puertas de París, se había firmado la víspera; con algunos oficiales de la legión del Sena y Oise nos dirigimos á los confines de la península de Gennevilliers, límite extremo de las avanzadas de ambos ejércitos. Una barca nos pasó á la otra orilla en la que encontramos un campesino de Argenteuil, el primero que pudo darnos noticias de lo que fuera de París ocurría.

Iba guiando un carro. Hablamos con él. Á nuestra pregunta sobre el objeto de su viaje, contestó :

« — Voy por *flecha* á Saint-Denis. » Sabíamos el alemán lo bastante para comprender que el pobre campesino hablaba

un *sabir* alemán que había aprendido en Bezons! Iba por carne para los soldados alemanes; la semejanza de la palabra *flesch* con otro vocablo francés, *fléche*, había formado en su inteligencia una unión que sólo para él era clara.

Este es el trabajo que se opera en el cerebro de todos los Franceses en el exterior : en franco-español una *puissance* se convierte en *potence*, de la palabra española *potencia*, la calle de Lima se vuelve calle de la lima, y de igual forma se desnaturalizan, todas las palabras del idioma, con tal que se presten un poco á ello.

En cuanto á los Hispano-americanos, la costumbre que tienen de vivir con extranjeros les da un conocimento general de las palabras usuales de las lenguas extranjeras ; ciertos periodistas las emplean constantemente, muchas quedan en la lengua general, que viene á ser de esta manera un neo-español tan diferente del de España que con frecuencia es extraño para un castellano, tanto más, cuanto que á la par que vocablos de origen extranjero acoje muchos de origen indio, por otra parte también cambia el sentido de ciertas palabras muy españolas al mismo tiempo que modifica la ortografía de las extranjeras que toma : así, las palabras *aide de camp*, *Mon Dieu! hautbois*, se convierten al españolizarse en *edecán*, *Mon Diú*! *oboe*.

Otras palabras al pasar el Atlántico, sin cambiar su ortografía han variado de significación, como *rancho*, y citamos esta palabra porque hasta ha llegado á formar derivados ingleses. En castellano *rancho* significa comida que se da á la tropa, en neo-americano significa choza. En toda la América española tiene este sentido. Por Tejas y California ha entrado en la lengua anglo-americana, en donde ha formado la palabra *ranch* y todos sus derivados *ranch-man*, *ranch-life;* la vida del pastor, del criador es la vida del *ranch*.

El origen de este derivado en curioso. Cuando los Españoles

desembarcaron en América, naturalmente, pidieron á los Indios víveres y contribuciones de toda especie, iban á los grupos de chozas de éstos á exigirlos, de aquí la expresión *ir al rancho*, que propiamente significaba ir á la provisión y al mismo tiempo designaba el hecho de ir á las chozas; así se arraigó la palabra *rancho*, conservando el sentido de habitación de pobre aspecto.

Por los mismos procedimientos los Franceses han introducido en su idioma palabras de todos los países. ¿No encontramos, por ejemplo, la más fea interjección española designando una elegante camisola de mujer?

El origen de su introducción es fácil de encontrar. Trajéronla de España, en tiempos del imperio, los soldados franceses. Es seguro que del lado allá de los Pirineos conservaran al aire de galanteadores que les es propio y que, lógicamente, cada vez que abrazaran el talle de las bellas patriotas traspirenaicas escucharan la interjección que no deja de salir de los lábios de muchas mujeres españolas : « ¡Déjeme hombre, c.....! » de lo que dedujeron que cuerpo ó camisola debía traducirse *càraco*. El diccionario de la Academia española hubiera podido enseñarles que nada de eso es.

El mismo procedimiento ú otros han introducido en la lengua neo-americana un número de palabras que no baja de tres mil para el grupo de las repúblicas del Sur, esto es lo que más contribuye á dar á esta lengua el carácter que conserva y cada día acentúa más por el contacto con extranjeros.

La palabra india más popular y más particular en la República Argentina es una esclamación : es el *ché* con que á cada momento se tropieza.

Ché no es mexicano, ni colombiano, es pampeano y especialmente legado por los primeros habitantes del país, los *Tehuenches*. En la lengua india *ché* significa hombre. Fué

grande la sopresa de los Indios cuando vieron por primera vez á los Europeos saltar de sus carabelas vestidos, calzados y montar á caballo. No podían creer que fuesen hombres como ellos, sólo cuando con sus manos los tocaron fué cuando estos pobres desheredados de la especie humana reconocieron que los que veían eran hombres; entonces exclamaron : *¡chés! ¡chés!* ¡ hombres! ¡hombres! La palabra ha quedado en el idioma argentino como exclamación y como llamada.

Tiene en sí una gran dulzura y un especial encanto; familiar, amable, cariñosa : cuando indica la sorpresa es de aquellas que os abre los brazos. Contribuye más que ninguna otra palabra á impregnar de familiaridad el ambiente : tan general es, que los Argentinos llaman á su país la tierra del *ché*.

*
* *

También es la República Argentina tierra abierta á todos los usos extranjeros. Donde quiera penetran, por todas partes se adoptan, todos los pueblos juntos contribuyen de tal manera á la constitución de sus usos, lengua, traje, literatura, vida pública y de familia que no hay país, ni España ni ninguno de los otros, que pueda envanecerse de haber impuesto los suyos de una manera especial. Esta variedad de influencias produce un conjunto muy particular que basta para dar á todos los aspectos de la sociedad, al modo de vivir, vestirse y expresarse de los habitantes una individualidad que mejor expresa la palabra costumbres locales que la de costumbres nacionales.

Dejemos á lado, como ya hemos dicho que era necesario hacerlo, no las ciudades del litoral, ni la ciudad primera de él, Buenos Aires, sino los barrios de ésta más próximos á la ribera que son en los que la población se agita, en donde domina más el elemento extranjero.

Allí siempre resulta verdadero el aserto de aquel capitán de altura que había viajado durante veinte años y visitado todos los puertos del mundo. Decía, que durante su larga vida no había visto en todas las latitudes sino sombreros de copa, trajes del mismo corte, por todas partes se había alojado en un « Hotel de París », había jugado al billar en un « Café de París », por todas partes había comido de cocina francesa mala, guisada por Marselleses que pretendían ser cocineros ; había arreglado sus distracciones en francés, sus negocios en inglés, sus disputas en alemán y sus galanterías en italiano.

Todo esto sigue siendo verdad en las ciudades sud-americanas : la ignorancia en que están los extranjeros de las costumbres del país es consecuencia del hábito de vivir siempre reunidos en barrios donde casi están solos. Se habla francés en las tiendas, italiano en el puerto, inglés en los establecimientos bancarios, alemán tras de las verjas de los despachos, español sólo en la administración pública, ¡ y no en absoluto !

Pero salgamos de esta parte de la ciudad, y entonces aparecen las particularidades de costumbres á que el país debe la un poco incoherente combinación de sus elementos sociales, traídos de todos los puntos del globo por los extranjeros.

La fisonomía de los habitantes, sus facciones, los diversos colores de rostros demuestran desde el primer día que todas las razas, blanca, negra, amarilla, de donde han salido los indígenas que poblaban el país antes de la llegada de los Españoles, han contribuído á la formación del pueblo. Los descendientes de Africanos tienen los cabellos negros y crespos, lisos y fuertes los en que domina la sangre india, son suaves y finos entre los descendientes de Europeos que á veces tienen también el cútis moreno, legado de la raza árabe á la española. Los cabellos rubios y rojos se encuentran, en muy corto número, entre las familias criollas establecidas de antiguo,

sólo en algunos originarios de Asturias, Provincia que histórica y etnográficamente se libró de la dominación árabe. Este color de cabellos denota más generalmente una reciente inmigración y un origen inglés, alemán ó flamenco.

Los usos y el traje de las gentes del pueblo son una adaptación de todos los trajes nacionales del otro lado del Atlántico, elaborada á medida de las importaciones ; algunos son bastante antiguos para pasar por nacionales.

Habiendo sido el pastor el primero en crear establecimientos en el campo, ha introducido en él los usos de los pastores africanos, que estos conquistadores de la península ibérica habían generalizado por su parte, durante los siete siglos de la dominación árabe : se les ve sacar agua en el *jagüel* del cual el nombre y el modelo son africanos, adoptar el gran estribo y la espuela árabe, todos los adornos de metal y de cuero, manufacturas de las que Granada y Córdoba recibieron el modelo de los artistas árabes. El Indio proporciona sus armas las *bolas* y el *lazo* al pastor, que también vive como cazador, pues sus rebaños parecen caza semi-salvaje el pastor armado como un Indio, vestido como un Árabe, se convierte en *gaucho,* nombre que resume estos dos orígenes : en árabe *chauch* significa conductor de ganados ; *el gaucho* no es otra cosa ; él es quien guarda y conduce el ganado nómada, pastor y cazador á un mismo tiempo.

Su traje se compone de cuatro prendas principales: el pantalón, bien ancho, unas veces de algodón, adornado con bordados, otras de lana, que por lo demás aún se encuentra en Valencia (España), semejante á las *braies* galas, pero acercándose más á las formas de la prenda que los zuavos han imitado del Árabe, en una palabra, es la *chiripa.* Presenta la ventaja de estar hecha sin costuras, se compone de un cuadrado de tela que se repliega sobre la piernas, envolviéndolas para unirse al cinturón que la retiene. El abrigo sin

mangas, bastante conocido por su nombre, poncho, tiene las mismas ventajas: basta para hacerlo cortar un trozo de paño de grandes dimensiones en forma cuadrada y abrir una hendidura en medio para pasar la cabeza por ella; los paños que caen sirven para cubrir las manos y los muslos del hombre á caballo. Estas dos prendas favorecen de tal manera la pereza de los que las llevan, son de tan sencilla hechura, que han quedado como tipo del traje pampeano y todos los extranjeros lo adoptan; es un traje exclusivamente campesino.

El sombrero y el calzado han sufrido modificaciones según las épocas. Uno y otro faltaban con frecuencia en el tiempo de la colonia; un cordón reemplazaba el primero, según la moda india; el segundo, más original, se hacía con la piel fresca de las patas traseras del caballo á las que se dejaba su forma de estuche cortándolas á lo largo de manera que la parte del corvejón viniera á alojar el pie, quedando los dedos al descubierto. Este antiguo uso desaparece, solamente los pastores que en las lejanas soledades guardan los grandes rebaños lo emplean todavía.

Lo que más tiende á generalizarse para cubrir la cabeza es la boina vascongada, y como calzado la alpargata, también vascongada; y no es porque ni una ni otras tengan grandes ventajas para los habitantes de las llanuras inundadas de sol, sino que los primeros Vascongados las trajeron desde sus montañas, estos fueron los primeros extranjeros que penetraron en la pampa, al conservar en ella sus costumbres también han impuesto la imitación; el comercio se ha apresurado á proveerse de este artículo que sele pedia, el uso del cual ha venido á generalizarse hasta el punto que es imposible decir á primera vista cuál sea el origen del hombre que se os presenta bajo este sello rojo ó azul.

Todos estos hombres, en el campo, se alimentan de la misma manera. Todos toman la infusión de yerba mate del Paraguay cuyo uso tiene sobre todos la misma influencia:

da á todos el hábito del *far niente*, los lleva á cada momento á la cocina en torno del hogar, donde sin cesar hierve el agua para este uso. Allí, en medio del humo acre del fogón alimentado por excrementos de carnero, pónense en cuclillas, encienden sus cigarros y esperan su turno para aproximar los labios al tubo de metal por donde se aspira la caliente infusión, contenida en una calabaza curada en la que el agua caliente se echa de nuevo sobre la misma infusión después de cada sorbo y de pasar de mano en mano. Este brebaje, presentado rústicamente, es sano, pero su abuso quita fuerzas al estómago y el apetito de una comida sustanciosa.

De todos los usos sud-americanos este es el que los extranjeros contraen más pronto en el campo y más desdeñan en la ciudad. Esto es porque en el campo todo falta, la carne de carnero es allí el único alimento, sin otro condimento que la sal, sin que ninguna legumbre la acompañe ; en este duro elemento en que el pastor sueña con cultivos que algunas veces comienza y siempre abandona, el viento demasiado fuerte fatiga á los mejor acostumbrados á él, es el que sobre todo les impulsa hacia este imperfecto abrigo de la cocina donde al menos el viento no penetra ; el mate y la pereza lo retienen allí ; el ganado continúa sin embargo prosperando, ese esclavo cuyo trabajo productivo consiste en llenar sus funciones vitales, basta para defender á su amo contra la escasez.

*
* *

Todas las nacionalidades se mezclan al rededor de este hogar. La mejor de las políticas será siempre para el extranjero el no distinguirse.

Es necesario hacer constar que no todos la practican y al llegar al país, donde, según dicen, vienen á colonizar, sin las más de las veces haber abierto siquiera un diccionario para

darse cuenta de lo que quiere decir colonizar, tienen cierta pretensión de hacer notar sobre los bárbaros, su superioridad originaria de ciudadano de un país civilizado. Para ellos todo es motivo de zumba, esta es su manera de plantar sobre la orilla su bandera de conquistadores. Que gocen de este primer movimiento de orgullo impertinente, ya tendrán demasiadas ocasiones de sentirlo. Ellos ignoran, pero pronto lo sabrán, que para los que les han precedido, indígenas ó inmigrantes, no hay más exacta expresión desdeñosa que la de recién llegado. ¡Cómo quintos, cuántas novatadas tendrán que soportar! Se creen conquistadores, se imaginan que tienen que enseñar á todo y pronto se aperciben que todo lo tienen que aprender. Esta es una vida nueva, en esta llanura pampeana de proporciones diferentes de las á que estaba acostumbrado este Europeo sobre la meseta de su montaña, donde vivía del producto de un puñado de tierra vegetal. Necesita, de buen grado ó por fuerza, asimilarse todos los usos del país, montar el primer caballo que se le presente y de la manera que á sus manos llegue, aprender á ser ingenioso, á no contar con el concurso de los demás y, á decir verdad, de primera intención no llega á perfeccionarse en este difícil oficio. El gaucho se sonríe durante estas intentonas, también se ríe de su lenguaje que quiere aproximarse al español; su risa está llena de desdén hacia este ser inferior, este pobre extranjero que le muestra á la vez dos inferioridades: ignorancia del idioma é ignorancia del medio.

Así el gaucho á veces tiene cándidas palabras que permiten juzgar sus sentimientos. Recordamos haber oido de boca de uno de ellos esta singular apreciación respecto de un extranjero, hombre de educación y de fortuna, que había creado en el campo un gran establecimiento de crianza; había aprendido el idioma, se había ejercitado en el trabajo del campo, montando á caballo á la moda del país, tomando mate sin

azúcar, corriendo de buena gana á caballo con el primero que llegaba, cazando si era necesario el avestruz y manejando las bolas como un Indio.

— Este es un hombre de progreso, decía el gaucho; extranjero, es verdad, pero se ha civilizado completamente.

El gaucho juzga á pocos de esta manera.

Este desdén hacia el extranjero se manifiesta en las clases inferiores de la población por medio de numeroros apodos. Los Ingleses, que llegaron los primeros recibieron el de *gringos,* debido á lo rudo de su idioma que para los oidos americanos era *griego*; los Franceses y todos los Europeos del norte comparten con los Ingleses este nombre. Los Italianos tienen uno especial que ni les enorgullece ni les humilla, llámanles *carcamanes*. Á los Españoles les dicen *sarracenos*, *maturrangos* ó *gallegos*. Los gallegos dicen : « una cosa es ser gallego y otra que se lo digan ». Los Napolitanos comparten con ellos el desdén general; siendo esto á causa de que los Napolitanos, que emigran en número bastante considerable, aceptan generalmente los trabajos más desdeñados; á más, su aire amable, por malicia é interés, tanto como por condición propia, su humilde manera de responder con sonrisas á los apóstrofes desagradables, la modestia de los comercios que emprenden, por los cuales están continuamente en contacto con la gente del pueblo, ante los que muestran sus maneras suaves, los exponen á los sarcasmos, á veces rudos, de esta gente, sin que se tomen la molestia de hacerse respetar ni de renunciar á su sonrisa nacional.

Todos estos epítetos han entrado en el idioma y pocas personas hacen caso de ello. Por lo demás, ¿el sentimiento que los dicta no es común en todos los países? ¿No lo vemos en la misma Francia manifestarse entre gentes de provincias diferentes ó vecinas, de Picardo á Normando, de Gascón á Provenzal? Cuando un Francés en el extranjero, lo mismo que

en su país pronuncia estas palabras : « Los Franceses » para después decir alguna apreciación favorable, de buena gana añadiría : « y cuando digo Franceses no hablo de los de... ni de los de... » y aquí pondría todas la provincias que no son la suya, para, de restricción en restricción, llegar sólo á enumerar en su elogio á los habitantes de su provincia, de su capital y al llegar á ella, todavía excluir, si es de París los de tal ó cual barrio. ¿ Qué semejanza hay, en efecto, entre el faubourg Saint-Germain y el faubourg Saint-Antoine? ¿ Qué parecido, en costumbres, vida é ideas, entre el hombre que vive en medio del lujo y ese otro que quizás roza en la misma casa y que no sabe por la mañana si á la noche comerá ?

Lo que para los Franceses es verdad, con mayor motivo lo es para Italianos y Alemanes cuya unidad nacional data de reciente época.

El gran principio de las nacionalidades que ha trastornado el mundo, que ha triunfado sobre poderosos ejércitos, jamás triunfará sobre este antiguo germen de localidad que Fermenta en el corazón de todos los hombres.

En América es más potente que en otras partes este espíritu local, allí donde todos son hijos de extranjero, en donde cada pueblo ha llevado sus productos, sus usos, hasta su manera de alimentarse; conjunto abigarrado en el que, desde hace tres siglos, germinan poco á poco los usos nacionales. Ciencia, arte, profesiones, nada es nacional, nada tiene un carácter nacional. La ciencia y la enseñanza en los países españoles viven de traducciones ; la ley codificada ha tomado un poco de todas las legislaciones, aquí ha tomado un principio ya probado, acullá otro rechazado por la experiencia; ha querido hacerse cosmopolita y ha sentado reglas de derecho internacional privado fijas y aplicables á todos los extranjeros, cualquiera que sea su procedencia.

En Europa donde todas las ciencias se han nacionalizado, el profesor, el jurista, se ocupan sobre todo de lo que se hace y se escribe dentro de sus fronteras; aquí, para todos es una necesidad profesional el estudiar cuanto en el exterior se hace. Esta ausencia de ciencia nacional produce el excelente resultado de obligar á los que viven de alguna ciencia á ensanchar el horizonte de sus estudios, á estar al tanto de lo que en todas partes se hace, á adquirir en fin extensos y variados conocimientos.

*
* *

Una de las mayores necesidades vitales para el extranjero es la de saturarse, cuando en este nuevo elemento penetra, de la atmósfera democrática que en él predomina. Las corrientes son tan constantes que sería inútil intentar resistirlas. Es necesario que el extranjero, venido de un país de tradiciones monárquicas ó teocráticas desmenuce poco á poco el recuerdo de esas tradiciones, tome la marcha del país, se habitúe á pensar de otra manera de como pensaba, relegue á lugar secundario las preocupaciones que le dominaban para dejarse impregnar por otros errores ó verdades relativas, en todo caso, nuevos modos de pensar, de obrar, de razonar, de deducir. Al cabo de algún tiempo ni aun las imágenes de que adorna su lenguaje serán las mismas; su ser y su pensamiento, después de una larga residencia, se habrán al fin modificado lo bastante para que en su propio país sea un extraño, si á él vuelve; ya no comprenderá las palabras, los pensamientos, los usos que han formado su infancia.

Este ambiente invade hasta tal punto que ningún extranjero escapa á su influencia, cada uno se da cuenta del hecho según el grado de su instrucción. El conjunto de esta abdicación de la personalidad, anterior á la aclimatación, se traduce por el verbo americanizarse.

Se come, se vive á la americana cuando se llega á comer y á vivir sin echar de menos todos los accesorios que en otras partes embarazan y complican la vida. Trabajar á la americana es simplificar el trabajo y los útiles que en él se emplean, igualar los resultados sin buscar la perfección, limitarse á lo estrictamente útil. Pensar á la americana es, igualmente, desprender de la imaginación las leyendas, tradiciones é inutilidades que la llenan, tener fe en sí propio, no reconocer más superioridades que las relativas.

El americano se inclinará ante la opinión de un jurista, de un médico, de un ingeniero, de un artesano; mas no por esto admite el ser inferior á este ó aquel, no se considera de otra clase social, sino que sus ocupaciones no le permiten por el momento fijar su atención en lo que á otros ocupa, y compra al que posee conocimientos especiales el consejo, auxilio ó trabajo de que precisa, como compraría trigo para su molino ó un arado para sus campos.

Estas ideas que se atribuyen exclusivamente á los Americanos del norte, de origen anglo-sajón, á los cuales la opinión general concede un espíritu más metódico, una ciencia de la vida más completa, no dominan menos entre los Hispano-americanos. Éstos, lo mismo que aquellos, no reconocen superior jerárquico en el orden social y tienen igual desdén por las condecoraciones, la nobleza y los funcionarios.

Las colonias Hispano-americanas se reclutaron, durante largo tiempo, entre las familias nobles de la Península; al principio los magistrados, los altos funcionarios hasta los comerciantes que venían de España no renunciaban á su rango ni á las distinciones que lo realzaban, hasta conservaban el uso de la capa y la espada y esculpían su escudo en el frontispicio de sus casas. De otra manera bien diferente han procedido sus hijos ; jamás han dado la menor importancia á esas futilidades de la vanidad europea, y han hecho más que renunciar á llevar espada, han arrancado sus escu-

dos, relegándolos al rincón de los trastos viejos, también han renunciado al uso de los títulos que sus padres tanto se enorgullecían de llevar. No es raro ver familias, de gran abolengo, llevar un apellido tomado al azar entre los muchos que tenía y que no es el patronímico; á todas les basta ser una familia conocida en el suelo americano, tener lazos de parentesco con algún Americano que se haya distinguido por un notable hecho de armas en la guerra de la Independencia ó que haya prestado algún servicio público á su país.

En cuanto al funcionario público, jamás ha pensado que su empleo pudiera bastarle para asegurarse la consideración del ciudadano por encima del cual éste le eleva. El valor moral y el mérito personal de cada uno de ellos se discuten públicamente, pertenecen á la opinión pública y ocupan el lugar que ésta les señala, sin tener en cuenta sus funciones.

III

Los extranjeros se asimilan todos estos rasgos de carácter de la misma manera que adoptan los usos de un país que por su parte toma tan fácilmente los que ellos importan; esta asimilación no impedirá sin embargo que unos y otros formen grupos teniendo sus sociedades, clubs, reuniones, fiestas, periódicos, escuelas especiales, hospitales, médicos, abogados, templos, logias masónicas. Cada grupo de extranjeros tiene, además, sus preferencias marcadas por tal ó cual clase de comercio ó de ocupación, no llamando su atención las demás; ciertas colonias agrícolas son exclusivamento suizas, otras italianas, una está compuesta sólo de ingleses del país de Gales, ninguna es exclusivamento francesa, pero en muchas los Franceses dominan en número é importancia.

Los periódicos extranjeros que en todas las lenguas se publican en Buenos Aires merecerían una monografía detallada; por su número é importancia son una de las curiosi-

dades de la vida social de esta gran ciudad. Los más antiguos, escritos en idioma extranjero, fueron franceses y el primero de ellos se fundó en 1818. Desde entonces siempre ha habido periódicos franceses en Buenos Aires, han tenido una vida más ó menos larga, más ó menos próspera, pero nunca ha estado la colonia sin órgano especial y hasta en diversas épocas ha tenido dos periódicos. Hace veinte años que uno de ellos sobrevive á todos sus colegas, habiendo conquistado una situación tan inatacable como la del *Courrier des États-Unis*, este es el *Courrier de la Plata :* periódico diario del tamaño del *Temps*, fundado en 1865 por M. Bernheim y que desde 1882 pertenece á una sociedad anónima : costea en París un corresponsal, actualmente su tirada es de tres mil quinientos ejemplares y el precio de suscrición es 72 francos. Al lado de éste ocupó un lugar, de 1880 á 1883, otro periódico de la misma importancia, l'*Union française*, la redacción y propiedad del cual cedí cuando salí de Buenos Aires, después le ha sucedido l'*Indépendant*. La colonia italiana posee varios periódicos : l'*Operaio Italiano* fundado en 1872, la *Patria Italiana*, fundado en 1876, y muchos periódicos semanales. La colonia alemana : el *Deustche Plata zeitung*, fundado en 1877; la colonia inglesa : *the Standard*, periódico muy leído, perfectamento informado, redactado desde 1860 por su fundador M. Mulhall, de origen irlandés. La colonia anglo-americana poseía el *Buenos Aires Herald*, fundado en 1874. La colonia española también, á pesar de que los periódicos locales se redactan en su idioma, posee sus publicaciones especiales : *La nación española*, fundado en 1880 y el *Correo español* fundado en 1872.

No nos ocupamos de un gran número de publicaciones semanales, redactadas en todas las lenguas, que, sin tener la importancia de las ya enumeradas demuestran en cada colonia una actividad que merece señalarse. Añadamos que el gran periódico satírico ilustrado *El mosquito*, fundado en

1863, pertenece á un Francés M. Henri Stein que con la pluma y el lápiz prodiga en él el ingenio francés.

Cada colonia se divide en numerosas sociedades de socorros, de beneficencia, de ayuda y protección á los recién llegados, sin que falten las sociedades musicales y de distracciones. La colonia francesa por su parte forma veinte que todas constituyen importantes grúpos de los cuales cada uno tiene su objeto y su carácter especial; pero todas estan reunidas en haz, (federación) y sus veinte presidentes, convocados, cuando hay motivo, forman bajo la presidencia del ministro de Francia una especie de gran consejo de la colonia. En muchas circunstancias este gran consejo ha prestado importantes servicios. En 1880, por ejemplo, cuando los partidos políticos, en vísperas de una elección presidencial, se armaban unos contra otros y que el ejército nacional sitiaba á Buenos Aires, este gran consejo, constituído en comité de socorros, pudo ayudar á los compatriotas que por causa de los sucesos estaban momentáneamente privados de recursos ó de trabajo.

Todos los años este gran consejo se reune en circunstancias menos tristes, para organizar y presidir las fiestas que la colonia celebra con motivo del 14 de Julio. Una de las más notables curiosidades de la vida de los extranjeros en la República Argentina es esta fiesta. Desde 1880, todos los años se celebra con gran esplendor; tal es la simpatía de que, en este país, goza todo lo que es francés y sobre todo lo que en la historia de nuestra nación vá unido á los progresos de la humanidad, que el pueblo entero toma parte en ella, las autoridades conceden su concurso, hasta la libre disposición de la calle, para las manifestaciones de que es ocasión la fiesta nacional de nuestros cuarenta mil compatriotas residentes en la ciudad.

No es esta la única fiesta que reune á la colonia francesa;

sin citar los conciertos, los bailes que cada sociedad celebra, la colonia da cada año, bajo la forma de feria, una función de beneficencia á beneficio de su hospital. Dura la fiesta un mes; su época es la primavera y se llama la feria de Saint-Cloud, recordando esta fiesta de los alrededores de París, porque el ingenio de sus organizadores ha reunido en ella todos cuantos elementos forman estas ferias, con la diferencia de que los juegos, las tiendas, las loterías, la cervecería, y las barracas de saltimbanquis están á cargo de las señoritas y de los jóvenes de la colonia. El producto de las entradas, que se eleva todos los años de 30,000 á 40,000 francos, después de cubiertos todos los gastos, se aplica al sostenimiento del hospital francés.

*
* *

Esta es la gran fundación de la colonia francesa, la que más seria atención merece. Data de 1832. Instalada por aquella época en algunas habitaciones donde encontraban asilo los residentes franceses que sufrían enfermedades ó miseria, pertenece á la Sociedad filantrópica francesa del Río de la Plata, ha sido reconocida como de utilidad pública, pueden formar parte de ella, como socios, todos los franceses que paguen una cotización cuyo mínimum es de dos francos mensuales. El número de socios pasa actualmente de tres mil; cada uno de ellos, mediante el pago de la citada ínfima suma, adquiere el derecho, del que usará ó no en caso necesario, de que se le cuide, cuando esté enfermo, en el hospital de la Sociedad, sin pagar ninguna retribución, cualquiera que sea la importancia del padecimiento ó de las operaciones quirúrjicas á que dé motivo. Es una especie de seguro contra las enfermedades. El hospital, construído en 1845, se ha aumentado progresivamente, llegó á ser insuficiente y se reemplazó por otro que ocupa dos hectáreas

de un terreno, perteneciente á la Sociedad, en las afueras de la población. Los planos, adoptados en concurso, se deben á un Francés residente en Buenos Aires. El edificio comprende : hospital de hombres, de mujeres, de niños y asilo nocturno. En el mismo terreno la Sociedad reserva un local para las asambleas de sus miembros, destinado en caso de necesidad como sitio de reunión donde podrán discutirse los asuntos que interesen á la colonia.

En nada son inferiores al francés los hospitales español, italiano, inglés y alemán; todos demuestran el espíritu de solidaridad y de unión que liga entre ellos á los miembros de cada una de las colonias extranjeras.

Nos sería imposible enumerar las sociedades que cada colonia ha fundado; las más numerosas son las sociedades italianas que alcanzan la cifra de doscientas en toda la República. Nada queda fuera de su acción, social y protectora ante todo. En ninguna parte tropiezan con trabas legales en este país donde la libertad de reunión y de asociación está garantizada por la Constitución.

Sin embargo no se crea que el espíritu de localidad, del que no están exentos los nacionales, ve sin inquietud esta unión, muy íntima y muy general en cada colonia extranjera. Seguramente que por esto no está en peligro la homogeneidad futura de la nación, ya hemos dicho que la nacionalidad impuesta á los hijos de extranjeros constituye por sí una protección suficiente; pero la tendencia manifiesta de cada uno de los grupos á perpetuar las diferencias de raza, á individualizar sus esfuerzos, á constituir centros de resistencia contra los azares imprevistos de la suerte y las dificultades de la vida, se mira por ciertos hombres de estado, como si ocultara las intenciones de formar centros de resistencia dispuestos á obrar contra las autoridades en caso necesario, ó á

protegerse contra las consecuencias de la más ó menos acertada dirección dada á la política.

En ninguna parte hemos observado que el estado haya tomado ó pensado tomar medidas contra estos lejanos peligros; pero se pone en guardia centralizando en sus manos por lo menos la enseñanza. Efectivamente, los extranjeros tienen una marcada tendencia á dar á sus hijos una enseñanza especial y en su propio idioma. Á esta necesidad responde la creación de colegios particulares ingleses, italianos y franceses. En los primeros, bastante aristocráticos, la enseñanza sin embargo es mercantil, se aprende en ellos lo que debe saber un hombre cuya vida ocuparán los negocios comerciales. Las escuelas francesas se contentan con ser universitarias, á la manera del país, y con preparar los niños para los exámenes que el estado exige por cada grado de la enseñanza primaria, secundaria y superior. Esta escuelas son numerosas y algunas tienen una vida bastante próspera.

Las escuelas italianas no pasan de la enseñanza primaria, hecha en italiano y al alcance de los hijos de trabajadores que componen la mayoría de esta colonia en extremo numerosa; los hijos de Italianos que quieren elevarse á las profesiones liberales, á falta de un establecimiento italiano de enseñanza secundaria, tienen que pasar por el Colegio nacional para conquistar el diploma que les abre las facultades de derecho, medicina ó ciencias.

Los extranjeros, sin haber cursado en las escuelas locales ni haber obtenido en ellas sus grados, pueden ejercer las profesiones liberales. Bástales, para que las carreras de médico, abogado, ingeniero civil se abran ante ellos, presentar los diplomas que en su país han ganado y dar el examen general que la ley exige.

En Buenos Aires hay ocho médicos franceses y varios otros repartidos por la República. Por contra actualmente no hay

abogado francés que ejerza la profesión. La ley sin embargo no pone obstáculos para ejercer esta profesión ante los tribunales, dá al abogado extranjero los mismos derechos y las mismas prerogativas que al del país, sólo le exige la exhibición de su título y un examen general sobre las asignaturas que se enseñan en la Facultad: derecho civil, penal, comercial, internacional, constitucional, romano, canónico, procedimiento civil y criminal y economía política. Es un examen un poco extenso; naturalmente, se necesita para darlo manejar bien la lengua española, haber hecho un estudio previo del derecho local; á más se precisa para poder ejercer con provecho la profesión de abogado haber estudiado de antemano los usos y las costumbres; conocer los hombres ante los que y con el concurso de los cuales se ha de ejercer. Todos estos estudios no se hacen ni en un día ni en un año, esto es, sin duda, lo que aleja de esta profesión muy lucrativa y muy honrosa á muchos extranjeros que en ella podrían prestar grandes servicios á sus compatriotas. El que escribe estas líneas ha sido el único Francés que, hasta el presente, se consagrara á tal empresa; jamás tuvo colega, concurrente ni sucesor á quien su ejemplo haya estimulado. Para los Españoles estas dificultades son menos numerosas, utilizan el conocimiento de la lengua y la semejanza de legislación; algunos Italianos también figuran en el foro donde no se encuentran ningún Inglés, Belga ni Alemán. Está libre pues el campo para los hijos, nacidos en el país, de extranjeros de dichas nacionalidades; son numerosos y casi todos tienen cierta práctica del idioma paterno, pueden dirigir á sus clientes extranjeros en su lengua madre pero no tienen la práctica del procedimiento del país cuya lengua hablan, de aquí algunas dificultades que tendrán que vencer al resolver las complicadas cuestiones á que frecuentemente dan lugar las relaciones internacionales.

Para los ingenieros hay un vasto campo que explotar y

los extranjeros figuran en primera línea. Generalmente ellos absorben los grandes trabajos públicos, la construcción de puertos y de líneas férreas; en esto siguen á los capitales extranjeros como ellos que les prestan un valioso apoyo. Con esto indicamos bien que los ingenieros franceses son poco numerosos no tomando los capitales franceses sino una pequeña parte en estas empresas.

El extranjero que desembarque en Buenos Aires, sea cualquiera la nación á que pertenezca, no podrá temer estar aislado ni sin relaciones con compatriotas; siempre encontrará un grupo en donde su origen bastará para crearle un título de admisión. Poco á poco penetrará en las filas de la sociedad criolla en donde su mérito y sus esfuerzos le señalarán su categoría. Como extranjero, en medio de extranjeros ó hijos de extranjeros no hará más que traer un elemento más para la elaboración de una raza, para la constitución de un pueblo, cuyos caracteres definitivos son uno de los secretos del porvenir. Todos los pueblos, hasta a quí, han colaborado activamente en este trabajo, lleno de escollos y rico de promesas; todos han llevado á él mucha ciencia suya, mucha sangre suya, y continuarán introduciendo cada día nuevos contingentes. En vano algún espíritu estrecho querrá limitar al extranjero el sitio que pueda ocupar; jamás será posible cerrarle los caminos que conducen á las grandes posiciones abiertas necesariamente, en un país americano, á todas las inteligencias; nadie tendrá bastante poder para estorbar los esfuerzos individuales cuyo conjunto prepara y asegura la grandeza del país.

CAPÍTULO II

DE LA CONDICÓN LEGAL DE LOS EXTRANJEROS

Un axioma. — Garantías constitucionales. — El derecho público y los extranjeros. — Naturalización. — Principios de derecho internacional privado. — El matrimonio. — Matrimonio religioso. — El divorcio en el extranjero. — Actos del estado civil. — Nación y Provincias. — Los contratos internacionales. — El domicilio. — Las sucesiones. — La capacidad. — La autoridad paterna. — Leyes comerciales. — Ejecución de sentencias extranjeras. — La extradición. — Los tratados. — Los diplomáticos.

I

Á fines de 1880 Chile estaba en guerra con el Perú; fué vencido éste, invadido su territorio y casi enteramente ocupado, mas no conquistado porque en América el tiempo de los Cortés y los Pizarros ha pasado, y el vencedor, sea el que fuere, en cualquiera región que penetre, aunque sea de la misma raza, del mismo origen, de la misma familia que el vencido, no puede pretender el tener bajo su dominación más territorio que el que pisen sus plantas. Había habido combates en Chorrillos y en Miraflores, á poca distancia de Lima. El ejército chileno había salido victorioso una vez más. Encontró entre sus prisioneros algunos Franceses é Italianos y sin piedad los hizo degollar por los Asiáticos que consigo traía. La noticia de estas matanzas causó en toda América un escándalo ruidoso. En ninguna otra parte el movimiento de indignación fué más violento que en la ciudad de Buenos Aires. Formóse un comité de la prensa para protestar públicamente contra esta violación del derecho público americano.

Encargóme el comité de redactar la protesta que debía leerse en la plaza pública y transmitirla por el comité á los representantes franceses é italianos en Lima y Santiago de Chile.

El sentimiento que me dominaba como extranjero que vivía sobre el suelo americano con todos los derechos y prerrogativas que pudiera pretender un ciudadano, me inspiró la idea de resumir los principios de derecho público continental en este axioma cuya verdad me parece indiscutible : « *En América nadie es extranjero* ».

El que pone el pie sobre el suelo americano tiene un sitio en el hogar, entra en una familia en donde adquiere, sin tener que solicitarlos, iguales derechos, y con el mismo título que aquellos que plantaron los primeros su bandera sobre este suelo virgen. Los primeros conquistadores representaban la civilización, dotaron á estas regiones del beneficio lentamente adquirido de los progresos de la humanidad, el trabajador moderno que les ha seguido y ha continuado su obra ha arrancado el suelo americano á la barbarie. Los que le han dado valor deben gozar de los mismos derechos que los que lo han conquistado.

En la República Argentina más que en cualquiera otra parte de América estos principios nadie los discute. Dominan el derecho público y el derecho civil.

Ninguna ley obliga en ella al extranjero á renegar de su bandera ni á volverse ciudadano del país si viene á fijar en él su residencia. Puede, conservando su calidad, adquirir terrenos, transmitirlos á sus herederos sin tener que pagar bajo ninguna forma derechos de extranjería; puede formar parte de las asambleas municipales, de los consejos de dirección de bancos del estado, ejercer la profesión de abogado, el cargo de síndico, de tutor, de curador; puede enseñar libremente; emitir por la vía de la prensa sus libres opiniones y sus críticas independientes. Se le admite en el ejército si

lo desea como soldado ó como oficial, goza en fin de la plenitud de los derechos del hombre libre salvo los de elector político.

Desde el punto de vista del derecho público, los buques de todos los pabellones tienen entrada en los ríos interiores y en los puertos; ninguna restricción acompaña á la posesión y administración por extranjeros de las vías férreas; hasta á veces los nacionales se quejan de las ventajas que la ley y los usos reconocen á los extranjeros cuyos derechos son mayores siendo menores las cargas.

Su propia historia tanto como su interés ilustra á las repúblicas hispano-americanas sobre la utilidad que pueden conseguir de los favores concedidos á los extranjeros. Su prosperidad data desde el día en que cesando de ser colonias españolas, al conseguir su independencia les han abierto sus puertas.

Todos los países hispano-americanos unos después de otros han repudiado las teorías españolas. Pero antes de ocupar lugar en un cuerpo de ley ó en una declaración constitucional estos principios que la ley ha recogido se han implantado en las costumbres.

En las leyes promulgadas en Buenos Aires no se ha hecho mención de los extranjeros sino desde 1812 para permitirles el comercio y después para eximirlos del servicio militar. La Constitución de 1854 nada dice de ellos; solamente los admite á la naturalización, sin imponerles un tiempo determinado de residencia ni otras condiciones, y siempre á petición propia. La Constitución de 1860 fué la que, respecto á ellos, hizo declaraciones categóricas, poniéndolos, desde todos los puntos de vista, al nivel de los nacionales.

Según el artículo 26 de esta Constitución, los extranjeros gozan de todos los derechos civiles del ciudadano. Pueden ejercer su industria, comercio ó profesión, poseer bienes in-

muebles, comprarlos y enajenarlos, navegar por los ríos interiores, ejercer libremente su culto, testar y casarse conforme á las leyes. Nunca están obligados á naturalizarse ni á pagar contribuciones extraordinarias.

Pero no es este artículo solo el que garantiza los derechos del extranjero ; en todos los demás de su preámbulo la Constitución que americaniza los principios de la declaración de los derechos del hombre emplea la palabra *habitante de la nación*. Á los habitantes y no á los nacionales garantiza todos los derechos que constituyen la libertad individual, la libertad de conciencia, la libertad de pensar, de trabajar, de comerciar, de reunirse, de publicar su pensamiento por la vía de la prensa ó por el libro, la inviolabilidad de la propiedad, de la persona y del domicilio.

Aquellos á quienes pareciesen insuficientes estas ventajas y que quisieran gozar de los derechos políticos pueden solicitar y, con poco gasto, obtener la naturalización. Una ley especial de 1862 regula la manera de adquirirla, no es para ello exigente. Basta para obtener el disfrute de todos los derechos que son inherentes al título de ciudadano de esta República, haber prestado uno de los cortos servicios que la ley enumera, por ejemplo, haber llenado una función pública ó ejercido el profesorado, haber asistido á operación de guerra ó defensa de la nación, haber sido contratista de caminos de hierro, haber formado parte de una colonia agrícola ; todas condiciones fáciles de llenar ó la que es más sencilla aún, y á menudo agradable, haberse casado con una hija del país.

Seguramente que estos principios inscritos en la Constitución, esta asimilación completa de nacionales y extranjeros, dada la facilidad á éstos de adquirir cuando quieren la nacionalidad en tierra americana, parecen á primera vista deber simplificar el papel del legislador y el del juez. No teniendo ni uno ni otro que ocuparse del origen de los habitantes sometidos á su jurisdicción, pueden aplicar á todos sin distin-

ción una ley uniforme; para someterlos á ella basta el solo hecho de poner el pie en el suelo de la República.

No se crea, sin embargo, que todos los conflictos de derecho internacional privado estén por esto evitados, ni mucho menos resueltos. Pueden producirse en los límites del territorio por el continuo encuentro de indivíduos de origen, de nacionalidad, de religión y hasta de color diferentes, y se importan por estos individuos; nacen del choque de los intereses creados por ellos en diversos países por matrimonios, contratos ó hasta por hechos independientes de su voluntad.

En América, donde desde la conquista, sobre todo desde hace medio siglo, todos los pueblos contribuyen en mayor ó menor escala, con más ó menos actividad, á la constitución de las nuevas razas que poblarán las fértiles soledades, las relaciones comerciales y la emigración continua de los pueblos que tienen su origen en Europa necesariamente crean situaciones jurídicas nuevas.

En oposición á los principios de la ley francesa, que, no preocupándose de los conflictos que esas situaciones puedan enjendrar, sienta como principio que el Francés fuera de Francia queda sometido á su ley civil y comercial, descuida el ocuparse de los conflictos que pueden nacer de este principio bajo los pasos de los emigrantes ó de los representantes de su comercio, no se preocupa de los derechos ni de las relaciones civiles que los extranjeros adquieren ó crean en su territorio, la ley argentina ha examinado uno á uno todos los conflictos posibles de derecho internacional privado y los ha resuelto de antemano por medio de textos legales.

Habiendo negado la Constitución toda importancia á la nacionalidad, la ley que domina la solución de estos conflictos es necesariamente la del domicilio. De la posesión de un domicilio sobre el territorio es de lo que dimanarán todos los

derechos, y notemos bien que este domicilio no es el legal, que se adquiere se pierde por declaraciones esperesas y que es á menudo independiente de la residencia ordinaria, no, la simple residencia bastará para determinar la aplicación de la ley civil, como en otras partes lleva consigo la de la ley penal y comercial.

Si hojeamos, pues, el Código argentino encontraremos en todos los capítulos, dentro de cada título, artículos previendo y resolviendo los conflictos entre nacionales y extranjeros, suscitados á propósito de derechos ú obligaciones creados en el exterior por consecuencia de cambios de residencia de los unos ó de los otros, y que producen litigios en los límites del territorio.

Encontraremos disposiciones de este orden en los capítulos en que se regulan la constitución y la transmisión de derechos reales ó personales por contratos, en casos de venta, hipoteca, cesión, donación, etc., en aquellos en que se legisla sobre las formas del matrimonio y las relaciones de familia que crea ó que nacen de las uniones ilegítimas, en el de la patria potestad, en los títulos en que se determinan la forma de los contratos y los efectos que de ellos se derivan, en el de las sucesiones consideradas desde el punto de vista de los derechos á que dan lugar, de la forma ó de la jurisdicción que debe escogerse para su liquidación.

Por último las encontraremos numerosas en los Códigos de comercio y marítimo y el Código de procedimientos; en éste las relativas á la ejecución de sentencias pronunciadas en el extranjero y destinadas á producir sus efectos en la República.

En todas estas materias domina el principio uniforme de la ley del domicilio, y, cosa extraña en un pueblo ordinariamente tanto más celoso de su soberanía cuanto que el brillo de ella menos se impone en el exterior, en ninguna parte encontraremos la ambición de extenderla más allá del terri-

torio, con mayor frecuencia encontraremos una especie de abdicación de parte de esta soberanía en interés de la validez de ciertos actos.

II

Esto es lo que sucede respecto al matrimonio, primer acto de la constitución de la familia. El matrimonio celebrado en el extranjero, aunque sea entre nacionales, será válido si lo ha sido en una de las formas, cualquiera que sea, necesarias para su validez en el país donde se haya celebrado; y hasta cuando lo haya sido entre nacionales que hubieran dejado su domicilio únicamente con el objeto de contraer matrimonio, en país extranjero, para violar abiertamente las leyes de la República. No se podrá citar una ley que respete más la soberanía del vecino y que más sacrifique la propia por la validez de un acto.

Dicha regla, en este caso, no tiene otros límites que los que le imponen naturalmente los principios de orden público inscritos en la ley. Así, este matrimonio, ni ningún otro tendrían valor alguno en la República si celebrado en un país donde esté autorizada la poligamia, hiciera responsable del delito de bigamia á uno de los dos esposos.

Tampoco tendría ningún valor si hubiera sido contraído por un sacerdote de la religión católica ó cualquiera persona de esta confesión que perteneciera á una orden reconocida y que estuviera obligada por solemnes votos de castidad. Con efecto, la ley argentina conserva una disposición de otra época que declara sacrílegas estas uniones y sacrílegos sus frutos. Apenas hace cuarenta años que una mujer, perteneciente á una de las primeras familias de Buenos Aires, y un sacerdote fueron fusilados en la plaza del Gobierno, para expiar una unión sacrílega. Actualmente es menos severa la ley penal, pero la civil ha conservado sus rigores.

Por contra, un matrimonio celebrado en el extranjero según los ritos de la religión católica, que no produciría efectos civiles en el país donde se celebró, los producirá en la República Argentina por el sólo hecho de haberse verificado según los ritos de esta religión.

Hé aquí una disposición que merece que nos detengamos. Es curiosa por muchos conceptos.

Efectivamente, el legislador argentino ha sentado el principio de que la constitución de la familia no puede basarse en un acto civil y ha librado la celebración del matrimonio, no á la Iglesia católica, sino á las Iglesias, á todas las Iglesias que puedan existir en el mundo y que tengan fieles dentro de los límites del territorio argentino.

La disposición que citamos debería, pues, para estar de acuerdo con los principios constitucionales, redactarse de la manera siguiente : « El matrimonio celebrado según los ritos de la Iglesia á que pertenecen los cónyuges, producirá efectos civiles en la República aun en el caso que no los produjera en el país donde se haya celebrado ».

La ley argentina contiene, en el título sobre el matrimonio, dos secciones, una que regula la forma de los matrimonios sometidos á la Iglesia católica y á las Iglesias cristianas y disidentes, la otra que se ocupa de los matrimonios celebrados sin la intervención de la Iglesia cristiana pero sin establecer diferencia alguna entre la autoridad de las Iglesias. Desde el momento en que un representante cualquiera, de no importa qué religión, aunque sea desconocida ó nueva, cisma reciente ó secta de efímera creación, ha unido á dos personas, según los ritos consagrados por el tiempo, ó imaginados para el caso, el matrimonio es válido por igual motivo que el celebrado por sacerdotes cristianos y sin la intervención, anterior, posterior ó simultánea de ningún empleado civil ó del estado civil.

Es pues singular el encuentro de la disposición que citamos, la cual pone á la Iglesia católica por encima de la ley general. Para esto no encontramos más que una explicación. Está en el texto de la Constitución nacional que sienta el principio de que el Presidente de la República deberá pertenecer á la religión católica, apostólica, romana (art. 76), y que el gobierno federal sostendrá esta religión (art. 2).

Las consecuencias de esta disposición social pueden ser bastante curiosas.

Así pues, según la ley católica el matrimonio es indisoluble. Según la ley civil en Francia y Bélgica no lo es. Se producirá pues esta grave consecuencia, que el matrimonio celebrado en Francia ante la Iglesia católica al mismo tiempo que ante la autoridad civil y que sea disuelto posteriormente por una sentencia de divorcio, no se considerará disuelto en la República Argentina. Estos esposos ó los esposos divorciados no podrán allí contraer nuevo matrimonio. Esta regla tiene todo su valor, hasta en el caso en que el primer matrimonio y la disolución que le haya seguido fueran ambos anteriores á la fijación del domicilio en la República. Por consecuencia si se contrajeran segundas nupcias en la República Argentina, después de la disolución de las primeras celebradas por un sacerdote católico y que esta disolución proviniera de una sentencia de divorcio pronunciada en el extranjero, los hijos de la primera unión serían los únicos que se consideraran como legítimos, de acuerdo con la ley argentina, los de la segunda, posterior al divorcio, se consideran adulterinos.

Pero si después de la disolución de un matrimonio por haber obtenido el divorcio, se contrajeran segundas nupcias fuera de la República Argentina, este segundo matrimonio sería considerado válido ante las leyes de ésta porque á su vez lo sería ante las del país donde se hubiera celebrado. En este caso existiría un derecho definitivamente adquirido, consagrado por una legislación exterior cuya soberanía sería respetada.

Con efecto, los principios de derecho internacional relativos al matrimonio, inscritos en el Código, se resumen como sigue:

1.° La validez del matrimonio se rige por la ley del punto donde ha sido celebrado, aun en el caso de que los contrayentes hayan dejado su domicilio por no someterse á las formalidades y leyes que en él regulen el matrimonio;

2.° Los derechos y deberes de los esposos se rigen por las leyes del domicilio matrimonial mientras que los esposos residen en él. Si cambian de domicilio, sus derechos y deberes personales los regulará la ley de este nuevo domicilio;

3.° En cuanto á los bienes, el contrato de matrimonio los rige, cualesquiera que sean las leyes del domicilio matrimonial ó del nuevo domicilio. Si no hay contrato de matrimonio, los bienes muebles estarán sujetos á la ley del lugar donde se celebró el matrimonio y los inmuebles á las del punto en que estén situados. Si hay cambio de domicilio los bienes adquiridos durante el matrimonio se regirán por la ley del que se tenía en el momento de la adquisición de éstos;

4.° El matrimonio celebrado en un país extranjero, en el que no produciría ningún efecto civil, lo producirá en la República si lo ha sido según las leyes de la Iglesia católica;

5.° El matrimonio disuelto en país extranjero de conformidad con las leyes de éste, pero que según las de la República Argentina no hubiera podido disolverse, no autoriza á los esposos á contraer nuevas nupcias.

*
* *

Lo que domina en cuanto se refiere al matrimonio es que el legislador argentino no piensa que la familia pueda basarse sobre un acto civil, entrega completamente la celebración del matrimonio á la Iglesia ó por lo menos á las Iglesias; porque si estamos en país español, estamos en país español moder-

nizado y americanizado en el cual se impone el respeto de la libertad de conciencia por una Constitución muy esplícita. El Código civil, sustrayendo el matrimonio á la ley civil, envía á los desposados á que hagan consagrar su unión ante el sacerdote de la religión ó de la secta bajo cuya ley se hayan criado ó se hayan colocado voluntariamente. Si los dos cónyuges pertenecen á dos religiones diferentes irán sucesivamente á buscar los templos de estas dos religiones ; ninguna religión aunque no tuviera más que dos adeptos está excluída del derecho de consagrar uniones indisolubles. Los que ninguna religión tengan pueden formar una con todos sus detalles, dogmas y ritos desconocidos, á los que se someterán para el matrimonio proyectado, el cual producirá los mismos efectos que una unión consagrada por el sacerdote católico.

Sin embargo éste goza de algunas prerogativas, para la validez del matrimonio: en toda unión donde figura un católico, debe intervenir necesariamente, bajo pena de nulidad, puesto que, aunque todas las religiones tengan derecho de ciudadanía en la República, la religión católica, apostólica, romana es la que la Constitución señala y pone bajo la protección directa del Poder ejecutivo y á la que debe pertenecer el Presidente de la República.

Esta abdicación de la ley civil en favor de la ley religiosa, no proviene, como pudiera suponerse, de las costumbres ni de las tendencias de la nación. Fué introducida en el Código civil por la voluntad personal del único redactor de este monumento, el sabio jurisconsulto Sr. Vélez Saarfield. Obedeciendo á escrúpulos religiosos procuró ponerlos de acuerdo con los principios absolutos de la libertad de conciencia proclamados por la Constitución y con la necesidad de dotar á todos los extranjeros, al mismo tiempo que á los nacionales, del beneficio de que sus uniones fueran consagradas por sus Iglesias respectivas.

Es necesario decirlo bien alto, estuvo mal inspirado. Al autorizar el matrimonio religioso, tal como está instituído en Francia, al lado del matrimonio civil, hubiera dado satisfacción á los escrúpulos de su conciencia y proporcionado á todos los extranjeros sin excepción el medio de poder celebrar bajo el imperio de tal ley matrimonios que actualmente, y por la fuerza de las circunstancias, muchos de ellos se encuentran en el caso de no poder realizar. En lugar de esto ha impuesto á todo habitante de la República, sea cual fuere su religión, la obligación de contraer matrimonio sólo ante un representante sacerdotal de su culto con exclusión de todo funcionario del orden civil.

Así que se han presentado numerosos casos en que algunos aspirantes al matrimonio no tenían otro medio para poner en ejecución sus proyectos de unión que el de una conversión instantánea, un súbito cambio de religión.

Tal es especialmente el caso de los que residen en una parte del territorio argentino en donde no hay sacerdote del culto á que pertenecen.

Consecuencia peligrosa de una ley mal concebida. Bajo el pretexto de dejar en entera libertad el ejercicio de todos los cultos indistintamente, de no limitar la libertad de conciencia, no sin imponer al matrimonio un origen absolutamente religioso, la ley argentina ha abierto la puerta á los matrimonios contraídos á la vez fuera de toda religión reconocida y fuera de toda autoridad civil.

*
* *

Si se trata de constituir el estado civil de un niño nacido de un matrimonio contraído de esta manera, la dificultad no es menor. Las iglesias solamente son las que llevan registros donde inscriben los bautismos; pero los que pertenecen á algunas de las religiones que no están establecidas ó representa-

das, no tienen ningún medio, después de la promulgación del Código, en 1871, de constituir á sus hijos un estado civil.

Para estas actas, si son extranjeros podrán recurrir á sus cónsules, lo cual no les es posible para el matrimonio; porque, digámoslo al paso, los matrimonios que los reglamentos consulares franceses, italianos ó belgas autorizan para que sus cónsules celebren en el extranjero, cuando los dos cónyuges pertenecen á la misma nacionalidad, ningún valor tienen ante la ley argentina cuando se han celebrado dentro de los límites de su territorio. Esta ley no admite como válidos sino los matrimonios en que ha intervenido cualquier representante de una religión conocida ó desconocida, antigua ó creada para el caso, respetando en ellos los ritos y solemnidades de esta religión.

III

Se admirarán, y con razón, ante las consecuencias que acabo de señalar de una ley mal hecha que ha podido subsistir desde hace quince años á través del período en que la corriente de emigración hacia los puertos de la República Argentina es más activa que para ningún otro punto del globo excepto los Estados Unidos. Mayor admiración causará aún el que se haya realizado una reforma parcial del Código civil en 1883 sin que á los capítulos importantes, cuya deficiencia ha sido denunciada, se les haya tocado.

La causa de esto es que el principio inscrito en la ley civil al entregar á los sacerdotes el cuidado exclusivo de presidir á las uniones conyugales ha consagrado una prerogativa en provecho de ellos. El intentar quitársela hoy sería atentar á una institución religiosa; los legisladores timoratos prefieren dejar subsistir todos los inconvenientes de una ley defectuosa, de un privilegio creado sin razón, que intentar una reforma

que parecería dirigida contra la mayoría de la nación sin aprovechar más que á la minoría.

Hay en eso una tendencia manifiesta hacia una disminución en la influencia de la Iglesia católica que aprovecharía la libertad de conciencia y en un tiempo no remoto desembarazaría al matrimonio de la obligación de ceremonias religiosas origen de los inconvenientes que he señalado.

No quedaba á la sociedad civil más que un recurso que era el de realizar en beneficio de esta minoría una reforma administrativa, puesto que la mejora de la ley no era practicable por el momento. Este progreso lo ha realizado el Congreso argentino en el mes de Octubre de 1884 por medio de una ley.

Esta no es ley general, cuya aplicación pueda extenderse á toda la nación por el Congreso que la ha votado, es una simple ley de orden administrativo y municipal especial para la ciudad de Buenos Aires. Esto exige algunas explicaciones.

Siendo la Nación Argentina una confederación de estados administrados individualmente, que han abandonado ciertos derechos, cierta parte de su soberanía, al gobierno general, que bajo el nombre de gobierno de la nación constituye una entidad aparte, con las atribuciones limitadas que le han cedido los estados confederados, existen en la confederación dos poderes soberanos, uno territorial interno y directo, el provincial; otro ideal, exterior, indirecto, el nacional.

La nación es como el lazo de un haz, compuesto de provincias confederadas, sin autoridad territorial ni administrativa, está encargada solamente de prevenir las desuniones, de dirigir desde cierta altura los estados que han delegado en ella el derecho de dictar códigos y leyes de comercio y navegación y de sostener relaciones con las naciones extranjeras.

Por su parte, los estados confederados conservan su autonomía administrativa, tienen sus asambleas legislativas, su Poder ejecutivo y judicial, regulan ellas mismas, en los límites de su territorio, la administración de justicia y la aplica-

ción de las leyes generales, en una palabra, ejercen la universalidad de sus derechos de soberanía disminuída únicamente de los que explícitamente ha delegado en el Poder superior de la nación.

Á la nación, pues, gobierno general, es á quien pertenece determinar en los Códigos las *formas* del matrimonio y sus efectos civiles, pero los estados son los que han de decidir si el cargo de llevar los registros del estado civil se entregará al poder laico ó lo conservará exclusivamente la Iglesia.

Hablo solamente de llevar los registros; esto no implica que los estados hayan conservado el derecho de modificar las formas esenciales del matrimonio, estas formas están legisladas por el Código civil y la redacción de este Código pertenece exclusivamente al Congreso nacional sin que los estados puedan eludir su cumplimiento; la única cosa pues que pueden hacer, es, confiar á autoridades civiles por vía de reglamento administrativo interior el llevar registros en donde se inscriban los nacimientos, defunciones y matrimonios, éstos después que se hayan celebrado sin intervención de ninguna autoridad civil por el sacerdote de la religión á que pertenezcan los cónyuges.

Esta ley, por nacional que sea, no es sino una ley local emanada del Poder general que por excepción ejerce en un territorio limitado el poder directo. Una autoridad semejante se ejerce por el poder general de los Estados Unidos en los límites de la ciudad de Wáshington.

El ejemplo pues viene de lo alto y por más que esta ley no tenga más que un carácter administrativo no por eso deja de tener grande importancia social. Aunque no de frente no por eso se ha atacado menos la cuestión ; sin duda está próxima la hora de la reforma general que establezca el matrimonio civil sin suprimir el religioso.

Es tanto más natural suponerlo cuanto que la votación de esta ley, que yo calificaré de preparatoria, ha terminado una

legislatura que había comenzado por la laicisación de las escuelas comunales y durante la cual ocurrió un hecho político que denuncia las doctrinas del gobierno actual; hablo de un conflicto entre la autoridad nacional y el nuncio apostólico que terminó por la entrega de sus pasaportes á éste.

La ley actual, cuyos efectos son puramente locales y administrativos no se extiende aún más allá de los límites de la ciudad de Buenos Aires. El caos que reina más allá de estos límites merecería sin embargo que el legislador se ocupara de él.

IV

Estos conflictos, sin embargo, no son los únicos; en este país cosmopolita la ley tiene con frecuencia que resolver puntos litigiosos que interesan á la vez á extranjeros y á Argentinos, ó exclusivamente á extranjeros, por la razón que no debo omitir, de que al abrir la puerta á éstos, al permitirles el ejercicio de todos los derechos sin excepción, la Constitución y la ley le sustraen á la aplicación de las leyes de sus países respectivos para sujetarlos á la suya propia.

En Francia no nos ocupamos gran cosa de los conflictos de derecho internacional privado, apenas nos interesan; la ley francesa se ha hecho para Franceses y pretende seguirles por todas partes; en cuanto á los extranjeros :

> Qu'ils s'accordent entre eux ou se gourment, qu'importe!

Los tribunales franceses, con el más grande desinterés, libran á los tribunales de sus respectivos países el cuidado de ponerlos de acuerdo; si por casualidad un interés francés está en conflicto con uno extranjero, si un Francés tiene algún interés en diferencias que se debaten en el extranjero, nuestros tribunales no titubean en dictar autos conformes á

la ley francesa sin preocuparse de la suerte que les está reservada cuando se trata de ejecutarlos en el extranjero.

Por mi parte creo que en materia de derecho internacional privado esa es la infancia del arte. Si no se tiene cuidado por no haber vigilado el movimiento que se opera en el mundo entero hacia la solución, por leyes bien hechas, de los conflictos internacionales, la ciencia jurídica francesa y su jurisprudencia, que tan justa autoridad tienen en el exterior, poco á poco perderán su prestigio : éste es, sin embargo, uno de los principales ramos de exportación de productos franceses, que no por que no figure en grandes y majestuosas cifras en las columnas de las estadísticas deja de tener capital importancia para la influencia de Francia en el exterior.

He dicho que el pensamiento dominante en los legisladores americanos en general y en el legislador argentino en particular ha sido, al someter á nacionales y extranjeros á la misma ley civil, el de no hacer depender la aplicación de esta ley sino de la situación del domicilio, sin tener para nada en cuenta la nacionalidad.

Nacionales y extranjeros están sometidos á la misma ley tanto para las relaciones creadas en el exterior como para el ejercicio de los derechos en el interior; los jueces y los abogados tienen pues que hacer un estudio frecuente y profundo de las leyes extranjeras que rigen la forma y el fondo de los actos.

Para que la aplicación de las leyes á los extranjeros al mismo tiempo que á los nacionales no sea peligrosa, no produzca al infinito los conflictos que tienen por misión evitar, la ley argentina ha precisado los principios que deben presidir á su aplicación. Así encontramos en todos los títulos del Código civil artículos que de antemano arreglan los conflictos entre las diversas legislaciones :

La constitución ó transmisión de derechos reales ó personales por contratos, en los casos de venta, hipoteca, cesión, donación, etc.;

Las sucesiones desde el punto de vista de los derechos á que dan lugar, de la forma ó de la jurisdicción que debe escogerse para su liquidación;

Los contratos considerados en sus formas ó en sus efectos.

Hasta en derecho comercial reglas precisas internacionales rigen las quiebras y las letras de cambio.

El Código de procedimientos reglamenta también la ejecución de las sentencias pronunciadas en el extranjero y destinadas á producir sus efectos en la República.

Todas estas materias están sometidas al principio uniforme de la ley del domicilio ó, por mejor decir, de la simple residencia.

La ley argentina no podrá evitar los conflictos de derecho internacional privado, que se originarán necesariamente cada día por la concurrencia, sobre el territorio donde debe aplicarse, de individuos de origen y nacionalidad diferentes: pero me parece que al someter exclusivamente á los individuos á la aplicación de la ley que reina en el lugar de su domicilio, mientras que lo conservan, ha simplificado los conflictos y hecho fácil el cumplimiento de ella.

Lógica consigo misma, no tiene, en materia de sucesiones, cuenta ninguna de la nacionalidad de los interesados ni aun de la situación de los bienes; no se ocupa sino de su conjunto, de la universalidad del patrimonio y dispone, en el artículo 3,283, que: « *El derecho de sucesión al patrimonio del difunto, está regido por el derecho local del domicilio que éste tenía en el día de su muerte, sean nacionales ó extranjeros sus herederos* ».

Hay que señalar este principio de una manera especial porque no sólo interesa á los extranjeros y á la sucesión de

extranjeros en la República sino también á la de los nacionales en país extranjero. Según este principio la sucesión del difunto se regirá exclusivamente por la ley del domicilio que tenía el día de su óbito así como la transmisión de sus bienes hecha de conformidad con esta ley. Esta es una verdadera abdicación de soberanía. Tiene por resultado privar de la jurisdicción local á los inmuebles, aun los situados en la República, y á primera vista parece en contradicción con el principio sentado en el artículo 11 del Código civil que dice que los bienes inmuebles situados en la República Argentina se rigen exclusivamente por las leyes del país en cuanto á su cualidad, á las maneras de transmitirlos y á las solemnidades que deben acompañar estas transmisiones. Este último principio no rige más que la formà de los actos de transmisión de dominio : no está pues en desacuerdo con el artículo que acabo de citar. En efecto, está bien claro que si la transmisión de bienes por sucesiones se puede hacer según las leyes extranjeras, la toma de posesión se verificará siempre bajo la vigilancia de los tribunales argentinos y cumpliendo las leyes locales.

El patrimonio del difunto, considerado en su conjunto como universalidad de bienes, se regirá pues exclusivamente por la ley del domicilio que tenía el fallecido en el día de su muerte y la transmisión de sus bienes situados en la República Argentina se hará de conformidad con las leyes del país en donde regirán para la entrega de los bienes inmuebles. He aquí una abdicación del principio de soberanía que da lugar á sorprenderse por parte de un país que en general es más celoso de sus prerrogativas.

Esta abdicación no es absoluta : el artículo 3,470, que no es sino la reproducción de la ley francesa del 14 de Julio de 1819, parte integrante de nuestro Código civil, establece en efecto que en caso de división de una misma sucesión entre herederos extranjeros y Argentinos ó entre extranjeros

sin domicilio y extranjeros con domicilio en la República, estos últimos recibirán de los bienes situados en la República una parte igual al valor de los bienes situados en el extranjero, de cuya participación fueran excluídos en virtud de las leyes ó costumbres del país donde se haya producido la herencia.

Este artículo no se aplica más que en caso de conflictos entre herederos que tengan domicilios diferentes; pero no produciéndose tal conflicto es absoluta la aplicación de la ley extranjera á los bienes aun respecto de los inmuebles situados en la República.

No hay necesidad de hacer observar que se podrán producir largas discusiones para determinar el verdadero domicilio del difunto.

Así, se decidió respecto de un Francés, que había muerto en Francia, donde residía desde hacía muchos años sin ni siquiera haber hecho durante ese tiempo un viaje á Buenos Aires, que había conservado su domicilio legal en esta ciudad por el hecho de que en ella había continuado su casa de comercio á la que surtía por compras hechas en Francia; el tribunal decidió que la liquidación debía hacerse bajo el imperio de la ley argentina y con la exclusiva intervención de los tribunales locales.

Las consecuencias de esta jurisprudencia y de esta legislación podrán ser, en la práctica, de las más singulares: podrán modificar profundamente la transmisión de bienes que á veces se encontrarán sometidos á una legislación imprevista, sin que la voluntad de los derecho-habientes haya sido de someterlos á esta ley.

*
* *

La ley del domicilio tiene pues en este caso inconvenientes: es por el contrario la ley que lógicamente debe aplicarse cuando se trate de juzgar el valor intrínseco de un acto ó de

un contrato. Las disposiciones de la ley argentina sobre este punto son numerosas. Están contenidas en los artículos 1,205 á 1,216, pueden condensarse en lo siguiente : « *Los contratos se rigen en cuanto á sus formas por las leyes del lugar donde se hayan celebrado y en cuanto á sus efectos por las del lugar donde deban ejecutarse* ». Si se trata de contratos hechos en el extranjero para transmitir derechos reales en la República Argentina, no tendrán valor sino el día en que estén revestidos de las solemnidades que en ella se exigen para la validez de estos actos.

Habrá que consultar también la ley del domicilio para determinar la capacidad de los contratantes en la República y fuera de ella, con la modificación de que el individuo que siendo mayor según la ley de su domicilio de origen, viniera á fijarlo en la República antes de cumplir la edad de la mayoría legal en ésta, no perderá la capacidad adquirida y si no estuviera aún en posesión de esta capacidad no la adquirirá sino en la época fijada por la ley argentina.

Esta ley fija la mayoría á los veintidós años; el Francés de menos de veintiún años que establece su residencia en la República no será mayor y capaz hasta los veintidós años; pero el que tuviera veintiún años cumplidos y no tenga veintidós, antes de llegar, no perderá la capacidad adquirida.

La incapacidad pronunciada contra un individuo por un tribunal francés no producirá consecuencias en la República si no lo ha sido conforme á las leyes de ésta; así pues un Francés á quien se haya provisto de un curador judicial será libre de contratar y disponer de sus bienes en la República cuya ley no admite la interdicción de los pródigos.

Por contra los sordo-mudos que no sepan escribir son incapaces para contratar por el hecho de su residencia en la República.

Por aplicación del principio general que rige los contratos, el de matrimonio hecho en país extranjero rige los

bienes de los esposos aun después del cambio de domicilio y la posesión de él en la República, donde, sin embargo, las convenciones usadas en Francia entre esposos no son permitidas por la ley y donde el único régimen legal es el de la separación de bienes con comunidad reducida solamente á los gananciales.

De los principios ya examinados será fácil deducir esta consecuencia : no teniendo la nacionalidad en la ley argentina más importancia que la de asegurar al que la posee los derechos políticos, el matrimonio ni se la hace adquirir ni perder á la mujer, que no verá modificarse su situación por el casamiento más que en el sentido de que estará sometida á la ley del domicilio de su marido en lugar de estarlo á la del domicilio propio.

La misma ley del domicilio regirá la autoridad paterna, el reconocimiento ó la legitimación de los hijos y la tutela.

En Francia la autoridad paterna pertenece al padre durante el matrimonio; la pierde pues á la muerte de la madre, para adquirir los derechos restringidos que le concede su calidad de tutor legal con la intervención de un consejo de familia. La ley argentina concede la autoridad paterna al padre y á la madre durante su vida; la muerte del uno ó del otro entrega toda la autoridad al superviviente sin ninguna intervención de consejo de familia; pero esta ley se inclina aun en esto ante las leyes extranjeras. Dispone que se concederá la tutela y se regirá por las leyes del domicilio que los padres del menor tenían el día en que fallecieron; cuando se conceda por los jueces del territorio, los bienes se administrarán conforme á la leyes del punto donde se hallen. En esto encontramos también una verdadera abdicación de soberanía.

Notemos que en la República Argentina los extranjeros no están excluidos de la tutela ni de ninguna curatela, ni de

ninguna administración de bienes legal ó judicial, también pueden ser síndicos en las quiebras y jueces-comisarios; no extán excluídos más que del notariado y de la magistratura.

En el caso en que hay una sucesión de extranjeros cuyos herederos también lo son ó están ansentes, el nombramiento de curador pertenece al cónsul, pero este curador no puede intervenir más que bajo la vigilancia y dirección del juez local y la sucesión sólo se trasmite conforme á la ley local.

Terminaré indicando que en materia comercial la *ley del domicilio* es la que siempre se aplicará.

Numerosas disposiciones insertas en el Código de comercio, cuya promulgación remonta al año 1862, someten á los comerciantes á la ley del lugar donde tienen su domicilio comercial y á este efecto cada sucursal de una casa de comercio se considerará como constituyendo un domicilio respecto á las obligaciones que en ella se creen y deban ejecutarse.

Ni en esta materia ni en materia civil la nacionalidad de los contratantes tiene importancia alguna. El Código argentino no conoce esa distinción que ha imaginada el Código civil francés y después de él, el de comercio y el de procedimiento civil han estendido contra todas las reglas del buen sentido y de la lógica jurídica.

En efecto, ¿qué importa la nacionalidad en materia comercial? Porque tal comerciante sea Francés ó Italiano se traficará con él; su calidad de ciudadano de tal ó cual país puede influir sobre la extensión ó la restricción de los negocios con él, pero no puede modificar en nada las consecuencias jurídicas de este tráfico. No pasa lo mismo con el domicilio. Su situación entra, en importante parte, entre los puntos que un comerciante examina antes

de entrar en un negocio : ese es un punto fácil de determinar, fijo, que á ninguna ocultación se presta, que en la concepción ó el desenlace de un negocio tiene una considerable importancia. Pero al fijar la jurisdicción, al designar la ley que deberá aplicarse, el legislador se engaña si tomando en consideración la nacionalidad y no haciendo caso del domicilio comercial fija este á su capricho, desnaturaliza de esta manera la solución de los negocios á su antojo sin ningún interés práctico.

¿Qué significa, á propósito de esto, el artículo de nuestro Código de procedimiento comercial que somete al tribunal del domicilio del comisionista todos los litigios que pudieran suscitarse entre él y sus comitentes? El comisionista citará á éstos, ganará su pleito por falta de comparecencia, ¿ pero, y luego? — Luego necesitará hacer ejecutar la sentencia en el extranjero donde en la soberanía local encontrará una barrera que no podrá pasar. Habrá pues perdido su tiempo y su dinero en hacérsele creer que la soberanía francesa es universal y universal la autoridad de sus tribunales. Es mala la ley que le hace alimentar esta costosa ilusión. Hasta conocemos pleiteantes que teniendo noticias de esta disposición están absolutamente decididos á usar de ella y creerían perder una parte de sus derechos si omitiendo el inútil recurso á esta jurisdicción reclamaran directamente á la del domicilio de su deudor.

Cuando se trate de contratos civiles ó mercantiles con un deudor, ciudadano ó simple habitante de la República Argentina, les aconsejamos que no pierdan tiempo en gestionar con pedimentos y conclusiones ante los tribunales franceses; las sentencias que conseguirían de éstos de nada les servirían allá.

En materia de letras de cambio cada uno de los actos á que este instrumento de crédito pudiera dar lugar se regirá por la ley del punto en que deba ser ejecutado, ya se trate

de girarla, de la aceptación, endoso, protesto, devolución ó ejecución. La ley argentina no es solamente liberal, es lógica.

En materia de quiebras debemos señalar un principio especial de la legislación argentina, es el del artículo 1,531. Este artículo, mal conocido por los que no han hecho un estudio de la ley, ni siquiera una detenida lectura de sus textos, tiene una reputación que no merece. Las personas ligadas por los negocios con la República Argentina se figuran generalmente que este artículo establece en provecho de los nacionales una especie de beneficio absoluto sobre los bienes situados en la República.

Nada hay de eso, en primer lugar no se aplica, lo mismo que los otros, únicamente á los nacionales sino á éstos y á los extranjeros que tengan su residencia en el país, además no constituye un privilegio en beneficio de éstos y se limita á hacer una división absoluta de los patrimonios de una empresa comercial, conforme al principio que ya hemos citado que hace de las diversas sucursales de una misma casa de comercio otras tantas individualidades que tienen su existencia, sus bienes y sus negocios personales.

El citado artículo se limita á establecer : que la declaración de quiebra pronunciada en país extranjero no podrá invocarse contra los acreedores de los quebrados en la República, ni para disputarles los derechos que pretendan tener sobre los bienes existentes en el interior del territorio, ni para anular los contratos que hubieren celebrado con el fallido en los plazos legales ó fuera de ellos.

Además, en el caso en que la quiebra se declarara *también* por los tribunales locales, no se tomarán en consideración los créditos que formen parte de la masa reunida en el extranjero, los que ningún dividendo recibirán antes del pago íntegro á los acreedores del estado.

Esto no es otra cosa más que la aplicación rigorosa de la ley que hemos citado.

Resumiré en pocas palabras las disposiciones del Código de procedimientos que interesan á los extranjeros y á las relaciones por ellos creadas y sostenidas en este país. No podía ocurrirse al legislador argentino el restringir la aplicación del adagio : el demandante sigue el domicilio del demandado; *actor sequitur forum rei.* En la lógica de los principios de la legislación que acabamos de estudiar está el ampliarlo más bien que restringirlo. Pero es curioso notar que la fianza *judicatum solvi* no se exige solamente del extranjero sin residencia en el país; también se exige en ciertos casos del extranjero residente y aun del nacional. Este hecho, que parece extraño al pronto, se explica al reflexionar que la República Argentina está constituída bajo el régimen federativo y que cada uno de los estados que componen la federación es dueño absoluto de su organización judicial, y soberano en cuanto á la distribución de la justicia, en los límites de su territorio. Por consiguiente si algún nacional, domiciliado en una de las catorce Provincias, se presenta como actor ante un tribunal, que no es el del estado donde tiene su domicilio, el demandado tiene el derecho de exigir de él la fianza *judicatum solvi* y de tratarlo como extranjero.

Este principio contenido en muchos de los Códigos de procedimientos que rigen los estados, prueba hasta la evidencia que el título de extranjero no tiene importancia en la República, que la ley no da importancia sino al domicilio de los individuos. Esta fianza por lo demás sólo se extiende á las costas que por sentencia definitiva pudieran incumbir al demandante.

El Código de procedimiento ha tenido también cuidado de precisar los casos en que las sentencias pronunciadas en país extranjero pueden cumplirse en la República. Si existen tratados con el país en donde se haya pronunciado la sentencia esta se ejecutará en la forma indicada por el tratado, en el caso de no haberlo se ejecutará solamente si la sentencia

se refiere al ejercicio de un derecho personal y no afecta una propiedad inmueble situada en la República; si la sentencia no se ha dictado con falta de comparecencia teniendo la parte condenada su domicilio en la República; si la obligación que ha dado lugar á la sentencia ejecutoria es valedera según las leyes argentinas; en fin, si se ha presentado en copia auténtica provista de las legalizaciones necesarias para conferirle notoriedad bastante ante las autoridades de la República.

V

En materia de derecho internacional la ley argentina todo lo ha previsto, hasta un asunto que es puramente del dominio de la diplomacia y que de ordinario no se resuelve por medio de las leyes generales sino por los tratados internacionales: este asunto es la extradición.

En este materia ha puesto en práctica diversas teorías. Antes de 1872 firmó, con el Brasil en 1857, con Bolivia y Uruguay en 1865, con Italia en 1868, y de nuevo con Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay en 1869, diferentes tratados diplomáticos para regular sobre la extradición de malhechores.

Pero en 1872 el ministro de relaciones exteriores D. Carlos Tejedor, uno de los más distinguidos criminalistas de la República, autor de un código penal, declaró, en la memoria anual que los ministros tienen la obligación de presentar al Congreso, que consideraba como inútiles los tratados de extradición de los cuales jamás había reclamado nadie la aplicación, y como peligrosas estas convenciones que podían tener por resultado el perjudicar á la inmigración en un país que es necesario poblar; por consiguiente los había denunciado.

Esta teoría, quizás un poco escéptica, no tuvo por consecuencia, así lo creemos, atraer hacia la República la oleada de malhechores que parecía provocar, pero cortó el entusiasmo de los diplomáticos por los tratados de extradición.

Hasta 1881 no se firmó un nuevo tratado, esta vez con España, es el último y será el último.

Efectivamente, el Congreso ha cambiado bruscamente de teoría y resuelto por una ley, de 25 de Agosto de 1885, la materia internacional de la extradición. Esa es una innovación, y, digámoslo, esta innovación se debe á un momento de cólera del ministro de relaciones exteriores en aquella época, el D.r V. de La Plaza. Podemos recordarlo puesto que fuimos nosotros los que lo provocamos.

En 1883 se produjo el siguiente hecho : un Suizo embarcado en Marsella para Buenos Aires, había sido precedido por un telegrama, dirigido por el Consejo federal al cónsul suizo, pidiendo su arresto por sustracción fraudulenta de fondos. El citado ministro, prevenido verbalmente por el cónsul suizo hizo se verificara, á bordo, el arresto pedido. El acusado, sin otra forma de proceso, sin la intervención de ninguna autoridad local, estuvo preso durante tres meses sin haber sido interrogado. Entonces recurrió á nuestro ministerio profesional. El recurso del *habeas corpus* nos estaba indicado, por la constitución y por la ley, y presentamos el mismo día nuestro escrito al Tribunal supremo federal.

Esta petición fué objeto de una atención especial ; el hecho que en ella denunciábamos causó entre los magistrados que lo componían un escándalo sin precedentes. No podían creer que, por orden de un ministro, en un país libre, hubiera podido producirse un hecho de esta clase á dos pasos del pretorio de este Tribunal, depositario de las libertades públicas, y que este escándalo se hubiera prolongado durante tres meses.

Un auto, dictado incontinenti, ordenó al ministro que en el término de veinte y cuatro horas presentara explicaciones : lo que éste evitó de hacer ordenando por su parte la soltura de *su* detenido.

No se limitó á esto ; *ab irato* elaboró y presentó al Congreso el proyecto que ha venido á ser la ley de 25 de Agosto de 1885.

Esta ley, promulgada hoy, hace inútiles los tratados de extradición. Bastará á los gobiernos extranjeros, para reclamarla, prometer la reciprocidad en caso análogo.

La entrega, pedida por carta ó telegrama, trasmitida por el agente de un gobierno al ministro de relaciones exteriores, no podrá rehusarse sino cuando las leyes locales no lo castiguen, ó cuando la pena sea inferior á un año de prisión, ó si se trata de delito político ó de delitos cometidos por un Argentino, los cuales ya se hayan castigado en el país; por último si se trata de un delito cometido por un esclavo este no podrá ser entregado sino á condición de que se le juzgue como hombre libre y se le declare de esta condición.

Pero en el caso en que la entrega del culpable se rehuse por una de los razones enunciadas, se le juzgará por los tribunales del país con arreglo á la legislación local.

La ley es larga, todas las disposiciones que contiene son una reproducción de las que ordinariamente prescriben los tratados á que reemplaza.

Los documentos justificativos se entregarán por el agente diplomático al ministro de relaciones exteriores el cual los examinará, trasmitiéndolos al del interior para verificar el arresto. El detenido será entregado al juez federal, el cual comprobará la identidad y examinará la forma exterior de los documentos entregados sin ocuparse del fondo. Se nombrará un defensor al acusado; el juez decidirá en el término de seis días autorizando ó rehusando la extradición. Si se hubiere negado, por vicio de forma en los documentos, se retendrá preso al acusado de uno á tres meses, para que el gobierno extranjero, según la distancia, tenga tiempo para corregir los vicios de forma. El acusado tiene el derecho de apelación contra la sentencia del juez.

La ley, por último autoriza, por vía de excepción, la prisión de un extranjero á petición de un diplomático, hecha sin previa presentación de documentos y la continuación de este

arresto durante dos meses para dar tiempo á la llegada de aquellos.

Esta ley es grave y dura, tanto como lo era la teoría emitida en 1872 por el D.r Tejedor y también es más peligrosa.

En un continente en que la política domina en los ánimos y no está exenta de excesos, es de temer que los vecinos de la República tengan la tentación de abusar de las formas expeditivas de la ley de extradición para satisfacer sus odios personales y terminar sus querellas políticas.

*
* *

Tales son, en el orden civil, comercial y criminal, las principales disposiciones con carácter internacional que he encontrado en la legislación argentina, rigiendo la condición legal de los extranjeros y las relaciones que con el país sostienen.

Son interesantes en sí mismas porque se derivan todas del mismo principio, porque todas tienen la tendencia á simplificar las relaciones internacionales y á evitar, en lo posible, los conflictos entre dos legislaciones.

Estas disposiciones legislativas, que hacen depender la solución de todos los puntos de derecho de la situación del domicilio, me parecen ser la última palabra de la simplificación, llevan todas las cuestiones á un punto de vista único y fácil de determinar.

Tienen todavía una ventaja más, la de hacer inútiles los tratados entre la República Argentina y los países que con ella sostienen relaciones.

Y en verdad ¿qué alcance pudieran tener los tratados en que uno de los países contratantes ha tenido el cuidado de declarar, en el preámbulo de la Constitución que lo rige, la igualdad de derechos entre extranjeros y nacionales; donde sin hablar de naciones amigas ó de ciudadanos se declara que todas las garantías que la Proclamación de los derechos del hombre

ha enumerado, que la filosofía de nuestro siglo ha reconocido, pertenecen á todos los habitantes sin excepción, — derecho de trabajar, de ejercer su oficio ó profesión, de comerciar, navegar, entrar, residir, transitar, salir, de publicar sus ideas por medio de la prensa, de usar y disponer de su propiedad, de asociarse, de profesar libremente su culto, de enseñar y aprender; inviolabilidad para todos de su persona, propiedad y domicilio, de la defensa en justicia é igualdad de todos ante la ley?

Todos estos son derechos reconocidos, los tratados ni los aumentan ni los fortificarian; el cuidado por el respeto al extranjero es tal que la Constitución nacional y la ley le confieren el derecho de someter los litigios en que sus intereses estén en oposición con los de un nacional, á tribunales especiales, los tribunales federales, los cuales en razón á la manera como se componen se consideran al abrigo de las influencias locales.

Debo decir, sin embargo, que la República Argentina ha celebrado numerosos tratados en estos últimos años y esto se comprende. Verdaderamente nada hay más triste y vacío que la vida de un diplomático en un país donde ninguna cuestión política, de interés internacional, existe.

La loable ambición de estos altos funcionarios de prestar brillantes servicios al país que representan no sabe en qué emplearse. Para llenar ocios demasiado pesados se imagina un tratado de comercio ó de amistad; se discuten, por fórmula, las cláusulas desprovistas de todo interés práctico, se cangean platónicos protocolos, corteses ratificaciones y y se firman y refrendan. Si todos estos actos solemnes no producen resultado útil, al menos sacan á luz, en documentos que la historia descuidará, los nombres de funcionarios desconocidos, desde entonces preparados por estos novicios de la diplomacia á ocupar puestos de más empeño.

Por mi parte prefiero buenas leyes, bien fijas, que se de-

riven de principios de derecho bien cimentados, á tratados que jamás tienen ni pueden tener otras bases, por excelentes que sean, que las muy movedizas é inseguras del derecho internacional público, cuya fijeza y existencia puramente téoricas pueden correr peligro tanto por la excesiva debilidad como por el exagerado poderío de los contratantes. Más vale ciertamente una buena ley que sea igual para todos. Correspondía á una nación de América forjar el modelo de ella y erigirlo sobre esta tierra virgen, donde los pueblos se fusionan, dejando á un lado rivalidades tradicionales, y colaboran, todos juntos á una nueva evolución de la humanidad.

CAPÍTULO III

LA COLONIA FRANCESA DE LA PLATA

El Francés colonizador. — El Francés en el extranjero. — Patriotismo. — Comercio francés en la Plata. — El Virreinato de la Plata en 1806. — Santiago de Liniers y los Ingleses. — Napoleón I y la Plata. — Muerte de Liniers. — Los periódicos franceses de 1818 á 1887. — La influencia francesa. — El romanticismo. — El liberalismo. — El bloqueo francés en 1841. — Los Franceses en la enseñanza. — La inmigración vasca. — Los primeros pastores franceses. — La lana en 1842. — El Francés artesano é industrial. — Las grandes industrias francesas. — La inmigración y los capitales. — El obrero patrón. — Comparaciones : Inglaterra, Italia, Alemania. — Las fundaciones francesas. — Teatro francés. — Tendencias políticas. — Fiestas francesas. — Los hijos de Franceses y la patria.

« El Francés no sabe emigrar y no es colonizador, » tal es actualmente uno de los axiomas de la ciencia social menos controvertidos por haber sido aceptado por los mismos á quienes más debiera lastimar. Entre todas las verdades que que se confiesa uno á sí mismo, á la manera de Brid'oison, no podría hallarse, para un pueblo, ninguna más humillante, ni aunque estuviera justificada, que hiciese menos honor á nuestra raza y que condenase con más fundamento á la nada á la democracia francesa. El movimiento de expansión hacia el exterior, la necesidad de agrandar el espacio de su acción, ¿no son cosas precisas á su existencia? Ciertamente, porque su destino sería sucumbir si ella se dejase encerrar en los estrechos límites de la vida de Francia, donde toda aspiración se convierte en usurpación, donde las ambiciones más justificadas tienen siempre la desgracia de perturbar el orden social y donde el reino de los elegidos es reducido, y, por consecuencia, limitado.

Si la Francia del siglo XIX hubiera realmente renunciado á diseminarse por el exterior con sus ambiciones y sus cualidades de raza, hubiese hecho traición á las más patentes tradiciones de su historia, que ligaron á los galos semi bárbaros con las legiones de las cruzadas; aquella gran emigración de la Edad media, á los soldados de Guillermo el Conquistador; los colonizadores sin rival, á los colonos de la Luisiana y del Canadá, que siguieron siendo Franceses después de un siglo de abandono, y, finalmente, estos, á los conquistadores de la Argelia y á los aventureros de California, cuya empresa no ha sido estéril. Verdad es que la Francia ha perdido sus más hermosas colonias, porque ha visto salir de su patrimonio la Luisiana y la Florida, el Canadá y la isla de Francia; pero sus mismos reveses parecen no haber dado otro resultado que el demostrar la vitalidad póstuma de sus creaciones coloniales. Por otra parte ¿no están los Franceses algo dispuestos á ensalzar á su costa á sus vecinos, igualmente infortunados? ¿No ha presenciado Inglaterra la independencia de los Estados Unidos, constituída sobre las ruinas de su imperio colonial? ¿La cercana pérdida del Canadá y de la Australia, no está prevista por sus hombres de Estado? ¿No han perdido el Brasil los Portugueses y sus inmensas posesiones de América los Españoles? ¿Son los Franceses los únicos que han fundado colonias para no sacar otro honor que el de infiltrar su sangre y enseñar su idioma? Entre los grandes Estados europeos, no conocemos ninguno que no haya perdido nada de su imperio colonial, excepto los que, como Alemania é Italia tienen todavía que fundarlo.

La leyenda que condena, á priori, toda empresa francesa en el exterior, no sólo tiene el inconveniente de ser falsa, sino que, también, es desconsoladora, porque á ella se debe el pausado desarrollo de los establecimientos franceses en el extranjero y, sobre todo, el haber dado origen á ese desdén altanero con que se trata en Francia, sin excepción y por sis-

tema, á aquellos de sus compatriotas que tienen la temeridad de intentar en el exterior cualquiera fundación, desdén que corre parejas con la admiración que inspiran esos peregrinos de lo desconocido cuando pertenecen á una nación vecina.

Bajo este concepto, cuando los Belgas, Suizos, Italianos, ingleses y Alemanes se lanzan en esa aventura de la emigración, tan corriente en el día y tan natural como la elección de una carrera, encuentran el apoyo de todos los que les han precedido y las simpatías de los que quedan, en tanto que, el Francés, que cruza los mares, no es sino un hombre degenerado. Que sea joven ó viejo, que haya fracasado en sus planes y trate de reanudarlos para ganar su subsistencia en un país nuevo, ó que se proponga abrirse su primer camino, de todos modos, el día en que parte se degrada y se rebaja. Pero, lo que todavía es más extraño, se que, cuando llega al centro mismo de los Franceses que le han precedido en el país de su elección, observa que por reunirse con ellos, ha tenido que sacrificar la consideración á que se creía con derecho. Si se presenta ante su cónsul, este lo recibe con esa frialdad recelosa con que se mira á un degenerado más que va á engrosar las filas de los hijos extraviados de la patria; aprenderá allí que casi es un delito el haber querido sustraerse á la medianía de una existencia ya trazada y el haberse impuesto la laboriosa tarea de buscar fuera un éxito del cual la patria que dejó compartirá con él el provecho.

Sería, sin embargo, un trabajo muy consolador y lleno de sorpresas el poner de relieve sobre un mapa todos los puntos del globo donde se han agrupado los Franceses, formando un estado sumario de los resultados alcanzados por ellos, de los capitales que han creado, y de los que han propagado en su país de origen al atraer á los lugares en que se establecieron, los productos industriales y los buques franceses. Pero, en la Plata, en ese país adaptado á las ideas francesas, á su

influjo, que vive la vida de Francia, que participa de sus gustos, practicando sus costumbres, que olvida sus orígenes españoles para inquirir, sobre todo, el eco de todo lo que se dice ó se escribe en dicha nación, que se ha formado hace poco más de medio siglo y desarrollado ha treinta años, en la Plata, decimos, es donde existe la más bella colonia francesa, verdadera reducción de la sociedad democrática de Francia, poseyendo sus periódicos, sus asambleas, sus letrados, sus escritores, sus artesanos, sus propietarios, sus teatros, sus puntos de reunión, sus contiendas semi-políticas, sus establecimientos de enseñanza, de refugio, de asilo ó de socorro, colonia poderosa por su unión, por sus hábitos laboriosos, por su espíritu industrioso y económico, útil á la madre patria, cuyo nombre hace querer, conocer las producciones, de donde atrae, ocupa y multiplica los capitales sin pedir, en cambio, ni aun que se sepa que existe, que es grande y que es próspera, considerándose feliz únicamente cuando oye decir que puede servir de modelo á todas las creaciones de su clase.

I

Las personas que han residido en el extranjero saben cuan vivo es, en los Franceses expatriados, el culto de la patria, porque para ellos ese sentimiento resume y abraza todas las afecciones de familia, todos los recuerdos de la juventud que han permanecido latentes en el fondo del corazón, bajo su primitiva forma, con toda la lozanía que tenían el día de la partida. Así, siempre, parece que han llegado la víspera y se encuentran dispuestos á repatriarse en un porvenir próximo que ellos indican de antemano, que su deseo hace más cercano y que el éxito, así como los infortunios, alejan también, fácilmente. En tal concepto pasan diez, veinte años y una existencia entera, trabajando constantemente, siendo

laboriosos, económicos, honrados, escrupulosos, generalmente en mayor grado que lo serían en su medio de origen, porque se muestran cuidadosos de la consideración de los extranjeros respecto á la agrupación á que pertenecen siendo severos para aquellos que delinquen y hacen caer de rechazo sobre sus compañeros de emigración el lodo de sus faltas. Ya sean éxitos, ya reveses, el Francés lo pone todo á disposición de la madre patria: se juzga olvidado por los suyos, y ese mismo olvido duplica su deseo de volver victorioso. Las estrecheces de la adversidad, son mas crueles para él porque le cierran el camino del regreso, convirtiendo la emigración voluntaria en destierro forzoso, obligándole á renunciar á algo que es más precioso que los bienes que ha perdido para aquel que aspira con pasión á esa dulce y profunda emoción que produce tras de larga ausencia, el primer contacto con el suelo de la patria.

Los cien mil Franceses que forman en la actualidad lo que se llama colonia francesa de la Plata, no se diferencian en nada de los demás grupos, menos numerosos, diseminados por las diversas comarcas del globo. Sea cual fuere la clase social á que pertenezcan, la provincia de su origen y su educación, todos piensan de esta manera. Conservan el culto de los usos nacionales, se apasionan por lo que conmueve, eleva ó compromete á la patria y aunque saben que esta les ha relegado al olvido, hacen, en su alejamiento y en su oscuridad, constantes esfuerzos para atraerse una de sus miradas. Todos los años las estadísticas de aduanas les llevan, en forma de consuelo, los resultados obtenidos en el año trascurrido, probando que la Francia ha exportado para esa región de las márgenes del Plata, cuya situación geográfica, costumbres y clima solo apercibe á través de lejano y nebuloso horizonte, una suma de productos manufactureros que se acerca á ciento cincuenta millones de francos, y que también ha recibido de esos países, que cree nacidos apenas

á la civilización, una doble suma de productos en bruto destinados á su industria, á sus filaturas y á sus fábricas de curtidos.

El lector que tenga afición á las cifras agrupadas y alineadas en bellos batallones verá desfilar aquellos con asombro y quizá suspenda por un instante su pensamiento; entonces, que piense que si todos esos productos desembarcan en Francia transportados por vapores franceses, y que si otros, por una suma igual, se exportan por las mismas vías, es porque los Franceses expatriados han creado allí esas relaciones y dado á conocer los productos de la industria francesa; por que propagaron el gusto, y, por su patriótica actividad, han impuesto el uso de ellos.

Si lleva su exámen más lejos si se da cuenta de la nomenclatura de los artículos exportados, observará que ningun ramo de la industria queda excluído de ese movimiento, y que lo mismo el arte y la literatura, como los objetos más triviales, figuran en él principalmente.

Si sus miradas pudiesen penetrar todavía más lejos, vería en su tarea, en medio de una sociedad muy refinada é instruída, á hombres de carrera, procedentes de todas las escuelas de Francia, prestando allá en luengas tierras el servicio de propagar las ideas, las invenciones, la lengua y la ciencia francesa: ingenieros en las grandes construcciones y en la dirección de obras públicas, de comunicaciones, de vías, de puertos, de minas y de saneamiento de las poblaciones; sabios y profesores en los colegios y escuelas superiores; médicos y abogados en los servicios privados que su profesión requiere: industriales en la fundación y desarrollo de fábricas, cuyos directores piden á Francia, así como los capataces, las máquinas y los modelos; ganaderos en medio de cuyos inmensos dominios siempre hay un puesto para trabajar y un camino para abrirse paso para todo Francés que se presente.

Esa colectividad militante que posee la ambición, común á

todos los hombres, de conseguir sus propósitos y de elevarse por encima de sus concurrentes, tiene, además, otra ambición peculiar á los que luchan por la existencia fuera de la patria; anhela que alguna cosa de sus obras sea comprobada allá, en aquel lejano rincón, á donde convergen sus recuerdos. Esos hombres sueñan con que se hable de ellos en sus casas. Así, cuando un diputado al tratar de la expedición del Tonkín, declaró en la tribuna del Parlamento, en una frase incidental, que la más bella colonia de Francia era la de la Plata, circuló entre esos laboriosos expatriados una ráfaga de orgullo, semejante á la gloriosa satisfacción que experimenta un regimiento al verse mencionado en la orden del día.

*
* *

Después de cuarenta años de silencio, era la primera vez, desde los debates de 1840, suscitados á propósito del bloqueo de Buenos Aires por la escuadra francesa, que el Parlamento se ocupaba de esa colonia única; sin embargo, remontándose á los orígenes de la historia contemporánea, se encuentra una ocasión en que, el país donde se estableció, pudo creer que iba á ser francés, cuando un oficial francés, menos célebre que La Fayette y Rochambeau, y tan digno de la misma fama, presidía el alboreo de su independencia, tomando á su cargo la dirección militar de la resistencia contra los Ingleses que debía producir, como consecuencia, la expulsión de los Españoles.

No nos proponemos trazar aquí la larga historia de la independencia de los Estados de la Plata, hacerl sería escribir minuciosamente la del conde de Liniers, de 1806 á 1810, pero una noticia acerca de la colonia francesa de la Plata, sería incompleta, si dicho personaje no figurase en ella en primer lugar.

Nacido en Niort en 1737, el conde Santiago de Liniers, pasó al servicio de España como oficial de marina y tomó parte en las expediciones de Argelia de 1775 á 1784. Conservando su categoría en el ejército español, Liniers recibió en 1790 un mando en las Misiones, que desde la expulsión de los jesuítas, en 1767, dependían de los Estados de la Plata constituídos en 1776, en virreinato, con Buenos Aires, poblada ya de cuarenta y cinco mil habitantes, por capital. En 1806, Liniers, que había regresado de las Misiones, mandaba el puerto de la Ensenada, el más próximo á la capital, cuando, el 27 de junio, un ejército inglés, destacado del Cabo de Buena Esperanza, se apoderó, en el término de algunas horas, de la ciudad de Buenos Aires. El virrey español, Sobremonte, desapareció y los Españoles allí residentes se conformaban con esa derrota; únicamente los criollos, hijos de Españoles, pero nacidos en la colonia, en quienes germinaban ya las ideas autonomistas, se hallaban dispuestos á reanudar la lucha confundiendo á Ingleses y Españoles en su ódio al extranjero. De todos los oficiales que estaban al servicio de España, sólo Liniers había quedado en su puesto, y, de acuerdo con los patriotas de Buenos Aires, se embarcó para Montevideo, donde logró reunir seiscientos hombres, en tanto que, por su parte, los patriotas se preparaban. Así, Liniers consiguió al cabo de unos días volver sobre la capital, desembarcar, incorporar dos mil hombres á sus tropas, armarlos, darse la mano con las fuerzas urbanas, poner sitio al fuerte donde se habían refugiado los Ingleses, tras de algunos combates poco felices, y devolver la ciudad á sus habitantes.

¡Brillante improvisación histórica la de ese oficial de fortuna, á quien no falta nada de las cualidades de la raza francesa! ha dicho un historiador Argentino[1].

¡La vivacidad, la audacia, la confianza en sí mismo, la in-

1. *Historia de Belgrano*, por el general B. Mitre, primer volúmen.

trepidez en el peligro, la generosidad en la victoria y el deseo inmediato, en medio de su triunfo, de trasmitir su propia gloria de un día en beneficio de su propia patria! Tal deseo perdió á Liniers, pero nosotros no podemos menos de perdonarle, porque aun cuando fuese un crimen no merecería la ostentosa ingratitud de los criollos, á quienes había ilustrado acerca de su propio valor y cuyas armas dirigió en el combate; porque su delito se reducía, en suma, á querer hacer compatriotas de sus compañeros de armas y á darles su propia patria después de haberles inculcado los entusiasmos patrióticos. Los sucesos parece que le sugirieron la idea de la anexión del virreinato de la Plata á la nación francesa; porque, con efecto, los criollos vencidos la víspera, victoriosos el día siguiente, é imponiendo condiciones á los Ingleses, se hallaban resueltos á desconocer á las autoridades españolas, que no habían sabido ni impedir la entrada del enemigo ni preparar su expulsión. Despreciando, pues, las leyes coloniales, los criollos elevaron por aclamación á virrey á su victorioso general, al caudillo de esa gloriosa empresa, que no era Español.

Esa elección, la primera de un magistrado de tal importancia, hecha sin derecho, en un país de la América española, por los criollos congregados en el Cabildo abierto á todos los ciudadanos, era el primer acto de la revolución. Ella consagraba la ruptura de los lazos de familia entre la colonia y la metrópoli. La Real Audiencia, asamblea magestuosa de los principales magistrados coloniales, enviados por España para contrabalancear la omnipotencia de los virreyes, no resistió y aceptó esa violación hecha por el pueblo del principio monárquico, esa transgresión de todas las leyes coloniales, cuyo depósito le estaba encomendado. El rey de España, constreñido y forzado siguió la conducta de la Audiencia, confirmó la destitución de Sobremonte y el nombramiento de Liniers, un Francés, á la primera magistratura de una colonia donde las leyes de Indias excluían, sin embargo, á todos los extranjeros.

Una nueva prueba no tardó en demostrar lo acertada que fué esa elección, porque Liniers tuvo de nuevo, en 1807, que salvar al país de una segunda invasión inglesa, fuerte, esta vez, de veinte mil hombres. En esta peligrosa aventura fueron, como en 1806, él y los nuevos patriotas que le rodeaban, quienes asumieron toda la responsabilidad del gobierno que España dejaba escapar.

En todo el esplendor del destino que le hacía presidir á la aurora de la independencia sur-americana, iniciador y primer soldado de esa revolución, investido del poder por la autoridad popular, él, Francés, en un país que Inglaterra ambicionaba y atacaba sin poderlo conquistar, que España era impotente para defender y guardar, y que parecía igualmente no ser de nadie, Liniers, como estaba imbuído de las ideas monárquicas y jerárquicas, no pensó que podía ser el primer ciudadano de una república independiente y dió cuenta, naturalmente, de los acontecimientos sobrevenidos al emperador Napoleón, poniendo bajo su égida soberana aquellas comarcas. Al efecto envió á avistarse con él á su yerno el conde de Vandeuil, emigrado francés, que residía en su compañía en Buenos Aires. Como España era entonces aliada de Francia, Napoleón no creyó conveniente aceptar sus proyectos, pero sin olvidar por eso ni á ese embajador ni á ese virey que reinaba por él y le trataba, de lejos, como su vasallo. Trascurridos dos años, al día siguiente de la abdicación de Cárlos IV, el emperador dispuso la salida para la Plata de un emisario con instrucciones para Liniers y el envío de un convoy de armas, proyecto que no llegó á realizarse; pero la idea volvió á ser acogida; y el futuro almirante, Jurien de la Gravière, que había conocido á Liniers en Buenos Aires á fines del siglo XVIII cuando la llegada de éste á aquella capital, fué destinado á ser el conquistador de esas inmensas regiones por el Ministro de Marina Decrès, que le facilitó quinientos fusiles y veinticinco hombres, subsidio irrisorio si se

tiene en cuenta el fracaso de veinte mil Ingleses y que no podía servir sino para auxiliar una conquista pacífica, una toma de posesión de un dominio, ya feudalmente unido al Imperio. Pero esta expedición, como las anteriores, no llegó á salir. Sin embargo, el emperador, impulsado por el afán de esa conquista, aunque reduciéndola paulatinamente, á las proporciones de una simple veleidad, confió una misión arriesgada á M. de Sassenas que también había residido algún tiempo en la Plata, quien no llegó á Buenos Aires, porque el recelo que despertó su misión, propalada antes de su arribo, le hizo detenerse en Montevideo.

*
* *

Los ciudadanos de la República Argentina, en el presente constituída, pueden, igualmente que nosotros, examinar con serenidad, á través del largo tiempo trascurrido, la historia de esas tentativas platónicas de conquista. Los ejércitos de Napoleón victorioso, si este hubiera tenido tiempo de emplearlos en esa empresa, se hubiesen estrellado contra la resistencia de los criollos, poco dispuestos á cambiar de soberano y resueltos ya á no tenerlo, ávidos de independencia política, después de haberse sublevado en realidad con el fin de librarse de la explotación comercial de la metrópoli. Iniciados ya en los principios de la Revolución francesa, que América fué la primera en adoptar, los criollos no tenían nada que aplicar de los principios con que la Francia imperial los había sustituído.

Liniers fue víctima de su celo patriótico. El ejército criollo se olvidó de que había sido él quien improvisó el prólogo del gran drama de la independencia y quien reveló la existencia de fuerzas capaces de entablar lucha con un ejército inglés y, con más razón, con el español. Un motín lo destituye, le opone un virrey, nombrado por la fuerza, le arranca Monte-

video y Buenos Aires y le obliga á buscar en el interior del país un centro de resistencia. Lo halla en Córdoba, mantiene en jaque á sus enemigos hasta el día en que, en 1810, declarado traidor á la metrópoli, y, por una extraña contradicción, traidor tambien á la revolución, aliado de los Franceses, usurpadores de España, fué envuelto y hecho prisionero con seis de sus compañeros por el ejército criollo, por los mismos que él, el primero, había agrupado y guiado á la victoria. Fusilado en un lugar sin nombre, en plena pampa, sobre las orillas desiertas de un arroyo ignorado, donde ningún recuerdo se ha conservado de ese triste fin de un hombre valeroso, él es, sin embargo, á la vez que el primer héroe de la independencia, el primer sacrificado por los patriotas dando comienzo á esa lúgubre serie que había de continuarse por el destierro de San Martin y de Rivadavia.

En cuanto á Francia, si ella puede llorar á ese mártir de un sueño colonial irrealizable, también puede afirmar que no ha perdido nada con el fracaso de sus esperanzas, porque la historia de ese siglo se encarga de demostrar que la anexión imaginada por Liniers no habría podido subsistir y se hubiese derribado por sí misma, con la dinastía napoleónica, no dejando tras de sí, después de algunos años, trascurridos sin beneficio y bajo una ley común, sino el recuerdo de una humillación, de la que, los criollos, hubiesen conservado algun rencor. ¡Quizás no se hubiera podido pronunciar el nombre de Francia en ese país durante medio siglo después de que se hubiera librado de una importuna dominación! Todavía hoy, el nombre de Liniers comienza apenas á recobrar algun prestigio, por que él, el gran iniciador, es víctima de ese sentimiento, muy local, que consiste en negar toda influencia posible á un extranjero en los grandes acontemientos de la patria. Bajo este concepto les cuesta mucho el tener que confesar que le deben algo, y la frase tan agudamente irónica de Tocqueville, siempre es verdad : « Nunca consentirá un

Americano en confesar que la América no ha sido descubierta por un Americano ». Este sentimiento, llevado hasta la exageración, separó á los hijos criollos de sus padres Españoles, puso la idea de la patria por encima de la de familia, desprendiendo, con violencia, del tronco de la familia europea una rama con el fin de darla en un suelo nuevo raíces y sávia independiente, no podemos asombrarnos de que se haya conservado con la suficiente vitalidad para impedir el que se conceda á un extranjero, de allende los mares y de allende los Pirineos, la parte principal que le corresponde en la obra común de la creación de una nación.

Si la obra de Liniers fué juzgada injustamente por aquellos á quienes aprovechaba, su proyecto de anexión no fué menos desdeñado en Francia; por el contrario Inglaterra supo aprovecharse con notable habilidad de sus propios reveses. Habiendo ido como conquistadora y habiendo sido vencida y expulsada del territorio con sus tropas, la Gran Bretaña no conservó empero ningun resentimiento por su derrota. Dejando, por el contrario, gozar á los criollos de su triunfo, explotando en beneficio de su comercio ese sentimiento humanitario del bienhechor, que se apasiona por quien ha salvado, del vencedor que sólo siente júbilo en volver á ver á quien batió, dicha nación se implantó en la colonia como agente de comercio, poco celoso de su dignidad, y á quien los desprecios no desalientan.

Los Ingleses se habían aprovechado de los pocos días que durara su ocupación para estudiar ese mercado nuevo que sus armas habían abierto á sus comerciantes, mientras los Franceses, que habían tenido tiempo de explotarlo cuando el prestigio de Liniers estaba intacto, no vieron ese país y esos veneros sino por los ojos de ese oficial de marina de la monarquía, ageno á todos los conocimientos comerciales y que creyó haber llenado toda su misión cuando hubo elegido entre sus

superiores jerárquicos el que tenía, respecto á él, preferentes derechos á recibir de sus manos el homenaje debido al soberano.

En este concepto, Inglaterra, que hubiera debido ser odiosa, de 1807 á 1825, no considerando más que sus tentativas de conquista violenta, se implantó, utilizando las turbulencias civiles, en medio de ese pueblo que buscaba á tientas la ley de su destino, que había roto con todas las tradiciones, que descubría enemigos en todas partes en los campos de batalla y no los buscaba en el terreno comercial y económico. Así, Inglaterra, arrojó semillas fecundas en ese suelo profundamente removido y preparó el porvenir de su preponderencia apoderándose, sola, sin combate, de consumidores que las demás naciones productoras descuidaban.

En el período de algunos meses, los buques ingleses que la víspera no conocían sino teóricamente la situación de los Estados de la Plata, resguardados con su pabellón vencido, obstruyeron la aduana y los almacenes de la ciudad con sus mercancías, en tales cantidades, que, el consumo, quedaba desde entonces abastecido durante diez años. Sería curioso el saber cuáles hubieran sido los resultados de la conquista cuando tales eran los de la derrota.

Francia, por el contrario, extraviada por sus ilusiones, solo recogió una vanagloria sin provecho por haber menospreciado en absoluto los útiles resultados de la empresa de uno de los suyos. Durante diez años, después de la muerte de Liniers, Francia no representó ningún papel, ni adquirió ninguna importancia, ni proyectó ningún tratado de comercio habiendo reconocido en 1826 la independencia de los Estados hispano-americanos, pero sin pensar, hasta 1845, en pedir el mismo beneficio en los tratados que recabó Inglaterra desde 1825.

Á pesar de todo, los Franceses deben conservar de ese período un recuerdo, que es de los que más lisongean su vani-

dad nacional, el de un eminente servicio prestado gloriosamente y pagado con la más completa ingratitud.

II

Entretanto que Inglaterra perseguía la obtención de ventajas comerciales de las que Francia no se cuidaba, ésta, sin embargo, no fué ajena á los acontecimientos cuya señal había sido la proclamación de la independencia realizada en 1810 en Buenos Aires y que iban á desarrollarse en todos los Estados de la América española. Es sabido que después de la caída del Imperio, los supervivientes de esa gran epopeya, que representaban al partido patriota, se alejaron de Francia en gran número huyendo del humillante espectáculo de la ocupación extranjera. Fué esa época la más brillante, quizás, de la emigración trasatlántica, porque se vió afluir á todos los países de ultramar á aquellos hombres de corazón fuertemente templado en las rudas pruebas, que reanudaban la tradición de la revocación del edicto de Nantes, que cada sacudida de nuestro siglo hizo retoñar, y que quiere que Francia se prive en toda evolución política del concurso de las fuerzas inteligentes y de los hombres de acción de los partidos vencidos. Así, pues, los apellidos franceses no son raros en los ejércitos improvisados para la lucha contra España, siendo el más glorioso el de Brandzen, general Alsaciano, que murió como un héroe en la batalla de Ituzaingó.

En 1818, ocho años después de la muerte de Liniers, se revela en Buenos Aires la existencia de una colonia en vía de formación mediante un suceso, que no deja de causar cierta sorpresa : la aparición de un periódico en lengua francesa, el primero, quizás, que haya visto la luz en el extranjero. En medio de las turbulencias de la guerra civil, dicho periódico persiguió la obra de Liniers; la anexión de las Provincias Unidas de la Plata á Francia; pero su existencia fué

corta, porque no publicó más que seis números del 29 de de Marzo al 17 de Mayo: sus tendencias eran atrevidas y la hora sin duda mal escogida para izar en el exterior la bandera francesa, que tan pocas simpatías contaba á la sazón en Europa. Los redactores de l'*Indépendant* eran Carlos Robert, ex-prefecto del Nièvre, Juan Lagresse, Augusto Dragumette, capitán veterano, Narciso Parchappe, hermano del general del Imperio y Antonio Mercher, ex ayudante de campo del general Gautier, del Estado Mayor de Napoleón. Acusados de conspiración contra las Provincias Unidas, todos fueron presos, convictos y confesos del crimen que se les imputaba y sentenciados. Robert y Lagresse fueron fusilados el 3 de Abril de 1819 y sus compañeros expulsados.

La colonia francesa era sobrado numerosa para hacerles brillantes funerales, que fueron presididos por su cónsul, M. Leloir y por un sabio, cuya vida entera trascurrió en esa región, M. Bonpland, el compañero de Humboldt; pero la colonia era impotente para protestar contra esas crueldades, inesperadas dentro de un régimen de libertad.

De esa numerosa colectividad, no saldrá nadie hasta 1826 para reanudar, si no la obra política, al menos la de la propaganda Francesa por medio de la fundación de un nuevo periódico. Un Francés, Juan Lasserre, cuyo nombre lo lleva hoy brillantemente su hijo, comodoro de la marina argentina, será durante muchos años el iniciador de todas las publicaciones francesas. Comenzó en 1826, por l'*Echo français* la serie de periódicos que en medio de los agitados acontecimientos de esa época, si desaparecen, era para volver á aparecer: en 1827, l'*Abeille*, en 1828, *le Censeur*; en 1829, *le Spectateur* y también otros en 1831, 1832 y aún en 1840 y 1841 cuando la República estaba en guerra con Francia y cuando el bloqueo de la escuadra francesa, comenzado en 1838, no se había suspendido sino para proseguirse luego y no darse por terminado hasta 1846. En 1854, que fué también

una época turbulenta, hubo otro periódico redactado por M. Carlos Quentin que era hace poco todavía administrador de la Asistencia pública en París, el que habiendo tomado á su cargo la defensa de los intereses extranjeros fué expulsado por Urquiza.

Tan numerosas fundaciones bastarían para demostrar la tendencia de los Franceses en el extranjero á agruparse en torno de su bandera y á constituirse en verdadera familia. Apesar de los disentimientos de opinión y de las luchas de intereses que pueden existir entre ellos, todos buscan entre sí los elementos sociales, celosos de crear en el extranjero la vida, en reducción, de una ciudad de Francia, y en ninguna parte, en medio de la sociedad, dejan de revelar su nacionalidad, conservando sobre todo á la lejana patria una fidelidad que puede ser censurada, pero que no por eso deja de ser menos significativa. Esa misma fidelidad ha contribuído á la constante progresión de la influencia francesa en el extranjero y especialmente en el país de que nos ocupamos donde es extraordinariamente notable. También, con efecto, es verdad que, por esos colonos y para satisfacer sus necesidades, penetraron en el extranjero los primeros libros franceses debiéndose á ellos que el gran movimiento de los espíritus en Francia, que comenzó en 1830, se haya divulgado.

*
* *

Después de los extravíos de la revolución, del cesarismo y de la nueva experiencia de la Restauración, que no se había atrevido á poner la mano sobre las conquistas admitidas en el dominio de la ley y de la Constitución, las oscilaciones gigantescas del péndulo, que marca el movimiento algo delirante de la sociedad francesa, encontraban después de 1830 un momentáneo equilibrio en el justo medio y la esperanza en algunos años de paz social.

Las repúblicas de América, también, habían atravesado las horas sangrientas de sus más terribles pruebas. Consagradas por completo á los ensayos inhábiles de las Constituciones, á las tentativas de una rápida apropiación de todas las conquistas del espíritu filsófico, todavía sin embargo tenían que conocer nuevas contiendas, y se hallaban en plena guerra civil cuando empezó á difundirse por el mundo el poderoso aliento de la generación de 1830.

Pacificada la Francia y apasionada del arte, reconquistaba brillantemente una gran influencia, se apoderaba de los espíritus por su poesía, por sus dramas, por sus novelas, por sus brillantes concepciones políticas, por el potente eco de su tribuna, por la prensa nuevamente organizada, por sus periódicos y sus revistas, y en fin por todas las producciones del espíritu. El liberalismo de 1830, ofrecía á los hombres políticos del nuevo mundo una especie de refugio del pensamiento, porque encontraba al mayor número de ellos en el destierro ó en el retiro, al cual les relegaban las violencias de los partidos encadenados por los hombres de lanza y de cuchillo que habían suplantado á los hombres de espada.

Á pesar de las dificultades de comunicación, de la inmensa distancia que recorrían con pena los paquebots de vela, no hubo un solo hombre de aquella gran generación que no tuviese su hora de popularidad en Buenos Aires. Á pesar de Rosas y de los diez años de bloqueo por la escuadra francesa, quizás fuese allí el punto donde repercutió, durante ese esplendoroso período, el eco más vibrante de cuanto se hablaba ó escribía en Francia.

La influencia francesa forzó el bloqueo y la literatura francesa reinó allí á pesar de las prohibiciones, de las proclamas y de los extraños decretos, que, además de reprobar y condenar todo lo que era francés, llegaron hasta á destituir del título de patrón de la ciudad de Buenos Aires á San Martín

de Tours y á ejecutar ese extravagante decreto con gran pompa y con todas las ceremonias de la degradación militar, impuesta al frente de las tropas, en la efigie del soldado galo. Tan infantiles extravagancias, indignas de un impotente cacique, que imaginó Rosas, y que todavía las excedió con la costumbre que estableció de hacer preceder todos los actos privados y públicos, todos los pregones ó bandos con la siguiente grostesca fórmula, impresa en letras rojas: « ¡ *Mueran los salvajes unitarios* ! ¡ Mueran los asquerosos Franceses ! ¡Muera el chancho inmundo Luis Felipe ! » eran no obstante, impotentes para amenguar el magestuoso brillo del Renacimiento de 1830.

Después de la caída de Rosas, acaecida el 3 de Febrero de 1852, al mismo tiempo que el cesarismo, apoderándose de Francia, imponía silencio á sus pensadores, escritores y oradores, su influencia sobre aquel país no era menos eficaz y activa. Los desterrados, los desalentados encontraron allí cátedras para continuar la enseñanza de la juventud, que les estaba prohibida en Francia. Las simpatías que rodearon á esos vencidos eran tanto más vivas cuanto que aquella población acababa de atravesar veinte años de las mismas adversidades. La dirección del Colegio nacional, la instrucción de aquellos, cuyo destino sería el de presidir y participar en la maravillosa transformación de ese país, fué encomendada á Amadeo Jacques, uno de esos desterrados, que dejó como legado un tratado de filosofía escrito en colaboración con Julio Simon y Emilio Saisset. Á la vez, el general Urquiza, abría en Paraná un colegio análogo, también bajo la dirección de otro francés, M. Larroque que, antes de morir, había de tener la satisfacción de ver ejercer todas las elevadas funciones del Estado, incluso la de presidente de la República, á la flor de los alumnos que él había enseñado.

La Universidad de Buenos Aires, las Facultades de derecho y de medicina y la Escuela militar, se constituyeron pau-

latinamente con arreglo al plan de las Facultades y Escuelas de Francia; y los libros de enseñanza franceses se encontraban en todas las manos según su texto original. El día en que se dispuso la construcción del primer kilómetro de vía férrea y se emprendió por cuenta del gobierno, se encomendó la empresa, y también, poco después, la administración, á Franceses. Aún hoy, al igual que en 1854, esa línea modelo que fué la primera que se emprendió y la que es más próspera, ha conservado su carácter de administración francesa. Hagamos constar, sin embargo, que, á pesar de esos principios y de ese ejemplo que algo significa, ninguna línea de caminos de hierro de esa República, donde existen tantas y tan prósperas, no ha sido, hasta el presente, emprendida por capitales franceses. El destino de la emigración francesa es el de existir abandonada á sus propias facultades, sin aportar de Francia más que la resolución de aprovecharse de las circunstancias que el porvenir le prepare con la convicción de no tener que contar con ningún auxilio, ni concurso de la patria.

*
* *

La única región francesa en donde no puede aplicarse esta regla y que ha dado siempre desde 1825 un contingente constante de emigración solidaria, obrando con unión, ayudándose recíprocamente y distinguiéndose por el uso perpetuo de una lengua especial, es el país vasco.

La emigración vasca de la Plata disfruta de una notoriedad especial y aun se cree que siempre ha constituído, si no el único, por lo menos el más importante de los elementos de la colonia francesa, lo cual no es exacto, porque, si bien es verdad, que numerosos pueblos han enviado á esas comarcas la mayor parte de sus habitantes, ese pobre país se ha enriquecido de tal modo que esa corriente de emigración casi ha cesado, haciendo que la emigración vasca de la Plata no

se reclute, apenas, sino en la vertiente española de los Pirineos. Á pesar de esa paralización en la corriente de inmigración, la población vasca conserva su importancia y no es la menos honrada ni la que menos merece serlo si se examina lo que ha hecho y creado, el grado de riqueza á que ha llegado y los penosos comienzos que tuvo.

Ciertamente que no eran excesivas las energías de esa raza, noble entre todas, para superar los rudos obstáculos que entrañaba la fundación de pueblos, cuyo primero fué el Tandil, edificado por ella en la pampa, en la época bárbara de 1825, á cien leguas de Buenos Aires, en las fragosidades de una sierra aislada y de escasa importancia, á la que no abonaba para ser elegida como centro de una fundación de ese género, sino el abrigo que ofrecía contra las incursiones de los Indios. Así, ellos, pueden con orgullo examinar el camino recorrido desde el día en que, recién llegados, todo era sorpresa y sin duda decepción en ese país.

Después de cincuenta, y á veces cien días, de viaje marítimo tuvieron que emprender un nuevo largo viaje á través de esa pampa que tanto se asemeja al océano. Sobre los confines de la ciudad, en medio de una esplanada que aún hoy, después de pasado medio siglo, recibe los mismos huéspedes, se hallan formadas las grandes carretas pampas, largas y altas, encaramadas sobre ruedas de dos metros, pintarrajeadas de colores chillones, cubierta de sólidos techados, que seis parejas de bueyes son con frecuencia impotentes para sacarlas de los arroyos pantanosos, pero que rueden por el camino llano, sostenidas por un prodigio de equilibrio, por cargadas que estén, sin que los bueyes indiquen el menor cuidado cuando marchan soñolientos á través de las nubes de polvo que levantan.

Era en esas fragatas terrestres donde tenía que emprenderse tan largo viaje, porque no se conocía otro medio de transporte. La vista del paisaje apenas presentaba aliciente

para descansar de los violentos vaivenes que el viajero tenía que soportar, porque no se divisaban por allí ni árboles, ni casas y el paso de los ríos, si prestaba á esa monotonía cierta variedad, era para aumentar los peligros. Á veces había que esperar en la ribera del San Borombón ó del Salado un mes ódos con el fin de que disminuyese la crecida de las aguas; se improvisaba un campamento y se contaban, con impaciencia los días. No había que pensar, en esa época, en buscar un refugio fuera de las mismas carretas, porque las casas, cuando se encontraban, se reducían á humildes cabañas cubiertas de rastrojo con paredes de cieno y una abertura por puerta. Allá, lejos, mucho antes de llegar al fin del viaje, esas mismas casas ya no se divisaban; los rebaños desaparecían y no se veían sino algunos carneros de triste aspecto con la lana crecida de varios años; apenas se encontraban algunas piaras de bueyes que las guerras civiles habían dejado sin dueño ó que habían escapado de las matanzas periódicas de los Indios; más allá, finalmente, no había nada; la yerba pampa se mostraba más crecida, agreste, flotando al viento sus blancos penachos entre los que serpenteaba una senda marcada por los cascos de los caballos indios.

Una tarde, empero, después de recorridas cien leguas de llanura, se divisaba á lo lejos en el horizonte una cordillera de montañas destacando en crestas sus cimas de mármol bajo un cielo de duro azul; aún había que atravesar ciertos arroyos de cristalinas aguas que anunciaban la cercana montaña, en el fondo de las peñas cubriendo el aire de un leve ruído de cascadas de extraños nombres tales como el Gualichú, el Tapalquén, el Chapaleofú y el Tandileofú. El día en que se hacía alto y se decía: ¡Es aquí! el asombro llegaba hasta el colmo. ¡Singular objeto para tan larga expedición! Ningún refugio más había allí, que el de esas casas rodadas que les habían conducido y cuyos conductores hablaban ya de levantar el ancla y del regreso; nada, tampoco, de leña por nin-

guna parte; mármol jaspeado y de color, en abundancia, el cielo que parecía mostrarse benigno y un suelo que, aunque fértil, había sin duda que defender. Así se estableció allí la primera colonia vasca, sin ayuda de nadie, teniendo que proveer á su subsistencia y á su defensa; ciertas incursiones que hicieron los Indios la dejaron algun tiempo fuera de la frontera y nunca fué atropellada. Después de trascurrido medio siglo, esa colonia se convirtió en una ciudad, centro de una región fértil, cubierta de rebaños y de cultivos que pertenecen á los vascos ó á sus hijos, quienes, desde allí, diseminándose, han edificado varias ciudades en las cercanías que irradian en todas las direcciones. Colonos laboriosos, desahogados, dispuestos á ayudar á los recién llegados, sostienen desde lejos á aquellos que se quedaron en su país, realizando á veces el sueño de volver á ver sus montañas y aun preparando para el regreso una morada digna de su nueva fortuna, pero si vuelven á su país, la generalidad no tardan en dar la vuelta porque aquellas llanuras les atraen con los recuerdos de toda una vida y con los poderosos lazos de la familia que allí crearon.

III

Los Vascos fueron, entre los extranjeros, los primeros que emprendieron la cría del ganado, de que más tarde, hacia 1840, los Irlandeses hicieron una especialidad en lo que respecta al carnero. Los productos de esos rebaños, apenas tuvieron valor hasta el día en que los industriales franceses se preocuparon de las riquezas, desperdiciadas, de la pampa.

Lo que los Franceses habían realizado para el ganado mayor, otros de la misma nacionalidad lo hicieron en 1842 para la lana, desdeñada, hasta entonces, en absoluto. Pagaron las primeras lanas y las primeras pieles de carnero á cinco céntimos el kilogramo y exportaron el primer año algunos fardos. Su ejemplo fué imitado, sus lecciones escuchadas,

las majadas de Rambouillet surtieron de los carneros escogidos, aumentando todos los años la producción, en razón inversa del ardor de los partidos políticos, hasta alcanzar los resultados que se pueden comprobar en el presente. Esa lana que se pagaba entonces, por favor, á cinco centimos el kilógramo no se vende, ahora, nunca, á menos de 1 franco y hasta á 2 en las mismas estancias criadoras, la exportación asciende á 150 millones de kilogramos, provistos por 75 millones de ovejas de un valor en junto de 375 millones de francos, que dan un producto en bruto anual de 225 millones, los cuales se reparten entre propietarios, pastores y operarios auxiliares, dejando, en las manos de cada uno de ellos, beneficios considerables en relación con el capital empleado y con el esfuerzo hecho, gracias á la benignidad del cielo y á la fertilidad del terreno que hacen de ese país el más notable del mundo donde el ganado se críe y se multiplique con menos gastos. Es fácil calcular lo que esas dos industrias, cuyo principal desarrollo se debe á los Franceses, han producido á la Francia. Los registros de la aduana señalan 267 millones de francos como total de los cambios efectuados en 1887 entre los dos países y nada menos de 5,000 millones en lo que respecta á los últimos treinta años. He ahí la razón de que, durante ese período, la emigración haya tomado proporciones considerables. Contenida hasta 1846 por el estado de guerra, al que puso término el brillante combate de Obligado, donde la escuadra francesa, triunfante bajo el mando del almirante Tréhouart, debió hacer merecida justicia á las intrépidas tropas que defendían la costa del Paraná bajo las órdenes del general Mansilla; coartada todavía en 1848 por el movimiento que impulsó á toda la emigración francesa hacia las minas de California, empezó á desarrollarse desde 1852, de manera que, posteriormente, cada año ha revelado un progreso. Se podría dar una extensa relación de los nombres franceses que señalan el camino recorrido de los puntos elevados donde

la fortuna los colocó. ¡Cuántos dominios de seis, diez, doce y veinte leguas cuadradas existen en poder de personas que no aportaron como instrumento de fortuna sino una modesta azada, sin saber siempre manejarla con destreza! Una de aquellas ¿no poseía aparte de otras propiedades considerables y de enormes rebaños, un dominio de doscientas leguas cuadradas, quinientas cuarenta mil hectáreas, en la costa del Atlántico, en los confines de la Provincia de Buenos Aires?

La industria pastoril tiene la seductora ventaja de producir grandes ganancias sin pena ni trabajo; los Franceses, sin embargo, parece que abrazaron con irresolución esa industria, porque temían el aburrimiento de esa vida contemplativa; participando del gusto innato de nuestra raza por las relaciones sociales, por triviales que sean, aman por lo tanto las reuniones y la charla. Bajo este concepto, siempre prefirieron la vida de las ciudades ó la de los pueblos, donde se encuentra alguien con quien hablar y discutir las cuestiones políticas y sociales. Además, el mayor número, si no es comerciante, tiene un oficio, prefiriendo limitarse á la conocida herramienta y no poner su paciencia á la prueba de la vida pastoril.

Por el contrario, es considerable el número de aquellos que, habiendo sido de los primeros colonos, atraídos á Entre Ríos en 1854 por el general Urquiza, se han consagrado á la agricultura; aun puede decirse que son ellos los que la implantaron en la pampa conduciéndola á los importantes progresos que ha realizado en el trascurso de algunos años. Éstos, no atreviéndose al principio á alejarse, temiendo lo desconocido de la llanura, empezaron por la jardinería en la puerta de las ciudades, donde á pesar de los vallados de cácteas y de áloes infranqueables, les asediaban las leyendas de Indios, armados de lanzas, ó de peligrosos gauchos, pesa-

dillas tanto más horribles cuanto que se presentaban en su imaginación bajo los pavorosos rasgos que les prestaban las litografías que se veían en los escaparates de las calles; pero tranquilizados, luego, comprendieron que el trigo tenía más que temer de la langosta que de los Indios y por lo mismo allegaron su preciosa colaboración al gran cultivo, tan próspero en la actualidad.

Pero donde su destino tenía todavía más importancia, era en la creación de las industrias cuyo objeto es la transformación de los productos de la agricultura, por cuyo motivo crearon los molinos de trigo, representados por importantes molinos de vapor agrupados alrededor de las principales ciudades donde se celebran los mercados de cereales, pertenecientes, casi todos, á los Franceses, así como también los molinos de agua que se han podido establecer en el campo, donde las corrientes permanentes son escasas.

Algunos ensayos de destilerías fueron intentados; pero la fundación más importante en el orden de las industrias que toman á la agricultura sus primeras materias es la cervecería Bieckert, cuyos productos se difunden hoy por toda la América del Sur; fundada hace veinte años, aquella ha mejorado sin intermisión sus procedimientos y sus útiles, aumentando sus bodegas y sus construcciones. Siendo de la exclusiva propiedad de su fundador, representa hoy un capital industrial y comercial de más de diez millones.

Al lado de esos grandes colaboradores de los colonos agrícolas, figuran numerosas fábricas francesas de aceite de lino, de oliva, de arachide, de colza, las almidonerías, las fábricas de galletas, de manteca, de quesos, de conservas alimenticias, de chocolate, de coches, una gran tintorería, fundiciones y talleres de construcción, grandes industrias, fundadas casi todas por la iniciativa privada de algunos obreros sin el

auxilio de capitales, que no afluyeron hasta que su éxito estuvo asegurado [1].

Estas industrias adelantaban aisladamente hasta que la exposición local improvisada en 1876 las dió á conocer. En 1881, una exposición internacional, cuya idea y ejecución fueron absolutamente francesas, consagró su importancia y cooperó poderosamente á su desarrollo. Entre esos industriales ¿cuantos hay que llegaron á la fortuna con un principio incierto, cuyos primeros recursos procedían de las economías extraídas de sus salarios, acumuladas durante la permanencia más ó menos larga en que estuvieron sujetos á una industria que, generalmente, no era la suya? El capital francés no se ha habituado á emigrar porque es por naturaleza muy prudente y sabe demasiado que existe en toda empresa lejana una gran suma de aventuras, que atañe á los individuos el correrlas ya que el capital no se resigna á ellas. Pero lo que más se ignora, es que el emigrante, aquel que precisamente piensa en correr esas aventuras no es nunca un advenedizo, sino que es siempre un espíritu emprendedor y ambicioso que tiene en sí mismo ese resorte principal del éxito : la energía y la resolución. Emigrar para continuar siendo un obrero asalariado, enregimentarse en el extranjero como

1. Citemos entre los industriales franceses que se distinguen entre todos á M. Godet, fundador de la primera fábrica de dulces y chocolates; M. Prat que ha representado el mismo papel en la tintoría y fabricación de paños; M. Delanoux, en el ramo de carruajes; MM. Sansinena y Palaá, en las fundiciones; M. Molet en las conservas alimenticias y en la fabricación de cajas de metal blanco para conservas; M. Leon Rigolleau, fabricante de tinta y vidriero; MM. Coni y Buffet, impresores; M. Lajouane, editor; M. Bercetche, fabricante de galleta inglesa; M. Mandet, fabricante de galleta seca para el campo; M. Marius Berthe, destilador; M. Noël, fabricante de dulces; MM. Sansinena y Terrassón, fundadores de las importantes fábricas de exportación del ganado por los procedmientos frigoríficos; MM. Hileret en Tucumán, fundador de grandes fábricas de caña de azùcar; M. Lavigne, fabricante de aceites; M. Daumas, fundador de la primera fábrica de cigarillos; Los Amespil, Çurutchet, Duarte, importantes curtidores, etc., etc.

puede hacerlo en su país ¿para qué? El obrero, el artesano, el hombre que sabe un oficio no piensa sino en llegar á ser patrón ó maestro y sería más propio decir *su* patrón, porque en la industria que él establece en el exterior, de ordinario con insignificantes recursos personales, con mucho aliento y gana de salir adelante, él es, generalmente, al principio, su jefe de taller, su tarea y su aprendiz y sobre todo, esto último. Él se apercibe pronto, con efecto, de que para ser jefe de industria necesita añadir á los conocimientos que posee muchos de que carece y dedicarse al estudio sin maestro en esa escuela de la experiencia personal, de los ensayos y de los cálculos, donde siempre está comprometido el amor propio.

Ahí es, verdaderamente, donde se adiestran esas cualidades de iniciativa que quedan en estado latente entre los artesanos formados por el aprendizaje regular, encerrados en una especialidad, dejándose llevar inconscientemente durante sus años juveniles, en seguida perezosamente á la rutina de un oficio donde ellos no tienen, en breve, otro valor personal que el que les proporciona el hábito de la práctica.

La escuela americana es por completo diferente, porque forma los hombres emprendedores que han dado á ese adjetivo continental una justa celebridad. El Francés americanizado adquiere las cualidades que sintetizan el valer de un hombre dispuesto á todo, que aplica con facilidad su espíritu á todos los ensayos, su inteligencia á todas las investigaciones, elevandose así todos los días un poco por encima de sí mismo al extender el dominio de su ambición y de sus aptitudes.

Pero lo que distingue al Francés es que, sobre todo, es artesano por que la generalidad saben un oficio, pero á conciencia. Bajo este concepto, él ha creado en el extranjero casi todas las pequeñas industrias, talleres independientes, con

frecuencia muy modestos, que las circunstancias y los sucesos improvistos desarrollan en direcciones tan opuestas del punto de partida que generalmente no pueden reconocerse al cabo de unos cuantos años. Tal es la transformación que ha experimentado todo jefe de industria, cuyo plan fue al principio del todo diverso. Quedaríase asombrado al verle en medio de su taller donde nada de su industria le es desconocido al saber por él mismo cuál fué su primer oficio, por que sin que haya conservado el recuerdo de los acontecimientos, son estos los que le han hecho lo que es, obligándole á nuevos estudios, abriendo su espíritu y llevándole por medio de analogías á aprender sin maestro. Muchos en ese encadenamiento á remolque de las circunstancias, que les imponen nuevos trabajos, se estravían en sus cálculos, gastan en ensayos á veces poco útiles y no encuentran siempre libros á propósito para instruirles no teniendo á la vista modelos que poder consultar. Sus cualidades personales se fortifican así. Con hombres templados de ese modo en una atmósfera nueva y probados por los esfuerzos individuales es como se constituyen esas colonias que desde cerca como desde lejos merecen llamar la atención. Por esos hombres es por quienes se ha formulado el axioma verdadero aunque parezca paradójico á aquellos que no hayan reconocido su exactitud, por una experiencia propia : « La América civiliza ». Sí, esto es verdad, porque ella civiliza á cualquiera que sea el que vaya á pedirle la solución del problema de la vida; le civiliza en el sentido de que desarrolla sus energías al presentarle ella misma rudamente ese problema arrebatando la solución al débil, al tímido, al que prefiere los caminos trillados y estrechos y al que ella no ofrece más que la llanura sin senda donde hay precisión de guiarse instintivamente y encontrar sus recursos en sí propio.

IV

¿Quiere decir esto que los capitales creados y los socorros venidos de fuera no tienen allí empleo? No, ciertamente, porque facilitarán esas tentativas evitando muchos pasos inútiles y permitiendo á la actividad humana el hallar más pronto el empleo de sus fuerzas de una manera más provechosa. La experiencia pues, está hecha y únicamente falta que los capitales franceses sigan el ejemplo dado, no sólo por los Ingleses, sino, también, por los Italianos.

En un país, donde el comercio de importación y de exportación, exclusivamente con Francia, asciende según hemos dicho á 267 millones en lo que respecta al año de 1887, donde la industria francesa ha fundado fábricas que han bastado en unos cuantos años á hacer inútil la importación de harinas y sus derivados, de la cerveza, carruajes, pieles, trajes confeccionados, monturas, guantería, azúcar refinado y muchos más artículos, nunca se ha proyectado la constitución de un banco francés antes de 1887. Los capitales creados por los colonos franceses, siempre han sido depositados por ellos en los bancos ingleses ó italianos, quedando Francia privada de considerables operaciones de descuento y de cambio, del mismo modo que de las operaciones financieras que realizan el Estado ó las grandes compañías. En el período de quince años, la República Argentina ha verificado empréstitos en Europa, excepto en Francia, por valor de más de mil millones de francos á precios que varían entre 72 y 90 por 100 con un 6 por 100 de interés, cuyos fondos, cotizados hoy á 110, son desconocidos del mercado francés que durante ese período absorbió otros más encomiados y menos buenos.

La indiferencia francesa no sólo ha dado por resultado el privar á la colonia de la misma nación de ver multiplicarse las empresas al amparo del pabellón de la patria, sino que

el perjuicio es todavía más sensible, porque trasciende al orden comercial. Á medida que los colonos franceses desarrollan la industria local, la importancia de su comercio disminuye y no puede negarse que este punto de vista sea de algún interés para los productores de la madre patria. Tal disminución, beneficia á los demás países de Europa, que no tenían en otro tiempo más que una importancia secundaria. El número de comerciantes franceses al por menor, siempre grande en el extranjero, también decrece á la par que desaparecen por completo las grandes casas de importación, tan prósperas, de 1860 á 1870. El comercio ha pasado rápidamente de los establecimientos franceses á manos de los alemanes que han proseguido importando los productos franceses hasta que han podido imitarlos y remplazarlos en tanto que, por otra parte, la industria italiana que hasta entonces era desconocida en el extranjero, que nunca se había presentado en ningún mercado, se mostraba y se desarrollaba en el plazo de algunos años hasta colocarse en uno de los principales puestos.

En Italia todo ha marchado á la par : emigración numerosa, creación de líneas de vapores correos para transportarla y proveer al exterior de los productos nacionales, de un banco hábilmente dirigido desde su fundación y desarrollo progresivo del consumo de los productos de su industria. Nadie en Italia tendrá la idea de combatir la emigración como perjudicial, porque es ella, con efecto, la que tan activa desde 1865 con destino á todos los puntos de América y especialmente para la Plata, ha dado á la industria local la primera impulsión y creado en Italia el comercio de exportación. El colono expatriado, no sólo consume los productos de su patria, sino que los busca y determina la importación ; aun más, desarrolla el consumo de ellos con su ejemplo y los impone, no tanto por patriotismo, que es una virtud que apenas hay que buscar en el comer-

cio, como por costumbre. Además, los conoce y esto le basta para hacerlos conocer. Por esta causa, es por la que los productos franceses que, hace mucho tiempo, sustituyeron á los productos ingleses, impuestos, como lo eran, por los pequeños comerciantes franceses, se ven hoy en peligro ante la concurrencia italiana, que obra de idéntico modo, y por la falsificación alemana, que produce á precio reducido.

No obstante esto, no se puede menos de reconocer que cada día ha introducido algún progreso en la colonia francesa de la Plata. Las líneas de vapores que la enlazan con todos los grandes puertos de Francia se han desarrollado de un modo considerable. Pronto hará treinta años que las Mensagerías establecieron la línea del Brasil cuando solo existía una línea secundaria de Rio Janeiro á Buenos Aires que prestaba servicio cerca de las grandes repúblicas ribereñas de los principales ríos del Sur, por medio de un solo vapor mensual, de mil doscientas toneladas, que estaba reservado para los pasajeros, dejando á cargo de los veleros el movimiento comercial. He ahí cuanto producía una subvención importante, hasta que otras compañías no subvencionadas dieron á aquella un gran ejemplo. En 1868 fué la primera vez que la Sociedad de Transportes marítimos expedió directamente de Marsella para Buenos Aires sus más grandes vapores, y su resultado fué tan satisfactorio, que las Mensagerías, á la vez que la Compañía inglesa del Royal-Mail, siguieron su ejemplo.

Desde entonces, todas esas líneas han duplicado el número de sus viajes mensuales, así como la capacidad de sus correos; los armadores del Havre suprimieron sus veleros y constituyeron una poderosa compañía que figura al lado de las primeras, llegando hasta tomar la iniciativa de remontar los grandes ríos hasta el Rosario, á doscientas leguas del mar, pero para ceder á una compañía inglesa su flota una vez fundada. Aún hicieron más, siguiendo el ejemplo dado,

Por un armador francés [illegible] ...on, al lado de la de esta [illegible] puerto á los del Uruguay [illegible] ...llón francés, nuevas [illegible] ...re emplean, utilizan y [illegible] ...ieron por origen y por [illegible] ...nia, porque sin los es[illegible] ...ue, á partir de 1825, [illegible] ...e, siempre con la misma [illegible] adquirir un capital para [illegible] ...a nación no hubiera [illegible] ...les de raza difundirse en [illegible] su lengua, ni desarrollarse [illegible] nuevos colaboradores para [illegible]

su planta en la República Ar- [illegible] ...ntrar allí una gran nación [illegible] ...ntinuo con Francia. [illegible] ...a París, cuya capital es más [illegible] ...penas encuentra ocasión [illegible] porque con el fran- [illegible] sus escaparates los [illegible] de autores popula- [illegible] en el espacio de [illegible] ...diós fran- [illegible] ...los antiguos. [illegible] ...de 1840, y que- [illegible] ...s en ese país [illegible] determi- [illegible] ...las pro-

cipales poblaciones de Francia; los libros de derecho, medicina, y ciencias aplicadas, apenas impresos, llegan allá en grandes proporciones, enviados por los editores de París, que saben que cuentan en la Plata con un público ávido de todas las novedades, que desea conocer todas las nuevas teorías y sus más recientes aplicaciones. ¿ Habrá necesidad de hablar de las modas, de los artículos de fantasía y de las bagatelas que París envía por todas partes y que allí principalmente monopolizan el comercio? También es asimismo importante el ver cómo se desarrolla la afición al mobiliario, cuyos progresos, en Francia, son tan notables desde hace veinte años y que ha hallado en las poblaciones de aquella república todas las puertas abiertas, mostrándose en los principales salones de los nuevos edificios, cada día más suntuosos, preparados para recibir todas las invenciones de la elegancia moderna. El mismo arte, las reproducciones de los modelos más meritorios de la escultura, llaman la atención de los más ricos ganaderos que aunque no comprendan toda su utilidad práctica, pagan por ellos elevados precios. Durante el año, dos teatros, por lo menos, celebran representaciones en francés, y si alguna compañía, italiana ó española, funciona en los otros, representa obras francesas. Dos periódicos diarios, en idioma francés, de gran tamaño, distribuyen cada uno aproximadamente, tres mil ejemplares; uno de ellos sostiene una brillante existencia desde hace veinte años, *le Courrier de la Plata;* el otro, desde hace cinco, ha sustituido á *l'Union française*, *l'Indépendant;* un tercer periódico, *la France*, se publica en Montevideo.

Esos periódicos siguen una conducta política casi idéntica, máxime cuando por otra parte, no ha lugar para dos opiniones en el extranjero entre las colonias francesas; por que una de las particularidades, fácil de explicar, de las colonias, es que los individuos que las componen, tienen todos, más ó menos, la misma tendencia de opinión: el amor á

la patria es el gran vínculo que los une al gobierno establecido; su espíritu, aunque un poco inquieto, hace lo demás y los inclina ligeramente hacia la izquierda; pero las oposiciones violentas al gobierno reconocido en Francia carecen de autoridad entre ellos; los periódicos de controversia apasionada, que se publican en París, son rechazados por ellos como traidores á la patria, porque la quieren respetada y comprenden bien que esas críticas generalmente frívolas, á veces de mala fe y por sistema, no pueden producir otro efecto que desacreditar á Francia en el extranjero y destruir su prestigio.

Durante el Imperio, por esas razones, la colonia era manifiestamente adicta á las instituciones imperiales, aunque apenas pudiesen satisfacer á los espíritus educados en la escuela americana. Inútil es el decir que la República proclamada en 1870 no ha tenido en ninguna otra parte más ardientes partidarios, porque ponía de acuerdo las opiniones con los sentimientos. Posteriormente, la colonia ha conservado el respeto á las instituciones republicanas de Francia y ha esperado su triunfo en medio de las alternativas de los sucesos políticos. En cuanto á los principios democráticos, la colonia los había practicado al estilo americano desde hacía mucho tiempo.

Los Franceses en el extranjero, mejor que nadie, se dan una cuenta exacta de lo que vale su país en el espíritu de los pueblos, habiendo comprendido que, desde 1871, las simpatías de los que habían abrazado ardientemente el partido de la Francia desgraciada y vencida, se han ido insensiblemente del lado de la Alemania prepotente. Sin embargo, ¿qué significa Alemania para ese país latino, cuyas costumbres, usos é idioma no tienen con aquella ninguna afinidad? Allí no se leen ni sus libros, ni sus periódicos y sólo se consumen sus productos sin saberlo, cuando presentan, bajo una marca desleal, el aspecto de los productos ingleses ó franceses; si recibe de

Alemania algunos emigrantes, rara vez son maestros dispuestos á instruirle ó colaboradores preparados á compartir sus destinos, porque son, generalmente, empleados de comercio, dependientes con espejuelos, que practican, como maestros superiores, esa hábil táctica de insinuación que termina por una sabia instalación en algún buen puesto.

Las instituciones políticas de Francia, el curso de sus ideas, el prestigio que adquiere la doctrina republicana, tal es lo que preocupa, en grado superlativo, á los espíritus cultivados que la República Argentina posee en tan gran número entre sus nacionales, justamente enorgullecidos de sus instituciones políticas y sociales que garantizan de un modo tan perfecto la libertad de cada uno y que tan bien determinan la individualidad.

Pero una cosa sorprende á esos espíritus liberales, y es el ver á la Francia republicana mantener, fuera de la dirección de sus negocios, y á la hora en que persigue la realización de los principios de libertad, ha tanto tiempo proclamados, á aquellos mismos que son considerados en el extranjero como los jefes y los fundadores de la escuela liberal, porque ellos viven todavía de los recuerdos del gran movimiento liberal de Francia, que tuvo su aurora en 1830, y que largo tiempo estacionado recuperó cierta brillantez hacia 1863. Así, no se explican tampoco cómo aquellos que fueron los iniciadores y los apóstoles de ese gran movimiento, se muestran rebeldes á la nueva dirección de los espíritus manteniéndose en un silencioso desagrado, de que apenas salen si no es para hacer á la democracia censuras amargas, negándola hasta sus patrióticos consejos.

El interés que excita Francia se hace también extensivo á todas las manifestaciones de la colonia y á lo que ella hace y piensa, por lo cual se simpatiza en la Plata con las muestras de unión y de solidaradidad que la colonia da frecuentemente en sus fiestas públicas y en sus obras filantrópicas.

Ya hemos descrito, comparándolas con las demás fundaciones de las colonias extranjeras, su hospicio, su sociedad filantrópica, su asilo de huérfanas y las fiestas que dan esas sociedades anualmente [1].

Digamos, sin embargo, ahora, que toda sociedad de socorros que no se base en la mutualidad no tendrá ninguna probabilidad de éxito en medio de esas colectividades cuyo carácter más saliente es la altivez y la pasión por el individualismo. Así, al lado de esa sociedad, que predomina sobre todas las demás, se han fundado diez y ocho más, que tienen por base el mismo principio, las cuales se ayudan mutuamente con frecuencia y cuyos respectivos presidentes, reunidos cuando se trata de debatir un asunto cualquiera que pueda interesar á la comunidad, constituyen un verdadero consejo municipal de la colonia, que vela por sus intereses y organiza las fiestas que ella da. Ese consejo municipal se congrega en torno del ministro y del cónsul de Francia, apoyándose en la influencia de esos funcionarios, que á su vez hallan en él la cooperación poderosa de la opinión pública y el concurso eficaz de todas las inteligencias y de todas las simpatías. Cada sociedad allega en caso necesario, por conducto de su presidente, su contingente, y ninguna desgracia, por oculta que sea, queda ignorada y sin socorro. Aun aquellos mismos para quienes toda esperanza de restablecimiento ha desaparecido y que ven acercarse la hora de las enfermedades incurables y tomar posesión de su vida la desgracia sin remedio, hallan en esas corporaciones una sociedad de *repatriamiento* que facilita, á los que han visto desvanecerse toda esperanza, el regreso y el supremo consuelo de morir en la patria.

¿Dónde hallar, pues, en otra parte una realización más completa de la mancomunidad de pensamientos, de aspiraciones

1. Primer tomo.

y de vida y una unión de sentimientos más admirable? Y es que todos esos pensamientos, todas esas creaciones, dimanan de un mismo sentimiento patriótico. Ese sentimiento se revela también lo mismo en las manifestaciones joviales que en las obras caritativas, porque unas y otras se tienden, por otra parte, constantemente la mano. En la primavera, se verifica una feria, organizada según el modelo de las de Francia, teniendo por asiento las puertas de la ciudad; su título es fiesta de Saint-Cloud. Fundada para proveer de recursos en un momento crítico al hospicio de la Sociedad filantrópica, tal fiesta se ha perpetuado y ha venido á ser una fundación necesaria, aun cuando los 100,000 francos que produce cada año no sean ya indispensables y haya que emplearlos en otra cosa. Todos los años, dicha fiesta atrae una multitud más numerosa y su producto se aplica á la creación simultánea de un asilo para ancianos, de un hospicio especial para mujeres y de escuelas francesas. Estas obras constituirán los últimos elementos de una verdadera comunidad francesa creada en el extranjero y en medio también de extranjeros.

En el otoño tiene lugar una feria, que se celebra generalmente en un terreno cercado, y que es una fuente de ingresos para la institución más simpática de la colonia, su asilo de huérfanas donde se educan, hasta su matrimonio, las huérfanas francesas, quienes reciben allí una educación de familia, preparándose así para ser las esposas preferidas por los artesanos de la colonia.

Finalmente, en el mes de Julio, en medio del invierno, alguna vez contrariada por el mal tiempo, otras embellecida por el hermoso sol de la estación, resplandeciente en una atmósfera diáfana y fresca, se celebra la fiesta nacional francesa, que se ha convertido en una costumbre muy popular, desde el primer día. Todo el mundo toma parte en esta fiesta; todas las casas de comercio y todos los talleres franceses se cierran en ese día y las calles aparecen empavesa-

das; en medio de esa ciudad extranjera que ama las manifestaciones patrióticas, la fiesta nacional francesa se celebra con sus orfeones, su *Marsellesa*, su cortejo de procesión cívica por el centro de la población, con el bullicio de sus reuniones, de sus bailes, de sus banquetes y de sus comidas íntimas, siendo esta una verdadera fiesta que se impone dentro de una ciudad que trabaja con repugnancia ese día y que anhela tomar parte en sus regocijos. En los pueblos lejanos de la República, hay en ese día el mismo bullicio porque ninguno de ellos deja de celebrar dicha fiesta, pues no existe una ciudad ni un pueblo donde no resida un grupo considerable de Franceses. No son, en verdad, cuarenta mil como en Buenos Aires, diez mil como en el Rosario, quince mil como en Montevideo, pero allá son cuarenta y acullá doscientos y por todas partes bastante numerosos para formar una familia y dar á la festividad cierto brillo. En determinados puntos, los discursos de los banquetes serán pronunciados en español por un Francés, el cual se excusará por no saber ya hablar con corrección su lengua; en otros se dirán en vascuence, en algunos en patuá y en todas partes con un ligero acento meridional, pero todos esos discursos, esencialmente patrióticos, dan ocasión anualmente para hacer latir el corazón de los desterrados al nombre sonoro de la patria, haciéndoles comprender que no han perdido la esperanza del regreso; porque por lo demás, no existe ni un Francés que no piense siempre en esa hora de partir, en la hora anhelada del retorno; porque ese pueblo que cree que no es colonizador, por la fe de sus afirmaciones, se juzga, siempre, que se halla provisionalmente y de paso en el extranjero. Así, no construye, sino raramente, una casa ni compra apenas muebles durables, ¿para qué si su estancia es provisional? Provisionalmente acepta una mesa en mal uso y unas sillas cojas, porque ¿para qué hacer gastos en una compostura de muebles provisionales? No existe ningún pue-

blo que se halle más dominado por ese pensamiento ni, tampoco, otro que se fije de una manera más definitiva en el extranjero ni cuyos hijos se conviertan más completamente en extranjeros y continúen menos las ideas paternales. Este es uno de los lados imprevistos de esos caracteres. Los padres y los hijos están unidos por un sentimiento potente y hereditario de amor por la patria, pero por una patria diferente.

¿Es esto peculiar á los colonos de la Plata? No, porque así sucede por todas partes, y semejante cosa ha ocurrido también en las colonias, aún en las fundadas por los Franceses, como el Canadá, que ha dejado de ser colonia francesa sin que los colonos hayan abandonado su patria adoptiva, regida por una ley nueva.

Esto consiste sin duda en que el Francés, que hizo un violento esfuerzo, contrario á su naturaleza, para expatriarse, trasmite á sus hijos, en extranjera tierra, su culto por el país que les vió nacer. También consiste en que el esfuerzo que hizo una vez no se siente con ánimo de repetirlo nuevamente. Despues de haberse expatriado, comprende que volver á la patria, ha tanto tiempo por él abandonada, es como si volviera á expatriarse de nuevo reanudando de viejo los recuerdos de la juventud en torno de amigos que ya le han olvidado y que se han acostumbrado á vivir sin él, mientras que, por su parte, él, expatriado, cambiaba de modo de pensar; pero, si por acaso, intenta esta prueba, no la lleva, generalmente hasta el cabo, porque huye ante las decepciones y vuelve allá, á América, donde se piensa como él y donde puede cambiar los lugares comunes que le son queridos sin torturar su entendimiento ni su inventiva y donde vuelve á hallar sus hábitos y las personas que le saludaban en la calle, consolándose al referirles que, en su país, hacía el efecto de un personaje mudo contemplando una fotografía donde pareciese que se movían gentes que él creía reconocer

en un paisaje ya visto, pero á través de una nube, de un color convencional, que no podía percibir, y que, por lo tanto, cansado, regresaba al lado de aquellos con quien el sabía vivir. Por esta causa, se quedaba de ahora para siempre en el país, rodeado de sus hijos, que le veían con alborozo identificarse con las afecciones de los suyos.

Aquellos que creen que los niños, nacidos en el extranjero, aman naturalmente la patria de su padre, se engañan extraordinariamente, porque esa es una ficción de la ley francesa y nada más. El hombre escoge su patria del mismo modo que todas sus afecciones, porque no existe en ello la voz de la sangre. La patria de los antepasados, menos es una madre que una tía respetada, porque la verdadera patria es aquella donde se ha formado el corazón y el espíritu entre otros que laten al unísono, en medio de aquellos que experimentan á la misma hora y en el mismo lugar las primeras impresiones, hora que comienza á los siete años y se prolonga hasta los veinte. El país en que se ha vivido en ese tiempo es hacia donde el hombre concentra sus afecciones patrióticas ó el sentimiento inconsciente que, en muchas personas, ocupa el puesto equivalente de aquellas. Sin embargo de eso, Francia debe contar como hijos propios, ó por lo menos como sobrinos queridos é ingratos, á los hijos de Franceses que figuran, en el país de que nos ocupamos, en los puestos principales, porque sus cualidades de raza los acercan á los Franceses. Podemos afirmar que esas cualidades son en todas partes un serio elemento de éxito; pues muchos de aquellos se elevan, generalmente, á una condición superior á la de sus padres, en razón de las circunstancias que les facilitaron su empresa, cuando estos, por el contrario, no pudieron realizarlo en medio de las dificultades de la transplantación; asimismo, por todas partes, los encontramos en las funciones más elevadas de la política, en las asembleas legis-

lativas, en la magisturatura, el foro, la medicina y en todas las ciencias aplicadas[1].

Para nosotros, éstos, sólo cometen el error de desconocer el principio francés que une al hijo nacido en el extranjero á la patria de su padre; no debemos ocultar la gravedad que reviste esa separación general de los hijos de Francés, de la patria de su padre. ¿Es, acaso, un hecho social ignorado que el Francés desea ser administrado? Aun el más americanizado de todos quiere ver á su lado el ángel tutelar de la administración, invisible y presente, recordándole la patria. Los cónsules, que sin duda comprenden esto, cuando hablan de sus compatriotas dicen ingenuamente : « Mis administrados ». ¿Creerá alguien que esa calificación, en absoluta contradicción con el carácter de los cónsules, choca á aquellos á quienes se dirige? De ninguna manera, porque, aun en el lenguaje convencional, los individuos de la colonia prodigan en conjunto, al ministro residente, cónsul y oficiales de marina del apostadero el título genérico : « las autoridades », lo cual no desagrada ni á los unos ni á los otros, sin embargo de que esa fórmula no constituye un lazo administrativo suficiente.

Si esa adhesión poderosa de los hijos de Francés al país extranjero que les vió nacer tiene la ventaja teórica de demostrar hasta el exceso que los Franceses son los mejores colonos y hasta demasiado buenos colonizadores, también demuestra de un modo igualmente cierto que las empresas

---

1. Se puede comprobar en la actualidad en Buenos Aires el curioso hecho de que el Vice-Presidente de la República, M. C. Pellegrini, es hijo de Francés, y de uno muy respectado; M. Cambaceres, gobernador del Banco; M. L. Sauze, juez de 1ra instancia; M. Fonrouge, presidente de la Cámara de diputados; M. Larroque, ex presidente del Municipio; M. A. Lasserre, comodoro; M. Daniel de Solier, almirante de la escuadra; M. Luro, presidente del Senado; M. Lartigau, prefecto de policía y otros muchos, también importantes por su representación social ó su gran riqueza, son hijos de Francés, nacidos en el país.

individuales y aisladas de colonización por los Franceses hacen pagar caro á la madre patria el abandono en que las deja. La ley francesa se distingue por ser la más vigilante y la más cuidadosa de la suerte de sus hijos, pues sus principios se muestran muy enérgicos con el fin de prohibir la partida del hijo de Francés que desea librarse de los abrazos de su madre, pero, en la práctica, es impotente para sujetarlos. Tal resultado, contrario á los principios, dimana de la falta de previsión y de organización administrativa de los intereses franceses en el extranjero. Las colonias se placen en razonar, discutir, tomar la initiativa de colectividades, de asociaciones, llenando sus periódicos especiales de brillantes escritos sobre todas las cuestiones que les interesan tanto como á la madre patria, realizan esfuerzos de todo género, pero ningún eco resuena allá donde debiera resonar. El único lazo serio que existe, es el del servicio militar, impuesto al hijo de Francés, aunque haya nacido y resida en el extranjero pero sin ninguna consideración por el aumento de carga que así recae sobre él, por cuya razón elude ese servicio separándose de la patria de su padre definitivamente. Además ¿ no es extranjero después de su nacimiento, puesto que, regularmente, no tiene estado civil Francés y no puede tenerlo? El cónsul, que debiera ser el verdadero alcalde de la colonia ¿puede llenar el importante cargo de registrar los nacimientos y defunciones que sobrevengan en ella?

En un país como la República Argentina, vasto como Europa, sólo el cónsul residente en Buenos Aires, esto es, en una de las extremidades, estaba autorizado para recibir esas declaraciones, lo cual era insuficiente, por cuyo motivo se le ha suprimido dicha facultad para agregar esas funciones, demasiado vastas por sí, á las del ministro residente en la República, cuando, por el contrario, hubiera sido necesario multiplicar los agentes consulares, confiándoles las atribuciones que competen á los simples adjuntos en el último de los pue-

blos de Francia atrayendo así á la patria muchos de sus hijos que se creen abandonados por ella, toda vez que no poseen una partida de nacimiento francesa y suponen de buena fe que es aquella y no la ley la que debe conferirles un título, sus deberes y sus obligaciones. Como no ven el acta de su legitimación, se consideran como extraños á la familia francesa y no será la administración de la guerra con su libreta la que podrá reanudar los lazos que ha roto la administración civil.

Para situaciones diversas se necesitan leyes distintas sin que la ley exija lo imposible, porque así se falta á ella y todo el mundo pierde algo. La emigración es un elemento demasiado necesario y un agente demasiado activo de la influencia francesa para que no se la concedan ciertas mercedes en compensación de los servicios que ella presta.

En todas partes se proclama en la actualidad, y con razón, que de la emigración depende la suerte del comercio francés; se consulta pública y oficialmente á las colonias francesas en el extranjero; se fomenta en ellas la creación de Cámaras de Comercio destinadas á ilustrar y guiar á los productores rutinarios que no saben decidirse á salir de Francia para presenciar por sí mismos lo que se hace fuera y que esperan de esa institución la tarea hecha, la labor para los otros y el provecho para ellos. Á pesar de esto nadie ha pensado todavía en admitir en el consejo superior colonial, ni un solo representante de esas colectividades imponentes de Franceses que existen en el extranjero facilitando así la ocasión de que aquellas tuviesen una existencia oficial á la vez que conocer sus necesidades y sus aspiraciones, discutiéndolas, ilustrándose sobre su vida social y no dejar, en una palabra, perderse como niños extraviados, á esos batallones de vanguardia que han enarbolado en países lejanos la bandera de Francia.

CAPÍTULO IV

OBREROS, ARTESANOS Y TRABAJADORES

La fortuna en América. — Los tíos de América. — El trabajo y los trabajadores en una sociedad democrática. — La industria naciente. — La pequeña industria. — Obreros y artesanos. — Pequeños talleres. — Medios financieros. — Medios industriales. — La mano de obra. — Individualismo de la industria y de la clase obrera.

¡ Hacer fortuna en América ! He aquí un sueño considerado en Europa de una realización fácil, un recurso supremo que cada uno tiene como en reserva.

Recordamos haber visto en alguna parte al pie de un dibujo satírico, una reflexión profunda y verdadera: presentaba el dibujante, en medio de una serie dedicada á Americanos, una mesa ricamente servida y ponía el siguiente diálogo en boca de dos criados, el uno joven novicio, el otro viejo dignatario de la profesión. Tenía la palabra el joven:

« — ¿Porqué no podríamos ser ricos como ellos? »

Y el otro respondía:

« — ¡ Tonto ! habría que trabajar ».

Verdad profunda y profunda filosofía. La América no difiere de los otros países sino en que allí se honra más el trabajo, todo el mundo le consagra su vida, en que absorbe toda la fuerza de los individuos y todo su tiempo, en que es, quizá por todas estas razones, más fecundo que en otra parte. Pero, las minas de oro que dan sus pepitas sin esfuerzo, los rebaños de generación espontánea, que enriquecen al que los ve pacer, son leyendas con un atraso de muchos siglos.

Las minas de oro, en el lejano tiempo de la conquista, han enriquecido algunos valientes que han surgido del océano de

los desconocidos, de la nada de los olvidados. El ruido que aún hacen llama la atención de los aventureros y perpetúa la leyenda de los tíos de América.

Ésta también es vivaz. ¡ Cuántas veces los cónsules, sobre todo los franceses, reciben cartas de buenas gentes de Europa recordando que aguardan y no olvidan á un pariente que salió, dicen, para América, para hacer fortuna y que « sin duda ha debido dejar algunos bienes á los cuales tienen derecho » !

Echan la carta al correo sin escoger siquiera el punto de destino y la dirigen « al cónsul de Francia en América. » Lo que es aún más extraño es que esta carta sale, con las demás, por el primer paquebot, que llega á alguna parte, que la lee el cónsul de una ciudad cualquiera de este continente, el cual, á menudo tiene el cuidado de transmitirla á un colega en otro país ; de consulado en consulado, leída y anotada vuelve al ministerio de negocios extranjeros donde se la cataloga y archiva con todo cuidado.

¡ La América ! para muchos, aun de los que se embarcan y emigran, es un punto vago del globo. Para los sobrinos, es siempre una dorada incógnita, un lugar donde el pariente desaparecido se pasea en medio de sus negros y sus plantaciones. ¿ Qué plantaciones ? No lo saben precisamente, pero en alguna parte han visto, hasta colgadas en las paredes de su habitación, litografías de escenas coloniales que simbolizan sus esperanzas. Las óperas cómicas y las zarzuelas han explotado hasta el exceso esta situación ; á veces su fantasía da al tío una familia, que naturalmente pertenece á la categoría de los negruzcos. Esos mulatos no sirven sino para afirmar la riqueza del fugitivo ; es sabido que eso es allá un signo de opulencia, pero no constituyen ni parientes ni coherederos de los cuales haya que preocuparse.

La vida real no es tan sencilla. Es verdad que siempre se viene á buscar la fortuna á América ; el bienestar es sobre

todo lo que encuentran, después de largos esfuerzos, los que no retroceden ante el trabajo continuo. El que resiste á la elección de los primeros comienzos, en los cuales el desaliento es frecuente, adelanta y obtiene éxito algún día, á su tiempo; pero la verdadera fuente de la riqueza, es la tierra. El aumento de valor que el tiempo y el desarrollo de la población le aseguran crea sólo las grandes fortunas. Así que se necesitan cerca de dos generaciones, para que devuelva en dinero el producto de la paciencia acumulada: diez años aumentan su valor; veinte años se lo dan mayor. Del tiempo pues y de la tierra es de quienes hay que aguardar las realizaciones de fortuna, pero la tierra no se adquiere sin capital, es menester primero adquirir éste, por el trabajo y por continuados esfuerzos.

I

¡ Cuánto tiempo necesita el recién desembarcado para combinarlos y darles una dirección útil! Si á su llegada tiene alguna presunción es necesario que la deseche lo más pronto posible. — ¿ Y, quién no las tiene? El expatriado viene de un país civilizado, impregnado de la idea de que esta civilización corre por sus venas y desembarca en un país que cree salvaje. ¡ Pobre cándido! ¡ Cuántas ilusiones le será necesario perder!

Su primer gesto era de orgullo, el segundo es de asombro, el tercero de confusión; ¡ No lo creía! ¡ No lo sabía! ¿ Quién se lo podía figurar? El recuerdo de esta civilización, de que estaba tan orgulloso, desaparece. Reflexiona y comprende vivamente que viene de una aldea. Se pasarán los primeros años en arraigarse, en aclimatarse en este elemento. Planta arrancada y vuelta á plantar sin precaución, necesitará algunos más para echar algunas raíces, formarse una constitución, dar algunas flores y prometer algunos frutos. Para todo esto apenas si basta la cuarta parte de la vida de un hombre.

Si es, pues, fácil la vida, más general la prosperidad en América que en otra parte, porque el trabajo está allí mejor remunerado, el espacio para todos grande, sin embargo, la fortuna tarda en venir : pueden desaparecer las fuerzas en medio de esta lucha. Entre tanto las influencias del medio han invadido el espíritu del neo-americano, se contamina del vicio continental, la falta de previsión, el desdén del ahorro que le hacen perder el cuidado por el porvenir.

Sin embargo, el número de los que quedan en el camino es mínimo, en suma, á pesar de las dificultades contra las que necesitan emprender la lucha. Esto se debe á que la emigración de un país se compone, en su mayor parte, de ambiciosos devorados por el espíritu de conquista, descontentos del elemento en que su origen, su fortuna ó los acontecimientos les han arrojado y les mantienen en él. Quieren salir de él, quieren distinguirse entre su generación y para esto intentan la gran aventura de la emigración. Si, impulsados por estos sentimientos, llegan jóvenes, á un país joven, llevan consigo más probabilidades de éxito que las que en general tienen en su país los que han preferido la rutina de una vida mediocre y sin luchas en el suelo en que han nacido.

Espíritu de lucha, espíritu de conquista : eso es lo que domina al emigrante ; si con eso se dirige á un país donde pueda encontrar empleo para sus facultades y no tenga que aprenderlo todo de nuevo, quizá reproduzca la leyenda de los tíos de América.

Así que, convencidos, afirmamos que la emigración priva casi siempre á la nación que la proporciona, ó cuando menos los cambia de sitio, de muchos de sus agentes de progreso y raramente de las medianías y de los débiles ; si algunos de estos se aventuran pronto se estrellan allí, si no se transforman.

Sabemos que, en Francia, es lo contrario lo que se piensa, por la razón de que allí más que en otra parte los espíritus

inquietos se califican, sin examen, de revolucionarios, ó cuando menos de originales ó cabezas ligeras. Llevad estos caracteres á un país donde puedan utilizarse las cualidades de actividad que poseen, en lugar de que se gasten en balde, y crearán mundos, crearán esa nación libre que ocupa el territorio de los Estados Unidos, cuya sangre se ha formado de cuanto Francia é Inglaterra producen de más audaz, en la época en que todo pensador era un soñador en estos países y en América se convertía en un creador.

Los siglos han transcurrido. Nada ha cambiado. Europa sigue como era; rechaza los espíritus móviles, América los recoge, absorbe y utiliza. Estos espíritus fecundan desiertos, crean su actual grandeza, preparando su gloria futura.

Resumiendo: la verdadera fortuna que se encuentra bastante pronto en América es un sitio al sol, de aquí que el que en ella lo ha conquistado está condenado frecuentemente á quedarse en ella, á acabar allí su vida porque un sitio al sol no es cosa que consigo se pueda llevar, que es necesario conservar y extender allí donde se ha conquistado.

II

No hay que creer que en la sociedad argentina lo mismo que en cualquier otro país de América, donde todo el mundo trabaja, donde el más rico consagra algunas horas al menos, todos los días, á ocupaciones regulares, el trabajador no tenga más que quitarse la blusa para sentarse al lado de la gente que descansa como él después de las horas de labor, y que, en suma, no están separados de él más que por el bienestar ó la opulencia de su vida.

Muchas razones, entre las cuales algunas son históricas, se oponen á que esto suceda.

El trabajo, en el origen de las sociedades hispano-americanas, no ha sido la ley general á la que hoy obedece todo el

mundo. Se había llegado como conquistador; verdad es que las distinciones sociales y jerárquicas existían entre los compañeros de una misma expedición, teniendo los unos la calidad de jefes y los otros la condición de soldados; pero, si los primeros tenían la mejor parte de la conquista, los segundos tenían la suya y venían á ser propietarios como los primeros, lo mismo que aquéllos obtenían servidores y compañeros en la distribución de indios sometidos.

Á estos semi-esclavos, que la ley declaraba libres, pero que los colonos oprimían, era á quienes incumbía la obligación de aprender y de ejercer todos los oficios. Más tarde, no bastando ya los Indios, habiendo sido rápida la destrucción de los sometidos y acentuándose la resistencia de los otros se recurrió á la importación de los negros de la costa de África y de las posesiones portuguesas á donde iban á comprarlos los Españoles.

En cuanto á los criollos, en ninguna parte de América, menos en Buenos Aires que en las demás, han adquirido el hábito del trabajo. ¡No tenían el ganado, esclavo inconsciente que surtía á la colonia de más de lo que podía consumir!

Las costumbres de las colonias desdeñaban el trabajo hasta tal punto que la medicina misma, considerada como arte manual, estaba reservada á los mulatos y exclusivamente se ejercía por ellos. Apenas hace treinta años ocurría lo mismo en Chile. Puede suponerse que si Velázquez y Murillo hubiesen emigrado á América se hubieran considerado por los criollos como artesanos, consagrándose á un trabajo manual, naturalmente desconsiderado.

Una larga tradición de menosprecio del trabajo ha precedido pues, á la época actual. Las transformaciones que la emigración ha introducido desde hace sesenta años en la vida social no han modificado profundamente este rasgo del carácter general, esto se debe á que los que poseen, gobiernan y administran, no tienen el mismo origen que los que trabajan;

los primeros son criollos y los segundos, con raras excepciones, extranjeros.

¿Es esto decir que en este país que se envanece de estar abierto á todas las naciones, que al cerrar sus puertos á los hombres de buena voluntad no haría otra cosa que decretar su propia pérdida, que reconoce, en su Constitución, á todos los extranjeros derechos iguales á los de que gozan los nacionales, se considere al extranjero en inferioridad social? No; hasta puede afirmarse que el hombre de mundo tendrá el mayor cuidado en no manifestar, de ninguna manera, á un extranjero que se apercibe de que lo es; lo tratará por el contrario con tanta más cortesía cuanto más quiere disimular al diferencia de origen, al mismo tiempo que la superioridad que le da su título de Americano, auténtico de padres á hijos. El extranjero, por su parte, conoce bien que su cualidad de tal, hasta cuando reside desde largo tiempo en el país, le mantiene socialmente en un estado de inferioridad que nadie confiesa ni deja sospechar, pero que es real.

Los extranjeros tienen un grande espacio en el pacto social, en las leyes, en las Constituciones, ningún derecho se les niega ni restringe, excepto los civiles y políticos; y precisamente son éstos los únicos que, en una sociedad republicana y democrática, establecen, por la comunidad de intereses y la comunidad de ideas, la intimidad de las relaciones sociales. El gran motivo de unión ó de división reside en la política; ella es la que, creando los odios, fortifica las amistades, da vida á las alianzas de las diversas clases sociales, aproxima el campesino al habitante de la ciudad, el pobre pastor al rico propietario; todos votan juntos, éste domina á aquél, pero tiene necesidad de contarlo en su clientela. El extranjero no tiene un sitio en este cambio de servicios, ni aun puede conquistar uno, solicitando carta de naturalización tan pronto concedida como pedida. El ciudadano de las repúblicas hispano-ameri-

canas es demasiado patriota, tiene por su patria y por la idea de patria un culto demasiado ardiente para perdonar al extranjero el que renuncie á la suya. No hay homenaje que reciba con menos entusiasmo, que el que le rinde un extranjero renunciando á su nacionalidad para adquirir la de Argentino.

De todas las ideas jerárquicas que la democracia puede suprimir ó descuidar, la que subsiste entre el criollo y el extranjero es la única en que no puede hacer mella, y esto es lo que, por largo tiempo aún, mantendrá en América las distancias entre el obrero ó artesano y los que le emplean.

III

No existiendo aquí la grande industria, la que exige obreros en gran número, en vastos talleres, no hay aquí ni clase ni cuestión obrera. Esto no es decir que aquí no haya obreros, artesanos, peones y aprendices; los que piden su subsistencia al trabajo de sus manos son, por el contrario, muy numerosos; pero su suerte no depende de una aristocracia industrial constituída ó de amos, más ó menos poderosos, que emplean una multitud muy miserable.

El carácter distintivo del trabajador es de estar aislado, más bien artesano que obrero, especie de pequeño patrón, asociado más bien que jefe, de compañeros que trata bajo el pie de igualdad.

Los primeros obreros que aparecieron en la colonia pertenecían necesariamente á la industria de la edificación; los que, en el siglo último, se emplearon en la reconstrucción de la catedral fueron pagados al precio de seis pesos diarios.

Á este precio los particulares renunciaban á edificar y á reemplazar por edificios más en relación con las exigencias de la época, los antiguos abrigos de tierra y bálago con que debían contentarse; sólo algunos ricos Españoles podían cons-

truir algunos edificios grandes que el tiempo ha respetado y cuyas últimas muestras desaparecerán antes de poco.

La industria del vestido estaba también muy poco desarrollada. Recurrir al arte del corte y al largo trabajo de la costura estaba por encima de los recursos de la mayor parte de los colonos, de aquí el uso de la manta y el poncho ; un cuadrado de paño cortado enterizo, una raja para pasar á través de ella la cabeza y el abrigo estaba hecho ; de igual manera se reemplazaban los pantalones por la chiripa, otro cuadrado de paño que se liaba alrededor de las piernas, llevando sus ángulos al cinturón hecho de una tira de cuero.

Todos los elementos del mobiliario venían de España; muebles de todo género, vajilla y hasta esas inmensas tinajas, que, por sus dimensiones, parece que jamás pudieron encontrar sitio en un barco de la época, y que aún se encuentran en las casas viejas donde, desde hace uno ó dos siglos, reciben el agua de lluvia y sirven de aljibes.

Sin ir á buscar en las épocas lejanas, hace veinte años todavía, los productos de la industria, que parecen menos exportables, y cuyo consumo, desde que existe, encarga la fabricación en la localidad, llegaban de Europa á Buenos Aires.

Desde hace diez años se ha manifestado un movimiento industrial, acentuándose vivamente á favor de la impulsión de sociedades constituídas bajo el nombre de Centro y de Club industrial. Una primera exposición de productos locales, en 1876, ha iniciado el movimiento y consagrado la existencia de una industria local cuando menos naciente. Una circunstancia favorable permitía entonces á los modestos industriales del país luchar, en el mercado, con los productos extranjeros : el curso forzoso que entonces acababa de decretarse, y que tiende á venir á ser el estado normal, elevaba la prima del oro hasta 35 0/0 y encarecía, con otro tanto, las mercancías manufacturadas que venían del exterior.

En 1881, los progresos de la industria local eran bastante importantes ya para justificar una exposición continental de productos manufacturados, á la cual se invitó á todos los pueblos de América; en ella pudo pasarse revista á los productos del trabajo local.

La lista de ellos sería larga. Naturalmente en los artículos de primera necesidad, de fabricación sencilla, es entre los que se pueden notar los progresos más rápidos y los más completos resultados. Las transformaciones del grano de trigo son las que ocupan la primera línea.

Apenas hace diez años que Chile, los Estados Unidos y hasta Francia podían todavía importar harinas en Buenos Aires, Inglaterra enviaba considerables cantidades de galletitas, Italia cargamentos de pastas, fideos y macarrones. En vano se buscarían hoy estos productos en las listas de entradas de aduanas. Se han desarrollado los grandes cultivos con tal rapidez que pronto han estado en condiciones de satisfacer por sí solos al consumo del país, se ha presenciado la rápida creación de molinos hidráulicos y sobre todo de vapor, en la proximidad de los centros de producción: y no es que estuviera por crear el primer molino, los había, de viento, en Buenos Aires hacía dos siglos y aún subsiste un vestigio de esta antigua industria. Cada pueblo, con pocas excepciones, poseía algunas tahonas, movidas por caballos y proveía á sus habitantes de parte de la harina que consumían. La ciudad de Buenos Aires en donde se reunían casi todos los cereales del Sud y del Oeste, Rosario y Santa Fé donde se expedían los de esta Provincia del centro, pronto poseyeron numerosos molinos de vapor.

La industria de la molienda, que hoy ha llegado á ser grande, hasta el punto que aprovisiona á la República entera, y ya, un poco, al Brasil, es una industria francesa. Lo mismo ocurre con la panadería, que tiene aquí una importancia es-

pecial; en efecto, no se limita á surtir al habitante de las ciudades y pueblos de su pan cotidiano, tiene un campo más vasto que explotar, el consumo de la campaña que pide considerable cantidad de galleta que tenga iguales propiedades de conservación que la de la marina. Los panaderos que alimentan esta especie de exportación al interior, son verdaderos industriales; lo mismo los que surten de pastelería seca.

Estas industrias, como las demás, las ejercen pequeños patrones obreros, que trabajan con utensilios y elementos modestos. Por excepción, dos de ellas se han transformado en grandes fábricas, una pertenece á un Francés, otra á un Norte-Americano; ambas han adquirido ya una extensión considerable y cada día la tomarán mayor.

En manos de un gran industrial francés está también la fabricación de la cerveza, otro más entre los hijos de sus hechos cuya fábrica se ha engrandecido á la par que su fortuna.

Otras fábricas han intentado imitarle é instalarse con todos los elementos, aún están ahí sus ruinas para demostrar que en este país las grandes fábricas no pueden ser sino pequeños talleres agrandados. Así ocurrirá por largo tiempo : la imposibilidad de reunir obreros, de encontrar capataces, de crear, en una palabra, talleres, impedirá por largo tiempo á los capitalistas intentar las creaciones industriales. Para obtener en esto resultados es necesario ser obrero convertido en patrón de sí mismo, en su propio capatáz, haber sido impulsado por las exigencias de su propia creación. Sobre esta tierra virgen de industria, casi de trabajo humano, el éxito no favorece más que á los que le resisten y se dejan violentar por él cansados de la lucha, pone mala cara á los que le violentan y pretenden arrastrarlo tras sí.

El curtido era, entre las industrias locales, el llamado á desarrollarse más rápidamente. Para esto había numerosas razones. La primera industria del país, en los tiempos primi-

tivos de la colonia, había sido la cría del ganado mayor, desde el origen se había empleado el cuero en todos los usos. Apenas seco al sol, reblandecido por el agua, cortado en tiras, no solamente surtía de correas y monturas sino que todo lo reemplazaba, los goznes para puertas y ventanas de madera, consolidaba los cercos y los tejados, transformado en odres servía de barril, cisterna ó cubo, ó ya era lecho, hamaca ó mueble. La guarnicionería era un arte que los Moros habían desarrollado considerablemente en España, sobre todo en Sevilla, Granada y Cádiz donde su poder fué más incontestable; los colonos no tenían más que acordarse; el arte en que se distinguieron fué el en que aún se distinguen los Andaluces. Las materias curtientes se llevaron al litoral desde el interior, en donde abundan bajo todas las formas; encontrábase el tanino en la corteza del cebil, en la hoja del molle y en ciertos frutos, muy abundantes, de los bosques del Norte. Tucumán, Jujuí y Salta, colocadas en el centro de los bosques que producen el tanino, son aún el verdadero centro de la industria del curtido y de la guarnicionería; al transitar por ciertas calles especiales de estas ciudades, en las que están agrupados los guarnicioneros, se las creería ocupadas y alimentadas por talleres de gitanos como los de Sevilla.

No es necesario para esta industria un complicado herramental, ni edificios, ni grandes capitales, se elabora pronto y sumariamente, en tinas al aire libre donde se echan las materias curtientes, mucho más ricas que nuestra corteza de roble, pues contienen hasta 38 0/0 de tanino.

En las curtiembres de Buenos Aires se preparan, sobre todo, pieles de carnero, de las cuales el consumo emplea considerables cantidades, y que, aun exigiendo cuidados más minuciosos, dan resultados más rápidos.

Cuéntanse apenas en Buenos Aires doce establecimientos de este género; los más importantes meten en tina hasta mil docenas pieles de carnero al mes, cuya preparación exige

dos meses para poder entregarlos completamente curtidos.

Los obreros que emplean, y este es un sistema casi general en las industrias locales, están á piezas; ninguno tiene salario fijo. Este es el único régimen que satisface las tendencias individualistas de los habitantes de este territorio y su afición á la independencia : los beneficios, adquiridos de esta manera, son bastante elevados para que pronto se formen todos un peculio; los dueños de estas industrias son antiguos obreros formados y educados por el trabajo, sostenidos por el crédito que se regatea aquí menos que en otra parte á cualquiera que se haya hecho digno de él [1].

Las industrias del edificio, del mobiliario y de la carruajería son, con aquéllas, las más desarrolladas.

Los antepasados de los actuales carruajeros han poblado la pampa con carretas legendarias, pesadas, con ruedas macizas, más pareciendo pontones que carruajes; las primeras bajaron de los valles de Tucumán hasta el litoral, realizando hasta allí, no se sabe por qué prodigio de paciencia y también de equilibrio, este viaje de cuatrocientas leguas á través de la llanura. Los constructores de estos vehículos son vascos hoy; cada ciudad y cada pueblo poseen muchos de estos talleres. Este vagón pampeano se ha perpetuado, hase aligerado de las pesadas formas de su primera infancia; ruedas más altas, con radios, rodeadas de aros de hierro, han reemplazado á las ruedas macizas, pero los sólidos ejes de madera dura, indestructible, las sostienen aún y resisten á la frecuente prueba del paso de los ríos. La agricultura pide aún al exterior, sobre todo á Inglaterra, sus máquinas agrícolas; pero la carruajería local estimulada por consumidores exigentes, desde hace largo tiempo, ha extendido sus medios de acción.

1. La industria de los saladeros, la de conservación de la carne, y las graserías encontrarán su lugar en la parte de esta obra consagrada á la industrial pastoral con la que confinan.

El lujo más desarrollado en Buenos Aires es seguramente el de los trenes; los ganaderos ricos arden en deseos de exhibir los productos de sus yeguadas, y por más que el caballo de lujo y el simple caballo de tiro no tengan aún, hablando propiamente, valor venal determinado, no por eso se buscan menos las ocasiones de lucirlos y envanecerse por ellos.

La industria del mobiliario es todavía, á pesar de sus esfuerzos, una industria del porvenir. Por largo tiempo vendrá aún de París el mueble de lujo; pero antes de elevarse á los trabajos complicados de la ebanistería, tienen los constructores un campo bastante vasto que explotar. El consumo del mobiliario de madera blanca, pintada á la cola, es considerable, y esta industria puede ocupar obreros especiales en mayor número que los que puede obtener, es bastante antigua para haber creado ya aprendices y reclutarse sin recurrir á Europa; provee á toda la República de ese mueblaje de espera y provisional, usando el cual viven y mueren á menudo los que persiguen la fortuna.

La industria del traje no se ha circunscrito al poncho y la chiripa, si no desdeña esta parte tradicional, que ha venido á ser nacional, del traje del hombre de campo, cuenta, desde largo tiempo ha, y en gran número, con sastres, casas de ropa hecha y hasta fabricantes de camisas, de sombreros y de calzado; los cortadores, obreros de todo género, las costureras y las modistas vienen de Francia, generalmente, y luchan, con ventaja, contra la importación, que, poco á poco, se reduce á las primeras materias y á los artículos de gran lujo.

Si descendemos al dominio de la pequeña industria casera ó de trastienda, la encontraremos numerosa y próspera; la joyería, el dorado y plateado de metales, el grabado y hasta la fabricación de cigarrillos, que tiene su importancia, pero

cuyos medios de acción son verdaderamente demasiado mínimos para preocuparse de ella. La lista podría ser larga, pero el detalle poco interesante.

IV

Si bastara, para desenvolver la industria local, con el impulso que le imprimen, á la vez, los buenos consejos, los estudios teóricos, las necesidades del consumo y las exposiciones, no tendríamos que comprobar tan modestos resultados, en este país, donde ninguno de estos elementos de progreso falta ; pero falta crear el mecanismo por completo ; falta á los hombres de buena voluntad bajo sus tres formas mecanismo financiero, industrial y humano.

El herramental industrial, es decir, las máquinas que son necesarias al pequeño ó grande industrial, para reemplazar la mano de obra, escasa y costosa, es difícil de crear sobre el terreno : la madera, la piedra, el metal y el carbón, faltan, es necesario pedirlos á Europa y pagarlos muy caro ; el impulso industrial está, pues, detenido por falta de elementos, hasta el día que más conocidos el suelo y subsuelo de la República surtan á las industrias con sus riquezas hasta hoy no explotadas.

El mecanismo financiero también ha sido necesario, hasta ahora, pedirlo á Europa. Capitales extranjeros son los que han creado las líneas de vapores que unen á la República Argentina con Europa ; también son ellos los que han creado el servicio regular que une entre sí á todas las ciudades del litoral, á Buenos Aires con Rosario, Santa Fé, Paraná, Goya, Corrientes, la Asunción del Paraguay y las ciudades brasileras de Corumba y de Cuyaba, importante navegación de más de ochocientas leguas. Con capitales extranjeros se han cons-

truído las vías férreas que irradian desde Buenos Aires hasta los Andes; la del Sud que une á esta ciudad con la Patagonia, la de los Andes, la del Oeste, las del Rosario, Centro, Norte y Este, que juntas unen entre sí los puntos extremos y todas las ciudades de la República. Pero la industria privada no ha recibido, hasta el presente, sino una insignificante ayuda del capital extranjero; siempre se ha visto obligada á buscar fuera los capitales necesarios para su creación y desarrollo. En esta industria privada comprendemos también los saladeros que explotan los productos del ganado, las fábricas de conservación de la carne para la exportación, los ingenios, las plantaciones de caña dulce, la única fábrica de paños y las destilerías de melaza y granos. Todas estas creaciones de la industria privada, que describiremos al tratar de las industrias agrícolas, tienen hoy una grande importancia para el país, representan capitales inmovilizados, capitales de acción y de explotación considerables; mas primero precisó comenzar en pequeño, casi sin instrumental, desarrollarlas á fuerza de paciencia y de crédito.

Esto es lo que da á la industria local este carácter particular que hemos notado, en la cual es inapreciable la diferencia entre el patrón y los que éste emplea. El patrón no es siempre un hombre experto en su arte; ha entrevisto la idea de una industria que puede ser útil, intenta un esfuerzo, con el Roret en la mano. ¡Lo que se consume de estos manuales Roret, á menudo incompletos y atrasados, es incalculable! Tantea, se fatiga, á menudo no logra su propósito, contrata por aquí ó por allá un obrero recién llegado, que se guarda bien de ilustrarle sobre los secretos del oficio, y que, por el contrario, aprende de él lo fácil que es ser su propio patrón é intentar el mismo esfuerzo; el que, entre los dos, sepa un oficio será el primero en obtener éxito; entonces soñará con agrandar su taller, crear anexos, se estrellará contra la

dificultad de encontrar capitales y los elementos, que, faltándoles siempre, retardarán el progreso que estaría en condiciones de realizar.

El mecanismo financiero existe, sin embargo. El crédito, su uso y su funcionamiento son tan regulares en esta parte del mundo como en cualquiera otra. Bancos del estado, bancos hipotecarios, de depósito y de descuento prestan su ayuda al comercio y á la industria. Es menester reconocerlo, la finanza de este país se distingue de la de los otros por la ayuda que de buen grado prestan á los pequeños, al artesano, al obrero mismo. No practica la doctrina del viejo mundo que prescribe no se preste más que á los ricos. Aquí ricos y pobres toman prestado : el rico, porque la tierra se le presenta fácil de conquistar, de utilizar, y porque, en la industria pastoral, la extensión territorial es una necesidad que á cada estación se impone : los rebaños al aumentar requieren nuevos campos y estos campos precisa adquirirlos, construir en ellos instalaciones y para esto se descuenta el porvenir, es decir, se toma prestado.

Mas el pobre pide también prestado y encuentra quien le preste, porque dos brazos, la experiencia y el hábito del trabajo, el conocimiento, aunque sea superficial, de un oficio, representan en América el capital productivo y civilizador por excelencia. El Banco de la Provincia de Buenos Aires ha sido el primero en practicar este principio democrático del préstamo al obrero y al artesano con sólo la presentación de un fiador puramente moral.

El resultado ha sido el desarrollo del individualismo en el trabajador. Desde que se ha establecido que el conocimiento de un oficio basta para asegurar la protección del capital y para garantizarlo, la constitución de los grandes talleres viene á ser irrealizable, el número de pequeños patrones aumenta al infinito, cada uno en su casa y cada uno para sí, es difícil encontrar obreros, y la industria que, para prosperar, tiene

necesidad de reunir y emplear grandes fuerzas, de dividir el trabajo, choca con insuperables dificultades, le es menester trasformar los peones en obreros; á menudo lo consigue y este es uno de los motivos que hacen que los Americanos digan, al presenciar este mejoramiento del hombre por la emigración, que la América civiliza.

Por todas estas razones, abundan los pequeños talleres. No pudiendo encontrar todos sitio en la ciudad emigran al interior, en busca de un punto donde encuentran un grupo de población en vías de formarse, alrededor de una estación en donde un pueblo trazado pide habitantes; allí se instalan, crean un grupo de pequeñas industrias de primera necesidad, embrión de futura ciudad.

Esta conquista del desierto por el trabajo es además un progreso considerable, un adelanto interesante de la civilización; vale más y tiene mejor influencia, sobre la marcha del país y sobre la sociedad, que la que pudiera tener la creación de grandes talleres que no presentarían otra ventaja que la de ser matemáticamente más fecundos.

El espíritu de invención se aguza en todos estos pequeños patrones, trabajando por su cuenta, en el aislamiento. Quieran ó no, les impulsa la necesidad de bastarse á sí mismos en el estudio de oficios, de procedimientos, que siempre hubieran ignorado, de quedar en la especialidad en que les había confinado el aprendizaje. Les precisa suplir lo que la ayuda de otro no les da, llegar á ser ingeniosos, inventores, adquirir una habilidad de manos y de combinación que les permita adivinar los secretos de todos los oficios y reemplazar, cueste lo que cueste, á todos los especialistas. La sociedad tiene grandes ventajas en ver multiplicarse los hombres, cuyo valor intrínseco llega á su máximum por el esfuerzo intelectual.

También encuentra otra ventaja en ver aumentarse el número de los hombres que no dependen sino de sí mismos y de sus propios esfuerzos, y en disminuir el de los que depen-

diendo de otros, consagran su vida maquinal, sus esfuerzos mecánicos y pasivos á edificar la fortuna de algunos patrones, á crear, al lado del feudalismo territorial, un feudalismo industrial, dispuesto á absorber, en provecho propio, todas las fuerzas activas, toda la iniciativa individual de la emigración.

La existencia de los grandes talleres no tendría, para esta, más que una gran ventaja : la de abrir sus puertas á la fácil contratación de todos los trabajadores, dispuestos á ocupar un sitio ante una fragua ó un banco de taller, y cuyas fuerzas se ofrecieran. Así le evitarían las dificultades del principio, que, preciso es no hacerse ilusiones, son mayores para el recién desembarcado, si es necesario que pida á su propia iniciativa los primeros recursos para su vida material.

Esta ventaja la ofrecen menos largamente los pequeños talleres que los grandes; añadiremos que lo que precisamente constituye el valor de un inmigrante, son las dificultades que encuentra en el país en donde llega, que la necesidad de vivir le obliga á vencer; de estas pruebas sale engrandecido, adquiere, en estos primeros esfuerzos, todas sus facultades de resistencia que constituyen su primera y gran superioridad, no solamente sobre la raza criolla sino hasta sobre los congéneres que quedaron en su país.

De estos grupos probados es de donde saldrán los llamados á hacer fortuna en América.

LIBRO SÉPTIMO

LA INDUSTRIA PASTORIL

CAPÍTULO PRIMERO

Á TRAVÉS DE LA PAMPA.

Los viajes de antaño. — Los conquistadores; la Audiencia real. — Comerciantes y turistas. — Relaciones de viajes del P. jesuíta Cattaneo, de Azcárate de Vizcaya, de Francisco Correal. — Viajes por la llanura. — El Paso de los ríos. — El primer correo. — Correos ante-colombianos, en el Perú, en México, en la Pampa. — Caminos chilenos. — Primeras diligencias. — Viajes á caballo. — Viajes modernos. — El ferrocarril. — Travesía del desierto.— Construcción de las líneas. — El pueblo cabeza de línea.— La prolongación; sus resultados. — Viaje en ferrocarril. — El vagón. Los compañeros de viaje. — Las estaciones. — Última etapa. — Última diligencia. — Las soledades y sus habitantes. — Chozas y pulperías. — La hora del ajenjo en el desierto. — El dominio del explorador. — El agrimensor en el desierto. — El incendio de las llanuras. — Cazador de avestruces y pastor. — El hilo telegráfico. El *pionnier*, su éxodo continuo.

Muellemente tendido sobre uno de esos divanes de mimbres que la laboriosa China proporciona á la pereza del mundo entero, todo lo deseará el criollo menos ver países. Quizá, después de tres siglos, aún descansa de las largas fatigas que soportaron sus antepasados á través de los legendarios peligros de la homérica empresa de la conquista. El ver por sí mismo no le seduce, prefiere confiar en su imaginación; lo que no vé, ella se lo revela. *Se figura lo que será.* Polos, ecuador, trópicos ó ventisqueros, llanuras inmensas, ríos sin orillas, selvas vírgenes, montañas y volcanes, ¿acaso

la América no posee todo esto? ¿Quién, pues, osaría insinuar que un Americano puede, al nacer, ignorar cualquier cosa de su continente? ¿No es él pues, ya, quien lo ha descubierto? Sus recuerdos son bastante gloriosos, su imaginación está bastante libre, para que esta viaje en medio de aquellos y para que sus piés pierdan la costumbre de llevarle sobre el demasiado vasto terreno de la realidad. Así, pues, el continente americano es hoy día menos conocido que en el siglo de la conquista : hay que volver á hacer un nuevo descubrimiento.

Los conquistadores trazaron caminos á través de las llanuras, abrieron picadas en los bosques, exploraron los ríos, desde su desembocadura á su nacimiento ; no querían morir sin haberlo visto todo. Durante medio siglo, gastaron tantos esfuerzos, sin jamás retroceder, marchando siempre hacia adelante, que se comprende que ninguna ciudad, de las que crearon, haya pensado en erigirles estátuas. Sería preciso empequeñecerlos, para vaciarlos en bronce, con las proporciones de los hombres de nuestro tiempo : viven más grandes en las imaginaciones, que difícilmente se figuran hombres de nuestra talla atacando empresas que nosotros no somos capaces de intentar ni de realizar.

I

Cuenta la crónica, que, en tiempos de la colonia, cuando Buenos Aires era aún aldea y la pampa un desierto desconocido, los primeros colonos, para las necesidades de su pobre comercio, hacían viajes, á través de la pampa, sin preocuparse por su inmensidad, como lo hace el marino al aventurarse en el Océano. Todo lo ha agrandado y perfeccionado nuestro siglo, las carabelas del tiempo antiguo se han transformado en poderosos vapores, el viaje á pie, tras de una mula, cambióse en rápida carrera á través de llanuras, valles

y cordilleras; las invenciones de nuestra época son menos sorprendentes que el atrevimiento y la paciencia del tiempo pasado. Un ejemplo nos dará la medida.

Buenos Aires no llegó á ser capital del virreinato del Plata sino en 1776; hasta entonces, y desde 1580, fecha de su fundación, esta ciudad, que había visto subir el número de sus habitantes hasta cuarenta y cinco mil, dependía administrativamente del virrey de Lima y judicialmente de la real Audiencia de Chuquisaca, situada en las montañas de Bolivia.

Nadie piensa hoy en ir por tierra de Buenos Aires á Lima ni á Chuquisaca, esto parecería empresa irrealizable. Por lo pronto, para llegar á esta ciudad, se necesitaría atravesar la pampa del 35° al 20°, evitar los ataques de los Pampas, de los Tobas, meterse por las llanuras desiertas, por los pantanos del Chaco, atravesar ríos inexplorados, abordar, por último, los contrafuertes de las montañas bolivianas. La naturaleza oponía estos mismos obstáculos á los primeros colonos; sin embargo, necesitaban desdeñarlos y atravesar este continente para ventilar un miserable pleito. Verdad es que un pleito ganado en Chuquisaca, no lo era en última instancia, precisaba, en caso de apelación, deshacer lo andado, para ir á embarcarse en una goleta después de haber esperado, á veces dos ó tres años, la partida para España de este primitivo paquebot; precisaba acostumbrarse, durante tres ó cuatro meses de travesía, á la lentitud, más interminable aún, del sabio procedimiento del Consejo de Indias. Para hombres de nuestra generación parecerían preferibles los tormentos de la Inquisición; y quizá lo sean.

En los primeros tiempos de su fundación, — primera hora que duró un siglo, — Buenos Aires no tenía siquiera tribunal permanente; pero la necesidad de procedimiento es una precisión social tan imperiosa, que la real Audiencia en persona, para venir á juzgar sobre el terreno los pleitos pendientes, montaba sobre mulas y bajaba de las montañas de

Bolivia al estuario del Plata. El cortejo no era escaso : estos magistrados de penacho y peluca no dejaban en el lugar de su residencia ninguno de sus símbolos ni de sus atributos; cargaban con ellos, sobre sus inquietas mulas, adornadas con ruidosos cascabeles y suntuosos arneses, el peso y la espada de la justicia ; seguía un numeroso cortejo de abogados, procuradores, cuyo oficio, obligado para el demandante, iba á arruinar á más de uno, alguaciles, escribanos, asesores, amanuenses, abogados fiscales del rey y de la hacienda ; hoy ya no se ven más que á las langostas viajar en tan gran número y que tan temidas sean por el colono.

No tratamos aquí del mal que hacían, sino del ejemplo de vigor físico y de audacia que daban estos letrados ; de su paciencia á través de las peripecias de un camino sin fin. Estos altos dignatarios emprendían viajes que humillarían á los comisionistas de nuestro tiempo. La mula, importada de España, había conservado el privilegio de conducirlos y transportarlos. Tras ella, el guanaco y la vicuña completan el cortejo ; pero estas bestias de carga de la época ante-colombiana, no debían llevar los magistrados, no transportaban sino el equipaje ; pobres soldados del tren, cuando dejaban sus montañas y atravesaban la pampa era lo más frecuente que en ella murieran. Esta vida ruda, las alternativas de calor y frío no eran para ellas ; á pesar de sus tupidos vellones sucumbían allí ; verdaderamente que estas pruebas no podían soportarlas más que las mulas y la gente de justicia.

Parece que también las soportaban otra gente de traje talar, los Jesuítas. Estos comunicaban por agua y no por tierra con sus inmensas posesiones escalonadas á lo largo de la orilla de los grandes ríos. Este complicado viaje se hacía en barcas, cuyo extraño modelo parecía combinado para hacer más penosa la navegación. Entre dos canoas, ahuecadas groseramente en troncos de árboles, ó formadas por maderos apenas escuadrados, se colocaban unas traviesas de bambú, que ser-

vían de suelo á una cámara destinada á los viajeros, hecha á su vez de pajaza, cubierta de cuero, en la cual había una cama. Cada barca ó balsa, era conducida por veinte y cinco Indios, cada convoy comprendía diez ó quince de ellas, que reunidas emprendían la navegación. Para remontar el Uruguay, desde Buenos Aires hasta Las Misiones, en lo que emplean los actuales vapores dos días, se necesitaban cuatro meses. En el camino, se embarcaban bueyes para el consumo del equipaje ; veinte y cinco Indios se comían un buey por día ; remaban cinco horas, sin pararse, y descansaban hasta el día siguiente. El P. Cattaneo, de la Compañía de Jesús, nos ha dejado el diario de un viaje que hizo, en estas condiciones, en 1729.

Eran estos verdaderos viajes de altura, y se comprende, que dadas estas penosas condiciones de una tan lenta navegación, prefiriesen los viajeros la vía terrestre hasta para ir de una á otra ciudad del litoral. Esta era la generalmente adoptada ; frecuentábanla de Potosí á Buenos Aires y de Lima al mismo punto, los arrieros que conducían recuas de mulas, cargadas de oro y plata, que de esta manera hacían trayectos de cuatrocientas á quinientas leguas, los que duraban dos ó tres meses. Los peligros no eran numerosos : los Indios, cuyas posesiones se atravesaban, pronto se acostumbraron á la vecindad y contacto de los Europeos : todo el litoral de Buenos Aires á Santa Fe, primera ciudad que se encontraba, apartada de la primera unas cien leguas, estaba ya poblado de estancias, cultivadas en parte, á lo menos en un radio de diez á doce leguas, á principios del siglo XVIII ; de allí se pasaba por Santiago del Estero, atravesando numerosos dominios de los Jesuítas, por Salta en donde el camino se bifurcaba, dirigiéndose hacia Potosí ó Lima por diferentes vías.

El único enemigo era la soledad ; la sola molestia, la rareza de agua potable ; mas no parece que por esto fuesen muy penosos dichos viajes. Poseemos varias relaciones de ellos, el

de Azcárate de Vizcaya, en 1654, el de Francisco Correal, en 1690. Estos primeros turistas del continente americano, á los que ningún interés comercial, sólo la simple curiosidad llevaron tan lejos, y casi en la misma época, vieron muchas tierras. Por desgracia no son habladores. Hay que pensar que lo que vieron no valía la pena de referirlo. Uno y otro, sin haberse puesto de acuerdo, nos dicen, en tres líneas, que salieron de Buenos Aires para Santa Fe y Potosí, mas nada dicen del camino. ¿Qué comieron? ¿Qué temieron ó sufrieron? ¿Con qué dificultades tropezaron? Sin duda, con ninguna. Hay que creer que los caminos eran muy seguros, que galopar, cada día, en la llanura, quince ó veinte leguas, para volver á empezar al día siguiente, era muy sencilla cosa, aún para recién llegados de Cádiz. Uno y otro, como si hubieran llegado de Gascuña, no se detienen, lo más mínimo, en hablar extensamente de lo que han visto, lo que les refieren, lo que no pueden comprobar, es para ellos mucho más interesante que lo que ven y no pasa de lo corriente. Estos turistas no han experimentado la influencia de la llanura, en nada les ha sorprendido la pampa: probablemente el primer día sintieron alguna emoción, recogieron algunas impresiones, algunas observaciones, mas, como al día siguiente tuvieron ocasión de hacer las mismas, como el espectáculo no cambió, llegaron hasta lo último, embotando de esta manera, cada día, su curiosidad, y no encontrando ya nada que fuera digno de referirse cuando llegaron á tomar la pluma.

Viajaban á caballo. La llanura entonces era segura, lo seguirá siendo hasta 1740; pero, desde esta época que es la de la primera invasión y marca el primer acto de una guerra que continuará hasta 1880, cesará de serlo; en el Sud, por lo menos; aún es segura en el Norte pampeano; de donde el Indio, largo tiempo ha, emigró ó se ha mezclado con la población.

Íbase por un verdadero camino. Camino trazado bajo el pie de los caballos y las mulas, que cedían el paso, á medida que

el comercio se desarrollaba, á las pesadas carretas tucumanas. En el litoral no existía ningún bosque, no se podían construir vehículos, faltaba la madera; en cambio ésta abundaba en los campos de Tucumán, situada en el camino del Perú y de Bolivia. De allí salieron los primeros tipos de esas enormes carretas, que, arrastradas por seis ú ocho yuntas de bueyes no han cesado, desde entonces, de surcar la pampa por convoyes de ocho ó diez, viajando de conserva, transportando, del litoral al Perú, los cargamentos, venidos de Europa, viaje que duraba cinco ó seis meses. Las etapas eran de á cuatro leguas por día, ya era esto mucho para el paso de un buey, sobre todo para ruedas macizas, imperfectamente redondas, que soportaban la imponente masa de estos elevados edificios, más altos que la mayor parte de las casas de la colonia, de paredes más resistentes, de sólida techumbre. Se viajaba de día ó de noche según que la temperatura fresca ó cálida permitía ó no arrostrar los rayos del sol. Después de tres siglos, en nada ha cambiado su aspecto, no piensan en abdicar ante el ferrocarril; antes bien éste ha debido transigir con ellas. En cada estación ha sido necesario construir cabrias que toman la carreta y la colocan, privada de sus ruedas, sobre vagones-bateas, que llevan continente y contenido, hasta el punto de su destino, para volverla á traer, vacía ó llena, según la abundancia ó escasez de retornos, al punto donde, ociosos, la aguardan los bueyes y sus conductores.

La primera que pasó marcó el camino con las huellas de sus ruedas, después no se ha desviado. La jornada siempre se termina en el mismo punto; se hace alto alrededor de un rancho de campesinos indígenas, gauchos, Indios ó mestizos, á donde la llegada de un convoy de carretas atrae siempre numerosos visitantes; hácese allí provisión de noticias; se establece una tradición, este lugar de encuentro, que la casualidad ha señalado, se convierte en centro de hogares, y más tarde, en pueblo: los conductores encuentran allí provisiones

para el camino, hacen su repuesto, reparan las averías fórmase una especie de comercio, establécense allí algunos artesanos, allí encontrará la diligencia, el día que llegue á crearse, el sitio para la remuda de sus tiros. Á veces la carreta extenuada de fatiga, baja de sus ruedas, conviértese en casucha, como un barco viejo se vuelve pontón, y queda allí vivo testigo de las generaciones desaparecidas; su sólida construcción la defiende contra las injurias del tiempo. Pero hasta ese momento, ¡cuántas vueltas habrán dado sus ruedas, cuánto habrán rechinado, cuántos viajes habrá emprendido, para traer de las Provincias lejanas, los cueros curtidos, los artículos de guarnicionería, que allí fabrica artísticamente el indígena para las necesidades locales, la lana y los ricos capotes de vicuña ó de alpaca que sólo los Indios saben tejer! Algunas veces ciertos viajeros cuyos intereses no exigen prisa, escogen esta lenta vía y llegan á su destino con seis meses y á veces un año más de edad.

Y no es que los obstáculos sean numerosos, que cierren este camino llano, que, en línea recta se extiende á veces durante centenares de kilómetros sin encontrar ni una piedra ni un árbol, pero á menudo es necesario hacer alto para el paso de los ríos; son pocos en número y no muy profundos, de ordinario se vadean, no sin algún esfuerzo; hay que decidir á los bueyes á emprender la bajada de la orilla, casi siempre elevada, hasta el fondo del lecho, que á menudo es profundo. Ha un instante, siguiendo el camino, no se apercibía esa gran cortadura que lo divide, sin que un solo árbol haya prosperado en sus riberas, sin que siquiera los pastos denuncien su paso fertilizante; la orilla es vertical, de un espiochazo, el primero que pasara abrió una especie de bajada derrumbadero; después de los siglos transcurridos no se ha mejorado el paso únicamente se ha allanado un tanto; por donde pasó el padre pasa siempre el hijo, sin preocuparse por hacer más sencillo el esfuerzo, sin entretenerse en evitar un

accidente siempre posible. Parece que la carreta se yergue sobre la lanza que lleva el yugo de los bueyes, casi se ve á éstos aplastados por la carga, pero no es más que un momento de terror para el espectador, jamás nadie se quedó empantanado ni encenagado en el lecho del río. Por contra fué á menudo necesario el acampar en la orilla; cuando el chorro de agua se convirtió en ancho torrente, esperar como el campesino de la fábula que las aguas acabasen de correr.

Si se quería ir deprisa viajábase á caballo. Desde el primer siglo de la colonia el caballo abundaba para dar abasto á cuantos abusos de él se hacían; el gobernador de Buenos Aires tenía orden de mantener, á las puertas de la ciudad, una numerosa caballería, siempre dispuesta á acompañar á los viajeros de calidad, y á proveer de monturas á los correos. A cada llegada de buque procedente de Europa, debía este comunicar el manifiesto de su carga á Lima y Potosí, el comercio de estas ciudades escogía de ella lo que podía desear, enviaba sus órdenes por correos á caballo, y, pasados seis ú ocho meses, recibía lo pedido. Estos correos servían de guías á los viajeros dispuestos á emprender la travesía de la pampa; un viaje semejante y en idénticas condiciones fué el que hizo Azcárate de Vizcaya. ¿ Porqué no encontró cosa mejor que contar, como incidente de camino, que la sorpresa que experimentó al pasar el primer vado? Hallólo impracticable á causa de una súbita crecida, y, no sabiendo nadar se encontraba no poco embarazado. Cosa tan corta no era un obstáculo para su guía. Sin echar pie á tierra, volteando, al galopar de su caballo, el lazo que todo buen gaucho lleva fuertemente amarrado á su silla, púsose á escoger y perseguir un buey en un rebaño de ellos, lo enlazó, lo derribó, manteniéndolo en esta postura con el peso de su caballo afianzado sobre sus cuatro pies, ya en tierra fué al animal y le dió la puntilla. En

un instante desangró y desolló la res. ¡Todos estos singulares preparativos no eran más que para preparar una balsa con la que fácilmente pudiera ganarse la otra orilla! El buen vascongado, creyendo que no se trataba más que de hacer provisión de carne para la cena, se disponía á asar cuanto antes el mejor trozo. Pero no, lo que iba á salir de las hábiles y sangrientas manos del gaucho era una balsa. El cuero fresco, replegado sobre sí mismo, unido por sus extremos, relleno de yerba seca, amarrado á una correa de la que iba á tirar el caballo del guía, era una verdadera barquilla, y de las más cómodas, la única de corriente uso en circunstancias semejantes.

El gaucho hizo pasar, á nado, su tropilla de caballos, nadando tras ella y guiando el caballo que remolcaba á su compañero asombrado y satisfecho.

¿Hay que decir que hoy se atraviesa la pampa de un extremo á otro sin tener que recurrir á estas olvidadas prácticas? Sin embargo, en algún paso difícil, allí donde faltara todo medio para atravesar un río, el gaucho de hoy pronto sacrificaría alguna vaca vieja ó algún caballo estenuado de fatiga. En el Alto Madeira, en otros países donde falta la madera flotable, en donde las especies arbóreas son demasiado duras de trabajar, ó demasiado pesadas para flotar, donde por contra, el ganado es abundante y no se hace de él un gran empleo, los negros y los Indios, aun actualmente, no conocen otra forma de embarcación para el uso ordinario.

*
* *

Hasta 1781 no se creó el primer correo regular para unir el litoral con las ciudades del Centro y de la Cordillera. Medio siglo hacía ya que los Indios se habían sublevado, la pampa había cesado de ser segura; la creación del virreinato, centralizando en Buenos Aires la vida administrativa y judicial, hacía inútiles los largos viajes á Lima, había disminuído la

exportación de la plata de Bolivia; razones que privaban de su pasada actividad á los caminos pampeanos. El primer servicio de correo, ensayado desde 1767, no hizo más que dar una dirección de conjunto á los correos á caballo de que hablábamos, los cuales, hasta esa época, solo salían cuando ocurría algun suceso.

Eran éstos hombres determinados que atravesaban solos, con dos caballos, — el que montaban y uno de repuesto, llevado de la brida, — grandes espacios desiertos, donde por todas partes se escondía el peligro, siempre el mismo : el Indio emboscado. Iban derechos al punto de su destino, al galope, llevando consigo la balija; en caso de alarma, instantáneamente, sin moderar su marcha, saltaban sobre el caballo de refresco que llevaban de la brida, y arrancaban al galope, salvando algunas veces la balija, y, casi siempre el portador, abandonando sólo á los merodeadores la silla y un caballo aguado. Hablando propiamente, estos correos no eran un progreso. En la época prehistórica, antes de la conquista española, en el Perú, cuando menos, y en México, existían las comunicaciones postales en el país de los Incas y en el de los Toltecas.

En el Perú, según Antonio de Herrera, hombres robustos llevaban, á hombros, el funcionario encargado de la correspondencia. Estos correos eran tan rápidos como los á caballo, corrían sin descanso, encontraban por el camino frecuentes remudas, donde el funcionario pasaba de unos hombros á otros, sin echar pié á tierra y sin arrugar su correspondencia; se comunicaba por medio de quipos, reunión de nudos de colores diferentes, hechos con cordones de lana de vicuña.

Á la par que el correo á lomo humano, existía el telégrafo hablado, especie de teléfono sin hilos ni pila eléctrica; heraldos de voz potente, encaramados sobre torres de madera, sembradas de trecho en trecho, se transmitían unos á otros los despachos.

En México, el correo estaba servido por peatones, que se remudaban de seis en seis leguas, y trasmitían de puesto en puesto, oralmente y de memoria, la correspondencia. Parece que este primitivo sistema prestó grandes servicios, puesto que aún subsiste en ciertas regiones de México.

Los Indios de la pampa, antes de la conquista, tenían pocas ocasiones de comunicar con sus vecinos; el enemigo común todavía no había hecho su aparición en el territorio; la conquista fué la que para ellos multiplicó las ocasiones de reunirse para combatirle, más en compensación les proporcionó el caballo. Desde entonces se volvieron más instables que las demás razas aborígenes, trataron sus asuntos por medio de embajadas, de tribu á tribu; en esta inmensa extensión sin eco, ningún hecho, aún los insignificantes en aparencia, que una tribu pudiera tener interés en conocer, lo ha ignorado. El Indio comunica á las tribus vecinas las noticias que pueden interesarles, pegando fuego á las yerbas de la llanura : la forma del incendio, la intensidad de la llama, el número y la posición de los focos son otros tantos signos convencionales, tan claros para ellos como para los diplomáticos lo son las cifras de sus telegramas.

*
* *

Durante el siglo que termina en 1880, quedó el Indio como único viajero de la pampa, disponiendo de ella á su antojo y cerrándola al conquistador. Hoy que la derrota de este indígena es definitiva y su destrucción completa, uno de los maravillosos espectáculos para los que penetran en esta región, tan largo tiempo ha defendida por la barbarie, es el de la red de caminos que allí se encuentran. Parten de todos los puntos estratégicos, vuelven á ellos, se entrecruzan y se unen; el viajero que los sigue está cierto que lo conducirán segura y directamente por los sitios donde el agua es abundante para

las monturas y potable para el hombre. Con una anchura de sesenta y hasta más de cien metros, son los únicos que denuncian la presencia del hombre en este desierto; más también indican todos los caracteres de su vida turbulenta y nómada. Este habitante primitivo de estas llanuras jamás echó pié á tierra y jamás hizo uso de sus manos para domar el suelo y sacar de él su subsistencia. Durante los tres siglos que siguieron á la aparición del caballo, no ha vivido más que con él y por él. Ha perdido la costumbre de las largas marchas á pié, en fila india, donde el primero que pasa traza en la tupida yerba, el camino que sigue la fila, sin deviarse, disminuyendo el esfuerzo que las rudas matas oponen á la marcha; así viajan las grandes bandadas de pájaros emigradores que hienden el espacio.

El Indio convertido en ginete procede de otra manera: los caminos que, bajo el pié de su caballo ha trazado, lo demuestran. Grandes caminos partían de todos los puntos de la frontera argentina, afluyendo todos á un punto único de la frontera chilena. Estos caminos eran los que guiaban á los centros de aprovisionamento en donde el Indio penetraba en tropa numerosa y armada. Avanzaba en falange macedónica; el ginete de la izquierda formaba la cabeza, cien ginetes más galopaban hacia el mismo punto, no en frente horizontal sino á manera de flauta de Pan, enrasando la cabeza del segundo caballo con la grupa del ginete de la izquierda; cada caballo hacía bajo su pié un surco , que el frecuente paso ahuecaba ; ya estaba trazado el camino. Seguíanlo de retorno arreando delante de ellos los miles de bueyes y de caballos que habían tomado. En ciertos puntos de encuentro, detenían se para partir el botín entre los jefes de cada tribu, á prorata, según el número de lanzas que habían traído. De esta encrucijada pampeana se destacaban entonces caminos más estrechos, especie de caminos provinciales que conducían á cada punto del horizonte y á su vez daban orígen á otros ramales que

iban á parar á los campamentos de cada tribu, á manera de caminos vecinales. Jamás los ingenieros y peones podrán hacerlo mejor que lo hicieron estos salvajes, para las necesidades de un comercio de robo y encubrimiento, por el solo hecho de ocuparse en alimentarlo. El ejército argentino ha utilizado todos estos caminos sin tener otra dificultad que la de orientarse en su intrincamiento: todos tienen su nombre, que los guías enumeran y retienen con exactitud, porque todos toman el nombre de alguna particularidad de los sitios por donde atraviesan, ó de los lugares que reunen entre sí.

Después del ejército, los criadores que vienen á utilizar su conquista pueden rodar carruajes allí; el espacio entre las ruedas abraza muchos de los surcos ahondados por los caballos indios, giran éstas sin obstáculo sobre la arena ya pisoteada; los caballos de tiro galopan en los surcos intermedios. Á medida que se desarrolla, el tráfico nivela estos surcos, aplana el camino; en esto sólo se distingue de la barbarie, la civilización que por allí pasa. Se distingue también en lo siguiente; en que no arrea ante sí más que ganado legalmente poseído y que ya no es un comercio de ladrones y encubridores el que hace con Chile por estos caminos que han conservado su nombre de caminos chilenos porque todos conducen á Chile, creados todos por el Indio, para alimentar á Chile de ganado robado en campos pampeanos.

Á medida que la población avanza, que el camino se apisona bajo el más frecuente rodaje de las carretas, aparece la diligencia; á veces por una subversión, muy americana, del órden lógico de las cosas, la preceden el rail y la locomotora, en otras partes ésta destrona á aquella.

Estas diligencias pampeanas, las han hecho ya célebres los grabados de los periódicos de viajes; el Español las llama galeras; en verdad que son verdaderas galeras, en donde el viajero rema con la espalda y todo el cuerpo, sin ayudar á la marcha, aunque no sea más que para tomar su parte de la

fatiga que el viaje impone á todo el convoy, arrastrado, zarandeado, rendido, sobre el suelo desigual de la llanura. Cuando eran las únicas que conducían el viajero desde las ciudades muy lejanas al litoral, parecían tener un celoso cuidado de conservar su propio aspecto pintoresco, estudiar la manera de formar punto de vista en medio del paisaje, de proyectarse en extraña silueta sobre el horizonte. Gravemente conservaban, con una especie de piedad, la tradición de su orígen de antaño, un lujo de postillones y de caballos tal, que, de lejos tomaban el aspecto de una smala, huyendo en la llanura, con sus rebaños, de algun terrible incendio, rodando tras de sí la casa patriarcal. Á través de los campos, el vehículo, llevado sobre altas ruedas que giraban en un eje de cerca dos metros de largo, saltaba, al ser arrastrado por una docena, á veces una veintena de parejas de caballos, cada pareja montada y fustigada por un hombre, poncho al viento, de brazos musculosos, piernas arqueadas, ginete equilibrista, cambiando al azar su centro de gravedad, pero sin perderlo jamás, no se sabe por qué habilidad del oficio. Los gritos, las imprecaciones, los latigazos arrastraban al galope el arca rodante; no se perdía esta marcha desordenada sino delante del piquete que señalaba la primera posta. La gente que la esperaba no habían visto de la diligencia más que la nube de negro polvo que jamás la abandonaba, que el movimiento arremolinaba alrededor, que el viento se llevaba, no sin haber dejado la mayor parte en el gaznate de los viajeros. Así se bajaba desde los Andes, á través de la llanura, hasta el litoral, se iba de una capital á otra, de un pueblo de la frontera á las ciudades del centro : por todas partes el viaje era igual, la llanura por todas partes era semejante á sí misma, las peripecias no variaban. Siempre se salía al alba; siempre se hacía la misma siesta, á la hora en que el sol está alto, al lado de un rancho, donde un carnero, ramoneando aún, esperaba á los viajeros y no sentía hundirse

el cuchillo en su pescuezo sino cuando la presencia de éstos era cierta; en pocos minutos se le atravesaba entero en el asador, hincado en tierra y por encima de un fuego, cuyo combustible también proporcionaba el ganado. Por la tarde, se hacía alto en uno de los raros pueblos de la llanura, donde, alrededor del eterno rancho, otro carnero presentaba de la misma manera su carne asada, que podía acompañarse con un pedazo de pan duro, si se había hecho provisión de él. Á veces la noche era alegre, el baile y la música la hacían menos larga y después de algunas horas de descanso á campo raso entre dos matas de cardos ó de gynerium se volvía á tomar su sitio sobre el temible banco de la galera, que aún se estremecía de los huesos que la víspera había magullado, donde, apenas sentado se sentían los miembros doloridos y las llagas vivas.

Se comprende que aquellos á quienes sus negocios llamaban lejos, hayan preferido siempre, á estos largos suplicios, el viaje á caballo, que la marcha igual y un tanto soñolienta del caballo de la pampa, permitía emprender y terminar, casi sin fatiga, por jornadas de veinte y cinco á treinta leguas. Estos viajes de altura, á través de la pampa, han cesado de animarla con su lado pintoresco. Los ginetes galopaban detrás de una tropilla de caballos de refresco agrupados alrededor de la yegua guía. Un correo que les precedía, gaucho hábil, arreaba ante sí diez ó quince por ginete; cada dos horas los reunía en medio de la llanura y escogía caballos frescos, el galope que acababan de hacer al mismo paso que los caballos montados no se consideraba como fatiga. Paulatinamente, todos estos medios de transporte se reunirán á la balsa de cuero, en el almacén de los accesorios de la novela extranjera y de los cuentos de viajes tomados de las consejas de gente antigua ó de algunos hombres maduros, que han podido ver todavía las últimas muestras de una época prehistórica, que data de ayer, la que pronto ha hecho olvidar el rápido desarrollo de los ferrocarriles.

II

Hace treinta años que se puso el primer rail en la ciudad de Buenos Aires y que comenzó la verdadera conquista de la pampa por la civilización. Este advenimiento de un progreso nuevo, que no iba á llenar su misión sino muy lentamente, ponía el punto final á un período de medio siglo durante el cual la pampa no se había pertenecido, y los viajes habían estado completamente interrumpidos.

La elevación de Buenos Aires al rango de virreinato había sido la señal de una decadencia; hecha dueña de sus destinos, había visto estrecharse, instantáneamente, su campo de evolución en los límites de su recinto y de algunos pueblos esparcidos al rededor de ella: la vida se concentró sobre el litoral; no se comunicó más, por tierra, con el Perú y Bolivia, apenas con las ciudades del centro y de los extremos, que continuaron en su aislamento su vida vegetativa. Ningún ruido pasaba ya sobre los polvorientos caminos, cada vez menos seguros, las ciudades de la Cordillera prefirieron comerciar con Chile, atravesar los desfiladeros montañosos á aventurarse en la llanura.

Transcurren treinta años de silencio. Con la aurora del siglo XIX un rumor nuevo se produce: estalla la guerra de la independencia; el virrey destronado, ayer aún el hombre más popular de la colonia, Santiago de Liniers, transporta el centro de la resistencia contra los criollos á una ciudad de la pampa, Córdoba, adosada á los primeros contrafuertes de los Andes. Este primer hecho de una guerra civil que durará medio siglo, con fases diferentes, vuelve á abrir á los ejércitos los caminos abandonados por el comercio, las guerrillas y los montoneros toman posesión de ellos; todo el mundo entra en campaña, en medio del océano pampeano, San Martín y Bolivar se dan la mano, para una obra común, comba-

tiendo á mil leguas uno del otro, los azares de esta guerra, de largo alcance, arrastran generales y cuerpos de ejército de las orillas del Atlántico á las del Pacífico, el ardor de los primeros conquistadores renace en los descendientes de los Cortés y los Pizarros, que invierten los papeles, recogen las armas de Atahualpa y de Montezuma, derrotan por todas partes á los Españoles y proclaman el derecho de los criollos á gobernarse por sí mismos. Ya la llanura y la Cordillera nada tienen de ignorado para ellos. Fijan, á su paso, nombres gloriosos á puntos deshabitados, que la historia, encargada de conservarlos, tendrá no poco trabajo para poder indicarlos exactamente á los geógrafos modernos.

Estas patrullas, más gloriosas que numerosas, ni aseguran la paz del viajero de la pampa, ni la del pastor sedentario; ya no pertenece la llanura á la civilización, apodérase de ella la barbarie, domínala; los soldados de la guerra civil no tienen tiempo para disputársela : sólo los poetas se ocupan de ella mas no la entrevén sino con los ojos de la imaginación. Vuelve á veces un viajero, á quien una invasión llevó cautivo, amarrado á la grupa de un caballo, conduciéndolo á esa ignorada región que se toca con la mano sin poder penetrar en ella. Pudo escaparse un día, y volvió á hacer, solo, uno de esos largos viajes que otras veces emprendían los correos de estado y los turistas del siglo XVII, sin tener como ellos, el instinto pampeano para dirigirlo, ni el conocimiento de las estrellas del cielo.

Tenemos á la vista la relación autógrafa de una evasión de ese género : terrible viaje de un hombre abandonado á sí mismo en la soledad de las llanuras, procurando acercarse al país poblado, no teniendo, para guiarse ninguna noción de la región que atraviesa, sólo el instinto de la conservación. Necesita siete días al galope de su caballo, para llegar á un sitio habitado, sufriendo hambre, sed y sueño, temiendo los ataques de las fieras, y los del hombre más peligrosos aún,

decidido más de una vez á abandonar su empresa, á dejarse morir al lado de su caballo, volviendo á marchar al galope sin saber cómo y porqué se sostiene. La lluvia que soporta no viene sin granizo, le hace sufrir sin poderla utilizar, los ríos que encuentra son de agua salitrosa; sólo la yerba le sirve de alimento, aunque insuficiente, chupa algunas raíces sin lograr nada; los espejismos le engañan, le extravían y la realidad engañadora aumenta su desesperación.

Estos tiempos ya pasaron : también van pasando los en que la gente de edad contaba que su vida había transcurrido sin salir de su pueblo, en que los propietarios jamás se habían dignado visitar sus dominios, un poco apartados, y estaban reducidos á figurarse cómo serían, tarea fácil para la imaginación en un país donde todo se parece.

El rail ha cambiado todo esto; aquí, más que en cualquiera otra parte, ha destruído la poesía, ó cuando menos, lo inesperado en los viajes, nada de túneles, de curvas, de trabajos de arte, ni siquiera forma la vía un punto de vista en la pampa, donde no tiene que buscar las ciudades y pueblos que sirve, no tiene que rodear ó atravesar terrenos accidentados, donde no tiene otro cuidado que ir de un punto á otro, á cien, doscientos y hasta quinientos kilómetros de distancia, tan directamente, que se cita una sección de vía de cuatrocientos cincuenta kilómetros en línea absolutamente recta, sin la menor curva.

Ningún terraplén hay, ninguna trinchera, nada que ponga de relieve el tren que pasa, sin apresurarse mucho, haciendo sus cuatro leguas por hora como una buena diligencia de antaño, rasando el suelo, en un escorzo aplanado. El que atraviesa la llanura en vagón no puede pensar en gozar del paisaje, si paisaje hubiera : cuando la lluvia, horas antes del paso del tren, no ha quitado todo pretexto al polvo, levántase en negra nube, formando sobre la línea un terrible acompañante que precede, envuelve, sigue, sube y baja, penetra

por todas partes, invade los vagones mejor cerrados, y pone en los rostros una espesa careta negra en la que los ojos, acribillados también, se destacan rojizos y lagrimean; lágrimas molestísimas, que no secan siempre la llegada á la estación y las abluciones de agua salitrosa, única que en la pampa se conoce.

Las empresas constructoras del Sud, no han osado, hasta el presente, imitar á sus congéneres del Far-West de los Estados Unidos, tendiendo vías férreas en el desierto, para invitar á la emigración á ir allí para preparar el tráfico. El rail avanza tímidamente; á duras penas deja el último pueblo, solamente después de mucho titubear se alarga, perezosamente, hasta la próxima aldea formada mientras él se detuvo. Estas etapas de prolongación se hacen bastante pronto, mas precisan siempre dos ó tres años para que se decidan á emprenderlas. Si el agricultor espera el ferrocarril antes de conquistar las nuevas tierras, el rebaño, en cambio, parece huir ante él; el pastor gusta de las grandes soledades, va siempre á lo lejano, no es él quien pide la creación de pueblos. Por causa de él, para cambiar sus productos naturales, ó por mejor decir espontáneos, por todas la mercancías que el comercio trae de lejos, es por lo que viene un comerciante á plantar su tienda en aquel desierto, llamando á su alrededor algunos artesanos ó algunos comerciantes como él; así se funda el pueblo, y, poco tiempo después se convierte en cabeza de línea. Esta es la señal de su desarrollo, los indecisos acuden, trázanse las calles, rectas y bien alineadas, los que llegaron primero se constituyen en cabildo, se distribuyen las tierras, que, de antemano, el estado reservó para este futuro pueblo, invitan á algunos amigos, para formar número, á tomar parte de esta pichincha, casi siempre gratuita; se apoderan de todo lo bastante pronto para que las peticiones de los extraños se estrellen contra negativas y para que se eleve el precio de lo que nada valía la víspera. El ruído que

á la lejos produce, en quince ó veinte leguas á la redonda, el primer espiochazo, ó el primer martillazo sobre el primer perno que se remacha, hace eco y activa las subastas. Levántanse los hornos ladrilleros, los precios de los materiales van por las nubes; sin embargo, las casas se alinean, necesidades ficticias exigen construcciones superfluas, su conjunto forma un pueblo. El rail se aproxima, la estación se construye, los primeros vagones descargan la madera y el hierro esperados, que hasta allí vienen, la una de Noruega el otro de Inglaterra; los comerciantes, ayer establecidos, se abastecen, todos se agitan, se especula, se cree que el porvenir está asegurado; un día, se sabe que más lejos se forma una creación del mismo género, que el rail se va á unir á ella : extínguese la actividad, siéntese que vá á mudar de sitio; como quiera que ninguna industria podría dar vida al pueblo, cuando ha pasado la hora de la especulación, cuyas fases se conocen, el embotamiento la ataca, se convierte en un simple centro de comercio, lánguido y aburrido.

En la línea hay un tráfico activo; lanas, cueros y trigos, mercancías voluminosas exigen, en ciertas estaciones del año, vagones en gran número; como en la llanura no hay ni un pedazo de madera ni una piedra que pueda utilizarse y como la explotación del ganado exige habitaciones, galpones, parques y cercas, los trenes desfilan, cargados de madera, de postes y otros objetos, de mínimo precio en el punto de producción, y que, por su transporte, se ha pagado muchas veces su valor.

El precio de la construcción de una vía férrea, en la pampa, teniendo en cuenta el elevado valor de la mano de obra y de los materiales, que todos vienen de Europa, no pasa de 60,000 francos por kilómetro, la expropiación de terrenos era, hace años, una cantidad despreciable, actualmente aún sólo en los alrededores de las ciudades es donde los propietarios exigen la indemnización, las ventajas que les trae un

nuevo camino de hierro, les permiten ceder los diez metros de anchura que ocupa, aunque esta faja estrecha hubiera de extenderse por sus tierras en muchas leguas, como á menudo ocurre. Los gastos de instalación son pues bastante moderados para que los ferrocarriles menos favorecidos puedan dar á sus accionistas 10 y 12 0/0, para que otros como el Central argentino haya podido, en 1884, distribuir hasta un 16 0/0. El número de kilómetros construídos aumenta rápidamente. Mientras que Francia no posee más que un kilómetro de vía férrea por cada dos mil ochocientos cincuenta habitantes, la pampa argentina tiene uno por cada ochocientos habitantes. Un conjunto de líneas parte de Buenos Aires; la una enlaza esta ciudad, por el Sur, con los puntos extremos de la costa del Atlántico, con los confines del gran desierto patagónico, con Bahía Blanca; otra gana el Oeste y avanza, por las diferentes redes que extiende, como lo hacía un inmenso cefalópodo, hacia las soledades que huyen ante ella; una de sus locomotoras lleva, desde hace veinte años, este nombre ambicioso: « Voy á Chile »; dentro de tres años quizá llegará; otra línea le ha precedido: valerosamente ha tomado el partido de atravesar, por lo más corto, la llanura, hacia el Noroeste, realizando el sueño de la precedente: dentro de dos años se irá de Buenos Aires á Santiago de Chile en cinco días; todavía hay que dejar el férro carril en Mendoza, en la vertiente argentina, para volverlo á tomar, después de dos días de mula, en la vertiente chilena.

Un túnel en construcción atravesará los Andes. Tendrá diez kilómetros de largo; serán necesarios cuatro años para terminarlo. Otra línea reune á Buenos Aires con Rosario, el gran puerto central del Paraná, nudo comercial de todo el tráfico de las provincias argentinas de la pampa desierta del Norte, de Bolivia y del Paraguay. De Rosario parten otras grandes vías que, cada día, se completan; las regiones del trigo, de las minas, de la caña dulce, de las llanuras dedica-

das al ganado, todo está abierto á la colonización y al trabajo lucrativo.

*
* *

Viajemos un momento por estas líneas. El bullicio de una estación de salida no denota un público que viaja por placer; por lo demás una vez en camino lo comprenderemos así. Escepción hecha de los trenes que llevan diariamente á los alrededores de la población á las personas que comparten su vida entre el campo y la ciudad, el grueso del público, de aspecto bastante poco cuidado, gentes de campo muy acostumbrados á la compañía del ganado, inmigrantes desorientados, que salen por grupos para una colonia cualquiera, trabajadores que cambian de residencia en busca de trabajo, todo este público parece destinado á los departamentos de cuarta, si la tendencia americana á la simplificación no hubiera reducido el número de estos á dos : los viajeros en primera, á pesar de todo, son poco numerosos. Construído según el modelo americano, el vagón se extiende en una larga galería donde á cada lado se escalonan asientos de rejilla, estrechos para dos personas de proporciones corrientes; numerosas ventanillas permiten que por todos los rincones de esta sala penetren el aire y la luz, mas con ellos también penetran los ardientes rayos del sol, el espeso polvo, y en invierno, las corrientes de aire glacial. Estos vagones, de un modelo antigúo ya, hubieran podido heredar de las antiguas diligencias su nombre de galeras; aunque más moderno lugar de detención, no es menos rico en suplicios variados.

La partida es larga ; retárdase el dejar los arrabales por numerosas estaciones, que, de minuto, en minuto se suceden, en las que se aglomera en los vagones una superabundancia de hombres robustos que llevan pesadas botas. Esta es la única parte pintoresca del viaje. Que vayais hacia el Sud ó hacia el

Norte, por donde, durante largo tiempo, las líneas siguen la riente orilla del estuario del Plata, ó que os dirijais hacia el Oeste, atravesareis por los jardines de las quintas y posesiones más próximas, donde horticultores franceses é italianos despliegan todas las fantasías de su arte, aclimatan y multiplican todas las plantas de la creación, toda la escala de los árboles frutales, desde el naranjo hasta el nogal.

Pero este telón pronto desaparece, cortina de plátanos y de eucaliptos, de pinos y de magnolias gigantescas; la zona del campo de recreo no tiene más de cuatro leguas de profundidad. Comienza la llanura. Todavía, en estos linderos, tiene un aspecto semi-suburbano de transición; las yerbas primitivas han desaparecido, por el lento trabajo de las pasadas generaciones, todas las gramíneas que allí brotan, desde hace siglos, y que parecen indígenas, han sido importadas; ¿cómo y en qué época? Difícil es decirlo; sin duda entre las provisiones de forraje de los primeros conquistadores. Pronto prosperaron; ellas son las que dan á los pastos sus aspectos variados, que el recién llegado no distingue al pronto, pero que la vista de los conocedores aprecia la belleza especial, que contiene su valor intrínseco. Los alfalfares alternan con los prados naturales y constituyen su reserva. La tierra está dividida en cuadrados de cien á doscientas hectáreas: algunos trozos de ella están cultivados, pequeños cultivos de diez á veinte hectáreas, el resto se explota, como pastos, por Vascos: pequeños criadores, cuyos rebaños no pasan de cien cabezas y que proveen de leche á la ciudad. Árboles, pocos ó ninguno; cercas de alambre, sostenidas por postes de madera dura natural á cada seis ú ocho metros. Sigue el tren su camino, poco á poco las cercas van escaseando; las que se perciben abrazan extensiones que la vista no puede medir ya, cuyos límites no están á su alcance; entramos en las tierras de crianza en grande escala. Las estaciones ya no están tan cercanas unas de otras; la próxima dista de la precedente dos ó tres leguas al menos;

las casas se van haciendo raras, sus dimensiones son más pequeñas ; simples abrigos para la familia y á veces para la lana ; ¿ á qué hacer sacrificios para levantar lujosas viviendas, en un país donde el campo raso es hospitalario, donde el indígena, antes del descubrimiento, jamás había pensado en cerrar sus abrigos, donde el ganado no los exige y se ha resignado á adquirir las cualidades de resistencia suficientes para no tener que quejarse de que le falten?

Preséntase la estación ; su aislamiento es lo único que le da algún valor sobre el horizonte, pero sus proporciones son poco ambiciosas. El ingeniero inglés que trazó el plano de la primera, cuyo modelo por todas partes se ha repetido sin modificaciones, parece haber avalorado desdeñosamente su público y dado esta consigna : « Sobre todo, nada de lujo ». Cobertizo techado con tejas, paredes blanqueadas con cal, renegridas por el continuo roce del público, bancos de madera en los que nadie piensa sentarse; un poco menos de lujo que en los depósitos de mercancías: principio sabio y muy inglés, puesto que las compañías son responsables de las averías de aquellas. La sala da asilo á una cantina, ¡ el *assommoir* pampeano ! Allí se sirve ginebra, aguardiente alemán, ajenjo, tafia del Brasil, compañeros molestos y bulliciosos, en una sala de espera donde quizá entran, á veces, personas que no acostumbran beber. Allí se conoce que se está bastante alejado, porque el personal ha cambiado ; eran escasas las mujeres á la salida, allí ya no hay ninguna ; ¿ qué asuntos pudieran llamar tan lejos á las de la ciudad ? En cuanto á las que habitan estas regiones sus ocupaciones las retienen en sus casas. Hasta por rareza, en medio de esta pesada y movediza bulla de pastores, de gente de pala ó azadón, se mezcla un gran propietario, no hay apenas costumbre de visitar frecuentemente sus tierras lejanas, menos aún residir en ellas. Por lo demás, si viaja, adopta el traje de moda en este elemento, el sombrero chambergo

el poncho, las botas altas, y bajo la banqueta empuja con el pie su único equipaje un rollo de cuero conteniendo la silla del caballo que le espera en la vecina estación ; añade algunos objetos menudos, casi siempre envueltos en un pañuelo de seda rojo : atributo clásico de la gente de campo, este pañuelo se utiliza para todo, cada uno lleva por lo común tres, uno para el cuello, otro para el bolsillo, el tercero para envolver su equipaje ó para proteger el cogote contra el frío ó el sol, según la estación.

Emprende de nuevo el tren su marcha, después de los minutos reglamentarios de parada. El calor aumenta en el vagón, los viajeros de los arrabales han desaparecido poco á poco; ya se está entre compañeros que todos habitan estas lejanas regiones ó cuidan en ellas de sus intereses, gente de afuera. La familiaridad se establece naturalmente, los mismos pensamientos son comunes á todos, á todos alegra la misma lluvia, temen la misma sequía, sufren por la misma inundación ; el estado de gordura de los ganados, el precio de los novillos, de la lana y del cuero son las pasiones que los agitan ; como todo el mundo ha terminado ya la lectura de los inmensos periódicos de que se proveyeron á la salida, sucios ya por el polvo invasor hasta el punto de no poderse tocar, entréganse á las dulzuras de la conversación sobre estos interesantes objetos que, invariablemente, produce respuestas previstas á las preguntas de siempre. Aquí no hay diferencias de condición ni de ocupación; la vida de todos estos hombres es la misma; se interesan por las mismas cosas; si la casualidad introduce entre estos criadores un médico de campo, un juez, un abogado, un militar ó un cura, necesariamente en cada uno de ellos habrá un criador. Entre todos los ganaderos el menos instruído sabe todo lo que le conviene conocer, todos conocen lo que hace falta saber sobre el mercado financiero, sobre el precio de los alquileres, sobre el valor de los productos agrícolas, si hay que vender ó guardar. Desde el fondo de la pampa, donde

parece que ningún ruído penetra, ha vigilado el mercado, se han carteado con la ciudad; vuelven á sus hogares con sus negocios concluídos ó aplazados y con sus informes comprobados, nada ignoran del Tonkín, de la Serbia ni del Afganistan, se inquietan por los Búlgaros y el Egipto, por la influencia que estos conflictos exóticos pueden tener sobre los cueros del país. Todos recuerdan las alzas repentinas que produjeron las guerras de Crimea, de Italia y de Francia, sueñan con alguna gran batalla, con una prolongada campaña, ruinosa para otros, que á ellos les enriquecerá.

Las estaciones se hacen esperar, cada vez son más escasas, aún lo son más los pueblos. Apenas si en un radio de cinco leguas alrededor de Buenos Aires se cuenta uno por cada diez leguas cuadradas; fuera de estos alrededores aún son más raros, se buscaría en vano uno por cada cién leguas cuadradas; por último ochenta leguas más allá, no busqueis más, no hay más que *pionniers* aislados y ninguna aglomeración. Surgen las estaciones de entre la soledad, colocadas á la casualidad, sin que ninguna razón, comercial ni social, haya determinado su situación ; la única razón determinante es, casi siempre, la hábil generosidad de un propietario que regala á la compañía cuatro ó cinco hectáreas, para doblar el valor de los millares de ellas que posee alrededor. Sin embargo esta ventaja no la suelen buscar todos los propietarios: los criadores, en general, prefieren ver alejarse la línea férrea de sus tierras á que penetren en ellas; el ferrocarril destruiría la unidad, desorganizaría la crianza, turbando las prolongadas siestas del ganado, impidiendo las uniones ó haciéndolas estériles. Además, el tren diariamente mata ó hiere alguna res. ¡Cuán numerosas ventajas trae la creación de una estación! El movimiento y la vida afluyen, levántanse las posadas; allí, donde sólo la yerba crecía ayer, caballos, carruajes y viajeros levantan nubes de polvo que vuelven á caer, en lluvia de oro, sobre los campos vecinos ; también el desierto conoce, á su

vez, el café de la estación, que abre su puerta ante la inmensidad.

Á fuerza de rodar sobre los rails, de tragar polvo, de buscar, horas enteras, la sombra de una casa que recuerde que alguien vive en esta soledad, de oir silbar la máquina que ante ella impulsa, persigue con chorros de vapor, á veces atropella y destroza en palpitantes pedazos las reses extraviadas de inmensos rebaños que jamás se ven, llégase al fin al emplazamiento de un pueblo que el rail ha venido á buscar allí en medio de su formación, activando por su presencia, por las promesas que trae, las empresas comenzadas, infundiendo un poco de fiebre en los espíritus para bien pronto abandonarlos en medio de su sueño aún no realizado y llevar más lejos su influencia creadora.

Estos pueblos se parecen todos: anchas y rectas calles cruzándose en espacios regulares; por todas partes la misma iglesia, el mismo cabildo, la misma plaza; todo el día un gran movimiento de carruajes, caballos, carretas, ginetes apresurados, parece que aquí todo el mundo está de paso, que bien pocos residen. No hay más que posadas, cafés y billares, casas lóbregas y ambiguas, muchos oficios parásitos, algunos talleres ambulantes de artesanos, copiando eternamente la misma bota y el mismo chaquetón por el lejano recuerdo del último mal cortado patrón que vieron en otros países, proponiendo su mercancía en una lengua que creen ser española y apenas disimula un origen francés ó italiano. Estos dos países son los que pueblan las aldeas de la pampa; en Francia no se sospecha lo más mínimo que nuestros compatriotas tengan estos instintos de *pionnier;* sin embargo ellos son, principalmente los Bearneses, los que crean en el desierto los primeros talleres de carpinteros, ebanistas, sastres, herreros; ellos son también los que, después de una larga residencia, sostenidos por el crédito, que la madre patria les niega y este país les ofrece,

abren esas grandes tiendas, depósitos generales de todos los artículos que se pueden consumir, todos los comestibles, la quincalla, cuanto sirve para la construcción, para el cultivo; de todo se vende allí y todo se compra, por rareza paga el cliente en efectivo, lleva sus productos y los cambia, saldando así sus cuentas del año, sus gastos hechos á crédito, que con frecuencia este crédito ha estimulado.

Estos pueblos no son la última etapa del viaje; tras el rail está la diligencia; apresuraos si quereis asistir á la agonía de esta última: ya da las boqueadas, ya no son rechinamientos los que se oyen cuando pasa, es un ruido de hierros mohosos; no arranca como antes á la salida; por el camino se agita en saltos bruscos más que rueda; empuja ante ella numerosos y escuálidos caballos porque ellos á buen seguro no pueden arrastrarla: ella es la que por un último esfuerzo de costumbre los impulsa hasta la última posta.

III

¿Dónde está esta última posta? En el desierto. Cuando aparece á lo lejos ya hace muchas horas que el viajero ha perdido de vista el último grupo de habitaciones, que ya de pueblos no hay que hablar hasta dentro de un cuarto de siglo; lo que se llama casa en estos lugares se distingue mal en medio de los gyneriums argenteums y de sus penachos blancos, balanceándose en extensiones que se pierden de vista, extraviando la mirada, levantándose más altos que la casa que se busca. El camino indio, uno de esos famosos caminos chilenos, es el que se sigue. Desarrolla sus sinuosidades en medio de praderas salvajes, siempre iguales: nada de cultivo, no hay que decirlo, hasta parece que eso no es pasto; ¿qué famélico ganado le meterá el diente? Problema para el recién llegado que una chispa resolverá.

El fuego, ganando con paso rápido todas estas matas,

echará al viento todos estos penachos blancos inflamados, confiándoles la misión de esparcir, en estos inmensos espacios, los beneficios de esta destrucción fecunda. El viajero, al avanzar, atraviesa regiones donde esta labor está ya hecha: millares de vacas pueden allí pacer con una yerba tierna, nuevos retoños de las plantas ayer quemadas, variedades desconocidas que parece nacieron de las cenizas. Este espectáculo que revela la obra del hombre, anuncia también el punto de llegada.

Á lo lejos, un pingajo desgarrado, resto de una bandera blanca, desfilachada por el viento, se agita agonizante, bajo el impulso del aire en el extremo de una pértiga, indica la pulpería, donde termina el viaje: miserable choza de paja con paredes de barro donde se vende de todo — pero muy poco de todo — sobre todo ginebra y aguardiente de caña; tiene la ventaja de representar el último refugio y el primer jalón de la civilización.

¿Dónde se guarece el cliente invisible que alimenta su comercio? No lo busquéis. Por aquellos alrededores, detrás de algunas matas de gynerium, ha edificado su cabaña, tan baja que en ella no se puede estar derecho; un cañizo con tiras de cuero forma sus paredes; en el invierno se tomará el trabajo de tapar con lodo los boquetes que durante el verano dejará abiertos; una piel de caballo forma el techo, la puerta está abierta, algunas pieles en un rincón señalan el lecho; unos cuantos huesos arden lentamente y á su lado dormita una olla de hierro. Se creería cuando por casualidad se la descubre, aislada y agazapada en un rincón invisible, encontrar la habitación de un Indio sometido, conservando, para alegría del turista, el modelo de la caverna prehistórica: no, esta es la guarida de un cristiano, guarda de un rebaño que la vista no percibe; su nombre, Pedro, ó el Inglés, ó el Vizcaino, esto es todo lo que de él se sabe y parece que no tiene que revelar mucho más. Este aislado, sin embargo, es un

ambicioso que ha aceptado el peso de esta soledad miserable y contemplativa con la esperanza de salir de ella un día, algo enriquecido por ese ganado, cuyos paseos sigue de lejos; aunque pobres ambiciones las suyas, sin embargo á menudo serán burladas; este espejismo de una fortuna lejana será tan engañador como los otros, porque en este desierto donde está perdido, donde vive lejos de la mujer, ha venido un vicio á frecuentar su soledad; esta pulpería, esta casucha, algo menos triste que su habitación, donde se vende lo que puede engañar su aburrimiento, excita á beber y promete reuniones alegres. ¡Este pampeano tiene su hora del ajenjo!

Todo el día la espera, mudo y ocioso; el sol se la marca. Descalzo, ceñidos los cabellos con un cordón, salta sobre un caballo, en pelo, el cual sale escapado y, por instinto, se para allí donde fué la víspera á la misma hora. Desmonta, entra, apenas mira, échase de codos ante la reja de hierro que proteje al pulpero y su modesta pacotilla y con una palabra pide su *suizé*; así es como estos hijos del desierto designan su copa de ajenjo, traduciendo á su manera, sin saber de dónde viene, esta palabra de *argot*, *une Suissesse*, que nació hace treinta años en el boulevard Montmartre.

El vicio del ajenjo y de la ginebra les domina por completo; tienen excusa : esto les sirve de pretexto para escuchar el eco de la voz humana, algo que no sea el ruído del viento que silba entre las altas yerbas. Vienen allí para saber lo que pasa más allá de su horizonte, lo que dicen las patrullas, ó lo que ha referido el mayoral de la diligencia, á adquirir noticias, á conocer el nombre de las celebridades, cuya notoriedad sería incompleta si no penetrara en las soledades; su imaginación discierne mal quiénes son Sarah Bernhardt, Rochefort ó el Madí, pero conservan los retratos arrancados de las cajas de fósforos de cera de que el económico París se priva y que el mísero pampeano derrocha.

Venida la noche, cansados de charla, de tomar aperitivos

y renunciando á cenar, vuelven á su huronera, canturreando, para acordarse del sonido de las voces que ya no oyen, repitiéndose, en medio de una semi-borrachera, lo que han escuchado, comentándolo á su manera, y continuando, con su pobre caballo las disputas y peleas que produjo la embriaguez.

Allí está el último eco de la vida; más allá, cesa: más allá no hay otra cosa que el dominio de las fieras, poco temibles, y del explorador, hoy poco expuesto. El hombre que le presentaba obstáculos ha desaparecido; pero la soledad es lo desconocido, los caminos que la surcan os pierden, con la intención de guiaros como lo hacen los senderos de un laberinto. En este desierto sembrado de caminos la naturaleza está abandonada á sí misma y el hombre á la naturaleza, que no tiene más que una apariencia de fertilidad y que espontáneamente no da alimento alguno ni una gota de agua potable.

Una línea de demarcación que, á ciento cincuenta leguas de la costa reprodujera su conformación aproximándose, hasta el Atlántico, á 40° de latitud sur, á Bahía Blanca, envolviendo así las ocho mil leguas de pampa habitada, dejaría en la sombra veinte y cinco mil leguas, poco más ó menos, de una fertilidad latente, que la presencia del hombre y del ganado que aquel impulsará ante sí, revelará de aquí á medio siglo. No hace más que seis años que el hombre penetra allí. Antes de la conquista el Indio las ocupaba sin conocerlas. Venido desde la Cordillera, antes de la conquista española, hasta el litoral, sólo en éste pudo encontrar medios de vivir, pero, en la pampa, hubiera muerto de hambre: la caza de fieras no hubiera bastado para alimentarle; allí no se encuentra ningún río; hasta largo tiempo después de la conquista no se acantonó en ella, constreñido, forzado, y únicamente cuando los rebaños domesticados se desarrollaron lo suficiente para proveer sus cacerías con reses escogidas abundantes y fáciles de coger.

En esa época, aún reciente, durante ese período de guerra que desde 1740 llega á 1880, en que el Indio vivía aún allí del producto de sus rapiñas y de sus cacerías, algunos exploradores intentaron la aventura de encontrarse, de solo á solo, con los caciques más ó menos bien dispuestos, para los cuales el extranjero, sin armas, era un espía. Lo que el Indio temía más en la pampa era que se conociera el camino de su retiro, ó el secreto de su vida. Una sospecha podía despertar la cólera, y la cólera del Indio era la muerte del explorador. El D.r Crevaux lo experimentó, por desgracia, entre los Tobas. Los exploradores de la pampa han sido más dichosos.

El último fué el soldado argentino; ha traído algo más que el detalle de costumbres sociales, recogido por sus predecesores, aislados, con más exposición que él. Ha conquistado esta inmensa soledad y la ha abierto á la actividad humana. El Indio se ha hecho matar sobre el terreno, ó envolver y capturar; con su ausencia el sitio ha quedado libre, tan desconocido como lo era la víspera, campo rico para la exploración que, á tientas, avanza en esta soledad donde no encontrará un solo hombre, ni aún su huella, ni ruina, ni vestigios de habitaciones, ningún signo escrito, ningún eco del idioma, absolutamente ninguna huella de la vida; sólo los cementerios guardan el mudo recuerdo. Á veces en escondrijos escavados en la arena se han encontrado singulares vestigios, colecciones de periódicos de Buenos Aires que, con exactitud, llegaban hasta allí, cuentas corrientes, que procedían de comerciantes de los pueblos de la frontera, los que sostenían con el salvaje relaciones provechosas, recibían de él, en pago, plumas de avestruz pieles de bestias feroces y las de los animales robados de las estancias, en cambio les daban harina, café, vino, aguardiente, tabaco y yerba mate.

Nada guía al explorador. Ni siquiera es llana ya la planicie; dunas con frecuencia bastante elevadas se extienden allí en largas ondulaciones, en valles profundos é intrincados, de

trecho en trecho muéstrase un montículo más elevado que la cadena de que forma parte, su cono de arena presenta al que sube hasta la cumbre la sorpresa de una especie de cráter, en el fondo del cual el agua de lluvia siempre fresca y siempre límpida, purificada por la filtración á través de las capas de arena, se brinda al viajero y á las fieras que habitan aquellos lugares.

En estas grandes soledades, la cadena del agrimensor se pasea y marca, con pequeños piquetes, los límites de las futuras grandes propiedades. No es una profesión vulgar la suya. Para hallar la base y el vértice de sus triángulos, necesita observar los astros y, con el sextante en la mano, tomar la altura, como lo hace el marino, arrastrar, á caballo, su cinta á lo largo de los centenares de kilómetros que descubre: seis mil leguas cuadradas, quince millones de hectáreas, reconocidas y deslindadas ya por él, se han entregado al Gobierno y éste las ha vendido. Los compradores no las habitan todavía. Algunos *pionniers* intentan su ocupación sin averiguar el nombre del propietario, que, por su parte, no se preocupa por esta usurpación, provechosa de todas maneras, puesto que toda toma de posesión da á la tierra su primer valor. Este primer ocupante no es siempre un pastor, también suele ser un cazador de avestruces, vecino molesto, no porque de por sí sea un hombre peligroso, mas necesita para su cacería recurrir al frecuente incendio de la llanura; para forzar á la caza que busca á huir de las llamas, á salir de su escondrijo, á exponerse á sus golpes, quema ante él, sin cuidado por el ganado que el incendio puede envolver y destruir. Así pues la caza del avestruz está prohibida. El que á ella se entrega puede disimular su costumbre y su pasión, escapar á toda vigilancia, porque trabaja lejos, en el desierto, porque no lleva otras armas que las bolas, arma india compuesta de dos bolas de piedra forradas de cuero y reunidas por correas de largo desigual. Para servirse de ellas, toma

una en la mano, y, á caballo, al galope, hace girar rápidamente la otra en torno de su cabeza para lanzarlas de pronto sobre el objeto que persigue, sin errar nunca el golpe. Todo gaucho es muy apasionado por esta cacería; jamás se presenta un avestruz sin que se le persiga, al galope, por cuanto hay de hombres válidos y caballos disponibles.

El cazador de avestruces también es guía de profesión en la llanura. Dispone de numerosos caballos y de numerosos lebreles, sus compañeros de caza, raza importada por los Moros en España, por los Españoles en América, á la que el Indio, en el desierto, ha preservado de mestizarse para devolverla, perfeccionada, á la civilización que la desdeña. ¡Sólo el cazador pampeano hace caso de ella y rehusa por un buen lebrel dos ó tres mil francos! Menester es que la pluma de avestruz dé amplias cosechas para compensar semejantes precios. Compañero alegre, guía seguro, no perdiéndose ni de dia ni de noche, ni en la llanura, ni en el dédalo de las dunas, está orgulloso de esta superioridad mas sin hacer alarde de ella, eso sería rebajarse al nivel de un mayoral de diligencia.

Si la patrulla lo encuentra en grupo y cazando, se convierte en un enemigo porque se le sorprende en rebelión contra la ordenanza que él desprecia; entonces es cuando ataca. Un fatal encuentro de este género, costó la vida hace cuatro años á un rico propietario inglés, que á la descubierta se había adelantado por estas regiones, así como á los catorce compañeros que le seguían.

Así pues, para penetrar en estas soledades, precisa ir guiado y armado, armado contra el hombre y la fiera, armado contra la sed y el hambre, contra el frío también, aun durante la estación cálida. Parece que cuando se penetra en la llanura desierta es el viento más rudo, el sol y el frío más duros de soportar, el polvo ya no está cargado de resíduos animales, sino que es silíceo, compuesto de cristalitos imperceptibles y angulosos. Sin embargo la soledad no sume allí

al hombre en esas sombrías preocupaciones que seguramente encuentra en el bosque, lleno de peligros temibles, porque son invisibles; el peligro en la llanura es siempre visible y por esta razón menos de temer. Si el viaje que se emprende ha de ser largo, lo mejor es resignarse á tomar las costumbres del Indio, en el sitio en que nacieron. Hacer provisión de carne, llevar carneros y bueyes, no hay que pensar en ello, es menester retroceder á la alimentación india y llevar como provisiones para el camino yeguas, que, seguirán al galope corto, y se carnearán sucesivamente á cada etapa, alimentación de sitio, poco agradable de por sí, que se podrá variar con los productos de la caza, venado, guanaco ó perdiz que abunda igualmente por todas partes. En bastantes regiones, no encontrará superfluo haber llevado combustible, donde no hay ganado falta el combustible puesto que sólo este es quien lo proporciona. Si la sorpresa del habitante de la ciudad es grande, cuando al salir de ella, percibe el olor amoniacal del hogar y se le explica la procedencia animal de tal brasero, llega á su colmo cuando pone el pié fuera de la región poblada, en donde el hombre no encuentra nada, nada para refrescarse bajo un sol demasiado ardiente, nada para calentarse durante las noches demasiado frías. Allí concede algún respecto al Indio, tan despreciado, que se ha sostenido en una región donde hasta el pedernal del hombre de las cavernas faltaba, donde á menudo era necesario apagar la sed con la sangre de las fieras, que le pagaban en la misma moneda, y alimentarse de algunas raíces amargas y crudas.

No es menos admirable ese otro solitario de este desierto, funcionario más moderno, cuya vida se pasa á caballo, el humilde inspector de los hilos telegráficos. Él es verdaderamente, en la pampa, la guarda de la civilización que pasa por ese alambre y comunica sus pensamientos á través de estas soledades; en los días y noches de tempestad, su presencia es necesaria por todas partes á la vez; el alambre se rompe,

es necesario recogerlo, repararlo, solo, al viento, á la luz intermitente de los relámpagos : gracias á él, el Atlántico puede comunicar, á pesar de los huracanes, con el Pacífico. Ni el colono ni el viajero podrían seguir el camino que traza en el aire el alambre y que va por lo más corto, este hilo de Ariana no se ocupa ni de lagos, ni de dunas, ni de valles, pero tranquiliza á los que pudiera espantar esta soledad : algo humano pasa por allí; la sombra que hace el alambre sobre el suelo es bien reducida, sin embargo basta para proteger y estimular al primer ocupante.

IV

Mientras que la vía ferrea también se extiende, el *pionnier* puede seguir este alambre y preceder á la civilización en el desierto.

La literatura ha dado un nombre al *pionnier* de las llanuras del Far-West de los Estados Unidos, para el del Sud está muda. Es que éste no brilla como el otro. No es ni el minero de Bret-Harte, en busca de yacimientos, de pepitas, ni el labrador llevando consigo, á terrenos vírgenes, las poderosas máquinas que la civilización de los países antiguos encuentra demasiado nuevas para ella.

Es un simple pastor, procediendo á la manera antigua, empujando ante él sus rebaños, como lo practicaban los patriarcas de la época bíblica. No tiene grandes ambiciones, lo que busca es la soledad donde nada ante él molesta á su mirada de hombre de la llanura que ve á lo lejos y á su ganado que quiere espacio donde extenderse. Este no es un nómada, es un soñador que no sabe ser propietario ni quiere ser inquilino. En todo tiempo ha ocupado tierras vírgenes, sabe que abundan, no posee más que su rebaño y el modesto ajuar que se necesita para vivir solo : pobre traje, algunos caballos, un lazo y una silla que contiene todo cuanto hace falta para

acostarse contra una mata de yerbas, mientras que se levanta el modesto abrigo donde pasará las noches y las horas de la siesta, con una olla para el agua de la infusión del mate cuyo cuidado llena su vida y engaña su estómago, por último, una varilla de hierro, que servirá para asar la carne que, para su comida de todo el año, conserva secándola al sol, porque economiza su ganado, su solo capital.

Equipado así, de padre á hijo, desde hace dos siglos, ha realizado la misma tarea civilizadora, sin aumentar sus ambiciones, sin tener otros desvelos que vigilar la labor de su ganado, que la de vivir, preparando el suelo ageno para otros que vendrán á disfrutar, cómodamente, del fruto de su trabajo y le expulsarán como nuevos amos sin darle siquiera las gracias. La ley es menos dura de lo que parece indicar este constante destino; ha velado por él, ha reconocido en diferentes ocasiones el derecho de este útil ocupante sobre las tierras en donde ha acampado un cierto número de años, mas esta ley, con frecuencia la ignora, si alguno viene para hacérsela conocer es disimulando mal un interés personal y para comprarle, á bajo precio, su derecho de ocupante que vale algo. Esta servicial persona, á quien no ha visto más que una vez, no se le volverá á presentar más, sin duda, á no ser para comunicarle que ha venido á ser propietario del terreno ocupado y que tiene que dejarlo ó pagar su tributo de inquilino.

Ya estos lugares, que gracias á él tomaron algún valor, los invaden nuevos rebaños que le disputan el sitio. Márchase más lejos. Vuelve á comenzar el éxodo hacia la pampa ruda.

Á tierra los piquetes que sostienen su techo de bálago; á tierra el poste donde ataba su caballo, si ha plantado un árbol lo corta por el pie; con un galope reune su tropilla de caballos, pide prestada una carreta, amontona en ella cuanto posee y, sin darse prisa, sin otro ruído que el sordo eco del pisoteo del rebaño, se va. Avanza, sin saber del todo á donde

va, hacia el Oeste. El ganado que viaja tiene por todas partes derecho de asilo, nadie puede ante él cerrar su propiedad, ó las puertas de ella, si por casualidad está rodeada de cerca de alambres, acampa donde quiere, como autoriza el código rural, sin más obligación que la de avisar su presencia al dueño del campo. Necesita caminar por largo tiempo antes de encontrar lo que busca. Pregunta en los sitios habitados que de largo en largo trecho encuentra; háblase allí de campos que están mucho más lejos, ya ha ido gente por allá, unos han venido desengañados y otros se han quedado por allá satisfechos. Estos lejanos lugares tienen su nombre, indio frecuentemente, que se recoge por recuerdos, se destroza y desfigura quedando así transformado en la geografía local.

Prosigue su ruta, provisto de estas vagas indicaciones, toma el camino chileno, llega á los antiguos fortines abandonados; no son ya sino montones de tierra en los que un cañón olvidado indica á veces para lo que servían en otro tiempo, algunas viviendas lo rodean ya; este era en otra época el límite del terreno defendido, más adelante será un pueblo, los más antiguos, hasta las mismas ciudades han comenzado así.

Las etapas son cortas. La época escogida es el fin del verano, igualmente separado de la parición de primavera y de la de otoño; los días son largos aún, el sol menos ardiente ya, los pastos suficientemente provistos todavía para que el viaje no sea demasiado penoso y que la aclimatación pueda hacerse antes de los fríos invernales. Todo el rebaño se escalona en la extensión de un largo camino que su paso marca sobre la yerba pisoteada.

Á la cabeza, un hombre, á caballo, indica la dirección marchando al paso, arreando, delante de él, los caballos de repuesto, tras él, unos cuantos bueyes grandes, de la misma talla y del mismo pelo: son los señuelos, guías habituales del ganado, luego sigue el resto; el amo viene el último vigilándolo

todo. Si se conducen rebaños de ovejas los señuelos también van delante, el resto sigue en largo racimo: á la cabeza las más sanas, airosas y ligeras, á la cola las cojas, las flacas y las viejas, apurando la paciencia de sus conductores, que van detrás, en la nube de polvo que este largo cortejo, á veces extendido en muchos kilómetros, ha levantado, cubriéndolos con ella.

Con frecuencia se descansa, para dar tiempo de ramonear al ganado, para desollar los animales muertos por el camino que se han recogido ó los que no pueden seguir más tiempo, cuyos cadáveres señalarán las etapas como los cementerios indios señalan los paraderos de los primeros habitantes.

De tiempo en tiempo, un río intercepta el camino. No es flojo trabajo hacer pasar á la otra orilla todo este ganado asustadizo. De nada sirven los gritos. Por más que se les empuje, que se les aproxime á la orilla, se les pegue, se les grite y gesticule, nada se consigue, vuelven grupas al río, saltan por encima de los brazos extendidos, pasan por entre las piernas, arrastrando tras de sí una avalancha que nada detiene, vuelven á pacer y hay que comenzar de nuevo. Para conseguirlo con éxito, los avisados saben que no hay que jurar, gritar, ni correr, simplemente tomar en brazos tres ó cuatro ovejas, llevarlas al otro lado del río y atarlas allí; balan y se revuelven; mientras que balan se enseña al ganado el camino por donde hay que ir para reunirse á ellas. Todo pasa en un momento.

Un día, por último, bastante lejos de su última vivienda, el jefe de la expedición encuentra una meseta que le conviene, detiénese allí, clava los postes que en otra parte marcaban su sitio y toma posesión á veces por largos años, hasta ser desposeído de nuevo. Así es como se ha conquistado la pampa. Cuatro mil leguas cuadradas han bastado á las ambiciones de tres siglos; veinte mil leguas no bastarían á las de los veinte últimos años del presente siglo. Dentro de cincuenta años ya

no habrá más soledades ni desiertos que conquistar. Ciento veinte mil inmigrantes se presentan cada año para reclamar un sitio al sol, lo hay para ciento veinte millones; las generaciones futuras tienen todavía ante ellas espacio que ocupar. Podemos continuar trabajando con confianza; no hay que temer que nos falte tierra.

CAPÍTULO II

LAS TIERRAS VÍRGENES Y EL GANADO VACUNO

Abundancia de tierras vírgenes. — Su extensión y su valor en el hemisferio Sur. — Influencia del descubrimiento del siglo XVI y consecuencias de la colonización en el XIX. — Sistemas de colonización. — La acción del hombre y la del ganado. — Los primeros caballos en la pampa; los ganados de hoy. — Diversas zonas de crianza. — Chacras y cabañas. — Haciendas ó grandes heredades cercadas. — Estancias abiertas. — Leyendas europeas acerca de la cría en plena libertad. — Errores de los aventureros. — Catastro de todas las tierras vírgenes. — Grandes propietarios y criadores. — Grandes cabañas de reproducción. — Vida de la pampa. — La cría antiguamente. — La cría hoy. — Visita á una gran estancia. — Situación. — Cercados. — Divisiones. — Aspecto general. — Vida del ganado en libertad. — Los toros. — La muerte. — Precauciones especiales. — Raza Durham. — Raza Hereford. — El cuero. — Las lecheras. — Una quesería. — El *señuelo*. — El *rodeo*.— La marca. — El éxodo hacia las tierras vírgenes. — El viaje. — La vida del desierto. — Agrimensor pampeano. — El fortín. — El pulpero. — Las osamentas. — El trapero de la pampa. — El cazador de avestruces. — El incendio de la pampa. — El personal. — Gauchos y capataces. — Influencia de la crianza y compra de tierras en el incremento de las fortunas.

La competencia que hace á la Europa la América se revela y resume, principalmente, en las tierras vírgenes, baratas, disponibles, al alcance de todo el mundo. El primer lugar entre esos países lo ocupa hoy la República Argentina, país de las pampas ó llanuras, una vez que los Estados Unidos, hoy muy poblados, no ofrecen ya al colono sino tierras vírgenes que distan del Atlántico cinco ó seis días de ferrocarril.

Basta abrir un mapa y será fácil juzgar del grado de importancia de este país en la marcha del mundo económico.

Separados los hemisferios Norte y Sur por esa línea ideal que se llama ecuador, tienen estaciones y climas idénticos, que corresponden á cuatro zonas : tórrida, caliente, templada, y glacial. No sin razón se ha propagado y desarrollado la

población, de preferencia, en el hemisferio boreal, sin cuidarse apenas del austral. Si la civilización que tuvo su cuna en las mesetas del Asia, ha emigradopaulatinamente hacia el Occidente de Europa, para transmigrar en nuestros tiempos á los países transatlánticos del Nuevo Mundo, fué porque veía tierras inmensas en su zona predilecta, que comprende el centro de Europa, el de Asia y la región que ocupan los Estados Unidos, cuyo suelo contiene hoy cincuenta millones de habitantes, y podrá contener doscientos millones dentro de un siglo.

El hemisferio del Sur, por el contrario, no ha sido favorecido con tanta cantidad de tierras habitables. El Continente Sud-americano, el Africa y la Australia, se dilatan bajo la zona tórrida y bruscamente se estrechan al llegar á las zonas calientes ó templadas. En los inmensos mares del Sur se destacan los territorios del Cabo de Buena Esperanza, de la Australia del Sur, de Nueva Zelanda, de Chile y la República Argentina, y apenas si todos juntos equivalen al territorio de Europa. En compensación esos países, por estar bañados por el Océano, disfrutan de la temperatura privilegiada de los climas marítimos, y se ven así en aptitud de acoger y enriquecer una población relativamente numerosa y á la cual, en todo caso, la vida será más llevadera y el trabajo más lucrativo.

En la América del Sur, la pampa por sí sola, apta en toda su extensión para la cría de ganado y para desarrollar la agricultura, en virtud de las ventajas climatológicas que hemos mencionado, mide cuatro millones de kilómetros cuadrados, las tres cuartas partes pertenecientes á la República Argentina y el resto al Uruguay y á la provincia brasilera de *Rio Grande do Sul.*

Estas son las tierras que junto con las de Australia hacen á Europa tal competencia, que la preocupa con razón. Este es un hecho sin precedente en la historia, á no ser á fines de

siglo XV, cuando los descubrimientos de los navegantes revelaron los desconocidas superficies de nuevos continentes. Durante cincuenta años, los hombres de aquellos tiempos, sirviéndose de medios que hoy parecen infantiles, pero sostenidos por una ambición que se veía justificada por los hechos, descubrían diariamente nuevas costas, adiviniban su configuración, y las dibujaban, sin compás, con tal exactitud, que la América, ahogada en medio de las aguas á juicio de los geógrafos del siglo XV, aparece ante los del siglo XVI con agraciados y perfilados contornos, tal cual hoy la contemplamos al cabo de cuatro siglos de estudios y exploraciones.

No parece sino que la humanidad se hubiese fatigado después de tan colosal esfuerzo, puesto que no divisó el interior de los continentes, sino para declarar su imposibilidad de poseerlos y mucho menos de poblarlos. Y á la verdad, que sobrado que hacer tenía con sólo ocuparse en recoger las riquezas acumuladas por la naturaleza y por los pueblos prehistóricos, pudiendo decirse que más interés tenía en destruír que en renovar la población. Tal es la empresa que el siglo XIX inicia y que el siglo XX llevará á feliz término.

Bastante ha hecho nuestro siglo con crear medios de acción, multiplicando las fuerzas humanas y las de la naturaleza por medios enteramente nuevos. Acortadas las distancias entre los continentes, éstos se han visto explorados más pronto de lo que se imaginaba. El mundo antiguo contempla estos fenómenos hoy, con la misma estupefacción con que hace cuatro siglos se asistía al regreso de las expediciones, que anunciaban nuevos descubrimientos.

Si son nuevos los esfuerzos, los resultados son aún más importantes que en el siglo XVI, aunque se asemejan en mucho. Entonces los metales preciosos, que en gran copia enviaba la América al Viejo Mundo, en mayor cantidad de cuanto hasta esa época se conocía, hicieron que encareciesen en Europa todos los artículos de consumo. La excesiva abun-

dancia del oro y de la plata disminuyó el valor relativo de estos medios de cambio, aumentando en proporción el precio de los objetos que con ellos se pagaban. La vida social halló nuevos horizontes y la industria y comercio europeos realizaron por de pronto grandes ganancias; los hombres laboriosos adquirieron el bienestar, mientras que los potentados, enriquecidos en un instante, buscaban todas las satisfacciones del lujo; elevóse el precio de las tierras lo mismo que el del trabajo, y de ese movimiento que tenía por causa los inagotables tesoros de los Incas, del Potosí y de los Aztecas, brotó el renacimiento intelectual y artístico que ha dado nombre á la era nueva, creada por el descubrimiento de América y á cuya influencia debió la Europa su riqueza.

Por lo que hace á España, ella no ha conservado de sus pasadas grandezas sino las ricas colecciones artísticas, que han merecido al Museo del Prado el primer lugar entre los demás, en el cual se han reunido á precio de oro, desde la gran época de su historia, que también fué la del arte en Europa, mayor número de obras maestras españolas, italianas y flamencas, que ninguno de los países que con ella rivalizaban. Si fué pronta su decadencia, ella es debida á que le faltaron medios de sacar del suelo americano algo más que metales preciosos, extracción para la cual le bastaba el sacrificio de millares de vidas de indios, cosa que parecía insignificante.

En nuestros días hemos asistido á un espectáculo semejante, hará cosa de cuarenta años; pero sólo los resultados han sido diferentes.

Remontémonos al año 1850. El mundo atónito contempla al mismo tiempo dos acontecimientos semejantes: el descubrimiento de lavaderos de oro en California y en Australia. El mismo hecho ocurre en dos puntos opuestos del hemisferio del Norte y del hemisferio del Sud. La invasión de colosales sumas de oro, que en pocos años pasan de muchos millares de millones, seguida de torrentes de plata que arrojan

las minas bolivianas de Caracoles y las montañas Roqueñas del Sacramento, dió por inmediato resultado el poner á disposición de la industria creadora los capitales necesarios para rehacer, aumentar y perfeccionar sus elementos de trabajo, y hacer aplicaciones de los nuevos inventos, que se multiplican y suceden.

La época más floreciente de este movimiento fué de 1850 á 1860. Como en Francia se acostumbra hacer recaer sobre los hombres y las instituciones que nos gobiernan la gloria ó ignominia de los acontecimientos prósperos ó adversos, no se vaciló en atribuir á la paz política y al silencio de los partidos que caracterizaron los primeros años del Imperio, la causa de las inmensas ganancias que entonces realizaron el comercio y la industria, así como el aumento de valor de las tierras, los rendimientos de la agricultura y los progresos rápidos de las sociedades financieras, que crearon nuestro sistema de ferrocarriles y nuestras primeras grandes líneas de navegación.

Otro era el origen de todas nuestras riquezas; se hallaba, como en el siglo XVI, en las arenas auríferas y en las vetas de metales preciosos, que bruscamente creaban y fomentaban la circulación y una actividad desconocida desde la época del Renacimiento.

Mas los resultados son totalmente distintos. En el siglo XVI, la aristocracia, que era la que gobernaba, se limitaba á la riqueza espontánea y por lo mismo ficticia. En cambio, nuestra democracia, que tiene otras aspiraciones, y antes que ninguna, la de producir y multiplicar los productos, se ha apoderado de todos los medios de acción y ha sabido sacar provecho de la aproximación de las distancias y otros recursos creados por la industria. Dando su verdadera interpretación á la ley de Malthus, tan desfigurada por la leyenda, y que se reduce á este axioma: « Donde quiera que hay un pan hay lugar para un hombre más », la democracia ha acometido de frente esta

doble empresa: activar la producción y crear nuevos consumidores.

Una de estas empresas ha marchado con más rapidez que la otra. En las nuevas tierras ofrecidas á la actividad humana, la producción ha aumentado doscientas veces más pronto que el número de los nuevos habitantes, y en cambio, los hombres, que hasta entonces habían consumido poco ó nada, se han apropiado su parte de los nuevos productos que estaban á su alcance. La multiplicación de éstos, sin embargo, y su actividad consumidora, no han sido tan rápidas como la producción, y ésta no ha podido hallar suficientes consumidores sino en el supuesto de que disminuya el precio de cada cosecha. Por eso, hace quince años que asistimos á una baja de precios considerable en todo género de productos. Todo ha sufrido la acción de la baja: el té, el café, el cacao, el trigo, el hierro, el plomo, la plata, el cobre, la lana, el algodón, las pieles, la hulla, el salitre, el sebo, el tabaco y hasta la carne, todo, todo ha bajado de precio, en una proporción general de 40 á 60 0/0, relativamente á los antiguos precios.

El alza del valor relativo del oro, la escasez de moneda circulante, debida á la desmonetización de la plata, son, en parte, las causas de la baja de aquellos productos, que con ellos deben pagarse; pero lo que ha consumado la obra ha sido el exceso de producción, y la actual proximidad de las tierras transatlánticas, cuyo acceso es hoy tan fácil.

En los Estados Unidos, en donde se han poblado inmensos territorios desde hace veinte años, la población inmigrante del Oeste se ha encaminado por sí sola á la conquista de esas tierras.

En la República Argentina, la colonización ha sido preparada, durante siglos, por ese agente pasivo de población, cuya obra contemplamos hoy con todos sus resultados: — el ganado. Es este trabajo colonizador en las llanuras de la pampa,

y el género de vida de los hombres que han colaborado á la obra que aquí describimos.

I

La Europa admira la fecundidad de las tierras vírgenes, pero lo que sorprenderá á los que á este respecto se han formado una opinión *a priori*, será el saber: que esa fertilidad nada tiene de espontánea. Sucede con ellas lo que con nuestras exhaustas tierras de Europa, que hay que cultivarlas, ó mejor dicho, hay que *abonarlas*, para que se revele su fertilidad. Pero esta clase de abono supera las fuerzas humanas, pues por muchos que sean los recursos que la química pone á disposición del hombre, éste tendría al fin que confesar su insuficiencia. Si dejándose arrastrar por la creencia tradicional acerca de la fertilidad de las tierras vírgenes, exigiese de ellas una producción á su antojo, pronto se persuadiría de su esterilidad, y desengañado de las relaciones falseadas de los inventores de maravillas, volvería en busca de las gastadas tierras del Viejo Mundo.

El terreno virgen es rara vez fértil, cuando se halla abandonado á sí mismo. En su superficie hay por lo regular, aunque sólo de trecho en trecho, una capa muy delgada de tierra vegetal, que apenas deja vivir ciertas plantas silvestres, de orden inferior y rudimentario. El ganado no tiene con eso un alimento suficiente, se ve condenado al sufrimiento y á la muerte, á no ser que tenga ó haya adquirido, por la selección y la lucha, cualidades de resistencia que le permitan librar con éxito el *combate por la vida*.

Únicamente en virtud de la acumulación de residuos vegetales en el fondo de las hondonadas, ó por la acción de los aluviones, que mezclan residuos análogos en las orillas de los ríos, es dado fomentar la vegetación de plantas de orden algo superior, y si es que el viento ú otra causa cualquiera

esparce alguna semilla, sólo entonces puede recibirla y ofrecerle terreno preparado para su germinación.

Si en seguida viene el colono con su ganado, éste hallará, en esa especie de oasis, un pasto menos grosero que el que se halla en otros parajes, y un punto céntrico, donde sacará ó recobrará sus fuerzas, para emprender en zona más amplia su obra de fecundación, conquistando las tierras que sin él continuarían siendo estériles, como lo han sido antes, por siglos de siglos, en el silencio de la naturaleza primitiva.

Esta obra colonizadora fué acometida, en algunas regiones, por manadas de ganado silvestre, antes de la llegada del hombre moderno. El búfalo realizó esta tarea, antes de la Conquista, en la América del Norte; y al llevarla á cabo, aunque de un modo insuficiente, trazaba la senda, desde los tiempos históricos más remotos, á la especie doméstica que más se le parece: — la vacuna.

La obra de colonización se ha iniciado en la inmensa cuenca del Plata, á orillas de los grandes ríos que la forman, y no ha necesitado subir muchos afluentes, pues se ha extendido paralelamente al curso del Paraná y del Uruguay. Al principio caminando sin norte y como al acaso, paralizada con frecuencia por razones locales, por la resistencia del indígena, los trastornos políticos ó las guerras internacionales, hace veinte años ha recobrado su actividad, y ha iniciado una era nueva, que aunque diariamente produce importantes resultados, necesitará de un siglo para operar los prodigios que de ella se esperan.

*
* *

La cría de ganado mayor en la pampa, no es hoy, por sí misma, como no lo ha sido en los pasados siglos, una industria realmente lucrativa; es tan sólo una obra civilizadora, cuyos beneficios son remotos, que lleva en sí las condiciones

de ganancia del ahorro, y que consiste en el aumento de valor del suelo que se posee. El criador de ganado de los siglos pasados, no ha hecho sino trazar la senda al del siglo actual, al abandonar las tierras, á medida que las conquistaba, al criador de ganado menor, el cual á su vez las transfería al agricultor. De esta manera se ha procedido en la Pequeña Rusia, en las estepas del Cáucaso, en los llanos de Texas, Arizona y Nuevo México, y enfin, en el *bush* de Australia, al mismo tiempo que en la pampa.

Penetremos en esta región con el pastor. Nos hallamos en 1535. Los Españoles acaban de posar su planta por vez primera en las orillas del Plata, con intenciones realmente colonizadoras. Dos mil hombres y quinientos caballos acaban de atravesar el Atlántico, y después de cien días de viaje, desembarcan en las incógnitas playas en que está hoy situada Buenos Aires.

Al cabo de un año de privaciones y de luchas con los Indios se ven forzados á renunciar á su empresa; y al verse vencidos, Mendoza desalentado embarca los hombres que le quedan en sus carabelas, con la mira de reunirse á los demás colonos españoles, que con más suerte que él se habían establecido en las cabeceras de los ríos.

Durante el año pasado allí, el Indio ha tomado cariño al caballo que veía por vez primera; pronto se ha familiarizado con él, y se ha adueñado de cuantos hallaba errantes. De esta manera se ha apoderado de treinta y quizá de cincuenta. Al verse cuidados, estos animales han vivido y se han propagado, tomando al mismo tempo posesión de un terreno, que hasta entonces no había sido hollado por la planta de ningún animal tan pesado.

Así es como ha comenzado la empresa pobladora y multiplicadora. La vida silvestre que llevan los caballos, contribuye de tal manera á su reproducción, que cuando al cabo de cincuenta años trataron los Españoles de restaurar las ruinas

de su abandonada colonia, se hallaron con *cincuenta mil* caballos en la pampa, cifra que á primera vista podrá parecer exagerada; pero cuya exactitud se puede comprobar, comparándola con las actuales leyes de multiplicación de los mismos animales, en los mismos parajes y circunstancias.

La pampa no era hasta ese momento sino una soledad inmensa, estéril y sin habitantes. El Indio de raza araucana, que allí se había establecido, había bajado de los valles de los Andes, siguiendo la corriente de los dos grandes ríos que sirven de límite á esta región y la separan de la Patagonia: el Río Negro y el Río Colorado; pero se habían diseminado á orillas del Plata, sin pensar en internarse en el Continente, que nada les prometía. Era muy estrecha la zona que habitaban, pero con el auxilio del caballo pudieron extenderla, en el espacio de tiempo trascurrido entre la primera y la segunda fundación de Buenos Aires.

El perpetuo pisotear de los caballos llegó á consolidar el terreno. Algunas semillas de los manojos de heno de la expedición, diseminadas por el viento, cayeron en las tierras así preparadas, echaron raíces, y con la ayuda de otras circunstancias locales se multiplicaron. Así pues, resulta que la casualidad fué la que trazó la senda necesaria de la colonización de la pampa, no ha procedido esta de otro modo durante tres siglos.

Hoy mismo, el que trata de hacer productiva una zona de tierras vírgenes, lo primero que hace es soltar allí multitud de caballos, cuya única misión es la de pisar el terreno, emprendiendo, á su antojo ó guiados por el hombre, esas grandes carreras en que resuena el eco de sus cuatro piés, operando así lo que podemos llamar al primer laboreo de la tierra. En cada lote de diez á veinte hectáreas hay de tres á cuatro mil caballos, que permanecen dos ó tres años al cuidado de un gaucho, que poco tiene que hacer, y que los deja

en libertad, entregados á su faena, lenta pero tan fecunda en resultados.

Después de este primer período, y mientras este trabajo se prosigue, vienen las manadas de vacas. Este ganado es de mayor valor. Mil caballos apenas representan mil doscientos á mil quinientos pesos fuertes ó *patacones*, mientras que mil cabezas de ganado vacuno valen hoy cinco mil pesos, y antes valían más.

Entonces es cuando comienza, bajo la acción del casco de este tenaz y apacible paseante, la segunda tarea de aplananación y abono, que la primera ha hecho más fácil y más fecunda y que durará seis á ocho años. Así el terreno queda algo fertilizado en ciertos trechos, que van extendiéndose de año en año, lo que permitirá soltar y aclimatar allí algunas manadas de carneros.

Durante muchos años la tierra producirá por lo regular muy poca cosa. Sólo al cabo de muy largo tiempo, cuando las tierras estén muy pisadas y abonadas y cuando comiencen á cubrirse de un manto de gramíneas, sin que se vean entre los matorrales esos grandes trechos desnudos que caracterizan el campo vírgen ó mal elaborado, sólo entonces obtendrá el propietario, á veces, la recompensa de sus afanes y el interés centuplicado de su capital, representado por el aumento de valor intrínseco de su propiedad y de su fuerza productiva. Por lo mismo, puede asegurarse de plano, que nadie sino el propietario puede acometer semejante presa, y que sería una locura imaginar que un arrendatario cualquiera pudiese sacar allí provecho alguno; todo lo que haría sería pagar un alquiler por realizar á sus expensas la transformación del terreno, que no tendría para él otro resultado que el sacrificio de un número mayor ó menor de cabezas de ganado, que al principio tendría que perder para aclimatarlo, sin tener esperanza de que la ganancia pudiese cubrir el precio del arrendamiento.

Los ganaderos, que, en nuestros días, han podido alucinarse acerca del valor productivo de sus grandes rebaños, no se hacían ilusiones á este respecto en el siglo XVIII; y prueba de ello es que dejaban los ganados completamente abandonados. La exportación era entonces difícil, é insuficientes los medios de que se disponía para utilizar la excesiva abundancia de ganado, que en pocos años se había multiplicado, en proporciones tales, que la obra de aplanación del terreno se ejecutaba con rapidez, y los Indios pudieron apropiarse los ganados, sin ningun embozo, como si fuesen *res nullius*, sin que nadie hiciese caso alguno, lo que ha acreditado en los países de ultramar la leyenda de los *ganados silvestres,* que se multiplican espontáneamente, como muchos han creído y creen candorosamente.

En aquellos tiempos, cuando un navío de ultramar, que se hallaba á la carga en el puerto, pedía algunos millares de cueros para llenar sus bodegas, se daba caza á los ganados errantes y abandonados por su dueño, que entonces recibía algunos pesos, que no eran muchos, pues cada cuero valía seis reales en España. Estas cazas en que no se aprovechaba sino el cuero de las reses que se mataban, no se emprendían siempre por cuenta del propietario; el Estado se arrogaba el derecho de conceder la facultad de explotar este tesoro inútil, á quien quiera le pedía su permiso.

Al cabo de un siglo de tantas vicisitudes, durante el cual se ha visto, en ciertos momentos, en gran peligro la cría de ganado mayor, y en otros demasiado ponderada, llegaremos, poco á poco, al finalizar el siglo presente, á consecuencia de otras causas creadas por recientes circunstancias, á tal superabundancia de producción, que nos hará mirar la cría de ganado mayor con la misma indiferencia que hace cien años.

En efecto, si se ha de juzgar del inmediato porvenir de la crianza por lo que es desde hace diez años, se puede pronosticar: que al amanecer el siglo XX, habrá en las pampas de

Sud-América unos *cien millones* de cabezas de ganado vacuno, que no tendrán otra misión sino pisar las tierras y abonarlas, para utilidad de las futuras generaciones de agricultores, descendientes remotos y desconocidos de los propietarios actuales.

*
* *

Comparemos lo que era esta crianza ahora diez años, con lo que es en el día.

En aquella época, hacía un cuarto de siglo que parecía que la República Argentina hubiese renunciado á ahuyentar á los Indios. El territorio que entonces poseía en la pampa la civilización, era muy diminuto; ocupado hacía tiempo, sin hacer esfuerzos por internarse, ofrecía suficiente extensión colonizable por carneros; pero el ganado vacuno era ahuyentado por este otro, que aunque más exigente, daba al año una entrada segura y más considerable, pero carecía de espacio donde extenderse. En 1857 parecía que la frontera permanecería invariable, en la línea que se le había trazado. Las estadísticas revelaban después de la epizootia de 1874 una disminución alarmante para el porvenir de esta crianza, y apenas si entonces había en toda la República Argentina cuatro millones de reses, en el espacio en que había veinte millones á fines del siglo pasado.

La conquista de la pampa comenzó en 1877; el ejército nacional, cansado de su ruinosa inercia, ha salvado con vigoroso empuje la frontera de la civilización y la ha hecho recular hasta los límites extremos de la República misma, libertando de paso toda la pampa del salvaje que la defendía, sin ocuparla ni utilizarla.

La situación ha cambiado radicalmente. Una vez que se ha brindado al ganado una gran extensión de territorio, se ha apoderado de él por completo; en estos diez años, se ha multiplicado con rapidez sin ejemplo en las tierras vírgenes, y se

puede calcular en veinte millones el número de reses, las que ocupan una porción, relativamente mínima, de la pampa.

La gran abundancia hace bajar los precios de año en año, y hoy se ha llegado á un punto en que los mercados se hallan repletos; ya faltan compradores para el ganado mayor, y sin saber ya qué hacer con el sobrante excesivo de reses, los propietarios se ven obligados á comprar nuevas tierras vírgenes, para emprender allí siquiera esa especie de laboreo silvestre, único empleo que puede darse al ganado, para suplir á la falta de brazos y de capitales.

En Australia, en donde no son más abundantes los brazos, pero lo son los capitales, se procede de igual manera en las tierras enteramente vírgenes; el ganado desempeña la misma misión colonizadora, aunque en menor número, y se ve ayudado con frecuencia por el agricultor, que simultáneamente desmonta y siembra la tierra, preparándola así con más rapidez para la cría productiva del carnero. Tampoco se multiplican allí en proporciones tan alarmantes las vacas. En Nueva Gales, que es la provincia que contiene mayor número, sólo hay tres millones y medio de reses, en la Australia del Sur hay trescientas mil, en la Australia Occidental seiscientas mil, dos millones en Queensland, al lado de veintinueve millones de carneros; en Tasmania ciento treinta mil, y en Nueva Zelanda sólo setecientas mil reses, y en cambio, doce millones de carneros. En ambos países, el ganado mayor, en gran cantidad, ocupa la vanguardia, aunque en menor número donde quiera que se halla mezclado con las majadas de ovejas.

En los alrededores de las ciudades importantes, siempre situadas en el litoral, como en todo país destinado á la colonización, hay ganados que se crían más ó menos á la europea, en potreros cercados, destinados á la alimentación local y á proveer de leche. Un poco más lejos se halla la zona intermedia, en que el ganado desaparece, y de que han tomado á me-

dias exclusiva posesión el carnero y el agricultor; y aunque las heredades son muy extensas, el ganado mayor no se encontraría allí á sus anchas. En una zona más remota aún éste ocupa una parte de los extensos pastales que va preparando para la oveja y que ésta todavía no aprovecha. En fin, más lejos aún, se le halla solo; allí no se habla ya de hectáreas, ni de centenas de hectáreas como unidad de extensión de la propiedad rural; la tierra no se divide, ni siquiera por leguas cuadradas, sino por lotes de tres á cuatro leguas y por unidades de diez mil hectáreas.

Aquí tampoco hay los mismos usos en las diversas estancias: en algunas el ganado vacuno que se halla, está ya aclimatado y hay animales de raza rodeados de los que han resultado del cruzamiento de razas diversas. La tierra es allí bastante fértil, las condiciones de aclimatación se han mejorado hasta permitir que, — sin ocuparse de vigorizar el ganado ó conservarle sus cualidades de resistencia, adquiridas mediante una larga selección, — se le trate de comunicar nueva sangre en cada generación, hasta que se asemeje completamente á la raza europea de que desciende.

En otras estancias, aun más apartadas, situadas en la zona cuya población es más reciente, el propietario no suelta sino los animales de raza criolla, que han perpetuado las cualidades de resistencia adquiridas, evitando el disminuirlas con cruzamientos frecuentes.

En fin, más lejos aún, no hay sino tropas de yeguas, casi silvestres. Esto es lo que en Australia se llama *país del pobre (the poor's man land)* y en la Plata los *Campos del porvenir*.

Si tuviéramos que trazar geográficamente las zonas que acabamos de describir, diríamos: que la primera se extiende, en torno á Buenos Aires, de Quilmes á San Vicente, al Pilar y á Campaña; la segunda, la de la cría del carnero y la agricultura, se extiende hasta el Tandil, Olavarría, Chascomus, Pergamino y el Arroyo del Medio; la zona en que ambas

crianzas se mezclan, se extiende hasta los antiguos límites de la Provincia de Buenos Aires; la del ganado vacuno pasa los límites actuales de esta Provincia, y ocupa una parte pequeña de los Territorios nacionales; la zona, en fin, de las manadas de yeguas, comprende lo restante de estos Territorios, que sólo han recorrido algunos agrimensores.

Pasemos ahora revista á estas diversas zonas y examinemos en sus detalles la vida que en cada una lleva el pastor.

II

No es raro encontrar en el viejo mundo, algunos de esos seres desesperados, abrumados de decepciones ó amigos de aventuras, que viendo llegar la miseria á sus puertas, creen de buena fé que les queda un último refugio, una tentativa final, que podrá reparar tantas faltas y desastres: hacerse pastores en las pampas!

Esta tradición data desde el siglo XVI, y ya entonces solían partir para América los hijos de familia, que se hallaban en circunstancias críticas. No se ha borrado la tradición, lo único que ha cambiado es la forma de este ensueño. Después de las aventuras de conquista, después de los Pizarros y Cortés, los Raousset-Boulbon y Róbinson han hecho perder la cabeza á otros muchos; y las tradiciones de las minas del Potosí las han continuado los prodigios de California y Australia. Todas estas leyendas han hecho tan innumerables víctimas, que poca fe debe quedar aún á aquellos que sueñan con ellas. Nuestro siglo se ha hecho tan positivo, que su positivismo ha logrado infiltrarse aun en los cerebros más huecos y refractarios; la quimera que acarician las turbas de emigrantes que parten á la conquista de América, adquiere una fisonomía especial: en este momento acosa á estos cerebros enfermos, bajo la forma lisonjera de la cría de ganado en grande escala.

Cada uno de éstos se cree ser buen ginete, enérgico y dispuesto á todo; posee todas las cualidades que se requieren para una vida que permite todo género de satisfacciones; trabajo fácil y lucrativo, libertad incomparable, posesión de inmensos terrenos y de innumerables rebaños, que dejan cuantiosas ganancias, y aislamiento, compensado por el placer que causa la dominación de tribus semi-salvajes, y por la satisfacción de gobernarlas, en calidad de cacique letrado, y de adquirir sobre ellas el ascendiente que es propio de nobles razas y de ánimos esforzados.

Una vez trazado á grandes rasgos este plan de vida, se pasa al estudio de los detalles: la imaginación se encarga de escoger el lugar de residencia, lejos de las ciudades, se entiende, — ¿y qué ciudades hay por ventura? — tan pequeñas y en tan corto número, si se comparan con la inmensidad de la pampa, que bien puede uno prescindir de ellas, sin pesar, como de una cantidad insignificante. El cuadro, pues, representa una llanura atravesada por un río, en cuya orilla se establecerá una tienda, lo que nada tiene de difícil cuando uno sueña, y procura desde luego la satisfacción de poseer uno su hogar, y hogar en país salvaje! Entonces se traza el plan para vivir durante algun tiempo de la caza, apoderándose de los animales, salvajes ó abandonados, con el lazo. ¿Acaso hay caballero distinguido que no conozca lo que es el lazo? El conocerlo es lo mismo que manejarlo con maestría. Entre estos animales el más noble es el caballo y el más abundante el toro; á poca costa se consigue una manada de ellos, con los que se forma un ganado, que servirá de núcleo al que pronto contará cabezas por millares, que después se multiplicarán en cantidad prodigiosa; y los diarios de Europa hablarán de este prodigio bajo el rubro: — « *El mayor propietario del mundo.* » — Si el éxito pasa de límites, este gran propietario se transformará, convirtiéndose en « *El Carnicero mayor del mundo.* » ¿Por ventura no hay precedentes

en la materia, no se ha visto al marqués de X... convertido en este soñado personaje, que se ha elevado por la inmensidad de su empresa sobre la turba de todos los de su gremio, en el que ocupa el primer lugar?

¡ Para consuelo de todos los descaminados se ha inventado la leyenda del famoso marqués de las pampas del Far-West! Si existiese, no podría servir de ejemplo, ni puede trasmitir al primer aventurero que pase la receta de su éxito, pues puede de antemano asegurarse que no debió consistir sino en una energía extraordinaria, asociada á una ciencia adquirida con largo estudio.

No es cosa tan hacedera como parece el conseguir éxito en esta carrera; se requiere antes la transformación de todas las moléculas de nuestro cuerpo y la modificaciónde todos los elementos del cerebro, y por añadidura, tener la suerte de que le salga á uno al encuentro algún poderoso que le ofrezca su ayuda y le obsequie con un pedazo de su reino.

La verdad del caso es: que nadie puede, con sólo quererlo, convertirse en criador de ganado, tanto en las pampas abiertas de América como en las dehesas cercadas de Europa. Para esto se requiere un largo aprendizaje, y algo que para completarlo es más indispensable que la paciencia, á los chiflados del viejo mundo, á saber: — capitales que se hallen resueltos á esperar durante una generación.

Sin embargo, la toma de posesión como primer ocupante del territorio, que ya es imposible en los países en que el catastro toma razón y vigila aun el más insignificante pedazo de tierra, es todavía cosa hacedera en el Nuevo Mundo; todavía hay lugar para los recién llegados; en los límites extremos de las sábanas del Norte, en los llanos del Centro, como en las pampas del Sud de América, y en el *bush* ó selva de Australia. Pero sucede con estas tierras vírgenes y sin dueño, que cuando uno se acerca á ellas para levantar allí una tien-

da, sin necesidad de permiso previo de nadie, aunque acogen aparentemente al recién llegado, se resisten á sus esfuerzos, y no le conceden sus frutos y la subsistencia sino cuando el colono ha sabido conquistarlos durante años de luchas y fatigas.

Aun la misma facultad de poseer las tierras vírgenes es una verdadera ilusión. Todas pertenecen á un propietario, á veces ignorado, porque no se ha tomado el trabajo de visitarlas, pero que se ha limitado á asegurar legalmente su propiedad, á fin de más tarde poder soltar allí el excedente de sus ganados, abandonando á la ventura un capital, para él insignificante, y que de antemano sacrifica á la preparación del terreno, para las sucesivas generaciones de rebaños, que ellas sí podrán vivir allí. Esas tierras son propiedad del Estado, siempre que no pertenecen á un particular, y él es quien las adjudica; palabra fascinadora, llena de promesas y esperanzas, pero que oculta más de una decepción ruinosa. Adjudicar ó conceder, quiere decir, otorgar graciosa y gratuitamente. ¡Pero pobre del colono que se deja fascinar con esta palabra engañosa, y se lanza á solicitar una concesión! Es verdad que se le otorga sin dificultad; pero no incondicionalmente. En los Estados Unidos, se comienza por exigirle el sacrificio de su nacionalidad, y en seguida se le hace pagar lo que la tierra vale; y si hemos de creer las narraciones de algunos desencantados, se le impone además la obligación de edificar, de plantar, de vivir, y acaso de morir en la región que ha escogido. La concesión se reduce en Australia á un mero derecho de usufructo temporal, y en la República Argentina se limita á un canon de arrendamiento.

Se necesita ser muy rico, ó estar muy mal informado, para solicitar ó aceptar estas donaciones gratuitas, qne hay que pagar desde luego, á plazos, en moneda sonante, y más tarde con todo género de trabajos. ¿Cómo aprovecharlas? Echar en estos campos nuevos un ganado que en parte se puede

considerar como sacrificado de antemano, no es cosa sino para los que tienen ganados muy grandes y no para el que tiene que pagarlos á precio de oro.

La leyenda sola es la que abre al aventurero las tierras vírgenes; pero la realidad se encargará de cerrarlas. El Europeo necesita en América hacer cola, lo mismo que en su país; ocupar su puesto en la fila y saberlo conservar, hasta que le llegue su turno; y antes de solicitar un puesto en la vanguardia, saber qué es lo que hay que hacer en ella, para no exponer su vida, sin provecho para nadie.

Vamos, pues, á guiarlo, mostrándole lo que debe hacer, estudiando lo que los demás hacen, y cómo lo hacen.

Como en Francia estamos acostumbrados á ver diariamente la cría de ganado en habitaciones cerradas, y al espectáculo del pastor que, en su casucha ambulante, pasea algunas ovejas por las tierras de labor, ó que va recogiendo por las calles de las aldeas las pocas cabezas de ganado que poseen los habitantes, para llevarlas á los pastos del municipio, por eso, cuando salimos del círculo ordinario de nuestras observaciones, nos sentimos penetrados de un ansia de todo lo que es sorpresa é imprevisto que nos impide fijarnos en los puntos de contacto que hay entre los distintos países y no nos permite admirar sino las diferencias superficiales: más interesante sería el observar lo que tienen de común las costumbres de los hombres que se dedican á los mismos trabajos, en hemisferios distintos y en condiciones muy análogas: precisamente, los pueblos pastores son los que han perpetuado las tradiciones de los tiempos primitivos.

Hace tiempo que el pastor europeo ha reemplazado la deliciosa ociosidad de su vida contemplativa por la ruda labor de la vida agrícola, — progreso que lo rinde y abruma bajo el peso del trabajo. En un principio su rebaño proveía á su subsistencia, haciendo para con él, con sólo cumplir una fun-

ción natural, las veces del esclavo de los antiguos tiempos, que procuraba á todos la vida y la ociosidad. Así es como ha vivido el hombre, mientras podía disfrutar de grandes tierras baldías, que ofrecían espontáneo alimento á sus rebaños; así viven todavía los pueblos que cuentan con grandes terrenos donde pueden entregarse á la vida pastoril. Es cierto que llevan una vida miserable, pero su miseria es voluntaria y la prefieren á la más mínima abdicación de su libertad. De constitución vigorosa, debida al género de vida peculiar de los arreadores de ganados, y cazadores á caballo de reses semisalvajes, los pueblos pastores tienen la pasión de la independencia, pero no son creadores. Su vigor es aparente y de mero lujo: de cuerpo airoso, esbelto y ágil, como que están acostumbrados á alimentos sustanciosos y de pequeño volumen, se hallan también libres de las preocupaciones vulgares, propias de los que deben su subsistencia á sus propios esfuerzos.

Y si no, obsérvese la vida de los Mongoles de las llanuras asiáticas del Gran-Koli, la de los Kalmukos y Kirghizos de las estepas, la de los Cosacos del Don y del Volga, de los pastores de la Tauride, de los Húngaros de la *puszta*, de los pastores de Camargua ó de las Romañas; en África, la de los *Chauchs*, y en Sud América la de los Gauchos de la Pampa, así como la de los *ranchmen* (rancheros) de Tejas, ó de los *cowboys* (vaqueros) de las llanuras del Far-West: en todas partes hallaremos los mismos usos, la crianza y el criador sometido á las mismas leyes y á la misma vida; en todas partes la misma pasión por la independencia y el mismo desprecio del bienestar material.

En vano buscaríamos los vínculos de familia que deben existir entre estos pueblos, que parece que tuviesen el mismo origen. Todo es obra de la naturaleza, y como resultado del medio en que viven, se han perpetuado en todas partes las mismas costumbres. El pastor no puede vivir ni dar desahogo al ganado sino en la llanura; la llanura imprime carac-

teres semejantes á los habitantes, y á los animales que en ella se apacientan; de manera que, al cabo de algunas generaciones, apenas puede distinguirse el ganado, principalmente el caballo africano del de la Pequeña Rusia, y el de Hungría del de las pampas.

Pampa, estepa, sabana ó puszta, todo es una misma cosa, aunque pueda haber diferencias en cuanto á la extensión. La estepa tiene unas 65,000 leguas cuadradas; la pampa tiene 4,000,000 de kilómetros; la sabana mexicana en unión de la pradera de los Estados Unidos es mayor que la Europa; y la puszta no tiene más que 33 kilómetros.

No se divisan los límites de cada una de estas llanuras, lo que basta para que todas sean parecidas; todas son tierras bajas, antiguos mares interiores, ó cuencas que el mar ha formado, cubiertas de masas de aluviones de espesor prodigioso, enormes capas de tierras de acarreo, que las aguas han hecho precipitarse de las montañas vecinas y reducido á polvo al llegar á su destino.

La superficie herbácea de esas regiones se extiende hasta perderse de vista; no hay allí caminos, y el viajero no tiene más medio para guiarse que los surcos que dejan los carros y las huellas que marcan sobre el pasto los animales que por allí pasan. Pocos son los arroyos que la riegan, y además hay en las hondonadas del terreno charcos formados por las aguas pluviales, donde va á beber el ganado y donde concurren las bestias feroces y las aves silvestres. No existe habitación alguna; la choza, *rancho* ó *ranch* desaparecen en medio de los pastales. El ganado tampoco tiene ramadas ni establos, sino algunos potreros ó cercados sin abrigo.

Así se presentan todos los países predestinados para la cría del ganado; todos se asemejan de tal manera, que de buena gana diríamos al que quisiese conocer las costumbres de los pastores de las llanuras de África, Asia ó de América: no necesitáis atravesar el mar; atravesad tan sólo el Ródano por

Arlés, y penetrad en la Camargua; allí, en país francés, hallaréis un pastor tan primitivo como el de todas las grandes llanuras del globo, como el de las regiones tropicales, y llevando la misma vida que sus congéneres exóticos. Qué más; hallará aun los mismos nombres para designar los ganados y sus trabajos, en los países sajones ó americanos que dedican á la crianza. En la Camargua, isla que se asemeja mucho á a pampa por el aspecto y costumbres, los caballos y vacas viven casi en libertad y no conocen el establo; forman tropas que llevan el nombre de *manadas*, como en los países hispano-americanos que se consagran á la cría del ganado; allí la señal de la propiedad de las reses es la marca con hierro candente, como en Hungría, Rusia, América y la Campiña de Roma, acompañada de las mismas fiestas y regocijos, en que cada uno ostenta su robustez y agilidad.

Si nos remontamos al origen común de estas costumbres. acaso lo hallaremos en las llanuras de Numidia. Si creemos lo que refiere una tradición histórica, parece que la Camargua fué poblada, en los tiempos antiguos, por Numidios traídos por los Romanos; de esa misma Numidia, convertida en provincia Árabe, partieron los que conquistaron la España en la Edad Media: su dominación de siete siglos ha bastado á infundir en la sangre española las costumbres de los caballeros numidios y de los pastores árabes; el *Chauch*, ó conductor de ganados, al atravesar los mares con los *conquistadores*, se han convertido en el *gaucho* de las pampas; el aire de familia es muy marcado; en los países llanos del mundo entero, los habitantes parecen todos haber sido vaciados en el mismo molde. El territorio sajón de los Estados Unidos no ha podido sustraerse á esta influencia numidia; Texas y el Colorado, al separarse del México español, han conservado colonos, y han introducido en la lengua inglesa las voces que se usan en los pueblos españoles para designar los actos de la vida de los pastores. Así, por exemplo, el

rancho, palabra española que significa provisiones de boca, tiene en México, como en la pampa, la acepción de choza del pastor, y en el lenguaje yankí se ha convertido en *ranch*, que significa la propiedad del pastor, y así se dice *ranchman*, *ranchlife*, que quiere decir estanciero, criador de ganado, vida pastoril, como en nuevo Méjico y California: la vida pastoril es allí la vida del *ranch*, como lo es en Australia la del *run*.

El transcurso del tiempo no ha borrado esos caracteres similares de los habitantes de las diversas llanuras; ha respetado las costumbres de los pastores de todas las comarcas del globo, ya se hallen sometidos á la ley rusa ó árabe, ya á la española ó sajona, pues en los países en que la inmigración es abundante y continua, los inmigrantes se someten á la ley común del medio en que viven y tratan de imitar á sus predecesores.

El tratar de describir en este lugar todos y cada uno de estos países, sería tarea imposible y además inútil. Si pueden sorprender al observador es más por sus semejanzas que por sus diferencias. Ya hemos dicho cuanto había que decir acerca de su fisonomía exterior, cuando describimos la pampa. Allí los procedimientos de la cría y explotación del ganado se diferencian aún menos que el espectáculo de la naturaleza. El hombre mismo, sea que hable inglés ó español, vive en todas partes de la misma manera, en medio de esas regiones tan apartadas las unas de las otras, hasta el punto de ignorarse mutuamente y carecer de toda comunicación directa. El té y la carne de carnero en los países ingleses, la carne de vaca y el mate en los países españoles, y en todas partes el alcohol, suministrado á todos, bajo la misma forma, por los destiladores de granos de Alemania y puerto de Hamburgo; las chozas son las mismas en todas partes, con sus puertas de cuero y techos cubiertos con piel de caballo, donde el cuero hace veces de gozne y de cerradura, de soga ó de alambre, donde la

cama se compone de pellejos de carnero y el estiércol del rebaño sirve de combustible exclusivo, que calienta mucho y prontamente, sin despedir apenas mal olor, cosa que á muchos sorprenderá. El pastor tiene en todas partes por regla el poder bastarse á sí mismo, en medio de la soledad. Ya hemos dicho que desdeña y casi aborrece los árboles, así como descuida el trabajo, y que los despojos y la carne de sus animales deben darle abrigo y subsistencia: hé aquí el triunfo del individualismo, tan á la moda en todo país de colonos y donde el pastor de los antiguos tiempos no podría adivinar el desdeñado tipo social de su tribu.

La pampa sud-americana es la única entre estas regiones que, hace veinte años, disfrutaba de ganado en cantidad y era la sola que tenía ya fama como país dedicado á la cría. Hace tres siglos que los Españoles trajeron á este país los primeros animales, mientras que hace apenas treinta años que hay ganados en Texas y en Oceanía. Los últimos treinta años coinciden con el gran período de actividad internacional; por cuya razón las regiones recientemente pobladas han hecho rápidos progresos, que le han permitido ponerse pronto al nivel de aquella cuya celebridad es más antigua. El aumento ha sido en Australia tan rápido, que á la fecha posee casi el máximum de cabezas de ganado que le es posible mantener; su número aumenta casi con igual rapidez en las sabanas de Texas y en las pampas argentinas; pero la extensión de estos territorios es tal, que su población será obra de muchas generaciones.

*
* *

En la región en que el ganado vacuno no tiene más misión que la de ser el primer colono de un suelo virgen, su empleo se limita á preparar con sus pies la tierra, consolidándola, y mejorar los pastos fertilizándola: tarea inconsciente para él y

con frecuencia mortífera; prueba de ello son los innumerables esqueletos, que, diseminados en la pampa, blanquean bajo la acción solar, y bajo la de las lluvias se pulverizan, suministrando á las tierras vírgenes el fosfato de cal que las fecunda. Por donde quiera que el ganado pasa germinan y se propagan las tiernas gramíneas, cuyas semillas han venido no se sabe de dónde; sus tupidas raíces se extienden y consolidan en ese *humus* ó tierra vegetal formada la víspera; aunque más raquíticas que las que, apenas visibles, ocupaban la pampa antes que ellas, si parece que se dejan ahogar por las plantas silvestres en un punto, no es sino para reaparecer más lejos en mayor número. La gramínea puede, por sí sola, en la pampa inculta, mucho más que el hombre con todos sus desvelos; y prueba de ello, que por más que hace éste, no consigue aclimatarla ni propagarla, ni se da cuenta de que él mismo fué quien la trajo en sus bagajes de soldado conquistador. Bajo los pies del ganado que la pisa ha germinado por sus propias fuerzas; le ha bastado un poco de abrigo para madurar y multiplicarse, para avanzar, conquistar y civilizar sola, sin ayuda del hombre, que ningún caso le ha hecho; antes bien, ella le precede y le espera en la pampa, como germen vivificante llevado en alas de los vientos; ni le exige para vivir sino el brusco y continuo pisoteo del ganado. Gracias á ella se han convertido en campos, tanto la pampa como la sabana y la estepa; en pos de ella ha venido el caballo y es ella quien allí lo conserva; el desierto de que ha tomado posesión huye apenas ella se presenta; la soledad desaparece donde ella está, la tierra queda conquistada y avasallada, la civilización alza su frente y la barbarie no sabe dónde esconderse: por cierto, que puede decirse que el mundo ha crecido, y acto continuo la actividad humana se ha enseñoreado de sus nuevos dominios, y esto, y todo, debido tan sólo á una humilde gramínea!

En pos del ganado vacuno, que guiado por el vaquero, gaucho ó cow-boy, marcha siempre hacia el desierto, llega el

sedentario carnero, que halla la mesa puesta. Mientras se halla libre en la tierra conquistable, el ganado mayor tiene su importancia, y para su dueño un valor superior al de su piel, valor que varía según el empleo que se le quiera dar. Hoy es grande en la pampa, que ofrece grandes espacios por conquistar; pero en la época en que el indio la cerraba y defendía, ese valor era insignificante, por lo que el ganado, que era abundante é inútil, llegó á convertirse en una especie de caza, brindada al primer ocupante. Esta era la manera de tratar al ganado á fines del siglo pasado, y es legendaria la forma tan primitiva como se le cazaba. Los gauchos á caballo, llevaban unas medias lunas de hierro, en unas largas cañas que servían de mango; á todo escape rodeaban las manadas y con esta arma iban desjarretando las reses una por una; cuando había un número suficiente por tierra, y sin poderse mover, se apeaban y dábanles el golpe mortal en la nuca, las desollaban y cargaban con los cueros, dejando que el sol pudriese la carne, que de nada les servía.

III

Buenos Aires y las principales ciudades del litoral de los grandes ríos de la región pampeana, deben su comercio al trabajo de la pampa, que le manda sus productos de tránsito, y donde hacen sus remesas diariamente; de ella viven su lujo y sus Bancos, lo que no les impide el despreciar el género de vida que se estila fuera de sus muros y á los hombres que á ella se consagran.

Si de lejos parece envidiable la vida que lleva el gran propietario rural, se desvanecen nuestras ilusiones cuando se le observa de cerca, y se encuentra uno cara á cara con la realidad, esto es, con el hombre que se halla luchando con la naturaleza. Todos los que han pasado algunos años de su vida en este género de lucha, sueñan con el día en que les será

dado libertarse de la soledad y volver al seno de una sociedad cualquiera.

Si es cierto que la sociedad argentina se compone de antiguos criadores, enriquecidos por la compra de tierras á vil precio ó por el aumento de sus ganados, y que han amasado con sus propias manos su fortuna, no puede en cambio decirse que en la actualidad se reduzca sólo á criadores en plena actividad. Los criadores de ganado, sea que trabajen por su cuenta ó que administren por cuenta ajena, viven en sus propiedades, en un círculo agreste y montaraz, que no puede menos de comunicarles sus propiedades y aspereza. Por más que hagan por sacudirla y dominarla, con esa flexibilidad y facilidad de transformarse que caracteriza á los que se dedican á este género de vida, son siempre poco sociables, y algo desdeñados por la sociedad urbana.

El hombre de la ciudad mira con desdén la cría de ganado é ignora con frecuencia sus detalles, cosa que deja encomendada á sus mayordomos. Por más que la vida del campo le suministra materia de conversación inagotable; por más que aparenta no interesarse sino en las promesas de la ceba y multiplicación del ganado, ni habla sino de las variaciones de la temperatura y de la lluvia, que augura buen año, ó de la sequedad que lo hace temer malo, lo cierto es, que él sólo frecuenta la sociedad de los que la cría ha enriquecido y desdeña ó ignora á los que á ella están dedicados. Es porque de antemano sabe cuál será su vida; porque no ignora que ella le impondrá el olvido de todos los goces del espíritu, de todas las satisfacciones materiales, obligándolo á ser rudo con los rudos.

Cosa igual sucede en los alrededores de las ciudades; sin embargo los trabajos del ganadero suburbano tienen mucha analogía con los de su similar europeo.

La tierra se encuentra allí bastante dividida y se hallan pequeños rebaños.

En cercas ó potreros, de 300 á 500 hectáreas, pacen los animales selectos, cuyo número equivale, más ó menos, á una cabeza por hectárea. El Europeo que desembarca, si tiene el hábito de observar y recuerda lo que es la cría en su país, quedará sorprendido al ver tantos puntos de semejanza. Aunque á causa de la suavidad del clima no disfruta el ganado de un cuidado especial, ni es su alimento escogido y de reserva en la estación mala, no obstante tiene el mismo aspecto que sus similares de los mejores pastos de Francia ó Inglaterra. Allí se halla el pelo característico del toro Durham; el cuerno pequeño y frente blanca del de Hereford; las vacas tienen grandes ubres, los toros son robustos y de forma elegante, y la corpulencia prematura de los terneros revela su precocidad.

Si preguntais cuál es el precio de estos animales, quedaréis sorprendidos al oir decir, que ciertos toros, nacidos en el país, de madres que descienden de toros importados de Europa, han costado 200 á 300 pesos fuertes, y que las vacas lecheras se venden de 40 á 60 pesos.

Estas chacras se hallan ocupadas por los lecheros que proveen la ciudad de leche y mantequilla, y para los cuales la cría y venta de los terneros representa una venta de alguna importancia.

Por otra parte, proceden á la americana, es decir, que simplifican cuanto es posible los gastos y las complicaciones de sus trabajos. No se conocen allí los establos y lecherías perfeccionados. Las vacas permanecen en el campo y al aire libre, de día y de noche, en invierno como en verano; tam poco se les da ninguna ración suplementaria, ni se cultiva ningun pasto especial para ellas. Tampoco están acostumbradras las vacas á dar su leche cuando el hombre lo desea; para eso están los terneros, que las esperan antes de anochecer, las preparan mamando, para que sean ordeñadas y reciben en seguida la ración que les está reservada. Ellos á su

vez, se hallan á los diez meses en estado de ser vendidos á un precio bastante elevado, en razón de la sangre de buena raza que corre, en mayor ó menor cantidad, por sus venas, y también en razón de esta misma infancia de miseria y privaciones con que se ha preparado á la vida de las remotas pampas, donde es de regla la frugalidad y la vida un tanto dura: por eso son muy buscados por los criadores para la mejora de sus ganados.

Los lecheros que explotan estas chacras son casi todos Vascongados, algunos Bearneses y uno que otro Lombardo. No tardan en adquirir alguna fortuna; pero no por eso abandonan este género de vida, en que parece indispensable su trabajo personal.

En estas como en todas las demás empresas que florecen en el suelo americano, reina por lo general, el individualismo y no la asociación: cada uno trabaja por sí y para sí. Difícil es hallar auxiliares y más difícil es conservarlos, por lo que el patrón se ve obligado á hacerlo todo por sí mismo y no extender más allá su acción; más fácil le sería emprender otra cosa, por ejemplo, el ensayar la cría en grande escala, que el ensanchar su chacra, aumentar sus productos y su clientela.

Más tarde es posible que las grandes empresas consigan reglamentar mejor el empleo de las fuerzas de cada uno; con la ayuda de los ferrocarriles, los productos se concretarán en manos de algunos comerciantes; pero, por de pronto, no existe intermediario alguno entre el lechero productor y el consumidor. Aquél se ve obligado á producir y administrar por sí mismo, llevando en persona la leche á cada uno de sus parroquianos de la ciudad. Por la misma razón, le es imposible alejarse mucho de la ciudad, lo que contribuye á aumentar el precio del arrendamiento que paga, y por consiguiente el de la propiedad. Hay que tener en cuenta, que en un radio de 5 leguas alrededor de la ciudad, se arriendan

fácilmente las tierras destinadas á este fin, á razón de 10 á 12 pesos fuertes la hectárea; el precio de venta varía hoy, (á causa del alza progresiva que data de 1885 y es el resultado de la especulación) entre 200 y 300 pesos por hectárea.

*
* *

En la misma región existen cabañas de primer órden, destinadas á preparar los animales que sirven á esta clase especial de criadores, y para aquellos que, más lejos, se ocupan de la mejora de los ganados.

El número de estas cabañas es sin duda pequeño y de creación bastante reciente, lo cual se calcula fácilmente. Bien se comprende, en efecto, el empeño de los criadores, que hacen cuanto pueden por lograr la mejora de sus rebaños de ovejas, pues lo que cada año producen indemniza de los gastos que se emprenden para hacerlos más productivos, mediante los cuidados y cruzamientos. En cambio, el ganado vacuno ni el caballar no han producido nunca una ganancia fija. Para pisar las tierras vírgenes es excelente la vaca criolla, de alta talla, y de cuerpo prolongado, de cuerno muy corto, y cubierta con un espeso y pesado manto de cuero, que constituye su principal valor. El mezclar á los rodeos algunos toros de raza selecta habría sido un gasto intempestivo, en oposición con los intereses y necesidades de esta clase de cría. Todo el mundo estaba persuadido de que el cruzamiento con el Durham, si bien tiene la ventaja de producir animales precoces y de pronta multiplicación, aun en medio de las condiciones peculiares del país, tenía, sin embargo, el doble inconveniente de producir un cuero muy delgado, que, además del poco peso, protege poco al ganado contra las intemperies á que se halla expuesto en la pampa.

No obstante, algunos criadores, sin desalentarse por esto, hallaban entre los lecheros mercado suficiente para colocar

todos los toros y vaquillonas que resultaban de los cruzamientos; y así se alentaban á pedir á Inglaterra animales de raza escogida, cuyo precio era cada día más elevado. Á su vez, los lecheros vendían sus terneros á los criadores de regiones apartadas, donde se formaban así los primeros ganados de mestizos.

Esta transformación del ganado pampeano comenzó hace veinte años, y se ha llevado á efecto con tal habilidad y destreza, que no es raro hallar, á cien leguas de Buenos Aires, en terrenos que hace diez años estaban en poder de los indios, estancias que cuentan de mil á diez mil cabezas, en las cuales ha desaparecido completamente el tipo de la vaca criolla, y en cambio domina el tipo clásico del toro Durham, reproducido á millares.

Á no impedirlo la extensión del Océano, veríase en los concursos regionales de Rennes y Poitiers, cómo los criadores pampeanos, en cuyo número se halla el autor de estas líneas, podrían exhibir, con probabilidades de obtener el primer premio, rebaños de mil bueyes ó de mil vacas Durham; otros exhibirían igual número de bueyes Hereford, y entonces los grupos de seis á ocho bueyes que figuran en estos concursos pasarían desapercibidos, con gran sorpresa de sus propietarios.

¿Y qué dirían si supiesen que uno sólo de los padres de esos animales, importado de Londres, ha costado allá 6,000 pesos fuertes, y que la generalidad de los demás cuesta de 1,000 á 1,200 en Inglaterra, ó en Francia, en el pueblo de Iré, en las propiedades del conde de Blois, heredero del conde de Falloux, ó en las de M. Grollier, y en otras estancias privilegiadas, que con estas se dividen la clientela sud-americana?

Los criadores pampeanos pagan de 100 á 300 pesos fuertes por los mestizos que descienden de estas razas tan valiosas, para mezclarlos con sus rodeos de estancia. Y ¡quién lo

creyera! las reses que resultan de estos cruzamientos, vendidas al por mayor, gracias á la abundancia de la oferta y la escasez de la demanda, se venden á un precio que no pasa de 8 á 10 pesos fuertes por cabeza de animal gordo, con destino á las carnicerías ó los saladeros.

Sin embargo, á pesar de estos resultados desconsoladores, se ha mejorado de tal suerte la raza bovina, que en la Exposición Continental de 1881, un criador presentó, como *cosa rara* — y en realidad lo era — una vaca criolla auténtica, descendiente pampeana de la raza holandesa que importaron los primeros colonos del país, con los caracteres que le ha comunicado la vida ruda de la pampa, y la lucha por la existencia, en medio de tierras vírgenes, durante tres siglos. Á todos los visitantes sorprendió, por lo raro de sus olvidadas formas, este testigo desdeñado de generaciones pasadas, á las que se han preferido sus similares : acaso sería hoy imposible conseguir un ejemplar semejante.

No se realizan tales progresos sin encontrar numeros escollos. En ciertos huracanes perecen manadas enteras de la raza perfeccionada, pues carecen de las cualidades de resistencia que tiene la raza criolla, y se ve á los criadores perder en una noche (como nos refería uno de ellos que nos narraba estos desastres), más de lo que es permitido perder. La corriente no se ha detenido por esto : un cuarto de siglo ha bastado á reparar la negligencia de los otros tres.

En Australia, donde debemos siempre buscar puntos de comparación para dilucidar la cuestión de la crianza pampeana, no existía cosa alguna que reparar ; allí no se hallado nunca el ganado tan abandonado á sí mismo, para que haya perdido entre los abrojos de la espesura ó *bush* las cualidades originarias de su raza. Desde un principio se ha tenido cuidado allí de escoger los animales reproductores, y la administración colonial se ha encargado de su dirección, mientras que el criador pampeano, reducido á sus propios recursos y

conocimientos, procedía con más lentitud y menos seguridad.

Ciertas cabañas han adquirido hoy una fama muy merecida, y sus negocios marchan con tal prosperidad, que les es dado el proveerse sin reserva de los tesoros que las generaciones precedentes han acumulado en Europa. No hay necesidad de que los citemos aquí; en Buenos Aires todo el mundo los conoce, y sólo agregaremos : que se hallan en aptitud de impedir la degeneración de los rebaños libres, de que hemos hablado, y cuyas huellas han desaparecido en el día.

IV

En tiempo antiguo la cría no tenía que ocuparse de tantos detalles; pero hoy es mucho más complicada, aún en las tierras vírgenes de las regiones lejanas.

Una grande estancia, cuyo principal objeto es la cría del ganado mayor, tiene por lo general de ocho á diez mil hectáreas, y para administrarla basta un mayordomo con la ayuda de dos *capataces*. Esta división rural parece la más racional, pues si fuese doble también tendría que doblarse la vigilancia y habría que dividir la estancia en dos.

En esta extensión de tierras vírgenes, ocupadas por vez primera, y que es ya bastante dilatada, dos mil cabezas son suficientes. Después de vender lo que sea vendible, se pueden dejar anualmente cinco mil cabezas, formando, en lugares más aparentes, veinte manadas de carneros de quinientas cabezas cada una. Hasta que se realice este incremento, que demandará cinco ó seis años, uno ó dos hombres podrán vivir en una casucha modesta, con techo de caña y hamacas de cuero de caballo, como se acostumbra. El guardián de los carneros no será más exigente : un rancho de dos cuartos bastará para él y su familia.

Penetremos con el dueño en una de esas estancias.

Se halla situada en los confines de la Provincia de Buenos Aires. Nos lleva á la estancia uno de los ferrocarriles que parten de la capital hacia la pampa ; al principio encontramos algunos pueblecitos, muy cercanos entre sí los primeros, y en seguida no se hallan sino estaciones ó apeaderos en medio de la pampa, que acaso serán ciudades del porvenir, pero donde no hay por el momento nada que prometa para lo futuro, ni cosa alguna notable en su pasado. Esas estaciones se distinguen entre sí por el nombre de un santo, tomado del calendario, por el de un animal de la creación, ó lo que es menos inteligible, por el de algún propietario vasco del lugar, que de hombre enriquecido ó comerciante arruinado, ha pasado, de un golpe, á la categoría de expresión geográfica. Cuatro ó cinco leguas median entre esos apeaderos, y apenas si hay en el espacio intermedio una que otra casucha de pastor.

Al cabo de doce horas de camino y de cien leguas de pampa, llegamos á casa de nuestro estanciero. Su propiedad es muy grande y puede considerarse como modelo de las de su especie. Allí hay reunidos tres lotes de diez mil hectáreas, bajo una sola administración. El dueño ha comprado este terreno de doce leguas cuadradas hace diez años, cuando la región en que está se hallaba amenazada por los indios, y el Estado buscaba comprador, sin hallarlo, á razón de dos mil pesos la legua. En el día de hoy no faltaría quien pagase esa misma suma por el simple arrendamiento, lo que prueba que el valor de la legua ha subido hasta veinticuatro mil pesos fuertes.

El ferrocarril corta la estancia transversalmente, y tiene allí una estación.

El terreno está ya preparado, es decir, que la tierra virgen es ya fecunda; la larga permanencia del ganado le ha dado un valor real, que la llegada del ferrocarril no ha aumentado considerablemente. Las treinta mil hectáreas se hallan defendidas por una cerca á toda prueba, que consiste en cinco

alambres de acero, sostenidos de quince en quince metros, por estacas de madera dura y sólida, que se llevan á esta región desprovista de árboles, de las Provincias del Nordeste de la República, Entreríos y Corrientes.

Al ver la resistencia que tiene esta madera, parece increíble que el hacha haya podido partirla. La dificultad para trabajarla y el transporte á tan gran distancia, hacen que el precio de estas estacas se eleve, de unos centavos á algunos francos: cada una de ellas puesta en el lugar en que las hallamos, representa un peso fuerte; pero es tal su dureza y resistencia, que pueden considerarse como eternas.

El costo por legua corriente de estas cercas de estacas ó postes y alambres, representa 1,000 pesos fuertes, más ó menos, si la propiedad es de una extensión considerable, el gasto por legua superficial es insignificante, puesto que una legua cuadrada aislada, tiene cuatro leguas en contorno, mientras que una superficie de doce leguas no tiene sino veinte y cuatro en contorno, ó sea 4,000 pesos fuertes, valor de la cerca de una legua y 20,000 la de doce leguas cuadradas.

En todo caso, esta precaución es muy útil. Donde la cerca ó vallado no existe, hay necesidad de muchos hombres á caballo para vigilar diariamente los linderos de la estancia, para que arreen el ganado hacia el centro; pues de otro modo invadiria las tierras vecinas. Esta precaución indispensable, inutiliza una gran zona de terreno en torno del fundo y exige el empleo costoso de un numeroso personal á caballo.

En cambio, en las propiedades cercadas se utiliza todo el terreno, y allí se apacienta el ganado en plena libertad, sin necesidad de ningún cuidado ni vigilancia; basta un hombre para examinar el estado de las cercas, repararlas y estirarlas si se aflojan, comisión que, por lo regular, se confía á los pastores, que están estacionados con sus rebaños de ovejas en toda la extensión de la línea, los que se encargan de esta doble vigilancia.

Á ellos también se encomienda el cuidado de las puertas. Las principales tienen sesenta metros de ancho, con estacas intermedias de quince en quince metros. Este espacio se cierra con seis filas de fuertes cadenas, que se estiran ó aflojan, mediante unos manubrios ingeniosamente dispuestos en los extremos. Cuando un viajero ó conductor de ganado pide que se le deje pasar, cosa que según la ley rural no puede rehusarse, entonces las cadenas caen al suelo, como hemos dicho. Debe facilitarse á todo el mundo la entrada ó salida, ya solo, con ó sin sus ganados; no tiene ninguna otra obligación, si quiere pasar algunas horas, de día ó de noche, con su ganado, que la de dar aviso al dueño, el cual está en el deber de asignarle el lugar donde puede campar y pastar, y no tiene el derecho de rehusarlo, ni exigirle retribución alguna.

La cerca general que atravesamos, no es sino el punto de apoyo de otras menores, que sirven para dividir los rebaños, y para separar los novillos de las vacas madres ó de las preñadas.

Por lo dicho se vé que no es posible estudiar en estos lugares las costumbres especiales del ganado en el estado natural ó silvestre ; para esto hay que ir á las estancias abiertas en que las manadas se hallan en absoluta libertad. En ellas viven los toros, vacas y bueyes en grandes familias, y en mayor armonía de lo que pudiera creerse. Se hallan divididos en rebaños de mil á dos mil cabezas, con un centro de reunión llamado el *rodeo,* de donde parten por grupos todas las mañanas, como tribus de hermanos, hermanas, madres, descendientes y primos, que aumentan ó disminuyen en número, según la proporción de los nacimientos y las crueldades de la venta; parten siempre en la misma dirección, y pacen juntos, casi siempre en el mismo paraje.

En la primavera vienen espontáneamente los toros á mez-

clarse á los rodeos, y llenan su misión : ocho á diez bastan para un rodeo de 1,000 cabezas. Viven entre ellos, mientras estan en brama, más en armonía de lo que podría creerse, después haberlos visto en Abril en la plaza de toros de Sevilla. En el otoño vuelven á la calma de la vida solitaria; todos abandonan el rodeo y se retiran á pasar el invierno, sin más compañía que la de ellos mismos, y se les ve entonces en lugares apartados, ocultos en los terrenos ondulados, rumiando juntos los recuerdos de sus locuras primaverales.

Hemos podido observar estas costumbres no solo entre toros de la antigua raza pampeana, salvajes de padres á hijos, sino entre los toros nacidos en establos, y de padre durham inglés; y hemos notado, que gracias á la atmósfera en que viven, adquieren espontáneamente los hábitos de sus predecesores ó los hereditarios de su raza.

No son estos quizás otra cosa sino usos curiosos, y dignos de ser observados entre animales habituados durante millares de años á la vida domesticada; pero son generales en todas las especies. Otro uso mas extraño é imprevisto es la manifestación del dolor en torno del cadáver de alguno de los que frecuentan un *rodeo*, cosa que es fácil observar, aun en los ganados completamente libres, en las epocas de epidemia.

En el suelo devastado por una sequedad, durante la cual los animales se arrastran y casi se dejan morir, vese caer á uno de ellos para no volverse á levantar; en el acto sus compañeros habituales, los de la tribu á que pertenece, se agrupan en torno suyo y asisten silenciosos á su larga agonía. Apenas el animal adquiere la rigidez de la muerte, el círculo se estrecha, á él se agregan otros muchos compañeros del rodeo, y todos pónense á velar al muerto. Bien merecen el nombre de llanto los lastimeros mugidos de cuarenta ó cincuenta bueyes ó vacas, que de pie é inmóviles lanzan al cielo sus gemidos: se hace preciso dispersarlos, porque de otro

modo permanecerían allí y aun se olvidarían de sus pastos.

*
* *

En la importante estancia que vamos visitando hay 22,000 cabezas de ganado mayor y 60,000 carneros. Las cercas encierran, indistintamente, cierto número de cada uno según la extensión y naturaleza de los pastos. El ganado mayor se halla dividido por rodeos, y el menor en rebaños á cargo de un pastor. Las cercas tienen la doble ventaja de disminuir el número de guardianes y de proteger cada grupo por sí y sin necesidad de ningún gasto; tienen también la ventaja de permitir al dueño el criar en unas Durhams, en otras Herefords; este eclecticismo es una solución, á falta de cosa mejor; pues los criadores no están de acuerdo acerca de la superioridad respectiva de estas dos razas, que con igual éxito se han difundido en todo el mundo.

La raza durham es aquella cuya introducción es más antigua en Australia y en el Plata. Sin embargo, hay que notar, que en este país, aunque no ha sido colonizado por los Ingleses, dicha raza ha encontrado preparado el terreno, mediante una circunstancia, tan curiosa como poco conocida. En efecto, es sabido, que la raza durham es de origen holandés y, por una rara coincidencia, las primeras vacas traídas á el Plata en el siglo XVI por los hermanos Goes eran holandesas. Esto acontecía en la época en que los Holandeses, tratando de emanciparse de la dominación española, se esforzaban por luchar contra su enemigo y señor, aún en el campo de batalla colonial. Hay, pues, semejanza de orígen entre la noble raza durham y la raza criolla degenerada, y por consiguiente, se explica la natural propensión de ésta á apropiarse las propiedades de la primera.

Esto podía ser un motivo para excluirla; pero la raza here-

ford tiene en su favor el mayor peso de su cuero, que es indudablemente más pesado que el del Durham; elemento que no debe pasar desapercibido al que se dedica á la cría de razas exóticas porque sabe muy bien, que si vende su ganado á razón de 8 ó 10 pesos fuertes por cabeza, su ganancia depende, principalmente, del valor del cuero.

Nos resta examinar cuál es la influencia que pueden ejercer las condiciones climatológicas sobre esta envoltura, ó piel, y si la cría al aire libre aumentará el peso del cuero del Durham. En efecto, parece probado que posee la suficiente resistencia al intento, puesto que en Inglaterra y en Francia, por ejemplo en las regiones del Anjou y Normandía, el ganado de raza durham pasa las noches de invierno al aire libre, y no se le lleva al establo, ni aun cuando nieva. Esta costumbre debe inspirar confianza al criador pampeano, y no deben abandonarla los criadores franceses que se ocupan de la exportación de sus animales reproductores.

Por otra parte, ambas razas tienen, poco más ó menos, en igual grado, las cualidades de precocidad que busca cada día más el criador pampeano, puesto que en la actualidad es tal la situación de la cría libre y han bajado de tal manera los precios, que lo único que puede salvarlo es la producción en grande escala; necesita ganar por el número lo que pierde por la baja de precios, y para ello le es indispensable tener animales que en corto tiempo le den un cuero vendible, que cubra al portador y cuya ceba sea fácil. Antes el buey criollo necesitaba cuatro años en la pampa para llegar á este grado: 18 meses bastan á las crías del Durham cruzado.

Rara vez se aprovecha la leche, que esta raza produce en tanta abundancia. Sin embargo, se ha comenzado, en la estancia en que nos hallamos, un ensayo para aprovecharla; allí hay cuatrocientas vacas durham, destinadas á fomentar una quesería, que se ha confiado completamente á algunos vaqueros franceses del departamento de Jura, que se encar-

gan de todo el trabajo, dividiéndose las utilidades: hasta hoy la venta de leche es fácil y la oferta es inferior á la demanda, que se limita á los distritos vecinos.

Es curioso ver estas cuatrocientas vacas de raza fina, cuyas formas recuerdan los más hermosos animales de las praderas normandas, donde cada uno tendría un valor de 80 á 100 pesos fuertes; pero aquí la fabricación del queso y la inteligencia de algunos hombres podrá sacar por cabeza, todos los años, una suma superior á su actual valor venal.

Los rodeos de vacas más ordinarias se hallan en potreros, corrales ó cercas de mayor extensión, donde caben de 4 á 5,000. Si todas estuvieran reunidas en un lugar, formarían grupos imponentes; pero hallándose en libertad, en una superficie de cerca de 4,000 hectáreas, apenas se divisan grupitos de trecho en trecho, por los que no es posible formarse idea alguna de su número, ni mucho menos de la cantidad inmensa que uno busca. Rara vez se lleva este ganado al rodeo, así es que pierde hasta la costumbre de venir á él.

*
* *

En esto principalmente se diferencian las estancias cercadas de las que no lo están: en éstas hay que dirigir la costumbre que el ganado tiene de reunirse á ciertas horas en lugares especiales; los rumiantes gustan de rumiar juntos y esta es su manera de conversar. Con sólo indicarles una vez adonde deben ir, ellos van solos en lo sucesivo: este lugar de reunión es lo que se llama en el país *rodeo*. Este consiste en una esplanada seca, que domina la pampa, al aire libre, bajo la acción de los rayos del sol, y elaborada con el incesante pisoteo de los animales: cada rebaño tiene su rodeo. Para las exigencias del servicio es necesario acostumbrar al ganado á que se dirija al rodeo apenas oye la señal, y esto es lo que se llama *parar rodeo*.

Para facilitar esta operación se forma un pequeño grupo de novillos, con que el se forma lo que se llama el *señuelo*, el cual se compone de ocho ó diez novillos, de la misma edad, tamaño y color, castrados en un mismo día y que desde entonces se hallan separados del resto del rodeo. Para que sea más fácil distinguirlos de los demás, se trata que todos sean blancos ó negros.

El modo de adiestrar á estos novillos es bastante complicado. Durante muchos días debe el pastor reunirlos, hacerlos correr, galopando á caballo tras de ellos, llevando una larga caña que tiene en su extremidad una punta de hierro y una campanilla. La punta y la campanilla desempeñan un papel importante en esta operación; la primera punza al animal mientras que la segunda resuena. El pastor grita: ¡Dentro buey, fuera, buey! al mismo tiempo que los hace entrar en un corral y los hace volver á salir, gritando sucesivamente, ¡Dentro, buey, ó fuera, buey! y siempre acompañando sus gritos del ruido de la campanilla y de numerosos pinchazos. Al cabo de algunos días, con sólo colgar la campanilla al cuello de uno de los bueyes que sirven de guía, basta para que en el acto todos los demás se agrupen en torno suyo, y ejecuten la misma maniobra, apenas oyen la voz del hombre. El repiqueteo de la esquila será para ellos el inevitable recuerdo de los pinchazos recibidos, y así echarán á correr instintivamente, cada vez que resuene en sus oídos el son del cencerro.

Así pues, para llamar el ganado al rodeo, el pastor va en busca del señuelo: de antemano sabe dónde lo hallará, y va al galope á su encuentro. El señuelo, apenas lo divisa, se prepara, se arma y en cuanto oye la voz de mando echa á correr en dirección del rodeo, que muchas veces dista algunos kilómetros. Todo el ganado que se halla diseminado en los alrededores comprende en el acto lo que pasa, y al oir la esquila, vese que todas las manadas, esparcidas por aquí y por allí,

se dirigen todas, unas al galope, y las más con el paso calmoso del rumiante, al lugar que más de prisa les señala el *señuelo* es decir, al *rodeo*.

El rodeo se forma con el objeto ó de permitir á los vecinos que reconozcan los animales que se hayan extraviado, ó para presentar el ganado al comprador, ya para escoger los animales que se han vendido, ya para proceder á marcarlos y castrarlos.

Si se trata de escoger reses, esta operación dura sólo algunas horas. El ganado una vez reunido, va dando vueltas y vueltas, mugiendo, en torno del mismo punto. En vano los hombres que á caballo se hallan alrededor tratan de apartar los animales que no se han de escoger; ni estos ni los otros hacen caso y continúan apiñados dando sus vueltas aburridos y llorosos. El señuelo, entre tanto, permanece aparte. En torno suyo deben venir á agruparse las reses que se escogen, y se las hace salir dándoles pechadas con los caballos, empujándolas hacia el punto de concentración, adonde ellas se precipitan coceando, con la cola erguida y escarbando el suelo con los cuernos. Toda la maña se reduce entonces á estorbar que se vayan al señuelo las que no tienen para qué ir, y que no se aparten de él los que allí deben permanecer. Esta maniobra hay que operarla con frecuencia en los campos abiertos, donde los ganados se mezclan continuamente; pero en los campos cercados no se verifica, sino cuando hay ventas ó cuando se trata de dividir ó clasificar las manadas, separando los terneros ó los bueyes.

La marca y la castración se efectúan en corrales cercados principalmente. Aquí desempeña también su papel el señuelo, que está encargado de llevar al corral la hacienda que debe sufrir una ú otra de estas operaciones.

En el otoño se verifica en todas las estancias la operación de marcar los terneros que han nacido en primavera: esta

operación no ofrece dificultad ninguna. Los terneros por muy asustados que estén no son temibles, y así esta es una diversión á que se convida á los vecinos. Se enciende en el centro del corral una gran fogata de huesos, donde se caldean bien los hierros de las complicadas marcas, mientras vienen las víctimas; algunos hombres á caballo y mayor número á pié, se hallan diseminados en el corral; los de á caballo llevan su lazo amarrado á la silla, con el objeto de coger al ternero, por decirlo así, al vuelo, y contenerlo, para que los que están á pié puedan manejarlo, echarlo al suelo y ponerle la marca candente en la parte inferior del muslo.

Toda la operación se verifica con gran rapidez, y el animal espantado, una vez suelto, arranca dando mil corcovos. Á veces sucede que trata de resistirse, y con más frecuencia, gracias á un chusco, que por asustar á los invitados y formar barullo suelta el lazo, el ternero se escapa, distribuyendo cornadas á diestro y siniestro, que, felizmente, no hacen mal á nadie.

Distinta cosa es la operación similar, que consiste en marcar de nuevo las reses que llevan la marca de su primitivo dueño y por él vendidas. Siendo la marca de hierro candente la señal de la propiedad, es indispensable marcar de nuevo la res, cada vez que cambia de dueño. Ya no se trata entonces de terneros, sino de haciendas compuestas de animales de todos tamaños, que hay que enlazar uno por uno, echarlos al suelo y ponerles, no una sino dos marcas candentes; la del antiguo propietario al revés, lo que significa anulación de la precedente, y además la del comprador actual, como señal de la cesión que se ha hecho en su favor.

El ganado no solo tiene que someterse á esta operación, sino que debe emprender una marcha más ó menos larga, pues lo más corriente es que el comprador se lleva su ganado á un lugar bastante distante. Así pues, no solo tiene que sufrir el dolor que le causa la herida de la marca, sino la fatiga del viaje, y lo que es peor, el cambio de pastos, por lo

que, si esta triple operación no se hace con mucho cuidado, puede costar muy cara.

Para que salga bien se necesita un buen corral, que pueda contener dos á trescientas cabezas. No debe colocarse en medio de él la fogata, pues sería peligroso, sino á un lado cerca de la puerta de salida y detrás de un hacinamiento de carretones, que en caso de peligro sirve de refugio á los hombres de á pié. Esta es una verdadera plaza de toros y nos hallamos rodeados de peligros; cada uno tiene, pues, que mirar por sí y por los demás, por lo que no hay lugar para chanzas. En efecto, no es raro ver un animal, aunque no sea muy rebelde, que después de haber evitado el primer lazo que lo agarra por los cuernos y el segundo que le enreda las patas y lo derriba, se levanta furioso, con el escozor que le causa la marca candente, y arremete contra los hombres de á pié. No es el toro el más peligroso en tales casos; éste se precipita con la cabeza baja, da su cornada, á la que se hace un quite, y pasa adelante; pero la vaca, al contrario, regresa y ataca de nuevo á su enemigo, lo acosa una y otra vez, y si se echa en el suelo para escapar, escarba la tierra con sus cuernos, tratando de levantarlo en peso.

La operación de la castración no ofrece mayores peligros que ésta y se hace de igual manera, en cuanto á la reunión de los animales en el corral. No ofrece inconvenientes para con los terneros de cinco ó seis meses, que la sufren, es sin peligro de parte de los hombres que la ejecutan.

El novillo representa la verdadera utilidad del ganado, pues es vendible á la edad de dos años, si está gordo. En Octubre es cuando comienza ese período, que será de mayor ó menor duración, según la naturaleza de los terrenos y la calidad de los pastos. Los que dan más pronto el resultado apetecido son considerados, por esto sólo, como pastos de primera clase, y obtienen precios en proporción. En efecto,

apenas entrada la estación, la oferta abunda de todos lados, y como es natural, bajan los precios, sobre todo hoy, que la disminución del precio de las grasas y sebos, de la carne seca y salada, han paralizado la actividad de los saladeros, mientras que para la exportación de carne congelada sólo hay pedidos de carnero.

Desde hace algún tiempo, la venta de animales gordos se hace de año en año más dificultosa. Los propietarios de ganados, al ver que sus haciendas se multiplican en mucho mayor proporción que las ventas, se ven precisados á buscar nuevos terrenos adonde enviar los animales reproductores ó á venderlos á otros, que los destinarán á ocupar tierras nuevas.

Ahora diez años era muy raro este éxodo del pastor en busca de las tierras vírgenes, puesto que la pampa estaba cerrada hacia el Oeste por los Indios, y esta imposibilidad de extenderse ponía en peligro la cría del ganado mayor.

Entonces sucedía, que hallábase algún gaucho solitario que se ofrecía á llevar á las lejanas regiones, aún expuestas á las invasiones, algunos miles de cabezas de ganado vacuno, y se encargaba de cuidarlo, con el aliciente de que se partiría con él una pequeña parte de las utilidades. De tiempo en tiempo se tenían noticias de él, y con frecuencia se le veía precisado á refugiarse en alguno de los fortines que defienden la frontera. Llevando una vida semi-salvaje en esa zona de transición, en buena armonía con los Indios sus vecinos, y sin más compañía que la de su ganado; alimentábase de *charquí*, es decir, de tiras de carne secada al sol, preparadas por él mismo, cuando, de tiempo en tiempo mataba algún buey para alimentarse, dedicando todo el tiempo restante á la caza de avestruces.

¡Á veces, este ejemplo atraía algunos imitadores, que iban á tentar fortuna, exponiéndose á los mismos peligros! esto bastaba para que se considerase la región como po-

blada; resultando entonces, que el fuerte destinado á protegerlos quedaba ya á retaguardia, se trasladaba éste á vanguardia, con sus seis ú ocho hombres de guarnición; en su lugar se instalaba un *pulpero*, enarbolando su distintiva bandera blanca, donde la víspera flotaba aún el pabellon nacional. Los antiguos solitarios de la región tenían ya allí un centro de reunión, donde podían procurarse todos los goces que ofrece una botella de ginebra ó de anisado, y un lugar donde cambiar ó vender sus cueros, de origen más ó menos legítimo, los atados de plumas de avestruz, así como las pieles de jaguar, de gamo ó de puma, que la caza les daba. Cosa igual pasa en los Estados Unidos y en Australia: en aquéllos los *cow-boys*, (vaqueros) en ésta los *squatters*, (colonos que no han comprado las tierras) son los misioneros de las tierras vírgenes.

En la pampa el oficio del colonizador, del obrero de vanguardia, se ha regularizado como todo lo demás. Las tierras conquistadas se han vendido á muy bajo precio, y los propietarios las ocupan por su cuenta. En estas tierras, después del primer año, que es bastante penoso, y de la selección que se realiza con la aclimatación, se puede calcular que el ganado se duplica al cabo de tres años.

El éxodo es, pues, lo más ordinario. ¿Por ventura, no sucedía lo mismo desde los tiempos de Abraham? En todas partes los pastores conservan las antiguas costumbres, que por sí se imponen, con la diferencia: que aquí, deja de ser nómada, y no consiente en cambiar de residencia, sino cuando tiene que ensanchar su propiedad.

En los primeros meses de la primavera, una vez terminada la parición, cuando ya han crecido y están fuertes los terneros, se forma una tropa y se la aisla, compuesta principalmente de vacas reproductoras; hecho esto, se la lleva de ahí un día, antes del alba, de manera que el ganado se halle bien lejos de la querencia que ha dejado cuando llegue la noche.

La vanguardia la forman los caballos de remuda, que deben servir á los expedicionarios y á la futura empresa.

Es cierto que en los terrenos cercados no se necesitan muchos caballos; pero no es así en los lugares adonde la caravana se dirige, y donde hay necesidad de un número considerable. Por otra parte, esos terrenos se prestan admirablemente á la multiplicación de este ganado desdeñado, poco exigente, y perjudicial desde el momento en que deja de ser necesario.

Se llevan, pues, tropas de caballos y yeguas; pero hay que servirse en el tránsito de los caballos, los que van aparte y á cargo de dos hombres. Van por delante, mostrando el camino, como á medio kilómetro del resto del ganado, y no se deben acercar más, porque sería peligroso; pues estando siempre dispuestos á ir á galope, estimularían al ganado, que debe ir despacio, á imitarlos. Cuando una punta de ganado vacuno, de mil á dos mil cabezas, echa á correr, forma como un torrente que nadie es capaz de contener. Sin embargo, durante la primera jornada es indispensable caminar ligero, para alejar cuanto sea posible el punto de partida, y fatigar al ganado, á fin de quitarle las ganas de regresar. Para esto, es necesario que el *señuelo* abra la marcha, para que con su paso resuelto arrastre en pos de sí á los que vacilan. Hay que tener en cuenta, que aquí no hay senderos sino pampa abierta, y el camino sólo se halla marcado cuando se pasa un vado ó por entre las cercas de los potreros ó corrales.

Es fácil salvar estos puntos dificultosos del camino, si el señuelo continúa á la cabeza del ganado; pero por lo regular se retira después de la primera jornada para cumplir su misión ordinaria: hay, pues, que proseguir sin él, tomando muchas precauciones.

No son menores los riesgos que se corren durante la noche, pues el ganado tiene tendencias á escaparse, al oir el zumbido del huracán ó el simple ruído de algún *rodeo* cercano.

Se llega, al fin, después de algunos días de marcha. El escenario no ha cambiado mucho que digamos, pues la pampa no es la región de las sorpresas; sin embargo, para el ojo acostumbrado del ganadero todo es nuevo. Aquí no hay esa espesa alfombra de variadas gramíneas, tiernas y nutritivas, de la región de donde viene; la vegetación no cubre siquiera todo el terreno, y los grandes trechos, áridos y desnudos aun en la estación favorable, prueban que nos hallamos en una tierra estéril, donde sólo hay algunos matorrales de hierbas silvestres, con rudos vástagos dentados y espinosos : sólo en las hondonadas hay una vegetación algo vigorosa.

Comienza ahora para el ganado la dura prueba de las privaciones : no hay quien festeje la llegada á este purgatorio. Los hombres saben, por su parte, que aquí no han de hallar recurso ninguno y que todo está por hacer. Hay que esperar la llegada de las carretas, que tarda siempre bastante, las que deben traer del litoral la madera necesaria para construir la casa futura; hasta entonces habrá que vivir á la intemperie, sirviéndose de algún carretón que haya venido en la caravana, á guisa de techo; el suelo sirve de colchón y como cama de campo, almohada y frazadas, sirven las sillas y diversas piezas que forman el *recado* de las caballerías. Esto no impide que muchos dormilones consideren deliciosa esta clase de cama improvisada, y sigan durmiendo, mientras los más madrugadores les preparan el *mate*, con las brasas guardadas de la víspera.

El ganado necesita de mucho cuidado. En cuanto lleguen los materiales indispensables, se debe hacer un corral, para encerrar el ganado por la noche, á fin de que olvide su querencia; y hay que vigilarlo también de día, para que se acostumbre á no salvar los linderos de la estancia.

Parecerá á primera vista muy difícil, tanto para el hombre como para el ganado, el conocer estos linderos; tanto más

cuanto que no se hallan demarcados con señal alguna, lo que no impide que pronto ambos lleguen á distinguir hasta el último matorral que pertenece al amo ó al vecino.

*
* *

Aun las propiedades de las regiones más remotas se hallan trazadas y medidas. Mucho antes de pensar en venderlas, el Estado ha formado su catastro, las ha dividido en cuadrados de diez mil hectáreas, ha hecho determinar sus linderos por los agrimensores, y colocado por medio de ellos las señales que distinguen los lotes.

Es fácil concebir que el oficio de agrimensor se ejerce en este país de muy distinta manera que en Europa, y requiere conocimientos especiales, de órden muy diferente. Para comprenderlo, bastará recordar lo que ha pasado cuando se realizó la conquista de la pampa. Se trataba de medir 6,000 leguas cuadradas de terrenos nunca explorados, ignorándose su perímetro así como su topografía interior. Los agrimensores estaban encargados de dividir esas tierras en lotes uniformes de diez mil hectáreas cada uno, trazar las líneas que correspondían á cada lote, poner postes ó piquetes kilométricos, en los linderos y en todas las esquinas de los cuadros; debían examinar y consignar por escrito cuanto notasen respecto á la naturaleza del terreno, sus propiedades, así como hacer el trazo de los perfiles de las superficies. Se fijó como punto de partida el quinto meridiano al Oeste de Buenos Aires, el cual había que determinar de antemano.

Cada agrimensor partía acompañado de sus ayudantes, con sus caballos, armas, y un destacamento de caballería de línea. El trabajo ha durado dos años, que ha habido que pasarlos en el desierto. El Estado ha pagado este trabajo enorme á razón de cuatro centavos por hectárea, y por tanto, ninguno de los que lo han ejecutado ha alcanzado á cubrir siquiera sus gastos.

Esta medida del terreno es por lo regular bastante exacta; pero el comprador cuando toma posesión, tiene cuidado de rectificarla y pone los linderos, que consisten en una columna de hierro ó riel, con una bandera de hierro, que lleva las iniciales del propietario. Estas marcas ó señales bastan; y aunque están colocados en las cuatro esquinas del cuadrado, donde todos no pueden distinguirlos, esto no obstante, las bestias, así como las personas saben muy bien por dónde pasa la línea invisible que une esos puntos unos con otros.

Cuando los animales se han acostumbrado á no pasar esos linderos, se puede decir que se ha conseguido lo más difícil de esta tarea. Durante este intervalo también se han aclimatado; ya conocen el *rodeo* y el *señuelo* se ha adiestrado. Hasta que esto se realice el descanso y ociosidad no son posibles; se requiere un personal activo y vigilante, y caballos en buen estado, siendo difícil el conservarlos así en estos pastos nuevos y en medio de una vida de privaciones.

Al cabo de algunas semanas los rodeos de vacas también se hallan inconocibles, á causa de su alarmante flacura; se enflaquecerían, aun en el caso en que el pasto fuese mejor y más abundante aquí que el que han abandonado; todo cambio les es adverso y sobre todo, sufren de verse privados de sus habituales compañeros.

De tiempo en tiempo y de trecho en trecho, se queman las hierbas más crecidas; el terreno así ennegrecido se ve pronto barrido por el viento, y algunas lluvias favorecen la vegetación de tiernos retoños que brotan bajo de las cenizas. La mortalidad tiene que ser muy considerable hasta la llegada de la primavera, cuando podrá considerarse como aclimatado todo lo que haya entonces sobrevivido; mientras que, cuanto es débil ó se ha debilitado, debe necesariamente morir durante los meses de Julio y Agosto.

¡Hacer su Agosto! Esta espresión que se emplea aún en el hemisferio austral, por más que allí carezca de significación, puesto que ella revela la realización de los sueños del labrador que aglomera en su granja el fruto de sus labores, se convierte en sangrienta ironía en el lugar donde estamos. ¡Hacer su Agosto! esto significa aquí para el ganado morir de miseria en medio del campo, en medio de una pradera que las heladas nocturnas han secado. ¡Pobre animal abandonado! Se acuesta y no puede moverse, trata de volverse á levantar para seguir á sus compañeros una vez más y no puede: tiene que morir allí. Sus miembros amanecerán rígidos y helados; el pastor espantará las reses que hayan velado al muerto, y apeándose de su caballo procederá á quitarle la piel.

La osamenta, que no recordará ya á sus compañeros el amigo que ha desparecido, queda abandonada á las aves de rapiña. Por largos años sus huesos, diseminados por todos los roedores, que se han alimentado con su carne flaca, permanecerán allí pulverizándose paulatinamente.

Un día pasará necesariamente por ahí una carreta dirigida por algunos de esos inmigrantes que vienen de Nápoles á ser los traperos de la pampa, y que se consagran á la lucrativa ocupación de recoger cuanto se pierde en esas immensas soledades.

No desdeñan el recoger las osamentas, antes bien divisan de lejos con los reflejos del sol su blancura mate, cargan con ellas sus carretas y van á depositar su botín en la estación vecina. Unos sirven para la industria que trabaja el hueso, y otros, pulverizados, se exportan para la agricultura.

Por mucho tiempo los propietarios dejaban recoger libremente en sus terrenos estos preciosos residuos, que sirven para suministrar al suelo el fosfato de cal que tanto necesita. Ya hoy esto ha cambiado; actualmente se practica una se-

vera vigilancia en las grandes propiedades, y hay que pagar por recoger huesos.

*
* *

Otro enemigo del criador de ganado en tierras vírgenes es el cazador de avestruces, á quien hay que mantenerlo á distancia, cosa difícil, pues su número forma legión. ¿Quién es el gaucho, que sabiendo que hay avestruces en algún lugar cercano, puede resistir al deseo de apoderarse de ellos? ¿Cuantas no son los ventajas que esta caza le procura? Partir á caballo á todo escape, tras del veloz animal, que á la vez corre y vuela, cuyas alas lo empujan y sostienen, á un mismo tiempo; que vuela rasando la tierra, que hace los quites más inesperados, y que en fin es fácil cogerlo cuando se cansa, lanzándole ese proyectil de dos bolas, que hemos descrito, bolas que lo envuelven, lo derriban y lo mantienen inmóvil.

El cazador de avestruz hace poco caso de la vida de esta ave, y por lo regular desperdicia su carne; se contenta con arrancar sus plumas y corta la estremedad del ala para asarla.

Mucho menos caso hace del suelo en que se halla y de los intereses que representa.

Cuando el avestruz se escapa y se esconde en un matorral, de donde los lebreles negros del gaucho no pueden desalojarlo fácilmente, éste saca en el acto la cajita de cerillas, que lleva siempre en el bolsillo todo campesino, y prende fuego á las hierbas. Pronto el fuego se propaga; las chispas que se desprenden de las plantas secas arrastradas por el viento multiplican las hogueras, y el avestruz, acosado por las llamas, vése forzado á abandonar su escondite; entonces prosigue la caza, sin cuidarse el cazador del incendio inmenso que es obra de su mano. Las llamas se propagan; el ganado que se halla diseminado en la pampa se espanta, y

echa á correr en todas direcciones; pronto se ve amenazada la casita del pastor y no hay sino un medio de contener el mal: aislar el incendio y suprimir todo lo que pueda darle pábulo, en el mayor espacio posible. Hay que recurrir, con frecuencia, á medios heróicos, como el formar un contra-incendio, combatiendo así las llamas por medio de otras llamas; más si el peligro es tal, que no es dable emplear este medio, entonces hay que luchar con el fuego, ahogarlo y contenerlo. Para esto se sirven los pastores de lo único que tienen á mano, á saber, de pieles y cueros; ha habido algunos que al verse en la pampa acosados por las llamas, han llegado hasta sacrificar el caballo en que iban montados, lo han degollado, arrastrando por el suelo sus carnes palpitantes, para detener la marcha del incendio: sabemos que este medio, oportunamente empleado, ha salvado la vida á dos personas.

El propietario que resuelve quemar sus campos para mejorarlos, procede con gran cautela y no quema sino trechos muy reducidos.

*
* *

La explotación exige pocos cuidados y todo se reduce á una acción pasiva. Dos hombres bastan para cuidar de diez mil hectáreas, una vez que el ganado se halla acostumbrado á no salir de los linderos de la propiedad. Uno de ellos es un simple gaucho, habituado á vivir á caballo, á manejar el lazo y el cuchillo, y á matar, desollar, y descuartizar una res en medio del campo; el otro es una especie de director de la estancia, llamado *capataz*, y también gaucho; pero algo superior á sus semejantes, porque sabe escoger los animales que se pueden comprar ó vender, formar una tropa, dirigir los trabajos, organizar un establecimiento nuevo, marcar las reses, y dar, de tiempo en tiempo, cuenta al propietario, á quien sólo conoce de nombre por lo regular, de los diferentes ramos de su administración. Necesita principalmente te-

ner algunas nociones de los principios del Código rural, cuyas disposiciones relativas al cuidado de los animales y al respeto de la propiedad apena, son muy severas. Estas reglamentan, con la mayor minuciosidad, todos los pormenores acerca de la transmisión del ganado, y castigan severamente el robo de cualquier animal, ó el poseer, sin poder probar su origen, un cuero que no tenga la marca del establecimiento mismo.

Debe evitar igualmente que se extravíen los animales, pues, á pesar de todas las severidades de la ley, las más veces, el animal que se extravía es animal perdido. No faltan gentes, sobre todo en las regiones lejanas, que se gozan en alimentarse, de preferencia, de carne de sus vecinos, y que se proveen de correas, cortando tiras de cuero de un animal, y evitando así que su fraude se descubra.

Sin embargo, rara vez ignoran estos hurtos los interesados; no hay guardián algo avisado, que de un vistazo no sepa distinguir en un ganado de mil cabezas, cuál es el animal que falta: esta es cosa muy sencilla. En efecto, el capataz va todos los días al amanecer á visitar el *rodeo*, á la hora en que las reses despiertan y comienzan sus paseos naturales. No pasa semana, sin que á petición de un vecino ó por cualquiera otra causa, deje de reunirse el rodeo : esta es otra ocasión para revisar el ganado, que se renueva con frecuencia; en fin, cuando los animales se separan por grupos, compuestos siempre de igual manera, la observación es más minuciosa : se nota el color, forma y tamaño de cada uno, y se fijan estas señales en la memoria, así como el número que hay en cada grupo, de manera que en el acto salta á la vista cualquiera que falta.

*
* *

La existencia de estos seres aislados, que viven lejos de todo, de manera que podría creerse que les sería más fácil sa-

ber lo que pasa en las estrellas que lo que ocurre en el país de que son ciudadanos, no es, sin embargo, lo que parece. En este desierto existen vínculos sociales y relaciones frecuentes; las familias se forman sin necesidad de la ley y á pesar de ella, lo que no impide que estas uniones sean tan duraderas como fecundas. Estos solitarios tienen sus centros de reunión, sus pasiones, y aun sus pasiones políticas; reciben de tiempo en tiempo los periódicos, juzgan á los gobiernos, á veces montan á caballo para derrocarlos; pero si tienen la suerte de poder regresar á sus hogares, si es que alguna gloria han obtenido, vuelven siempre como derrotados y estropeados.

Si dijéramos que se hallan estos en el sendero de la fortu- caeríamos en un error vulgar, que sólo puede perdonarse á los que, de lejos, se imaginan que la fortuna se caza á lazo en América.

Es cierto que ha habido muchos extranjeros, que habiendo comenzado modestamente como simples colonos ó arrendatarios, han llegado á adquirir grandes fortunas; pero esto se debe á que se han consagrado exclusivamente á la cría de carneros, cuyo producto anual, unido á sus grandes desvelos, les ha permitido, poco á poco, comprar primero un pedazo de tierra y después otro; así han comenzado por enriquecer á los propietarios que les arrendaron primero y después les han vendido el terreno; pero por lo que toca á los pastores de grandes ganados vacunos, puede asegurarse qne han trabajado y trabajarán en adelante en provecho de un tercero. Lo mismo puede decirse de los que son dueños del ganado sin serlo del terreno, aunque por éste no se les cobre ningun arrendamiento : la ganancia es aquí, á pesar de todo, para el mismo á quien nada se paga.

En América, más que en ninguna parte, — y de aquí proviene la fama propiamente dicha de este continente, — la fortuna nos sorprende cuando podemos echarnos á dormir.

Para asegurarla, hay que comenzar por establecerse en un lugar y levantar uno su tienda en un terreno que sea suyo. Todo se reduce después á saber esperar : á aguardar el aumento de la población, mediante la inmigración y la progresión de los nacimientos, y á esperar que el ganado también se multiplique. La tierra hallará siempre comprador á buen precio, mientras que se continúe considerando como precio elevado el de 40 pesos fuertes por hectárea de pastos y 200 por hectárea de tierras de labranza.

Esta es precisamente la gran cuestión que amenaza á Europa, más de lo que se cree. Á pesar de todas las prohibiciones y trabas que ella impone á su propia alimentación, y de los fuertes derechos sobre el pan y la carne, no conseguirá impedir que las tierras americanas enriquezcan al que tenga la feliz idea de comprarlas, quien quiera que él sea y cualquiera que sea el valor de sus productos.

Sin embargo, sentimos vernos obligados á declarar que la última palabra de este estudio sobre la cría del ganado vacuno es que, á pesar del desarrollo de las vías de comunicación de nuestros días, de la baratura de los trasportes, á pesar del aumento de la población en todos los países europeos, así como del de los consumos, nos lleva á esta conclusión : que esta producción no hay hoy en qué emplearla, lo mismo que en el siglo pasado; que aunque el comercio trate de crear nuevos mercados para vender este excedente, el único mercado de alguna importancia que se le ofrece es el mercado local, y que no debe esperar que la exportación le tome sino la lana de sus carneros y las pieles de sus bueyes.

Hasta hoy, los ganaderos de Europa no han sufrido, y ni siquiera se hallan amenazados, por la enorme producción de la cría de ganados vacunos en la América del Sur.

CAPÍTULO III

LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE LA CARNE

La verdad sobre la importación de la carne en la Europa occidental. — Insuficiencia de la producción en Europa. — Hungría, Alemania, Rusia, Italia, España, Argelia y Túnez. — Importancia del hemisferio sud. — Multiplicación rápida del ganado. — Cría ó producción barata. — Dificultades de la exportación de las carnes. — Procedimientos antiguos. — Conservas químicas. — Sistema Liebig. — Animales vivos. — Solución del problema por la congelación. — Dificultades industriales vencidas. — Organización comercial costosa y complicada. — Esfuerzos hechos; Resultados poco satisfactorios. — Precios de regreso. — Dificultades de transporte. — Estado actual. — Carnicería exótica en París. — Porvenir de esta industria.

Cualquier cuestión económica, parece como que huye de la la luz cuando se debate en el terreno donde se agitan los intereses electorales, y la discusión, que debiera esclarecerla, la obscurece. La del consumo de las carnes y de la producción ó cría del ganado, han sufrido en Francia esta suerte funesta. La solución dada por las Cámaras tan es exclusivamente un regalo político hecho á los electores rurales que no aspirará á tener pretensiones científicas.

El error de la razón de Estado que podría haber agravado los sufrimientos de la agricultura con sucesivas leyes de protección no tenía por qué estudiar los países en los cuales se hace la cría de ganado, cuya concurrencia hace tiempo anunciada, inquieta á la agricultura europea; aún no lo ha hecho: traeremos aquí documentos exactos y la verdad sobre la crianza en los grandes llanuras y el porvenir de esa producción. El lector decidirá. Si es agricultor, tal vez reconozca que el ganadero europeo, nada tiene que temer del ganadero extranjero; si es consumidor, acaso pierda la esperanza de ver inaugurarse en nuestra generación los días de

abundancia que tantos le han ofrecido, y que hasta ahora nadie le ha dado.

Hoy, cuando las condiciones del trabajo agrícola se han transformado en el mundo entero, todas las leyes de la producción se reconcentran cada vez más en la cuestión de transportes.

Los mercados de consumo están tan cercenos de los países nuevos que estos pueden esparcir sus productos y desarrollar, por lo tanto, sus cultivos por todas partes.

¿El ganadero, en un tiempo más ó menos próximo, se verá como consecuencia, expulsado de los mercados que surte hoy? ¿Los transportes serán una ayuda bastante poderosa para el criador exótico con la que el también hará en el mercado europeo la misma competencia que ya realiza el agricultor?

¿La ciencia de los criadores europeos y los capitales de que disponen, constituirán un escudo de defensa contra el pastor de las tierras vírgenes que vaga en estado primitivo por las praderas inmensas que baña un eterno sol?

I

Veamos cuál es hoy la situación verdadera de la importación de carnes en los países de la Europa occidental, que tienen falta de existencias. Hungría está considerado como un país productor y sin embargo, la llanura magiar no contiene más de cinco millones de cabezas de la raza bovina y el número de las del ganado lanar no excede de catorce millones: ha dejado de ser un país de exportación, en cuanto á las carnes, pues apenas produce lo suficiente para el consumo de Austria-Hungría que necesita un millón de toneladas de carne.

El ganado que según las estadísticas tiene la indicada procedencia, procede realmente de la Tauride; el ganado ruso cuya introducción por la frontera francesa está prohibida por

motivos de higiene, pasa por la frontera húngara, abona sus derechos y sale como ganado húngaro.

Sólo la estepa rusa, pero no toda ella, puede abastecer á la Europa occidental con algunas cabezas de ganado : la Tauride, situada entre el mar Caspio y el de Azof, es la única región privilegiada de este gran desierto, cuyas sesenta y cinco mil leguas cuadradas están barridas por los helados vientos del Norte, sosteniendo durante el invierno una temperatura mortal para el ganado. Únicamente en la Tauride, es el clima suave, y pueden los animales pastar al aire libre todo el año, resguardados de los vientos del Norte y respirando, en cambio, los del Mediterráneo. Los ganados son allí tan numerosos como en las llanuras americanas y la cría se hace de la misma manera, sin gasto alguno; hay propietarios que poseen hasta un millón de cabezas; el arriendo de la tierra no excede de 0.25 francos por hectárea y los corderos se venden á 6 francos cada uno. La importación francesa se calcula allí cada año en un millón y medio de corderos, pagados á dicho precio, dirigidos á Hungría y desde este punto al mercado de La Villette donde obtienen el mismo precio que los corderos indígenas. Este comercio está monopolizado por ocho ó diez comisionistas alemanes y austriacos.

Ninguna región de Europa puede hasta la hora presente llenar el déficit que ponen de manifiesto las estadísticas de los mercados de Francia y de Inglaterra. Aparte de la Rusia meridional y de la Hungría, los países que como productores de ganado tienen alguna importancia son : Rumanía, Silesia, Sajonia, Thuringe, Mecklemburgo, Italia y España.

Rumanía posee cuatro millones de hectáreas de tierras incultas que podrían servir para el mantenimiento de los rebaños; aunque su clima no podría permitir á los pastores la completa confianza á que se entregan, en este punto, los de

Tauride, porque los pastos están expuestos á los vientos del Norte, á las tormentas y á las nevadas. Como consecuencia, hay necesidad, en el invierno, de recurrir á la estabulación, causa que explica suficientemente la escasez de los rebaños. En efecto, no tiene más que tres millones de cabezas de la raza vacuna y cinco millones de carneros, cantidades en absoluto insuficientes para constituir un mercado, ni aun en tiempo remoto.

En los países de Alemania á que hemos hecho referencia, no obstante las grandes llanuras en las cuales la población es menos densa que en Francia y en Inglaterra, los ganaderos han visto disputársele por los agricultores los terrenos propios para pastos y como el precio de las lanas ha desmerecido por las importaciones de Australia y del Plata, aquellos, lo mismo que en Francia y en Inglaterra, han preferido disminuir el número de carneros, para aumentar el peso, como carne. Esta transformación puede decirse que en estos momentos está casi efectuada por completo y ofrece como resultado inmediato la disminución en una tercera parte de los corderos criados en Prusia, en Sajonia y en Silesia, donde los grandes criadores aún son numerosos y donde, como en ninguna otra parte del mundo, la cría se ha verificado de un modo científico. Pero el hecho mismo de esta transformación denuncia, así en Alemania como en Francia y en Inglaterra, donde ya está en vías de verificarse, la existencia de necesidades locales, difíciles de satisfacer. La importación de Alemania no es de temer, teniendo en cuenta la forma en que la cría se hace, las condiciones del clima que exige para el ganado la estabulación en el invierno y su proximidad á la parte más poblada y más fría de Rusia, que brinda con sus mercados al criador alemán.

Sin embargo, algunas veces suelen atravesar las fronteras francesas rebaños de ganado vacuno, procedentes de Alema-

nia; pero son rebaños hambrientos, — ¿Acaso Alemania puede ofrecernos otra cosa? — Flacos, arruinados por las privaciones, esos animales vienen á utilizar los productos concentrados de nuestras fábricas del Norte, los residuos de las de azúcar y del aceite de colza prestando así un servicio á nuestra agricultura y á nuestra industria, antes de prestarlo á nuestra alimentación. Su número es poco elevado, no excede de ciento cincuenta mil sobre las doscientas quince mil reses vacunas que Francia recibe todos los años del extranjero.

Nuestras fronteras del Sur, las cruzan también rebaños procedentes de España, de Italia y sobre todo de Argelia.

España, el país en que tuvieron origen los merinos, ha perdido como centro productor de esta clase de ganado, toda su importancia. Mientras dicha raza se extiende por todo el mundo, España, que ha facilitado los padres de veinticinco millones de merinos que pueblan la Francia, cien millones que hay en la República Argentina, treinta y cinco millones en los Estados Unidos, setenta millones en Australia, diez millones en el Cabo de Buena Esperanza, cuarenta millones en Rusia y veinticinco millones en Alemania, ve desaparecer en su territorio, no solamente el número, sino la calidad. Nadie piensa hoy en pedir á aquella nación carneros padres de raza y en cambio Francia y Alemania proveen de ellos. La reproducción del ganado ha venido á ser en España ocupación de la gente pobre, por no decir que se han empobrecido los que se han consagrado á sostenerla sin ocuparse de hacerla progresar. Andalucía, la Mancha, Extremadura, poseen aún rebaños, pero no pueden alimentarlos todo el año. En Abril los rebaños abandonan sus pastos ya agostados, para trasladarse á las montañas del norte; rebaños de diez mil cabezas, divididos en grupos de mil, confiados á un pastor, se traladan á las montañas de Segovia, Ávila y á los

montes Cántabros, donde permanecen hasta Setiembre, recorriendo así quinientos kilómetros á la ida y otros tantos al regreso. Este primitivo sistema trashumante aplicado á los más grandes rebaños de la península, basta para demostrar que los pastos en España son insuficientes para favorecer largo tiempo la exportación. Francia, por este lado no tiene que temer la competencia, como debiera temerla á no consultar más que las condiciones del clima de España y las tradiciones que á este país dejaron los Árabes. La escasez de las carnes es tal en España en estos momentos, tal el abandono y la indolencia de los habitantes de los campos, que la República Argentina ha podido intentar de dos años á esta parte, con algún éxito, la importación de sus carnes secas y saladas, que hasta ahora, solamente los esclavos del Brasil y de la Habana habían consumido.

Italia, más pobre en este punto que España, no posee más que seis millones de cabezas de ganado vacuno; sin embargo, Italia figura entre los países que importan en Francia sus carnes; provee á los criadores del Mediodía con algunas tropas de bueyes y algunos millares de carneros, en número ínfimo, comparado con las procedencias de Argelia.

El Norte de África ha sido en todo tiempo un país dedicado al pastoreo. Los carneros de Siria de la raza Kirghiza, originaria de las orillas del mar Caspio, que habíase esparcido además en Asia y en África, desde las costas del mar de la China á las del Mediterráneo, abundaban en África en los tiempos de la conquista. Esta raza tiene para los Europeos el inconveniente, de que su carne no es comestible, y la particularidad de tener á cada lado de la cola, masas adiposas más ó menos desarrolladas, voluminosas y pendientes, que dan á toda la carne un marcado sabor á sebo rancio. Por este defecto característico, ningún país donde esa raza se ha conservado con su vicio de origen, puede pretender el abasteci-

miento de los mercados extranjeros. Sin embargo, conviene observar que en ciertas regiones, donde la alimentación del ganado se hace en buenas condiciones, el vicio indicado tiende á desaparecer atrofiándose esas masas adiposas. Esto está sucediendo, particularmente, en el litoral argelino, pero no en Túnez.

En Argelia la raza Kirghiza había perdido mucho antes de la conquista sus particulares caracteres zootécnicos y los cuidados especiales de los indígenas habían producido la raza *barbarine*. Los productos de esta especie son los que desde Argelia se introducen en Francia hasta el número de ochocientos mil por año y los que compran los ganaderos del Gard y del Herault con objeto de engordarlos para las carnicerías.

No existiendo ningún país en las condiciones de Francia y de Inglaterra, respecto al consumo, puesto que estos necesitan dos ó tres veces más de lo que anualmente consumen, podemos concluir diciendo después del examen hecho, que ningún país de Europa, excepto la Rusia meridional y algún otro territorio vecino, salvo su colonia africana, puede abastecer á Francia con la cantidad necesaria para llenar el déficit de su producción y permitir á los habitantes del campo conocer el gusto de la carne fresca de otro modo que no sea de oídas.

Los países de Europa están todos situados sin más excepción que la Tauride, en la zona climatológica donde el pastoreo libre es imposible, donde la estabulación se impone á los rebaños durante los largos meses del invierno, donde por consecuencia el criador es tributario del agricultor y no puede dar á sus productos más que un precio tan elevado como en Francia, con poca diferencia.

En los países de Asia y de África más próximos á noso-

tros, donde el clima permite al pastor hacer la vida primitiva, como la cría ocasiona pocos gastos, se desconocen los cuidados que el ganado exige y el cordero no es comestible, el buey no se nutre bien y la consecuencia es que á ninguna parte pueden acudir con sus productos.

Aparte, pues, de los doscientos mil bueyes con que la Europa central abastece á Francia para engordarlos antes de consumirlos, de los dos millones de corderos con que provee la Rusia, aproximadamente dos tercios y Argelia uno, la Europa occidental nada tiene que esperar.

Las dificultades que acabamos de indicar, contrarían el desarrollo de esta industria y la carestía de los transportes por tierra la hacen poco lucrativa. Un cordero traído de Rusia meridional donde cuesta á lo más 7 francos, después de pagar los derechos en Austria para adquirir un certificado de falso origen, los de transporte y conducción y los derechos de tres francos en Francia, deja muy escaso beneficio á su propietario el día en que lo vende en La Villette.

Así pues, cuando se habla de carnes exóticas, de amenazas de concurrencia contra la agricultura europea, es á los países de ultramar á los que hay que tender la mirada. Réstanos ahora estudiarlos desde el doble punto de vista de su producción y de los medios que deben emplear para utilizarla en los países de Europa.

II

La región climatológica en que hemos de hacer este estudio es estrecha, pues si bien es cierto que tiene alguna extensión en el hemisferio norte, es relativamente poco profunda en el hemisferio sur: sabemos también que solamente los países poco poblados pueden aspirar al papel de abastecedores en los mercados europeos. El primer efecto de la densidad de la población es aumentar el precio de la tierra, desarrollar la

actividad agrícola á expensas de las pasividad pastoral y por último elevar en la plaza el precio de las subsistencias, paralizando la exportación. Esta se ha verificado ya en los Estados Unidos: los prados del Far-West y de Texas, por momentos los invade la población y el cultivo y si es cierto que alimentan aún algunos grandes rebaños, también lo es que apenas son suficientes para el consumo local.

En la América del Sur la llanura mejor preparada para la cría, con todas las ventajas climatológicas que se han indicado, ocupa cuatro millones de kilómetros cuadrados, de los cuales pertenecen las tres cuartas partes á la República Argentina y el resto á la del Uruguay y á la provincia brasileña de Río Grande do Sul. En el Océano austral las únicas comarcas que pueden competir con estas, son la pequeña colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza, las provincias del S. de la Australia, Victoria, Queensland, Nueva-Gales del Sur, Australia del Sur y occidental, la Tasmania y la Nueva Zelanda.

Ya hemos dicho, al ocuparnos de la cría en esta región, que falta mercado para el criador y que como este continúa produciendo, cede á bajo precio, hasta el extremo de venir disminuyendo de cinco años á esta parte, sin encontrar comprador. La carne no tiene valor; el sebo y la grasa que Francia adquiría hace cinco años á 110 francos los cien kilogramos, se adquieren hoy á 60; la lana misma, después de haber perdido desde hace mucho tiempo dos francos, está en vías de perder otro franco por kilogramo, y en cuanto á los grandes ganados de las pampas que en las orillas del Plata aún se vendían en 1880 á 40 francos por cabeza, bueyes, vacas, toros y terneros en proporciones desiguales y á 80 francos los bueyes de carnicería, se adquieren en 1887, los del primer tipo á 20 francos y los animales cebados el más afortunado de los propietarios obtiene 40 ó 50 francos por cabeza, por lo mejor de sus rebaños, por los mestizos durham, dispuestos

á ser utilizados. Si se observa que un cuero se vende á 18 ó 25 francos, se tendrá conocimiento de la depreciación de un ganado que vale, vivo, lo que sus despojos después de muerto.

Hay además en la pampa americana una causa económica que detendrá la producción; pero en verdad puede decirse que es única. El criador no se decidirá á destruir sus ganados como lo hacía en el siglo anterior mientras encuentre con facilidad tierras á precio módico y estas las halla con facilidad. Mientras el pastor paga aún, por los pastos escogidos que necesita el cordero, arriendos que le arrebatan lo mejor de su ganancia, los terrenos se ofrecen gratuitamente á los boyeros por los mismos propietarios que ven en lontananza una ventaja más positiva y atienden más á ella que á la ganancia anual.

Si nada detiene esta producción inútil, que no ofrece más que esperanzas, pero que cuesta poco, la multiplicación rá pida del cordero está al contrario favorecida por el producto anual que ella misma ofrece. La lana ha sido hasta ahora suficiente para estimular y enriquecer muchas veces al ganadero, con la única condición de dedicar algún cuidado á los rebaños, mejorando y aumentado los productos con los cruzamientos.

Ella solamente ha permitido desde 1840, época en la cual los carneros y ovejas andaban errantes por la pampa abandonados á sí mismos, constituir rebaños cuya cifra excede hoy de ochenta millones de cabezas. El esmero con que se ha procurado el mejoramiento de la raza ha aumentado su valor intrínseco, pero no ha elevado los precios y puede decirse hoy que ese ganado, no tiene más valor que el de la lana que lleva sobre sí, ó lo que es lo mismo, 2 ó 3 francos por cabeza, según la estación. Se observa aquí un singular fenómeno económico: puede compararse ese resultado á un hermoso vergel cuyos árboles no tuvieran más valor que el de

sus frutos, con una diferencia, sin embargo, y es, que un árbol según la calidad del clima necesita tres á quince años para rendir aquel beneficio, al paso que un productor de lana tiene suficiente con un año para la primera recolección.

Compréndese por lo tanto que en estas condiciones, el criador haya procedido al contrario que el de Europa y puesto todos sus cuidados en el mejoramiento del único producto que el comprador le solicita, pero estos mismos cuidados en beneficio de la lana, le obligan á mejorar la estructura, la salud, y las condiciones de bienestar del cordero, siguiéndose de aquí, que mejora también sin tomarlo en cuenta, las carnes de esos rebaños que viven casi despreciados. ¿Qué importancia, en efecto, pueden tener como consumidores tres millones de habitantes por exigentes que sean? Si los carniceros de las ciudades no estuvieran allí para explotar su arte, como lo hacen en otros puntos, la carne se daría gratis en Buenos Aires, ciudad de quinientas mil almas, como se dá en todos los campos de las pampas. Lo que hemos dicho respecto á la expansión numérica del ganado, puede aplicarse también allí; la Provincia de Buenos Aires, que le es sobre todas favorable, puesto que puede ofrecer ella sola treinta millones de hectáreas y podrá sostener ciento cincuenta millones de corderos cuando esté enteramente ocupada; las otras provincias de la República Argentina alimentarán fácilmente, cien millones: en diez años podrán llegar á estas cifras.

Para establecer una majada ó aprisco, es necesario un mediano capital y un personal que no necesitan los rebaños de vacas; la choza y el corral absorben una cantidad de 500 francos; si á esto se agrega un total de 2,500 francos por la adquisición de mil corderos y 100 por el alquiler de 200 hectáreas se obtiene uma suma que no es de mucha consideración. Como consecuencia del desarrollo progresivo, un ganado nuevo procede de otro anterior y los productos de éste, se

aplican á los gastos del establecimiento del nuevo y todas estas pequeñas corrientes llegan á formar grandes ríos, sin que sea necesario acudir á los capitales prestados; lo mismo sucede con el personal: un hombre, hasta un niño, puede cuidar de un rebaño. Solamente la agricultura puede disputar á los rebaños el espacio que ocupan, como sucede en Hungría y en la Pequeña Rusia; pero ¡qué importancia tienen las quinientas mil hectáreas que ocupa actualmente en comparación de los millones de leguas que el criador puede ocupar!

*
* *

Sin embargo, si alguna vez oye un Europeo hablar de carne exótica, es como de una curiosidad que una vez habrá visto presentada en algún banquete de cualquier sociedad en su período de constitución. Declarará por galantería ó por convicción, que, en efecto, su sabor es excelente, pero luego no se le ocurrirá por ningún procedimiento, justificar esta primera impresión.

Puede decirse, respecto á este punto que así en Inglaterra como en Francia, sucede lo mismo; en este país que algunos suponen invadido por las carnes exóticas, tan solo en algún banquete especial propagandista, aprecia la gente el gusto de esa carne y en los mercados no aparece á no ser en proporciones que pasan casi inadvertidas.

Más de medio siglo hace que la ciencia y la industria unen y combinan sus esfuerzos para resolver el gran problema del transporte de las carnes y de la unión de los grandes productores con los grandes consumidores.

Pero hasta hace pocos años nadie entre los mismos productores exóticos se apasionaba para la tal solución científica, porque en realidad nadie tenía sobrantes que exportar, menos que en otra parte en el Plata. Se trataba de conser-

var la carne por medio de antisépticos, en barricas de vinagre como los pepinillos, en alcohol como las frutas, en azúcar como los dulces ó en sales tan desconocidas como perjudiciales. Todos los esfuerzos han sido vanos y lo son aún. Algunas personas mal informadas sobre las necesidades del comercio, de cuando en cuando nos dicen que han conseguido acreditar, ante personas *autorizadas*, los barriles que hacen pasear por el mundo entero; éstas andan atrasadas; después de un semestre ó dos hacen guisar las carnes para presentárselas á los invitados que declaran exquisitos estos beefsteaks traídos de las Indias y después de los postres y de los brindis, la barrica del inventor pasa como tantas otras á los estantes de su museo especial.

Sin embargo, hace veinte años que un químico célebre, el baron Liebig, tuvo la inesperada dicha de dar su nombre á una composición de aspecto tan poco agradable, que sin el nombre de su autor, hubiera condenado la ciencia á los rincones del olvido todos los frascos de pomada, más ó menos apetitosa, que nos ha presentado. No nos detendremos á discutir las afirmaciones de los prospectos que recomiendan este producto después de veinte años de éxito, porque nuestros exactos informes nos aseguran, que cada año, la fábrica de estracto Liebig mata, en sus parques de Fray-Bentos, á orillas del Uruguay, próximamente, cuatrocientos mil bueyes escogidos. Es, por tanto, un poderoso auxiliar para los criadores de aquella comarca; pero no se hagan la ilusión de que toda la carne de esos animales, pasa íntegra en cucharadas de café al puchero de los económicos europeos. Lo que exporta la compañía en realidad es cien mil kilos de estracto, doscientos mil de lenguas y de carne conservada en latas á un precio elevado, y por último, dos ó tres mil toneladas de sebo. No sabe, pues, separarse de sus primitivas tradiciones. El sebo y los cueros constituyen el principal artículo de

exportación de dicha fábrica como de todos los saladeros del Plata y de los establecimientos de Australia. En Fray-Bentos, se separan del animal algunos trozos de carne para hacer el extracto por la evaporación y la compresión y se obtiene un kilo de pasta por cada treinta y cuatro de carne; con el resto se procede como en los saladeros, los trozos ó cuartos se secan al sol y se salan para hacer el *tasajo*, artículo de exportación mucho menos pretencioso que el extracto; las partes grasas y las carnes que no se utilizan, se arrojan todas en la tina donde se requeman con los poderosos efectos del vapor: el sebo y la grasa que por este procedimiento se extraen, se embarcan para Europa donde se utilizan como estearina.

Este establecimiento está situado en la orilla oriental del Uruguay y por consecuencia, fuera de los límites de la República Argentina.

Sin embargo, á las provincias argentinas de Corrientes y Entreríos, acude para surtirse de primeras materias, que facilitan los inmensos rebaños de esta región mesopotámica, la cual, sin los saladeros bastante numerosos esparcidos en la orilla del río, no podría darles salida.

Algunos hay escalonados á lo largo de la orilla argentina; pero la mayor parte, y los más importantes, están en la orilla oriental.

La exportación de los animales vivos es lo que prefieren y por lo que trabajan las provincias de Corrientes y Entreríos. En las grandes estancias se cría el ganado en gran número; pero no se mata. Vienen del Brasil y de la República del Uruguay los compradores en la estación oportuna, escogen en las estancias los animales que desean y luego los transportan en masas de mil á mil quinientos, haciendo un largo vlaje de cincuenta ó cien leguas. Estas tropas, luego que se pagan en moneda de oro, pasan á las praderas de la República del Uruguay, que se llaman terrenos de *invernada*, esco-

giéndose los mejores para que el ganado encuentre reposo y pastos abundantes que aumenten sus carnes.

Después de un período más ó menos largo, los rebaños ya cebados, se venden desde Noviembre á Febrero á los saladeros de la orilla del Uruguay ó á los del Brasil; en este caso aún tienen que recorrer doscientas leguas andando, siendo la parte del viaje que ofrece más dificultades, el paso del Uruguay, por su anchura, su rápida corriente y su profundidad, que parece oponer una barrera infranqueable.

En otras comarcas, en algunos puntos del Paraná, en Posadas, en Goya, en Corrientes y en el Gran Chaco por ejemplo, se sirven para el paso del ganado de una orilla á otra de grandes barcas que pueden contener hasta cincuenta bueyes; se les encierra en un corral en forma de embudo cuya parte estrecha está unida al sitio en que se encuentra arrimada la barca y así entran en ella sin peligro. En el Uruguay no se recurre á este procedimiento porque el paso se hace á nado.

Aglomérase el ganado sobre la orilla en numeroso tropel, levantando un polvo ceniciento; el ganado con los efectos del sol produce cambiantes de variados colores, blancos, negros y rojos; hombres á caballo lo estrechan y rodean y así llega el rebaño á la orilla del río precedido por un hombre montado. Detrás de él van en grupo compacto ocho bueyes grandes, ligeros, con la cabeza alta, todos de un mismo pelo; estos son el *señuelo*; grupo de bestias que dirige el ganado, especie de vanguardia que de antemano sabe lo que se espera de su experiencia y que se cuida poco del peligro porque ya está acostumbrada á afrontarlo. El ginete que va en cabeza, desnudo sobre el caballo, entra en el agua y sin excitación alguna, el señuelo le sigue llamado por los gritos de ¡hu! ¡hu! detrás de los ocho conductores, el ganado que no se hace cargo de la situación, se arremolina, por imitación y querencia pone las patas en el agua; pero siente que el terreno le falta; podría creerse que toda esa avalancha iba á lanzarse

á nado detrás del señuelo; mas no es así. El instinto de conservación se impone y cada cual nada por su lado, luchando con la corriente. La reunión de grandes masas que produce en tierra muchas veces el pánico y crea peligros, no se verifica en esta ocasión. Cada uno lucha aisladamente, sin otro anhelo que ganar la orilla; á los costados, los hombres nadando al lado de sus caballos que conducen por las riendas, se mantienen á buena distancia para no confundirse con el tropel; cuando la corriente es impetuosa, algunos bueyes arrollados, medio asfixiados, ceden á su impulso y á estos se les abandona á su suerte y se continúa la empresa de llegar á la otra orilla. Esta operación dura algunas horas; al principio hay algun aturdimiento que calma el ejemplo del *señuelo* y por regla general solo un pequeño número de cabezas se pierde en esta travesía.

En Paysandú empieza la región de los pastos de invierno y allí van los bueyes de la provincia de Corrientes de tres y cuatro años, para esperar, engordando, la hora de ser conducidos á los saladeros de la orilla.

El más importante de éstos es el de Fray-Bentos, perteneciente á la sociedad que produce el extracto de carne Liebig.

Sobre la alta orilla, el gran establecimiento construído hace más de veinte años, en 1864, habiendo en cada uno obtenido mayor desarrollo, domina al río, con el cual se comunica por un muelle terminado en un pequeño cabo natural que deja á derecha é izquierda dos bahías, donde los steamers y otros barcos de ultramar, esperan su cargamento, porque no se fábrican allí únicamente los pequeños tarros de substancia comestible que la fábrica prepara para el puchero de los europeos económicos; los cueros, la carne seca y las grasas que proporcionan cada año cuatrocientos mil bueyes muertos, sostienen ese gran establecimiento y la navegación y el comercio de que él es punto de partida.

Desde el puerto, un camino carretero conduce á la entrada

de la fábrica, pasando antes por la bonita casa rústica del director; sobre la meseta de la escalera exterior, cubierta de plantas que á uno y otro lado forman balaustrada, se ven elegantes inglesas; allí se está en Inglaterra, aunque se podría dudar al ver el grupo de casas de obreros, que con sus techumbres de paja se extienden hasta la orilla del río; todo aquello es miserable y desdice mucho de lo que hemos tenido ocasión de observar en el país de la caña de azúcar. Dícese que la compañía ha tenido necesidad de construir las habitaciones de los obreros teniendo en cuenta los preceptos de la higiene y hace bien justificándose.

La entrada de la fábrica se asemeja á la de una ciudadela y en último caso, á la de una gran ciudad. Á la entrada está la oficina, la sala y la biblioteca de los empleados, el laboratorio, donde rodeado de sus retortas, el doctor Schœller, analiza los caldos que salen de las inmensas marmitas que describiremos más adelante; un gasómetro, en construcción, proveerá de gas al establecimiento, lo que nos parece un anacronismo, habiéndose ya demostrado que es superior la electricidad, con muy pocos gastos para las grandes fábricas como lo demuestran las de azúcar de Tucumán.

Procedamos con orden y entremos en los parques, donde está el ganado que facilita la primera materia para todas las operaciones.

Encontramos los mismos procedimientos que se emplean en todos los saladeros. Este establecimiento no difiere de sus semejantes más que por sus productos especiales, porque en nada se han alterado los antiguos usos; para ello hubiera sido necesario modificar las costumbres y los hombres.

El ganado es conducido por los *señuelos* á una serie de parques que se van estrechando en forma de cuello de botella formados con pilares de madera fuerte, unidos los unos á los otros y reforzados con barras de hierro suficientemente fuertes para resistir los empujes más violentos.

No intentaremos describir el movimiento, los mugidos de millares de bueyes que entran y se agitan en todos sentidos entre el polvo que levantan y que les envuelve. Ciegos, abrumados por la fatiga y por la sed, chocan en las paredes, se empujan, adelantan furiosos, retroceden espantados, buscando una salida como si no se resignaran á la suerte que les espera. Pero á medida que avanzan por el estrecho boquete, las poternas se cierran y la mayoría se ve separada de los primeros que van á caer bajo el cuchillo del *desnuqueador*.

Siete ú ocho bueyes han sido conducidos á un recinto pequeño y sólido, cuyo suelo es tan resbaladizo, que difícilmente pueden sostenerse en pié. Desde un puentecillo que hay alrededor, un hombre les echa el lazo y quedan sujetos por los cuernos. Algunas veces el lazo se une por el otro extremo á la silla de un hombre que está á caballo y corriendo aquel por una polea, el animal á pesar suyo, defendiéndose como puede, es conducido á la plataforma de un pequeño vagón al nivel del suelo. Hoy sustituye al caballo un pequeño aparato giratorio, donde la cuerda del lazo se enrosca extendiéndose ó acortándose á voluntad; los gauchos suelen llamar á este aparato el « caballo inglés. » Entonces el desnuqueador se baja y con un seguro y fuerte golpe de su largo cuchillo, hiere el animal en la nuca. La resistencia ha concluido, la bestia cae, estira sus remos, el lazo se desata y el vagón rueda. Así se hace una y mil veces.

El buey conducido en el vagón va á parar á la *playa*. Esta es una larga esplanada donde bajo techado y á lo largo de un arroyo donde la sangre corre, varios hombres, cuchillo en mano, desuellan á los animales que van llegando. Esos hombres se llaman los *desolladores*. Es cuestión breve; en cinco minutos el cuero está extendido, separado de las carnes; las cabezas, las extremidades y las tripas, se ponen aparte. Los cueros se colocan ordenadamente en fosos bien cu-

biertos con capas de sal, donde permanecen veinte días antes de ser embarcados.

Los demás restos del animal pasan á poder de otro hombre especial ; los cuernos y las lenguas, se conservan, las tripas se destinan para hacer cuerdas de violón. Uno corta el animal muerto en dos pedazos, y otro se hace cargo de ellos y los conduce al sitio destinado, mientras que un ayudante no tiene más ocupación que lavar el suelo y hacer correr el agua.

En grandes cubas y por medio del vapor, se extraen las grasas ó mantecas, que una vez liquidadas, se transportan en unos canales á los recipientes donde se enfrían hasta que puestas en cajas se preparan por la exportación.

La carne se coloca á la sombra para que se refresque y una parte se sala por el procedimiento antiguo y otra se destina al extracto.

Tanto la una como la otra, pasan antes á manos de los cortadores ó *charqueadores*. La primera, separada de los huesos y cortada en grandes trozos, se compone indistintamente de las diversas clases de carne y se coloca al momento en los fosos para que reciba un baño de salmuera, agitándola con garfios para separar todas sus impurezas; una vez hecho este trabajo, se la deja secar y se la traslada al saladero.

Sobre una espesa capa de sal se coloca una primera tanda de carne, hasta formar una pila de tres ó cuatro metros de altura.

Varios hombres, con palas en la mano, extienden sobre cada lecho de carne otro de sal, hasta formar una pila, de la altura indicada, que contiene dos mil quintales de carne. Á las veinte y cuatro horas, se deshace la pila y se vuelve á hacer, de modo que las capas inferiores queden arriba y á la mañana siguiente se airea la carne poniendo la pila sobre una base de cuernos, en cuya forma se acaba de orear. Todas las semanas se remueve y se pone al sol, hasta que á los cuarenta días

puede entregarse al comercio, con destino á la Habana y al Brasil.

Esta es la operación que se hace en todos los saladeros; mas en el establecimiento aludido se hacen otras; la colocación de las lenguas en cajas y la fabricación del extracto de Liebig.

Para hacer este, la carne cortada por los *charqueadores*, se conduce en vagones á unos tajos mecánicos y desde estos á grandes marmitas, en las cuales se extraen los jugos por medio del vapor. Este líquido pasa á los aparatos que evaporan el agua y en seguida á los de destilación que separan las materias mal disueltas; calentado á alta temperatura y filtrado, clarificado en una nueva marmita pasa á un condensador, donde un aparato giratorio lo enfría completamente y lo reduce á pasta. Cada buey, por este procedimiento, produce ocho libras de extracto.

Los residuos de la carne que ha servido para esta preparación y para la de las grasas, se conducen á un molino y se convierten en polvo que se exporta á Inglaterra para los abonos.

La fábrica Liebig exporta cada año cerca de unos quince millones de sus productos.

El modo bárbaro de tratar al ganado, según queda dicho, es el único que se practica en las regiones donde la reproducción se hace en libertad en las grandes praderas naturales. Esta explotación daba al criador un beneficio suficiente para enriquecerse pronto, antes de haberse acentuado la baja que dejamos indicada. Todas las partes del animal se utilizan: cuero, sebo, cuernos, pezuñas, crin; las extremidades y otros restos empléanse en las fábricas de cola, y la sangre para el guano; los intestinos, los convierten los choriceros de Estremadura en tripas de puerco y los guitarreros en cuerdas; por último, la carne se sala. Un buey así utilizado produce 100 francos y 12 un carnero; todos los criadores quisieran siempre contar con estos precios.

Desgraciadamente, el único producto que puede sostener los de la carne salada, es el *tasajo* y este ve de día en día que se le cierran los mercados que creó y que ha venido alimentando durante un siglo; la industria del azúcar, ya no enriquece en la Habana á los que cultivan la caña; el precio del café arruína al propietario brasilero y el uno y el otro vense reducidos á alimentar con porotos y maíz á sus negros, cuyo trabajo no produce para más; el criador no puede dar salida á sus productos. Algunos negociantes atrevidos han procurado introducir en España, hace dos años y en Francia hace algunos meses, ese producto completamente exótico, el *tasajo*, que ya ni los negros comen. Pero es una tentativa inútil. Podrá ser que algunos brasileros al encontrarse de paso en Europa, compren algunos kilos para recordar un instante su plato nacional, la *feijoada*, pero esto solo no constituye un mercado.

Por esta razón sucede hoy que el número de saladeros es muy reducido : no quedan más que tres en la Provincia de Buenos Aires, que antes tenía una veintena de ellos, y no recobrarán nueva vida sino el día en que se encuentre el medio práctico de combinar la explotación del cuero y de la carne por el procedimiento frigorífico; hasta ahora, esa vianda negruzca, salada, extendida en muchas formas al sol y expedida como los bacalaos en forma de largas correas, no realizará el ideal del consumidor europeo que quiere que se le presente el buey ó el carnero, después de treinta días de viaje, tan blanco, tan rosado y tan fresco como el que acaba de salir del matadero de la ciudad.

III

¿Es esto posible? ¿Está realizado? Hace quince años, se consideraba como máxima aspiración, conseguir la importa-

ción en los países consumidores de carnes cocidas y conservadas en cajas por el sistema Appert y hacíanse también, sin resultado, algunas tentativas para la exportación de los animales vivos. Los esfuerzos de los Australianos, para imponer las carnes cocidas, tuvieron poco éxito, á pesar del estímulo, costoso para nosotros, que les proporcionó el sitio de París. Solamente la marina acepta en tiempo de paz este alimento propio de sitiados, lo que solo sirve para sostener las ilusiones y asegurar la ruina de algunos fabricantes más obstinados. En el comercio apenas se encuentran algunas cajas de conservas procedentes del Uruguay, de Chicago ó de Australia, bastante caras para que no puedan considerarse sino como alimento de lujo.

La importación de los animales vivos, tampoco ha sido más afortunada. La han ensayado todos los países de cría exótica, hasta los de Australia y los del Plata, á quienes no ha hecho retroceder la distancia de un viaje de veinticinco á treinta días, atravesando climas alternativamente calorosos y fríos. Los carneros no resisten esta prueba mejor que el ganado vacuno y el resultado fué tan deplorable como el de aquellas empresas en las cuales eran los caballos la primera materia. Los gastos de transportes, la alimentación á bordo, los riesgos que ninguna compañía de seguros quiso garantizar, convirtieron estas empresas en empresas azarosas y no fué posible que encajaran en la regularidad propia de las operaciones comerciales. Los criadores ofrecieron por casi nada los primeros cargamentos de ganado escogido, y su precio en el punto de origen fué casi nulo, en comparación de los gastos y riesgos, para que de este modo se hiciera el negocio posible.

Se sabe que los cargamentos de carneros, hechos en esta forma en el Plata, salían á 40 francos, por cabeza, puestos en el Havre y no encontraron comprador en La Villette por más de 8 francos, precio de coalición establecido por los carnice-

ros, fácil de sostener por ellos que imponen la ley según les conviene. Los Estados Unidos y el Canadá, que están más próximos, tuvieron también que renunciar á tales empresas. En 1882, por última vez, importaron doscientas once cabezas de ganado, lo que es bien poco para el consumo. Los únicos animales vivos de esta especie que penetran en Francia vienen de Argelia y de Italia y de la Rusia meridional; ya hemos dicho que el número de carneros importados, ascendía á dos millones y medio; en cuanto al ganado vacuno, entra en número escaso; Francia recibe doscientas quince mil cabezas, de las cuales ciento cincuenta mil se ceban y el resto se destina á la producción de la leche. Inglaterra y Francia no reciben más animales vivos.

No es cosa de preocuparse en estos tiempos con esos viejos sistemas llamados á desaparecer ante el único que ha producido resultados prácticos y que contiene en germen el porvenir del aprovisionamiento de Europa por los demás países. Á Francia corresponde el honor de haber acertado con la solución industrial y á Inglaterra el menos brillante, pero más lucrativo, de haber encontrado la aplicación mercantil.

El primer ensayo, el más conocido, el *frigorífico*, se remonta á 1876 y se hizo con gran solemnidad. Los inventores desarrollaron bien la idea, pero la práctica les demostró que ponerla en obra no era cosa sencilla. Vieron que se producía en las orillas del Plata, un caso para ellos imprevisto, anunciado por otros; un pedido de diez mil carneros que no podía satisfacerse, en un país que ya entonces tenía más de sesenta millones. Además, se cometió el error de creer que no se podía congelar y conservar la carne, sino teniendo suspendido cada animal, aisladamente, como se ven en las carnicerías, para hacer que penetrara para todas sus partes el aire frío, lo que hacía el transporte costoso y ruinosa la operación: así fué.

En la misma época los Canadienses que poseen en cantidades considerables, excesivas tal vez, la materia prima para la conservación por medio del frío y que por lo tanto no tienen que recurrir á medios artificiales para producirlo, intentaron el transporte de la carne muerta en las bodegas llenas de hielo. El sistema dió por resultado demostrar que la carne nada pierde viajando en prensa hacinada en las bodegas, como lôs sacos de grano, siempre que la temperatura se mantenga á cero.

Esto es lo que demostraron los señores Jullien-Carré, industriales franceses y les decidió á hacer una experiencia. Mandaron construir un barco, el *Paraguay*, que enviaron al Plata. Este desgraciado buque, cuyo viaje interesaba tanto á los productores y á los consumidores de ambos mundos, sufrió numerosos contratiempos en el mar. Naufragó una vez, fué reconstruído, reexpedido, se retrasó un año á consecuencia de averías, y, por último, trajo un cargamento de quince mil carneros, con gran trabajo reunidos, que resultaron á un precio elevado; pero demostrando lo que esperaban los criadores y los consumidores.

Desde aquel día es cosa demostrada que la carne fresca tolera sin dificultad el transporte, almacenada, acumulada en las bodegas preparadas con hielo. Era necesario estudiar desde el punto de vista comercial este nuevo producto. Desde luego un producto no puede considerarse como comercial, sino con la condición de que pueda presentarse en el mercado y ser adquirido en él, sin que el comprador ó el poseedor de de productos semejantes puedan imponer la ley de la competencia. Es necesario, por lo tanto, considerar esta materia corruptible, como cualquiera otra de fácil conservación y para esto es necesario organizar en los países productores, almacenes á la temperatura conveniente, donde depositarla tan pronto como se sacrifican las reses, lo que permitirá tener

provisiones abundantes para satisfacer las exigencias de la demanda, evitar las irregularidades de todo mercado productor, donde la cría es libre, y estar preparado para que el día que se presenten los barcos, tengan estos cargamento suficiente. Hecho todo esto, aún será necesario disponer de almacenes semejantes, en los sitios de llegada, para no exponerse á las eventualidades propias de los mercados consumidores. Pero este proyecto, de tan fácil realización, ha parecido muy complejo á las inteligencias mercantiles francesas; aunque no así á los Ingleses. Los criadores australianos fueron los primeros que lo pusieron en práctica, con la ayuda de capitales ingleses.

El invento de Jullien-Carré, fué el punto de partida. En vez de recurrir á los productos químicos, que no se encuentran fácilmente en los países de ultramar, obtuvieron el hielo sencillamente por la compresión del aire; varios sistemas, el de Haslam, el de Bell-Coleman y el de Hall, todos ellos muy parecidos, se pusieron en práctica. Además construyéronse barcos especiales, únicamente destinados á este comercio y bien pronto se observó que era preferible dotar á los transportes ordinarios de máquinas que pudieran producir el hielo en caso necesario en las mismas bodegas, que en último caso á falta de este producto especial, podían admitir cualquier otro género de mercancía. Construyéronse en los puertos de Australia hace cinco años y tres en el Plata, cobertizos provistos de aparatos productores del hielo, donde se recibían los millares de carneros, según las ofertas de los productores ó de los carniceros. Hasta ahora se han hecho muchos viajes, la hora de las vacilaciones ha pasado y la prueba es evidente desde el punto de vista industrial. Sin embargo, mercantilmente, no está el problema resuelto.

Desde 1882 las experiencias están hechas, los sistemas están aplicados, se sabe adonde se va y lo que se hace; podemos por lo tanto darnos cuenta de lo que puede ser con el

tiempo la importación de carnes exóticas, ayudada por tan poderoso medio de acción.

Hay que reconocer que este invento deja muy atrás todo cuanto se ha intentado hasta ahora para aprovechar en los países de Europa lo que producen los pastos americanos.

El día en que este procedimiento encontró su primera aplicación comercial, la inquietud más viva se apoderó de los criadores europeos; de un día á otro creyéronse en peligro ante ese torrente de carnes que veían invadir los mercados, prontos á alimentarse con las fuentes inagotables que brotan en los remotos prados. La baja que al mismo tiempo se produjo en el precio de las carnes, aumentó sus temores.

Sin embargo, eran infundados; para convencerse de ello no hay más que examinar los detalles de una empresa de congelación y exportación de carnes heladas.

Los dos países productores, en los cuales ha procurado alimentarse esta industria, son Australia y el Plata. En estos países, los productos que sirven de base á los cálculos del criador, son el cuero y la grasa del ganado vacuno, y la lana del carnero; la carne es allí un elemento despreciable.

Esto es tan evidente, que no es necesario incurrir en exageración. Mientras el criador europeo se lamenta y pide protección, el que desde fuera le hace la concurrencia, se queja también y del mismo modo la solicita. El de los Estados Unidos ha logrado hace ya tiempo de su gobierno, que se cierren sus puertos á las lanas del Plata y de Australia; los criadores de estos países piden á los suyos que subvencionen las empresas exportadoras de carne, porque encuentran dificultades de ejecución que hacen muy lento su desarrollo; los accionistas se quejan porque no reciben dividendos y en cambio ven el capital absorbido por pérdidas sucesivas y por instalaciones costosas; en cuanto al criador laméntase por su parte porque no encuentra para sus productos la salida fácil que esperaba por esta vía.

Y es que, en efecto, son empresas estas muy complicadas, como intentaremos demostrarlo. Veamos antes los resultados obtenidos.

Aunque es el Plata la primera nación que ha presentado en la villa de París la primera muestra de esta temida importación, Australia, marcha á la cabeza; la cría del cordero está más perfeccionada que en el Plata, por los antiguos cruzamientos hechos con animales de raza y porque se ha cuidado con más esmero de los rebaños productores de carne y de lana; allí han hecho los capitales ingleses los primeros ensayos y para sacar los primeros cargamentos han gastado gruesas sumas, preparando al efecto buques especiales.

Así resulta que desde hace seis años próximamente, el consumidor de Londres, de Liverpool y de Glasgow, conoce las carnes exóticas, heladas, y las busca. La importación en Inglaterra se ha elevado á ciento cincuenta mil carneros por mes, de procedencia australiana, á los que hay que agregar cincuenta mil procedentes del Plata; ó sea para toda Inglaterra, dos millones y medio de corderos, lo que es tanto, aproximadamente, como cincuenta mil toneladas de carne por año. Esta cifra parecerá exagerada solamente á aquellos que ignoren que el déficit de la producción de la carne en Inglaterra, con relación á su consumo actual, es de quinientas mil toneladas, ó lo que es lo mismo diez veces lo que hoy puede recibir, con los medios de transporte creados por los capitales.

Sería necesario para anular el déficit, dotar con máquinas heladoras cien buques, en vez de los diez que en la actualidad existen. El déficit de Francia donde hasta hace seis meses ni una libra de carne exótica siquiera había penetrado, no es más que de ciento cincuenta mil toneladas, dadas las actuales condiciones del consumo que es bastante moderado, puesto que dá setenta y dos kilogramos por persona y por año en París y solamente treinta kilogramos fuera de la capi-

tal, lo que es tanto como decir que en Francia treinta millones de habitantes se alimentan con carne, por excepción, y muchos millones ¡no la comen nunca!

Desde el punto de vista económico puede decirse que mientras este déficit subsista, la importación no constituirá una concurrencia, porque como el mercado local no puede satisfacerse con la insuficiente producción local, el importador, lo que hace es atender á las necesidades no satisfechas por el productor nacional; ¿pero este importador podrá llenar el déficit?

He aquí la cuestión que vamos á estudiar, examinando los medios de acción de que dispone y aquellos con los cuales puede contar, teniendo en cuenta que debe considerarse esta industria como fundada, después de las experiencias de cuatro años y de los resultados obtenidos. Veámosla ahora en la práctica en el presente y en el porvenir.

*
* *

Si se examina desde su punto de partida la empresa de importación de las carnes exóticas heladas, allí de donde extrae sus productos, en el punto de llegada y por último en el de consumo, puede creerse que los beneficios en relación con los precios, son de importancia y que como consecuencia trátase de un negocio seguro para los capitales.

En efecto, en las tablas de los carniceros de París y de las grandes ciudades, la carne de cordero — no hablando más que de esta porque hasta ahora es la única importada — no se vende á menos de 2 ó 3 francos el kilo, según de la parte que sea; en el punto de partida, así en Buenos Aires como en Victoria, la carne de cordero no tiene valor alguno, puesto que en los mismos mercados de aquellas ciudades se puede comprar por dos francos la carne de un cordero entero. Tomando como término medio el de 20 kilos, se observa que la

diferencia entre el precio de un cordero en Australia ó en el Plata y la del mismo animal en Europa, está en una relación de 1 á 20.

Planteado así el problema, la solución que presenta es rápida y se comprende la posibilidad de traer hasta nosotros desde ultramar, cargamentos de carne á precios desconocidos hasta el día; pero penetrando en el examen del negocio, se ve que aumenta de un modo considerable el precio de compra y que disminuye mucho el precio de venta.

La carne vendida por el carnicero en los países donde la cría de ganado se hace en gran escala, queda á bajo precio, mediante estas dos condiciones, á saber: que la demanda continúe siendo moderada en relación con la oferta y que el consumidor se contente con lo que el criador le ofrezca, es decir, con animales criados sin gasto alguno. El día en que la demanda por medio de la exportación tome cierta importancia, como solicita animales escogidos y cierto número de ellos en todas las estaciones, el criador que quiera satisfacer estas nuevas exigencias, no podrá conseguirlo sino modificando las condiciones de su método de cría, estableciendo prados artificiales, para presentar animales gordos precisamente en las épocas en que los campos están secos. El precio en venta se eleva proporcionalmente, y aquello mismo que antes valía muy poco, toma ya un valor no despreciable.

En el mercado de consumo tiene que preocuparse el que importa de algo más que del precio de la carne en el mostrador del carnicero, es preciso que se fije en el precio que obtienen en venta para sus productos los criadores del país. Esto sorprenderá á nuestros lectores europeos: mientras ellos pagan la carne que consumen al precio de 2 y 3 francos kilo, el criador francés, en este momento, vende la carne viva á 40 y 50 céntimos, lo que equivale á 1 franco por kilo de carne muerta.

Las diferencias desaparecen, como consecuencia, ó por lo

menos quedan muy reducidas, y por el contrario las dificultades crecen entre el punto de partida y el de arribo.

En los países de cría libre, donde las estadísticas señalan la existencia de cien millones de corderos, pero donde el criador no se preocupa más que del número y de la producción de la lana, es muy difícil encontrar en un momento dado dos mil ó diez mil carneros que matar; en el año último por ejemplo, en el mes de agosto, invierno en el Plata, nosotros hemos presenciado el caso de un buque que esperaba carnes muertas, mientras que el fletador estaba comprando á mil doscientos kilómetros de su fábrica y se veía obligado á hacer el transporte pagando tres francos por cabeza.

No se puede evitar este inconveniente en ciertas estaciones, sin embargo tómanse ciertas precauciones sin las cuales cualquier empresa de esta índole resultaría temeraria. La primera es ponerla al abrigo de las imposiciones del mercado productor y de las del mercado consumidor.

Es necesario que se organice, para que se pueda negociar con este producto como el comercio negocia con todos los demás, sin preocuparse de su naturaleza ni de que pueda entrar en estado de putrefacción; es preciso que pueda estar almacenado en todas partes y en todas ellas protegido contra el riesgo de esos gérmenes de destrucción, porque de no hacerlo así el remitente estará á merced de una producción mal ordenada y de un consumo irregular y ambos le impodrán la ley.

*
* *

Para evitar estos peligros, las empresas de exportación de carnes heladas han debido establecer en las mismas orillas donde quieren venderlas, almacenes especiales frigoríficos, y otros en los puntos de venta elegidos.

Hay una base para apreciar los gastos, porque se puede

calcular que un depósito ó almacen frigorífico que pueda contener hasta quince mil corderos, cuesta unos cien mil francos y son necesarios, uno en el punto de partida, otro á bordo del barco que haga el transporte, otro en el puerto de desembarco y otro en cada ciudad donde se haga el consumo.

Estas instalaciones son bastante costosas y pocos capitalistas pueden arriesgarse á tanto. En cuanto á las compañías de navegación, se han conducido hasta ahora con tal cautela, que la única compañía francesa que ha hecho en dos de sus buques una instalación, es la compañía de Cargadores reunidos. Con estos dos barcos no puede conducir en cada año más que seis cargamentos de diez mil carneros cada uno, ó lo que es lo mismo, seiscientos mil carneros al año ó un millón doscientos mil kilos de carne.

Y no se ha decidido á emprender tales gastos sino con la garantía de un contrato de fletamento por cinco años, firmado por una sociedad creada en Buenos Aires, que habiendo ya gastado seis millones de francos en las instalaciones establecidas en Buenos Aires, Liverpool, Londres y Glasgow, ofrece seguridades de éxito el día en que haga una tentativa en el mercado francés.

Merece esta sociedad que digamos algo acerca de lo que es y de sus propósitos, por varias razones. Desde luego es la primera que ha hecho la tentativa de dar la carne á precio económico en París; además, y esto es importante, se trata de una empresa francesa nacida en el extranjero.

Los hombres que con sus propios capitales la han creado, son Franceses establecidos en el extranjero, pues son hijos de Franceses nacidos en suelo extraño, y además son Franceses por su educación y por sus tendencias. Aunque se sabe en Francia que es muy numerosa la colonia francesa en el Plata, tal vez se ignore que cuenta con fuertes capitalistas, hasta el punto de poder con sus propios recursos conducir con fortuna

una empresa de la naturaleza de la á que nos referimos, que nacida en Buenos Aires tiene su razón social « G. Sansinena y Compañía » inscrita sobre una casa de la calle de Turbigo: el nombre no tiene desinencia francesa porque es nombre vasco, pero del país vasco francés.

Esta sociedad, organizada sólidamente, sostiene ya ochenta carnicerías en Inglaterra con las carnes muertas en Buenos Aires, desembarcadas y almacenadas en Liverpool y desde este punto trasladadas en vagones especiales á la tabla del carnicero.

En Francia tiene un almacén frigorífico en el Havre, muchos vagones especiales para hacer el transporte á París, donde el único puesto que hasta ahora tiene instalado cuenta también con una bodega para helar con el auxilio de una máquina Hall.

La instalación está preparada, pero no será posible hasta que se hagan trasportes en mayor escala, recibir y vender más de sesenta mil carneros, cifra máxima que permite el servicio establecido por los Cargadores reunidos.

El precio de venta fijado es 1 fr. 20 cént. por kilogr. en animal entero. Es preciso deducir inmediatamente 0 fr 25 céntimos por kilogr. por transporte marítimo y 0 fr. 22 cént. por kilogr. por derechos de entrada y de consumos, ó en total, 0 fr. 47 cént.; el resto, 0 fr. 73 cént. por kilogramo, debe cubrir el precio de compra, los gastos de preparación, de transporte por tierra y de venta y además la amortización de los capitales y los beneficios de la empresa.

Desde luego no creemos que estas condiciones sean de tal modo favorables que puedan causar entre los criadores franceses la perturbación alarmante que denuncian las leyes de protección y prohibición que han solicitado.

Tampoco creemos que este resultado prometa al consumidor grandes ventajas.

Para que algunas pudiera experimentar sería preciso que la

operación se practicara en gran escala, único médio de que el comercio de carnicería, que es el verdadero enemigo, al mismo tiempo que el criador y el consumidor pudieran justificar su alarma. Él, en efecto, es el gran culpable; necesita una serie de intermediarios que le arrebatan el 20 0/0 del beneficio entre el criador y el vendedor, que á su vez destina por lo menos el 30 0/0 para el ejercicio de su industria, sin contar los gastos generales de local y otros que recaen sobre el producto antes de ponerlo á la venta.

El que importa carnes exóticas realiza un gran progreso, con la supresión de esos intermediarios que para nada sirven. Acercándose el productor extraño al consumidor europeo, podrá aquél entregar su producto á un precio tal, que el consumo aumente con rapidez, como consecuencia. El día en que sin perjudicarse en nada el criador, lo que es en verdad interesante, rebaje de los precios de venta el gasto inútil de los intermediarios, podrá ceder la carne en cantidad suficiente á un precio barato, y entonces, haciéndose el producto accesible á mayor número de personas, el criador francés se habrá salvado, mediante la innovación que teme y que combate. El mercado se extenderá desde luego ante la ventaja del bajo precio, además de esto por la costumbre, y el resultado será que tendrá nuevas necesidades que satisfacer.

*
* *

Por el momento no hay que temer al criador extranjero como concurrente. Ya hemos dicho lo que da á Inglaterra, y le sería necesario hacer un esfuerzo muy grande, que no está en condiciones de realizar, para abastecer al mismo tiempo á Francia con la misma cantidad. No podrá dar al consumo más que una parte muy insignificante, hasta para combatir al único enemigo del criador á quien hemos aludido, al intermediario.

Prescindimos de la cuestión de la calidad de las carnes exóticas heladas; no hay para qué tratarla. El animal muerto, sangrado y despojado como en París, se le coloca enseguida en salas á la temperatura de 16° bajo cero; al cabo de algunas horas está helado completamente y en estado tal de rigidez que sería difícil cortarlo con un hacha; después se le envuelve en un saco de tela y se forman montones ó pilas en un depósito cuya temperatura no excede de 2° bajo cero, que es la que conserva á bordo y hasta que se pone á la venta. Cuando llega el momento de esta operación no es necesario más que poner la carne al aire, y á las doce ó quince horas, en verano, y á las veinticuatro ó treinta en invierno, recobra su estado natural de tal modo que no hay diferencia ni en su aspecto exterior, ni en la cocción, ni en el gusto con la acabada de matar.

Desde este punto de vista, el criador extranjero se encuentra en el mismo caso que el nacional; en rigor no tiene sobre él más que una ventaja, y es la de prescindir del costoso intermediario que le arruina en beneficio propio. Esta ventaja, el criador local puede conquistarla por medio de la unión y de este modo conseguirá una utilidad más segura que aquella que espera inútilmente como consecuencia de una quimérica protección que desde el momento en que existe ha determinado por una casualidad una baja continua en todos los productos protegidos, que nunca aprovechó al consumidor.

Vemos también algo más en la organización de las carnicerías de carne exótica, y ese algo es lo que beneficiará á nuestra agricultura más que todas las prohibiciones; nos referimos al aumento de consumo de los productos de primera necesidad, que hasta aquí han estado, por efecto de la explotación de los intermediarios, fuera del alcance de la mayoría de los habitantes.

Así, pues, encontramos al término de este estudio esta conclusión: los criadores de Francia y de Inglaterra pueden aún,

durante muchos años, aplicar sus desvelos, sus capitales y su inteligencia al desarrollo de su industria, tan interesante y tan próspera, que para aquel que examina sus progresos aparece como una de las más altas manifestaciones del genio del hombre, destinado mediante el estudio á enjertar, digámoslo así, nuevas especies de animales en las elaboradas durante una larga selección, á través de las revoluciones del globo y de las edades de la tierra, y transformarlas de modo tal que puedan producir á su antojo lo que le es necesario para satisfacer sus necesidades.

Los criadores extranjeros tienen también un extenso campo que explotar : su misión se la trazan los agricultores de sus propias comarcas, á quienes no ha detenido el temor de producir mucho para lanzarlo sobre todos los mercados del mundo ; muchos cereales, mucho azúcar, muchos productos de diversas clases, que han enriquecido á los contratistas de transportes, á los intermediarios, á los capitalistas y lo que es más significativo, á ellos mismos.

Los únicos que en nuestro concepto no pueden sentir el influjo de consoladora esperanza, son los más numerosos : los consumidores europeos.

Si el trigo está barato y abundante, tienen que satisfacer el hambre con la condición de pagarlo al mismo precio que en caso contrario. Lo mismo le sucederá con la carne; su precio se eleva y ha de elevarse más; será necesario construir y cargar flotas de *steamers* para que á través del Atlántico nos traigan grandes cargamentos de carne que siempre serán, hágase lo que se quiera, insuficientes para atenuar así el déficit que sienten Francia é Inglaterra.

El día aquel en que sea posible con grandes esfuerzos, con tiempo y capitales, satisfacer los pedidos de estas dos naciones, el déficit continuará siendo el mismo, porque lo determinarán los mismos consumidores haciéndose más exigentes, y entonces será menester la aplicación de otros procedimientos

para que desaparezca. Por otra parte, el volúmen de la carne no puede reducirse, necesita su espacio, hay que dividirla en trozos de tal modo que puedan las máquinas preservarlo durante las largas travesías.

Podemos, por lo tanto, concluir diciendo que en cuanto á la teoría está admirablemente resuelto el problema de que alimenten á Europa los países exóticos, pero que seguirá siendo tan complicado y ofreciendo las mismas bellas esperanzas á nuestros nietos que á nosotros mismos.

CAPITULO IV

LA CRÍA DEL CABALLO PAMPA

Fracaso de la exportación en 1875. — Influencia de los cercados en el número de caballos. — El caballo salvaje. — El caballo en libertad. — El lazo. — Origen del caballo pampa. — El caballo de Berbería. — El caballo árabe. — El caballo andaluz. — Producción del caballo barato en la pampa. — La mamada; el caballo padre. — La tropilla; la yegua. — El gaucho; cuidados que prodiga á los caballos. — El caballo de carrera, el *parejero*. — El domador. — Inutilidad de los caballos en gran número. — Cuidados necesarios. — Caballo de tiro ligero. — Tiros de lujo. — Cuadras de reproducción. — Las carreras en Buenos Aires. — Los carros de las pampas. — El caballo y la exportación.

La cría de los caballos en libertad en las pampas no parece ofrecer, por el momento, beneficios tan considerables como la del ganado vacuno.

Diez años hace que en Europa se han ocupado del caballo de las pampas. Francia ha hecho ensayos de importación con malos resultados, pero por causas independientes á la calidad del caballo aludido y por el uso á que se le quería dedicar.

Se ha renunciado á tal empresa y la cuestión permanece íntegra. Al mismo tiempo por una causa local que de día en día adquiere más importancia, el caballo va resultando menos útil.

Este compañero inseparable del gaucho, sin el cual hace algunos años no era posible la cría en la pampa, cuyos criadores sostenían ganados numerosos y dotaban por término medio á razón de ocho caballos por hombre empleado en los establecimientos reproductores, ha llegado á ser, según unos, perjudicial, y según otros, un mal necesario.

Lo que suprime, ó por lo menos disminuye considerable-

mente su empleo, son los cercados por una parte y por otra los caminos de hierro. Á medida que se viaja menos á caballo, el uso del caballo de silla, antes tan generalizado en las ciudades, se va perdiendo, los cercados no exigen los guardas que antes había á caballo, lo que obligaba á los criadores á tener siempre buen número de ellos disponibles.

De todo esto resulta una indiferencia cada vez mayor hacia una industria que no ofrece inmediata utilidad y á la cual los fracasos últimos cierran la salida por medio de la exportación.

I

En el último viaje que yo hice á la pampa en 1886, tuve ocasión de observar esta transformación.

Entre muchos propietarios de la zona de tierras vírgenes, el número de caballos libres es ciertamente mayor, pero en cambio están más abandonados que antes; pero estos rebaños de muchos millares de bestias, guardadas por algunos hombres que no tienen más ocupación que hacerlas galopar en propiedades de muchos miles de hectáreas, no sirven más que para dar al suelo virgen un principio de consistencia antes de la llegada de los rebaños de vacas.

Hé ahí el único trabajo que se exige á la más noble de las conquistas hechas por el hombre. Cumplida esta misión, después de uno ó dos años, se conducen los caballos á otras praderas más alejadas hacia el Oeste.

Por el contrario, en gran número de propiedades cercadas apenas he encontrado caballos, ó en todo caso, muy pocos, y además gran escasez de monturas, lo que demuestra un divorcio absoluto con las antiguas costumbres; poco á poco se llegará á suprimir las piaras de caballos y yeguas, las tropillas y las manadas, que hace pocos años se encontraban por todas partes.

En los campos cercados un caballo es suficiente para el trabajo que difícilmente desempeñaban diez en otras ocasiones; donde antes había veinte caballos para escoger, sin la seguridad de encontrar uno bueno, ya no conservan más que un pequeño número que alimentan con maíz y con alfalfa, no les dejan sufrir el efecto de los rayos del sol en los días de verano, ni las heladas en las noches de invierno, y que cuidan y conservan de modo que puedan prestar siempre los servicios á que están destinados.

Es una revolución verdaderamente imprevista. Aún no está generalizada, pero se generalizará rápidamente, á juzgar por la pasión que entre las clases acomodadas se ha desarrollado por el caballo de lujo, de carrera y de tiro.

Estamos muy distantes de la que podríamos llamar leyenda del caballo salvaje, y se pagaría indudablemente á buen precio una muestra de ese género si en la pampa pudiera encontrarse. El caballo salvaje que allí se ha visto en otro tiempo, era, propiamente hablando, el caballo extraviado, abandonado, acostumbrado á vivir lejos del hombre, sólo ó en familia, reproducido en esa situación sin haber perdido sus instintos de domesticidad hasta el extremo de recobrarlos al primer contacto con el hombre ó á la simple aparición de un grupo de caballos domados. Este caballo acostumbrado á la libertad, ha tenido siempre facilidad para unirse, para agruparse con el hombre, que jamás ha pensado en cogerlo á lazo, como nos refieren algunos fantásticos relatos. No se coge con lazo má que el caballo parado que se elige en medio de un grupo, por la razón sencilla de que arrojar el lazo, operación que en caso de necesidad puede hacerse al galope y al vuelo, por decirlo así, no es más que la primera parte de la empresa de coger al animal libre; la segunda parte consiste en retenerlo.

Desde luego se comprende que para detener un animal cogido á lazo, es preciso dominar su arranque y su fogosidad,

lo que exige un esfuerzo relacionado con estas condiciones; para esto, un hombre á pie, más flexiblemente y con más habilidad que fuerza, puede resistir la sacudida ó el empuje del caballo sujeto con el lazo; pero un hombre, por hábil y robusto que fuera no podría resistir la sacudida que le imprimiría un caballo que al galope fuera sorprendido por un lazo. Si el hombre que lo arroja está también á caballo y el animal perseguido huye al galope, aunque el montado se detenga á tiempo en firme, sobre sus cuatro remos, con la habilidad consiguiente á la práctica de este ejercicio, siempre será impotente para detener un caballo en libertad y sobreexcitado. Además, es preciso antes de echar el lazo, rodear la piara, y después hacer que el caballo perseguido se dirija á otra que se coloca delante de él y que le sirve de querencia; si se trata de un ternero ó de una vaca, animales que pueden afianzarse con el lazo por los cuernos, es posible que el caballo dotado de más velocidad, los rebase y que un hombre montado pueda dar con ellos en tierra; pero nadie se explica que un ginete pueda detener con el lazo á un caballo que huye delante de él. Si el hombre tiene el lazo en la mano será arrollado como una pluma; si lo tiene sujeto á la silla, según es costumbre, perderá silla y lazo. No hay caballo capaz de detenerse tan pronto, tan en firme y en una inmovilidad tan absoluta y poderosa, que pueda resistir ese empuje.

En realidad no se cojen los animales salvajes á la carrera, más que con las bolas, que ya hemos tenido ocasión de describir. Es un arma eficaz, pero liada á las extremidades del caballo, hay el riesgo de inutilizarlo al detenerlo.

Sin embargo, la novela del caballo salvaje tiene su origen. Los descendientes de los caballos andaluces importados en el siglo XVI, han vivido en la pampa en número bastante considerable en relación con un pueblo que aumentó muy lentamente en los dos primeros siglos colonizadores, y hé aquí el verdadero motivo del abandono en que han vivido y se han

perpetuado. Durante la época moderna que comprende el primer período de lucha contra el indio, desde 1740, las guerras de la independencia y las civiles desde 1810, fué el caballo el nervio de la guerra y por lo tanto, además de ser el consumo considerable, fué necesario con mayor esmero conservarle en estado de domesticidad.

Después de todo, esto es lo único que se hizo por él, y el resultado que esto dió más adelante, fué perpetuar sus defectos y no adquirir cualidades nuevas sobre las que pudiera tener heredadas.

Sobre esto es fácil discurrir con la historia en la mano. El abuelo del caballo pampa es el caballo de Berbería que nosotros llamamos en Francia *barbe* y por un error muy extendido, caballo árabe. Estos caballos originarios de los países del África mediterránea, no deben confundirse con el caballo asiático llevado por los Árabes á los países berberiscos en sus emigraciones. Los Árabes encontraron en esta parte del África un caballo indígena, el caballo bereber, y le dieron las cualidades que hoy le reconocemos, por medio de cruzamientos con la raza superior entre todas, la raza árabe. El caballo bereber, como todas las razas de caballos, desciende del árabe, pero no debe confundirse con éste.

Mejorados, como acabamos de decir, se importaron estos caballos en Andalucía, se aclimataron en ella durante los siete siglos de la dominación musulmana y conservaron todas sus buenas cualidades desde la expulsión de los Moros hasta el descubrimiento de América. Después es cuando esta raza ha degenerado en los países españoles é hispano-americanos, excepto en Chile, donde cuidadosamente se han conservado sus antiguas cualidades.

En México por el contrario, así como en la pampa, el ginete ha atendido más á la fantasía que á la ciencia y de aquí los extraños resultados obtenidos. No podía conseguir otros dadas

las condiciones en las cuales se verificaba la reproducción.

El caballo de la pampa debe criarse y conservarse él mismo; esta es la condición de su existencia. El criador tardará mucho tiempo en faltar á esta ley que se le impone; y respecto al caballo, más aún que con respecto á los ganados lanar y vacuno, está en el caso de producir con economía, evitando producir mucho.

El problema de la producción del caballo á precios económicos, propiamente hablando, es el único resuelto.

En plena libertad, en medio del campo, un caballo padre rodeado de una veintena de yeguas y de potros, conduce la piara ó la *manada*. En una misma estancia se encuentran diez, doce, cien manadas; no se confunden entre sí, no se ocupan las unas de las otras, lo mismo que el propietario, que tampoco se cuida mucho de ellas.

Y esto sería un trabajo bien sencillo, pues bastaría escoger los caballos padres consultando las reglas más elementales de la selección científica. Pero es muy raro que se tomen el menor cuidado. Lejos de buscar en la manada reproductores que hayan conservado y puedan transmitir algunas cualidades deraza, el gaucho prefiere siempre aquel que tiene un pelo raro, lo que es precisamente una señal de decadencia.

Si el gaucho se apasiona por un caballo, le prodiga cuidados especiales, le alimenta de un modo particular, le convierte en su caballo de carrera, en su medio de ganarse la vida, en baraja á que arriesgue lo que tenga y lo que no tenga; estad seguros de que será siempre un caballo castrado; el porvenir está siempre lejos de sus preocupaciones.

En cuanto á las yeguas que acompañan al caballo padre y que deben dar caballos útiles, nadie se ocupa de utilizarlas ni para silla, ni para tiro; puesto que no son buenas más que para producir un ganado que nada vale ¿á qué cuidarlas? Que estén gordas ó flacas, esto es lo importante. En el primer caso, se matan para que den grasa, este es su destino; que

van á ser madres ó que ya lo son ¿qué importa? Se agrupan, se venden lo antes posible para efectuar esas hecatombes, siempre teniendo en cuenta que no se pierda la grasa, que dura poco y vale algo; en el segundo caso, esto es, si están flacas, puesto que no se puede hacer otra cosa, se las deja. Hé aquí en qué consisten las reglas esenciales de la cría caballar en la pampa.

Fácilmente se concibe cómo serán los productos que den las *manadas* así constituídas. El que no haya visto reunidos algunos centenares de caballos de la pampa, difícilmente podrá formarse idea de las combinaciones de nuevos colores que podrían formarse sobre las capas generalmente conocidas Los diccionarios de la especialidad dedican algunas columnas á la nomenclatura de las capas ó pelos de los caballos; pero en la pampa se ha quintuplicado el número y los más raros y los menos clasificados son precisamente los que se perpetúan y los que tendrán que dar motivo á nuevas clasificaciones si una lengua es bastante rica para crearlas y la memoria humana bastante feliz para retenerlas.

Los potros nacidos en la manada, cuando llegan á la pubertad son expulsados por los celos del caballo padre y entonces se reunen en *tropillas*, dirigidas por una yegua, alrededor de la cual se agrupan después de la castración. Estas tropillas son las destinadas á la elección de los caballos de servicio; pero no se constituyen sin algún trabajo. Los caballos de que se componen, son necesariamente caballos castrados. La cría libre no permite la existencia de muchos padres, en los límites de una propiedad, porque como los caballos no viven en rebaños como los carneros, ó el ganado vacuno, sino en familias sometidas á un jefe, la presencia de muchos caballos padres produciría luchas cuyo resultado sería la dispersión de piaras enteras perseguidas por el más vigoroso ó más reñidor.

Antes que la tropilla compuesta de caballos castrados merezca este nombre y pueda llenar su objeto, tiene que sufrir dos operaciones. Es preciso *entablarla*, esto es, establecer entre todos los animales que la componen un lazo de familia, ilusorio pero necesario, y en seguida domar uno á uno los potros cuando tienen la edad y la fuerza convenientes. Para *entablar* es preciso habituar al ganado al sitio elegido para que paste y en el que debe vivir y encariñar unos con otros á los animales que lo componen. La operación es la misma, trátese de una manada sometida á un caballo padre ó de una tropilla confiada á una yegua, con una diferencia, que esta ejerce una especie de autoridad pasiva, no la positiva que tiene el caballo padre. Es necesario, como consecuencia, dirigir esa pasividad, agrupar la familia al rededor de su jefe, acostumbrándola al cencerro que lleva, lo que ha de ser de gran utilidad en los viajes largos. Cuando esto se haya conseguido y se quiera acampar durante la noche en un terreno de cualquier llanura desconocida, bastará trabar la yegua para que los caballos pasten en torno suyo libremente sin intentar alejarse.

Hecho este trabajo, cuando los caballos están en la edad de dos á tres años hay que ocuparse de la doma. El caballo de que nos estamos ocupando no es ni más ni menos rebelde que nuestros potros criados en las praderas ó en las cuadras. Aprende como éstos á obedecer y fácilmente se acostumbra al pesebre. Trátase de instruirle pronto en las primeras lecciones y la primera consiste en acostumbrarle á la presencia del hombre. Después se confía al domador el cuidado de cogerle en la llanura.

Si puede decirse que hay en la pampa un caballo salvaje, es este. Ha vivido siempre libre, en prados inmensos, y sin embargo ha sufrido dos operaciones, el hierro ó la marca y la castración, que si han podido irritarle, también le han hecho

ver en el hombre un ser superior y han aprendido á temerle. No quiere decir esto que el caballo esté habituado á la presencia del hombre á pie, puesto que no tiene ocasión de verle y menos aún de tolerarlo sobre su lomo. Réstale conocer al hombre en estos dos aspectos.

El domador es un verdadero gaucho, del que puede decirse que nació á caballo ; es celoso y amante de su oficio y sobre todo de su origen ; ligeramente fanfarrón y entusiasmado con su aptitud, puede decirse que es el comediante de las llanuras ; he aquí su gran defecto. Si se ocupara menos de lo que pueda decir y pensar de él el público, sería más apto en su oficio y sobre todo si demostrara más modestia, más temor si se quiere, obtendría mejores resultados ; pero necesita estar siempre en escena y en primer término.

Le conducen al corral las tropillas, que se encierran en él, echa su lazo á los caballos reunidos y sujeta por el cuello al que se propone domar. No bien está sujeto el animal y apenas empieza á defenderse, otros hombres le echan nuevos lazos, otros le cojen por las piernas hasta dejarle inmóvil y casi imposibilitado de tenerse en pie. Así se le saca del corral, no sin trabajo, se le echa en tierra, se le sujeta y se le ata un ronzal. Á palos se le levanta, y encabritado, echando espuma y defendiéndose, se le conduce á una estaca sólida, donde se le ata corto hasta el día siguiente. El animal se irrita, se desespera, se hiere la boca, se hace contusiones por todas partes y á poco más podría desnucarse.

Al siguiente día se le desata para hacerle sufrir un nuevo suplicio ; un hombre le sujeta con fuerza por el ronzal y otro le traba las manos al mismo tiempo que se le pone la silla, siendo lo más difícil ajustarle las cinchas. El domador monta entonces y suele suceder algunas veces, que el fatigado y dolorido potro, se echa ; pero así se encabrite, se eche ó corra, tiene que ceder á los vigorosos fustazos que recibe.

Con este estímulo parte en furiosa carrera por la inmensa

llanura. Un hombre á caballo acompaña al que monta el domador, y su encargo es estrechar por todas partes al potro, si se resiste le empuja á latigazos, si se detiene, latigazos y latigazos siempre para que el público de las galerías se convenza de que el domador es un hombre que no tiene miedo.

El animal, espumante, después de haber corrido y galopado, de haberse puesto en la empinada, caído algunas veces, lanzando al ginete á distancia, para que en el acto de pie, sin soltar el ronzal, monte de nuevo con el mismo ardor, volverá al punto de partida, rendido y bañado en copioso sudor. Entonces se le quita la silla y se le suelta algunas veces dejándole puestas las trabas para repetir la lección el mismo día. Algunas sesiones más y el potro está domado y se le puede utilizar; cuando llega el verano y se convierte en caballo de servicio, porque ya tolera la brida, puede montarlo el primero que llegue.

Es este un cuadro de costumbres locales muy pintoresco; todos los espectadores gozan con él, pero ¡cuán lejos está de lo que habrá que hacer el día en que se quiera conseguir científicamente un útil resultado!

Á esto se ha de llegar necesariamente. Tal sistema de cría está llamado á desaparecer, para que lo sustituya otro en un todo diferente. Dentro de poco ya no se pondrá en práctica sino muy lejos, allá en las tierras vírgenes ó por algún pobre gaucho que no tenga noticia más que de los antiguos usos y no quiera renunciar á ellos. Ya empiezan á comprender en los rincones más remotos de la pampa, que los caballos en gran número no solamente son inútiles, sino perjudiciales, y que el sistema de apisonar las tierras con ellos, como medio rápido de endurecer los terrenos vírgenes, es un procedimiento fatal para aquellos que se pretende destinar á una reproducción ó cría, verdaderamente productiva; el galope contínuo del caballo y su misma voracidad, ha hecho decir que el caba-

llo libre come con cinco bocas; y es así, porque es menor cantidad de pasto la que come que la que destruye con los piés.

De poco puede servir ese número grande de caballos hasta el día conservados más que educados, que no han sido producto de una selección razonable, puesto que los exportadores han renunciado á pedir á la pampa lo que no sabe darles y el consumo local disminuye de día en día.

*
* *

Ya hemos dicho cómo se eligen los caballos padres y las yeguas de vientre y ahora añadiremos que jamás fueron domados ni montados los unos y las otras: sin embargo, el caballo de carrera existe y las carreras de caballos constituyen la pasión favorita del gaucho; pero para demostrar por completo que tales ejercicios no son para ellos más que una diversión, que es á la vez un medio de evidenciar el valor de los caballos, no presentan en las carreras más que caballos castrados, incapaces por consecuencia, de transmitir sus cualidades, en el caso de que la selección y los inteligentes cuidados les hubieran hecho adquirir algunas.

Los cuidados que el gaucho consagra á su caballo de carrera, contrastan con el abandono absoluto en que deja á los restantes que no han merecido la misma clasificación y que por tanto no se emplean más que en el servicio ordinario, que por otra parte no deja de ser interesante. Estos últimos abandonados á sí mismos, se les saca del corral en el caso de que sea necesario utilizarlos durante el día, se les embrida y se les pone la silla desde por la mañana hasta la noche y así expuestos al sol, á la lluvia ó á la helada, sin recibir ningún alimento, esperan pacientemente que su dueño les exija tantas carreras y tan largas como le parezcan convenientes, sin consultar sus recursos ni sus fuerzas. Llegada la noche y el consiguiente regreso, volverán al mismo abandono, dejándoles que vayan á incorporarse á la tropilla á que pertenezcan y que

busquen con qué matar el hambre y apagar la sed, en una pradera casi siempre escasa ó en alguna corriente de agua ó charco formado por las aguas detenidas.

En cuanto al caballo de carrera, el *parejero*, la cosa es diferente. Este no come más que sus piensos á horas fijas, de alimento escojido y medido. Atado largo, se pasea todo el día alrededor de su estaca teniendo la boca en una especie de bozal que le impide pacer á su antojo, tiene su ración de maíz y de alfalfa seca, comprada especialmente para él, nunca recolectada por su dueño. El aficionado á *parejeros* es siempre un gaucho elegante, sin rentas, pero que vive holgadamente; da sus ganado á cuidar, según los casos lo vende para hacer sus apuestas ó pagar sus pérdidas lo que le dá tono y aumenta su dignidad; como el trabajar no es cosa fina, no trabaja, ni siembra, ni recoge. Todo el día lo emplea en prodigar cuidados á su *parejero*. Él mismo le dá de comer y él mismo lo monta para que haga el conveniente ejercicio y esté bien preparado.

El campo de carreras es aquel en que se reunen algunos aficionados á apostar. El pulpero de la vecindad se encarga de trazarlo y de señalar el día de las carreras, atrayendo así la gente alrededor de su habitación; el negocio es para él. En el día señalado y en ese país desierto donde pueden contarse las casas que hay en toda la extensión del horizonte, en aquella inmensidad, es donde se reune numerosa concurrencia. En diez leguas á la redonda se abandonan los rebaños al cuidado de los chicos, y hombres y mujeres, todos á caballo, acuden allí, forman la valla y arriesgan, no sus economías porque esta palabra es allí desconocida, pero sí sus ganancias futuras en las apuestas, que siempre exceden á la fortuna de los que se aventuran á comprometerlas.

Nunca hay más de dos caballos en línea, montados en pelo, por sus mismos dueños, la frente ceñida por una tela

de colores; la longitud de la carrera pocas veces excede de mil metros, pero aun siendo tan corta, apasiona á los jugadores, siempre en proporción al interés particular que corresponde á su bolsillo.

Únicamente en Buenos Aires es donde las carreras tienen otro aspecto y otra influencia en el porvenir de la cría caballar; allí nada más, corren yeguas y caballos que, por regla general, son tipos importados de Alemania, de Francia ó de Inglaterra.

No se debe formar juicio acerca de la cría de caballos cerca de las grandes ciudades, por lo que hemos dicho respecto á la cría libre en la llanura. En esta región, la transformación es antigua, porque las exigencias de un consumo más activo de caballos de tiro, han impuesto en las costumbres el sistema de cría establecido en Europa. Hace tiempo que los grandes propietatarios importaron caballos padres de raza á modesto precio primero, luego á otro más elevado, para practicar los cruzamientos. Este movimiento no se ha acentuado tanto, ni es tan antiguo como en Australia y en los Estados Unidos, porque en los carruajes ordinarios, en los tranvías y en los carros enganchan caballos de la pampa y esos vehículos hacen un gran consumo de caballos con ventaja para los criadores; pero tanto para silla como para carruaje de lujo, de día en día más numerosos, se emplean caballos importados ó caballos de media sangre.

Todas las razas contribuyen, aunque sin método hasta hoy, á la mejora por medio del cruzamiento con la criolla; hasta hoy, como queda dicho, no tienen esos ensayos dirección científica, aunque el Estado ha establecido cerca de Buenos Aires un depósito de sementales cuya dirección ha confiado á profesores franceses, contando además con buenos tipos adquiridos en Francia á todo coste.

Podemos citar un criador que ha creado en una de sus posesiones cerca de Buenos Aires una raza que en nuestra opi-

nión está llamada á tener gran importancia en aquel país. Ha obtenido ya con yeguas indígenas escogidas por su pelo y su alzada y caballos padres de Cleveland, tipos que después ha combinado con padres percherones ligeros; el resultado de este cruzamiento es un animal de buena alzada, muy ligero, capaz de adquirir todas las cualidades de nuestro percherón de tiro de marcha rápida. Los compradores buscan los productos de esta granja y el precio que pagan ha ido en aumento hasta llegar á 300 ó 400 francos, que es un precio alto para los caballos de aquel país.

El público de las carreras como en otras partes, y desde luego más que en otras partes, es indiferente á los progresos de la cría caballar y si le presta algun apoyo es inconscientemente.

La extrema baratura de los caballos al generalizar su uso entre todas las clases sociales, y por otra parte, la extensión del país haciéndole necesario, han convertido la equitación en una costumbre más que en un *sport* elegante; las formas vulgares, la marcha, el pelo mismo del caballo pampa, son condiciones suficientes para hacer poco airosa la posición del mejor ginete y bien podrían decidirle á renunciar á un ejercicio que sobre no proporcionarle ninguna utilidad, tampoco puede lisongearle bajo ningún otro aspecto. Se ha llegado á considerar como tipo de caballo, del que se puede estar orgulloso, un caballo gordo, con el pelo de color oscuro, de formas pastosas, sobresaliendo por estos signos de buena salud y de buen alimento, sobre la generalidad de sus semejantes de la pampa endebles y de pelo teñido de varios colores. Caballo de precio excesivo era aquel acostumbrado á trotar lentamente, según la moda chilena, cambiando á derecha é izquierda los brazos, como podría hacerlo un caballo de circo.

*
* *

Hoy están de moda los caballos de tiro, muchos de los cua-

les se han importado y otros proceden del mismo país. En cuanto al caballo de silla, no ha recobrado aún sus derechos y la equitación es un arte abandonada, fuera de los campos de carreras.

Estos están organizados como los de Europa, pero no tienen importancia más que desde el punto de vista de las apuestas. Tienen su público especial compuesto de los aficionados á apostar y de los corredores ó negociantes de apuestas; los bookmakers, encuentran siempre una clientela segura que toma con ardor las jugadas. Las costumbres difieren de las nuestras, la apuesta única se sustituye por la apuesta á la puja.

En un local especial el bookmaker, la víspera de las carreras, ofrece los caballos que deben correr á los que hacen las pujas y el caballo se adjudica al que ofrece más, que es el último pujador. El total reunido por todos los caballos, constituye el fondo, hecha la deducción de una cantidad respetable que corresponde al bookmaker que propone el juego.

Resulta, pues, que á la sombra de estas reuniones hípicas los grandes propietarios y el Estado mismo importan reproductores de buena calidad, se crean caballerizas y se producen y aclimatan tipos de caballos que los estancieros solicitan ya para sus manadas.

Muchos son los que ahora se preocupan de la calidad, despreciando la cantidad. En la campiña, poco á poco se va prescindiendo de los bueyes y los antiguos carros, así como los viejos navíos de vela se convirtieron en pontones, se han desmontado para formar número entre las ruinas campestres; á medida que la pampa se extiende, la paciente lentitud del buey ha pasado de moda y los tiros de caballos ligeros se multiplican rápidamente.

Hay que reconocer que los carros de nuevo modelo tienen

también su parte pintoresca y que en aquellas llanuras no dejan de ofrecer buen aspecto. Movidos por ruedas de dos metros, conservando la forma que tienen las de los carros de las ciudades, pueden conducir dos ó tres toneladas de lana ó de cualquier otro producto de exportación y galopan hasta su destino conducidos por ocho, diez ó doce caballos que dirige desde lo alto del cargamento un hombre que tiene para el caso sorprendente habilidad. Apenas se les distingue entre las nubes de polvo del camino; ningún obstáculo les inquieta y con la misma rapidez atraviesan los charcos fangosos, los lagos pantanosos y los vados de los ríos, siempre profundos y apenas practicables. Es asombroso ver pasar esos convoyes formados por ocho ó diez carros corriendo unos detrás de otros á modo de furioso torbellino. Es maravilloso ver al tronquista galopando como los demás, sosteniendo las varas que por otra maravilla de equilibrio no caen sobre él. Nada mejor que este nuevo sistema podría contribuir al mejoramiento del caballo de tiro. Estos carros hacen cada día viajes de veinte y veinticinco leguas, sin cambiar de tiro. El conductor se contenta con descansar de vez en cuando y en algunas ocasiones recurre á un procedimiento original para que descansen los caballos; les cambia de sitio.

En el sistema de atalajes que usan en la pampa, solamente el caballo que va en varas y el inmediato, tiran de pecho y de frente; los demás van enganchados solamente con una tira de cuero entrelazada, sujeta á una albardilla que se afianza con una cincha, resultando así que tiran de costado con la fuerza de las piernas, pero no de frente ni de pecho. De este modo se explica que cambiándolos de lado para que tiren haciendo fuerza á la derecha el que la hizo á la izquierda, encuentren descanso, según aquel principio de mecánica que dice que variar de trabajo es reposar.

Los procedimientos, como se acaba de ver, son primitivos

y expeditos y el conjunto de todos estos atalajes, muy sencillo; digámoslo en una palabra, muy americano.

No se puede decir del conductor que no economiza sus auxiliares. Pero á pesar del costoso refuerzo que suponen los sementales europeos, el precio del caballo no varía en la pampa; siempre se mantiene bajo, lo que hace tener poca confianza en el progreso de la raza. Es posible adquirir tipos de media sangre por 100 francos y en cuanto al caballo de la pampa no puede considerarse como mercancía, puesto que su precio fluctúa entre 8 y 10 francos por cabeza, si se compran en conjunto yeguas, potros y caballos; los caballos gordos ó cebados para matarlos, valen 25 francos por cabeza; un caballo ordinario para domar viene á costar de 40 á 50 francos y es el único que puede obtener el precio relativamente elevado de unos 100 francos por cabeza sin tener en sus venas ni una gota de sangre de raza extranjera; un caballo para tiro de carro ó de tranvía, bien amaestrado y de buena talla, podrá valer 200 francos; la vida de pesebre, el empedrado y el trabajo excesivo que se les exige, son motivos que los destruyen pronto y sus propietarios concluyen por revenderlos al cabo de un año de servicio á muy bajo precio.

II

Francia ¿debe perder de vista este lejano país, considerado como productor de caballos ó al contrario, puede mirarlo como capaz de remontar con poco gasto su caballería?

Por ahora puede asegurarse que los criadores nada tienen que temer.

Las remesas que hasta ahora se han hecho, no han tenido resultado feliz. Por otra parte, cuando se ha intentado en el Plata la exportación de caballos, se ha chocado con un defecto local que es la piedra de toque siempre de todas las nuevas empresas. El caballo despreciado y sin valor lo ha tomado

excesivo en el momento de presentarse un comprador. Éste, para conseguir un caballo de alzada y del pelo deseado, ha tenido que ir muy lejos y después de fatigarse, ha tenido que pagar 300 y 400 francos, sin encontrar á este precio lo que deseaba ni en calidad ni en número; defectos en todos, un conjunto que podría satisfacer las necesidades locales, pero muy imperfectamente las de Europa. Allí donde creía encontrar el caballo casi por nada y no tener más que presentarse para escoger en un instante y transportar millares á su antojo, encontró costumbres tan primitivas, hombres tan poco habituados á este género de comercio, con tal apego á los pocos caballos presentables y elegidos después de una detenida inspección, que se le hacía necesario apresurarse á la hora del embarque á meter á bordo lo que tuviera delante, al azar, apremiado por la urgencia y prescindiendo de la calidad.

Resulta que el caballo de la pampa vale mucho menos que el pequeño precio á que se adquiere y que con lo que piden los armadores por conducirlos al muelle del Havre, ya su precio se eleva á 900 francos por cabeza, precio por el cual pueden encontrarse en dicho puerto caballos indígenas de mejores condiciones. Pero no es esta la cuestión.

¿La cría libre puede producir con menos gastos que en Europa caballos de raza? ¿El caballo pampa ha adquirido después de una larga selección cualidades de resistencia tales que pueda ser solicitado en Europa?

Á esta segunda pregunta nosotros podemos responder que indudablemente la vida de la pampa ha dado á la raza y ha trasmitido por la herencia durante tres siglos, cualidades de resistencia, de sobriedad y de temperamento, que no se encuentran en ninguna otra parte. La alimentación del caballo pampa no cuesta nada, vive de lo que encuentra; va sin resistirse, donde el que lo monta tiene necesidad de ir y al aire que se le exige; es pequeño, pero robusto y puede mar-

char mucho y muy de prisa con el peso de un hombre. En una palabra, es un caballo de guerra, un caballo de campo. En Francia, se produce el caballo de tiro y también el caballo de cuartel; la pampa solamente produce el caballo de guerra. Los Ingleses hicieron una experiencia decisiva con dos mil caballos pampas en la guerra contra los Cipayos.

Su pequeña alzada depende de la escasez del alimento; pero en la pampa no todos los terrenos son iguales; algunas regiones son más ricas en las gramíneas que los caballos apetecen y buscan, por ejemplo en el extremo Sur de la Provincia de Buenos Aires. Y allí donde hay pasto, hay alzada, aunque falte el cruzamiento.

Podrían haberse encontrado caballos pampas, dignos de presentarse en el mercado francés y esto es lo que no se ha hecho : primer error.

También se han cometido otros en Francia. En el tratamiento dado á esos caballos al llegar, no se ha tenido en cuenta para nada su sistema de vida anterior y se ha hecho con ellos en cuanto al tratamiento á que se les ha sometido, lo que se hace desde su primera edad con los caballos europeos ya preparados por la costumbre. Así es como se han obtenido resultados tan desastrosos, como los que se obtendrían si sacando algunos caballos de las caballerizas parisienses, se les llevara al Plata y después de treinta días de viaje se les dejara vivir en plena libertad para que ellos mismos se acostumbraran á los rudas contingencias de esta nueva vida. Aunque el clima es más suave que el de Francia, todos perecerían. Los caballos de la pampa no han muerto en los cuarteles de caballería, pero se han resabiado y por consecuencia hubo que declararlos de desecho y fueron vendidos á la gente del campo que con gran admiración suya llegó á obtener de ellos excelentes servicios.

El cambio de clima y de régimen al mismo tiempo; mucho alimento y sobre ser mucho, muy sustancioso y el no correr á

su antojo fueron las causas que convirtieron al caballo pampa siempre noble y manso, en caballo repropio y nervioso. Agréguese á esto que todos los importados habían sido domados según la costumbre del país y que por consecuencia sorprendidos por el sistema nuevo para ellos de los ginetes europeos llegaron á desesperar á estos que á su vez les atribuyeron defectos que solo debieron atribuir á su propia ignorancia, puesto que con un poco de atención y esmero hubieran podido corregirlos.

La prueba está aún sin hacer. Antes de intentarla nuevamente estará preparada en uno y otro lado del Océano. Hoy, como el cruzamiento se ha estudiado por algunos propietarios que lo aplican científicamente y como el número de yeguas de vientre baratas es casi ilimitado, es de presumir que se establecerá en el Plata una especie de mercado de caballos abundantemente provisto de tipos que podrán ofrecerse á los compradores europeos; pero estos no serán el verdadero caballo pampa; será un caballo que habrá conservado mediante una educación algo más esmerada, las cualidades resistentes de su raza y tomado de las de Europa, la alzada y la perfección de formas que les falta.

Este caballo en las grandes dehesas cercadas, fuera de la caballeriza, podrá producirse á un precio tan bajo que permitirá trasladarlo á Europa, cubiertos todos los gastos, por un precio de seis á setecientos francos, cantidad relativamente corta tratándose de un caballo de cuatro años, dispuesto á prestar cumplidamente cuantos servicios se le exijan, durante muchos más.

No nos hacemos, sin embargo, ilusiones, porque esta empresa tardará algunos años en desarrollarse, si ha de recompensar los esfuerzos de los criadores por un lado y abastecer á Europa por otro, con un número considerable de productos.

La cría de la pampa depende hoy por completo de las

dehesas del Perche y de la Normandía : un caballo padre, algunas yeguas escogidas, pueden recompensar los gastos de transporte que no bajan de cuatrocientos á quinientos francos por cabeza, en ejemplares aislados : el precio á que estos ejemplares se pagan puede animar á nuestros criadores, puesto que no deja de tener para ellos alguna importancia.

No es así el viaje para acá : el precio de transporte de los caballos en número considerable, no baja de trescientos francos por cabeza y todos los riesgos que las empresas no quieren arrostrar y son numerosos, corren por cuenta del propietario; un vapor no puede conducir como máximum, más de cien caballos, suponiendo como es consiguiente los preparativos especiales que los steamers de viajeros no pueden instalar; los capitales, la seguridad, y el alojamiento, faltarán aun durante largo tiempo é impedirán á esta industria tomar el desarrollo necesario para que el caballo pampa pueda considerarse en Europa como artículo de importación ó pueda servir para la remonta de un escuadrón de cazadores.

Considerémosle, pues, como un buen elemento de actividad en el país en que abunda; deploremos que Europa ni posea ni pueda alimentar otro semejante y en número tan grande, relativamente á su población, pero no esperemos que lo que en una parte sobra, pueda suplir lo que en la otra falta.

CAPÍTULO V

PASTORES Y MAJADAS

Lanas exóticas, su importancia para el industrial europeo. — Australia y el Plata. — Historia del carnero en la América del Sur. — El merino español. — Los Rambouillet. — El carnero en las tierras vírgenes. — Primera exportación de lana en 1842. — Papel de los Irlandeses y de los Franceses. — Progreso desde hace veinticinco años. — Excursión por las majadas. — El comprador de lanas. — Las lanas en general. — Los mercados. — Los depósitos. — Región del Norte y región del Sur. — Aspecto de una *estancia*. — Los rebaños. — El *puesto*. — El parque. — El pastor. — El *pulpero*. — La explotación de los rebaños. — Las construcciones. — El esquileo. — Los reproductores. — Los moruecos de raza importados é indígenas. — Los cercados de alambre de acero. — La exportación de lanas. — Importancia del comercio francés. — Concurrencia de las lanas exóticas. — Su precio líquido y gastos del criador pampa. — Precio de la lana francesa. — Diversos empleos de las diferentes clases. — Inutilidad de la protección.

En todos los tiempos, los rebaños extranjeros han surtido á los tejedores europeos de la mayor parte de su materia prima; ya en la época de Clovis éstos pedían á las Islas Británicas una parte de la lana que necesitaban. En el tiempo de Francisco I, habiendo sido interrogadas las ciudades acerca de si sería útil y oportuno el impedir que entrasen en Francia las lanas extranjeras, la ciudad de Ruán, que era el centro de la fabricación de tejidos, contestó en estos términos: « Se juzga que la centésima parte de las lanas que se ponen en obra en el reino no crecen allí, y que en consecuencia si no se dispone de las lanas extranjeras, la telería y particularmente los paños finos y las gorras, no podrían fabricarse. Dichas gorras y paños finos se exportan inmediatamente á muchos reinos. La prohibición de las lanas extranjeras mataría esta industria y arruinaría una de las fuentes principales de las rentas del rey. »

Después, en todas las épocas, la prohibición de las lanas

extranjeras hubiese sido siempre igualmente perjudicial. Mediante dichas lanas la industria se ha desarrollado en Francia y en Inglaterra; pues hasta 1840, en que aparecieron las primeras lanas coloniales, esos dos países no recibían más lanas que las de Alemania, España y Rusia. La importación transoceánica siguió después en progresión constante. Paulatinamente, las lanas de Australia sustituyeron en Inglaterra, así como las del Plata en Francia y en Bélgica, á las remesas procedentes de las naciones de Europa. La Alemania se transformaba entre tanto en un país de exportación de productos manufactureros y absorbía toda su producción de lanas, como lo hacía en Rusia, por su parte, el consumo local.

I

El viajero, procedente del Océano, que remonte el Mersey, encuentra á tres ó cuatro millas á su derecha, sobre la márgen izquierda de aquel río, una gran población: Birkenhead; y á su izquierda, sobre la márgen derecha, otra todavía más grande: Liverpool. Si entra en uno de los pontones flotantes, que de trecho en trecho, ofrecen á los vapores un fácil acceso, de seguro que sentirá cierta admiración ante el espectáculo que se desarrolla á su vista en esos muelles de seis millas de extensión donde todos los países del mundo arrojan los productos de su suelo, los cambian por los de la industria inglesa é imprimen la vida y el movimiento á esa aglomeración de más de un millón de hombres. Si desea explorar más, por una de las cinco vías ferréas que enlazan á Londres y Liverpool, que se dirija á una de las poblaciones, cuyo nombre todo el mundo conoce pero cuya importancia solo comprenden aquellos que las han visitado: Manchester, Bradford, Leeds, Halifax. Se le enseñará, en el Lancashire, la región á donde llega el algodón por millones de fardos, sufriendo allí todas las transformaciones del hilado, tejido é

impresión, que alimenta cuatro mil fábricas y dá lugar á un movimiento de negocios que produce anualmente nueve mil millones de francos. En el Yorkshire, hallará igual movimiento en torno de los fardos de lana transformada también, por otras tres mil fábricas.

¿Cuál es la razón del desarrollo de esas industrias en esos lugares y no en otros? Porque la región en que han sido creadas no produce ni siquiera lana y la primera que se tejió venía de España y de Alemania. Hoy, la Australia surte á todas esas industrias y su importación se eleva á trescientos millones de kilos. La causa principal de esas creaciones no es tampoco el subsuelo, allí se necesita traer de lejos el hierro y el carbón. Esta causa desde luego es preciso hallarla en la actividad productiva de los países de ultramar que Inglaterra no ha cesado de fomentar, que ha solicitado y explotado siempre su marina, trabajando así para enriquecer á sus obreros, sus propietarios y su comercio, multiplicando sus capitales, aumentando su población y determinando la extracción de las riquezas de su subsuelo. Reducida á los rebaños y á los cultivos indígenas que constituían, hace un siglo, la más importante de sus riquezas, la nación inglesa hubiese tenido que vegetar en los estrechos límites de una evolución sin porvenir. Manchester, que cuenta seiscientos mil habitantes, sólo tenía seis mil en 1780, así como Liverpool, Leeds y Bradford. La población de estas ciudades aumenta á medida que dotan de una emigración más considerable á la América, al extremo Oriente y á la Australia. Inglaterra no hubiera conocido las fortunas colosales que debe á la importación del algodón y de las lanas exóticas, si se hubiese preocupado de proteger á sus agricultores en lugar de obligarlos á ceder sus prados, sus bañados y sus campos á los constructores de pueblos, fábricas y caminos de hierro. Igualmente en Francia, Ruán, Roubaix y Tourcoing, para no citar sino los centros industriales más importantes que deben

su grandeza á las importaciones de la materia prima, hubieran quedado siendo pobres aldeas sin la importación, cada año más considerable, de las lanas y de los algodones exóticos.

La Australia y el Plata son hoy los únicos países que surten á la industria europea de la lana que le falta. Un hecho reciente nos permite fijar con precisión su respectiva situación. En 1885 un grupo de criadores australianos deseosos de darse cuenta de la condición de los criadores de la Plata, visitó detenidamente los vastos dominios de las Pampas de la República Argentina y del Uruguay, aquellos en donde los grandes propietarios han realizado los progresos más considerables y aquellos, también, en donde la cría todavía se hace del modo más primitivo. De regreso á Sidney publicaron sus impresiones que podemos resumir así: el criador australiano nada tiene que aprender en las regiones del Plata, pero puede emprenderlo todo, encontrando allí para su actividad y sus capitales un ancho campo por explotar, un clima preferible al del continente australiano, que nada tiene que envidiar á la Nueva Zelanda, tierra barata, fácilmente explotable, y seguros beneficios.

Al mismo tiempo, el gobierno argentino enviaba en comisión á la Australia uno de sus criadores, el que traía la siguiente impresión, que publicó rodeada de perífrasis con el objeto de dejar á salvo, por lo menos, el susceptible amor propio de sus compatriotas : « En Australia, el criador de las pampas tiene mucho que estudiar y nada que emprender. »

Probablemente era esa la primera vez que aquellos dos países de industrias similares, los más ricos del hemisferio sur, situados en una misma latitud se ocupaban el uno del otro y se estudiaban recíprocamente. Los puntos de contacto entre ellos faltan, porque ambos existen como satélites del continente europeo, reciben de este los elementos de su vida, derraman en él sus productos, y no tienen entre sí, ni

interés comercial ni relaciones sociales. Además, la distancia que separa á dichos países, es grande y tal la carencia de comunicaciones, que para dirigirse del uno al otro hay que cruzar primero más de la mitad del globo á fin de venir á Marsella, que es el punto de enlace de las líneas que van á esas dos partes opuestas del mismo hemisferio.

No se debe, á pesar de lo espuesto, dar un sentido desdeñoso á la apreciación hecha por los criadores australianos respecto á sus rivales sur-americanos; porque las impresiones, manifestadas por ellos, en un impulso de orgullo muy legítimo, no denotan sino el sentimiento de una real superioridad, obtenida merced á los capitales de la metrópoli. El menosprecio estaría fuera de lugar por cuyo motivo se han guardado de manifestarlo. La gran diferencia que existe entre los dos países, proviene mucho menos de su origen y de sus caracteres étnicos, que de la diversidad de elementos de acción puestos respectivamente á su disposición desde que se implantó la cría en ambos. Si la importación del carnero tiene en la pampa dos siglos de existencia, su explotación razonada data de una época más moderna. Desde 1820, la Australia importa sus lanas en Inglaterra en tanto que el Plata no ha importado las primeras en Francia hasta 1842. El primero de dichos países posee en la actualidad setenta y cinco millones de carneros y exporta doscientos millones de kilos de lana, mientras el otro, disponiendo de cien millones de carneros, no produce más que igual cantidad, si no inferior, de lana.

La comparación entre los dos países queda hecha si se retienen esos primeros elementos, la cantidad del producto y la de lo exportado. Pero podemos dar á conocer otros datos también precisos. Helos aquí. El precio total de la lana australiana vendida en Londres en 1885 ascendió á 500 millones de francos, y el de la del Plata vendida sólo en Europa á 350 millones de francos. Añadamos que la lana que exporta la Australia está lavada y la del Plata tiene suarda.

Hay que tener en cuenta este importante elemento para comprender los notables progresos realizados en Australia, donde los carneros producen por término medio seis libras de lana á medio lavar mientras que los del Plata solo producen por término medio dos kilos de lana en suarda, es decir, cargada con dos terceras partes de impurezas. Conocido el producto, así como el resultado comparativamente, será de interés el observar á esos criadores en el medio en donde han creado su industria y conocer todas las funciones de su vida pastoril sus trabajos y sus ocupacioues en todas las estaciones del año.

II

La importación del carnero en la América del Sur, se remonta á la misma época en que se construyeron los primeros establecimientos en la ribera del estuario del Plata, esto es, cincuenta años próximamente después de las exploraciones. La península ibérica recordaba aún la gloria clásica de haber fabricado en Andalucía suntuosos tejidos de lana elogiados por los autores latinos, así como también la de haber provisto de los primeros carneros de raza merina á los pastores de las Bucólicas. Después de trascurrir quince siglos, esa raza se había conservado y aún mejorado durante los siete siglos de la dominación de los Moros. Empero las remesas de carneros de España hechas á los colonos hasta el fin del siglo XVIII, no parece que hayan comprendido á ningún tipo de la raza merina; y si se ha de juzgar por el aspecto de los descendientes de los primitivos moruecos que hace cincuenta años vivían todavía en el más completo abandono, éstos debían pertenecer á la raza que aún existe en Andalucía, que se distingue por esa lana larga y que más se asemeja á la borra que á la lana, característica de los carneros de las pampas en la época colonial.

Antes de prosperar y transformarse en la fuente más fecunda de las riquezas de ese continente, el carnero debió sufrir en América un largo estacionamiento impuesto por la propia naturaleza del terreno en que iba á tratar de aclimatarse. Aún hoy se puede, por el solo aspecto de los terrenos vírgenes que componen la mayor extensión de las pampas, darse cuenta exactamente de lo que sucedió en tan lejana época. El suelo de las pampas era, entonces, por todas partes igual que hoy, esto es, las regiones muy distantes invadidas por una agreste vegetación que no presentaba para la oveja sino pobres recursos, obligándola á sufrir privaciones y condenándola á perecer cuando no se hallase suficientemente provista para hacer frente al *struggle for life* en ese medio inhospitalario.

Únicamente puede sorprender una cosa, y es que de algunas ovejas trasportadas de España se haya podido conservar un número suficiente para poder servir de tronco á los cien millones de carneros que existen hoy allí después de medio siglo de cuidados. En la actualidad el pastor que emigra con sus carneros de la región de las Pampas del litoral hacia el terreno donde hace ya muchos años solo se estaciona el ganado mayor, debe contar en el cálculo de sus pérdidas con el 50 0/0 de su efectivo, por lo menos, en lo que concierne al primer año, debiendo, también, prever que antes de dos años no podrá salir adelante, desgráciandose muchas ovejas madres y la totalidad de los corderos. Es una empresa costosa que encarece notablemente el precio de un terreno porque queda sembrado de despojos del ganado después de haberlo pagado caramente. El mismo pastor que pasase el límite de la zona de transición, donde la aclimatación es difícil, con el fin de tomar posesión de los campos más distantes del litoral, no podría llevar lejos su experiencia, porque el primer invierno acabaría con su rebaño. En efecto, en esos terrenos, las tiernas gramíneas que busca y digiere el carnero no se hallan

aclimatadas, pero, si se encuentran algunas, sirven al ganado de alimentación pasajera en la primavera y en el otoño, porque al llegar los primeros calores ó los primeros fríos, desaparecen. Cuando el ganado mayor ha permanecido en aquel terreno seis ú ocho años no sin haberse resentido también por esa aclimatación, ayudado por las yeguadas que se reunen por millares sin imponérseles otra labor que la de pisar el suelo por medio de carreras desordenadas gastando sus fuerzas dando saltos y tirando coces, solo entonces el trébol amarillo y la gramilla de invierno y de otoño empiezan á desarrollarse hallando un terreno más solido y más sustancial en donde arrojar sus raíces; entonces puede decirse que está puesta la mesa para el rebaño de carneros y se puede levantar una tienda y un corral. El hombre no ha dado en ese terreno un solo golpe de azada, ni echado, tampoco, una semilla, porque la tierra da vida á semillas que parecen haber caído del cielo, y que un rayo de sol y una gota de lluvia son suficientes para perpetuar.

*
* *

El aspecto de las tierras vírgenes sigue siendo el mismo que era en los primeros tiempos de la conquista, y sólo el *gynerium argenteum* mueve sus elevados ramajes blancos, que el otoño destruye y dispersa. Entre las espesuras que forma dicha planta, el terreno está descubierto y á él vendrá á refugiarse la semilla arrastrada por el viento. Las aves no hacen allí más que el hombre el oficio de sembradoras, puesto que no las hay de ninguna especie en la pampa desierta; mostrándose únicamente en los puntos donde la mano del hombre ha construído un refugio, cuando ha emprendido algún cultivo ó plantado algunos árboles. Entonces las aves emigran de los campos antiguamente poblados. ¡Qué obra más lenta la de la conquista del suelo, que el hombre moderno no podrá

apresurar y que los labradores serán impotentes también para abreviar!

En la zona de la pampa alejada del litoral, la superficie de la tierra no está dispuesta, por cuyo concepto el trabajo del hombre no puede ser fecundo sino á condición de ir en pos de la piara de bueyes.

La superficie, conquistada desde hace tres siglos, sólo hace medio que esta ocupada por las majadas, y hasta entonces los productos de los rebaños de ovejas, no habiendo figurado en ningún registro aduanero, nunca se había exportado ni un solo vellón. La industria local tampoco los utilizaba, porque el arte de hilar la lana era casi desconocido de los colonos. Los carneros durante tan largo período de tiempo imitaron algo al hombre, sufriendo la ruda influencia del medio agreste en que existían. Mientras el hombre, aislado en la llanura, se transforma en individualista exagerado, acostumbrándose á no contar más que consigo mismo, y modificando su género de vida da origen á una familia humana que participa á la par del indígena y del europeo, el carnero también adquiere por su parte las mismas costumbres solitarias. Ese señor de Panurgo tan hecho á vivir en familia, á no tener ni un gusto ni una idea personal, á seguir é imitar á su vecino sin querer nunca ser el que dé el ejemplo, se encontraba perdido y aislado en la llanura, entregado á sí propio y extraviado, tratando inútilmente de reunirse á un rebaño que no existía en ninguna parte.

Sin embargo, se han hecho numerosas tentativas para establecer en esa región majadas, indicándose la llegada de merinos á partir de 1780, sobre todo una primera importación de cien ovejas enviadas de Rambouillet por M. Ternaux-Compans en 1828 á petición de Rivadavia, ese hombre de Estado, que no obstante haberse hallado al frente de los destinos de su país durante, sólo, año y medio, no por eso dejó de

dotarlo de todas las instituciones que posteriormente le han dado grandeza y bienestar. En fin, en 1840 un Inglés de esclarecido nombre, el hermano de Shéridan, importó de Inglaterra animales de raza, empleó considerables capitales en la creación de una majada de reproductores y en regimentar y ordenar los carneros criollos, pero fracasó en su empresa siendo su ruina completa y su fin de los más tristes. Porque era verdaderamente predicar en el desierto el querer que los pastores primitivos de aquella época contribuyeran con sacrificios de tiempo y de dinero, que ellos consideraban muy mal empleados, á recoger esa hacienda que no daba después de los mayores cuidados más que un producto que nadie podía aprovechar. Ese producto, la lana, requería para que pudiera obtenerse, escoger en el campo los mejores parajes, reunir en ellos en rebaños las ovejas extraviadas y mantenerlas en aquellos sitios. Esto se haría el día en que ese producto tuviera comprador; pero hasta entonces, ¿para qué? Tal comprador no se presentó por primera vez hasta 1842. Había á la sazón, distribuídos entre algunos propietarios, la cifra aproximada de dos millones de carneros, depurados por una selección proseguida á través de doscientas cincuenta generaciones; pero nunca habían dado á sus dueños otro provecho que el regocijo de poder presentar á sus huéspedes de tránsito un cordero gordo y algunas pieles para hacer un lecho. Se cuenta que cansados de presentar á los amigos que les rehusaban el donativo de algunos millares de carneros inútiles y embarazosos, se determinaron á venderlos al tejero vecino de su majada con el fin de que alimentase su horno.

Pasarán algunos años y todos esos recuerdos desaparecerán como por encanto y serán relegados al olvido y recibidos como cuentos inverosímiles por la próxima generación. Ha bastado para esto el esfuerzo de algunos hombres emprendedores, sus consejos y su ejemplo.

Durante los diez primeros años de esta evolución, la lana

no valía más que los cinco céntimos que aún se paga por la libra; los carneros de Andalucía transformados en criollos y degenerados, daban un producto exiguo. Desde 1850 á 1868 el progreso es constante, y cada año los registros de aduanas revelan un aumento continuo en la exportación, ya los buques de vela de otro tiempo son insuficientes; los reemplazan los vapores, cuyo número aumenta á la vez que las proporciones, transportando por centenas de miles los repletos y pesados fardos. Veinticinco años y algunos moruecos, tiempo breve y elementos modestos, han sido suficientes para transformar de tal manera la raza criolla que ha desaparecido en absoluto, aumentando tanto la producción que por primera vez, en 1869, el criador francés se creyó en peligro, estallando por consecuencia la primera crísis industrial.

*
* *

La Australia y la Plata habían emprendido al mismo tiempo igual obra; sus remesas fueron de año en año más importantes, pero esto acaecía en el período de la guerra de secesión en América. Cuando faltaba el algodón, la lana producía un pico que colmaba el déficit; pero terminada la guerra todo concurría á dificultar las filaturas, á la vez que la Luisiana y la Florida reanudaban sus cultivos. El pánico, sin embargo, sólo duró algunos meses, y pronto se reconoció, aunque no lo suficiente, pues al saberse el reducido precio que en Europa se pagaba por la lana los propietarios resolvieron diezmar sus rebaños, comenzando tales hecatombes que suprimieron, en el plazo de tres meses, diez millones de carneros en el Plata é igual número en Australia.

El enorme consumo que tuvo lugar de 1870 á 1871 puso las cosas en mejor disposición, y desde entonces los precios se han sostenido siempre en las mismas proporciones hasta el año 1885, en que, mediante la influencia de la crísis indus-

trial que se sintió en todo el mundo, bajaron á tal nivel, que un carnero valía menos de dos francos en el Plata; pero al cabo de algunos meses el precio de la lana volvió á subir un 50 0/0.

El criador exótico no está como el de Europa á merced de acontecimientos pasajeros y no puede fácilmente ser presa del desaliento; consiste esto en varias causas, pero, sobre todo, en las condiciones de su vida y de su producción. Las horas de malestar pesan en su ánimo menos que en el del criador francés, teniendo sobre éste, en lo que respecta á la producción de la lana, numerosas ventajas.

Una visita por algunos establecimientos de cría nos permitirá evaluarlas en el momento en que producen, multiplican y recogen, casi sin esfuerzo, el fruto del trabajo de la naturaleza.

III

Para que el lector nos comprenda mejor, le rogamos que suponga que es él quien acompaña á un comprador de lanas, comisionado por una compañía de hiladores, tejedores de Roubaix ó de limpiadores del Gard, que deben la existencia de sus industrias á los criadores de Buenos Aires y los cuales envían todos los años sus agentes con el fin de comprar en el propio terreno los cien millones de kilos que necesitan.

Nuestro compañero es jovial y está acostumbrado á estos viajes. Desde hace doce años, hacia el fin de Agosto, abandona la Europa, después de haberla recorrido durante un trimestre para visitar todos los mercados de lanas, tales como Breslau, el Havre, Liverpool y Amberes. Haciendo buena vida en todas partes, recogiendo observaciones, instrucciones, órdenes fijas y variables y provista su cartera de cartas de crédito indiscutible libradas por los principales banqueros de Londres y del continente, teniendo algo del flamenco rubicundo y rubio, del Belga, ó por lo menos semi-belga de Rou-

baix, ese hombre del Norte parece haber salido de Gascuña desde el punto y hora en que abre la boca. En el comercio de lanas el hombre del Mediodía, el que envía Mazamet, es taciturno, de modesto aspecto, algo irresoluto y poco á propósito para los grandes negocios en que trata, porque no sabe hacer gala de esa alegría ruidosa, algo vulgar, que caracteriza al viajante de comercio trasoceánico, y mira mucho por su dinero en tanto que el hombre del Norte lo derrocha tan fácilmente como lo gana.

La travesía de veinticinco dias que separa á Burdeos y Marsella de Buenos Aires, es para el hombre del Norte una buena ocasión de prodigar su verbosidad entre apuestas de champagne y de abundantes *cocktails*, donde el bitter y el cognac se mezclan con la yema de huevo formando una bebida ligera y excitante. Llega la hora del desembarque y la acogida que le dispensan no puede entristecerle, parece que se le aguardaba. Es la primavera, va á terminar Setiembre, llega pues, á tiempo porque las tijeras del esquileo están en movimiento y trascurridos unos días las lanas van al mercado. Vamos pues, con él á inspeccionar las primeras remesas. Á las cinco de la mañana, el tilbury espera á nuestro hombre, aunque con el tranvía tendría suficiente, toda vez que todas las calles poseen el suyo y desde antes de amanecer se altera el silencio por el ruido de los cascabeles de los caballitos que marchan siempre de prisa. Los mercados de lanas están en los confines de la ciudad, porque cada diez años, bajo la presión de la población, se alejan más. Así, los sitios que les estaban reservados hace veinte años, están ahora transformados en elegantes barrios y las dos grandes esplanadas en que se verificaban las transacciones en 1880 se hallan actualmente convertidas en parques. Recién se piensa en volver á establecerlos fuera de la ciudad. En verdad, eran éstos propios para el estacionamento de las enormes carretas de las pampas que hoy han desaparecido ó por lo menos no entran más en la

población sino conducidas por vagones. El comercio se celebra, pues, en las dos estaciones del Oeste y del Sur transformadas al efecto en depósitos. La primera está dedicada á la región poblada con anterioridad, compuesta de tierras de aluvión, de grandes pastos, de lanas fuertes y pesadas, y la segunda, á la región del Sur, más extensa y ocupada con posterioridad, en la que los pastos son más flojos y más variados y la lana que producen más ligera y más fina.

El acaso ha hecho que Buenos Aires se halle en el punto de intersección de esas dos regiones tan diferentes entre sí, siendo también diferentes los dos mercados que existen en esas dos estaciones, distantes, una de otra, dos kilómetros. Los precios tampoco son iguales porque la calidad de la lana de las dos regiones es muy distinta.

En los galpones, resguardados del viento, muy vivo en la primavera, que levanta torbellinos de polvo, y también del sol, ya ardiente á esa hora matinal, se aglomera un público, mezcla de campesinos y de ciudadanos, hombres de fortuna y de mucho crédito acostumbrados á tratar allí entre ellos, grandes negocios, que se liquidan los sábados en importantes cheques.

Aquél es Irlandés, convertido en colono desde hace veinte años, poco ilustrado, pero, por lo demás, trabajador laborioso, criador celoso y económico, aunque gran bebedor, que va á presenciar la venta del enorme producto de sus rebaños; posee, según dicen, cien mil cabezas de ganado, pero allí sólo se contrata por vellones así que para nada se tiene en cuenta dicha cifra; se dice sólo de él que es un hombre de diez mil, quince mil y treinta mil arrobas número magestuoso, toda vez que esa unidad de peso representa once kilos y medio. Recibirá, por lo tanto, el día siguiente 2, 3 ó 400,000 francos, producto de su esquileo, pero no por eso cambiará en nada su vida ni su traje de la pampa que le confundiría

con el mas humilde gaucho si por su lenguaje no denunciase su origen británico. Esa enorme suma la empleará en la compra de nuevas propiedades que le sirvan para el mantenimiento de sus rebaños. No es con él con quien trata nuestro comprador, sino con los intermediarios que se encuentran allí para hacer el negocio, los cuales son también criadores, pues en aquel país todo el mundo lo es un poco, quienes emplean los capitales, suministrados por la cría, en operaciones de crédito con los colonos inferiores que recurren á ellos enviándoles en la temporada sus productos, pagándoles buenas comisiones. Así, ellos saben el crédito que merece el más rico y el más modesto propietario, conocen, quizá mejor que él, el trato que da á sus rebaños, el número de estos, el valor de los terrenos que ocupan, las probabilidades de éxito ó de ruina con que puede contar y las sequías ó las inundaciones que puede temer. Es que tienen al alcance de su mano la mejor de las pruebas, porque como hombres experimentados saben reconocer en la apariencia del vellón, en su peso y en la resistencia de las mechas que lo componen, el valor del criador y de su terreno; saben además, los esfuerzos que hace el propietario para combatir la sarna, ese grande enemigo de la lana, así como para mejorar la calidad y el rendimiento por felices cruzamientos. Conocen, así mismo, la cifra de las ovejas y, por el peso total de la lana su valor; así, cien ovejas, deben producir segun su raza, fácil de reconocer por el aspecto de la lana, de diez á diez y ocho arrobas.

Existen lanas que por proceder de tal ó cual distrito ó de tal ó cual *estancia* son preferidas, por cuyo concepto hay en Francia ciertas filaturas que siempre emplean las mismas lanas y conocen el nombre del productor de la pampa á pesar de no haber tenido con él otras relaciones que la de comprar todos los años su lana á su consignatario.

El comprador que es muy práctico las reconoce en los de-

pósitos públicos ó particulares por su aspecto y por la importancia de las remesas, pero lo que sabe sobre todo y lo calcula casi sin error, prévio un ligero examen, es el rendimiento al limpiarse de ese inmenso montón de vellones, que representa cien mil kilos. Al efecto coge con las manos algunos vellones, que forman una especie de bolas sugetas con un hilo y que enseñan las raíces blancas amarillas ó azules de las mechas; rompe el hilo, desenvuelve el vellón, que aparece entonces en su primitiva forma y tan bien conservado, que podría aplicarse tal cual está sobre el lomo del animal que lo produjo. Vista así la lana es menos blanca, pero más sincera y á veces demasiado, no siendo raro el descubrir en ella considerables detritos que el criador no ha querido desperdiciar y los ha recogido también como un producto de su rebaño.

Nuestro comprador la levanta en peso, calcula la resistencia de las fibras y da su parecer. Es un conjunto de vellones que producirá al limpiarse 32, 32 1/2 ó 33 0/0 de su peso total. Rara vez se equivoca, porque si se engañase aunque no fuese más que en 1 0/0, un negocio que se consideraba bueno, podría resultar mediano. El conjunto de su inspección le hace saber lo que vale la lana del año, porque hay buenos y malos años en ese país donde los carneros no conocen los abrigos. Además, el invierno seco produce una lana delgada, el verano seco una lana sucia, y una primavera lluviosa, una lana muy limpia.

*
* *

Las estaciones principales no contienen más que las llegadas del día, pues las de los días anteriores se dirigen á los depósitos particulares. Éstos que eran en otra época simples barracas, han conservado este nombre que carece de pretensión, al transformarse en lo que hoy son, esto es, en inmensos galpones que cubren superficies de algunos millares de metros cuadrados, que se extienden en derredor de

patios especiales por donde circulan filas de carretas bien repletas de mercancías. Entremos en los depósitos. El desfile de las carretas, que llegan de la estación llenas de sacos de vellones, es continuo. Delante de las puertas principales se efectúa la descarga, formándose pilas, hábilmente construídas que se elevan hasta doce y quince metros y que están solidificadas por un revestimiento de vellones colocados y amontonados con cuidado, cuyos vellones no muestran á la vista más que brillantes mechas semejantes á copos de algodón.

Más allá, se halla una de esas pilas medio destruída. Algunos hombres, en calzón corto, se encaraman en ella, amontonan los vellones sobre un cañizo, colocado sobre caballetes y ante el cual un hombre en pié los examina uno por uno y les da destino con arreglo á su clase. Aquel hombre es el clasificador. Hombre práctico y de conocimientos especiales, el clasificador es, generalmente, Francés y ha hecho su aprendizaje en un lavadero de lanas; sabe qué clasificación conviene á cada mercado de Europa. El salario de que disfruta es elevado y durante los meses que dura su trabajo no es difícil que reuna doce, quince mil y á veces treinta mil francos según la importancia de su clientela. Tiene varios ayudantes á su costa cuya tarea estriba en proveer la pila en que trabaja y en transportar la lana según su clasificación hasta el sitio donde funciona la prensa. Esta tiene una profunda abertura de dos metros y uno de anchura con laterales de madera gruesa y dura, donde se apila la lana; el tiro de un caballo ejecuta la compresión de abajo arriba en dos minutos. Al mismo tiempo el fardo que se confecciona está cercado de hojitas de acero que retienen un lienzo de modo que aquel sale dispuesto á caer en la báscula para ser pesado y recibir las marcas y números que indiquen su procedencia su destino y su clasificacíón. Dos fardos miden metro y medio y pesan una tonelada. Una carreta los trans-

porta á la aduana donde se los anota y se cobraba un derecho de salida importante el 4 0/0, hace seis meses suprimido. Esta misma operación se hace al año con trescientos mil fardos.

IV

En otra época era en esos depósitos donde se trataban todos los negocios. El comprador, que antes apenas consentía en salir de la ciudad, ha ido acostumbrándose, mediante el ferrocarril, á realizar sus contratos en los mismos lugares de la producción, tratando directamente con el propietario. Sigámosle y podremos, en su compañía, recoger en el camino algunos datos, ponernos en contracto con el criador, con el simple pastor, con el esquilador, y, en fin, con todos los hombres del campo de los que, ni uno siquiera, podría vivir sin ocuparse de lanas.

Es hacia el Oeste y el Norte á donde se dirige primeramente; el esquileo se anticipa en esas regiones quince días ó un mes sobre el del Sur; en los años en que la primavera es benigna el esquileo comienza allí á fines de Septiembre y á ultimos de Octubre todo se ha concluído.

El Norte es la región que los Irlandeses pretenden monopolizar desde hace veinte años; el criador francés se encuentra, más generalmente, al Oeste y al Sur; por todas partes los grandes propietarios criollos son numerosos y deben sus vastos dominios á la herencia; los extranjeros, por el contrario, las han adquirido por medio de economías realizadas con su trabajo. De aquí las diferencias importantes que existen entre los dominios de unos y de otros. Los dominios criollos están regularmente administrados por mayordomos, en tanto que los extranjeros los administran por sí propios. En los primeros se halla á veces una gran morada, pero poco lujosa y generalmente deshabitada; el propietario va á ella rara vez, pero su ausencia no es óbice para que el transeunte

encuentre allí hospitalidad con arreglo á su posición social más que á la de su huésped.

En las *estancias* irlandesas, la casa se desarrolla en la planta baja, ensanchada sin mucho arte á medida que su dueño ha aumentado su riqueza. Una veranda cubierta forma en derredor de ella un paseo fresco donde las plantas trepadoras, el jazmín, etc., se enlazan; en el interior todo es inglés, muebles y adornos, cajas de concha y cromolitografías; la hospitalidad es escocesa y la cocina americana. La dueña de la casa ó sus hijas son las que sirven de pie en torno de la mesa donde se sientan los hombres y donde se amontonan las provisiones, de todas especies, caza, volátiles, jamón, todo, excepto de lo que podría surtir el rebaño y que sería trivial.

Sea cual fuere el propietario y la extensión del dominio el aspecto de la tierra es por todas partes igual; el llano donde pace el ganado no es notable sino por su uniformidad. La vista tiene ancho campo donde posarse, pero en ninguna parte se divisa el rebaño; la llanura immensa, tiene tambien su microbio; el carnero innumerable es invisible, es el infusorio de la pampa.

La morada del pastor no se destaca mucho más, y por un extraño efecto de óptica se distingue con menos facilidad á medida que la luz del día es más viva; sólo se la divisa bien á la hora del crepúsculo, cuando todo en torno de uno, en un espacio difícl de medir, se llena de luces que centellean á través de las puertas abiertas revelando la topografía del dominio, su posición y el número de sus habitantes. Las chozas de los pastores, llamadas *puestos*, están situadas en los puntos más elevados y en la linde del dominio, á un kilómetro próximamente una de otra, de modo que los carneros al salir del parque hallan delante de ellos un espacio libre, generalmente de dos kilómetros de profundidad, que da para cada *puesto* doscientas hectáreas de superficie, donde los carneros

pueden pacer caminando hacia adelante sin violar el pasto del vecino ni mezclarse con su rebaño.

El *puesto* se compone de dos piezas á las que da entrada una puerta; las ventanas son allí raras, si no desconocidas; además hay un corral cercado de tablas de abeto con claraboya, donde los carneros pasan la noche para salir de allí por la mañana. Ese cuadrado de cincuenta metros es suficiente para alojar dos mil carneros, acumulándose allí los detritos que dejan hasta formar, después de algunos años, un montículo de varios metros de altura de la misma riqueza y clase que los de las islas Chinchas, detritos que se convierten en un fango horrible merced á las lluvias torrenciales y que se difunden durante los días de sequía en torbellinos de un polvo desagradable. Es una riqueza perdida, puesto que nadie todavía piensa en recogerla para verterla en el campo, de donde la familia no saca otra cosa que el combustible de su hogar; cortado en trozos y secado á la sombra, es un excelente combustible, pero su humo y su olor son incómodos.

La unidad de división de los dominios, es la legua cuadrada española, de dos mil setecientas hectáreas, la cual ha sido sustituída actualmente por la legua nacional, compuesta de dos mil quinientas hectáreas. Se pueden contar por legua cuadrada, en la región más dispuesta, quince *puestos*, diseminados en toda la línea; el centro del dominio está reservado al ganado mayor y á los caballos.

Como no es suficiente para conocer el verdadero valor del producto el hablar con el propietario ó su mayordomo, dirijámonos á cada uno de los *puestos*.

El habitante es, á veces, arrendatario, pero generalmente es medianero; de todos modos y sea quien fuere, es muy meticuloso respecto á las formas y á la etiqueta. Así vería con sorpresa que cualquiera persona se dirigiese al galope hacia su rebaño sin haber pasado antes por delante de su puerta y

pedídole permiso para efectuarlo ; por cuyo concepto aunque se vaya acompañado del mayordomo, superior directo de los medianeros, aquél respetará esa costumbre.

Después de galopar durante algunos minutos, se llega al *puesto*, cuyo aspecto es triste y nunca varía. En todos existe el mismo corral, la misma construcción, el mismo caballo ético sujeto á la misma estaca y las mismas pieles de carnero tendidas para que se sequen al sol, en torno de las cuales los gavilanes se mueven chillando para expresar su júbilo ó su temor. Encargados de la higiene del lugar, utilizan todos los restos de carne pútrida y limpian los esqueletos de los animales muertos. Tan pronto como distinguen gente, una bandada de tero-tero se cuida de escoltarla yendo de vanguardia para anunciar á todos los habitantes su llegada, por lo cual el pastor se encuentra en la puerta esperando ; pero antes de que se le tenga delante, por ciertos detalles particulares, se sabe al primer golpe de vista su carácter y su nacionalidad. Un sembrado de sandías y de zapallos, indican que el amo es criollo ; un caballo de carrera amarrado á la sombra con el morro metido en una especie de bozal, revela que es gaucho, jugador y abandonado, que gasta su patrimonio en apuestas de carreras y en hermosos atavíos ; un jardín cercado, plantado de algunos árboles y sembrado de alfalfa y de maíz, da á conocer que es extranjero, celoso de su bienestar y que tiene un rebaño bien cuidado ; además, la casa, sin ser lujosa, tiene mejor aspecto que las otras y la cocina está separada. En ésta es donde con más frecuencia se recibe alrededor del fogón, siempre encendido y situado en medio de la pieza. Nada tan triste como la vida que esa miseria representa. Se extraña ver allí hombres procedentes de luengos países que han olvidado la animación á que estaban acostumbrados en sus pueblos y se plàcen tomando gusto á esa contemplación, á esa soledad ociosa. Muchos de ellos rompen la monotomía de esa vida paseando á caballo todas las tardes y yendo por la noche,

cuando el rebaño se ha recogido, hacia la *pulpería*, el *assommoir* de las pampas.

*
* *

La *pulpería* es la verdadera enemiga del rebaño, por cuyo motivo el propietario de los principales dominios tiene buen cuidado de encauzar en su provecho ese mal necesario instalándolo él mismo y obligando á sus colonos á no comprar sus provisiones en otra parte. De esa manera el propietario puede disminuir el despacho de los géneros peligrosos y sobre todo ordenar el gasto del consumidor tasándole el crédito, que la lana se encargará de saldar á fin de año.

Nos falta ver el rebaño, que pasa á la lejos, solo, sin pastor; porque lo mejor guardado es lo que menos lo está, ó, por lo menos, lo que está más distante, aunque sea una paradoja. La presencia del pastor le cohibiría impidiéndole pastar á su gusto y echarse cuando tenga gana. Sin embargo de eso el pastor no debe descuidarse sino estar dispuesto á acudir á la primera señal de alarma. Por lo mismo su caballo se halla á su lado dispuesto para toda eventualidad.

En el rebaño de mil quinientas á dos mil cabezas, los sexos y las edades están mezclados, y únicamente en las grandes majadas las ovejas, los carneros, y los moruecos forman grupos distintos; en las pequeñas todos están confundidos, lo que no deja de tener grandes inconvenientes.

El *puestero*, es, generalmente, medianero, posee la tercera parte de su rebaño, cuida del resto por cuenta del propietario, que da en cambio el terreno, el *puesto* y el corral. El medianero no tiene que ocuparse del precio de la lana porque la recibirá de manos del propietario después del esquileo, operación que se ejecuta en la misma *estancia* á donde cada pastor conduce á su vez sus ovejas.

La estancia es el centro de la explotación y comprende

el conjunto de todos los edificios necesarios, porque solo la lana lo exige, toda vez que el ganado mayor no lo requiere en absoluto, puesto que su misión consiste en crecer y engordar al aire libre. Si algunas vacas van á llevar su leche á la casera, un poste basta para atarlas á la hora de ordeñarlas, siendo soltadas immediatamente.

Para el ganado lanar es otra cosa. El corral que basta al *puestero* para su rebaño aislado, está aquí flanqueado de apriscos resguardados, donde se crían las ovejas y los moruecos de raza, en número más ó menos considerable, según la importancia de la *estancia*, el valor de la tierra y la riqueza del dueño. Los corrales son numerosos; unos están destinados á separar las ovejas nacidas de cruzamientos, las que formarán parejas con los moruecos de raza; otros están reservados para los descendientes de esas parejas; también los hay donde forman aparte los padres que no se han de confundir en los rebaños hasta el período de la lucha en la proporción de uno de aquellos por ochenta ovejas; los hay, además, para encerrar los carneros y las ovejas que están en trato y cuyo cebo urge para venderlos.

Mas allá están los techados en donde se verificará el esquileo y se almacenará la lana.

Alrededor se extiende el baño, donde, después del esquileo, irán las ovejas á sumergirse en una disolución de agua y de ársenico con el fin de curarse la sarna; todos los rebaños deben pasar por él. Con la lana cortada al rape, abatidas por su desnudez, balando, llegan por grupos de mil, bajan por decenas, ó mejor dicho se deslizan sobre el pendiente suelo hasta tocar en el baño dentro del cual unos hombres bardados de cuero las cogen, las sumergen, las frotan y después las sueltan con el fin de que suban por el lado de la salida mojadas y goteando. El sol se encarga de hacerlas olvidar ese doloroso momento. Si se han bañado bien, el ácaro habrá desaparecido y la lana será espesa y fuerte, en caso con-

trario será necesario que se vuelvan á bañar en Febrero ó en Marzo, aunque en esta época la lana habrá crecido demasiado, por cuya razon el remedio tendrá que aplicarse á mano. Se procede al esquileo; el rebaño está formado en un corral especial dirigido por el pastor. Debajo del techado diez, veinte y á veces cien esquiladores, maniobran con sus grandes tijeras denominadas *fuerza* las que están hechas de un trozo de acero encorvado y tienen dos hojas anchas y afiladas. Cada oveja, asida por las patas, es arrollada, atada y colocada sobre el pavimento, donde el esquilador la toma. Cuando la suelte ya rapada para que vaya á incorporarse á su rebaño y á pastar con libertad recibirá una chapita de metal que justifique su salario fijado á un tanto por cabeza, 15 ó 20 céntimos, según las fluctuaciones del oficio. El vellón queda tendido en el suelo formando un montón; un auxiliar lo coge, lo arrolla, lo ata y lo clasifica. Su inspección será después cosa fácil, porque el número de vellones corresponde con el de los bonos que hay que pagar y con el de los animales del rebaño quienes son también contados con cuidado con el fin de inspeccionar la gestión del pastor. Para ello éste debe presentar las pieles de los animales muertos ó comidos, siendo despedido entonces, que es el momento de arreglar las cuentas anuales, si el aumento del rebaño no ha sido satisfactorio ó si las ovejas no revelan por la cantidad y calidad de su lana que han estado bien atendidas.

Nuestra presencia en el sotechado no ha suspendido el trabajo, por el contrario, más parece que se ha activado, sin moderar, por eso, las frases picantes que los esquiladores cambian entre sí; porque tienen deseo de mostrar á un extranjero su habilidad é ingenio y aun más de emplearlo á su costa; tan luego como aquél ha vuelto la espalda es objeto entonces de bromas que por lo demás apenas comprendería en el caso de oirlas.

Todos los esquiladores son indígenas y todos visten el traje tradicional del gaucho : botas, calzón ancho, poncho, sombrero de felpa y un pañuelo al cuello. Olvidando por unos días su natural indolencia, los esquiladores diestros, ganan más de 20 francos por día. Mientras la temperatura es benigna y el tiempo seco las tijeras no se dan punto de reposo; después de una oveja, otra y así sucesivamente hasta diez y veinte mil. Cuando excede de este número se subdivide la administración.

Esa labor anima durante quince días el dominio donde se verifica, pero sin que suceda lo mismo en el campo, pues quizás por el contrario aparezca más triste que de ordinario, porque todo el mundo está á la sombra consagrado á su tarea y nadie piensa en correr ocioso á través del llano. De tarde en tarde únicamente, se divisa una carreta arrastrada con brío por dos ó tres caballos; la del panadero ambulante, ó la del vendedor de frutas y sandías, quienes, sabiendo donde ha empezado el trabajo y seguros de su clientela, cuyo primordial vicio es la glotonería, van á ofrecerles lo que más apetecen, pan y caramelos, á cuya compra no podrán resistir en tanto lleven en el bolsillo un solo centavo.

Esto no quiere decir que se escasee al alimento á ese personal, porque las comidas son abundantes y tienen la carne á discreción. Un cocinero de ocasión está encargado de los guisos, sirviéndose la comida á los esquiladores aún en aquellos días en que el trabajo está suspendido á causa de la frialdad de la temperatura á consecuencia de las lluvias. Esos días son allí muy tristes. El pastor, que se goza en observar el cielo, cuyos caprichos conoce, se ve á veces sorprendido por un cambio repentino de temperatura, eco de una tempestada lejana, cuyo centro se halla á tres ó cuatrocientas leguas, que nada había revelado y que sólo se indica por un olor fresco de tierra y yerbas mojadas, traídas por el viento, que hace bajar el termómetro diez ó doce grados.

Así se confirma el antiguo proverbio que dice : Para las ovejas esquiladas hace falta que Dios domine el viento, por que de lo contrario es un desastre. En el corral donde privadas de su lana pasaron la noche, se cuentan á veces mil cadáveres descubiertos y blancos sobre el negro suelo, espectáculo que, contrasta tristemente con el de los fúlgidos rayos de la aurora que hace aun más dolorosa para el pastor arruinado la obra de la noche fría mostrándose irreparable bajo el sol saliente. ¿Porqué no construyen cobertizos que sirvan de abrigo? Después de los grandes desastres siempre se piensa en ello, pero, más tarde, se calcula que el gasto sería muy penoso, y que lo menos costoso es el prometerse para otra vez más prudencia y menos desdén con los anuncios del barómetro.

Salvo estos accidentes que no causan gran perturbación y que solo entristecen á las personas á quienes interesan (el campesino naturalmente no es compasivo y allí menos que en otras partes) los días de lluvia, que interrumpen el esquileo, son días de regocijo; porque la ociosidad se impone y se emplea el tiempo en apuestas, corridas, juegos de azar, bailes y conciertos de guitarras, donde nacen las canciones bajo la improvisación del *payador* que es el romancero de las pampas.

*
* *

Entretanto que continúa el esquileo y mientras el comprador y el vendedor se ponen de acuerdo sobre el precio de la lana después de largos tratos, que el hombre del campo conduce con parsimonia, podemos examinar en detalle los galpones de la estancia destinados al resguardo de los moruecos y al trabajo continuo de la mejora de la lana obtenida por la de la raza.

La importación de moruecos de raza, era, hace todavía un cuarto de siglo, una empresa complicada, costosa siempre;

pero con los vapores correos regulares, ha mejorado mucho en todos conceptos. Todos los vapores que salen de Europa llevan á borde algún padrillo ó toro de precio y numerosos carneros y ovejas todas notables para justificar los gastos de un transporte tan largo.

De Rambouillet, es de donde se hacen las expediciones más considerables, y el merino de esa procedencia ha tenido siempre el don de seducir á los criadores á causa de su talla y de su expléndida produción de lana. El tipo preferido es el del merino importado de España á Rambouillet, de alta talla, fuerte cabeza, cuernos grandes, vellón muy espeso que oculte la frente y los carrillos y se extienda hasta la nariz y el nacimiento de las uñas, cubriendo así por completo los miembros y la parte baja del vientre.

Con los *rambouillet*, los *negretti* gozan también de algun favor, pero menos general. Se cita, sin embargo, una majada que poseyendo un morueco de esa raza nacido en el país, un criador francés ofreció por él cincuenta mil francos que no fueron aceptados. Esa variedad del merino, que se distingue por su talla más pequeña y por su lana de mechones cortos de hebra menos fina, es la más preferida en Rusia y en Austria-Hungría, pero pierde terreno en las demás partes. En la pampa la cuestión de la superioridad de una ú otra raza no está resuelta, como tampoco la de las razas inglesas, aunque algunos criadores, entre otros, hayan introducido las de los *south-down* y los *lincoln* grandes productores de carne y de lana sin valor.

Allí se sigue en todos los puntos el sistema de las majadas de progresión. Algunas de estas contienen animales de razas puras consagradas á perpetuar esa pureza sin pedir al extranjero más que algunos ejemplares de la misma raza y de otra procedencia con el objeto de renovar la sangre. Entregan á esos moruecos ovejas indígenas y venden todos los años los

productos en las ventas públicas á donde van á proveerse los criadores. Se cuentan, sobre poco más ó menos, una docena de esas grandes majadas entre las que existe una emulación constante, siendo el público el que otorga las recompensas pagando, más ó menos caros, los productos.

Con los animales comprados así, los criadores más modestos constituyen pequeñas majadas aunque menos lujosas, donde mantienen á cubierto y con un pasto especial uno ó dos pares de moruecos destinados á fecundar sus ovejas escogidas proveyendo de moruecos á sus rebaños. Esos descendientes de noble raza se crían al aire libre preparándose así para la vida á descubierto que tanto ellos como su progenitura deberán soportar. Deben resumir y perpetuar las dobles cualidades hereditarias que exigen las condiciones locales de la cría, esto es, resistencia á la intemperie y abundante producción de lana. La resistencia, la raza indígena está en disposición de perpetuarla, pero la introducción continua de sangre extranjera la disminuye. Se necesita, pues, una larga preparación para evitar que esa disminución de la fuerza de resistencia no exponga el rebaño á ser diezmado en la primera variación climatérica. Este es el gran escollo de la cría al aire libre en la pampa en medio de pastos naturales que el hombre no ha hecho nada por modificar. Para la mejoración de la raza todas las precauciones son pocas. El primer cuidado debe ser el conservar garantidas las cualidades de la raza criolla por medio de una larga selección, porque algunos criadores demasiado ambiciosos han visto sucumbir todos sus rebaños mestizos á consecuencia de una lluvia fría sobrevenida fuera de tiempo, mientras otros menos preciosos y más rústicos sobrevivían. Como se ve, es un trabajo en varios grados que exige en los que lo emprenden extensos conocimientos y una vigilancia muy previsora. El resultado ha sido importante sin que pueda no obstante compararse con los esfuerzos mejor dirigidos, pero más costosos, que se han ejecutado en Australia.

En la actualidad, al mismo tiempo que las majadas se multiplican aún en los puntos lejanos, cuidándose los cruzamientos, la agricultura, por su parte, va ganando terreno y ayuda á la cría, cada estancia posee superficies sembradas de alfalfa y campos de maíz que sirven de útil refuerzo á los rebaños durante las heladas y las sequías, habiendo también ensayado con éxito algunos propietarios el ensilaje. No deja de ser curioso el espectáculo que presenta una majada de ovejas arrojándose con voracidad sobre ese alimento que conserva el silo, cuyo aspecto es el de las yerbas podridas con un olor de casca recientemente extraída de las zanjas de las curtiembres, repugnante, por lo menos, para nuestro olfato y agradable, según parece, para el del carnero.

Finalmente la cría está en vísperas de sufrir una nueva transformación bajo la influencia de los cercados de alambre de acero que se levantan por todas partes dividiendo los grandes pastos libres de antes en corrales. Algunos propietarios después de haber cerrado sus estancias, primera medida defensiva contra el vecino, que permite utilizar los menores escondrijos de la finca hasta los extremos límites sin tener que vigilar éstos ni defenderlos, reconocieron pronto que el verdadero progreso estriba en subdividir el dominio, porque así se puede dejar al rebaño, aunque fuese de diez mil cabezas, pacer en libertad, sin pastor, suprimir el estacionamiento por la noche en el corral, sobre todo, abrir y cerrar alternativamente determinadas secciones al ganado. Los gastos son así exiguos y la multiplicación más rápida. En la región del Norte de la pampa esa obra está muy adelantada; el alto precio que allí tiene la tierra justifica ese gasto, porque los campos de pasto reconocidos buenos para carneros llegan ya al precio de 500 francos por hectárea á diez leguas de Buenos Aires, cuyo valor va decreciendo á medida que se alejan más de dicha capital, sin llegar á menos de 200 francos por hectárea siempre

que los campos reunan las condiciones exigidas por el pastor. En el Sud, los dominios son más vastos, la tierra menos rica, el pasto peor elaborado, así que las mejores tierras para apacentar ovejas no valen más de 300 francos por hectárea á diez leguas de Buenos Aires y las más distantes una mitad menos.

Á medida que se alejan y se reparten los grandes dominios, entre algunos propietarios de grandes superficies, ocupadas principalmente por los bueyes y los caballos, el comercio de lanas se hace con arreglo al antiguo procedimiento. Los compradores europeos no van tan lejos, comunicando sus órdenes á sus agentes, que son comerciantes del lugar, los *pulperos*, quienes reconcentran todos los cambios del campo, encontrándose, naturalmente, á fin de año con toda la lana de su clientela, que ellos reciben á cuenta de los suministros de dicho período de tiempo.

Existe un *pulpero*, próximamente, por legua cuadrada hasta veinte leguas de Buenos Aires ; más allá disminuye el número más ó menos, según la tierra del distrito sea más rica ó más pobre. Ese número da la medida de la prosperidad de una región mejor que de sus vicios, porque éstos son los mismos por todas partes, pero más fáciles de satisfacer allí donde la tierra es más fructífera.

Una tierra bien elegida es, con efecto, el principal elemento de prosperidad del criador no habiendo que censurarle el que espere de la naturaleza sus prosperidades ó sus reveses, porque sin la ayuda de aquella, esto es, del suelo que le provee en todas las estaciones del año del alimento de su rebaño, aunque se consumiese en trabajos costosos y emplease un gran caudal de inteligencia, no saldría adelante. Una sequía persistente, heladas prolongadas, una inundación, se llevarían en unos cuantos días malos el fruto de muchos esfuerzos. Tales males apenas podrían aminorarse por la previ-

sión porque la previsión cuesta muy cara y el criador de la pampa debe continuar siendo un criador barato ó no serlo. El espacio que tiene delante y que debe conquistar, avalora la teoría que le impulsa á extenderse; el módico precio de algunos productos de la cría, la carne por ejemplo, no le excita lo suficiente para compensar la diferencia de la venta por medio de una producción superior, porque él no ve más que uno de los lados de asunto, y se dice: ¿Para qué producir más, cuando el producto actual no halla comprador sino á bajo precio? El porvenir le enseñará que el hombre no está en la tierra más que para producir siempre más y mejor y si aun tiene otra misión no puede ser otra que la de que consuma tanto como produzca.

*
* *

Todas las lanas del Plata se expiden á Europa recibiendo más de trescientos mil fardos á la vez que ciento cincuenta mil cueros lanares que representan de seis á ocho millones de cabezas sacrificadas para el consumo ó destruídas por las enfermedades. Á veces, éstas, fomentadas por un estado climatérico perjudicial causan tales estragos que todos los esfuerzos son impotentes para combatirlas. Así sucedió en 1886, en cuyo año, de Junio á Agosto, el invierno fué seco y frío destruyendo las continuas heladas los pastos y desarrollándose entre los animales, debilitados por las privaciones una epizootia de *strongylus filaria*, epidemia cuyo número de víctimas se estima en veinticinco millones de carneros, cifra fácil de comprobar contando las remesas diarias de pieles de carnero que se recibieron en Buenos Aires procedentes del campo durante ese período.

Francia es, principalmente, la nación que absorbe esas remesas. Añadamos también que las cantidades que se expiden á Amberes la mayor parte nunca han hecho más que

atravesar ese puerto elegido desde hace mucho tiempo por los tejedores de Roubaix, de Tourcoing y de Reims á causa de su proximidad; pero, desde ha poco, gracias á una acertada disposición del gobierno francés, el puerto de Dunkerque, á quien nadie consideraba llamado á tan rápido desarrollo, hace al de Amberes una activa competencia. Esto tiene una curiosa historia.

Las primeras lanas del Plata fueron importadas en 1850, á Amberes que recibió mil cuatrocientos fardos; en 1880, ese mismo puerto recibía doscientos mil con un peso de cincuenta millones de kilos mientras en Francia entraron cuarenta y cinco millones. Amberes se había transformado en el gran mercado para todos nuestros industriales del Norte y de la Champaña, beneficiándose de las comisiones, corretajes, fletes, transportes, descuento de letras, á todo lo cual daba lugar ese tráfico considerable, que pagaban en el extranjero nuestros industriales. El perjuicio que se causaba á todos los ramos de nuestro comercio tenía su origen en un error de nuestros reglamentos de aduanas. Las lanas del Plata eran, con efecto, cargadas de un impuesto de 3 francos 60 por cada cien kilos ya que viniesen directamente del país de producción ó de los puertos de escala, mientras que las lanas de Australia que apenas consumíamos no satisfacían ese impuesto sino cuando procedían de los puertos de escala. Suprimido ese impuesto respecto á las procedencias directas desde 1880, el resultado no se hizo esperar. El puerto de Dunkerque recibió del Plata en 1881 doce mil fardos; en 1883, setenta y siete mil y en 1885 más de cien mil en tanto que el puerto de Amberes ha visto durante el mismo período disminuir en otro tanto las cantidades que recibía. La demostración está hecha, siendo Francia el principal país de consumo de lanas del Plata, pero todavía nadie ha emitido el juicio de que sea necesario contener esa corriente. Examinaremos si habría en intentarlo algun peligro ó algun interés.

V

Tal es la condición social del criador de la pampa, tal es el medio en el que se elaboran los quinientos millones de kilos de lanas sin los cuales las industrias inglesa, francesa y alemana no podrían hoy subsistir. ¿Qué influencia puede tener esa producción sobre el consumidor y el productor de Europa?

Lo que nos parece que se desprende de nuestro estudio, es que la producción que hemos analizado en sus medios y en sus resultados, si no es tan espontánea como la de las pepitas, es, por lo menos de suyo fácil, poco laboriosa y poco costosa.

El capital necesario para la compra del rebaño representa una exigua suma; pues al principio del año 1886 se podían adquirir en la pampa argentina tantas ovejas de reproducción como se desearan, al precio mínimo de 2 francos 50 por cabeza; pero, después un año climatéricamente malo, diezmó los rebaños y disminuyó en veinte millones de cabezas el capital existente; por otra parte la lana ha experimentado en los mercados de Europa una alza de 40 0/0 sobre el precio de 1885, motivos que han dado por consecuencia un aumento de valor del portador, pero no á precios elevados. Puede estimarse su precio actual en cuatro ó cinco francos por cabeza. Esta ha sido la tarifa ordinaria siempre, pues apenas ha variado desde hace veinte años á pesar de la mejoración general de los rebaños, de su mayor producción y de la calidad actual de su lana.

Pero lo que, por ejemplo, se ha modificado radicalmente, es el precio de la tierra; hace veinte años este elemento estaba casi abandonado y se podían adquirir á precios insignificantes vastas superficies; pero paulatinamente la multiplicación del ganado y la concurrencia del agricultor elevaron

tanto el precio, sobre todo el de las praderas naturales de notable rendimiento espontáneo, que hoy hay que pagar por el arrendamiento anual un precio superior al que se pedía entonces por adquirir la propiedad.

Las mejores praderas, situadas al Norte, á la proximidad de la ciudad de Buenos Aires, de importantes vías férreas y del inmenso río Paraná, valen hoy de 800,000 francos, á un millón y medio la legua cuadrada de dos mil quinientas hectáreas, ó sea de 400 á 600 francos por hectárea y el arrendamiento de doscientas hectáreas necesarias á un rebaño compuesto de dos mil cabezas cuesta 3,000 francos por año en esa región, ó sea 15 francos la hectárea.

Es preciso alejarse, principalmente hacia el Oeste y el Sur, para hallar tierras á precios más arreglados; pero allí la tierra no está enteramente elaborada para este objeto y el agricultor no puede penetrar en ella por falta de medios fáciles de transporte á bajo precio. Por lo mismo la concurrencia es allí menos grande así como también el producto. Se pueden arrendar á los precios de 20, 25 y 10,000 francos esas tierras que valen de 100 á 300,000 francos por legua y repartirlas entre el ganado mayor y menor. Aún más lejos se pueden, por 30 ó 40,000 francos por legua, adquirir tierras fértiles que los Indios han ocupado mucho tiempo y que son ya á propósito para recibir de mil á dos mil vacas y de seis á ocho mil ovejas por legua.

El precio de cada lote de tierra para la compra y para el arrendamiento, se calcula, teniendo en cuenta la distancia, medios de transporte y número de cabezas de ganado que en razón á la naturaleza y topografía del terreno puede estar y pastar en todas las estancias sin el auxilio del cultivo. Muchos criadores prefieren las regiones en donde siendo menor el precio disponen de más ancho campo para sus rebaños sin utilizar sin embargo todos los puntos en los diferentes períodos del año; el resultado les dá la razón. Porque hay, en

efecto, que atribuir la enorme mortalidad de corderos que ocurrió en el invierno de 1886 y la que sobre poco más ó menos viene sucediéndose desde hace diez años, á la inmensa aglomeración de animales que se ha convertido en regla á causa del alto precio de la tierra. El pastor no se resuelve á recurrir al auxilio de la agricultura porque quiere seguir siendo un productor á precio moderado; así, á veces, el resultado es desastroso. Allí donde el ganado tiene suficiente espacio en torno suyo, sucede lo contrario; pero aún está lejos la hora en que el criador de las pampas consienta en admitir en sus cálculos otra cosa que estos dos elementos: el precio de la tierra y el capital comprometido, más algunos insignificantes gastos en concepto de custodiar el ganado. Hé aquí cómo el criador ajusta sus cuentas respecto á un rebaño de dos mi cabezas:

	francos
Arriendo de la tierra	3,000
Interés del capital de adquisición (10,000 francos)	1,000
Gastos de custodia	800
Idem de esquila y transportes	250
	5,050

Producto. — 18 arrobas de lana por cien cabezas á 17 francos 50	6,300
Aumento por los nacimientos	2,500
Producto del engorde y de las ventas	2,000
	10,000

Para compensar los sucesos imprevistos, que ciertos años producen desastrosas consecuencias, se puede disminuir esa cantidad en un 25 0/0. Si el precio de arrendamiento es menos crecido puede aumentar el producto, pero sin modificarlo mucho; precisando más, podemos afirmar en principio que la oveja da, por termino medio, al año, un producto equi-

valente á su propio valor, esto es, que una oveja que vale 5 francos produce un valor de 5 francos; el terreno que ocupa y los cuidados que exige representan un gasto de 2 francos 50. Tal es la ley de la producción en la pampa. Los exorbitantes gastos que hacen ciertos criadores con el fin de mejorar la tierra ó la raza, tienen, seguramente, por corolario un aumento de productos, pero todavía está lejano el día en que la cría científica y á alto precio esté en disposición de probar su superioridad sobre la cría primitiva.

En Francia, en Inglaterra y en Alemania se ha juzgado hecha la prueba y se ha disminuído notablemente el número de animales para aumentar su peso vivo. Así cada uno de esos países mantiene apenas actualmente las dos terceras partes de los carneros que poseía en otro tiempo, pero el peso total de ese reducido número excede del que tenían los rebaños antiguos. Y no se han detenido ahí, sino que todos los esfuerzos han tendido á denudar el carnero como también el desarrollo del vellón. Es fácil darse cuenta del resultado obtenido considerando en los campos ó en los mercados el aspecto general de los carneros, pues mientras en países exóticos la lana cubre por entero, allí, fuera del lomo, todas las partes están al descubierto. A la vez que el cuerpo aumenta de volumen, los poros, por los cuales crece la lana, se ensanchan y la fibra se hace más espesa y fuerte, al contrario de lo que se observa en los principales países de cría, donde el animal, robusto y delgado, da una lana de fibra fina, que los cruzamientos tienden siempre á mejorar en este sentido.

Está fuera de discusión que la enorme masa de productos exóticos ha desarrollado la industria europea, enriquecido al hilandero y al tejedor, multiplicado los lavaderos y los tintes, hecho nacer las empresas de transportes, desarrollado el comercio y aumentado el número de intermediarios y de bancos que viven de los cambios así creados; pero lo que es menos conocido y nosotros queremos dejar sentado, es que el precio

de la lana indígena, lejos de haber sufrido depreciación en Europa y particularmente en Francia, se ha elevado constantemente según ha ido aumentando la importación de las lanas exóticas. Este es un hecho poco conocido y que es conveniente se divulgue, porque se cree que el criador exótico ha arruinado el mercado de las lanas causando la depreciación del producto francés, cuando ha sucedido todo lo contrario. Un economista alemán demostró con datos tomados de los mercuriales del mercado de Breslau, el más importante para las lanas europeas, que, en el trascurso del medio siglo que ha pasado desde 1836, durante cuyo tiempo ha ido acentuándose cada día más la importación de las lanas exóticas, se ha visto bajar en un 20 0/0 las lanas extra-finas que son las que estos países producen exclusivamente, en un 5 0/0 las lanas finas, y, por el contrario, subir un 10 0/0 el precio de las lanas de clase media y un 7 0/0 el de las ordinarias.

Ahora bien ; los únicos países que producen lanas medias y ordinarias, esto es de carda, son los de Europa, y este es el caso, particularmente, de Francia.

A esto hay que añadir que á medida que las manufacturas emplean en mayor proporción las lanas coloniales, deben utilizar en sus confecciones más lanas francesas, porque el empleo de unas y otras es proporcional. Como el telar mecánico requiere que las cadenas sean mucho más fuertes, de ahí que las lanas europeas, más largas de mecha y más vigorosas, sean las preferidas y mejor pagadas para la confección de aquéllas, lo cual no obsta para que las lanas exóticas sean las que surtan de la trama. El precio de las lanas francesas ha encarecido de tal manera que no podría emplearse para la fabricación de telas de clase ordinaria.

El error en que han incurrido cuantos lamentan la amplitud de la cría exótica, proviene de que juzgan, equivocadamente, como un desastre, el no poder producir lanas finas en competencia con los productos exóticos, siendo así que la

lana ordinaria de Francia es precisamente la más buscada, que la lana fina se paga á más ínfimo precio y que el aumento favorable de la producción de la lana exótica no hace más que acrecentar el consumo de la de clase fuerte de Francia.

Pedir la protección aduanera contra la importación de las lanas exóticas es, pues, ir contra el interés del agricultor francés, así como contra el industrial.

¿Á que deben su existencia al mismo tiempo que el bienestar de sus habitantes, las grandes poblaciones manufactureras que han tenido origen desde hace medio siglo, sino al criador exótico y á sus esfuerzos por producir mucho y barato?

La democracia moderna no debe menos que la industria al colono de ultramar, y sin la ayuda de esos países, abiertos á la actividad humana, cuyos productos nos inundan, hubiese escaseado la materia prima, y las máquinas, que la invención del vapor debía poner en movimiento, hubiesen sido inútiles; la humanidad desconociendo el bienestar material, que es la condición de existencia de la democracia, hubiese continuado en ese estado letárgico en que la tenían en el siglo último los gremios organizados para moderar la producción.

Este hecho moderno no es, sin embargo, nuevo ni único en la historia, porque la democracia romana no se ha visto engrandecida hasta el día en que los productos del mundo afluyeron á Italia donde todos los pueblos han cooperado á la par á hacer fácil la vida de la plebe.

En esa remota época, el motor á bajo precio, que el vapor nos da hoy, era el esclavo ó el pueblo vencido, que disponían, á poca costa para el vencedor, los elementos de una vida cómoda y ociosa. Han necesitado varios siglos de combates los ciudadanos romanos para poder terminar esa conquista de las fuentes de su riqueza y encauzarlas hasta la gran ciudad.

Europa ha tenido que emplear otros tres siglos para conquistar los nuevos mundos y actualmente disfruta de todos los beneficios de la conquista tocando ya la masa de los habitantes el bienestar material sin el que no puede haber civilización ni paz definitiva y, cuyo objectivo, la humanidad por su destino está llamada á perseguir.

Así, pues, ¿por qué injusticia y por cual ingratitud se había de proscribir una suma de productos sin los cuales, actualmente no podrían subsistir ni la sociedad, ni la industria europea ni tampoco aquellos que los transforman ó los elaboran, así como los que los consumen, y que son tan indispensables como lo es América al equilibrio de nuestro planeta?

LIBRO OCTAVO

LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS

CAPÍTULO PRIMERO

LOS GRANDES CULTIVOS DE CEREALES

El primer grano de trigo en América. — Agricultura primitiva. — El Indio uncido al arado. — Un granero de trigo y el préstamo á la agricultura en 1589. — Leyes coloniales contra el cultivo y la producción. — El trigo en Chile y el Perú. — Nacimiento de la agricultura local. — Primeras colonias agrícolas en 1854. — Dificultades de la colonización, desde 1854 hasta 1870. — Golpe dado á la importación de harinas en 1870. — Las colonias de Santa Fé. — Fisonomía del inmigrante, del colono y del Róbinson. — Colonias oficiales y protegidas. — Colonias libres. — Su modo de propagación. — La asociación. — Máquinas agrícolas. — Fisonomía de las colonias de Santa Fe; usos, habitantes, costumbres. — Una granja de cultivo. — Trabajos de cada estación. — Largas temporadas de reposo. — Bienestar sin necesidad de grandes trabajos. — Las cuadrillas de trabajadores-viajeros. — Importancia actual de los cultivos. — Exportación. — Adquisición de tierras públicas. — Precio de las tierras en cada región. — La especulación.

Hace unos veinte años algunos barcos de vela, de regreso de California, descargaban, de cuando en cuando, en los muelles de los puertos franceses, pequeños cargamentos de trigo. Eran estos los primeros envíos de los aventureros de 1849, que partieron en busca de oro y se conviertieron en colonos. No se fijó la atención en ellos. El país de las pepitas, se decía entonces, era bastante rico para pasear sus trigos alrededor del mundo, sin sacar de ello otro provecho que la satisfacción de su amor propio; sólo por pura vanidad americana hacían

que sus veleros descendiesen por el Océano Pacífico desde los 38° latitud Norte hasta los 58° Sur, doblasen el Cabo de Hornos y volviesen á hacer en el Atlántico la misma travesía, para tocar al cabo de seis meses y á veces de un año en los puertos europeos! Estas costosas expediciones no podían ejercer ningun influencia en la producción francesa, acostumbrada á luchar con la competencia de Odesa y del Egipto; causaban asombro pero no inquietud.

Ya otras regiones del continente americano, las que por el Misisipí y el San Lorenzo estaban en comunicación directa con el Atlántico, importaban trigos en Europa desde 1602 de un modo irregular, y desde 1791, anualmente. Francia no había tenido nunca por qué preocuparse de esta competencia lejana, que no le hacía daño ninguno en su propio mercado, y casi ninguno, en los mercados abiertos á su exportación. De los treinta millones de hectólitros de trigo que Inglaterra pedía todos los años al comercio extranjero, Francia suministraba por sí sola, un año con otro, la décima parte; si desde 1859 las estadísticas le revelaban que la parte con que contribuían los Estados Unidos al aprovisionamiento de su vecina, iba aumentando cada año, ella no experimentaba las consecuencias.

Desde 1873 cambió la cosa de aspecto; los Estados Unidos han suministrado á Inglaterra hasta veinte y siete millones de hectólitros por año; la India inglesa le presenta hoy día sus productos; los economistas predicen que después de haber satisfecho las necesidades de su población que consta de doscientos cincuenta millones de habitantes, la India podrá, próximamente, gracias al perfecionamiento de su maquinaria agrícola y al desarrollo de sus vías férreas, disponer de un excedente de producción de veinte millones de hectólitros. Ya, en 1882, importó en Inglaterra dos millones y en 1883 tres millones, mientras que por su parte Australia ha importado ocho millones.

La agricultura francesa se ve ahora herida en su obra viva, y unida á esto la mala suerte, por ser las cosechas cada vez peores, Francia, de país de exportación de trigo que era, se ha convertido desde 1877 de un modo continuo en país de importación de dicho cereal, sin que el déficit de sus cosechas haya tenido siquiera la ventaja tradicional de pesar sobre el consumidor en provecho del productor. Así, en el momento en que nuestro suelo, lejos de suministrar al consumo los ciento veinte millones que éste exige anualmente, le ofrece apenas ciento, á veces ciento diez, y por excepción en 1887 ciento diez y siete, el agricultor está casi á punto de vender su arado, y hasta su rebaño si el Estado no interviene prohibiendo en las fronteras la introducción de trigo, azúcar, y ganados que, no obstante, nuestro suelo no produce en cantidad suficiente.

Nuestros concurrentes obran de otra suerte; todos mejoran sus cultivos y aumentan la intensidad de su producción; si venden sus arados es para sustituirlos con otros más perfectos y conquistar con ellos regiones nuevas; si abandonan sus granjas, si se despiden de los propietarios á quienes no pueden pagar ya y dicen adiós por algún tiempo á los campos que los han visto nacer, donde han vivido de padres á hijos, ya como mercenarios ya como arrendadores, es para expatriarse, cansados de pagar, á cada generación, varias veces el valor del suelo sin llegar á adquirir su propiedad; van allá donde el precio ínfimo de la tierra es una cantidad despreciable en comparación de sus productos.

En Francia mientras que herederos y notarios se ponen de acuerdo para dividir la tierra en partes tan minúsculas que el arado y las máquinas segadoras no pueden maniobrar en ellas y es necesario hacer la siega con la hoz, esperamos con paciencia que falte tierra al emigrante alemán ó irlandés, lo cual es una ilusión á que hay que renunciar. Hoy que todo se sabe, nadie puede ignorar que los Estados Unidos, después

de haber vendido hasta fines de 1883 quinientos ochenta y cuatro millones de acres de tierra, tienen aún mil doscientos millones que vender, y que pueden, pues, ofrecer á cada uno de los actuales habitantes del globo, un acre ó sea cuarenta áreas, más que la superficie media de las parcelas inscritas en el catastro francés en 1884.

La gran república de la América del Norte es la rival más activa, pero no la única. En la región de la América del Sur, que ocupa en este último hemisferio, en cuanto á extensión, á situación política, social y climatológica el rango que corresponde á los Estados Unidos en el hemisferio norte, se desarrolla vigorosamente un ardor de producción semejante al de que han dado ejemplo estos últimos.

En el momento en que la inquietud llegaba á su colmo en las regiones agrícolas, un steamer rápido de tres mil toneladas, que llegaba de Buenos Aires á Marsella, después de diez y siete días de navegación descargaba en el muelle de la Joliette en Enero de 1884 su cargamento de trigo y de maíz, que por falta de otra carga, había tomado á razón de 5 francos de flete por tonelada. Esto parecía verdaderamente una apuesta. ¿En virtud de qué trastorno geográfico, un puerto que se creía ayer á veinte y cinco días de mar, á tres mil quinientas leguas, se acercaba á nosotros de este modo? ¿En virtud de qué revolución comercial costaba menos enviar una tonelada de trigo desde el fondo del hemisferio Sur que llevarla de Arlés á Marsella?

No hay agricultor que en presencia de sorpresas de esta naturaleza, no haya perdido la poca seguridad que le quedaba; después del colono del Far-West, el de las pampas emprendía, él también, con el arado, la conquista de trescientos millones de hectáreas de tierras fértiles, bajo un clima templado, y venía á ocupar su puesto entre los que producen barato, y que siendo nuevos concurrentes ó competidores á

quienes los progresos de la navegación han acortado extraordinariamente el camino, vienen á agravar un desastre ya completo.

Como los rivales mal conocidos son los más temibles, acaso será interesante sorprender á este último en el momento en que acaba de entrar en liza, y penetrar en esta región de cultivo, donde algunos agricultores, en su mayor parte Franceses ó Suizos franceses, que lo más frecuentemente llegaron sin recursos, se han formado en la llanura de la pampa dominios agrícolas, que sin ser tan vastos como los de sus compañeros de los Estados Unidos les permiten trabajar y vivir como propietarios acomodados.

I

Refiere la leyenda que en 1576, cuando Juan de Garay, antes de pensar en renovar, en el sitio que hoy ocupa Buenos Aires, la obra que no pudo realizar Mendoza, fundó la ciudad de Santa Fe en las orillas del Paraná, uno de sus compañeros sembró algunos granos de trigo que habían ido revueltos entre la provisión de arroz, en aquella tierra formada por los aluviones prehistóricos, donde hasta entonces había sido desconocido todo cultivo. Humboldt pretende que esta aventura tuvo lugar en México, que los granos de trigo eran solo tres y que fueron salvados por un negro. Creemos haber leído en otra parte que fué en Quito donde ocurrió el hecho en cuestión y que los granos de trigo fueron recogidos por un monje franciscano, natural de Gante, al servicio de España, cuyo nombre ha guardado la historia : llamábase Fray Jodocco Ricci de Gante.

Ganas dan de no ver en estas relaciones diferentes de la misma aventura sino una prueba múltiple de la indiferencia de los jefes de la expedición del siglo XVI respecto á toda preocupación agrícola. Todo buen Americano ve en ello otra

cosa: ávido como está de demostrar siempre que todo lo debe á su espíritu ingenioso, se aferra á la leyenda y la defiende hasta tal punto que en el continente no ofrece hoy á nadie la menor duda el que estos pocos granos de trigo salvados sea por un negro, sea por un marinero español ó por un franciscano de Gante son los únicos antepasados de todos los trigos americanos y que, en esto como en todo, América se lo debe todo á sí misma.

Este origen lejano, estos comienzos modestos del cultivo en estas regiones inspiran la curiosidad de investigar qué instrumentos aratorios podían haber llevado consigo aquellos colonos que habían olvidado el trigo y no habían embarcado más que harina.

Inútilmente se buscaría la descripción en las crónicas; estas no hacen mención de ellos; de aquí se ha deducido que no llevaron ninguno. El ingenio de los americanos halló medio de salir del apuro; bajo la presión de la necesidad, volvió á inventar, en el siglo del Renacimiento, en este nuevo continente, el arado y el azadón prehistóricos, del hombre de las cavernas. De un homoplato sujeto con correas de cuero á un mango de bambú se hizo un azadón; de una estaca cortada en punta y sostenida por dos portantes, un arado. Estos son los verdaderos útiles primitivos de un mundo nuevo que no quiere deber nada al antiguo. ¿Se han perpetuado acaso porque eran invenciones nacionales? Lo cierto es que el azadón así formado y el arado así construído, han sobrevivido á muchas generaciones de colonos y que después de tres siglos nos ha sido posible entreverlos en los confines de los países cultivados, donde las tradiciones de la vida primitiva se encuentran en estado de cristalizaciones.

Recogida la semilla, construído el arado, era preciso aún, para que se implantase la agricultura que el colono se encorvase sobre estos instrumentos imperfectos y ciertamente no

había emigrado para realizar esta tarea humillante. Obligó al Indio sometido ó prisionero á que se inclinase bajo el yugo. Faltaban los bueyes y los sustituyó con ganado humano, trazándole al galope de su caballo la longitud de los surcos.

Nadie pensaba en el cultivo y la conquista laboriosa de campos fértiles. Si los colonos iban de España, donde la agricultura no había estado nunca en gran predicamento, era para recoger riquezas acumuladas por la naturaleza no para preparar otras nuevas y mucho menos para pedir al suelo todo lo que puede dar al trabajador ansioso de esparcir sobre los países vecinos menos favorecidos, el exceso de semejante producción.

¿Había acaso algún país vecino? y caso de haberlo ¿hallábase menos favorecido? El colono de estas llanuras logra con gran trabajo defenderse de la miseria y del hambre. En las riberas hoy risueñas del Plata y sus inmensos afluentes el Paraná y Uruguay, la vida no es, en un principio más que un rudo combate; serán precisos ciento veinte años para ocupar en torno de Buenos Aires un radio de cinco leguas; cada pulgada de tierra, disputada con las armas en la mano, cuesta numerosas vidas de hombres; otro tanto cuesta cada una de las villas que el colono español escalona á lo largo de los ríos, y que traza á la medida de sus caprichosos ensueños.

*
* *

En medio de todas sus pruebas la pobre colonia de Buenos Aires se vió sin embargo protegida contra su propio descuido y defendida del hambre por una institución de uno de sus primeros gobernadores, digno heredero del colono vigilante que había recogido los legendarios granos de trigo.

En 1589 dicho gobernador, Juan Torres de Casareto, admirado del descuido é indolencia de los colonos que no pensaban en conservar el grano necesario para la siembra del

año siguiente, concibió el plan de un banco agrícola tan fecundo en sus resultados como sencillo en su modo de funcionar. Estableció una especie de depósito de grano donde cada uno, al llegar la época de la siembra, podía tomar trigo con la sola condición de restituir después la misma cantidad, más una décima parte. Este banco de préstamo, algo usurario, á la agricultura, dió pronto brillantes resultados que permitieron á la administración local que era la que recogía los beneficios, fundar un hospital, el primero que se conoció en la América del Sur. Además puso á los colonos al abrigo de las privaciones, permitiéndoles conservar en cultivo los campos que rodeaban la ciudad.

Aquel no encontraba en ninguna otra parte cosa alguna que le alentase y animase. Las leyes muy estudiadas, que Carlos Quinto y Felipe II habían promulgado en favor suyo, y que Carlos II reunió y promulgó juntas en 1680 bajo el título de *Leyes de Indias*, contenían en realidad, con relación al referido colono, todos los preceptos con que un padre de familia previsor puede proteger la inexperiencia y evitar las temeridades de su descendencia; mostrabánle el camino que había de seguir, le prodigaban los consejos prácticos y cuanto podía contribuir á fomentar sus propósitos, sin dejarle ignorar ninguno de los principios, que la colonización científica de nuestro siglo cree descubrir y que no hace sino darlos á luz nuevamente al cabo de tres siglos; pero estas leyes habían olvidado el defenderle contra los celos del comercio de la metrópoli y sus explotaciones ruinosas.

Las ordenanzas sucesivamente arrancadas á los reyes se resumían en una prohibición general de trabajar y producir y en una obligación impuesta á los colonos de consumir los productos de la metrópoli. Estas ordenanzas llegaban hasta el punto de quitarles el derecho de transformar en harina el trigo que cosechaban, para obligarles á consumir harinas de España.

Un día, sin embargo, á pesar de las ordenanzas y prohibiciones, un colono tuva la idea de construir en los límites de la ciudad un molino de viento para moler en él los trigos de la colonia é intentó exportar al Brasil la harina que se cambiaba por esclavos negros; el consumo que se había hecho de los desdichados Indios hacía necesaria esta importación. El comercio español desencadenó sus iras contra este molino hubo una batalla en regla, cuya táctica parece haber sido prevista por Cervantes; pero por esta vez el molino llevó la peor parte teniendo que recoger sus alas. ¿Cómo hemos de admirarnos de estos extraños principios económicos puestos en práctica desde el siglo XVI al XVIII, cuando Francia ha proclamado los mismos en el siglo XIX? Durante veinte años, ¿no ha prohibido la entrada en Francia á los trigos de Argelia, una ley que nada tiene que envidiar á las ordenanzas de Cádiz?

El resultado estuvo en razón directa de la sabiduría del principio. La crónica nos pinta con colores sombríos el aspecto de las campiñas de la pampa, á fines del siglo pasado. Se hallaban en un completo estado de barbarie; las habitaciones que se veían en ellas, no eran ni mucho mejores ni mucho más cómodas que las que poseían los Indios en tiempo de la conquista; por todo mueble se hallaba un odre para contener el agua y un cuerno para beberla, por asiento una cabeza de buey, por cama unos cueros, y para cubrirse por la noche algunas pieles de carnero sin curtir. La tierra valía de dos á veinte pesos la legua cuadrada, ó sea de 10 á 100 francos las dos mil setecientas hectáreas; el rey de España era el vendedor; era preciso recurrir á la metrópoli y á la administración de la colonia para obtener sus títulos de propiedad en toda regla; esta formalidad exigía por los menos ocho años y costaba más de cuatrocientos pesos. Los habitantes se guardaban bien de solicitar las liberalidades costosas del

gobierno y preferían ocupar sin título los terrenos baldíos, cuyo número y extensión eran considerables. Á este deplorable estado social hay que atribuir el abandono en que quedó, juntamente con el campo, la agricultura.

La prohibición de exportar harinas subsistía aún en 1801; el campesino había echado desde hacía largo tiempo, el mango tras de la escoba, como vulgarmente se dice, y reemplazado el pan con la carne producida sin trabajo. Las leyes restrictivas producían el mismo resultado que las prohibiciones aduaneras del *corn-law* en Inglaterra; conseguían que el pueblo se acostumbrase á no comer pan. Hoy día mismo que la República Argentina, después de una regeneración agrícola completa, se ha convertido en país exportador de trigo, el uso del pan no está generalizado en el campo; por todas partes es para el campesino un objeto de lujo, lo mismo que lo son en las ciudades los pasteles. Habiéndonos tenido que alejar de las poblaciones nos ha sucedido estar sin pan varios días, y hasta no poder renovar nuestra provisión de galleta.

Los cincuenta años de guerra civil que siguieron á la proclamación de la Independencia impidieron que el campesino se aprovechase del régimen de libertad comercial que aquella le aseguraba. Chile, durante este período se acostumbró á ser el granero de las repúblicas americanas del Sur.

Desde los comienzos del siglo XVII, la agricultura prosperaba allí, fomentada como lo estaba por la demanda de su rico vecino el Perú. Éste había tenido que renunciar á producir trigo á consecuencia del temblor de tierra de 1687, que causó una terrible epidemia en los valles vecinos á Lima, produjo en los trigos una enfermedad desconocida, cuyos efectos fueron tales que de allí en adelante no volvió á dar resultado alguno su cultivo. La consecuencia fue una alza considerable; en 1675 se eleva hasta 25 y 30 pesos la fanega, medida equivalente á 100 kilogramos.

El cultivo del trigo, fomentado por estos precios inesperados, se implantó en Chile, desarrollóse la exportación y se extendió hasta el litoral del Atlántico; los habitantes de las orillas del Plata se acostumbraron á recibir este socorro anual, olvidando que su suelo, destruído por la guerra civil, hubiera podido dar igualmente abundantes cosechas. No se hablaba en Chile más que de ricos cultivadores, mientras que era proverbial la pobreza del *chacarero* ó sea arrendador de la pampa; decíase : « pobre como un *chacarero*, » y esto era suficientemente para que no saliese de su pobreza.

Por último, de pronto en 1870 se produjo un fenómeno que por decirlo así, no estaba previsto ; las harinas de Chile llegaron á Buenos Aires en su época acostumbrada, pero no hallaron comprador; el mercado estaba rebosando de productos indígenas.

Había nacido la agricultura local; desde 1864 había explotado el mercado que le abrían durante la guerra del Paraguy las necesidades de los ejércitos aliados; terminada la guerra, estaba en disposición de abastacer por sí sola, toda la región del Plata. Este año lo fué de ruina para los negociantes que habían adquirido la costumbre de realizar pingües ganancias con la importación de harinas chilenas. Se habían dejado sorprender por esta repentina manifestación de la agricultura de la pampa, cuyos progresos no se habían cuidado de vigilar.

II

Esta incubación duraba desde 1854 con diversas alternativas. En aquella lejana época la joven República Argentina, en posesión de una tranquilidad relativa, acababa de tomar de los Estados Unidos su constitución, experimentada ya por medio de un siglo de prosperidad. El general Urquiza gober-

naba una parte importante de ella. Fué el primero que tuvo el pensamiento de contratar en Europa, para poner en cultivo sus inmensos dominios personales, colonos agricultores, ayudándoles en sus principios, con sus propios recursos, y estableciéndolos en terrenos fértiles que les vendía á largo plazo. Estos primeros colonos, procedentes de Suiza, de Saboya y del Béarn fueron establecidos á lo largo de las riberas del Uruguay; en dicha región han constituído el primer grupo de agricultores Europeos que debía servir de prototipo á los centros agrícolas del país, llamados colonias.

Este nombre está justificado por su organización. Se han ido sembrando poco á poco en las diversas partes de la llanura y son verdaderas colonias extranjeras en la tierra argentina. Formadas todas de inmigrantes, venidos para colonizar en el verdadero sentido de la palabra, han implantado la agricultura en la república durante treinta años, conservando cada una en su seno las costumbres y los hábitos de sus países respectivos, introducidos en ellas por los primeros habitantes.

Este sistema de acantonamiento de los agricultores en determinadas regiones que no son ni más ni menos favorables que las otras, no era premeditado. El primer grupo que se estableció en la ribera del Paraná, debía servir de modelo, y, al mismo tiempo, se ha visto destinado á convertirse en un centro de irradiación, en torno del cual se han agrupado sesenta colonias semejantes, cortadas por el mismo patrón : aldeas sin campanario, sin aglomeración central, compuestas de granjas escalonadas regularmente á lo largo de avenidas interminables y rectas, de cincuenta ó sesenta metros de ancho, en medio de cultivos divididos en cuadrados de veinte y cinco hectáreas.

Al principio, estas colonias fueron fundadas por los gobiernos de Provincias, conforme al ejemplo dado por el ge-

neral Urquiza; hoy día lo son por grandes propietarios, que aprovechan la fuerza adquirida, sin tomarse lo más frecuentemente otro trabajo que el de dividir sus dominios en cuadrados de iguales dimensiones, numerarlos, y ofrecerlos en venta á precios mucho más elevados que los que podrían obtener por todos los terrenos juntos.

Los años primeros fueron penosos; los primeros que intentaron esta nueva distribución del suelo tardaron en obtener éxito. Este período de combate se prolongó desde 1854 á 1870.

Las dificultades que había que vencer eran numerosas. Á primera vista parece muy sencillo hallar en los campos de Europa numerosos cultivadores, poco contentos con su suerte, ó atormentados por ambiciones mal definidas, embarcarlos con destino á un país sano, y establecerlos en él, en medio de las llanuras fértiles, que no exigen para ser puestas en cultivo ningun trabajo preparatorio ni alguna especie de roturación, donde el esfuerzo del arado no se vé contrarrestado por una sola mata de yerba, y donde el terreno de aluvión está enriquecido desde hace tres siglos por el estacionamiento de los animales. Al empezar á practicar este sistema se comprendió que no era cosa tan sencilla. En efecto, no fué empresa cómoda atraer la corriente de la emigración de los trabajadores de Europa, donde el nombre de la República Argentina, poco conocido hoy, era enteramente ignorado y donde el de Buenos Aires recordaba los excesos de la larga dictadura de Rosas, que acababa de tenir fin, los crímenes cometidos por él contra los extranjeros, especialmente contra los Franceses, y las dificultades recientes en que nuestros ejércitos se habían visto comprometidos.

En esta época no se habían creado las líneas de vapores; ni una sola ponía aún en comunicación el antiguo mundo con los pueblos del Plata; en sus grandes ríos no había navegación regular; por último esta parte de la América del Sud no

poseía ninguna línea de ferrocarril en explotación, precisamente cuando ya los Estados Unidos contaban con una red de diez y ocho mil kilómetros, en actividad.

Por último, desde el principio, se echó de ver que la creación de una explotación agrícola, en tierra virgen, exige fondos considerables, que el primer fracaso compromete, y que destruye una mala cosecha; dichos fondos no existían en ninguna parte del país. Sólo abundaba la tierra, pero no se había creado nada que pudiese darle valor. No se trataba de sacar de ella esas pepitas que habían enriquecido rápidamente á los colonos de California y de Australia, y que habían suministrado en ambos países el primer capital de sus explotaciones agrícolas, al mismo tiempo que la esperanza de hallar otras nuevas seguía llevando hacia ellas una emigración numerosa. Aquí la única reserva estaba constituída por los rebaños, no muy numerosos desgraciadamente, después de las largas guerras civiles. Lo que de ellos había quedado no tenía para el caso un gran valor; para constituir el primer capital, hubiera sido preciso vender muchos carneros, á tres francos que valían en 1869 cada uno y gran número de bueyes que valían de 15 á 20.

Fué, pues, preciso que las colonias creasen por sí mismas, ó hiciesen salir del suelo con la reja de sus arados el capital de instalación y de explotación, de que carecían por completo todos los habitantes, y que nadie se hallaba en disposición de suministrarles, en torno suyo. Es una gran honra para ellas haber salido por sí solas de este círculo vicioso, á costa de largos sacrificios y de penosas pruebas. Ni aun siquiera se le ocurrió á nadie garantizarlas de las malas cosechas y de los accidentes imprevistos, distribuyendo á los colonos algunos de aquellos rebaños que tan escaso valor tenían y que habían servido siempre de graneros de abundancia á los habitantes de la pampa. No se reservaron á las agrupaciones ó consejos comunales ningunos terrenos para pastos privados y fué preciso que el colono sacase de la tierra toda su subsistencia,

sin contar con otra cosa que con el producto de su trabajo. Era aquello crear por mero gusto nuevas dificultades allí donde eran ya tan numerosas; en realidad los propietarios que vendían sus tierras parecían hacerse el cálculo egoísta de reservar para sí los escasos, aunque espontáneos provechos de la industria pastoral, y explotar por sí solos esta nueva salida creada á sus rebaños, á la puerta misma de sus estancias. Pensaban que para criar ganados no era preciso ir á buscar gente tan lejos y que ellos mismos se bastaban para llevar á cabo esta ocupación perezosa.

Este sistema defectuoso fué lo que hizo tan penoso el comienzo de las colonias, el que prolongó desmesuradamente el período de formación y multiplicó las desilusiones y las ruinas, dejando al colono sin recursos ante una cosecha destruída por la sequía ó devorada, en vísperas de la siega, por una nube de langostas; pero á este sistema se deben también, acaso, los reales progresos agrícolas que en medio de semejantes pruebas, y á causa de ellas han abierto y preparado la era de la agricultura en la pampa. Si el colono hubiera podido criar en su tierra ganados, estos le hubieran dispensado pronto de todo trabajo, sumergiéndole en la tradicional y semi-bárbara apatía de la vida de pastor, contra la que hasta entonces nadie había pensado combatir, y que el agricúltor tiene por principal misión destruir.

III

Hoy día es interesante hacer constar los resultados obtenidos, y reconstruir de paso, la historia progresiva de los grupos á que son debidos.

Á algunos kilómetros de la ciudad de Santa Fe, cerca del sitio en que, en 1525, desembarcó por vez primera un navegante europeo, Sebastián Cabot, cuyo nombre ha sido desna-

turalizado por sus contemporáneos y por la crónica convirtiéndole en el pseudónimo castellano de Sebastián Gaboto, se estableció en 1854 la primera colonia; estaba compuesta de Suizos y Franceses.

Su nombre (Esperanza) que ha realizado lo que prometía, es hoy un objeto de verdadera veneración en todo el país. Es la abuela de todas las colonias; después de treinta años de existencia puede contar en torno suyo, y hacer constar que ha dado origen á otras tantas colonias como colonos tenía ella en un principio, después de las primeras pruebas de los años difíciles de los comienzos, durante los cuales su existencia peligró muchas veces y las deserciones fueron muy numerosas entre aquellos pobres descorazonados que más de una vez perdieron la cabeza á causa de las privaciones y las plagas que destruían las primeras cosechas ó los primeros ahorros.

¿Han visto algunas veces nuestros lectores en las calles de los puertos de mar y en los muelles de embarque un grupo de emigrantes, atolondrados en medio de las novedades de su éxodo hacia lo desconocido? Parecen titubear bajo el peso de sus propias resoluciones, no saben ya de dónde vienen ni mucho menos á dónde van. Habiendo cortado el hilo de su vida pasada, no tienen aún la noción de la que van á emprender, Se encuentran fuera de su centro extraviados por el vértigo, aun antes mismo de haber abandonado el suelo de la patria. Sigámosles con el pensamiento.

Á la llegada se encuentran quebrantados y sin energía, á causa de una travesía más ó menos larga, durante la cual han ido abandonando poco á poco las resoluciones que adoptaron al partir; sintiéndose rodeados de peligros por todas partes, fáltanles los ánimos para realizar el primer esfuerzo. Al verlos, es cuando verdaderamente se comprende cuán pocos hombres tienen de antemano las cualidades numerosas que contribuyen á hacer de un trabajador ordinario, apto

para llenar en su país su cotidiana tarea, un emigrante que tiene que aprenderlo todo de nuevo ó cambiar en absoluto de procedimientos en el país en que se va á establecer.

Los mejor dispuestos á escuchar los interesados consejos del agente de inmigración, no son ciertamente los que están mejor preparados para seguirlos. Hay entre ellos muchos soñadores dispuestos á emprender el nuevo camino que se les muestra, sin ver que les conduce á un punto desconocido en donde empezará realmente la ruda senda que han de subir, en la cual toda la energía de un hombre de corazón no está de más para elevarse algo, y para no rodar hasta el fondo, una vez que se encuentren á la mitad de la cuesta.

El aldeano francés no se fía de buenas á primeras de los agentes de emigración, y en esto no anda tal vez descaminado. Estos agentes, hasta cuando son sinceros y dicen la verdad acerca del país de que hablan, engañan siempre un tanto á su auditorio, porque se guardan muy bien de proyectar sobre sus cuadros la sombra de la siguiente verdad demostrada por la experiencia: que la emigración, aún cuando se trate de ir al país mejor, más sano, más hospitalario y más favorecido por la naturaleza, es la empresa humana más peligrosa, más complicada y más penosa, la que más caro vende lo que al parecer da, y la que no permite el éxito sino á los hombres resueltos enérgicos y pacientes; sólo la leyenda ha podido presentarla como tarea fácil y de éxito seguro.

Los prudentes, — á cuyo número pertenecen los campesinos, — se hacen el cálculo de que para transplantar un hombre á un medio social nuevo, á una tierra extranjera, es preciso por lo menos tanta precaución como para transplantar un árbol; cuanto más robusto es éste y cuanto más fecundo es el suelo donde ha echado raíces, más difícil es la obra de la transplantación.

Las hojas que tiene deben perder su verdor, es preciso cortar sus ramos más vigorosos, suprimir su ramaje y hacer

caer los botones que la savia ha dejado de alimentar ; largo tiempo conserva estas apariencias de decrepitud para reverdecer y producir nuevos frutos, cuando salvado de esta crisis y de todos los peligros que ha corrido en ella puede llegar á la estación florida.

Otro tanto sucede con el emigrante. Parte resuelto y decidido á conquistar el mundo sin conocer los países extranjeros, y sobre todo la América, sino por algunos libros baratos, obras de pura imaginación y enriquecidas con grabados enteramente fantásticos. Lo más frecuentemente es un hombre que no está ni en su primer ensayo ni en el aprendizaje de su primer oficio, ó bien una familia perseguida por la desgracia, para quien todo país nuevo aparece á lo lejos iluminado por alegre sol, cubierto de bosques magnifícos, con árboles de frutos sabrosos y donde no se encuentran más que Robinsones suizos. Su imaginación se exalta recordando lo que leyeron en los libros, ganados en otro tiempo en la distribución de premios de la escuela. La travesía, durante la cual encuentra todos los días su pan cocido, fortifica sus ilusiones. Las más largas tienen al fin un término ; desembarca el emigrante entumecido, un tanto enervado, incapaz físicamente de hacer ninguna clase de esfuerzos y turbado moralmente por lo desconocido. En estas condiciones experimentará bien pronto que la moral de todas las historias de Robinsones es demasiado verdadera y que en las sociedades jóvenes más aún que en las soledades es preciso contar únicamente consigo mismo y producirlo todo por sí mismo. Esta filosofía no se le representa en los primeros momentos ; en medio de su descorazonamiento sólo tiene fuerza para arrepentirse de su loca empresa y tachar de impostores á los que le han animado á emprenderla.

Llega el momento de la crisis. Contra los efectos de esta crisis se ha inventado en los países nuevos el paliativo de la colonización oficial, que no hace mas que prolongar su dura-

ción. Ella forma regimientos de Robinsones, les suministra víveres, enerva sus veleidades de iniciativa individual, les disimula en parte la necesidad de hacer esfuerzos, y produce descontentos.

Este fué el único sistema que se pensó en poner en práctica en 1854, en las colonias agrícolas de Santa Fe. Consistía, por parte del gobierno, en suministrar terrenos, instrumentos de labranza y animales para la labor, á los agentes de emigración que debían buscar al colono, guiarle desde su país hasta el punto de llegada, instalarle en dichos terrenos, ponerle el azadón en las manos, indicarle el lugar en que debía construirse su albergue, alimentarle hasla la recolección durante un año, y reclamarle luego anualmente el reembolso de los adelantos que se le habían hecho y el precio de la tierra si deseaba comprarla.

El Róbinson no veía pues en todas estas munificencias sino la tierra desnuda y el permiso de comer durante un año por cuenta del Estado, lo que cuando más le daba fuerzas para seguir repitiendo durante un año el estribillo de : « ¡Si yo lo hubiera sabido ! »

Estos Robinsones han desaparecido; hoy día no quedan más que colonos; éstos son los que por medio de su energía han salvado esta tentativa de colonización de las pruebas del primer error; en cuanto á los desalentados y descorazonados, por lo menos han servido para hacer condenar el sistema de la colonización oficial.

Esta, sin embargo, existe aún, pero más lejos. Se espera por este medio peligroso atraer alguna población á los territorios desiertos del Chaco argentino, que limitan al Norte la provincia de Santa Fe, donde el gobierno nacional intenta agrupar algunos colonos agricultores alrededor de las guarniciones militares, que mantiene allí para vigilar á los Tobas. Estas colonias son desde hace diez años una ruina para el Tesoro, pues no pueden producir nada. Al cabo de cinco años

se han visto allí colonos que no habían recibido aún el terreno prometido ; entre tanto esperan con los brazos cruzados en una tienda provisional y reciben una ración insuficiente que el proveedor tiene interés en suministrarles el más largo tiempo posible, y que las oficinas de la Guerra perpetúan á fin de hacer la fortuna de los proveedores.

Felizmente la provincia agrícola de Santa Fe y sus colonias labioriosas no tienen necesidad desde hace largo tiempo de atenerse á los beneficios de la colonización oficial y artificial ; han sabido reaccionar por sí mismas contra esa inercia impuesta y desarrollarse por medio de su propia actividad. Algunas, sin embargo, deben aún su origen á la colonización por empresa ; tales son las de la compañía inglesa del Gran Central Argentino. El empresario, sin aplicar á ella los principios de la administración militar, pretende explotar los terrenos que posee, como su vía férrea, en beneficio exclusivo de los accionistas ; éstos se enriquecen y el colono se aleja, abandonando los terrenos próximos á la vía y á las estaciones, que son propiedad de la compañía inglesa, y se establece fuera de dicha zona para prosperar sin trabas administrativas.

El único sistema que la experiencia recomienda es el que expone al colono desde el primer momento á la prueba más ruda, haciendo de esta suerte que ejercite sus cualidades y que éstas se pongan de relieve. Consiste en venderle la tierra á bajo precio, dándole largo plazo para el pago y en abandonarle á sí mismo.

El colono, para emprender el cultivo en semejantes condiciones, debe poseer el conocimiento de su oficio y algunos recursos pecuniarios que le permitan hacer en la tierra, que ha de pagar más tarde, las primeras instalaciones necesarias, preparar el suelo y vivir entretanto que llega la cosecha. Este colono es más difícil de reclutar y de convencer que los so-

ñadores y los que no tienen oficio ni beneficio, que han fracasado en numerosas tentativas y que creen descubrir, en sí mismos, agricultores ignorados y colonizadores latentes. También es el más expuesto.

En efecto, se ha observado en todos los países nuevos que el que importa en ellos otra cosa que sus brazos y su inteligencia, corre el gran riesgo de malrotar en experiencias costosas el capital que aventura en ellas; lo más frecuente es que lo pierda y que tenga luego que reconstituirlo á costa de grandes esfuerzos. Sólo entonces será un elemento social productivo, en el medio nuevo en que ha resuelto vivir, y donde tiene necesidad de fijar sus lares, de buen ó mal grado, triunfante ó vencido.

Es un problema económico difícil de resolver el de atraer esta emigración y evitarle ensayos costosos; los colonos de Santa Fe lo han resuelto sustituyendo á la colonización oficial la colonización por vía de extensión progresiva.

La solución se halla por completo en un sistema, hoy día generalizado, de protección mútua y de enjambrazón, que hace de las colonias nuevas las hijas de las antiguas. Éstas proceden como las abejas; sacan de sí mismas los elementos de las colmenas nuevas, cada una de las cuales constituye á su vez un centro nuevo de acción destinado igualmente á formar futuros enjambres. Las creaciones sucesivas se han ido extendiendo por sí mismas en la misma región, agrupándose unas en torno de otras, con lentitud en un principio, poco á poco con rapidez, y aprovechando la fuerza adquirida han ido ganando grandes extensiones de terreno. Los primeros que tuvieron éxito en su empresa, llamaron á sus compatriotas, dando á los que alimentaban sus ideas de emigración el consejo de su ejemplo. Por medio de esta propaganda natural, han ido reclutando cada año nuevos contingentes á los que han podido prestar, al principio, preciosa ayuda desde el momento de su llegada, sin sacrificar nada ellos mismos, y á

quienes han enriquecido enriqueciéndose igualmente. Ellos eran para los recién venidos maestros experimentados, llenos de luces, que habían adquirido bien á costa suya y que habían trazado los caminos y preparado el porvenir á los que llegan hoy en gran número, como reclutas que entran á formar parte de cuadros vigorosamente constituídos.

Á su llegada á esta vasta región, desierta hace veinte años y que desde entonces se va cubriendo cada año progresiva, mente de nuevos cultivos, el emigrante llamado ó desconocido halla siempre un campo en donde emplear su buena voluntad. La población es insuficiente para las empresas que su actividad multiplica cada día; el recién venido conducido hasta allí por el deseo de hacerse propietario, entrevé la posibilidad de hacerse rico, al mismo tiempo que hace un aprendizaje lucrativo. No hay, en efecto, en esta tierra de producción fácil más que una cosa que cueste cara, el trabajo; por una anomalía que explican la misma facilidad de la producción y el número restringido de habitantes, la vida material, lo necesario para la vida que ya está más barato que en ninguna otra parte del mundo, parece bajar de precio á medida que la población aumenta, pues esta población laboriosa produce siempre más de lo que necesita. Así es que la carne después de diversas fluctuaciones en el precio, ha vuelto desde hace algunos años al precio ínfimo que tenía hace un siglo, y no pasa de 20 céntimos la libra cuando está cara; los otros víveres alimenticios regulan naturalmente su precio por el de este alimento por excelencia del trabajador.

Salarios elevados, vida barata, éstos son los dos elementos de éxito fácil para el que acaba de desembarcar y que le acercan á la realización de su dueñó. Hay otro elemento que contribuye poderosamente á suministrarle los recursos necesarios para la adquisición de un lote de terreno, tal es el principio de la asociación con el trabajador, que los antiguos colonos ponen en práctica.

La asociación ha sido desde tiempo inmemorial el sistema preferido en todas las empresas rurales de la pampa; el ganadero lo ha aplicado siempre en sus tratos con el pastor y es raro hallar en las grandes explotaciones hombres á jornal ó asalariados; por todas partes prevalece el régimen sencillo y fecundo de la asociación. El propietario ofrece su tierra, los medios para fecundarla, las semillas, los elementos para edificar una habitación suficiente al colono que aporta su trabajo y el de su familia y recibe en compensación el tercio, el cuarto ó la mitad de los productos según la suma que cada uno haya aportado.

Los colonos propietarios siguen todos este sistema; como poseen generalmente varios grupos de concesiones en la colonia que habitan ó fuera de ella, no pueden cultivarlas todas; en lugar de recurrir al trabajo asalariado hacen un asociado, un arrendador y casi un propietario, del proletario que acaba de desembarcar, casi siempre sin recursos y siempre sin conocimiento del clima, de las estaciones y de los procedimientos de cultivo. Este, tomado de tal suerte como en tutela, alentado por la esperanza de un producto proporcionado á sus esfuerzos, auxiliado para poder subsistir hasta la recolección por medio del crédito que le abre sin vacilar todo comerciante de la vecindad con la esperanza de la cosecha, poseyendo la libertad de sus actos dentro de los límites de sus compromisos, no encuentra impedimento en alquilar sus servicios si lo cree conveniente en los días de holganza á algún vecino, á fin de acelerar de este modo el momento en que una buena cosecha y la economía le permiten ser propietario y multiplicar, él también sus explotaciones agrícolas, haciendo por otros lo que sus antecesores han hecho por él.

*
* *

La extensión sembrada aumenta con tal rapidez que por

todas partes es abundante la demanda de trabajadores. En 1883 se necesitaron ya para recolectar los trigos maduros más de ciento sesenta mil segadores en esta región que no contaba más de sesenta mil habitantes en toda la parte cultivada y doscientos mil en toda la Provincia. La falta de brazos es cada año más grande; por más que la población agrícola se ha triplicado en cuatro años, es preciso á cada nueva cosecha una importación excepcional de máquinas perfeccionadas, que en un año solo se han elevado á la notable cifra de ocho mil ochocientas ochenta y nueve, de un valor de 7 millones de francos, las cuales han aumentado considerablemente el material importante existente ya. Observemos de paso que por más que las ocho décimas partes de esos agricultores hablan francés, Francia entra por muy poca parte en el suministro de ese material; el diez por ciento de esas máquinas agrícolas proceden de los Estados Unidos y el otro 90 0/0 de Inglaterra, por más que no hay en toda la Provincia ni un colono inglés ni un colono de los Estados Unidos. En 1881 se vió figurar por vez primera en la Exposición continental de Buenos Aires una trilladora de la fábrica de Vierzon, que naturalmente obtuvo el primer premio; pero la audacia comercial de los negociantes franceses se ha limitado á esta demostración; los Ingleses han continuado como anteriormente suministrando, casi sin competencia, máquinas menos perfectas que las que produce la industria francesa y que vencen en todos los concursos á las máquinas inglesas.

¿Podríase, sin embargo, tener alguna duda en cuanto á la seguridad del pago? ¿No merecen algún crédito esos agricultores, cuyo número acabamos de recordar, que han puesto en cultivo en 1887 cuatrocientas treinta y seis mil hectáreas y producido tres millones doscientos cincuenta mil hectólitros de trigo y veinte y un mil toneladas de linaza, obteniendo más de 30 millones de beneficio neto, después de cubiertos los gastos de siembra, recolección, subsistencia y salarios, lo cual

da, al fin del año, una vez pagados todos los gastos, un aumento de riqueza de 300 francos por habitante, á los que hay que agregar el mayor valor de todas las propiedades cultivadas antigua y recientemente y aun de las mismas tierras vecinas que ven acercarse la hora de entrar en cultivo? Esta producción representa un movimiento comercial de cerca de 30 millones de francos y deja disponible para la exportación, después de haber satisfecho el consumo de toda la República Argentina, más de un millón de hectólitros de trigo, cuyo costo no pasa de 10 francos 50.

Es curioso dar aquí la progresión de los cultivos desde hace treinta años, en que se intentaron por primera vez en esta región :

	Colonias.	Habitantes.	Hectáreas de tierra cultivada.
1856	1	1,040	1,000
1864	4	2,279	5,000
1874	32	15,510	32,256
1880	51	40,789	124,205
1884	85	68,876	215,277
1886	105	80,000	500,000
1887	122	120,000	410,000

La producción ha crecido más rápidamente aún que la extensión de los cultivos; hay que calcularla para 1887 en 16 millones de pesos, ó sea al cambio medio de 4 francos por peso, 64 millones de francos; producción que, no hay que echarlo en olvido, es la obra de ciento diez mil colonos.

La exportación, ya para las otras Provincias de la República, ya para el extranjero, absorbe la mayor parte. En el espacio de quince años se ha hecho treinta veces mayor, elevándose de trescientos mil pesos en 1872 á diez millones en 1887.

Esta cantidad, mínima, si se compara con la producción de otros países, es muy importante si se la considera como se debe, es decir como un punto de partida y si se fija la aten-

ción en el aumento anual de la superficie cultivada y de los capitales nuevos empleados progresivamente en el desarrollo del cultivo. No sin motivo todos los que asisten á esta conquista ardiente del suelo de esta Provincia, hombres de Estado, publicistas, economistas, se han apasionado por esos grupos extranjeros de productores, que hacen salir del suelo su fortuna propia y la de multitud de comerciantes, industriales, sociedades de transporte ó de banca, que se han establecido en torno de los mismos, y que ellos enriquecen rápidamente.

Recuerdo haber oído á uno de los hombres de Estado más considerables de esta República, embellecer un discurso con este ditirambo : « Si, decía, la luna posee astrónomos, han debido quedar sorprendidos al observar que esta parte de la tierra, hacia la que no han dejado de dirigir sus telescopios, había cambiado de color y tomado el del oro, que le dan las espigas maduras ».

No hay un colono que no haya aplaudido estas palabras del ex presidente de la República, Sr. Sarmiento. ¿Cómo habían de ver en ellas una exageración, los que, en medio de su bienestar, tienen tantos motivos para estar orgullosos de un progreso que es la obra exclusiva de sus esfuerzos individuales? Llénales de justísima satisfacción el ver á los primeros entre los Argentinos hallar alguna gloria que recoger en creaciones, debidas por completo á extranjeros ; por nuestra parte tenemos un gran placer en hacer constar que en esta región predominan las costumbres y usos de nuestro país, y que la lengua general en ella es la lengua francesa.

IV

En efecto, nos hallamos aquí en un país europeo trasplantado por completo y con todos sus detalles á la tierra de América ; diríase que es una Provincia de Francia, situada en una frontera, donde han penetrado las lenguas de los países veci-

nos así como algunos de sus usos, y donde la religión protestante se mezcla con la católica; apenas si por algún lado hacen sentir su presencia las costumbres locales y las leyes del país.

En estas llanuras en donde las viviendas se hallan como perdidas en medio de los cultivos, y donde rara vez se encuentran varias agrupadas, la vida de familia individualizada es el prototipo social, establecido sin añejas preocupaciones, en virtud de una especie de necesidad impuesta por el medio ambiente. Es esto una consecuencia natural de la división uniforme de la tierra, en explotaciones rurales, consagradas al mismo objeto y de la misma extensión generalmente de cien hectáreas, que comprenden cuatro concesiones y que establecen distancias iguales entre cada familia de colonos.

En unas cien colonias no hay apenas pueblos. El de Esperanza está por decirlo así solo. Así es que sirve de punto de reunión, de mercado general, á donde van desde muy lejos, el domingo, en carricoches, breaks y vehículos de todo género, los colonos que tienen algún asunto que tratar, algún informe que adquirir ó que sencillamente quieren acordarse de que son hombres nacidos para vivir en sociedad, aunque sólo sea una vez por semana.

Fuera de esta excepción, la vida se concentra en las concesiones, que se escalonan á lo largo de las avenidas, de que hemos hablado, de una anchura, casi igual por todas partes, de cincuenta á sesenta metros, uniformemente bordeadas por los inevitables álamos en apretadas filas.

En medio de los campos de maduras mieses apenas sobresalen algo las viviendas; aquella es sobre poco más ó menos la vida solitaria del pastor, con el aditamento del trabajo, del cultivo de un huerto ó jardín y de la presencia de animales de labranza y aves de corral.

No por eso se podría afirmar que todas las colonias no forman sino una sola ó que todas se confunden entre sí; pues muy al contrario, tienen su fisonomía especial. En cada una

existe un lazo de familia, una comunidad de origen ó de intereses; todos los miembros pertenecen á la misma religión ya protestante, ya católica, y hablan la misma lengua, aunque á veces en diferentes dialectos.

Durante el período de formación, el más rudo que hay que pasar, cuando hay que organizar, edificar, plantar y sembrar las concesiones, estos lazos de familia ó de origen no se manifiestan por relaciones sociales ó por la creación de intereses comunes: más tarde es cuando hay que pensar en ello. Entonces la escuela viene á reemplazar al preceptor ambulante que hasta entonces había ido de granja en granja, pobre bachiller nómada, que á falta de otros conocimientos dejaba en el espíritu de sus discípulos el de que la ciencia es generalmente una persona muy ignorante, poco acomodada, rebelde á una alimentación regular, pobremente vestida, cabalgando sin gracia alguna sobre el más triste de los cuadrúpedos, al que de seguro confundirán con la bestia del Apocalipsis, cuando haya penetrado en sus jóvenes almas una instrucción religiosa algo desarrollada.

Casi en todas partes se emplea cierto apresuramiento en colocar una cruz en lo alto de la techumbre de una granja; para darle, sin lujo alguno, los honores de templo ó iglesia; aquel es el centro en torno del cual se ha de formar más tarde la aldea, á menos que la estación del ferrocarril largo tiempo proyectado, y aún sin construir venga á cambiar el eje del desarrollo de la colonia.

Á cada estación, cambia el aspecto; pero cambia por todas partes á la vez, habiendo gran uniformidad en las variaciones. Allí no se conocen ni los barbechos ni los cultivos variados; cada año se ven en el mismo sitio y por la misma época el mismo arado, y las mismas espigas de trigo en sazón. En los terrenos nuevamente roturados el primer cultivo es el maíz; exige menos capital, es más rústico y triunfa con más facilidad de una tierra recién movida; la siega sobre todo se hace

con más comodidad, en el momento que el colono escoge después de las primeras heladas, sin tener que recurrir, en un momento dado á la costosa ayuda de gente asalariada. Después de las primeras cosechas, la cabaña, habitación provisional de los años de ensayo, se convertirá en una residencia más elegante, construída con ladrillo y cal, con arreglo al modelo de la del vecino, que á su vez la ha copiado de otra más antigua, respetando sin cambiar nada el tipo casi único creado por un arquitecto modesto, sin imaginación y muy amigo de la sencillez.

*
* *

Sería inútil buscar, en medio de esta uniformidad, ni en los procedimientos de cultivo, ni en la forma de las habitaciones, rasgos particulares, que indiquen con precisión el origen de la nacionalidad de los colonos. En estos diferentes puntos, todos han olvidado las tradiciones de su país, adoptado nuevos usos, modificado insensiblemente su traje, su alimentación, sus instrumentos y sus procedimientos de cultivo.

El agricultor americano difiere absolutamente de su compañero de Europa, y por eso sin duda obtiene mejor éxito. No tiene la ambición de vivir exclusivamente sobre su tierra y de sacar de ella los elementos completos de su subsistencia; vive de su tierra como un comerciante de su comercio, trafica con sus productos y hasta con la tierra misma si halla en ello ventaja; en su cualidad de extranjero tiene más bien el temor que la ambición de arraigarse allí. Sobre todo no intenta aumentar la suma de su trabajo; esta es una rutina que deja á los fanáticos de la tradición tan numerosos en las campiñas de Francia.

De hecho ha llegado á simplificar singularmente su trabajo; no conoce esa división de la tierra por parcelas esparcidas alejadas unas de otras, que es el gran escollo y una de las

causas, la principal acaso, de la ruina de la agricultura francesa; su casa está en medio de su campo, siembra un solo espacio de tierra de cincuenta ó cien hectáreas con una sola semilla; uno siembra trigo, otro cebada, otro lino ó maíz; en resumen el agricultor trabaja allí como industrial. De esta suerte obtiene el resultado, no muy al alcance del agricultor francés, de cultivar su campo y de hallar en él los elementos de una vida acomodada, consagrando la mayor parte del tiempo al ocio y al descanso; hasta durante la época de la siega consigue librarse de los trabajos absorbentes de la misma.

La diferencia es completa entre la vida que él lleva y la del cultivador francés. Este parece tomar á pechos y tener empeño en multiplicar sus esfuerzos y sólo consigue disminuir sus resultados. El trabajo le aguijonea siempre, sus ocupaciones son sobrado numerosas para que tenga de ellas también provisión para los días de lluvia ó de nieve, para las largas noches y los cortos días del invierno; almacena su grano para batirlo en una troje ó en una habitación; más atento á respetar los usos de antaño que á ahorrarse trabajo, desgrana una á una sus espigas de trigo con el mazorcador, desconfía de la trilladora, que llenaría con rapidez sus sacos, aunque cobrase una especie de diezmo de cada uno.

Este campesino no nos daría crédito si le dijéramos que al otro lado del Océano, su compañero de profesión no conoce ni esos trabajos ni esa labor continua; que tiene diez meses de descanso y dos de trabajo sin que por eso sean menores sus productos y que puede consagrar las largas y luminosas veladas del estío ó las noches de invierno á los trabajos intelectuales que son los consejeros del progreso. ¡ Y sin embargo nada hay más cierto!

En el otoño prepara su tierra, trabajo importante que debe hacer él mismo y que es el único que no han simplificado las máquinas; la naturaleza del suelo lo hace fácil y su fertilidad

lo reduce á unas vueltas de arado y de rastrillo, sin necesidad de otra preparación ni de abonar las tierras, tarea costosa y penosa. Dos meses bastan para esto y para la siembra. El invierno muy templado en aquellas regiones, sin nieve ni heladas, es por completo para él una estación consagrada á la contemplación; la uniformidad de su cultivo deja al colono todo el tiempo que quiere para ocuparse de su huerto ó jardín de recreo, para los cuidados minuciosos de sus hortalizas y de sus ganados de labor. En la primavera la naturaleza trabaja para él; el agricultor espera los resultados de esta incubación, que las lluvias ó la sequía harán fecunda ó estéril, sin que él pueda influir en nada, ni aun siquiera tiene que hacer provisión de forrajes para el invierno; su ganado, criado al aire libre, hallará siempre con qué alimentarse aun en la estación más mala.

Llega por último el estío, ó al menos, está próximo, porque en el mes de noviembre, que corresponde al mes de mayo del hemisferio norte, los trigos amarillean y pueden prepararse ya las máquinas segadoras. Diríase que el murmullo que producen las espigas maduras va á arrancar al colono á su tranquila vida. Así era en otro tiempo cuando sólo se conocían las hoces para segar el trigo bajo los ardientes rayos del sol; es más, entonces, por falta de brazos había que dejar los trigos de pie ó abandonar las cosechas al rebaño; hoy no es lo mismo; el colono que no puede por sí solo costear las segadoras modernas, se entiende simplemente con cualquiera de los numerosos contratistas de siegas, que recorren los campos, el cual mediante un precio, que se fija de antemano, de tantos sacos por ciento, siega á destajo, trilla sobre la marcha, embasa, y á veces compra y se lleva en el espacio de una semana la cosecha que ayer estaba de pie, agitada suavemente por la brisa y que de un día á otro se encuentra convertida en un *cheque* pagadero á la vista y endosable. Pocos días han bastado, á razón de ocho hectáreas por sega-

dora y por día, para operar esta transformación comercial de todas las esperanzas del colono resumidas en un vasto campo de trigo ; sabe con exactitud lo que vale el trabajo de su año. y hasta el otoño se encuentra libre de cuidados; las demás cosechas que ha preparado no le darán gran molestia ni le impedirán saborear á la sombra los duraznos de su huerta.

Que no diga que el trabajo no ha hecho sino variar de sitio y que si el agricultor se ve, gracias á esta organización muy ingeniosa, descargado de penosas labores, el peso del trabajo recae sobre el contratista de siegas y su gente, mientras que el que se vale de ellos tiene que soportar el gasto. Trabajo y gasto han sido considerablemente disminuídos por el empleo de máquinas perfeccionadas, al mismo tiempo que el rendimiento aumenta en proporciones enormes. En otro tiempo era preciso que el segador permaneciese todo el día inclinado con la guadaña en la mano, bajo las abrasadoras caricias del sol canicular, con un movimiento regular, muy penoso en los largos días del estío. Si el trigo estaba demasiado maduro, lo cual ocurría con frecuencia por falta de brazos en la época de la recolección, era preciso segar sólo las espigas, lo cual, si bien impedía que se perdiese demasiado grano, retrasaba más la operación de la siega. Las espigas eran llevadas hasta la era en una piel de caballo seca, que servía de trineo, y eran allí trilladas por una porción de yeguas famélicas; la limpia se hacía con palas aprovechando el soplo del viento. Calculábase en un 25 0/0 la pérdida que experimentaba el grano conducido á la era, durante las citadas operaciones.

Los tiempos han cambiado. La segadora marcha con paso regular y constante; el segador, colocado en su elevado asiento, dirige el trabajo y no interviene sino mediante el esfuerzo de su propio peso, las gavillas caen por sí mismas, atadas, detrás de él, y se amontonan en enormes parvas, entre tanto que llega el turno á la trilladora. Esta represen-

taría, con sus animales de tiro y su locomotora, un gasto de unos treinta y cinco á cuarenta mil francos; pero el agricultor no tiene que hacer este gasto: aguarda que llegue su hora, que no ha de tardar, y entonces se colocará delante de su parva esta poderosa chicharra, que desde el alba hasta el anochecer, y desde la noche hasta la aurora silba y hace ruido laboriosamente, sin descanso, realizando el trabajo de millones de hormigas; los hombres la alimentan sin penoso esfuerzo, ocultos tras una nube continua de polvo negro, que el viento empuja sin cesar y que se renueva sin descanso; la paja, desdeñada, como residuo sin valor, que únicamente han de reclamar los ladrilleros para mezclarla con la arcilla de sus adobes, vuela separada del grano y va formando un gran montón junto al horno de la caldera, que alimenta con su combustión rápida.

Las cuadrillas, que se transportan desde luego en todas direcciones para realizar todos estos trabajos, están casi siempre compuestas de Italianos, procedentes de Lombardía, y que van allá atraídos por los elevados salarios. Pasan el Atlántico, á pesar de la gran distancia, del mismo modo que los Belgas pasan nuestra frontera para venir á hacer la siega. Embárcanse en Génova en Agosto ó Setiembre; los vapores italianos y franceses, dispuestos para el transporte de estos trabajadores, conducen cada uno mil ó mil doscientos, que desembarcan, después de veintidós ó veinteiocho días de travesía, en la ribera del estuario del Plata. Allí no tardan en orientarse y tomar buena dirección: desde el día siguiente, se amontonan en los vagones ó en los vapores que sirven el litoral del Paraná ó del Uruguay; otros parten á pie con el morral á la espalda, para dirigirse al punto en que es más activa la demanda de brazos.

Durante los meses de Noviembre á Febrero, alquilan á elevado precio sus servicios en la inmensa región que se extiende desde los 27° hasta los 40° de latitud Sur, y donde la

siega no se hace por todas partes al mismo tiempo. Estos cuatro meses de trabajo incesante, de salarios crecidos, que varían entre doce ó diez y ocho francos por día, con un alimento sustancial, siempre á costa del propietario, y pasando la noche al raso, bastan con frecuencia para satisfacer sus ambiciones. Muchos, terminada la siega, vuelven á hacerse á la mar y, después de una nueva travesía, desembarcan en su país natal, mostrando con orgullo el cartucho de monedas de oro que han ganado mientras que el invierno extendía sobre Europa el manto sombrío de sus largas noches y de sus días fríos y lluviosos. Llegan precisamente para asistir á todos los trabajos que reclaman los campos de su país, y, una vez terminados todos y hecha la recolección, vuelven á emprender un nuevo viaje al hemisferio Sur.

Cada año, echan de ver, á su llegada, la extensión de la zona cultivada. ¡Con qué sorprendente rapidez se realiza esta conquista del desierto, en un país al que, sin embargo, la inmigración no lleva anualmente sino un contingente escaso, que no pasa aún de ciento diez mil individuos en los años más favorables. La Provincia de Santa Fé, que se llama con razón la región del trigo, además de las cuatrocientas diez mil hectáreas puestas en cultivo, en 1887, posee más de seiscientas mil divididas ya y preparadas para recibir colonos, y siete millones que están aún abandonadas á los ganaderos, los cuales se prestan sin excepción al gran cultivo y aguardan que llegue su hora. Dicha Provincia no contiene aún más que trescientos cincuenta mil habitantes, de los que ciento diez mil están en las colonias; en éstas hay 17,455 familias propietarias, de las que 17,000 son extranjeras y conservan su nacionalidad.

*
* *

Muy americanos en sus procedimientos de cultivo, los colonos no lo son menos en su manera de vivir; sin haber

adoptado las costumbres locales, han adaptado las suyas á este medio social. Su traje, su alimentación, su lenguaje, todo se modifica en ellos poco á poco, bajo la influencia del medio, sin que por eso pierdan su caracter propio y el sello de su origen, que generalmente se muestran celosos en conservar. Su traje de trabajo es casi el mismo en todas partes; la boina, que los Vascos han generalizado de tal modo que es un objeto de primera necesidad en los suministros de un pueblo ó de una aldea de la pampa, prueba manifiesta de la influencia del emigrante sobre el desarrollo de la industria de su país; las alpargatas de los montañeses del Pirineo, importadas por el mismo conducto; la blusa de lana, alternando con el poncho, que no permite el trabajo á pié, y por último las bragas de nuestros antepasados, disfrazadas con el nombre indio de *chiripa*. En los días de fiesta, se ven aparecer de nuevo los trajes nacionales : Andaluzas, Catalanas, Napolitanas, Vascas, Suizas y hasta Bretonas se codean elegantemente vestidas á la moda de su provincia.

Allí, como sucede por lo demás en todas las regiones americanas, estas diversidades de origen desaparecen á la primera generación. Al mismo tiempo que la ley impone la nacionalidad local á los que han nacido en el país, y que la sangre extranjera entra, por decirlo así, con igualdad de derechos, cualquiera que sea su procedencia, en las venas de la nación, las costumbres importadas se convierten en nacionales.

Este fenómeno no es peculiar á tal ó cual grupo. Se produce en todas las regiones donde existen colonias, en los dos grupos de la Provincia de Santa Fé, el que se apoya sobre la orilla del Paraná y del Salado, que se ha creado á lo largo de la gran vía férrea del Gran Central Argentino, donde no aparece nada que huela á inglés. En la Provincia de Entreríos, donde sin embargo el general Urquiza, usando de sus derechos de presidente, había promulgado una ley nacional, dis-

pensando á los hijos de sus colonos del servicio militar, y conservándoles por excepción la nacionalidad de sus padres, la ley no ha sido ejecutada; estos colonos, apegados al terruño, no han hecho sino débiles protestas, al paso que evitaban cuidadosamente prestar el servicio militar en la patria de sus padres, la cual por su parte no se cuida de reclamárselo.

Fuera de estas Provincias, no existen sino dos creaciones de la misma índole: una, que data de 1860, compuesta exclusivamente de Ingleses del país de Gales, establecidos por el gobierno en las orillas del Chubut, río del desierto patagón, y cuya suerte ha demostrado, durante veinte años, que se había procedido prematuramente, pues se encuentra abrumada por una penuria intermitente, remediada por los auxilios oficiales.

La otra, creada por la Provincia de Buenos Aires, es más interesante: es una colonia de Alemanes de la secta de los memnonitas. Éstos habían emigrado á Rusia á fines del último siglo; Catalina les había garantizado durante un siglo su autonomía, dispensándoles del servicio militar, prohibido por su religión. Pasado ese siglo, no se renovó el privilegio; tres mil adeptos obtuvieron del gobierno de la Provincia de Buenos Aires tierras y franquicias; pero no por eso han logrado sustraerse á la influencia niveladora de la atmósfera americana. Entretanto dan en la llanura el ejemplo del trabajo inteligente, y prosperan de tal suerte que, después de haber puesto en cultivo en el espacio de tres años todas sus tierras y edificado tres aldeas, reclaman ya nuevos terrenos para formar nuevos enjambres ó colonias. Los hallarán en manos de los particulares: todos tienen tierras que vender á unos trabajadores que, teniendo diez años de plazo para pagar al gobierno, han satisfecho su deuda en tres años.

No citamos estos ejemplos sino para demostrar con qué fa-

cilidad pueden transplantar en las llanuras de la pampa grupos venidos desde bien lejos, hasta el campanario de su aldea y agruparse en torno de él. Pueden también llevar consigo las plantas ó semillas que prefieran, pues no hay un árbol ni una planta aclimatada en Europa que no encuentre allí el clima que necesita.

Los antiguos propietarios de la tierra aguardan, por su parte, á estos desconocidos para cedérsela. Su impaciencia se manifiesta en el plano catastral por medio de una infinidad de pequeños cuadrados, bajo una denominación caprichosa. Lo que era ayer el dominio inútil y sin habitantes de Pedro ó de Pablo se convierte, mediante esta operación, en la colonia Etelvina ó Casimira, que tampoco tienen habitantes, pero que se muestran orgullosas de elevar á la categoría de expresión geográfica futura el nombre de una mujer amada ó de una respetable matrona.

Á veces, el ambicioso propietario llega hasta el punto de costear un deslinde concienzudo de sus tierras. Hace colocar en los campos baldíos, llamados tal vez á grandes destinos coloniales, numerosos postes indicadores, límites imperceptibles de soñados dominios. De esta suerte, traza avenidas, por las que cree ya ver cruzar carretas de las formas más variadas y transportarse las trilladoras del porvenir á las concesiones futuras convertidas en las deseadas casas de labor. Esto basta con frecuencia para dar á su tierra un valor que no tenía; sus buenas intenciones crean un aumento de precio que la especulación está pronta á explotar; muchos así contidos en primera víctima de su propia superchería, han rechazado las ofertas con desdén y pasado su vida aguardando la hora propicia, que sólo habrán visto sus herederos.

*
* *

Por otra parte, en la Provincia de Buenos Aires, por ejem-

plo, la más importante desde todos los puntos de vista, hasta desde el punto de vista agrícola, el cultivo se ha desarrollado por necesidad, sin plan determinado, en virtud del esfuerzo individual, alrededor de las aldeas, á medida que éstas se formaban, generalmente en los terrenos que el Estado vendía para destinarlos á este objeto, El litoral del Plata, al Norte de la ciudad, ha sido el primero ocupado; es aún la región preferida. Su situación al Este, la brisa que llega hasta allí refrescada por las aguas del Plata, que tiene en aquellos sitios ocho leguas de ancho, le han dado una reputación merecida; la tierra tiene allí un precio elevado y el trigo prospera mejor que en ninguna otra parte.

Más allá de esta lengua de tierra, el criador de ganados no ha cedido voluntariamente las tierras que la cría ocupa, con provecho, desde hace tres siglos; ha sido preciso disputárselas alrededor de las estaciones de los ferrocarriles; así es que los distritos agrícolas no empiezan sino á cuarenta leguas en el interior al extremo del ferrocarril del Oeste, en los alrededores de la ciudad de Chivilcoy, que no tiene aún de Chicago más que la primera sílaba, y que espera en época lejana competir en importancia y riqueza con su hermana mayor de Norte, cuyo nombre es tan indio como el suyo.

Lo que ha determinado el abandono de esta región á la agricultura, es precisamente la pobreza de la vegetación espontánea que allí se encuentra; los pastos naturales son de tal naturaleza, que el ganado vive allí difícilmente y los carneros producen una lana ruda; una vez hecha la experiencia los propietarios han renunciado á extender por aquel lado la región del pastoreo y han atraído á ella al agricultor con el cebo de las empresas á medias. El trabajo del hombre ha mejorado rápidamente estas tierras que los ganados hubieran tardado un siglo en preparar para praderas de su uso.

El éxito ha sido tan satisfactorio para el agricultor, que hoy día se cuentan en la Provincia de Buenos Aires un mi-

llón de hectáreas ocupadas por cultivos de todas clases; una tercera parte está destinada al trigo y la cuarta al maíz. La exportación de trigo de esta provincia ha ascendido á más de un millón de hectólitros en la temporada de 1885-1886; la exportación de harinas para el Brasil se desarrolla igualmente cada año.

De los treinta millones de hectáreas fértiles de que dispone, cifra considerable si se compara con los cincuenta millones de hectáreas de tierras de la misma clase que posee Francia, esta provincia destina diez y siete millones á la cría de ganados; doce millones están aún sin ocupar, por más que se encuentran en vísperas de verse cruzados por el ferrocarril. No falta allí hoy ninguno de los elementos de progreso agrícola; su población, que era en 1869 de 309,261 habitantes campesinos, se eleva en 1887 á 800,000, cifra superior al crecimiento de los Estados Unidos.

Las razones históricas que hemos recordado al principio de este estudio han podido poner trabas al progreso de esta vasta región; hoy día se ha posesionado éste definitivamente de un suelo fecundo, auxiliado poderosamente por los capitales creados y por las líneas férreas que avanzan desde hace cuatro años, á razón de un kilómetro por día.

Este resultado — hecho muy digno de tenerse en cuenta — esta toma de posesión, por el agricultor, de la pampa argentina, es la obra de los campesinos franceses, suizos é italianos, que han ido allá lo más frecuentemente sin capital, han creado por sí mismos los elementos de su bienestar, los han esparcido en torno suyo y han adquirido, por medio de su trabajo, esa seguridad que dan los títulos de propiedad indiscutibles. En el momento en que la competencia que se disponen á hacer al productor europeo parecece inquietante, hemos creído que había algún interés en observarlos en medio de sus creaciones y en demostrar que su ejemplo es acaso digno de ser seguido.

V

El campo es vasto, todas las partes ó porciones del mismo se ofrecen al más diligente; los progresos realizados no son nada junto á lo que queda que hacer; el terreno en cultivo es poca cosa en comparación de las vastas llanuras incultas que lo rodean.

Hace unos siete años, apenas, el acceso de las partes extremas de la llanura estaba cerrado y prohibido á la civilización, contenida por lo desconocido del desierto más aún que por las resistencias seculares de las tribus indias. La campaña de 1877 á 1880, vigorosamente dirigida, ha demostrado lo absurdo de los terrores que las invasiones mantenían vivos, desde hacía siglos y que contribuía á perpetuar la estrategia protectora de los jefes de frontera de la antigua escuela. El Indio, hoy día vencido, disperso, anonadado, no existe sino como un recuerdo; dentro de algunos años será una curiosidad antropológica; el dominio que él ha abandonado por fuerza, se halla en todas sus partes estudiado y dividido por los agrimensores; bordéale una línea de ferrocarril y hay otras ya concedidas; ahora sólo falta población; pero ya ha empezado el éxodo del pastor hacia esas tierras nuevas. Esta región se aprovechará de los progresos adquiridos en las demás de la República y de la impulsión que le den los capitales constituídos por los propietarios del litoral.

¿Á qué precio pueden adquirir la tierra que todos codician los extranjeros cuya llegada es constante? ¿Cómo pueden poseerla aumentarla y trasmitirla? Estas son cuestiones que se plantea á sí mismo cualquiera que se preocupe de la concurrencia de producción de los países nuevos; este estudio sería incompleto, si dejáramos sin respuesta estas preguntas.

Consignemos ante todo, para descartar comparaciones con

los usos de la República de los Estados Unidos, que aquí, aunque las tierras públicas pertenecientes al estado sean vastas y fértiles, no hay aún ley alguna que rija la enajenación de las mismas, ni se ha ensayado en su repartición ningún sistema científico. No hay oficina abierta, donde el inmigrante puede cambiar su nacionalidad y la libertad de cambiar de sitio, por algunos acres de tierra que irá pagando poco á poco, á razón de un *dollar* por acre, como ocurre en los Estados Unidos. La ley argentina que ha imitado en muchos puntos á su hermana del Norte, no ha intentado nunca poner en práctica ese sistema, ensayado ya, cuyos resultados han sido fecundos desde hace medio siglo, á pesar del enorme peso de las cargas que esta ley del *homestead* imponía, añadiendo al pago del precio normal del terreno, una disminución de estado, poco costosa, según parece, para el aldeano europeo, enloquecido por la pasión de poseer en toda propiedad un pedazo de tierra al sol.

Nadie puede decir lo que hubiera producido en la República argentina este sistema si hubiera sido ensayado; pero no podía serlo. En efecto, antes del año 1880, el Gobierno federal no había tenido que preocuparse del empleo de las tierras públicas; faltaba atrevimiento para vender la piel del oso antes de que el oso cayera en poder del vendedor, y esta vasta piel del oso servía entonces de apacible lecho á las tribus indias.

Solas las Provincias confederadas poseían dominios; aunque la Constitución les hubiese reservado el derecho de fomentar la inmigración á sus tierras, no se habían cuidado de ejercitarlo. Estas tierras tenían otro destino. En un país, donde los capitales mobiliarios no están constituídos, donde los presupuestos son escasos, los gobiernos provinciales han recompensado siempre, por medio de donaciones, más ó menos disfrazadas, de tierras públicas, los servicios de sus partidarios, reparando de esta suerte las injusticias de la fortuna, de que habían sido víctimas ellos ó sus amigos.

Los Estados han visto así malbaratado su patrimonio; no por eso está destruído; está solo acaparado por particulares que le hacen productivo y se hallan prontos á cederlo á buen precio al que más ofrezca. La ley no influye, por lo tanto, en las transferencias de estos bienes privados sino por medio de la aplicación normal de las reglas del derecho civil á los contratos de venta y á las herencias. No ponen obstáculo alguno á la rápida división del suelo, ni imposibilitan ésta con formalidades complicadas ó con la imposición de elevados derechos.

*
* *

Las formalidades necesarias para la venta de una propiedad, por importante que sea, pueden llenarse en tres días, comprendiendo en ellos el levantamiento de hipotecas, el privilegio de las mujeres casadas y de los menores, pues las hipotecas tácitas no existen; los derechos de transmisión y registro, por más que se han elevado considerablemente en estos últimos años, son aún bastante moderados. Estamos muy lejos de los derechos, que, en Francia, absorben las rentas de tres ó cuatro años de una propiedad vendida ó trasmitida por herencia; si se acentuase la tendencia que se manifiesta en los legisladores argentinos, de imitar el ejemplo de los países de Europa en lo tocante á los medios que pueden aumentar los recursos fiscales, habrían hallado de este modo la manera verdadera de arruinar y despoblar este país, donde las condiciones sociales son diferentes, y donde la tierra que constituye el único capital y el principal objeto de cambio, debe ser, durante largos años, tratada por la ley como una mercancía, siempre ofrecida en el mercado y fácil de trasmitir.

La ley de sucesiones ha puesto buen cuidado en hacer lo más rápida posible la división de los grandes dominios ó de los feudos que las grandes familias podían verse tentadas á

constituir, ó que podían adquirir los mismos extranjeros. No sólo se opera la división de los bienes patrimoniales entre los descendientes del difunto, sino que el esposo superviviente recibe una parte de hijo, además de su parte en la comunidad, que es el régimen absoluto de las sociedades conjugales. Á falta de hijo legítimo, la herencia corresponde al cónyuge superviviente y á los hijos naturales, aun cuando no sean reconocidos, los cuales son protegidos por la investigación de la paternidad, permitida aun después de la muerte del padre.

El valor en venta de la tierra no varía sino por grandes zonas; la proximidad de una corriente de agua, de una aldea, de una vía férrea, ó la esperanza de que se vaya á construir alguna, modifican el precio de venta; es, sin embargo, fácil dar una idea exacta del valor de cada zona.

Tomemos como punto de partida la ribera occidental del Estuario del Plata, y como centro de irradación la misma ciudad de Buenos Aires. Si trazamos una línea recta desde dicho punto hacia el Oeste, dividirá primeramente la Provincia de Buenos Aires, después los Territorios nacionales y el desierto de la pampa hasta los Andes, que son su límite extremo al Oeste. El litoral, al Norte de esta línea, es la parte más rica y más antiguamente poblada; la región Sur, menos buscada y desde hace menos tiempo, pertenece á una formación geológica diferente; el *humus* tiene en ella menos profundidad, el subsuelo es menos permeable y retarda la absorción do las aguas pluviales. El precio es, pues, á la misma distancia, superior en cerca de un tercio en la región del Norte; será, por lo tanto, preciso tener en cuenta esta diferencia en los precios que vamos á indicar.

En el primer radio de cinco leguas, partiendo de la ciudad de Buenos Aires, la tierra desnuda, ocupada generalmente por los Vascos, que suministran la leche á la ciudad, y por el pequeño cultivo, se vende fácilmente de 800 á 1,000 francos

la hectárea; todo lo demás como edificios, cercas, etc., se paga aparte.

Alejándose otras cinco leguas, se obtienen las mismas tierras á 500 francos la hectárea; están divididas y empleadas de la misma manera; es la región de las granjas, *chacras* ó tierras *de pan llevar*, destinadas á suministrar el pan, según estaba prescrito en las antiguas leyes españolas; las mayores tienen de seiscientas á mil hectáreas.

En el radio siguiente, de diez á veinte leguas, abundan las grandes propiedades; es la región donde domina la cría del carnero. La tierra vale de 300 á 500 francos la hectárea, se alquila generalmente por lotes de doscientas, superficie necesaria para mantener una majada de 1,500 cabezas. El precio de alquiler anual varía de 10 á 15 francos la hectárea, en cuanto al terreno desnudo; el precio es algo más elevado si el arrendador es un agricultor, porque el propietario supone que el carnero mejora su tierra y que la agricultura la esquilma.

Á partir de las veinte leguas, excepto á aproximidad de las líneas férreas del Oeste y del Sur, el cultivo desaparece y el terreno está completamente consagrado á la cría del carnero, al que poco á poco va cediendo el puesto el ganado mayor. Los precios de estos terrenos son mucho más inferiores á los precedentes; no se venden ni se alquilan sino por leguas de dos mil setecientas hectáreas, ó por fracciones de legua cuadrada. Unas no pueden admitir sino ganado mayor, otras una proporción más ó menos considerable de carneros; todas se prestan á la agricultura, pero su alejamiento encarece la mano de obra, así como el transporte de máquinas y productos; no están servidas ni regadas por ninguna corriente de agua, y sólo pueden contar con las vías férreas y con la rebaja de sus tarifas para verse solicitadas por la nueva población de agricultores. Para el pastoreo se arrienda la legua cuadrada en 20,000 francos y para el ganado mayor en 6,000, ó sea de 10

francos á 2 fr. 50 por hectárea; el precio de venta varía entre 100 y 250,000 francos por legua, ó sea de 40 á 100 francos la hectárea, según que el terreno se preste á la cría del ganado mayor ó menor. El pastor ó el arrendador deben construir por sí mismos en estos terrenos su albergue y realizar los instalaciones necesarias; así la primera condición que se requiere en un colono es saber poner de pie los puntales y unir las ligeras vigas que forman la armazón de su casas trenzar la paja que ha de cubrir la techumbre y amasar el barro que ha de formar las paredes.

Si salimos de los límites de la Provincia de Buenos Aires, privilegiada entre todas en razón del desarrollo ya antiguo de sus vías de comunicación, de sus establecimientos de crédito y de todas las instituciones sociales que denotan un estado de civilización europea, los precios que encontramos son enteramente diferentes y van bajando rápidamente. Sin embargo, la Provincia de Santa Fe, que la continúa al Norte y sigue la ribera del Paraná y del Uruguay ha participado, en estos últimos años, más que las demás, del gran movimiento de todos los terrenos en general. Dejemos á un lado las regiones, relativamente poco considerables, ocupadas por las colonias agrícolas que hemos descrito. La concesión no ocupada de 25 hectáreas de tierras vírgenes vale en general 1,000 francos, ó sea 40 francos la hectárea; los gastos de roturación doblan el precio; las tierras cultivadas, plantadas, con edificios, tienen un precio difícil de fijar; se estima, sin embargo, en 20,000 francos cada casa de labor de cuatro concesiones, ó sea de 100 hectáreas en explotación. En los dominios bastante próximos á las colonias, para que se pueda prever que algún día se extenderán éstas hasta ellos, la legua que valía hace cuatro ó cinco años 30,000 francos, vale hoy de 150 á 200,000. Los futuros colonos tendrán que pagar más de 100 francos por hectárea las concesiones que los particulares se proponen venderles.

Si se sale de esta zona y se penetra en las otras Provincias de la República en el límite de la pampa y á lo largo de los contrafuertes de los Andes, salvo en torno de las ciudades ó en los valles artificialmente regados y en las regiones propias para el cultivo de la caña de azúcar, la tierra se vendía hace cuatro años, desde 15,000 francos hasta el precio ínfimo de 500 francos la legua. No sucede lo mismo hoy día. Puede decirse que no hay en la República tierras cuyo precio baje de 5,000 pesos ó sea 20,000 francos la legua.

Más allá de estas regiones, al Sur y al Norte, en los confines de la República, extiéndense vastos territorios sobre los que no pueden alegar ningún derecho los Estados confederados y cuya venta depende de la autoridad federal. Allí es donde se podrán experimentar los mejores sistemas de colonización y de apropriación ó adaptación de las tierras públicas. El campo de estos experimentos futuros, abierto á las generaciones del siglo próximo es vasto; comprende al Sur las 25,000 leguas cuadradas de pampas, las 20,000 del territorio patagón, con un desarrollo de 2,000 kilómetros de costas en el Altántico, regiones hoy día enteramente desiertas, pero accesibles al trabajo civilizador y que se extienden desde el 35° hasta el 55° de latitud Sur, entrecortadas por ríos que corren paralelamente en línea recta desde los Andes al mar.

Por último, comprende el Norte de la República el Territorio intertropical del gran Chaco, de una extensión de 10,000 leguas cuadradas defendido aún por los Tobas, cuyo último crimen ha sido la muerte del sabio explorador francés, doctor Crevaux, y el Territorio célebre de Misiones, donde las huellas de las aldeas abandonadas desde la expulsión de los jejuítas, desaparece cada día más bajo la lujuriante vegetación de los jardines, convertidos en bosques impenetrables.

*
* *

El Estado, poseedor de estos dominios no ha puesto toda-

vía en práctica ningún sistema de apropiación científica de los mismos; una sola vez, para subvenir á los gastos de la expedición contra los Indios, emprendida en 1877, terminada con la completa destrucción de éstos en 1881, dicho Estado enajenó de un golpe cinco mil quinientas leguas cuadradas al precio uniforme de 2,000 francos la legua ó sea 0.80 francos la hectárea.

Esta región que equivale á cincuenta departamentos de Francia, hubiera podido ser mejor empleada y distribuída. Hecha en tales condiciones la enajenación de estas tierras ha cerrado, más bien que abierto, á la población laboriosa las tierras que ésta pide; aún no se ha intentado allí ninguna creación; el campesino teme la vecindad de los grandes feudatarios que se han formado un feudo de cien leguas cuadradas en estos desiertos; á falta de otro empleo, estas tierras han suministrado poderoso alimento á la especulación.

Ella sola se ha apoderado de los mismos y se ocupa de ellos; compradores que no los han visitado, los adquieren para trasmitirlos á otros que tampoco los conocen; los planos catastrales formados á la buena de Dios, por agrimensores, mal retribuídos para este enorme trabajo, pasan de mano en mano; el feliz poseedor puede contemplar en ellos un cuadrado trazado sobre el papel blanco, donde su imaginación ve desarrollarse fértiles valles y elevadas colinas, á la orilla de un arroyo que oye murmurar, se edifica en sueños un castillo á la moda de España; al día siguiente, cambiando de capricho, vende su cuadrado de tierra con ventaja, para comprar otros, que vuelve á contemplar con la misma satisfación. Corriendo así de mano en mano, la tierra aumenta su precio sin cambiar de valor, los ambiciosos sin dinero y los carneros de Panurgo van engrosando de paso el batallón de los especuladores, el crédito es fácil, todo el que tiene algo que esperar reclama una parte importante, comprometiendo sin vacilar su firma para poseer el título de propiedad de uno de esos

pequeños cuadros de terreno tan agradables á la vista sobre el papel, que pronto perderá la esperanza de hollar con sus pies — ¡está á tanta distancia! — y acaso hasta de llegar á pagarlo, lo cual es bastante penoso.

Sin embargo algunos habitantes laboriosos llegan poco á poco á decidirse á intentar experimentos y ensayos en estos vastos territorios; se dice que hay ya unos treinta mil diseminados en una superficie casi tan grande como la de Francia.

Al lado de estos compradores, sostenidos por una alza persistente, que no son ni criadores de ganado, ni agricultores, y de estos no escasos habitantes, se encuentran las grandes compañías formadas en Inglaterra y Bélgica. Los *landlords* ingleses han intentado ya, en el Canadá, en Australia y en los Estados Unidos, esta prudente colocación de capitales. Ilustrados por el precepto, proclamado por Stuart-Mill y confirmado por la experiencia de este siglo de que no hay mejor empleo para los capitales que la compra de tierras en los países nuevos, aterrados por la disminución de sus rentas en sus dominios de Europa, hacen, á través del Océano, una de esas operaciones de arbitraje que los financieros realizan diariamente sobre valores mobiliarios.

¿Por qué Francia no ha de pensar en preocuparse por el crecimiento vertiginoso de las fortunas exóticas, realizado desde hace veinte años, que modifican tan profundamente las condiciones de la vida en el viejo mundo, determinan el encarecimiento de la misma, al mismo tiempo que colocan en condiciones de inferioridad la tierra, dividida hasta lo infinito y condenada al cultivo rutinario y á la ruina que le impone la marcha de los cultivos extensivos?

Hoy reina una especie de pánico en las viejas sociedades entre los trabajadores, donde se siente y generaliza como una vaga convicción, que las condiciones del esfuerzo hu-

mano están trastornadas, en provecho de la solidaridad productora del mundo entero. Entran, en efecto, en la alimentación de un Francés, de un Inglés ó de un Alemán, cualquiera que sea su condición, elementos similares de procedencias tan distintas, que en vano se intentaría descubrir su origen; todos los países concurren á porfía, para apoderarse de todos los mercados de consumo; el hortelano que está á dos pasos de vuestra casa, cultiva frutas y legumbres que no puede venderos tan baratas como las que inundan el mercado, y que han hecho doscientas leguas de camino para llegar, aumentándose por lo tanto su coste con los gastos múltiples de transporte y con numerosos intermediarios. Londres recibe las frutas de los alrededores de París, los Parisienses, á su vez, las reciben de las regiones meridionales, que por su parte se surten de Nápoles, mientras que ésta recurre para su consumo á Argelia. El producto de los cultivos dependía en otro tiempo de procedimientos locales y tradicionales, mientras que hoy depende de la aplicación de procedimientos científicos.

El elemento primordial no es ya el trabajo; es el clima y el precio de la tierra, hoy que no hay país lejano y que la industria de transportes ha trastornado de tal suerte el orden y el valor de las producciones agrícolas, que en la superficie del globo no hay ya, en ningún sitio, estación especial para ninguna y las influencias locales no ejercen influencia alguna en el precio.

El agricultor aterrado, no sabiendo á quién acusar ni á quien implorar, abandona el campo que ya no puede alimentarle y emigra á las ciudades para ejercer en ellas un oficio mal aprendido á fin de ganar un salario; de esta suerte encuentra una vida difícil, llena de decepciones y privaciones, sabiendo perfectamente que va por camino errado. La ciencia social se lo prueba teóricamente. Su experiencia se lo demuestra mejor aún. Pero nada hay que le indique esa grande

y hermosa ruta del Océano más allá de la cual se extienden vastos países, donde cada uno puede escoger su puesto al sol, sentir bajo sus piés una tierra propia, conquistada con su trabajo y fertilizada por sus esfuerzos; donde encuentra, sin cuidarse de ello, la solución del problema de la vida; desde donde, dirigiendo su pensamiento hacia la patria lejana, goza de esa satisfacción que los Franceses desconocen, de trabajar para ella, al mismo tiempo que para sí, de conquistar á su influencia un pedazo de tierra, esparciendo en torno suyo, las ideas que emanan de ella, el uso de su lengua, el conocimiento de sus productos literarios y científicos, y en el orden material, abriendo nuevos mercados á los mercados de su industria, y un nuevo campo que su comercio podrá explotar.

Esta conquista del globo por el proletario es el grande destino de nuestro siglo. Esta obra aislada de los individuos, estos esfuerzos personales tendrán resultados más rápidos que las conquistas ó protectorados á mano armada. La ciencia social tiene el deber de dirigirlos, estudiando las costumbres locales, las condiciones económicas de todos los países donde tienen probabilidades de éxito, y dando la ley especial de esta evolución moderna en cada región del globo.

CAPÍTULO II

LA YERBA MATE

El imperio de los jesuítas : 1549, 1630, 1767. — Primera creación. — Cascada del Guaira. — Los mamelucos. — Emigración. — La cascada del Iguazú. — El viaje. — Llegada á Candelaria. — Aspecto de la región. — Creación de treinta pueblos. — Época de prosperidad. — Mapa publicado en 1760. — Expulsión en 1767. — Descripciones por Diego de Alvear y por Azara. — Ruína del país por las guerras de 1801 á 1817. — Estado actual. — Pueblos en ruínas. — Porvenir del país. — Vías de penetración argentinas y brasileras. — La yerba mate. — País de producción. — Regiones que la producen. — Estado salvaje. — Antiguos cultivos; yerbales campestres y silvestres. — Vida y carácter del yerbatero. — Explotación y destrucción. — Busca, cosecha y preparación. — Aspecto de la yerba. — País de consumo. — Usos familiares importados de España. — Utilidad social, higiénica y terapéutica de la yerba.

Hacia el año 1845, Madame Bovary y sus congéneres asombraban aún en las cabezas de partido de todos los departamentos franceses, obsequiando á su convidados con el te que habían comprado en casa del boticario. Brillat-Savarin cuenta que el azúcar, muy raro aún en tiempos de Luis XIV, también se vendía en las boticas, y que hacia 1660 se tomó en Francia la primera taza de café. En fin, América, cuyo descubrimiento si es uno de los hechos más importantes es también uno de los más nuevos de la historia, nos ha dado, sólo desde hace tres siglos, para no citar sino los más importantes entre los productos alimenticios, la patata, el maíz el cacao y el pavo.

De todos estos elementos modernos de nuestra vida material que la Europa ignoraba, hace, relativamente, muy poco tiempo, ¿cuál es el que hoy se pudiera suprimir sin causar, en nuestros hábitos, una perturbación inaceptable? Estos son

precedentes que pueden dar alguna esperanza á un producto que la Europa desdeña, cuyo nombre se pronuncia algunas veces, del que la ciencia se ha ocupado y que sin embargo no se vende aún en Europa ni siquiera en casa de los farmacéuticos. Este es la yerba mate ó te del Paraguay; desde hace siglos, los indígenas, anteriores al descubrimiento de América, y, después de esta conquista, los neo-americanos, han hecho de él, al mismo tiempo que el elemento más importante de su alimentación, un lazo social.

En Paraguay, Chile, Perú, Bolivia, Brasil, en la República Argentina y en la del Uruguay, es decir, entre pueblos que reunidos cuentan veinte y cinco millones de habitantes y ocupan una parte de nuestro globo cuatro veces más extensa que la de Europa, en todas las clases de su población, la yerba mate ocupa un lugar más importante que el te de la China en Inglaterra, la cerveza en Alemania y el vino en Francia. Es la compañera de todas las reuniones, de todas las perezas, la ayuda necesaria en todos los trabajos, ella es la que sostiene la conversación, la anima y la alegra, ella es la que llena la soledad con un dulce gozo, formado de ilusiones, de sueños, de bienestar físico y de vigor cerebral.

I

No se podría evocar el nombre de yerba mate sin que aparezca en la imaginación acompañada de el del rico y vasto imperio colonial que los jesuítas fundaron, en el centro de la América del Sud, poco tiempo después de su descubrimiento á principios del siglo XVI y que fue destruído por un simple real decreto, en 1767, para no dejar sobre el más fértil suelo del mundo, bajo el cielo más puro y más templado, otra cosa que ruínas, miseria y barbarie, vestigios de grandes aldeas con casas de piedra, todavía en pie, en su primitiva alineación,

iglesias, capillas, catedrales, cuyas naves, de elevados muros, respetadas por el tiempo, han perdido sus techumbres, dejando así elevarse á mayor altura que lo pudieran hacer las construcciones humanas el magestuoso follaje de árboles, hoy centenarios, que el ave que pasa ó el viento han sembrado; selva impenetrable en donde grupos de tres á cuatro mil cristianos, arrancados á la barbarie, se arrodillaban todavía á fines del siglo último.

Á orillas y entre los dos más grandes ríos de la América del Sud, el Paraná y el Uruguay, fué donde este imperio desaparecido nació, en 1549, fundándose definitivamente y constituyéndose en 1630, para desaparecer en 1767. Confiscado por la corte de España, sepultóse entonces por sí mismo bajo la espesa vegetación tropical, después de las guerras que ocupan la primera mitad del siglo XIX, hasta 1840, entre Portugueses y Españoles y luego entre Brasileros y Argentinos, que después de haberse disputado este territorio, de haberlo nado y despoblado, no renuncian á disputárselo sino para arruidejarlo de barbecho.

Esta querella data de antiguo, es tan vieja como la conquista del continente americano. En 1494 intenta Alejandro VI, por una bula célebre, ahogarla en el huevo, hasta antes que Portugueses y Españoles hayan adquirido derechos sobre estos desiertos, señala, desde lo alto de su infalibilidad papal, el límite donde unos y otros deberán detenerse. Este *uti possidetis*, fijado de antemano, no hace sino excitar sus ambiciones, hacia el corazón del continente, como si América, semejante á una fruta, debiera ocultar, en su centro, sus gérmenes de fecundación; avanzan á la vez los dos pueblos que ya se disputaban los girones de la península, y no encuentran, en las inmensas costas que han conquistado, sin ocuparlas, con qué satisfacer sus ambiciones.

Los jesuítas, orden esencialmente cosmopolita, no dependiendo de ninguna ley especial, no siendo de ninguna nación,

no fingían, sino para mejor fundar su autoridad, el respetar la del soberano sobre cuyas tierras, según la bula de Alejandro VI, establecían tal ó cual de sus misiones. Desde 1549 habían abordado en América deteniéndose en la costa del Brasil, en el sitio donde hoy está la ciudad de Bahia de Todos os Santos. Habían encontrado allí algunas ramas de la familia guaraní, de ellos pudieron aprender los primeros rudimentos de su lengua, estudiar su gramática, que, más adelante, les debía ser de tan grande utilidad para constituir su autoridad. Desde entonces sus misioneros penetraron en el corazón del continente, fundaron, casi por todas partes, misiones bastante numerosas, para que la orden, en 1554, las erigiera en provincia. Un poco más tarde, los miembros de su compañía penetraban en el continente por el Oeste, bajando del Perú en 1567, llegaban por este lado al Paraguay, en 1588, dándose así la mano con los que por el Brasil se habían adelantado hasta el Paraná en el sitio en que este río se precipita por la cascada del Guaira en la cuenca inferior. La capital de la provincia jesuítica se establecía, por esta época, en la naciente ciudad de Córdoba, en el centro de los países del Plata, al borde del camino de Buenos Aires al Perú ; el punto central de sus establecimientos era, en los albores del siglo XVII, la misma orilla de Alto Paraná.

Hay que decir que habían equivocado el camino, á menos que, por abnegación cristiana, no hubiesen escogido precisamente el sitio donde con menos éxito temporal iban á desarrollar un programa puramente espiritual de colonización.

Con efecto, esta región estaba ya ocupada. Un grupo de Portugueses, desertores de las expediciones regulares, presidiarios escapados, se había establecido cerca de la gran catarata del Paraná. Habiendo caminado á través de bosques y cadenas de montañas durante algunos meses, alejados del Océano más de seiscientas leguas, se encontraron allí en seguridad y allí se acantonaron garantizados por el Este, Oeste

y Norte por la misma inmensidad del continente y al Sud por la catarata que hacía impracticable la vía del río. Llevaban consigo algunos negros cimarrones, pero que ellos conservaban en servidumbre; al mismo tiempo habían sometido á igual régimen las tribus indígenas de Guayanas y contraído uniones con los descendientes de una y otra raza, dando así vida á un nuevo grupo humano, independiente de toda civilización, de rostro moreno, desconocido fuera de allí, de rudas y aventureras costumbres y con tendencias guerreras. Los Españoles, atacados por ellos, les dieron el nombre de mamelucos, que ha quedado como apelativo genérico de los Portugueses, en todas las guerras de que han sido teatro las regiones del Alto Paraná y del Alto Uruguay, desde este primer ataque, en 1590, hasta la paz armada que dura desde 1840.

Cuando este primer ataque, ya había esparcidos por la región algunos jesuítas que intentaban en ella la fundación de establecimientos. El ataque de los mamelucos fué precisamente el origen de su fortuna. Para resistirlo, el gobierno español les autorizó á armarse, á formar milicias que reclutaron entre sus discípulos guaraníes. Al mismo tiempo el miedo de estos peligrosos vecinos, les decidía á buscar, en otra parte, un centro de ocupación, y encontraban el que hoy forma la parte Sud del Territorio argentino de las Misiones, que abraza la estrecha lengua de tierra entre el Paraná y el Uruguay y se desarrolla al Oeste del primero, en el Paraguay, y al Este del segundo en el territorio brasilero.

Entonces fué cuando descubrieron que esta región, favorecida por la naturaleza de otra manera que la en que primero se fijaron, diferente de la región forestal, presentaba vastos y fértiles claros, donde la llanura se extendía, dispuesta para la colonización, entrecortada por colinas poco elevadas y por grupos silvestres poco extensos y de fácil penetración.

Sin renunciar al derecho ideal que conservaban, al abandonarla, sobre la región forestal, iban á crear sus grandes

establecimientos, prósperos desde el primer día, en esta región inferior donde el trabajo era fácil y la naturaleza clemente.

*
* *

La región forestal, de la cual la catarata del Paraná, conocida bajo el nombre de catarata de Guaira es el centro, se extiende hasta el Sud del sitio en que el río Iguazú entra también, por una catarata casi de igual importancia, en el Paraná; entonces pierde, poco á poco, su carácter de selva impenetrable, en los alrededores de Corpus y Santa Ana, y desaparece entre Candelaria é Itapuá, hoy Posadas, capital del Territorio argentino de Misiones.

El río Iguazú, que los Brasileros llaman Coritimba, palabra guaraní que designa la *araucaria brasilensis*, sirve hoy de límite á la República Argentina y al Brasil; su embocadura en el Paraná forma el punto de intersección de lo que la geografía moderna llama Misiones portuguesas, Misiones del Paraguay y Misiones argentinas; los jesuítas jamás emplearon más que la designación de Misiones del Paraguay, lo que ha dado lugar á numerosas confusiones. Hoy que están divididas entre los tres países cuyas fronteras se encuentran allí, es más fácil distinguirlas, clasificándolas en región forestal y región de las llanuras. De la primera categoría la República Argentina no posee sino una reducida extensión, por contra ha conservado la otra, la región más útil, aquella en que la colonización ha hecho sus pruebas durante dos siglos.

Dejemos, pues, á un lado la región selvática, hagamos lo que desde 1593 hicieron los jesuítas, abandonemos las cataratas de Guaira. No será sin echar de menos los maravillosos espectáculos que presenta y que, desde el siglo XVI, ningún europeo, escepto Azara, en 1810, ha contemplado ni descrito.

Ningún provecho ha sacado de estos países nuestra civili-

zación; todavía recurren sus habitantes á las estrechas picadas, abiertas á través de la selva en tiempos de la conquista, que testifican la energía de los olvidados colonos de la primera hora, pero que en nada adelantan la de la explotación de unas riquezas que la estadística cataloga, que el comercio y la industria desdeñan por no poder llegar hasta ellas.

El tapir, el tucán, el loro, el pavo silvestre, el venado son los que están en posesión de estas selvas, con el jaguar que defiende los secretos de ella y el caimán que vela sobre el silencio de sus aguas. La catarata llena con un sordo ruído, mezclado de estampidos y crepitaciones, los desiertos campos, en donde el primitivo, más cerca de Marte y de Vénus que del resto del globo que habita, no percibe el eco de los ruídos que puede hacer la humanidad en marcha.

Según Azara, el Paraná, por encima de su catarata, tiene una anchura de cuatro mil quinientos metros, que bruscamente se reduce á sesenta metros; por esta abertura es por donde lanza sus aguas desde una altura perpendicular de diez y ocho metros. Á una distancia de cuatrocientas setenta leguas de su embocadura, en el estuario del Plata, á cerca de seiscientas leguas del mar, este río incomparable arrastra un volumen de agua superior al de todos los ríos de la región reunidos; la columna de agua, pulverizada sobre la roca, jaspeada por irisados colores, se distingue, y el ruído se oye á más de seis leguas.

Llevando consigo todos los Indios que el temor agrupaba bajo sus banderas, los jesuítas exploraron el río hasta ochenta leguas aguas abajo, hasta el punto en donde están hoy día las ruínas de Candelaria, en la orilla occidental y argentina del Paraná.

El paisaje, á medida que seguían la corriente, no se había modificado. Las escarpadas orillas, poco distantes una de otra, estaban, siempre, cubiertas de una vegetación activa de ár-

boles seculares entrelazados con bejucos; el aspecto de los trópicos y su riqueza forestal bajo un clima templado. Después de haber navegado por un espacio de treinta y tres leguas pasaron, sin verla, por delante de la embocadura del Iguazú, no sin oir el ruído de la catarata por la cual éste se precipita en la cuenca del Paraná, cascada menos importante, pero no menos admirable que la de Guaira.

Hoy está, más que su hermana la de Guaira, al alcance de los turistas. No se la aborda muy fácilmente, puesto que el hombre nada ha hecho para facilitar el acceso; por esta razón, sin duda, el turista que va tan bien á las cataratas del Niágara, no ha venido aún hasta aquí. Apenas diez ó doce personas han emprendido, en estos diez últimos años, este viaje, más largo que penoso, que ningún peligro presenta, y cuyas privaciones son fáciles de evitar por el que tenga alguna previsión. El que vaya ¡cuántos recuerdos traerá!

Desde el confluente del Iguazú, en el Paraná, dos días de navegación, algo penosa, en piragua, os llevan hasta el punto en que no se puede pasar más allá y donde hay que saltar en tierra para buscar la picada.

Hay varias, muchas de entre ellas, por no estar frecuentadas, se pierden en el entrecruzamiento de los bejucos; el viajero debe llevar en la mano el hacha especial de esta clase de expediciones, especie de hoja larga y ancha casi sin filo, el machete; los pies envueltos en pieles de venado del país, las piernas cubiertas con un delantal de cuero, armado de un fusil para renovar, en caso necesario, sus provisiones de boca con la carne de algún tapir, ciervo, mono ó pecarí; dispuesto á privarse de pan, á contentarse con miel de abejas, algunos dátiles salvajes, ó á engañar el hambre mascando algunas hojas de yerba, se puede uno arriesgar en tierra y entrar en pleno bosque.

Subiendo, en un día, se llega á dominar el conjunto de la catarata, que se desarrolla en una anchura de mil cuatrocien-

tos treinta y nueve metros, precipitándose por varias aberturas en abismos de cincuenta metros de profundidad; en dos días más se podrá explorar el paisaje superior, el inmenso lago formado en las inmediaciones de la catarata, ganar, si se quiere, la orilla brasilera, para volver á ver, bajo nuevos aspectos, los grandes espectáculos abarcados desde lo alto de la orilla argentina, las nubes intensas, con todos los colores del prisma, elevándose, volviendo á caer, subiendo de nuevo como un haz de chispas salidas de la roca, bajo los redoblados golpes de un martillo de Titán.

Los jesuítas y sus adeptos, en fuga, no tenían, á decir verdad, tiempo que consagrar á estos grandes espectáculos. No se detuvieron hasta que entrevieron un brusco cambio en el paisaje que servía de marco casi inmutable á su retirada desde que la habían emprendido.

*
* *

Llegados el 2 de Febrero al punto que, en recuerdo de la fiesta del día, bautizaron con el nombre de Candelaria, tocaban, indudablemente, sin tener noción de ello, la extremidad Sud de la región selvática; no fué esto lo que les obligó á echar el ancla. El río, en este punto, se ensancha bruscamente, la distancia entre las dos orillas, que próximamente se había mantenido en quinientos metros, se hace mucho más considerable y alcanza á dos mil, después á tres mil, poco más allá llega á cinco mil metros. Esto era una nueva incógnita. Detuviéronse.

Se hallaban en el límite de uno de los más hermosos países del mundo. La transparencia del cielo, casi siempre de una gran pureza, da allí brillo á los objetos que con su luz inunda, el rocío de todas las noches les conserva su frescura, que esparce, sobre toda la región, un encanto qui ni es el de las regiones tropicales ni el de las templadas.

Aquí la selva ya no es un obstáculo, es una ayuda. Despraramada, aclarada, poco á poco se ha reducido á pequeños grupos de bosque, dejando extenderse, entre algunas mesetas elevadas que cubre, la ondulada llanura entrecortada por ríos y arroyos.

Este es el país clásico del Róbinson suizo, donde el colono puede pedir de todo á la naturaleza, dispuesta á darle de todo. Las plantas indígenas bastarían para asegurar su subsistencia, la región está poblada de animales fáciles de cazar. El hombre no conoce allí ni los calores tórridos del verano, ni los fríos del invierno. Apenas si en Julio se encuentran por las mañanas unas ligeras capas de hielo que funde el primer rayo de sol y que no han durado más que algunas horas á fin de indicar que esta es, para la vegetación, la estación del descanso, sin que basten á suspenderla. Los árboles están cubiertos de hojas todo el año, los de los países templados apenas las pierden algunas semanas al fin del verano. Éste, sin embargo, no es tórrido ni deseca el campo cultivado ; el rocío nocturno, siempre abundante, refresca el aire y la vegetación, la viña da dos cosechas ; el mismo terreno puede, en la misma estación, dar una cosecha de trigo en Octubre y otra de maíz en Marzo. En tanto que la región de las selvas no está hoy más preparada para la colonización que lo estaba en el siglo XVI, esta otra región aún se acuerda del colono que la cultivó durante dos siglos.

No tenemos que hacer aquí la historia de esta larga posesión, enumerar, una á una, las creaciones de pueblecitos, las construcciones de templos, en estas regiones que actualmente hay que descubrir de nuevo. Tenemos las descripciones, hechas en 1783, quince años después de la expulsión, por Diego de Alvear, uno de los comisarios enviados por España, para fijar, una vez más, los límites entre las posesiones portuguesas y españolas ; las de 1807, por Azara. Podemos

compararlas con lo visto por nosotros mismos en 1886.

La admiración estalla, á cada página, en las descripciones de nuestros predecesores, que visitaron estas regiones poco después de la salida de los jesuítas. Nosotros, que no hemos visto sino ruínas, pero, al lado de estas ruínas, los cimientos, si no de edificios, cuando menos de nuevas cabañas, sin renunciar á la admiración que este pasado nos inspira, preferimos mirar hacia adelante, sondar lo desconocido del porvenir, evocar los hados sobre las dispersas ruínas.

Cien mil habitantes han vivido allí sobre esa lengua de tierra que tiene próximamente diez y ocho leguas de ancho, desde la orilla del Paraná á la del Uruguay, y se extiende al Oeste del primero y al Este del segundo. ¿Qué ha sido de ellos? Eran cinco mil en 1869, según el último censo. Se dice que hoy son unos diez mil.

Sus hogares están desparramados, en esta región, demasiado grande para ellos, convertida, por el abandono, en país pobre, con sus riquezas latentes. Si entráis en la morada de esta pobre gente, encontraréis allí extraños contrastes que bastan para deciros su historia.

El mobiliario indica cierto bienestar; las sillas, de madera dura, que tendrían un hermoso aspecto si una mano más hábil las hubiera labrado, recuerdan, aun siendo sencillas, un arte desaparecido; el asiento de cuero, con algunas labores á martillo, indica un obrero industrioso. ¿Dónde está este obrero? Ha desaparecido, como todo lo demás, hasta su rastro es desconocido; este mueble tiene un siglo, el que lo ha construído habrá muerto, sin duda, con el fusil en la mano, de un balazo enviado por algún mameluco portugués. Las camas son también de madera dura, de un modelo traído de lejos, imitado bajo una dirección hábil; los pies y los testeros están labrados, unas correas los reunen y forman una especie de jergón de muelles, que, á falta de colchones, cubren algunas pieles, menos rígidas que este entrecruzamiento de nudos y

correas. En un rincón, una rueda que aún sirve para hilar la ortiga salvaje, de la familia del ramio, cuyos tejidos se confundieron por los historiadores con los de algodón. La vajilla proporcionada por las calabazas de los alrededores responde á todas las necesidades.

Su hospitalidad no tiene límites, pero no seais exigentes. Á todo lo que pidais, hasta dispuestos á pagarlo, no obtendréis otra respuesta que el eterno: « De nada tenemos, ¡ somos tan pobres ! » El dinero no tienta á esta humilde gente ; la volatería que corre alrededor de la casa, entre la que abunda el corpulento pato de Berbería, originario del país, el pavo real, las gallinas y los pavos, no parece ser artículo de comercio y sencillamente rehusan vendérosla.

La región es fácil de recorrer. Los caminos, trazados en otro tiempo, unen entre sí lo que queda de las estancias en donde los jesuítas tenían sus postas y sus explotaciones pastoriles ; allí se encuentran bosques de naranjos y sotos de árboles de todo género, así puede irse de un pueblo en ruínas á un pueblo devastado.

El mapa, publicado en 1760, que decidió al Escorial á la confiscación, indica todos los caminos carreteros ; las picadas accesibles para las mulas en el bosque ; el sitio de los treinta pueblos que habían establecido los jesuítas.

La real y católica corte de España puso el pie, el 21 de Julio de 1767, sobre este laborioso hormiguero, dando el primer ejemplo de secularización en grande. En la misma hora, la casa matriz de Córdoba y las posesiones de las Misiones, situadas á trescientas leguas de este centro, en una región completamente diferente, eran embargadas ; de doscientos setenta y un padres jesuítas, no quedaba uno en el país, dos meses después. Un gobierno civil, compuesto de tres funcionarios, reemplazaba su complicada administración. Las once misiones, situadas al Oeste del Paraná, fueron puestas bajo la dependencia del gobernador del Paraguay, las diez de entre los ríos

y las siete al Este del Uruguay dependieron de Buenos Aires.

Estas diez y siete últimas son las que ocupaban la mejor región y hoy están completamente devastadas.

No se crea, sin embargo, que la expulsión de los jesuítas ha determinado esta ruína. Ciertamente que tuvieron toda la gloria, al mismo tiempo que todo el provecho, del éxito de su empresa, continuada allí, con perseverancia, durante más de dos siglos; mas la triste suerte del país que abandonaron se debe á otras causas y no á su forzado abandono ni al cambio de dirección que fué su consecuencia. Si los jesuítas hubieran conservado la administración del país, bajo su administración, también se hubiera arruinado; no hubieran podido ellos hacer más que sus habitantes que se portaron valientemente en medio de las pruebas de una guerra sin cuartel, que se prolongó durante medio siglo y no dejó tras de sí más que un país despoblado.

Esta guerra tuvo varios períodos. Vino su primer origen por el tratado de 1750, preparado por Portugal y aceptado por España, en su ignorancia de la posición geográfica de las Misiones orientales, situadas al Este del Uruguay, que cedía á Portugal, imponiendo, sin tener conciencia de ello, la emigración forzosa á treinta mil habitantes cuya existencia ignoraba.

Rechazada la ejecución de este tratado por aquellos habitantes, dirigidos por los jesuítas, vióse forzada España á unirse á los Portugueses, contra su propio interés, á combatir con sus manos un pueblo que aceptaba su ley y al que la ignorancia de los diplomáticos había impuesto la ruína. Por lo demás, el tratado se abandonó en 1762; no por esto se solucionó la cuestión de límites que produjo una primera guerra en 1801, en la cual los Portugueses arruinaron las Misiones orientales, y, después de la proclamación de la independencia, la segunda que no fué menos fatal á las Misiones occidentales.

La historia de estas destrucciones está escrita por todas

partes en el suelo de este país al mismo tiempo que la de sus grandezas del pasado. El viajero puede seguir una y otra, en algunos días puede descubrir las trazas de treinta pueblos que sobreviven á sus habitantes: Villa Encarnación, hoy pueblo paraguayo, á la orilla del Paraná; Candelaria, pueblo argentino; Corpus, la antigua capital; San Carlos; San José; Apóstoles; Mártires, en el centro de la región; San Ignacio Miní, á orillas del Yabebirí, afluente del Paraná.

Todos se parecen hoy. Un espeso bosque los envuelve, se penetra en él por picadas; en los bosques no se oye más que la charla de los loros, habladores colonos de aquel sitio, que parecen haberse dado la misión de hacer, por su cuenta, la recolección de todas las frutas, para, con los restos de sus comidas, sembrar de nuevo nuevas superficies. Á ellos es á quienes se ve, según la estación, devorar las naranjas maduras, ó coger los duraznos que aún dan los bravíos que ellos han sembrado.

Al extremo de la picada, de muchos kilómetros de larga, de las que algunas aún están frecuentadas, aparecen unos cuadriláteros de piedras, alineados á derecha é izquierda. Son las antiguas casas, cuyos techos de paja y puertas de madera no han resistido á la obra del tiempo. La vegetación las envuelve; los árboles, que el azar ha sembrado allí, desde la desaparición de los habitantes, son centenarios; los bejucos corriendo de unos á otros, constituyen una espesura impenetrable.

Frente á esta línea de casas en ruínas, levántase un muro de piedras, de dos metros de altura por doscientos de largo: es el antiguo claustro reservado, se prolongaba hasta la iglesia, cuyo pórtico lo termina.

Aquí es donde todo el poder creador de las desaparecidas generaciones ha buscado su más alta expresión. El frontispicio, de mármol del país, ha quedado en pie; por los tres gran-

des pórticos, á donde conducen cinco escalones, algo removidos por la vegetación, se penetra en lo que fué la nave, la cual dominan árboles gigantescos. Todavía se ven, envueltos también bajo el follaje, los antiguos almacenes, todos los edificios del uso de la comunidad. Delante de la iglesia, aún se desarrolla, con las líneas y extensión que los fundadores le dieron, una plaza cuadrada cuyo suelo parece haber experimentado una preparación que detiene la vegetación.

Con poca diferencia, por todas partes se encuentra la misma lucha de la naturaleza contra la obra de los hombres desaparecidos. En algunos pueblos que no tuvieron que defenderse, que no sufrieron ataques apoyados por artillería y bombas incendiarias, se hallan todavía algunos templos frecuentados, y torres á las que no han quitado las campanas.

Á la puerta de estos templos, que han conservado sus hiladas de piedras y algunos sus formas exteriores, de los que el curá ha desertado y que los fieles frecuentan, pregúntase uno qué culto se ha perpetuado, si es una religión ó una superstición la que practican los habitantes del lugar, vueltos al estado primitivo y abandonados á sí mismos.

*
* *

La imagen del templo da bien idea del culto que abriga; es una especie de cristianismo que no ha conservado de éste sino las formas exteriores. Falseada la tradición, lejos de todo contacto con el resto del mundo, ha perpetuado una especie de paganismo cristiano, en el cual se han conservado la materialidad de las ceremonias, de los ritos, la adoración de las imágenes, perdonadas por el tiempo, á las que los fieles prestan una influencia directa sobre su existencia.

En ciertos sitios más apartados, en las Misiones altas del Paraguay, que han conservado, hasta en 1870, bajo la dictadura paraguaya, la organización administrativa de los jesuí-

tas, encuéntrase, no sólo esta especie de paganismo abstracto sino también la antigua administración del concejo ó si se quiere de la comunidad, bajo su forma de parroquia. Los jesuítas habían erigido los pueblos en comunidades administradas por dos padres, uno, encargado de lo temporal, el otro, de lo espiritual, que gobernaban auxiliados por una municipalidad, compuesta de un corregidor, un alcalde y de asesores, todos escogidos entre los Indios. Estos padres, después de la expulsión, fueron reemplazados por los franciscanos, encargados de lo temporal, y un comisario civil, enviado por la administración, organización que desapareció en medio de los trastornos que sufrió el país dejando tras de sí una tradición, arraigada desde hace dos siglos.

Esta tradición y la necesidad de un culto son las que renacen en las nuevas instituciones, como hemos podido observarlo, las que perpetúan usos, el origen de los cuales es desconocido de los que tan bien los han conservado.

Á la hora presente, las comunidades están administradas por una especie de síndico ó de patriarca encargado á la vez de lo temporal y lo espiritual, escogido por elección. No está obligado al celibato, mas no puede casarse sino con una virgen; como, en estos países de la naturaleza, la virginidad es una flor que difícilmente se conserva, la virgen que se le destina desde, su infancia cuatro matronas la educan y son sus guardas de vista. Cuando ésta tiene doce años se casa y si muere, el marido no tiene el derecho de volverse á casar. Él es el pontífice. Los días de fiesta él oficia. El rito es, con poca diferencia y en la medida que ha podido conservarse en el aislamiento, sin fortificarse en la doctrina, el de la religión católica. El sacerdote celebra sobre un altar el sacrificio de la misa, de la cual ha conservado, poco más ó menos, todas las maneras clásicas, el pan, hecho con harina de mandioca, reemplaza á la hostia, el vino se ha sustituído con una especie de hidromel, hecho con miel de abejas silvestres, muy

abundantes en los bosques del país; bébelo el sacerdote en un cáliz de forma clásica hecho con una seta desecada, conservada en su primitiva forma por medio de hojas y enredaderas.

Oraciones y cánticos, en guaraní, acompañan esta ceremonia; el bautismo se da bajo la forma de bendición general, que recuerda la que daban los jesuítas, el domingo, á los habitantes del pueblo.

*
* *

Todo denota, en este país, el aislamiento en que ha vivido desde hace medio siglo, durante el cual la naturaleza se ha creado allí una nueva virginidad, y el hombre ha vuelto á ser primitivo.

Si se calcula que cuatrocientas leguas de navegación por el Paraná separan á Buenos Aires, centro social y económico de la cuenca del Plata, y doscientas cincuenta, por el Uruguay, separan á Montevideo del umbral de estas regiones, compréndese cuán fácilmente ha podido quedar este país fuera de la órbita de evolución de los pueblos platenses; añadamos que el curso de estos grandes ríos está casi cerrado á la misma entrada del Territorio de Misiones por unas rápidas ó fuertes corrientes, que la navegación no ha hecho esfuerzo alguno por suprimir ó atenuar.

Estos obstáculos se está en vísperas de salvarlos por la construcción de una línea férrea con lo cual se suprimirá la distancia. Una línea directa que partiendo de Asunción del Paraguay, continuando por el camino llevado ya hasta Paraguarí, trazado hasta Villa Rica, terminará en Villa Encarnación, ciudad paraguaya á la orilla misma del Alto Paraná, enfrente de Posadas, capital argentina del Territorio de Misiones, situada en la orilla oriental del Alto Paraná.

Desde Posadas, pasando por San Carlos, Apóstoles y Santo Tomé irá la línea, en territorio argentino, á unirse con la ori-

lla del Uruguay, la seguirá, atravesando las provincias de Corrientes y Entrerios, hasta la ciudad de Concordia, unida á Buenos Aires por vapores diarios que emplean seis horas en bajar por el Uruguay y atravesar el estuario del Plata. Esta línea abrirá los destinos de las antiguas Misiones, les devolverá su lugar en el mundo al mismo tiempo que absorberá todo el tráfico, hasta ahora tan difícil, del Alto Paraguay, del Alto Paraná y del Alto Uruguay. Nada más sencillo, inclinando ligeramente la línea paraguaya y llevándola hasta enfrente de Candelaria, es decir, tres leguas por encima de Villa Encarnación, que echar un puente sobre el alto Paraná, cuyas orillas en dicho punto, con una altura de veinte metros próximamente no tienen más que una anchura de trescientos metros. Este trabajo, de alguna importancia, pero muy realizable, colocaría esta línea á la cabeza de las grandes vías de penetración en la América del Sud. Por sí sola bastaría para operar una verdadera revolución geográfica, al mismo tiempo que económica, poniendo á treinta horas de Buenos Aires la ciudad de la Asunción del Paraguay y el Alto Paraguay, que, actualmente, por los ríos, están á cinco días aún, subiendo la corriente, y á tres días bajándola, sin tener en cuenta los estorbos y retrasos que producen las crecidas súbitas ó las aguas bajas del Paraná.

Tal como esta línea está ideada y concedida por el gobierno argentino, dejando, todavía por algún tiempo, fuera de su trazado al Paraguay, desenvolverá rápidamente el porvenir de los ríos altos y de las posesiones argentinas.

Tan bien delineado está dicho porvenir, tan real es la importancia económica que dará la apertura de una salida hacia el Atlántico á estos ricos países, que el Brasil, como para probar que las antiguas luchas no pueden continuarse de otra manera que sobre el terreno económico, hace, también por su parte, esfuerzos en este sentido. Se acuerda que fué por tierra, desde el Atlántico al Alto Paraná, por donde vinieron algunos

colonos de estas regiones, por donde se trajeron las primeras cabezas de ganado, ha vuelto á tomar la antigua vía de los emigrantes de los siglos XV y XVI olvidada después, ha trazado y concedido una vía férrea que saliendo del puerto de Paranagua lo une ya con la ciudad de Coritimba, situada á orillas del río Iguazú, que los Brasileros llaman río Coritimba. Si se prolongase esta línea hasta las orillas brasileras del Uruguay, las del Alto Paraná y del Alto Paraguay, permitiría al tráfico destinado á Buenos Aires tomar la vía terrestre en Río Janeiro, evitándose cuatro días de mar, y aproximaría en igual proporción el tráfico destinado al centro de la América del Sud y de la costa de Chile.

Hace veinte años que semejantes proyectos hubieran podido parecer quiméricos, hoy están en vísperas de realizarse y ocupan ya un lugar entre los progresos necesarios. Hasta que se conviertan en hechos, la vía, en construcción sobre el territorio argentino, prestará, dentro de poco, todos los servicios que señalamos.

II

De todos los productos que este país promete, el más rico, el que tiene más asegurado el porvenir, cuyo presente es magnífico, es la yerba mate.

Basta poner el pie sobre el continente sud-americano para darse cuenta, por la importancia del consumo que de él se hace, de la riqueza de la región de donde se extrae. En relación inversa es tan pequeña esta región como son grandes y están bien preparados para recibir una población muy densa los países donde el mate se consume.

Los almacenes están llenos de yerba. No existe una sola casa de la América española en donde, por alguna parte, no haya un zurrón de doscientas libras, abierto, del cual se la saca; ni una choza que no guarde una provisión de algunos

kilos. El tendero que no la tenga bien puede cerrar su establecimiento. El pastor que, de la llanura, vuelve á su hogar, el viajero que pasa, el labrador que ha concluído su trabajo ó que lo suspende con un momento de reposo, deben encontrar, completamente preparada, una infusión caliente, en el momento que se presentan sin tener que pedirla ni aguardarla. Ningún pretexto se admitirá, ninguna escusa aceptable se atiende, nadie es tan pobre que no pueda procurársela, nadie es tan rico que pueda tener el derecho de desdeñarla. Ella establece el primer lazo social, proporciona á los que ningún motivo de contacto tienen, á los que no se conocen, un pretexto para el descanso común y para la conversación; acorta las distancias y suprime las divisiones sociales.

El único reproche que puede hacérsele es el de acortarlas demasiado y suprimirlas mucho.

Los que la desdeñan dicen que el salón ó la reunión de buena sociedad no es su sitio; se critica su vulgaridad y su manera de presentarse demasiado familiar.

Que estos delicados dejen por algunos dias su hogar, la ciudad en que habitan, pronto habrán perdido estas prevenciones; antes que el gallo haya cantado tres veces, sin que siquiera, como es frecuente, hayan pasado una noche al raso, renegarán de sus teorías.

Así pues lo que por todas partes busca el viajero que penetra en las Misiones, es el árbol que da este rebuscado producto. ¿Donde están esas inmensas plantaciones que la imaginación ha soñado? ¿Dónde comienzan las inmensas selvas formadas por este preciado árbol?

En los umbrales de cada habitación, donde, al menos, creíamos encontrar algunas muestras, previsoramente conservadas, de este arbusto precioso, no encontramos sus trazas, ni siquiera alma viviente que pueda respondernos é informarnos. Los naranjos, los duraznos, todos los árboles frutales, traídos de lejos y plantados en otro tiempo, han

prosperado, se han multiplicado, sólo el acebo indígena, *ilex paraguensis*, el árbol de la yerba, ha desaparecido de todos los puntos habitados. ¿No es pues susceptible de ningún cultivo? ¿Será como esos hombres primitivos apasionados de la barbarie, que huyen ante el hombre civilizado, como esos animales que huyen de donde hay casas? No, mas esta planta no da frutos que puedan recogerse, no son tampoco sus flores las que se utilizan, son sus ramas, sus retoños, hasta el tronco ya desnudo, el aroma buscado está en todas partes, se puede cortar la planta por el pie, todo es aprovechable.

Ese es el secreto de su destrucción; por todas partes donde el hombre se presenta, marchítase el arbusto, y desaparece, agotado por una explotación indisciplinada. Lo han cortado fuera de estación; lo han echado abajo para obtener todas sus ramas; no ha resistido á estos rudos asaltos. Los jesuítas habían hecho poner plantaciones en los pueblos, en los jardines; todo ha desaparecido. Se ha penetrado en los bosques y se ha procedido de la misma manera.

Hoy día es menester ir lejos; la busca de la yerba, en las Misiones, se parece algo á la de un filón.

En estado silvestre, el *ilex paraguensis* no se encuentra aislado en el bosque, está mezclado, en mayor ó menor cantidad, con todas las demás especies de árboles. Crece en todas las regiones situadas al Norte de los 24° de latitud no se le encuentra ni más arriba ni más abajo, y puede calcularse en nuevecientas leguas la superficie de tierra donde se le encuentra. De la familia de los acebos, llega á ser tan grande como un naranjo de mediano tamaño, pero cuando se le ha explotado, toma, para no perderla jamás, la apariencia de un matorral raquítico.

Las ramas se dirigen hacia el cielo como las del laurel. La hoja es persistente, lisa, de forma elíptica, brillante, de un verde pálido, punteada de manchas más verdes en los bordes

y parte superior; tiene de doce á quince centímetros de largo, la mitad de ancho, el rabo es corto y rojizo. La semilla es lisa, de un rojo violeta, semejante á la del pimiento.

Se ha dicho que estas semillas no germinan si con antelación no han sido absorbidas por los pájaros y sembradas por ellos. Algunas gentes crédulas han provisto las pajareras con estos extraños sembradores-laboratorios, y recogido cuidadosamente las semillas expelidas por los pájaros, cuya provisión renovaban mezclándola con su comida. Estos son cuentos. El árbol se reproduce por semilla y por estaca; cultivo de los más sencillos, del que nadie se preocupa; los yerbateros hacen la recolección pero no la preparan.

Pasó la época en que los jesuítas cuidaban del porvenir de los bosques de yerba, los yerbales. Hoy se hallan éstos abandonados á los hábitos del derroche, tan comunes en todo el territorio americano, donde el desvelo por el día de mañana nunca ha estado de moda.

El hombre, que nada ha hecho para sembrar ó proteger el árbol, es como el nómada que no ha domesticado el rebaño, es un cazador y trata su presa ó su caza como toda cosa sin dueño.

El yerbatero, pues, se ocupa de buscar los yerbales. Los gobiernos argentino, ó paraguayo, jamás se han preocupado por los yerbales contenidos en su territorio; por fórmula, han gravado con un derecho las concesiones, que han dado, sin haber previamente recogido informes ni haber verificado los que les traían los yerbateros que solicitaban concesiones. El Brasil ha estado más listo para vigilar estas riquezas sin duda porque era el menos favorecido. Ha sido avaro de concesiones, sin dejar de proteger y estimular por todos los medios, al mismo tiempo que el cultivo de la yerba, la explotación de los yerbales naturales de sus vecinos.

Así, generalmente, puede afirmarse que el yerbatero es brasilero: la lengua portuguesa es la que se habla, casi por

todas partes, en los yerbales, hasta en la parte española de estas regiones; la mayor parte del producto toma el camino de tierra hasta el puerto brasilero, en el Atlántico, de Paranagua, desde donde vuelve, por cargamentos enteros, hasta los centros de consumo argentinos. Hasta se cree en estos centros que en Paranagua existen plantaciones de yerba, que hay una yerba brasilera, una paraguaya y una de Misiones. Ésta, en realidad, es siempre la misma y del mismo origen.

Solamente difiere, quizás, el modo de prepararla, mas la recolección se hace en los mismos parajes.

*
* *

En Marzo, que es el mes del equinoccio de otoño, entran en campaña los yerbateros. Unos organizan flotillas de piraguas, otros forman recuas de mulas. Se dividen en cuadrillas de diez á quince hombres, naturales del país, dirigidos por un contratista que, por su parte, es raro que trabaje con sus propios recursos, depende de un comerciante del país del cual recibe adelantos, útiles y víveres para su gente; á la vuelta le entrega el producto de su recolección.

El herramental es bastante sencillo. Un machete por cada hombre, una hachuela, un hacha, y, por cada cuadrilla, cierto número de palas, hachas de mano y sierras para armar, en pleno bosque, un campamento, por último los útiles cortantes necesarios para hacer puntas de flecha, de madera dura, y los arcos, indispensables á los Indios que no saben servirse de otras armas para cazar. Los víveres son de lo más sencillo; se cuenta sobre todo con el bosque para renovarlos. El ganado falta en las Misiones; es raro que se de á los yerbateros charquí de carne de vaca, ordinariamente se le suministra carne desecada de tapir; el maíz, la raíz y la harina de mandioca, que forman la base de la alimentación de los indígenas, son también un objeto de lujo para el yerbatero.

Éste tiene que vivir como el ballenero; en lugar de la pesca tiene la caza, que abunda, desde el solitario tapir, del tamaño de un ternero, hasta el pecarí, grande como un lechón, que corre en bandas tan innumerables, que, por inofensivos que sean, es menester evitar con cuidado y situarse sobre un árbol cuando se anuncia una manada de ellos: este torrente de jabatos, deshace al galope cuanto encuentra ante él, en un abrir y cerrar de ojos derriba el obstáculo, aunque sea un cazador al acecho, armado de su escopeta. Todas las aves de los bosques proporcionan igualmente carne abundante y de las más variadas, entre ellas están en primera línea el pavo silvestre por el tamaño y el loro por el número.

Los yerbales se reconocen y denuncian, de antemano. Esta empresa no es de las menos importantes.

La planta está por todas partes, pero es necesario descubrirla en gran cantidad y poder llegar á ella. Precisa que sea bastante abundante para pagar los trabajos de la explotación y para permitir los gastos de instalación de un campamento. También es menester trazar el camino á través del bosque; una picada, hecha á pie, que permita el paso á un hombre es suficiente para llegar allí; para la vuelta será indispensable ancharla para abrir camino á los convoyes de mulas cargadas de pesados zurrones.

Algunas veces el terreno está ocupado por una tribu de Indios guayanas, los cuales pretenden tener allí un derecho de propiedad, que, ante la equidad, justifica una posesión de muchos siglos, y sólo pone en duda el derecho del más fuerte. Precisa entonces comprarles la licencia de explotación, ya pagada al estado, dándole aviso de la situación de los yerbales que se quiere explotar. Los hay que no miden menos de ciento cincuenta mil hectáreas, extendiéndose en una línea de cuatro á cinco leguas con un fondo de diez.

Este sistema de concesión por el estado de simples derechos de explotación, tiene el gran inconveniente de impulsar

á los yerbateros al derroche de los tesoros espontáneos que se les permite aprovechar.

Para obviar al peligro que, en un porvenir lejano, puede presentar el agotamiento de los yerbales, cada pueblo ha adoptado medidas diferentes. Los Brasileros impulsan á los yerbateros hacia los territorios vecinos, con riesgo de despertar las querellas internacionales no del todo concluídas. Los Argentinos han creído tomar una medida prudente con prohibir la explotación. Los Paraguayos han hecho mejor. En lugar de arrendar el derecho de explotación, venden las tierras, donde pueden existir yerbales, á empresas particulares de las que no reciben más, como contribución anual, que el impuesto sobre inmuebles, pero gravan los productos de ellos con un alto derecho de exportación. El propietario vigila la fuente de su riqueza mejor que el arrendatario la de sus ingresos, aquel pone en práctica, en su explotación, prudentes principios de economía agrícola y perpetúa una riqueza natural sin agotarla en flor.

La más importante de estas explotaciones paraguayas es la de Tacurú-Pucú, situada en la orilla occidental del río Paraná á ochenta leguas al Noroeste de Posadas, capital de las Misiones, y que pertenece á la sociedade Uribe y Cía, que dispone de poderosos elementos y elabora un millón de kilos anualmente. Explota yerbales naturales, que, en 1878, se le concedieron por diez años, sobre una superficie de mil leguas cuadradas, ó sean diez millones quinientas mil hectáreas.

La compañía Uribe hace explorar toda la región circunscrita entre el Acarey, el Itambé-Miní y el Itambé-Guazú, abre picadas y caminos, construye puentes, ha creado pueblos, agrupado tribus, organizado cultivos para atender á las necesidades de su personal, ha llevado ganado de reproducción; todo el año emplea seiscientos trabajadores.

La yerba es de dos categorías, campestre ó silvestre; la

primera puede dar quince kilogramos por pie, la segunda cincuenta; algunas plantas excepcionales dan hasta ciento cincuenta kilogramos.

El yerbatero ataca el árbol con el machete, derriba todas las ramas, hace una carga y la lleva, mustia ya, pero no seca, al centro de la explotación, donde están los hogares. Sobre el suelo, preparado y barrido, se han levantado algunos postes de madera; á una altura de dos á tres metros se ponen, sin amontonarlas, las ramas de yerba que se han traído, hasta formar una espesa techumbre. Se vuelven hacia abajo las ramas grandes, hasta cerca del suelo, formando paredes apretadas, bajo esta cúpula, que recuerda el montón de madera preparado por los carboneros en los bosques, se enciende un fuego de ramas secas, escogiéndolas entre las que no dan olor. Este fuego lame las paredes, tostando todo lo que hay reunido allí. Durante unas veinte horas se sostiene un fuego suave que después se retira.

El ramaje tostado se lleva entonces al pilón á fin de pulverizarlo. Para esto se sirven de martillos pilones de madera dura, movidos á mano, que golpean sobre las ramas que se han metido en cajas de madera, á veces pone en acción los martillos la fuerza motriz de una corriente natural de agua; esto es el moyolo. Se pone en movimiento por un sistema de contrapesos sencillo é ingenioso. El martillo forma la extremidad de una vigueta que en su otro extremo tiene un pequeño depósito para agua; por sí mismo, gracias á un sistema de báscula, se coloca éste bajo un chorro de agua, llénase cuando el martillo debe subir y una vez lleno, se vacia en seguida, lo que hace bajar al martillo y se vuelve á llenar; el agua recogida, por su propio peso, hace levantarse el martillo poco á poco. Este trabajo automático y rápido no exige ninguna mano de obra; la yerba tostada es fácil de pulverizar, se la saca casi en polvo.

Entonces es el momento de embalarla. El antiguo sistema,

que era costoso, tiende á desaparecer. Se cortaba un cuadrado de piel de buey, secada antes y reblandecida después en el agua; se preparaban los lados amarrados á cuatro piquetes y se reunían los cuatro pedazos por medio de una gruesa costura de cuero. En el saco, preparado así se metían hasta cien kilos de yerba atacándola con los redoblados golpes de unos mazos de madera dura. El saco tomaba la forma de una almohada grande. Cuando estaba completamente lleno y cosida la boca, se le dejaba secar al sol, encogerse hasta tomar formas redondeadas y una dureza que el hacha no puede vencer. Esta forma clásica, bajo la cual se presenta aún, á menudo, hoy día, va cediendo el puesto poco á poco al simple saco de tela en el que se prensa la yerba por medio de piloncitos de madera dura. Esta tela tiene el inconveniente, á veces, de agujerearse durante el transporte y dejar perder una parte de su contenido; también permite que una buena cantidad del perfume de la yerba se evapore, hasta el punto de conocerse un cargamento que pasa por el olor que deja.

Los hombres empleados en este oficio, que lo hacen rudo el calor, la vecindad de los pantanos, la presencia de los mosquitos y de reptiles peligrosos, trabajan al sol y se contentan con una pobre alimentación. Algunos trabajan por su cuenta, reunen u lote más ó menos considerable, que, sobre el terreno, venden á un precio relativamente bajo. Las entregas de estas explotaciones parciales se llevan al centro general para allí elaborarse ya en fardos de ramas grandes y pequeñas sin preparación, ó bien tostadas ya; es preferible tenerlas en este estado, pues la yerba pierde algo de sus cualidades si no se la tuesta acabada de cortar.

Por lo demás, lo que sobre todo determina su calidad es la elección de la época para cogerla más que la manera de prepararla. Es necesario que la vegetación haya concluído, que

la savia esté casi estancada, lo cual se produce en Marzo.

Se clasifican los productos en tres categorías. Se llama *caa-cuy* la que se compone de hojas jóvenes tiernas; *caa-miní* la en que no entran sino ramas jóvenes, pequeños brotes y hojas jóvenes, *caa-guazú* ó yerba de palos, la en que entran hojas y ramas de todas clases. El comercio por su parte la clasifica en paraguaya, de Misiones y brasilera. La del Paraguay se busca sobre todo porque en ella se ha evitado la mezcla de toda suerte de ramas, cosa que descuida el procedimiento brasilero. Los brasileros, además, no tuestan de la misma manera. El precio se resiente en los mercados de consumo y el valor difiere según la marca.

*
* *

Un paladar europeo reconocería bien poco las cualidades que, á primera vista, desde el primer sorbo, descubre un sudamericano. En un rincón olvidado de una tienda, abierta á todos los vientos y á toda clase de polvo, yace un zurrón de cuero que sobre sus rapados costados, casi calvos, muestra las señales de largos viajes, hechos desde el fondo de los bosques, donde, bajo el ardiente sol, los indios lo llenaron á mazazos, hasta el en que desde el aparejo de la mula cayó al fondo de la piragua, para, de allí, cargado en un vapor, trasbordado al ferrocarril, zarandeado en una carreta llegar hasta allá; ahora abre su boca dejando escapar, por una ancha hendidura, hecha por una inhábil cuchillada, los principios aromáticos que se desprenden del polvo destinado al consumo. No seduce gran cosa este tan apreciado producto al que por primera vez allí lo encuentra.

El polvo, á pesar de las pocas seducciones del medio en que se le encuentra, no tiene mala apariencia; de lejos parece una especie de aserrín muy fino, mezclado con pedacillos de madera redondos; el aroma que exhala es agradable,

y hasta si cogéis un puñado os penetra su finura que siempre conserva el producto no obstante los pocos cuidados de que es objeto y su prolongada exposición al aire libre.

Á más, á primera vista no se imagina cuál sea el uso á que este polvo se destina, qué género de consumo pueda hacerse de él. Precisa estar iniciado.

Aquí es en lo que el novicio encontrará alguna sorpresa. Quizá rechazará, sin querer probarlo, un brevaje para cuya preparación, preciso es confesarlo, aún se busca un sistema que sea agradable á todo el mundo y que, al mismo tiempo, saque todo su aroma de la infusión.

Por el pronto nada ha innovado el consumo en los usos establecidos por los jesuítas y conservados desde hace tres siglos. La organización comercial de éstos, muy hábilmente desarrollada, había sabido extender, en toda América el uso de este producto; al mismo tiempo supieron encontrar los procedimientos de torrefacción y preparación que hemos descrito, muy suficientes para una industria y una sociedad primitivas. Ha llegado la hora de un procedimiento mejor.

Si, en efecto, la yerba ha perdido su puesto social, si poco á poco ha sido proscrita de los salones y es desdeñada por la joven generación, si la han reemplazado el te y el café, no por eso deja cada día de extenderse más entre las masas profundas de las naciones sud-americanas; por tanto la demanda es cada año más considerable.

Hay que hacer otra cosa mejor que desdeñarla, hay que perfeccionar la manera de emplearla.

Ya hemos visto que difiere del te en que proviene de un vegetal de muy diferente naturaleza : el te es una cameliácea, la yerba es un acebo, del primero se utilizan las flores y las hojas, del segundo las ramas, puede bastar pues con secar la flor y la hoja del te, la yerba es preciso tostarla : también es menester pulverizar el producto de la torrefacción de ésta,

operación racional que no tiene otro objeto que hacer con cuidado lo que los azares del transporte harían; la hoja simplemente seca al aire se desmenuza, en efecto, por sí misma.

¿Qué resulta de la necesidad de esta pulverización? Que el polvo, muy fino, casi impalpable, obtenido así, no puede tratarse por los mismos procedimientos de infusión que el té; parece que aún no se ha pensado en el sencillísimo procedimiento, tan conocido, del filtro usado para el café.

Por todas partes se procede cociéndola en una calabacita salvaje, llamada mate, de donde viene el nombre de yerba mate, por corrupción mate, que es el que se da á la infusión. En esta calabaza se pone el polvo, el azúcar y el agua hirviendo; para beber la mezcla se sumerje en ella un tubo de metal terminado por una bola con agujeritos, llamado bombilla, ó más simplemente un tubo de saúco terminado por un cesto minúsculo que hace de filtro; por este tubo se chupa el líquido como se hace con la bombilla.

¿No podría servirse á cada convidado su mate y reservarle el uso exclusivo de su bombilla?

Esto, en verdad, parece muy sencillo; se oponen muchas razones á ello. Ante todo la infusión no es fácil de preparar, se necesita cierta habilidad para colocar el polvo, el azúcar y la bombilla de manera que esta funcione sin atorarse á cada instante, además precisa renovar el agua constantemente pues cabe poca en la calabaza; por último, y esta es la razón más importante, el aroma de la yerba presenta la particularidad de que no se desarrolla sino á medida que se sacan de ella infusiones; la primera es menos rica en principios aromáticos y reconfortantes que la sexta; se la puede emplear hasta la décima.

Todas estas razones han militado, hasta nuestros días, para conservar el procedimiento que ya practicaban los Guaraníes en la época de la conquista y que los jesuítas no hicieron más que perfeccionar y generalizar.

Debe hacerse constar que no había por qué sorprenderse, en la época colonial, de esta comunidad de un aparato muy empleado, que todo el día pasaba de boca en boca. En esta época la vajilla era una cosa muy rara, y esta rareza se ha perpetuado hasta una fecha bien cercana de nosotros. Tenía por origen la dificultad de comunicaciones, los sistemas prohibitivos de las leyes españoles, que imponían el uso exclusivo de los productos de la industria, muy poco desarrollada, de la metrópoli; también tenía por causa los elevados precios de los transportes que encarecían desmedidamente los objetos de poco valor como era la vajilla de barro.

Resultó que en las colonias españolas, las familias acomodadas habían llegado á reemplazar la vajilla de barro por objetos de plata; candeleros, platos, vasos y fuentes, utensilios de cocina, vasos de cierto uso íntimo, todo era de plata, mas, por esto mismo, y por la razón de que la medianía de fortunas era la ley de las colonias, estos objetos no eran numerosos en las familias, aun las relativamente bien acomodadas; en muchas casas no se encontraba más que una muestra única que por turno servía á cada persona de la familia.

Estábase pues preparado para esta promiscuidad que el uso de la yerba mate, bajo la forma indicada, no hacía más que acentuar pero que no lo creaba.

Añadamos que estos usos primitivos y familiares estaban y están aún en uso en las costumbres españolas y no es sorprendente que hayan pasado el Atlántico. En nuestra época aún, en España, nos ha sido dado observarlo, exactamente como en América, el uso de colocar en medio de la mesa, en la habitación donde se recibe, una botella y un vaso; cualquiera que tiene sed llena el vaso y lo vacia; por nuestra parte hemos visto á menudo renovar el agua, pero nunca cambiar el vaso.

Este uso está muy lejos de ser general en Europa. En los países donde el uso del té y del café se ha extendido tan rápi-

damente, ha habido que presentarlos. desde el primer momento, de otra manera.

La yerba mate para penetrar en Europa tendrá que pasar por el filtro de café; el filtro de un modelo especial en que la ebullición del agua obtenida en el aparato vaya á encontrar, por sí misma, la parte del recipiente en que está el polvo y extraiga de las granzas todo el aroma nos parece indicado para obtener de la yerba en polvo cuanto contiene.

Recurrir al uso de la hoja tostada, como se ha intentado, no nos parece sea una solución práctica; precisan, en efecto, complicados cuidados, hacer una infusión de algunas horas que se tira y no tiene otro objeto que preparar, ablandar la hoja diluyendo la goma que la cubre.

No es en Europa donde hay que buscar la manera de tratar un producto que desconoce y que no buscará sino cuando el país de producción se lo presente bajo un aspecto que seduzca, haciendo resaltar todas sus ventajas.

*
* *

Éstas son numerosas. Primeramente: el producto es muy barato, puede llegar á serlo más por el cultivo en la región que puede producirlo, y por la explotación más racional de los bosques silvestres. Hoy se puede obtener á menos de un franco la libra puesto en Buenos Aires; la aduana francesa no lo grava más que con un derecho de siete francos por cada cien kilos, porque la aduana conoce este producto que el consumidor ignora. Este precio que es, sobre poco más ó menos, el del café en los puntos de producción, no podría compararse á este sin tener en cuenta las condiciones de su uso. Un kilo de yerba puede producir cincuenta litros de infusión ó sea cinco veces más que un kilo de café, y la fuerza de la infusión, lejos de disminuir, aumenta con el número de las operaciones hasta la quinta, y no disminuye más que á partir de esta cifra, para volver á la décima á su punto de partida.

Desde el punto de vista social, higiénico y terapéutico también es recomendable la yerba.

Su uso durante tres siglos en todas las regiones de la América del Sud, basta para demostrar sus felices efectos sobre la sociabilidad de este país. En la llanura pampeana, donde es de regla el aislamiento, en los vastos países donde, sin ser tan absoluto, es frecuente, el mate ha sido siempre el mejor compañero, el sostén por excelencia del trabajador ó del pastor aislado. Con poco gasto le da una dulce excitación que no tiene ninguno de los inconvenientes del alcohol. Siempre se ha preparado fácilmente : ha bastado para esto dejar en la casa cerca del fuego de rescoldo, que jamás se apaga, un cacharro que no tiene otra aplicación, para encontrar siempre lista la bebida, preparada una poca de alegría, un reconfortante, y si le sorprende un huésped, con qué obsequiarlo dignamente.

La afición del aislado por esta bebida le crea costumbres caseras y del hogar. Nada tan triste y tan degradante como beber, solo, bebidas alcohólicas ; el borracho mismo no se lo perdona... á su vecino, se avergüenza si á ello se abandona ó entrega. Es otra cosa beber una infusión caliente, cerca de un hogar que constituye una compaña, que llena la casa de un alegre resplandor. Si es verdad que allí donde hay un hogar existe un embrión de sociedad, también puede decirse que allí donde ha penetrado el mate se encuentra un ser sociable, se forma una sociedad.

Del punto de vista higiénico y terapéutico no son menores las ventajas.

Una de las más preciosas es su acción sobre el aparato locomotor y sobre la potencia dinámica. Cítanse numerosos ejemplos, fáciles de comprobar.

El habitante de la pampa, gaucho ó extranjero, que tiene á su disposición, en abundancia, la alimentación por excelen-

cia, la carne de vaca, que la usa abundantemente, no recurre á ella, y esto es notable, en los momentos en que parecería que le era más necesaria. En la época de la hierra, por ejemplo, y de las fatigas de que es ocasión, cuando se trata de marcar mil ó dos mil terneros ó de contramarcar otros tantos bueyes, vacas ó toros, el gaucho pasa todo el día en el trabajo desde el alba, al sol, hasta la noche, sin alimentarse de otra manera que tomando, tan á menudo como puede, infusiones de yerba. Ella sostiene su buen humor y su actividad evitándole el cansancio. El labrador extranjero que trabaja á pie, hace como él, y se encuentra como transformado bajo esta influencia. Los ejércitos en campaña demuestran, por numerosos ejemplos, la excelente influencia del mate sobre lo moral y físico del soldado, hasta el punto que se dice como un axioma : « Sin mate no hay soldados ».

¿Cómo pues no desear que un producto que presenta todas estas ventajas entre pronto en nuestros hábitos? Traería á la manera de vivir y de alimentarse de nuestros trabajadores excelentes modificaciones, desarrollando en ellos las fuerzas que el alcohol quebranta, llevando á la grosera y pesada alimentación del habitante del campo un nuevo elemento, á bajo precio, un sostén de sus fuerzas, un estimulante para sus monótonos trabajos, un compañero de sus veladas.

Añadamos que la yerba produce, en el sistema nervioso, una excitación alegre, sin fatiga, sosegada, origen de sueños, de ilusiones, de esperanzas que por el momento velarán la tristeza del destino.

Puesto que debemos amar la vida ¿ debemos rechazar los velos que la naturaleza nos brinda para ocultarnos perspectivas que desalientan? Aunque la yerba mate no trajera otro beneficio, éste bastaría para justificar cuanto de ella hemos dicho.

CAPITULO III

LAS REGIONES DE LA CAÑA DE AZÚCAR

Ruta del Norte de la República. — Rosario. — Córdoba; Jesus María. — Recreo. — Tucumán. — La ciudad. — Aspecto de la Provincia. — Los regadíos. — La caña de azúcar. — Modos de plantarla, de cultivarla y de explotarla. — Los ingenios de Tucumán. — El ingenio modelo de M. Hileret. — La producción indígena. — Contratos de arriendo. — Costumbres de los trabajadores. — Su alimentación. — Abuso de la caña de azúcar. — La sociedad de Tucumán. — De Tucumán á Santiago del Estero. — Estación Frías. — Explotación forestal. — El quebracho. — País sin agua. — Santiago del Estero. — La ciudad. — El país. — Ingenio de M. Saint-Germès. — De Santiago á Rosario. — El puerto, la ciudad y la sociedad de Rosario. — Ciudad sucursal. — El celibato. — Rio Paraná. — Navegación. — Vapores correos y escalas. — Paraná, Goya y Bella-Vista. — El Gran Chaco. — La colonia Ocampo.— Ingenios, plantaciones y productos.— Corrientes. — El Alto Paraná. — Ituzaingó-Posadas. — Las Misiones. — La plantación del general Rudecindo Roca. — Porvenir de las Misiones.

Una de las opiniones más propaladas *a priori* en Europa, es que los países exóticos son todos necesariamente países de caña de azúcar, de café, de produciones tropicales, adjetivo que, de lejos, se confunde con exótico y debe expresar las mismas cosas.

No asombraremos, pues, á nadie diciendo que la República Argentina es un país donde prospera la caña de azúcar, siendo uno de los productos más importantes; pero de seguro que asombraremos á más de uno al añadir que la región de la caña de azúcar es de las más reducidas, que confina con los límites del Norte de la República y que no comienza en esta dirección sino á trescientas leguas de Buenos Aires.

No es, por lo tanto, un viaje sin importancia el que se hará con el fin de visitar la región de la caña de azúcar, y así lo emprenderemos nosotros y trazaremos, de paso, el cuadro de una monografía de las ciudades del interior, de

las que, hasta ahora, apenas hemos tenido ocasión de hablar.

I

La Provincia que ha tomado rango la primera en la industria azucarera, es la de Tucumán, que en la fraseología local se la denomina el jardín de la República. Se diferencia tanto de la Provincia de Buenos Aires, de la de Santa Fé y en general de las regiones pampas, como un prado de una huerta, y se hallan tan distantes entre sí dichas Provincias, que por lo mismo sus diferencias no son difíciles de explicar. Buenos Aires, centro de la región pampa, lo es también de la del litoral, hallándose situada en el 35° de latitud y Tucumán en el 26°.

Vengamos de una ciudad á otra. El tren principal que se dirige hasta el Norte sale, cada dos días, al medio día, de la estación central de Buenos Aires, donde confluyen todas las líneas de la República. Dicha estación se destaca sobre el mismo muelle de desembarque, ingeniosa disposición que permite al recién llegado adquirir desde su arribo una gran idea acerca de los medios de comunicación de que dispone el país.

El aspecto de la estación, es, por completo, americano : un edificio de hierro sin ornamento, sin proporciones gigantescas, sin el estorbo de las salas de espera ni de las puertas cerradas. Se entra, se sale, se toman los billetes, se sube al vagón y parte el tren sin que nadie se haya ocupado de uno y también sin que el conductor haya tocado el silbato porque se limita á un « *¡all right!* » dirigido al maquinista, pues ambos son Ingleses, como todos los empleados, administradores y capitalistas de toda línea de ferrocarril; ellos se entienden y esto les basta.

Tendremos que tomar sucesivamente tres líneas que se en-

lazan entre sí, á saber: la primera de Buenos Aires á Rosario, con un trayecto de cuatrocientos kilómetros, que recorre el tren en siete horas; la segunda, desde la última ciudad á Córdoba, otros cuatrocientos kilómetros, recorridos en once horas de noche; la tercera, desde Córdoba á Tucumán, quinientos ochenta kilómetros en veinte horas.

De Buenos Aires á Rosario, la marcha del tren es rápida, y los vagones de un tipo que podría servir de modelo en Francia; merecen una descripción. La longitud del coche es de veinte metros próximamente. La entrada se halla en los dos extremos, siendo fácil la subida, cosa que no sucede en los coches franceses. Se entra en una primera parte del salón donde se alinean á cada lado de un pasillo asientos situados los unos enfrente de los otros y en los que pueden colocarse veinticuatro viajeros. Al fin de ese compartimiento se halla un pasadizo de forma curva que deja sitio para el gabinete tocador continuando después por el lado izquierdo del vagón, de manera que deja un espacio para cuatro compartimientos cerrados, los cuales comprenden ocho asientos, que, por la noche, pueden transformarse en camas, siendo, durante el día, saloncitos muy confortables. He ahí, pues, reunidas todas las comodidades que se pueden desear, y resueltas á la vez todas las cuestiones de aislamiento, de seguridad y de higiene que en Francia los ingenieros declaran todavía insolubles. Esos vagones son incomparables para los más largos viajes y fáciles de calentar en el invierno sin que el viajero tenga que sufrir ninguna molestia como sucede en los trenes franceses. Fueron construídos por la compañía de construcción de vagones de los caminos de hierro de Birmingham con arreglo á los dibujos de MM. Liversey and Son.

De Buenos Aires á Rosario atravesamos la pampa, pero la parte más fértil y más antigua que se ocupó y poseyó. La tierra, á causa de la larga permanencia de los rebaños, tiene en aquella zona un gran valor y se halla desde hace mucho

tiempo distribuída entre las familias antiguas y opulentas del país á las que los Irlandeses, cuya fortuna data allí desde hace medio siglo, hacen, de veinte años á esta parte, una activa concurrencia á fuerza de dinero. Esa es la gran región de la oveja y donde no se encuentra ganado mayor. Antes de cinco años, ayudando el ferrocarril, ese terreno será exclusivamente un país de cultivo. Hasta ahora disponía para su servicio de la gran vía fluvial del Paraná, pero no debía ser muy cómoda para el colono puesto que éste apenas la utilizaba; á lo largo de la vía, es donde el progreso es más rápido, habiéndolo determinado su creación. Sin embargo, pocos pueblos se encuentran en la extensión de esa línea de cuatrocientos kilómetros, viéndose sólo á Belgrano y San Martín, pueblos de recreo, en la proximidad de la ciudad, á Campana, puerto sobre el Paraná; á Baradero, colonia suiza, y á San Pedro y San Nicolás, ciudades del porvenir.

Rosario es un gran puerto y centro comercial de los más importantes, pero el empalme de las dos líneas tiene lugar fuera de la ciudad que visitaremos al regreso.

Á la hora del alba nos despertamos cruzando el notable puente del río Segundo. Todos los ríos de esta región están numerados y todos se parecen por su ancho y arenoso cauce entrecortado por arroyuelos que recuerdan el Loira por su aspecto en tiempo de sequía, así como por las inundaciones. Como dichos ríos no llevan en su corriente escrito su número, es difícil el saber cuál se atraviesa; empero, al cabo de ese puente, hay una estación y en ésta unas jóvenes y lindas Inglesas que sirven á los viajeros, por algunos centavos, té, café, con leche, mantecadas y pasteles, de modo que cree uno hallarse en Greenwich y no en pleno desierto. Esto basta para que el estómago agradecido se acuerde del número de ese río Segundo.

Á las siete entramos en Córdoba, donde cambia por com-

pleto la decoración, porque aquel terreno no es ya un páramo; la sierra sirve á las poblaciones de esta parte de la República, de que Córdoba es la principal, de orla con un fondo elegante; su emplazamiento, además no ha sido elegido al acaso, pues es pintoresco.

Á semejante distancia del litoral, nunca se podía esperar ver desarrollarse allí una gran. actividad comercial cuando nada prometía un brillante porvenir industrial. Así Córdoba es una ciudad de lujo, aristocrática, la única quizás aristocrática de ese continente á cuyo extremo está edificada. Fué desde su primitivo tiempo, y continúa siéndolo, una ciudad de Iglesia y de iglesias, porque se cuentan en Córdoba trece grandes de estas últimas, lo cual es mucho para una población de treinta mil almas.

Añadiremos, que ninguno de esos monumentos religiosos tiene menos de un siglo de existencia; ahora bien, hace un siglo, Córdoba no contaba más de tres mil habitantes, por cuyo concepto, ese lujo excesivo de templos basta para demostrar que todo pensamiento que no fuese religioso debía ser desechado, siempre fué así y aun hoy sucede lo propio. Hasta 1767, época en que fueron expulsados, los jesuítas dominaron en Córdoba, que era la capital administrativa de sus inmensas posesiones de la América del Sur; su estado mayor se componía de doscientos setenta y un Padres, que debieron evacuarla, por orden del rey de España, el 21 de Julio de 1767. Sin embargo no estaban solos, porque todas las órdenes religiones de España se habían dado cita en aquella ciudad, pero la expulsión se limitó á los jesuítas. La Universidad fundada por ellos, se transformó en nacional, mas sin dejar de ser teológica, porque en Córdoba se continúa viviendo en medio de una atmósfera de dogmas y de incienso. Conventos de grandes dimensiones y edificios particulares, transformados en conventos, aparecen alineados á lo largo de las calles, silenciosas y frescas; abunda allí el agua, que

baja de la montaña y se disemina por cada lado de las calles en arroyuelos que forman cascadas; un lago, rodeado de álamos, representa la plaza principal y vierte el exceso de sus aguas en un río urbano que cruza también toda la población. Toda la frescura y la vegetación que producen esas corrientes acuáticas, convierten el extenso valle en una pradera en donde al entrar se siente que la vida allí es regalada é indolente. ¿Es necesario penetrar en los conventos para encontrar una prueba superflua de ello? Hay en Córdoba muchos Franceses y, como en todas partes, los dueños de hoteles son franceses. El comercio también parece estar en sus manos, si bien es verdad que es un comercio en pequeña escala, porque la situación de la ciudad, más aun que las costumbres adquiridas al contacto de los monges, impiden las grandes ambiciones industriales y comerciales. El mismo ferrocarril no ha abierto á Córdoba en ese concepto ningún nuevo horizonte, porque el tren llega allí, pero, sin atravesar la ciudad, toma la dirección del Norte hacia Tucumán. El aspecto de la región que vamos á recorrer tomando ese mismo ferrocarril bastará para explicarnos porqué en esa ciudad devota hay más afición á ocuparse de las cosas del cielo que de las de la tierra: el cielo es puro y parece prometer alguna cosa, mientras la tierra es pobre y no promete nada.

Para salir de Córdoba y dirigirse á Tucumán, se toma la línea del Norte Argentino, construída por el Estado é inaugurada en 1876. Es una línea cuya vía sólo tiene un metro de anchura y cuando se construyó, los ingenieros no dejaron de discutir ampliamente acerca de la mayor ó menor oportunidad de esa sustitución de vía estrecha á la hasta entonces adoptada, que era la vía inglesa. Pronto, decían, se apercibirían de la insuficiencia y de los inconvenientes del trasbordo. Estos últimos, con efecto, son reales, pero, en cuanto á la insuficiencia, todavía no se ha demostrado.

La vía, da vuelta á la ciudad antes de abandonarla, hace una curva rodeando la mitad de una colina que hay enfrente, con tal perfección que el río Primero que la recorre, así como la elegante ciudad y sus trece iglesias, se revelan á la vista del viajero, á la vez que domina el barrio bajo y pobre, cuyos tejados de paja, en una aglomeración miserable, presentan un extraño contraste con los elegantes edificios de la alta ciudad y demuestran, mejor que todos los discursos, el abismo abierto entre los ricos propietarios particulares ó las congregaciones, y esa plebe de meztizos, cuya esclavitud ha hecho cesar la ley sin mejorar por eso su condición social. De allí, la vía toma su dirección en línea recta para continuar así, sin obstáculo, el espacio de cerca de seiscientos kilómetros. Luego corta una extraña selva que vamos á atravesar, y por largo espacio, sin que podamos presenciar un espectáculo nuevo. Una selva de tal importancia, reserva sin duda magestuosos cuadros, pero ¡ilusión! Para formar una selva sería necesario que hubiese corpulentos y frondosos árboles cuyo tupido agrupamiento diera á la par que un curioso espectáculo la sensación de una intensa frescura y la impresión de lo impenetrable. Ahora bien, esta selva carece de maleza, de frondosidad, de elevados árboles, aunque posee numerosos arbustos achaparrados, pero tan pequeños que el hombre que pasa por ella á caballo, refleja su sombra sin recibirla casi nunca de la selva. El país es seco, así como la tierra, casi se desconoce la lluvia y el humus es poco denso; los árboles son centenarios ó bicentenarios, pero enanos; la generalidad de ellos poseen hojas persistentes; la tierra les favorece poco, la humedad del cielo nada, pero por su parte, tampoco benefician á la tierra para que pueda desarrollar su fuerza de producción y regenerarla. Son, pues, árboles envejecidos pero no viejos, raquíticos, achaparrados, desmedrados, pero de madera dura y más sólidos ordinariamente que un hacha bien templada. Tales son los árboles que cubren millares de

leguas de pampa. Los cactos son numerosos contribuyendo á aumentar la pobreza del suelo sin que, como sucede bajo los trópicos, los entrelacen los bejucos. Para que estos pudieran florecer les falta una humedad que no encuentran en aquel terreno.

En el monte tallar existen algunas manadas de guanacos silvestres, algo de ganado y cabras, siendo esta la región preferida por estos últimos animales, que son poco exigentes y no saben vivir en país rico.

Los cabritos y las cabras de Córdoba tienen fama siendo muy buscada su piel y también la carne de los primeros, porque es como un festín para un habitante del Sur de la pampa que no conoce más que el carnero y el cordero el comer cabrito así que llega á Córdoba; como también es verdad que para el Cordobés es un bocado delicioso la carne de cordero, de que tanto escasea. Naturalmente la falsificación se aprovecha de esa diversidad de gustos y el habitante de la pampa no come nunca sino cordero, aunque con la denominación de cabrito, en tanto que el Cordobés no come sino cabrito, pero con el nombre de cordero. Así es el hombre, tan dispuesto por naturaleza á alimentarse de ilusiones que todos manifiestan el mismo júbilo por la novedad de los platos aunque en realidad no sean diferentes de los que comió el día anterior, si bien con otro nombre.

De Buenos Aires á Rosario encontramos, segun hemos dicho, cinco pueblos; ahora bien desde la última población hasta Córdoba solo pasamos por dos: Villa María y Río Segundo. Y nada más.

Desde Córdoba, atravesando su provincia, luego la de Catamarca y una parte de Santiago del Estero no veremos hasta las cercanías de la de Tucumán, sino estaciones, en torno de las cuales comienzan á agruparse algunas cantinas y ciertas carreterías, carpinterías y sierras de vapor, pero nada de pueblos.

Sólo uno se nos aparece después de una hora de viaje y será el último. Se destaca en un valle y sobre las estribaciones, con poca pendiente, de la sierra. Allí, seguramente, hay una pequeña corriente de agua. El nombre del lugar, Jesús María, indica que era una antigua residencia de los jesuítas los cuales tenían en él un colegio de verano. En la actualidad, ha reemplazado á los jesuítas una colonia agrícola, laboriosa, y tan cosmopolita como lo era la Compañía de aquellos.

En ese rincón elegido, todos los cultivos se han desarrollado ; las legumbres y las frutas de Europa se producen maravillosamente, encontrándose allí toda la variedad de frutos desde la nuez de los países templados hasta la naranja de los climas cálidos, duraznos, uvas, y en abundancia, el trigo y la alfalfa. Las cosechas bastan para proveer á Córdoba, Santiago del Estero y todo el país menos afortunado, donde se carece de agua, donde los sinsabores del cultivo han desalentado á los hombres más animosos.

Un propietario italiano que se dirigía á aquel punto nos contó que cultivaba allí cien hectáreas de alfalfa y otro tanto de maíz, teniendo que luchar con los enemigos terribles de sus producciones, las cotorras y las tórtolas. Estas aves devoradoras las encontraremos por todas partes, siendo casi tan numerosas como las langostas y haciendo tanto mal como ellas, pero de un modo más perjudicial y más continuo. Caen sobre los campos por bandadas de millares para devastarlos, no por mala intención ciertamente como las langostas, que son seides del diablo y tan negras y cornudas como él, no, porque las cotorras y las tórtolas se prestarían gustosas á devolvernos en exquisita carne los granos que roban, pero su falta consiste en ser muy numerosas y desgraciadamente no existe ninguna máquina para poder acabar con ellas. No hablemos de la escopeta porque el cazador más diestro, aunque no perdiese un perdigón se cansaría de matar antes que ellas de volver. Así una ametralladora de mostacilla sería

también insuficiente. En cuanto á los lazos y las redes, los encorvados picos de las cotorras no tendrían más que para un bocado. Este animalito, destinado á la jaula y á la conversación de las solteronas es, por otra parte encantador cuando se le ve en corto número. Las cotorras que tanto abundan en el país de que nos ocupamos, son pequeñas, verdes, de larga cola, con alas azules, y si no fuera por el ruído ensordecedor que hacen, por su infatigable chirrido así como por su voracidad, serían la única belleza del paisaje.

¡Pero el destino propio de la belleza es el ser voraz! dirá un espíritu apenado, que, al parecer, no habrá emigrado sin haber experimentado primero la verdad de esta salida.

La estación de Jesús María representa perfectamente en su limitado cuadro el espectáculo del movimiento de la colonia. No es una estación como las demás. Á lo largo de la vía, á la hora cotidiana del paso del tren, se instala allí un mercado improvisado; las mujeres de los colonos, en pie, delante de sus cestos, así como algunos indígenas, acurrucados cerca de los suyos, ofrecen á los viajeros todas las producciones de la colonia, esto es, montones de berzas, lechugas, tomates, pimientos, cestos de naranjas, aves cocidas, huevos, manteca, un pésimo queso local, cacahuetes tostados, espárragos, fresas y un horrible pan de algarroba que parece amasado con tierra amarilla. El algarrobo abunda en los bosques de las inmediaciones y es la base de la alimentación de los indígenas. Todos los viajeros se proveen con largueza de esos productos á precios, por lo demás, módicos. ¿ Habrá que seguir su ejemplo ? No, porque Tucumán, el objetivo del viaje, es el verjel de la República y sería llevar agua al río el transportar á ella esas sencillas producciones hortelanas. Por nuestra parte hemos podido ver que eso sería apreciar demasiado bien las facultades productoras de los habitantes de Tucumán, que todavía creen que, en ese verjel natural, lo que mejor se puede hacer es dormir la siesta.

El camino continúa á través del paisaje, monótono si se quiere, puesto que siempre es semejante, pero sin la monotonía de la pampa, porque allí el árbol, sea cual fuere, presenta á cada paso un matiz original. Se divisan cuadros agrestes, pero, por desgracia, al medio día, comienza el polvo á penetrar por todos los intersticios, demasiado numerosos para él y de fácil acceso. Igual sucede con la humareda que la chimenea de la locomotora va dejando detrás de sí como una larga bandera cubierta de lentejuelas.

La máquina del tren se calienta con leña y en todas las estaciones se llenan los furgones de troncos de leña dura, necesitándose una gran provisión para mantener los fuegos; cada brazada que el fogonero echa en la hoguera multiplica las chispas que despide la chimenea, lo cual es un peligro de que nadie parece preocuparse. El consumo de un artículo tan embarazoso obliga á paradas prolongadas en cada estación.

Todas las estaciones se asemejan y en todas ellas el tren se detiene una media hora sin que ofrezcan nada que estudiar. Al salir de la estación, se vuelve á entrar en la selva y, si, por acaso, un habitante revela su presencia, es dentro de una mísera choza abierta á todos los vientos. La dulzura del clima excusa lo confortable. Paulatinamente la miseria es más grande, los arbustos más raros, y más allá, no existe nada sino el suelo blancuzco á trechos y cerca de las estaciones inmensos montones de sal. Esto es todo lo que produce esa región extraordinariamente salina, que comprende doscientas leguas de superficie. Sólo crece allí un arbusto, el jume, el cual queman, produciendo sus cenizas una excelente potasa. Los habitantes viven de esta industria y de la extracción de la sal, que halla fácilmente compradores á la distancia de cuatrocientas leguas en que ya nos encontramos del mar.

Tal es el espectáculo que cubre el manto de la noche á la hora en que nos pusimos á la mesa para comer.

La estación en que nos detuvimos para esa comida, sin que

lado de esos beneficios sus perjuicios, que son numerosos.

Á la izquierda de la vía, hacia el Oeste, la montaña se extiende á algunos kilómetros. Á la derecha está la llanura. Los cereales han sido recolectados ya y no se ven más que los restos de los sembrados de maíz y el laboreo preparado para los trigos, cuya siembra no está aún terminada. Esos sembrados están divididos por vallados de limoneros y naranjos, cuyos frutas, maduras y doradas, se distinguen por todas partes en los huertos y en torno de las casas. En todas las estaciones, mujeres de tez de fuego, de ojos grandes y de elegantes ademanes hablan el *quichúa*, esa lengua americana prehistórica, ofreciéndoos cestitos de naranjas por unos centavos. Pero lo que por todas partes se divisa, proporcionando una sorpresa, sobre todo para el espíritu de un Europeo, algo maravillado siempre de lo exótico, son las inmensas plantaciones de la caña de azúcar, no siendo menos admirable las altas chimeneas que se destacan con su majestad de obeliscos en medio de los campos, de una naturaleza muy primitiva y casi abandonada á su exuberante espontaneidad.

Antes de dejar la vía férrea lancemos una ojeada hacia los valles de Salta, que se desenvuelven ante nosotros, países de vastos bosques, cuyas riquezas se podrán explotar próximamente, pues aún hoy están fuera del alcance del hombre. La ebanistería y la tenería descubren allí elementos ocultos que regenerarán esas industrias y que el leñador echa abajo para alimentar el fuego de las calderas de las fábricas de azúcar. Esas regiones estarán en breve, porque todavía no lo están, enlazadas por el ferrocarril. Los viajes, por medio de carretas, conservan la importancia que tenían en otra época; son tiradas por mulas y hacen todavía todo el tráfico de Bolivia, que se lleva á cabo por aquella frontera argentina.

*
* *

La historia de Tucumán es anterior á la conquista espa-

ñola, porque era ya un país gobernado por leyes quichúas que indicaban una civilización mucho menos primitiva que la de las demás regiones americanas. Desde la conquista, Tucumán tiene una historia muy brillante. Fué en las puertas de su capital donde, el 24 de Setiembre de 1812, el general Belgrano, que debía figurar en primera fila en la historia entre los héroes de la independencia sur-americana libró la batalla al general español Pio Tristán, y con mil hombres reclutados aquí y allá, batió á los tres mil soldados instruídos y perfectamente armados que mandaba el último.

También fué en Tucumán donde se reunió el Congreso que declaró al país independiente de la dominación española y donde se juró la gran acta de liberación (9 Julio 1816), ampliamente debatida y redactada por sacerdotes y abogados cuando, desde hacía seis años, ha independencia sur-americana era un hecho por la voluntad del pueblo.

Apenas se recuerdan estos hechos históricos en la ciudad, y únicamente una columna en el centro de ella y la puerta, que se conserva, de una casa en donde se celebró ese ultimo y memorable acto, los perpetúan.

Para el turista existen en Tucumán otros espectáculos que contemplar sin salir de la población. La cordillera de la Aconquija, que domina la ciudad con sus eternas nieves, no es la menos interesante. Su tronco principal, coronado de picos nevados, ocupa veintiocho leguas métricas encontrándose en algunos repliegues, bañados por los manantiales, que brotan de las peñas, hielo hasta el solsticio de otoño. El hielo, cortado por medio de hachas, se conduce á la población en pequeños barriles colocados sobre el lomo de las mulas. Del tronco principal de la Aconquija se derivan diversas estribaciones que se dirigen hacia la Cordillera que forma la de Tucumán prolongándose desde Catamarca hasta Salta.

Aparte de tan maravilloso panorama, la ciudad no presenta

ninguna particularidad. En el centro de ella, alrededor de la plaza, se esparcen algunas calles, cortadas en ángulo recto como en todas las poblaciones hispano-americanas. La iglesia ocupa parte de uno de los lados y el Cabildo y los Tribunales la restante. Siempre es el mismo aspecto y la misma disposición, de manera que, de volver á ver la fotografía de una de esas plazas de ciudad, ora sean chilenas, mejicanas ó argentinas, nunca se sabe cuál es la que se tiene á la vista; tal es la identidad que hay entre ellas.

En Tucumán la colonia francesa es numerosa é interesante y conserva el recuerdo de Amadeo Jacques, el filósofo desterrado en 1852; que fundó allí un colegio antes de reorganizar el de Buenos Aires, donde murió en 1865.

Tambien es Francés M. Groussac, que escribió la historia de Tucumán y describió ecónomica y socialmente el país. En Tucumán, en fin, es donde hemos hallado al más patriota y más activo de los agentes consulares franceses, el doctor Brûland, quien establecido hace cuarenta años en el país, sería el más opulento ciudadano de la población si al practicar la medicina no hubiese constantemente observado el principio de que esa carrera debe ser caritativa antes de ser lucrativa.

Por último, cerca de Tucumán, hallaremos bajo el pabellón francés el ingenio de azúcar más próspero, el de M. Hileret, que nos bastará visitar y describir para conocer y enseñar la principal industria local.

*
* *

La fábrica está situada á siete leguas de Tucumán y para llegar á ella podemos tomar el ferrocarril hasta la estación de Lules, pero el viaje en carruaje es mas pintoresco.

Inmediatamente después de salir de la ciudad dejando á

nuestra espalda sus huertos de frondosos naranjos, tomamos, para no abandonarlos ya, los caminos umbrosos que hallamos á nuestro paso, por toda la región, encerrados entre dos espesos vallados, compuestos de tan numerosa variedad de árboles, arbustos, escaramujos y de cactos, que sería difícil enumerarlos é imposible el atravesarlos.

Detrás de esos cercados, en ciertos sitios, se esparcen rebasándolos con sus elevados ramajes, las plantaciones de caña.

La caña de Tucumán es, según dicen oriunda del país, encontrándola allí los conquistadores, pero, según otros, fué importada. Sea cual fuere su historia, la caña no se convirtió en objeto de cultivo hasta hace apenas cincuenta años y sólo hace diez que la industria azucarera comenzó á adquirir cierto desarrollo. Esto se remonta á la inauguración, en 1876, de ese largo camino de hierro, de angosta vía, que permitió conducir allí los primeros útiles, suministrados por la casa Cail á varios cultivadores suficientemente ricos ya para que el crédito consintiera en ayudarles, quienes deben su fortuna, ahora duplicada, y sólidamente establecida, á las maravillosas invenciones de los Franceses quienes al pasar por la célebre fábrica de construcción del muelle de Grenelle, han civilizado esa región elevándola, desde el rango de comarca pintoresca, al de país productor y exportador.

Siguiendo la ruta, es fácil de observar que, ese país, aunque puede poseer otras riquezas naturales prestándose á otros cultivos que el de la caña de azúcar, vive exclusivamente de ella.

Á la puerta de cada choza se encuentran montones de esa caña azucarada, de tallos violetas, rayadas ó blancas segun pertenezcan á una de las tres variedades más cultivadas. El follaje procedente de las cañas deshojadas se aglomera para alimentar al ganado.

Por todos lados, largas filas de carretas trasportan de

la plantación al ingenio las cañas cortadas, despellejadas y dispuestas á pasar por el molino. Seis ú ocho carretas marchan juntas arrastradas por bueyes; el conductor va sentado encima del yugo de los dos últimos y tiene cerca de sí una vara con un aguijón que de cuando en cuando levanta para apresurar la marcha; sus manos no están, sin embargo, ociosas, porque con una empuña una caña de azúcar y con la otra un cuchillo, mayor y más ancho que todos los cuchillos de cocina que se conocen, cuchillo que es, allí, el instrumento agrícola por excelencia. Todo el mundo lo lleva consigo, porque sirve para cortar la caña por la raiz preparándola para el molino, así como para despuntarla. Se usa, sobre todo, durante el trabajo, por los segadores, en su viaje por los carreteros, en sus largos ratos de ócio por las mujeres y todo el día por los niños para mondar y cortar la caña que, todos, sin excepción, chupan constantemente. En esto consiste que el carretero se dé poca prisa. Á la cabeza del convoy y para dirigir los bueyes, va un chico á caballo ó una mujer, abriendo la marcha, teniendo también siempre en una mano una caña y en la otra el enorme cuchillo.

Damos vuelta á las plantaciones, que no todas se asemejan. Aquí la caña no tiene dos piés de altura porque la yerba que crece entre ella la oprime é impide su crecimiento. El cultivador, nos dicen, murió en la primavera, y como la plantación no fué escardada, no pudo prosperar, habiéndose perdido, por lo mismo, la cosecha del año, hallándose en peligro la planta misma y como probablemente no producirá ya nada será necesario reponerla.

No hay cultivo más sencillo que el de la caña, porque, como todas las gramíneas, le basta con un poco de tierra y de humedad para vegetar; pero como la caña de azúcar es más exigente que la generalidad de las plantaciones de su especie porque produce más, es preciso preparar el terreno por

medio de una profunda labor, abrir un ancho surco y cuando se han echado en su fondo los tallos cuyos nudos al desarrollarse se convertirán en altos retoños, es necesario darle un buen riego, soltar las esclusas de las acequias y cubrirlo de agua; la caña entonces retoña con fuerza, pero no lo bastante pronto para que la mala yerba, de que el suelo contiene siempre una amplia provisión, pronta á germinar, no la aventaje en altura.

Se requiere entonces proceder á escardar y libertar el tallo, que se eleva rápidamente, se nutre, y superior á todos sus rivales, los ahoga bajo su espesa y crecida hojarasca, tomando en fin los sembrados de cañas el aspecto cerrado y verdoso que conservan hasta el otoño en que el cuchillo del segador las echará abajo una á una.

Esos sembrados no cambian de matiz como los trigos, pues la caña al madurar no se pone amarilla y únicamente bajo la influencia de las heladas de Junio ó de Julio amarillea y toma el aspecto de gran cañizo medio seco.

El cultivador y el dueño de ingenio ¿temen la helada que deseca el tallo? Unos dicen que sí, otros que no; pero, en verdad, sólo las hojas superiores y no los conductos de savia azucarada son las que sufren por tal causa, en cuyo caso hay la ventaja, dicen, para el dueño de ingenio, de que la helada retarda la vegetación, pronta siempre á renacer al menor rayo de sol pudiendo así prolongar hasta los primeros calores de la primavera su cosecha que debería interrumpir si se apresurara la vegetación.

Es preciso, pues, que la recolección sea activa y rápidanente hecha en cien días á los sumo, sin que pueda, ordinariamente, comenzar antes del 15 de Mayo para que llegue á la completa madurez, debiendo estar terminada el 15 de Setiembre.

En Junio es cuando la caña está en su apogeo, en cuya

época están ya despojadas extensas plantaciones y el ganado se alimenta de todos los detritus azucarados que quedaron en el suelo, mientras otras plantaciones se hallan aún verdes, habiendo también algunas, vecinas de las primeras, separadas por una simple valla que han sufrido el efecto de las heladas tomando el tinte amarillento. Contraste singular, nevados picos dominan ese valle invadido por los agricultores, ocupados en una faena propia sólo de los países cálidos. Con frecuencia, por la mañana, se reconoce allí una temperatura de varios grados bajo cero, si bien es verdad que antes de las diez y hasta la hora prematura de su ocaso el sol es ardiente y disipa el adormecimiento de la naturaleza.

*
* *

El ingenio de Lules se apoya en la montaña cerca del de MM. Nougues, también Franceses de origen, aunque estos últimos nacidos en el país. Esos dos grandes establecimientos, el de M. Etchecopar y el de M. Dubourg, son los únicos que pertenecen á Franceses y pueden figurar entre los más importantes. Los Ingleses y los Alemanes no han fundado ninguno pero recién han adquirido dos.

Añadamos que, á pesar de ese número, relativamente exiguo, de ingenios franceses que figuran entre los treinta y ocho, con que cuenta la región de Tucumán, esa industria es verdaderamente francesa si se consideran sus medios de acción y el personal que la dirige. Por todas partes encontramos útiles surtidos por los antiguos establecimientos Cail, que figuran en primer lugar, por los talleres de Fives-Lille, de Savalle, de Mariole hermanos y de la antigua sociedad Lecointe y Villette, de San Quintín. En cuanto al personal directivo, el más notable es el procedente de la Escuela Central francesa y de las de Artes y Oficios de Chalons y de Aix. También hemos visto allí, por todas partes, ingenieros ó

capataces transformados en ingenieros por la práctica, que prestan á la industria azucarera servicios muy productivos á cambio de los 15, ó 20,000 francos de sueldo anual de que disfrutan.

Digamos acerca de este particular con qué interés hemos presenciado los triunfos de los numerosos alumnos de las escuelas francesas de Artes y Oficios. Estas escuelas, de tan reciente creación en Francia, pues cuentan apenas veinte años de existencia, datando del fecundo período ministerial de M. Duruy, han llenado la América de hombres distinguidos que han difundido allí las lecciones teóricas y prácticas que recibieron, produciendo en esos países nuevos, donde el ingeniero debe á menudo meter la mano en la masa, directores preciosos, por cuyo concepto son muy apreciados y obtienen la elevada remuneración que merecen.

*
* *

El ingenio francés que vamos á visitar fué construido por completo sobre el emplazamiento de una plantación de azúcar, abandonada desde el siglo anterior, que era propiedad de los jesuítas. Su fundador, M. Hileret, es un hombre de treinta y cinco años que llegó del Poitou hace próximamente doce, encontrándose en el país en el momento en que se construía la vía férrea y tomó á su cargo la construcción de una sección que le produjo un modesto capital de unos 60,000 francos al que agregó una suma igual que le facilitó un compatriota, M. Dermit, que fué después su asociado. Con ese capital, dichos señores obtuvieron de la sociedad Fives-Lille la adquisición de los útiles necesarios. Todo marchó á las mil maravillas siendo los años prósperos, de modo que actualmente M. Hileret fabrica un millón quinientos mil kilogramos de azúcar durante los tres meses de trabajo los

que expide en sacos marcados con su nombre, título suficiente para que dicha cantidad de azúcar alcance un precio superior en un diez por ciento al de sus competidores.

Hace dos años que M. Hileret adquirió por 750,000 francos, incluso la parte de su asociado, dicho ingenio y aprecia hoy el valor de su propiedad en tres millones. ¡Ved ahí 60,000 francos y diez años de labor bien empleados así como un ejemplo para alentar á los Franceses que, según la leyenda, no son colonizadores!

El ingenio presenta un gran espectáculo en medio del movimiento que es natural. El personal se compone de cerca de trescientos individuos á saber: mayordomo, maestro de azúcar, mecánicos, destiladores, conductores de máquinas, fogoneros, capataces y operarios.

En torno del conductor de caña sobre el cual se carga y se coloca ésta para ser conducida automáticamente al molino, cuarenta carretas, tiradas por ciento veinte mulas y ochenta bueyes, transportan y descargan constantemente la caña procedente de las cincuenta hectáreas plantadas, en tanto que otras acarrean la de plantaciones vecinas y pasan por la báscula que cuenta é inscribe su peso.

Mientras los operarios recogen la caña y la colocan sobre el conductor que la lleva al molino, donde otro conductor recoge el bagazo para arrojarlo fuera, las carretas dan vuelta al ingenio y lo toman á su vez para llevarlo á una esplanada vecina, donde algunos operarios lo tienden al sol, cuando esté seco será recogido de nuevo y trasportado á los hogares para que sirva de combustible.

¿Debemos emprender aquí la descripción de un ingenio de azúcar, mostrando el jugo saliendo á torrentes de la caña prensada, recogido en un recipiente, elevado por medio de bombas, pasando á la cocción, á la evaporación en aparatos de triple efecto, de donde sale cristalizado, pero negro, de allí

á las turbinas que por su acción centrífuga blanquean y secan esa materia tan ingeniosamente extraída hace algunas horas en el estado líquido, desembarazada poco á poco de sus impurezas y transformada en cristales?

Puede comprenderse el asombro de los dueños de ingenio criollos, que sin ningun estudio prévio, vieron llegar esos aparatos comprados por ellos y presenciaron su funcionamiento. Tienen sin embargo, cierta propensión á creerse que son ellos los inventores y creadores de esos aparatos, por lo cual reclaman de sus contemporáneos una admiración que sólo se debe á los ingenieros que les han provisto en absoluto de los aparatos, tan complicados y á la par tan sencillos, de esa magnífica industria.

Pero lo que es verdaderamente inesperado es la clase del personal empleado en la fabricación, porque no sólo los operarios, sino también los que vigilan los aparatos más complicados, son simples Indios que naturalmente carecen de toda noción de lo que puede ser una caldera, el vapor ó el vacío, un motor ó una turbina y que no obstante se hallan allí llenando, vaciando, alimentando los fuegos, vigilando la evaporación y turbinando como si lo comprendiesen todo. Basta darles una consigna, como por ejemplo: « Ves este reloj (dirigiéndose al fogonero y mostrándole un manómetro), si la aguja va por este lado, cargas, si va por el otro no. » El buen Indio hace lo que se le dice y las calderas no hacen explosión. Así es como dos ó tres hombres instruídos, procedentes casi siempre de las escuelas francesas, son suficientes para dirigir un establecimiento de esa importancia, que durante tres meses no para ni de día ni de noche, que emplea la electricidad para su alumbrado y cuyos aparatos de fabricación resumen todas las nociones de los conocimientos humanos en química, física y mecánica.

¿Hay necesidad de decir que el afortunado fundador de esa

gran industria ha edificado cerca del ingenio una hermosa casa según el modelo de un castillo del Poitou, que sirve de marco á una opulenta existencia? El parque y la huerta son únicos en el país sirviendo para demostrar que con previsión, y preciso es decirlo, con mucho dinero, se puede allí obtener del suelo todo lo que es grato á la existencia.

Aún nos hallamos en el invierno però en tanto que en un rincón un grupo de bananas empieza á madurar ya los melocotones y las cerezas están en sazón, los melones en flor y los espárragos y los freseros continúan dando sus productos como lo hacen sin descanso todo el año.

*
* *

Una cosa, sin embargo, nos preocupaba que bien merecía el interés que nos figurábamos. Pensando en el espectáculo que habíamos presenciado desde que recorrimos esa región viendo á todos los habitantes, hombres, mujeres y niños empleados en los cultivos de cañas todo el día con el cuchillo en la mano, cortando la caña y chupándola, nos preguntamos si se habría calculado cuánto podía costar ese derroche.

« Yo he hecho la cuenta, nos dijo el propietario del ingenio; es un mal capital contra el que lucho porque he comprobado que cada hombre por término medio, sin dejar de trabajar, corta para su uso y chupa nueve cañas; cada una de estas pesa cinco libras en la misma proporción, lo cual da un resultado de cincuenta libras por hombre y por día, así que, para trescientos trabajadores, durante cien días de labor, en cifras redondas, asciende á quinientos mil kilos de caña, ó sea el valor de quinientas carretas en peso; siendo la producción de una hectárea de cincuenta mil kilos ese mal destruye la de diez hectáreas, las que reducidas á azúcar á razón de seis por ciento de su peso total, darían treinta mil kilos de azúcar. Es una pérdida de 20,000 francos por lo menos impuesta anual-

mente al patrón por ese derroche de caña. El jugo de la caña no mantiene al trabajador, porque esa masticación constante engaña á su estómago y altera el aparato digestivo, por cuyo motivo preferiríamos más darle en carne el mismo valor y así dispondríamos á lo menos de una producción de fuerza en esos seres débiles que el más insignificante cambio climatérico hiere como víctimas propiciatorias. »

No nos habíamos engañado, esto requiere una reforma.

El reclutamiento de esos trabajadores tiene lugar todos los años; no habitan en las plantaciones, donde sólo algunos pasan el verano para escardar y demás operaciones de cultivo. En el otoño, el trabajador llega de todos lados y á veces de muy lejos, pero no aisladamente, sino por cuadrillas, especie de tribus, reunidas y contratadas por los *capataces*, encargados por el dueño del ingenio ó el cultivador de ajustarlos por su cuenta. Los contratos contienen condiciones especiales complicadas, que se remontan á la época de las capitanías españolas, del régimen de las *encomiendas*, que representaban algo de la esclavitud y del trabajo libre y siguen siendo lo que eran.

El trabajador al contratarse para la temporada recibe de manos del capataz, por adelantado, tres ó cuatro meses de salario y desde entonces pertenece al contratista por cuya cuenta ha recibido ese adelanto, no pudiendo dejarle sino tres meses después de haberle reembolsado; si se escapa, sale la policía en su busca y lo entrega aherrojado, quedando desde entonces vigilado. Esos anticipos son frecuentemente muy pesados para los propietarios, que no emplean en ellos menos de 100,000 francos en cada temporada y deben anualmente registrar en la página negra de los beneficios y de las pérdidas una cuantiosa suma, pero más prefieren correr esos riesgos que exponerse al de las huelgas ó abandonos individuales del trabajo, tan perjudiciales en una industria que no admite paralización.

Esos grupos de trabajadores, vengan de donde vinieren, traen consigo sus mujeres y sus hijos, sin olvidar sus guitarras. Véseles pasar en largas filas indias á caballo por los caminos al comienzo de Mayo, dirigiéndose al ingenio donde fueron contratados, dispuestos á formar allí un vasto campamento de familia.

El patrón cede el sitio para construir el *rancho*, más los maderos que sostendrán la choza y la paja que ha de cubrirla ; pero los que han de habitarla tienen el cuidado de dividir los maderos, reunir las yerbas secas y las cañas de maíz, que formarán las paredes y el tejado. El dueño concede dos días pagados por él para todo ese trabajo. Los hombres se ayudan mutuamente y en unas horas los grupos de chozas quedan construídos.

Entre esas gentes la mujer no hace nada, porque toda mujer que es propiedad de un hombre, marido, lo que es raro, y galante, lo cual es frecuente, vive del trabajo del varón y se limita á condimentar la comida y á tener cuidado de la casa. Así en las poblaciones se tropieza con grandes dificultades para obtener del sexo débil los trabajos que de ordinario le incumben, no pudiéndose cuando se tiene necesidad de una lavandera pedirla su mano con la pala.

La vida que se hace en esos campamentos no es para descrita, porque hay una libertad de costumbres que más vale ignorar, así como una ausencia de mobiliario que dispensa de toda descripción. Delante de la puerta está el eterno fuego, que se encuentra por todas partes en la América del Sur, cerca del cual yace una *pava* pronta á dar, á cualquier hora del día, la infusión de la *yerba mate*.

Por la mañana, las mujeres se dirigen al ingenio, donde el ecónomo hace la distribución de los alimentos en estado natural, carne casi á discreción, harina y maíz en grano. Nunca cambia la lista. Un número de bueyes suficiente, matados y descuartizados cada día y cortados en trozos sin dis-

tinción de categorías se les distribuye; cada uno tiene su ración, se la lleva y todos la condimentan de la misma manera. Un compuesto de carne cocida y de maíz forma el plato indígena, el *locro*, que es un alimento insípido, poco apetitoso que es preciso sazonar con buen hambre.

Al medio día y á las cinco de la tarde, los trabajadores lo encuentran cerca de su casucha, siendo este plato el que crea y estrecha los lazos de la familia, cuyo verdadero centro está en el estómago. Sin embargo, todos esos seres están lejos de ser esclavos de sus estómagos, porque esa alimentación, por frugal que sea, no la encuentran todo el año sino únicamente en la temporada de trabajo; en sus residencias no pueden engañar la carestía sino aprovechando las cáscaras silvestres del algarrobo. Por tales causas, las epidemias castigan á esos pobres desheredados con un rigor desconocido en otra parte. Después de la conquista, el contacto de los Europeos no les ha sido más beneficioso que á los demás habitantes de América. Es un hecho probado que los Europeos, templados por una larga selección, resisten á las enfermedades endémicas desde ha tanto tiempo aclimatadas en el viejo mundo, las que transportadas al nuevo han hallado en las gentes poco vigorosas de esa comarca un terreno de cultivo demasiado dispuesto donde todas se han desarrollado como la viruela, por ejemplo, ó el cólera que no deja un hombre en pie, aún allí donde los Europeos que podrían creerse expuestos á la miseria fisiológica de la aclimatación, resisten muy bien. Empero con ese pobre mecanismo humano es con el que treinta y ocho ingenios de azúcar, con aparatos perfeccionados, producen anualmente treinta millones de kilos de azúcar, es decir, la mitad del consumo de la República Argentina, y, hecho casi único en este momento en el mundo, pueden, en atención á la misma importancia de ese mercado abierto á sus productos, donde tienen en jaque la importación europea sin dejar de darla su parte, vender á un precio renumerador.

Todos los ingenios que pudiéramos visitar nos presentarían el mismo espectáculo. Ascienden á cincuenta y producen actualmente 50 millones de kilos de azúcar. En todos los puntos, la vida, el aspecto de las construcciones y de las elevadas chimeneas, son idénticos, y al lado de los ingenios que poseen una superficie plantada, más ó menos vasta, existen numerosos cultivadores que ocupan aproximadamente 16,000 hectáreas, quienes no fabrican, pero sí venden sus cañas en el ingenio. El oficio es bueno, porque se han dado casos de encontrarse á fin de año con el capital empleado en sus cultivos, en la adquisición de terreno y en la plantación de la caña, cuya duración ordinaria es de veinticinco años, triplicado, pudiéndose calcular los gastos realizados en doscientos cuarenta pesos ó sea mil doscientos francos por hectárea : por el precio de adquisición quinientos francos, doscientos por la plantación y quinientos por los cuidados de cultivo y los gastos de recolección.

Hoy el precio ha bajado algo, habiéndose multiplicado las plantaciones y continuado estacionario el número de ingenios ; pero los gastos de instalación quedan hechos, el precio de adquisición pagado y en poder de los cultivadores un producto de 950 francos, basado en una faena de cincuenta mil kilos de caña por hectárea, vendidos á 19 francos cada mil kilos ó sea un producto líquido de 450 francos por hectárea.

Así, todo en el país y la provincia progresa rápidamente ; el bienestar es general y las grandes fortunas numerosas. Los almacenes al por menor de Tucumán se hacen paulatinamente tan brillantes como en Buenos Aires y el comercio toma allí un desarrollo considerable, lo que no deja de sorprender si se calcula que lo que vale uno en París ó en Londres vale dos en Buenos Aires y tres en Tucumán.

La sociedad tucumana, sin embargo, aún no ha adoptado las costumbres modernas ; está muy encerrada en sí y recibe

poco, encontrándosela aunque rara vez en el teatro ó en la iglesia.

El teatro, á donde hay que conducir su silla y pagar cara la localidad ocupada, no parece atraerle mucho. La sociedad no desea molestarse; las bellezas tucumanas que gozan de justa celebridad están generalmente ausentes y apenas algunas se destacan en sus palcos; en cuanto á las *cholas,* esas grisetas de Tucumán, de las que se cuentan maravillas, sin duda esa diversión es cara para el bolsillo de sus adoradores porque también se dejan ver poco por el teatro.

En la iglesia es donde puede pasarse revista á la sociedad femenina. Á la hora de la misa mayor llegan todas, seguidas de una doncellita de color, china ó mulata, que lleva debajo del brazo una alfombra como si se dirigiesen á la mezquita. Esta costumbre, que ya desapareció en Buenos Aires, se conserva todavía en las provincias. En la nave, nada de sillas, se tiende la alfombra, se acurrucan medio arrodilladas en una postura elegantemente abandonada y agitan el abanico todas juntas pero con diversa gracia.

La alta sociedad enarbola los sombreros de París, que son siempre lujosos, pero no así de un género discreto. Es un extravío el renunciar á ese gracioso tocado que consiste en llevar una mantita de seda de China que se coloca en forma de mantilla sobre la cabeza; todos los colores del crespón de China y bordados que le adornan reflejan bajo la luz tamizada por las vidrieras un conjunto pintoresco; los sombreros de París sientan mal á una mujer indolente medio echada sobre su alfombra de oración.

*
* *

La sociedad de Tucumán, como en general la de las grandes poblaciones de las provincias del interior, presenta el espectáculo, olvidado en el litoral, de las ciudades coloniales

del siglo pasado. Al lado de la sociedad rica ó pudiente, en torno y por bajo de ella, se halla en número considerable la antigua población india, los mestizos indolentes de sangre pobre que viven miserablemente en el odio ó la ignorancia del trabajo. Se los encuentra por todas partes desde el alba alineados á lo largo de sus lúgubres moradas. Todas las puertas están guarnecidas de gente á la hora matinal, son filas de mujeres, de jóvenes y de niños en pie, el cuerpo cubierto con una mala bata, los pies descalzos, en la cabeza un chal de lana invariablemente negro que se deja caer sobre los hombros y bajo el cual se ocultan los brazos y las manos fría é indolentemente. En el verano la mujer descansa á causa del calor y en el invierno no se mueve por no sacar las manos de debajo del chal.

Á pesar de todo, la inmigración europea hará bien en no dirigirse sino con medida hacia esa región azucarera porque si sus habitantes son perezosos tienen además el vicio de contentarse con poco, apareciendo así demasiado cara la mano de obra europea.

Los Europeos no pueden emplearse allí sino en concepto de artesanos ó de conductores de trabajos como ya lo son en los ingenios.

II

De Tucumán á Santiago del Estero hay, en línea recta, treinta y cinco leguas de posta, las que en otro tiempo se recorrían en diligencia en quince horas; el camino de hierro ha cambiado todo esto y hoy se necesitan por ese medio de locomoción rápido treinta y seis horas para llegar al último de dichos puntos. Esto se llama un progreso.

Así, pues, saliendo á las seis de la mañana de Tucumán se llega á Santiago al día siguiente á las cinco de la tarde, porque es preciso, con efecto, por medio de una feliz combina-

ción, tomar el tren cotidiano de mercancías hasta la estación Frías, ó sea diez horas de camino, luego comer y pernoctar en Frías para esperar el tren que sale cada dos días para Santiago. El itinerario de Tucumán á Frías ya nos es conocido, atraviesa las ricas llanuras cultivadas dejando á derecha é izquierda todos los ingenios y las plantaciones que ya no tienen secretos para nosotros; después pasa por el puente que separa esta provincia de su limítrofe para volver á entrar en la selva y no salir de ella más.

Frías se halla en plena selva y aún es de día cuando se llega á esta población de modo que se pueden visitar las serrerías y las explotaciones forestales que son muy numerosas y trabajan con ardor. La selva surte á los talleres de asserrado el vapor, el combustible y la materia laborable, haciendo aquéllas traviesas de camino de hierro. Cada tronco provee de dos y es una maravilla el ver cómo la sierra circular penetra en esa madera dura como el hierro revelando á su paso la granulación lisa en vetas de todos los colores, amarillas, rojas y verdes. La especie que más abunda es el quebracho, que, con el corte de la sierra toma el aspecto de una caoba de superior calidad.

Esas traviesas, colocadas en el suelo, se conservarán intactas para las futuras generaciones y aparecerán después de un siglo apenas tocadas por la humedad : no podría esperarse otro tanto de las traviesas de hierro. Las extremidades, los residuos y los ramajes se aprovechan para alimentar los fuegos de las locomotoras.

El quebracho colorado ha sido clasificado como una *anacardácea* bajo el nombre de *loxopterigium lorentii*, siendo su única aliada la especie *loxopterigium sagotii hoki*, indígena en a Guyana francesa.

Produce una madera de aspecto rojizo de una dureza excepcional y de ahí su nombre de quebracho (quiebra hacha, rompe hacha); este árbol es muy recto, sin nudos, con buena

corpulencia pasando rara vez de ocho metros de altura. Presenta una gran resistencia y una duración casi ilimitada. Su densidad es de 1.35 descendiendo en los árboles muy viejos á 1.27. Á la falta de poros, tapados por las materias incrustantes, debe el quebracho su gran peso específico.

Su corteza contiene de 6 á 8 0,0 de curtiente, la albura de 3 á 4 0,0 de tanino, el corazón de 19 á 22 0 0 también de tanino.

Ofrece el singular fenómeno el quebracho de elaborar en su corteza el curtiente, como el roble, el castaño y tantos otros vegetales, conteniéndolo como ellos en su albura pero depositándolo además, en el estado de concreción, en cantidad considerable, en toda la parte central de la madera. Á la vez se produce en el líber de la corteza una goma que tiene las propiedades de la goma arábiga y que se puede recoger pura por medio de una incisión hecha en la corteza. Esa goma se reconcentra en el corazón del quebracho, absorbiendo en el trayecto todo el curtiente producido, de modo que es curtiente engomado el que se ha aglomerado en la parte central del árbol. Como el corazón del quebracho representa las dos terceras partes de él y á veces las tres cuartas de la totalidad del árbol, la cantidad de curtiente que está comprendida en esa esencia es considerable. Esa goma representa con respecto al curtiente un destino importante porque lo cubre como de un barniz é impide en absoluto su alteración. La tenería y otras industrias encontrarían en ese curtiente un agente precioso. La tintorería hallará en él una materia colorante porque ese curtiente cuyo color es rojo oscuro se convierte en rojo vivo por los ácidos y toma tintes que varían del rojo al negro mediante ciertas sales, tales como las de hierro. Su goma puede servir al mismo tiempo para fijar los colores en los tejidos de algodón.

Su extracción que puede hacerse por el agua, es de las más económicas. Desde hace mucho tiempo los curtidores del

país emplean la madera en el estado de aserrín ordinario para el curtido de los cueros. Bajo la influencia de su clima propicio y de la poderosa acción combinada de ese curtiente las pieles de buey son curtidas en siete ú ocho meses dando cueros cuya impermeabilidad indica la calidad. El escollo que nuestros curtidores de Europa no siempre han sabido evitar, es el de emplearlo en dósis demasiado elevadas, porque tiene el inconveniente de colorar las pieles en rojo pálido, inconveniente poco grave en verdad cuando se considera la insignificante proporción de cueros que no son entregados ennegrecidos al consumo.

La madera de quebracho presenta una preciosa cualidad la de conservarse indefinidamente en el suelo y en el agua dulce ó salada. Esta madera se encuentra en diversos vestigios de obras hechas por los jesuítas en diferentes puntos de ese país hace más de un siglo; es una madera perfectamente sana y ha adquirido una dureza todavía más grande.

Los buques de cabotaje de los ríos Paraná y Uruguay, construídos de esa madera, tienen una larguísima duración. Se emplea además el quebracho, con *exclusión de cualquier otro*, en los durmientes de la vía del Estado y de las compañías de caminos de hierro de la República Argentina. El camino de hierro del Oeste en Buenos Aires data su construcción de 1857 y al cabo de veintitres años todavía no se ha podido saber la duración mínima de esa madera.

El precio líquido del durmiente de quebracho es más elevado que el de roble pero su duración compensa la elevación de precio, por cuyo motivo excitaríamos al gobierno francés á que hiciese el ensayo del quebracho en las líneas de su explotación.

*
* *

Lo que es difícil de resolver en ese modesto centro de población futura es la cuestión de aguas, porque éstas no exis-

ten en la superficie y las lluvias son escasas. Ha habido, pues, que abrir pozos, pero la capa de agua era poco abundante y se agotaba rápidamente; entonces se procedió á horadar el subsuelo en busca de pozos artesianos y en una profundidad de varios centenares de metros se halló una capa de agua que brota y se eleva por encima de la primera casi hasta el nivel del suelo. Bastó entonces el uso de una bomba para hacerla subir á la altura de los sedientos lábios de los hombres.

Posteriormente se construyeron casas, se trazaron calles y la especulación se apoderó de los terrenos, hablándose de venta por metros allí donde la víspera no se hallaba comprador para la legua.

De Frías á Santiago hay ciento setenta y dos kilómetros de vía férrea y algunas estaciones, pero todas en medio de las selvas y desprovistas de agua. La locomotora arrastra cinco ó seis vagones-cisternas y en cada parada las mujeres del lugar se aglomeran provistas de los mas raros recipientes con el fin de recibir desde lo alto del vagón, de donde se les echa, un agua templada por ese viaje al sol, cargada de impurezas, recogidas en el tránsito, de un color amarillo ú oscuro, que esas desgraciadas gentes aguardan y recogen de esa fuente durante todo el año.

Con los habitantes, que acuden todos á las estaciones para ver pasar el tren, se hace en seguida un cambio de presentaciones, natural entre gentes cansadas de la soledad. Pero lo que une á toda esa gente, es sobre todo, un lazo común que nadie podría suponer tan poderoso, ese lazo es la pasión general, común á todas las clases, de las riñas de gallos, que es allí una epidemia al lado de la cual aquellos que no están contaminados pueden pasar sin entrever su gravedad. Desde Rosario sólo algunos viajeros llevaban un gallo bajo el brazo pero á medida que se avanza no se ven brazos sin gallos.

Un viajero de distinción, poseedor de un ingenio de azú-

car, antiguo gobernador, á quien llamámos la atención acerca de esto, se asombró de nuestra extrañeza confesándonos que también él viajaba con dos gallos, sólo que los llevaba con el equipaje. Pero, señor ¡qué gallos! nos dijo, y seguidamente nos contó sus prodigios, iniciándonos en esa clase de sport y haciéndonos saber que ninguno de esos gallináceos tenía semejanza con otro; que el gallo de pelea tiene superiores méritos que el caballo de carrera, que enriquece á su amo (ó le arruina, pero poco importa) tan positivamente como el otro. Para él, que es un apasionado, nada vale, naturalmente, tanto como el objeto de su pasión ; vive con sus animales y los conoce tan bien que al pasar por un pueblo reconoció sin verlo, sólo por oir su canto desde lejos, un gallo que le habian robado hacía dos años.

Su pasión le entusiasmaba, por lo cual quería mostrarnos acto continuo una riña en plena estación, y lo hubiera hecho como lo decía á no ser porque los fogoneros y los conductores habían terminado el opíparo almuerzo que se les sirve en la fonda y porque la madera estaba ya cargada y cada habitante tenía su ración de agua potable, así que en verdad no había nada más que hacer que partir, como se ejecutó.

Sin embargo, no se dió por satisfecho y tuvimos que asistir en el trayecto á una pelea en medio del vagón, la cual no dejó de interesar vivamente á todos nuestros compañeros de viaje.

* * *

Los alrededores de la ciudad de Santiago no son tan encantadores como los de Tucumán, porque los riegos son más difíciles , además allí únicamente el terreno por donde pasan los canales puede ser utilizado y fertilizado. Así no distinguimos ninguna chimenea de ingenio de azúcar, pues si bien el país contiene siete de éstos, seis se encuentran escondidos en las selvas y sólo uno está establecido inmediato

á la vía, el más importante, perteneciente á un Francés, M. Saint Germés, del cual ya nos ocuparemos. Los demás no se revelaban más que por los postes, que apercibíamos en línea recta, sosteniendo los hilos telefónicos que los ponen en comunicación con la ciudad. En ese país extraviado, separado todavía ayer del mundo civilizado por doscientos kilómetros de selvas sin aguas, el teléfono es de un uso más general que en París, pues lo poseen á su costa los ingenios distantes diez leguas y están en constante comunicación con sus oficinas de la población. Esto quizás merezca ser tenido en cuenta.

Santiago es una capital de Provincia, de Estado, tiene un gobernador, su Cámara de diputados, su Senado, su Constitución, sus pasiones políticas, su policía, su milicia, su cabildo, en fin, todo lo que constituye el organismo de un Estado; pero le falta una cosa, la vida. ¿La tendrá algún día? Su mísero suelo ni aun le promete porvenir agrícola. El único elemento de progreso que posee es el río Dulce, corriente de agua lenta y sin importancia, de más de un kilómetro de anchura, entrecortada por bancos de arena, sin ninguna profundidad, excepto en la época de crecidas.

La ciudad de Santiago no se deja adivinar hasta que se está en medio de la plaza.

Nosotros llegamos á ella en un día de fiesta. En todas las poblaciones de la República se celebran todos los santos, y el 29 de de Junio, fiesta de los dos apóstoles, no escapa á la ley general. Nadie se queja de arruinarse en fiestas, porque la indolencia criolla se aviene con esos frecuentes reposos.

Nosotros conseguimos asistir á la reunión de la sociedad local en la plaza, que es, como hemos dicho, semejante en todo á las plazas de las otras poblaciones de la República; los mismos monumentos y la misma conformación; el cuadrado tiene igual extensión; el lujo moderno ha introducido algunos árboles y creo que hasta una fuente, pero en todos casos un

kiosko donde toca los días de fiesta la música del regimiento de infantería que se halla allí de guarnición.

La sociedad aprovecha la ocasión de reunirse. Carruajes de modelo algo antiguo alternan sus galopes por las polvorientas calles sin empedrar que dan la vuelta á la plaza y nadie riega, en un país donde el agua por poco se vendería á dracmas en las farmacias. El paseo al galope es del mejor tono, y todo mortal afortunado que posea un coche faltaría á sus deberes sociales si no se exhibiese en aquel sitio; así nadie deja de presentarse en la plaza. Los dichosos poseedores de esos vehículos, después de dar dos ó tres vueltas, cuando han levantado su polvareda (en el sentido preciso más que en el figurado de la palabra), se apean y se confunden con la multitud poco compacta de sus impuros criticones. Estos últimos, que no pueden hacer brillar más que su sombrero de copa, signo seguro de una gran extracción, se pasean en todas direcciones causando el júbilo de las numerosas bellezas que salen de vísperas y afluyen en cerradas filas con los ojos muy abiertos.

La noche llega pronto en Junio así que también se corre demasiado pronto el telón sobre ese *tour de persil* exótico que no es quizás más ridículo que el de las Acacias en París.

Tuvimos la buena suerte de encontrar una galante hospitalidad por parte del gran industrial y compatriota M. Pedro Saint Germés, propietario del notable ingenio que vimos á lo largo del camino de hierro. Pasaba la noche de San Pedro en su casa de la ciudad y nos la ofreció. En ellos encontramos un gran número de personajes, senadores, diputados, ministros, cuya personalidad, si no su destino, tiene allí tan gran importancia como la del *Lord-Mayor* en Londres. Se habló mucho en torno de aquella mesa tan distante de todo, donde los ecos del viejo mundo llegan siempre muy apagados y donde no se da importancia sino á las cuestiones locales y á

los precios más ó menos altos del ganado, la tierra ó el azúcar. Había allí grandes propietarios que poseen cien leguas de tierra y crían con dificultad doscientas cabezas por legua ó sea una cabeza por diez hectáreas, es decir, diez y quince veces menos que en la Provincia de Buenos Aires.

También se ocuparon mucho del azúcar aun cuando sea éste un producto muy nuevo en el país. Nos despedimos hasta el día siguiente para recorrer la plantación de M. Saint Germés.

*
* *

Se halla dos leguas distante de la ciudad con la que está unida naturalmente por el teléfono. Un carruaje nos condujo á la plantación atravesando rápidamente las últimas calles de a ciudad. En el espacio de los caminos que las ensanchan y que cierran espesos vallados, apenas existen algunas casas escalonadas; todos los terrenos están desmontados y sólo á lo lejos, encuadrando el paisaje, se divisa la selva que cruzamos el día anterior, dando al ingenio, al que llegamos rápidamente, un aspecto pintoresco.

El ingenio es de los más principales pues es el primero en antiguedad y en importancia en Santiago. Digamos más en honor de los Franceses que residen en el extranjero, á M. Saint Germés es á quien debe Santiago la creación y hasta la idea de la creación de la industria azucarera.

Hace ocho años se encontraban algunas plantas de caña de azúcar en los jardines de Santiago pero nadie se ocupaba de su cultivo ni pensaba que pudiese llegar á ser industrial. El ejemplo de Tucumán no había sido de ninguna utilidad porque se suponía que esta Provincia vecina debía su prosperidad á sus regadíos de los que el país de la sequía se hallaba de antemano desheredado.

M. Saint Germés que hacía algunos años había introducido en Santiago la industria de la molienda, ofreciendo al cul-

tivo una salida, determinó á los habitantes á sembrar trigo y pensó, no sin razón, que la caña de azúcar prosperaría allí tan bien como en Tucumán. Tuvo, pues, la temeridad de emprender este nuevo cultivo y la construcción de un pequeño ingenio.

El éxito fué tal y el número de los plantadores aumentó con tal rapidez, que fué preciso construir al lado del pequeño ingenio uno grande, lo cual se hizo. En la actualidad dicho ingenio elabora desde el 15 de Mayo hasta el 1.° de Setiembre más de dos millones de kilos de azúcar y durante el resto del año dos pipas de alcohol por día. ! Los Ingleses que desearían adquirirlo todo, ingenios, plantaciones ya hechas, terrenos desmontados, regadíos y siete leguas de selva, que surten al ingenio de la madera que consume, hablan ya de un precio de 10 millones de francos! He ahí lo que producen en América la inteligencia y el trabajo de los Franceses.

Describir el trabajo y el ingenio, sería repetir lo que ya hemos visto en Tucumán. Lo que un Francés realizó en Tucumán otro lo ha hecho en Santiago. Esfuerzos del mismo orden, han dado resultados similares.

Después de visitar ese ingenio, quisimos ver otro con el fin de poder comparar los resultados obtenidos por un criollo con respecto á los de los Franceses.

Para dirigirnos á él tuvimos que pasar á nado el rio Dulce, que tiene más de un kilómetro de ancho, y atravesar cuatro leguas de selva, en suma un paseo á caballo muy agradable que hubiera sido penoso en coche dada la polvareda que este hubiese levantado.

Esa región ofrece la ventaja de que la cruza un canal de riego, en cuya longitud bajo el bosque, sin cuidarse apenas de desmontarlo completamente, se escalonan los colonos. Éstos pueden á su vez tomar el agua del canal, regar sus tierras, producir trigos, maíz y alfalfa, casi á la sombra de la selva en

angostos pero claros espacios, mientras en otros de estos, en recodos desmontados, se produce la caña que venden los colonos en el ingenio á donde nos dirigimos.

Quizás, á primera vista, hayamos sido severos con esta pobre Provincia. Un arroyo basta para revelarnos lo que puede producir por la parte que recorre ; su fertilidad es, pues, real y los árboles que la cubren dan de ello prueba pero el agua sola podrá ayudar al hombre á hacer brotar del suelo los productos que le son necesarios y que pueden compensar sus trabajos.

La plantación á donde llegábamos y el ingenio se anuncian por una densa aglomeración de chozas de paja en desorden, la *rancheria*, que se encuentra por todas partes, ó poco menos, y que da una triste idea del estado material y moral de los pobres trabajadores que viven en ella.

La plantación es muy hermosa y abarca un frente de dos leguas sin mucha densidad; envuelta por un doble canal de riego, destaca sus cañas por encima de la talla de un hombre. El trabajo de la fabricación se hace allí sobre poco más ó menos, como en los demás puntos, siendo un director francés el que lo dirige.

Santiago, á donde regresamos al caer el día para salir al siguiente, ofrece pocos atractivos. Debemos decir, sin embargo, que nosotros llegamos con grandes prevenciones respecto á su suelo, clima y porvenir de su población, y que salimos habiéndose desvanecido casi todas. No será nunca un centro social muy activo, pero con el tiempo y con el agua será un país de producción que podrá sostener la comparación con muchos otros.

III

El regreso de Santiago á Rosario se hace de día y de noche como á la ida, atravesando el mismo paisaje agreste. Pasamos sin detenernos la selva, las salinas, las estaciones y

las fondas, los almuerzos y las comidas terminados por la eterna pasta de membrillo y el queso adulterado de Tafí; lanzamos una ojeada en conjunto sobre Córdoba; pasamos también la pampa todavía de noche en sleeping-car, donde se duerme perfectamente, y llegamos al alba á Rosario, que no hemos hecho más que atravesar á la ida.

Rosario es la segunda ciudad de la República Argentina. ¿Será esta una razón para detenernos en ella más tiempo? Podría creerse así consultando las estadísticas si allí como en todas partes no hubiese que desconfiar de ellas, no porque mientan sino porque las toneladas y los metros cúbicos, aunque estén acumulados por millones, no son suficientes para hacer deliciosa una estada. Se necesita algo más que eso.

Se llega á Rosario por la línea de Córdoba que nosotros seguimos, por la de Buenos Aires ó por la vía fluvial del Paraná, pero por todos los lados la ciudad despierta la misma impresión de pueblo de mucha animación por el tráfico y que está en pleno desarrollo. Rosario forma en realidad una especie de triángulo que recibe la vida por sus tres lados.

Á ochenta leguas de la embocadura del Paraná en el Plata, y á cincuenta leguas del mar, Rosario es un puerto donde abundan los vapores transatlánticos y donde la navegación fluvial tiene su principal estación. Cabeza de línea de las vías férreas que se dirigen hacia los Andes y los límites extremos de la República, Rosario será dentro de poco el punto á donde confluirá todo el comercio de Chile, del Perú y de Bolivia. Digamos, además, que es el centro de los países de cultivos y el granero de trigo de la América del Sud. Esto es de gran importancia para el porvenir de Rosario. El presente es suficiente para dar al tránsito de las carretas una actividad tan grande como la de Buenos Aires, habiendo en la ribera y en todas las calles un movimiento comercial que la hace ser la hermana menor de la capital de la República.

Rosario se distingue de las demás ciudades de la República

por un rasgo de carácter que le es particular: es la única ciudad importante de la nación que no es capital de un Estado.

Aunque es hoy la población principal de la Provincia de Santa Fe, Rosario no es sin embargo la capital porque Santa Fe, de creación más antigua, es una ciudad histórica mientras la otra es una ciudad comercial. En Santa Fe se constituyó una sociedad en la época colonial, la cual fué desarrollándose paulatinamente, habiendo residido siempre en ella los poderes públicos. Rosario como ciudad comercial tiene algo de particular en este género: es una ciudad sucursal. Las principales casas y las grandes bancas de Buenos Aires, por las necesidades de su comercio, y posteriormente las grandes industrias del interior por las necesidades de su tránsito fundaron en Rosario sucursales; ahora bien, para una sucursal basta un empleado y cuando llega la hora de la prosperidad el empleado gana en importancia y todos los que han ido en la misma forma, como destacados de vanguardia, hacen igual que él. Esto constituye una aglomeración de gente pero no una sociedad ni una ciudad.

Allí no existe sociedad indígena, y sólo los extranjeros hablan todas las lenguas. ¿Cuál es el resultado de esto? Que se desconocen las reuniones sociales y los puntos de reunión y que las familias que poco á poco han ido instalándose en Rosario no han bastado para formar una colectividad y como consecuencia fatal los empleados antiguos siguen solteros.

Rosario es, pues, una ciudad de celibatarios así como Córdoba es una ciudad religiosa. Esto no quiere decir que no haya mujeres muy aristocráticas en la primera pero son más ó menos beatas; tampoco quiere decir esto que en la sociedad, muy democrática, de la segunda no haya jóvenes casaderas y que no se verifiquen de cuando en cuando casamientos y nazcan también hijos, no, pero como falta la mujer y el salón que ella rige, los celibatarios, que son la mayoría, se ven obligados para darse la ilusión de una sociedad, á reunirse por la

noche en los cafés, donde, á falta de artistas de profesión, ellos mismos hacen de músicos de afición y matan el tiempo como pueden.

Sus ocupaciones les absorben el día. Importación, exportación, tránsito, esto basta, según parece, para llenar su vida, pues cuando se ha pasado el día en estudiar las muestras de trigo y de azúcar, en comunicar sus impresiones por el cable y en recibir las del mundo entero, se puede acostar uno contento en el celibato.

Así, pues, un día en esa población de negocios, para quien no tiene ninguno, es pesado. Existe un teatro, el Olimpo, de mucha capacidad, pero está cerrado la mayor parte del tiempo. Sin embargo, Sarah Bernhardt dió en él en 1886 algunas representaciones, y ese pueblo de comerciantes supo pagar á alto precio los goces del arte.

Lo que también se paga á un precio subido en ese rincón próspero de la República, es la tierra. Aún no hace más de diez años que la que se hallaba fuera de la Provincia de Buenos Aires y aún de su vecina, estaba abandonada y sin valor en venta : hoy Santa Fe ocupa un rango casi igual al de su vecina. El país que dejamos descrito es el de los cultivos, el vapor que debe llevarnos hacia las regiones del Norte, del Chaco y de las Misiones hace vibrar su silbato ; aproximémonos, pues, á la ribera.

Pero todavía no hemos acabado con las regiones que producen la caña de azúcar.

*
* *

Tucumán representa perfectamente el primer lugar con sus treinta y ocho ingenios repartidos en un reducido territorio muy fértil y muy cultivado ; Santiago, el segundo, con ocho ingenios, diseminados en un territorio más espacioso, pero menos regado y de más difícil cultivo. Sin embargo, esta industria no ha tomado todavía posesión del dominio que debe

ser suyo y no surte aún al consumo local sino en la mitad de lo que requiere, y si bien aumenta de año en año, su producción no excede todavía de la mitad de un consumo que cada año se aumenta más.

Se acerca el tiempo en que otras regiones impulsarán con actividad la concurrencia, que ya han emprendido, contra Tucumán y Santiago.

Para tomar las cosas en el punto en que se hallan hoy, digamos que Tucumán conservará largo tiempo su supremacía, porque la debe sobre todo al esfuerzo que ha hecho para asegurarla hasta aquí por los capitales y por el crédito. Sus treinta y ocho ingenios representan un valor de cien millones gastados desde hace diez años, los que, necesariamente, han alentado al plantador para aumentar cada año sus cultivos.

En Santiago el esfuerzo no ha sido tan poderoso; además, el suelo, menos regado, no se prestaba sin preparación á la fundación de numerosos ingenios; posee ocho de éstos y parecen ser demasiados porque algunos, si no se han cerrado, apenas producen utilidad.

El mayor obstáculo para el desarrollo de esta industria en esas dos Provincias lo es menos el clima, sin embargo de no ser el que exige la caña de azúcar, que el precio de los transportes.

Recordemos, con efecto, lo que hemos dicho de Buenos Aires, centro comercial y financiero y á la par centro de confluencia y de atracción. Los productores de azúcar que podrían dispensarse de ir tan lejos á buscar un mercado de consumo, no pueden evitar el acudir allí por los elementos de crédito de que tienen necesidad, porque los créditos abiertos requieren garantías y larga retribución. Los capitales no se conforman con los intereses que ganan regularmente por esa colocación, sino que quieren aumentarlos con comisiones de consignación, almacenaje, venta, derechos, etc., y los capitalistas, para asegurarlos, exigen que los productos de la región

azucarera vayan á parar á sus almacenes inmediatamente después de que se haya hecho la faena aunque más adelante tengan que emprender de nuevo un largo viaje por las mismas vías para encontrar el consumidor. Esto impone al productor gastos ruinosos, así que siempre tiene necesidad de alelantos y cae constantemente en el mismo error, que le cuesta, sólo en transportes cuarenta y tres centavos, por arroba de veinticinco libras, de Tucumán á Buenos Aires, donde esa arroba de azúcar se vende á un máximum de dos duros.

Añadamos á esto el precio de los transportes pagados desde el litoral hasta el ingenio por todo el material cuando su instalación, y se comprenderá contra qué dificultades tiene que luchar la industria azucarera de las provincias del interior y por qué es tan poco próspera á pesar de la amplitud del mercado que facilita su explotación y cuyos pedidos no puede todavía satisfacer.

El propietario de un ingenio de Santiago del Estero, nos demostraba con documentos justificativos, que habiendo emprendido la construcción de su ingenio antes de que el camino de hierro hubiese enlazado la estación Frías con Santiago, tuvo que hacer cargar su material en esta estación en carretas para un viaje de ciento setenta y dos kilómetros que hay entre esos dos puntos. Para ello tuvo que comprar quinientas mulas, igual número de bueyes, construir carros especiales y emplear seis meses en estos transportes que le costaron, hecha la cuenta desde Rosario, puerto de desembarco, hasta su ingenio, cerca de 100,000 pesos, duplicando así el precio de la adquisición.

Cuantas personas construyeron en Tucumán antes de establecerse el camino de hierro, tuvieron que hacer los mismos gastos.

Así, la mayor parte de los dueños de ingenio están desalentados y muchos lamentan su grandeza que les retiene tan lejos de la costa.

Por el contrario, las regiones que lindan con los principales ríos parece que están llamadas á un porvenir más fecundo, porque si bien su alejamiento del centro financiero no es menor ni más grande, el río las acerca.

Esas regiones denominadas, sobre la ribera occidental del Paraná, el Gran Chaco, sobre la oriental, provincia de Corrientes, y sobre la superior del alto río, el Territorio de las Misiones, serán en un porvenir próximo los verdaderos centros prósperos de la industria azucarera.

*
* *

El puerto del Rosario, en el que nos hallamos y desde donde vamos á emprender la navegación bastante larga que nos conducirá á esas comarcas, revela ya su actividad.

Hace diez años que los vapores transoceánicos le unen con el Havre, Liverpool y Glasgow. Una compañía francesa, la de *Chargeurs réunis*, la primera, tuvo la fecunda idea de construir para los viajes directos sin trasbordo, una flota especial que pudiera remontar los ríos hasta el punto que la naturaleza señalaba como el centro del tránsito, Rosario, situado á ochenta leguas de la embocadura del Paraná en el estuario del Plata y á ciento setenta leguas de la desembocadura del Plata, en el mar.

Todas las previsiones fueron superadas después, hoy ya ese puerto fluvial del Rosario, está obstruído de vapores correos de gran capacidad, y sin hacer una competencia peligrosa al de Buenos Aires, es ya una sucursal de las más importantes, no faltándole para ser un puerto á la medida de su destino, sino la realización de los proyectos de dársenas y de diques, hace tanto tiempo prometidos como reclamados.

Delante de la ciudad, el Paraná, como para señalar el lugar de esa estación, hace un recodo: el brazo principal del río tiene unos tres kilómetros de ancho hasta la primera isla

y para llegar á la otra ribera, que es la de la Provincia de Entreríos, es preciso recorrer veinte leguas.

La más importante de las líneas de vapores correos que remontan el río, es el Lloyd argentino, cuya notable flota acaba de ser absorbida por la gran Compañía la Platense que, de francesa que era, se ha convertido en escocesa en 1886, tomando posteriormente una importancia, imprevista de todo el mundo, bajo la dirección de MM. A. Denny and C.os de Glasgow, que eran ya dueños de la navegación del gran río de Birmania el Irraudy.

Algunos de los correos de esta compañía, por ejemplo el *San Martín*, son muy hermosos, estando alumbrados con luz eléctrica y acondicionados para hacer un viaje de los más agradables, que puede decirse es un paseo.

El río no se remonta con rapidez, porque en cada escala se pierde mucho tiempo. El viaje, hay que confesarlo, es monótono. El río es grande, vasto y los horizontes ilimitados, lo cual, precisamente, da á sus aspectos una monotonía desesperante : las costas están muy lejos y sólo en los momentos muy raros en que se sigue una, el paisaje, teniendo un fondo y un marco, toma un relieve, es preciso admirarlo recordando á la vez la magestuosa inmensidad de la corriente de agua.

Esa inmensidad no se deja conocer por sí misma porque lo que se ve son islas bajas cubiertas generalmente de una escasa vegetación y aguas planas. Sí, el agua, ese fluido que segun los físicos busca siempre su nivel, que no podría tener otro aspecto que el de una superficie nivelada, tiene sin embargo más ó menos de planicie y de relieve. Aquí el relieve falta porque el agua es verdaderamente llana. Á veces el río se ensancha, es decir, que el brazo que se recorre deja de estar limitado por dos islas más ó menos distantes ; entonces forma una llanura lo que los marinos llaman una *cancha* (una esplanada) inmensa, pareciendo que se entra en un gran lago

cuyas orillas apenas se distinguen en una nebulosa lontananza. Los días de viento esas *canchas* son muy peligrosas sobre todo para las pequeñas embarcaciones. De tarde en tarde se encuentran goletas de dos palos que prestan al paisaje la vida de que carece; su arboladura es extraordinariamente alta con el fin de sobrepasar á los árboles y de recibir todo el viento por encima de toda la armadura. Tienen casi siempre las velas desplegadas lo cual les da un porte magestuoso y sobre el paisaje un valor tanto más grande cuanto más liso es éste. Las goletas forman á la vez relieve y punto de vista divisándoselas fácilmente á varias leguas de distancia marcando sobre el fondo del cielo su imponente silueta. Van cargadas de mercancías de procedencia europea y vuelven con madera, cueros ó naranjas, que son los productos de la parte alta del río.

Á bordo, la animación es grande. Esos cuadros, sin gran colorido, son nuevos para los numerosos turistas de ambos sexos. Todas las edades parecen hallarse en disposición de divertirse al unísono. El salón se presta para las grandes reuniones; la temperatura es agradable, las disposiciones buenas y el piano soportable, por cuya razón se empieza por canciones y se acaba por bailes.

La cocina es una mezcla cosmopolita, donde el aceite español dora sin embalsamarlas las frituras italianas, todo regado de un vino procedente de Burdeos, que la emigración de allende los mares ha agriado ligeramente; pero el comandante es un hombre encantador que colma de huevos pasados por agua á las personas á quienes la cocina, muy sabia, asusta.

La escala principal es la ciudad de Paraná que era en otro tiempo la capital de la República no siendo ahora más que la de la Provincia de Entreríos. Ha tenido su hora de grandeza, y su historia social registra el hecho de que después de haber

instalado el alumbrado de gas, Paraná renunció á él por parecerle que ese progreso no estaba en proporción con su decadencia. Pero lo que no ha perdido esta ciudad es su aspecto pintoresco. El país accidentado presenta por todos lados puntos de vista tanto más gratos de registrar cuanto que en esa parte de la América del Sur la llanura es la norma de la naturaleza. También hay en Paraná una vegetación arborescente natural lo cual es suficiente para distinguirla de las regiones pampas. La ciudad, sin embargo de que ha perdido su pasada gloria, parece hallarse en vísperas de reconquistar una parte de ella siendo capital de Provincia y cabeza de línea del camino de hierro que cruzará el Entreríos. Un tranvía comunica el puerto con la ciudad por una calzada practicada sobre el acantilado.

Después de haber abandonado á Paraná, la navegación sigue con más constancia la costa occidental Este, la de Entreríos ; las estaciones carecen de importancia siendo simples puntos de cambio de correspondencia hasta que pasando los límites de esta provincia para recorrer la de Corrientes se haga escala delante de algunas poblaciones que, por lo demás, no se divisan, tales como Bella Vista y Goya.

De éstas es de donde parten los correos locales que cruzan el río y prestan el servicio por la otra costa, la del Chaco, que está situada á cuatro leguas de allí.

Las regiones que confinan con las dos costas, apenas tienen semejanza. La Provincia de Corrientes tiene una antigua existencia, su clima es, sobre poco más ó menos, el del Paraguay, hablándose allí el guaraní que los jesuítas habían clasificado como lengua universal porque la encontraron en uso en todas las partes centrales de América, donde establecieron misiones, hasta en las Antillas. Los indígenas que los Españoles hallaron allí tenían ya ciertas nociones de cultura y una gran dulzura de costumbres así que se mezclaron rápidamente con ellos y hoy es díficil encontrar una familia que

no cuente entre sus antepasados algún guaraní. Ya hemos visto los restos de ese pueblo amable y dulce cuando penetramos en las Misiones.

*
* *

Sobre la otra costa la cosa cambia de aspecto. El Chaco parece haber sido antes de la conquista el país de refugio de todas las razas indómitas, rechazadas por los Españoles y los colonos. La raza dominante es la de los *Tobas* cuyas ramificaciones se estienden hasta Bolivia á través de inmensos territorios. Su último crimen es la muerte de nuestro compatriota, el doctor Crevaux en 1882. El fin doloroso de un hombre de tan excepcional energía parece que ha aumentado mejor que disminuído el ardor de los exploradores, porque dos Franceses han emprendido ahora, por separado, con sus recursos personales, las exploraciones, el uno es M. de Brettes y el otro M. Thouar.

También están emprendiendo los Franceses sobre la costa y con éxito mas tangible, la colonización del litoral de esa comarca.

En aquella parte se fundó una colonia por una empresa francesa sobre el río de Oro en 1876, pero fracasó á pesar de sus esfuerzos, de sus capitales y de la energía de los hombres que la dirigían. Consumió quinientos mil francos, pero enseñó el camino y hoy todo el litoral del Chaco, desde ese punto hasta los límites argentinos, en Formosa, en frente de la Asunción del Paraguay, se cubre de plantaciones de caña, ocupando allí los Franceses un puesto de preferencia.

El ingenio de azúcar y la plantación más importante se deben á dos Franceses, M. Andrieu y M. Barraud, siendo conocida bajo el nombre de colonia Ocampo, denominación de su propietario, D. Manuel Ocampo Samanés, que ha empleado diez millones en sacar á ese país de la barbarie, en instalar familias europeas, ingenios de azúcar, azúcarerías, explota-

ciones de maderas, un camino de hierro, el primer pueblo y la primera iglesia, habiéndose surtido de tan importante material en las fábricas francesas.

No podríamos pasar tan cerca de esta gran fundación sin detenernos en ella.

En la época en que se hacía allí una prueba de colonización, en 1878, donde se halla hoy una colonia próspera, el terreno estaba ocupado por una tribu de Indios moscovis. El gobierno nacional había concedido bajo ciertas condiciones, bastante onerosas, una superficie de ochocientos kilómetros cuadrados situada á noventa kilómetros al Norte de la Provincia de Santa Fe sobre la margen derecha del Parana-Miní, paralela al Paraná, del cual es un brazo navegable y que un canal natural, el Natiucito le uniese al gran Paraná frente por frente de Bella-Vista.

El aspecto general del país es el de una vasta pradera ocupada por gramíneas y grandes islotes de oquedales. El suelo es de recientes aluviones, el subsuelo arcilla ferruginosa; el humus tiene treinta centímetros de espesor, y el subsuelo, poco permeable, desafía las más prolongadas sequías y dispensa de riegos.

Trascurridos diez años, dicha colonia posee setecientas hectáreas de caña de azúcar, habiendo costado cada una para ponerla en estado de cultivo 100 pesos, produciendo cerca de 20 millones de kilos recolectados de donde se extrae un millón trescientos setenta y cinco mil kilos de azúcar elaborada por una maquinaria de primer orden, suministrada por la sociedad de Fives-Lille. Su explotación está servida por una verdadera flotilla de vapores y de veleros, y por un camino de hierro Decauville de veinticinco kilómetros de vía fija y de doce de vía móvil.

La población de la colonia, es hoy de tres mil almas entre las cuales predominan los Franceses.

La colonia Ocampo es la más importante, pero no la única

situada en el Gran Chaco argentino, donde se han fundado paulatinamente las de las Tocas, Florencia, Resistencia, Reconquista y Avellaneda, todas situadas sobre la costa y comunicando entre sí por el Paraná, pero por no haber dispuesto de capitales tan considerables como los empleados por los fundadores de Villa Ocampo, vegetan aún en una infancia más laboriosa, sin embargo de tener ante sí un porvenir tan lisonjero como aquella. Todas trabajan en su aislamiento, teniendo entre sí pensamientos comunes, pero ningún otro lazo que el ideal de una autoridad, difícil de apercibir, concentrada en las manos del gobernador del Chaco.

Su centro de aprovisionamiento es Corrientes, capital situada sobre la costa oriental del Paraná, ciudad antigua que ha quedado siendo ciudad del pasado y fuera del movimiento de progreso que abraza todas las regiones de la República Argentina.

*
* *

Se desembarca en ella á la moda antigua en botes que se asemejan mucho á las piraguas que empleaban los Guaraníes en el mismo punto antes de su descubrimiento. La población, sin exceptuar los ricos propietarios y los funcionarios, vive al aire libre según la moda de los países cálidos exponiendo fuera lo descuidado de los interiores. La calle no está empedrada sino enarenada profusamente, dejándose de buena gana que la atraviesen descalzos los moradores (manera exótica de estar en chinelas). Las mujeres ricas y las pobres apenas se privan de echarse en el suelo de sus viviendas en el traje que el noble estilo de los alejandrinos denomina

¡ la simple envoltura
de una belleza que acaba de sustraerse al sueño !

Con efecto, son bellezas y bellezas durmientes que se despiertan con la fresca de una larga noche, pasada general-

mente sobre un lecho de campaña tendido en medio del patio para reanudar ese reposo á la hora de la siesta.

Las mujeres se ocupan en bordar ó tejer encajes preparando así ribetes de camisas. El punto es elegante y hecho para ser mostrado. Le enseñan y una carne de tonos de fuego aparece á través de las mallas haciendo resaltar los reflejos bronceados de ella y sus elegantes contornos.

Nos acordamos de haber llegado á Corrientes un domingo. Íbamos provistos de cartas para los más elevados funcionarios de la provincia y teníamos deseo de hallarlos — « El gobernador, nos dijeron, seguramente que está en *el reñidero de Gallos* ».

Debíamos suponerlo y tomamos el partido de encaminarnos á él. Allí estaba en efecto, con su gallo debajo del brazo y también todos los senadores y diputados, apostando y bebiendo en ronda copas de Oporto y un licor local muy fino llamado « caña del Paraguay. » Toda esa gente estaba como en familia y nosotros nos guardamos de molestarla.

Corrientes está destinado á un porvenir quizás tan importante como el de Rosario en razón de su situación, que es un punto estratégico en la intersección de los dos ríos, el Paraná y el Paraguay.

Del Paraguay que está fuera de los límites de nuestro estudio no tenemos que ocuparnos. Remontemos pues, el Alto Paraná.

Presta en él su servicio un pequeño vapor correo, el *Posadas*, que debe su nombre á la capital de las Misiones á donde él no va porque la rapidez de la corriente se lo impide. Es un vapor elegante, de poco tonelaje, pero cuya disposición es perfecta; pertenece también al Lloyd Argentino.

De Corrientes á Ituzaingó, punto extremo de la navegación por debajo de las rápidas, se cuentan diez y ocho horas y cuando las aguas están bajas no es raro emplear treinta y seis.

En esas regiones ¡Oh! es poca cosa y á veces se desea, cuando hay medio de pasar el tiempo, hacer más largo el viaje. También quizá si se interroga á los pasajeros habrá entre ellos más dispuestos á prolongar que á hacer cesar esta distracción.

En efecto, el viaje es delicioso. Á algunas leguas por encima de Corrientes los vapores que van al Paraguay siguen la línea recta y cambian de río, penetrando en el del Paraguay; los otros dan vuelta en forma de ángulo recto y cambiando así de ruta siguen sin embargo en el Paraná, lo cual prueba perfectamente que en geografía lo mismo que en otras cosas no hay que juzgar por las apariencias.

Pero si el río es el mismo, el paisaje es bien diferente. Siempre es un río ancho donde se cuentan kilómetros entre las dos márgenes y leguas en ciertos puntos; sin embargo esas dos márgenes se divisan, siendo elevadas y frondosas, pintorescas y pobladas de animales por todas partes, llamando la atención las costumbres de esos animales entre los cuales abunda el mono. ¡Pobres antepasados! ¿Porqué nuestros hermanos van á lo largo del río allí donde la humedad es fría en esta estación? ¿Cómo pueden resistir esa temperatura que al llegar la noche es para nosotros mismos muy fresca? Los monos tientan á los pasejeros ociosos, dispuestos á hacer blanco en esos pobres animalitos que á veces se les asemejan como hermanos.

Las grandes aves silvestres también abundan; son enormes gallináceas que pueden soportar por su corpulencia la comparación con nuestros pavos de corral, estando cubiertos de un maravilloso plumaje; se les conoce con el nombre de *motus* y también con el de pavos de los bosques.

Muy diferente de lo que era más abajo, el paisaje es bastante igual durante todo el trayecto. Lo componen siempre elevados ribazos y una sucesión de islas muy frondosas y po-

bladas de yaguares. Al pasar por delante de esas islas, parece que se asiste á su formación. Un árbol que caiga del ribazo arrastra consigo, entrelazados, altos bambús, que forman una muralla; los arenales se acumulan y nuevas vegetaciones echan allí raíces. Tal es la conformación de una isla que andando el tiempo se disputarán, pero que por ahora está abandonada á los caimanes. Éstos abundan en aquellas aguas en la estación de los calores apareciendo por millares.

En Julio, apenas si se ven algunos. Sin embargo en la laguna Iberá, que abraza doscientas leguas cuadradas, en la Provincia de Corrientes, se encuentran por millones hallándose también en los más exiguos aguazales. Los caimanes duermen por el momento. ¡Dejémoslos, pues, dormir!

Las escalas son extrañas. Todos los nombres de pueblos tienen por raíz *Ita*, que en guaraní significa *piedra;* Itapé, Itaquí, Itapuá. Todos los Itas desfilan por allí. En Itapé, á juzgar por el número de bultos que nosotros dejamos (diez sacos de azúcar, una pipa de vino, fardos de heno y enormes cajas), debe haber un centro importante de población. El desembarco no se hace sin trabajo; la pipa de vino felizmente sabe flotar. La arrojaron al agua y desde la orilla la sacaron. Los costales de azúcar y de harina, transportados en piraguas, sufrieron algo antes de llegar á la orilla; ésta, aún queda algo, extiéndese angosta y húmeda á lo largo de una escarpa en forma de pico, allí es preciso encaramar todos los bultos. ¿En qué forma llegarán? Los destinatarios parecen estar muy habituados á esos hercúleos trabajos, mucho más complicados que la confección de un camino de suave pendiente ó el establecimiento de otro punto de desembarco propicio.

En Ituzaingó, las dificultades son las mismas pero también se preocupan poco de ellas. ¿Es un pueblo? Apenas puede creerse, porque se compone de cuatro casas, una choza con

una cruz, un cementerio y una diligencia que allí bastan para constituir un pueblo.

Ituzaingó no será nunca importante. Debe su existencia á los saltos que impiden el curso á la navegación; el territorio habitable es muy reducido, limitado como está por la laguna Iberá. Existe un proyecto de ferrocarril que le privará del tráfico que hacen los vapores hasta allí y cerrará el libro, apenas abierto, de sus destinos.

La diligencia hace cierto ruído á través de las calles. Hasta parece que, á su paso, algunas risas burlonas la acogen. ¿Por qué? ¡Oh! las doce mulas que tiran de ella no son maravillosas ni los dos postillones que las montan son tampoco elegantes, pero el armazón parece sólido y sobre todo el conductor, que hace sonar su látigo, es el mejor mocetón del mundo. Se le nombra el Ruso, sin duda porque es rubio, con aspecto de hombre del Norte, el acento peculiar de un parisiense y el traje de un Vasco. Además lleva boína blanca, alamares y bragas de algodón blanco. Confesamos, por nuestra parte, que nos inspiraba una absoluta confianza por cuyo motivo no nos explicábamos las sonrisas burlonas de la población. Sin embargo no debía pasar mucho sin que viéramos que teníamos razon... y los habitantes también.

Dos horas después nos hallábamos, mulas, caballos, diligencia y viajeros encenagados en medio de un pantano con agua hasta las rodillas en dos leguas á la redonda y las caballerías resueltas á no seguir adelante. Debíamos, pues, suponer que las doce horas que se nos habían prometido de diligencia durarían doce días, pero sólo fueron tres de estos, sin que el buen Ruso-Vasco cediese un instante, ni perdiese su tralla ni su brío en medio de aquel pantano con el légamo hasta la rodilla, guiando, jurando y riendo con una serena cólera, que reconfortaba á los desalentados.

¡Qué días y qué noches! Cuatro bueyes nos sacaron del lodazal y durante dos días en cada parada cambiamos de bue-

yes, pero no de paso, sin hallar donde renovar nuestras provisiones hechas para un día y hacía tiempo agotadas.

Hasta el tercer día no entramos en el encantador país de las antiguas Misiones de los jesuítas, que hemos descrito, donde la naturaleza, admirablemente pródiga, ha puesto la mesa para la humanidad. La diligencia nos dejó en Posadas, capital de ese territorio, en otra época pueblo de los jesuítas.

En Posadas hay un hotel capaz, funcionarios poco ocupados y dispuestos á divertirse consagrando con los comerciantes sus días al billar, sus noches á la lotería. Nada de industria, una aduana, chismes de aldea, soldados que hacen instrucción en la plaza, muchos proyectos de edificios, etc., un juez procedente de Buenos Aires y una organización dispuesta para grandiosos destinos, que contempla un presente que apenas lo es.

Dentro de dos años el ferrocarril pondrá esta población á treinta horas de Buenos Aires y lo transformará todo. Así se espera.

Dejemos esperar á esos pacienzudos hombres, pionniers de teatro.

*
* *

Una chalupa de vapor que el gobernador general Rudecindo Roca, puso á nuestra disposición para remontar el Paraná, nos condujo á su plantación de caña de azúcar.

Está situada á siete leguas más arriba de Posadas en la región forestal de las Misiones. El río, antes de llegar á ella, se recoge y apenas tiene más de un kilómetro de ancho. El espectáculo no es por eso menos delicioso. Las márgenes están sembradas de bosques vírgenes enlazados de bejucos. Es en verdad una selva virgen, donde se penetra con la vista en tanto que la chalupa impulsada por su hélice desfila por frente de sus misterios.

El establecimiento de Santa Ana está sobre la costa en me-

dio del bosque. Al pie de la montaña, que representa el fondo, se eleva un gran ingenio, semejante á los que ya hemos visto; la caña está plantada en los espacios descubiertos; en medio de las filas de sus altos tallos, todavía aparecen los enormes troncos echados á bajo. Los Indios hacen leña á su manera, encienden fuego al pie del árbol que quieren derribar y cuando una parte de él está calcinada lo cortan con el hacha; los árboles se inclinan mientras la lumbre continúa destruyéndolos, no sin dejar rastros obstruyentes de esa vegetación de varios siglos. En los espacios claros, así desembarazados, se siembra maíz para preparar el terreno, pero las nutridas bandadas de papagayos, chillones y glotones, revolotean en torno de ellos y no dejan recolectar un solo grano.

La caña se recoge como hemos visto en Tucumán, empleándose para ello Indios procedentes de la pampa después de la sumisión de este región en 1880. Levantan allí sus tiendas como lo hacían en el desierto, sin que el contacto de la civilización haya modificado ni sus costumbres ni su manera de construír; sólo se han expatriado bajo el sol más ardiente de las Misiones continuando viviendo como en el llano frío del Sur. En las Pampas se encuentran mezclados algunos indios Tobas llevados del Chaco, pero todos esos débiles brazos de hombres válidos no producen un esfuerzo superior al de los niños. Así, se necesitan ochenta para que hagan apenas el trabajo de diez.

El mismo gobernador vive en una modesta tienda donde no existe ningún lujo, preocupado como está del porvenir de la industria que él ha creado allí con aliento y donde parece haber empleado más de un millón de francos para ejemplo más que para provecho. ¿Será seguido su ejemplo? No, al parecer en mucho tiempo; sin embargo, de las tres regiones azucareras de la República Argentina, la región interior, el Chaco y el Alto Paraná (ésta es donde las experiencias de plantación son más antiguas), no se duda de la certidumbre

de los resultados. Ya en tiempos de la dominación de los jesuítas, los colonos tenían numerosas plantaciones, y la caña era elaborada con los artefactos más primitivos de que aún existen ejemplares, molino de madera, albercas de madera, donde la fermentación y la cristalización se hacían con deficiencia y daban un producto negruzco que tomaba puesto en el consumo al lado de la miel de abejas silvestres, muy abundantes en las selvas de la región.

*
* *

Todavía hoy existe ese mismo producto en torno de cada habitación de pequeñas plantaciones de cañas, en todas las aglomeraciones, pequeños alambiques que sirven para destilar el alcohol que las gentes del país transforman por medios muy originales en un licor agradable llamado caña del Paraguay ó simplemente tafia, cuyo consumo es muy importante.

Hay en ese centro lo que no existe el Chaco, plantadores y plantaciones; encontrándose extensos campos de cañas con tallos de dos metros de altura, cuyo propietario no las utilizan; los brazos no faltan para el cultivo, el río convida para los transportes, careciéndose sólo de capitales para crear una industria que puede prosperar y que proporcionará á toda la región su pasado esplendor, porque nada se opone á que la industria azucarera no sea allí lo que es en Tucumán y en el Chaco.

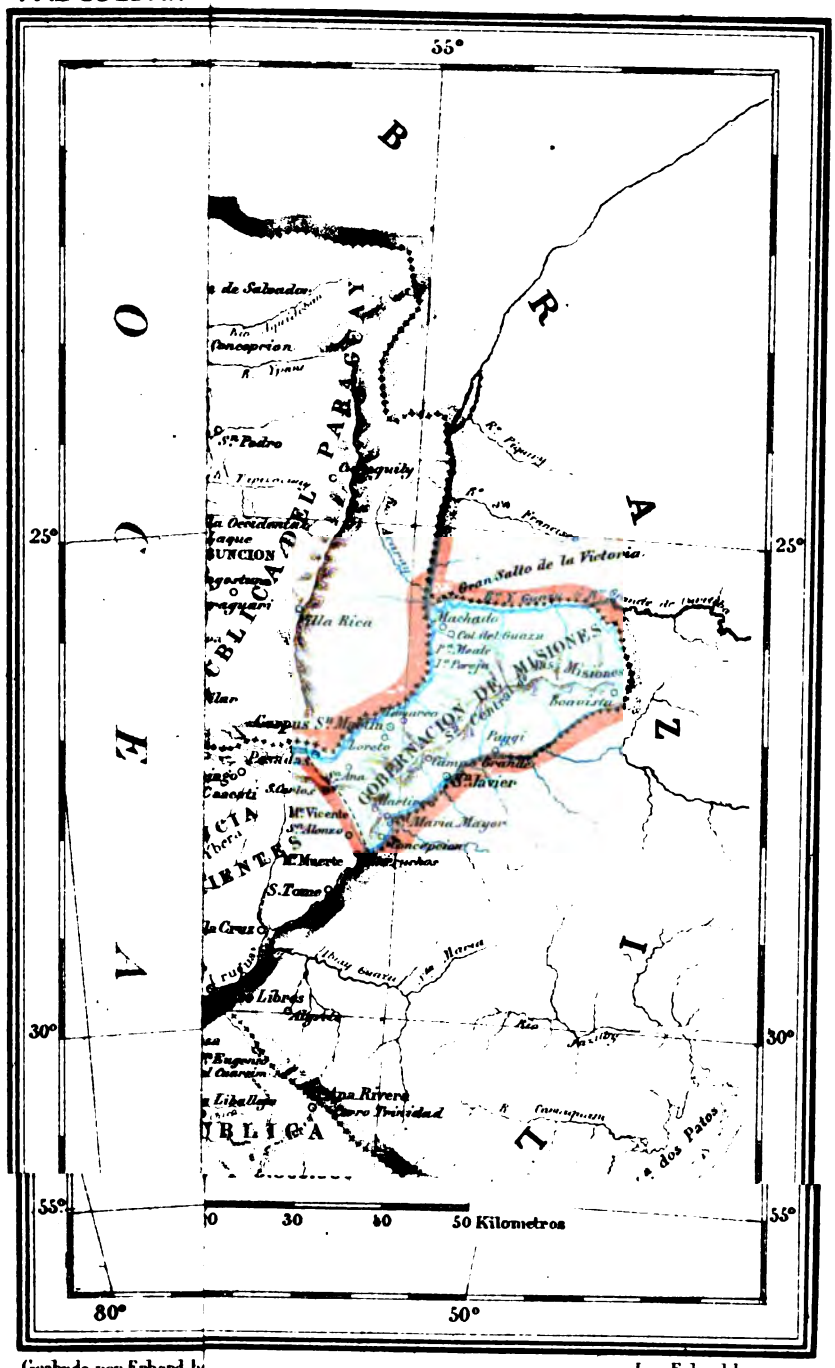
*
* *

Nos hallamos en los confines de la República. Hemos descrito todas las regiones donde ha penetrado la actividad humana, dejando, necesariamente, en la oscuridad aquellas donde la labor del hombre no hace todavía sino tentativas, no habiendo podido preparar sino lejanos resultados, son estas últimas la región de las minas y de los viñedos.

Dentro de poco esas dos ramas de la industria nacional se cubrirán de flores y de frutos y entonces nosotros nos ocuparemos de hacer penetrar en ellas al lector para revelar sus resultados como lo hemos hecho en todas aquellas donde podía observar la vida y las costumbres locales.

FIN.

PAZ SOLDAN



Grabado por F.rhard h

Imp. F.rhard, hermanos

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

LIBRO SEXTO

LOS EXTRANJEROS

Página.

CAPÍTULO I. — *De la condición social de los extranjeros* : Emigrantes : colonos y Robinsones. — Extranjeros en América. — Inmigrantes. - - Ingleses, Franceses, Vascos, Irlandeses, Alemanes, Italianos, Españoles. — Proporción de ellos en la población. — Su influencia en la política, en la lengua y en la raza. — Nacionalidad y naturalización. — Profesiones, comercio é industrias por nacionalidades. — Usos nacionales y extranjeros. — Traje, alimentación y fisonomía en el campo y en las ciudades. — El recién llegado. — Lo que para el gaucho es la civilización. — El *gringo.* — La democracia — La jerarquía. — Periódicos extranjeros. — Las fiestas de los extranjeros. — El 14 de Julio. — Las instituciones filantrópicas extranjeras. — Abogados, médicos é ingenieros extranjeros 1

CAPÍTULO II. — *De la condición legal de los extranjeros* : Un axioma. — Garantías constitucionales. — El derecho público y los extranjeros. — Naturalización. — Principios de derecho internacional privado. — El matrimonio. — Matrimonio religioso. — El divorcio en el extranjero. — Actos del estado civil. — Nación y Provincias. — Los contratos internacionales. — El domicilio. — Las sucesiones. — La capacidad. — La autoridad paterna. — Leyes comerciales. — Ejecución de sentencias extranjeras. — La extradición. — Los tratados. — Los diplomáticos 42

Página.

CAPÍTULO III. — *La colonia francesa de la Plata.* — El Francés colonizador. — El Francés en el extranjero. — Patriotismo. — Comercio francés en la Plata. — El Virreinato de la Plata en 1806. — Santiago de Liniers y los Ingleses. — Napoleón I y la Plata. — Muerte de Liniers. — Los periódicos franceses de 1818 á 1887. — La influencia francesa. — El romanticismo. — El liberalismo. — El bloqueo francés en 1841. — Los Franceses en la enseñanza. — La inmigración vasca. — Los primeros pastores franceses. — La lana en 1842. — El Francés artesano é industrial. — Las grandes industrias francesas. — La inmigración y los capitales. — El obrero patrón. — Comparaciones: Inglaterra, Italia, Alemania. — Las fundaciones francesas. — Teatro francés. — Tendencias políticas. — Fiestas francesas. — Los hijos de Franceses y la patria. 74

CAPÍTULO IV. — *Obreros, artesanos y trabajadores:* La fortuna en América. — Los tíos de América. — El trabajo y los trabajadores en una sociedad democrática. — La industria naciente. — La pequeña industria. — Obreros y artesanos. — Pequeños talleres. — Medios financieros. — Medios industriales. — La mano de obra. — Individualismo de la industria y de la clase obrera. 118

LIBRO SÉPTIMO

LA INDUSTRIA PASTORIL

CAPITULO I. — *Á través de la pampa.* — Los viajes de antaño. — Los conquistadores; la Audiencia real. — Comerciantes y turistas. — Relaciones de viajes del P. jesuíta Cattaneo, de Azcárate de Vizcaya, de Francisco Correal. — Viajes por la llanura. — El Paso de los ríos. — El primer correo. — Correos ante-colombianos, en el Perú, en México, en la Pampa. — Caminos chilenos. — Primeras diligencias. — Viajes á caballo. — Viajes modernos. — El ferrocarril. — Travesía del desierto.— Construcción de las líneas. — El pueblo cabeza de línea.— La prolongación; sus resultados. — Viaje en ferrocarril. — El vagón. Los compañeros de viaje. — Las estaciones. — Última etapa. — Última diligencia. — Las soledades y sus habitantes. — Chozas y

Página.

pulperías. — La hora del ajenjo en el desierto. — El dominio del explorador. — El agrimensor en el desierto. — El incendio de las llanuras. — Cazador de avestruces y pastor. — El hilo telegráfico. El *pionnier*, su éxodo continuo. 137

CAPÍTULO II. — *Los tierras vírgenes y el ganado vacuno:* Abundancia de tierras vírgenes. — Su extensión y su valor en el hemisferio Sur. — Influencia del descubrimiento del siglo XVI y consecuencias de la colonización en el XIX. — Sistemas de colonización. — La acción del hombre y la del ganado. — Los primeros caballos en la pampa; los ganados de hoy. — Diversas zonas de crianza. — Chacras y cabañas. — Haciendas ó grandes heredades cercadas. — Estancias abiertas. — Leyendas europeas acerca de la cría en plena libertad. — Errores de los aventureros. — Catastro de todas las tierras vírgenes. — Grandes propietarios y criadores. — Grandes cabañas de reproducción. — Vida de la pampa. — La cría antiguamente. — La cría hoy. — Visita á una gran estancia. — Situación. — Cercados. — Divisiones. — Aspecto general. — Vida del ganado en libertad. — Los toros. — La muerte. — Precauciones especiales. — Raza Durham. — Raza Hereford. — El cuero. — Las lecheras. — Una quesería. — El *señuelo*. — El *rodeo*. — La marca. — El éxodo hacia las tierras vírgenes. — El viaje. — La vida del desierto. — Agrimensor pampeano. — El fortín. — El pulpero. — Las osamentas. — El trapero de la pampa. — El cazador de avestruces. — El incendio de la pampa. — El personal. — Gauchos y capataces. — Influencia de la crianza y compra de tierras en el incremento de las fortunas . . . 178

CAPÍTULO III. — *La producción y el consumo de la carne:* La verdad sobre la importación de la carne en la Europa occidental. — Insuficiencia de la producción en Europa. — Hungría, Alemania, Rusia, Italia, España, Argelia y Túnez. — Importancia del hemisferio sud. — Multiplicación rápida del ganado. — Cría ó producción barata. — Dificultades de la exportación de las carnes. — Procedimientos antiguos. — Conservas químicas. — Sistema Liebig. — Animales vivos. — Solución del problema por la congelación. — Dificultades industriales vencidas. — Organización comercial costosa y complicada. — Esfuerzos hechos; Resultados poco satisfactorios. — Precios de regreso. — Dificultades de transporte. — Estado actual. — Carnicería exótica en París. — Porvenir de esta industria. 235

CAPÍTULO IV. — *La cría del caballo pampa* : Fracaso de la exportación en 1875. — Influencia de los cercados en el número de caballos. — El caballo salvaje. — El caballo en libertad. — El lazo. — Origen del caballo pampa. — El caballo de Berbería. — El caballo árabe. — El caballo andaluz. — Producción del caballo barato en la pampa. — La manada ; el caballo padre. — La tropilla ; la yegua. — El gaucho ; cuidados que prodiga á los caballos. — El caballo de carrera, el *pare-*

Página.

jero. — El domador. — Inutilidad de los caballos en gran número. — Cuidados necesarios. — Caballo de tiro ligero. — Tiros de lujo. — Cuadras de reproducción. — Las carreras en Buenos Aires. — Los carros de las pampas. — El caballo y la exportación. 271

CAPÍTULO V. — *Pastores y majadas* : Lanas exóticas, su importancia para el industrial europeo. — Australia y el Plata. — Historia del carnero en la América del Sur. — El merino español. — Los Rambouillet. — El carnero en las tierras vírgenes. — Primera exportación de lana en 1842. — Papel de los Irlandeses y de los Franceses. — Progreso desde hace veinticinco años. — Excursión por las majadas. — El comprador de lanas. — Las lanas en general. — Los mercados. — Los depósitos. — Región del Norte y región del Sur. — Aspecto de una *estancia*. — Los rebaños. — El *puesto*. — El parque. — El pastor. — El *pulpero*. — La explotación de los rebaños. — Las construcciones. — El esquileo. — Los reproductores. — Los moruecos de raza importados é indígenas. — Los cercados de alambre de acero. — La exportación de lanas. — Importancia del comercio francés. — Concurrencia de las lanas exóticas. — Su precio líquido y gastos del criador pampa. — Precio de la lana francesa. — Diversos empleos de las diferentes clases. — Inutilidad de la protección. 292

LIBRO OCTAVO

LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS

CAPÍTULO I. — *Los grandes cultivos de cereales* : El primer grano de trigo en America. — Agricultura primitiva. — El Indio uncido al arado. — Un granero de trigo y el préstamo á la agricultura en 1589. — Leyes coloniales contra el cultivo y la producción. — El trigo en Chile y el Perú. — Nacimiento de la agricultura local, — Primeras colonias agrícolas en 1854. — Dificultades de la colonización, desde 1854 hasta 1870. — Golpe dado á la importación de harinas en 1870. — Las colonias de Santa Fe. — Fisonomía del inmigrante, del colono y del Róbinson. — Colonias oficiales y protegidas. — Colonias libres. — Su modo de propagación. — La asociación. — Máquinas agrícolas. — Fisonomía de las colonias de Santa Fe; usos, habitantes, costumbres. — Una granja de cultivo. — Trabajos de cada estación. — Largas temporadas de reposo. — Bienestar sin necesidad de grandes trabajadores-viajeros. — Importancia actual de los cultivos. — Exportación. — Adquisición de tierras públicas — Precio de las tierras en cada región. — La especulación. 331

Página.

CAPÍTULO II. — *La yerba mate* : El imperio de los jesuítas : 1549, 1630, 1767. — Primera creación. — Cascada del Guaira. — Los mamelucos. — Emigración. — La cascada del Iguazú. — El viaje. — Llegada á Candelaria. — Aspecto de la región. — Creación de treinta pueblos. — Época de prosperidad. — Mapa publicado en 1760. — Expulsión en 1767. — Descripciones por Diego de Alvear y por Azara. — Ruína del país por las guerras de 1801 á 1817. — Estado actual. — Pueblos en ruínas. — Porvenir del país. — Vías de penetración argentinas y brasileras. — La yerba mate. — País de producción. Regiones que la producen. — Estado salvaje. — Antiguos cultivos ; yerbales campestres y silvestres. — Vida y carácter del yerbatero. — Explotación y destrucción. — Busca, cosecha y preparación. — Aspecto de la yerba — País de consumo. — Usos familiares importados de España. — Utilidad social, higiénica y terapéutica de la yerba. 381

CAPÍTULO III. — *Las regiones de la caña de azúcar* : Ruta del Norte de la República. — Rosario. — Córdoba ; Jesús María. — Recreo. — Tucumán. — La ciudad. — Aspecto de la provincia. — Los regadíos. — La caña de azúcar. — Modos de plantarla, de cultivarla y de explotarla. — Los ingenios de Tucumán. — El ingenio modelo de M. Hileret. — La producción indígena. — Contratos de arriendo. — Costumbres de los trabajadores. — Su alimentación. — Abuso de la caña de azúcar. — La sociedad de Tucumán. — De Tucumán á Santiago del Estero. — Estación Frías. — Explotación forestal. — El quebracho. — País sin agua. — Santiago del Estero. — La ciudad. — El país. — Ingenio de M. Saint-Germés. — De Santiago á Rosario. — El puerto, la ciudad y la sociedad de Rosario. — Ciudad sucursal. — El celibato. — Río Paraná. — Navegación. — Vapores correos y escalas. — Paraná, Goya y Bella-Vista. — El Gran Chaco. — La colonia Ocampo. — Ingenios, plantaciones y productos. — Corrientes. — El Alto Paraná. — Ituzaingó, Posadas. — Las Misiones, — La plantación del general Rudecindo Roca. — Porvenir de las Misiones. 415

Mapa de la República Argentina.

PARIS. — IMPRENTA P. MOUILLOT, 13, QUAI VOLTAIRE.

3 2044 051 107 282

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE MAY 14 '3[illegible]

DUE APR 13 '43

WIDENER

WIDENER
JUL 03 2001

AUG 14 2001

CANCELLED